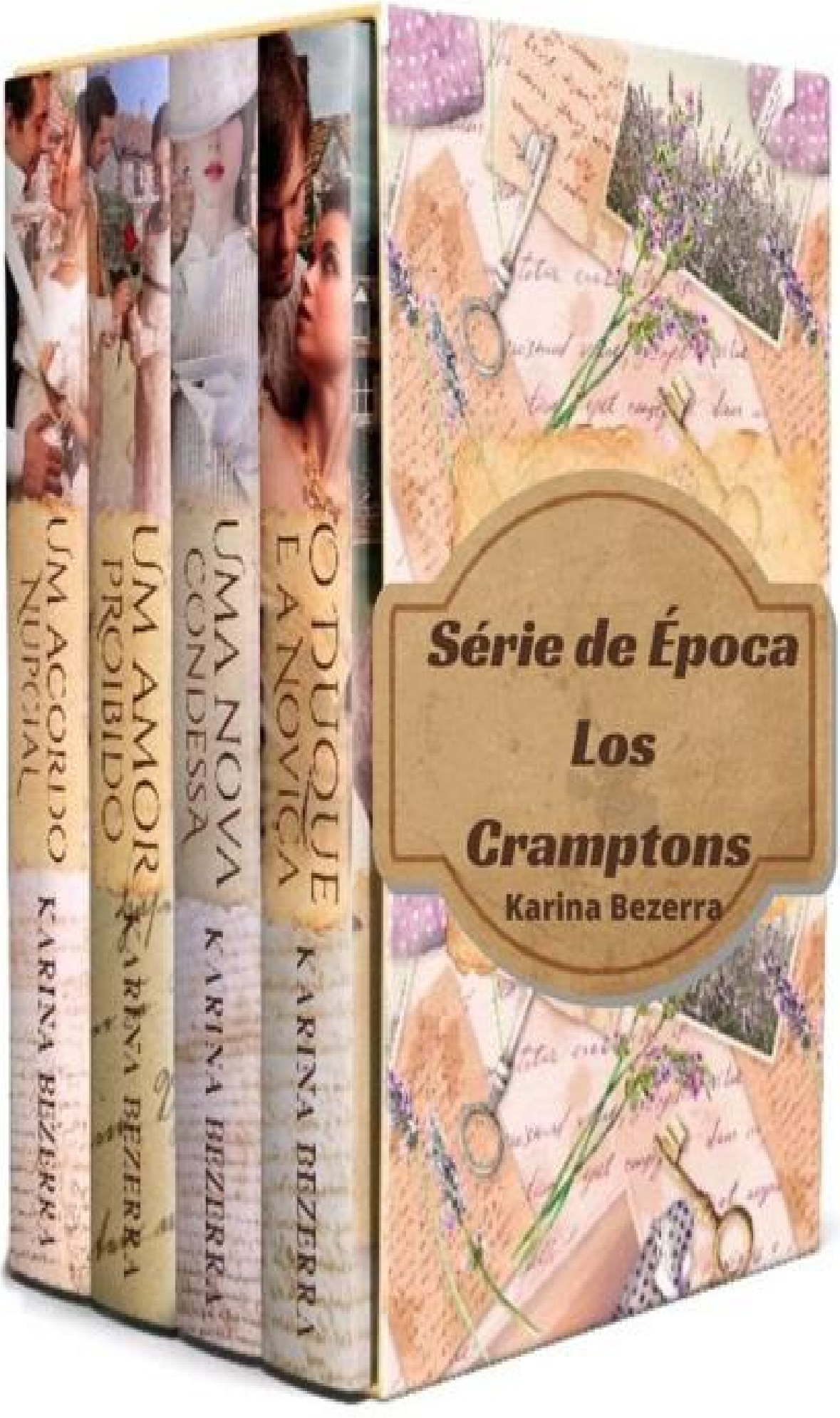
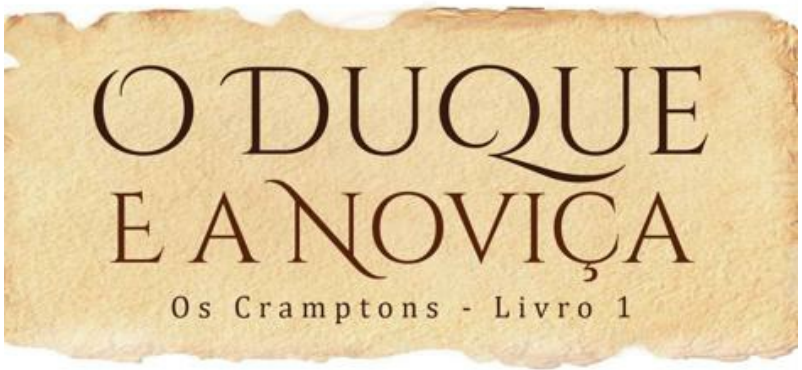

O DUQUE E A NOVIÇA
KARINA BEZERRA
UMA NOVA CONDESSA
KARINA BEZERRA
UM AMOR PROIBIDO
KARINA BEZERRA
UM ACORDO NUPCIAL
KARINA BEZERRA
Série de Época
Los Cramptons
Karina Bezerra



KARINA BEZERRA

El Duque y el Novicia@2021. Todos los derechos reservados.

Obra protegida por la Ley 9.610 de 1998 (Leyes de Derecho de Autor).

Queda prohibida la reproducción libre o comercial de esta obra sin la autorización del autor.
Queda prohibida la reproducción parcial de la obra, incluso gratuitamente, sin el debido crédito.
El duque y el novicia (Los Cramptons -Libro 1) es una obra de ficción, cualquier parecido con personas o hechos reales es pura coincidencia.

El plagio es **un DELITO**

Sigue a la autora en sus redes sociales:

Instagram : @autorakarinabezerra
Email: Autorakarinabezerra@gmail.com

Resumen

Prólogo:

Capítulo 1

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Epílogo:

Carta del autor:

Los Crampton:

Ducado de Cantrell , Inglaterra, 1712

Una hermosa joven de largo cabello rubio ondeando al viento, liviana como el trigo, caminaba con dificultad entre la hierba, descalza y aspecto desaliñado. La brisa del mar insistía en jugar con su hermoso cabello, el cual contenía pequeños trozos de la hierba donde yacía. Su ropa aún estaba sucia con grandes manchas de sangre y junto a su pecho llevaba, envuelto en una de sus enaguas, también manchada, una pequeña criatura masculina a la que acababa de dar a luz.

Así que se dirigió a lo alto del gran acantilado que tenía una vista privilegiada de la playa, donde las olas venían feroces en los días más agitados. Ese fue uno de esos días...

El heredero del título de una generación de duques libertinos la sedujo, le hizo promesas y la abandonó. Ese era el ducado que pertenecía a su padre y que un día heredaría el título y las tierras, así lo había conocido ella, hija de un arrendatario, pero él se aprovechó de su belleza e inocencia. Luego se fue con la promesa de que volvería a pedirle la mano a su familia y que en el futuro, cuando heredara el título, ella sería su duquesa. Sin embargo, él no regresó y, para su consternación, unos meses después se descubrió embarazada. Fue difícil ocultarle a todos el embarazo, hasta que el último mes no pudo ocultarlo más y vio lo difícil que sería su vida a partir de entonces con toda la discriminación de la gente local, la falta de apoyo de sus padres y familiares. . En cuanto al caballero en cuestión, había descubierto esa semana que su heredero, el futuro duque de Cantrell , se había casado con una aristócrata de su mismo estatus social. Fue entonces cuando realmente se dio cuenta de que había sido engañada y que en ese mundo tan lleno de puritanismo y prejuicios no había lugar para una madre soltera. También había una verdad aún peor: a pesar de todo, ella todavía lo amaba, se sentía agraviada y profundamente herida.

La joven finalmente llegó a la cima del acantilado, con tristes ojos verdes, contempló por unos instantes el cielo azul, la belleza de las olas, lo que le hizo recordar todo lo que había pasado en esa playa, cuando se entregó a él en esas arenas una noche de verano caluroso. A pesar del dulce recuerdo, algo horrible estaba pasando por su mente, estaba fuera de sí y no veía salida. Fue entonces cuando abrazó al bebé contra su pecho y gritó fuerte para que los vientos del mar llevaran su dolor a los cuatro rincones del universo.

¡Malditas sean todas las generaciones de los duques de Cantrell y sus duquesas durante cien

años! ¡Que los duques nunca disfruten del amor verdadero y que las duquesas siempre se vayan después de darle un heredero!

Luego, mientras pronunciaba estas palabras con tanto dolor y desesperación, la joven Elizabeth abrazó a su hijo aún más fuerte contra su pecho y se arrojó por el acantilado. Su cuerpo, que fue golpeado por el impacto en el suelo, y el cuerpo de su hijo fueron arrastrados por las olas del mar hasta desaparecer por completo de la vista. Así surgió la maldición...

Cien años después...

Querido hermano,

La vida en el convento es tranquila y aburrida, porque todos saben que yo no nací con vocación para la vida religiosa y fue el destino el que me aprisionó detrás de los muros de este lugar. Quiero decirte que extraño mucho mi vida anterior, los bailes, los valses, en los que tú, como excelente bailarina, me hacías girar en tus brazos por la habitación, mi piano, hasta las limonadas que servían en las veladas y que yo odiado tanto. También extraño nuestra casa en la ciudad, así como la casa de campo, donde desde la ventana de mi dormitorio podía ver nuestro hermoso lago azul. Pero, no hablemos sólo de cosas, sino también de personas: te extraño, a mi mamá, a mis hermanas menores, que deben ser chicas jóvenes cercanas a su debut. Quiero dejar claro que también extraño a papá, no le guardo rencor a nadie, pero al mismo tiempo rezo para que pronto llegue el día en que tú seas el nuevo Conde de Shutherland y me aceptes de regreso, como prometiste. el día de mi tumultuosa partida.

Señora Emily Crampton

Prólogo:

Londres, Inglaterra, 1812

Frederick de Blackmore , duque de Cantrell , había llegado al baile hacía poco más de media hora, pero sosteniendo un vaso de bebida en la mano y mirando alrededor de la habitación, sintió

un profundo aburrimiento, que ya le daba ganas de marcharse. El duque era un hombre de veintinueve años, joven, alto, guapo, siempre bien vestido, esta vez según la moda de la casa: casaca negra, corbata azul oscuro, pantalón negro y medias de seda. Dondequiera que llegara, llamaba la atención por su belleza, nombre influyente, poder y riqueza. Sin embargo, el ex duque libertino se había convertido en una persona cerrada e insociable desde la muerte de la joven duquesa hace cinco años.

De todos modos, damas vestidas de seda de colores vivos, arrastraban a sus hijas casaderas en busca de una buena pareja. Las damas también vestían sedas de colores claros, empapadas en perfume y haciendo pucheros para parecer más frágiles y atractivas. Soy Frederick, si hasta ahora nadie te ha atraído hasta el punto de proponerte matrimonio, ¡tal vez sea el momento de buscar una amante como lo hacen otros hombres de tu posición social! No creo que vuelva a ser la libertina del pasado, pero tampoco pretendo ser casta como una doncella.

Pensó para sí el Duque, mientras ensayaba una forma de salir sin llamar la atención. La orquesta de baile acababa de empezar a tocar y los participantes ya bailaban en el salón de baile.

El baile de máscaras en Almack's prometía ser el evento principal de la temporada social de ese año; las entradas con un precio de diez chelines eran muy competitivas y los *invitados* eran elegidos cuidadosamente. Abriría la temporada londinense que coincidió con la reunión del parlamento. Esto significó que durante aproximadamente doce semanas, los nobles aristócratas abandonaran sus residencias en el campo para asistir a reuniones y entretenimientos en Londres. Entonces, aprovecharon la oportunidad para participar en eventos, entretenerse, interactuar con otros nobles y discutir sobre política. Junto a ellos acudían sus damas e hijas en edad de casarse, para debutar en la sociedad y en busca de un buen matrimonio.

Federico ya ensayaba discretamente su retiro cuando escuchó una voz masculina que lo llamaba emocionado:

— ¡Pues no es mi amigo Frederick! Lo reconocería en cualquier parte del mundo, incluso en un baile de máscaras. — El hombre, ya un poco borracho, vestido con ropa similar al duque, le golpeó en el hombro, lo que le hizo darse la vuelta.

Frederick reconoció por su voz, a pesar de la máscara, a su viejo amigo de su época escolar en Eton , juntos habían hecho mucho en el pasado en viajes a burdeles y tabernas. Él, borracho, hablaba en voz alta, lo que hacía que su voz se escuchara con claridad a pesar de que tocaba la orquesta.

— Bueno, pero no es mi amigo, Lord Darley — lo saludó Frederick, amigablemente, pero esperó que no se tomara mucho tiempo, ya que tenía intención de abandonar el baile.

— ¿No me digas que el viejo Fred lascivo del pasado ha vuelto? ¡Oh! Perdóneme, majestad. — El hombre se inclinó a modo de broma y también a consecuencia del alcohol.

— Ahora, Lord Darley , no es necesario que me llames de esa manera solemne, por los viejos tiempos en Eton , eres libre.

— Um... Gracias, mi señor — continuó, sarcásticamente.

— No, en realidad estoy en la ciudad por casualidad, debido a la reunión del parlamento, pero no tengo intención de participar en la temporada de Londres.

— ¡Oh! ¡Qué vergüenza! Hasta donde yo sé, usted es viudo y hay varias damas aquí que estarían encantadas de ser la nueva duquesa de Cantrell .

— Entonces, ¡lamento decepcionar a las damas y a sus madres, porque ya me voy del baile! Pero cuando regrese a Londres por negocios, podremos tomar una copa en White's , el club de caballeros que frecuento. Me imagino que usted, con su título nobiliario, también está asociado.

— ¡Sí, claro! Acabo de llegar de las colonias, pero ya tengo asegurada mi membresía y seré una presencia constante — dijo el hombre con entusiasmo.

Entonces, Frederick se dispuso a abandonar el lugar, en ese momento, el baile en plaza había

cesado y comenzaba un vals. Fue entonces cuando vio aparecer de la nada a una bella dama, llegando discretamente por una de las puertas laterales del club. Tenía una apariencia elegante, estatura media, cuerpo curvilíneo, vestía un hermoso vestido de seda amarillo, guantes blancos, una máscara con un pequeño adorno de plumas en el costado, cabello castaño oscuro recogido en un elegante peinado que estaba atado en la parte superior de su cuerpo. cabeza. Definitivamente llamó tu atención, no sólo por su belleza, sino también por la forma deslumbrante en que miraba el entorno y las personas. Otras personas también observaron su llegada.

¿Quién será? ¡Necesito hacerla bailar antes de que alguien más lo haga! Pero no nos presentaron formalmente, ni siquiera puse mi nombre en su tarjeta de baile... ¡No importa, al diablo con las convenciones de la sociedad!

Entonces Frederick se acercó y con una respetuosa reverencia se acercó a ella. Todavía pensaba, bendito sea Lord Darley , que retrasó su salida del baile.

— Sé que aún no he puesto mi nombre en tu tarjeta, pero si este baile no está reservado, ¿me harías el honor?

La bella joven se sorprendió, pues no esperaba que un caballero tan apuesto la invitara inmediatamente a bailar. Luego, con gracia, se inclinó levemente y le respondió.

—Sí, mi señor, será un honor.

Frederick colocó suavemente su mano sobre la cintura de la joven, mientras la otra sostenía elegantemente su delicada mano enguantada. Entonces, comenzaron a tocar el vals al son de la orquesta y bailaron dos valses seguidos. Aunque no fue en buen tono, aun así intentó entablar un pequeño diálogo con ella, ya que quería saber su nombre, a qué familia pertenecía, quién era su acompañante en el baile. Sin embargo, ella misteriosamente no respondió o dejó de hablar, disfrutando del sonido de la orquesta. Mientras estaba allí, encantado por la belleza que sabía que existía debajo de esa máscara, esa sonrisa luminosa, ese cuello blanco y delicado del que colgaba un camafeo dorado, tallado tan perfectamente que llamó su atención. Debería haber sido una joya familiar para lucir en un baile, ya que las otras damas preferían ir cubiertas con joyas más extravagantes.

— Se acerca la medianoche, ya casi es hora de quitarse la máscara. Aún no has pronunciado tu nombre, pero pronto tendrás que revelarme tu rostro… — habló coquetamente e incluso se sorprendió al darse cuenta de que no había perdido la práctica en el coqueteo.

—Tú tampoco te presentaste. Entonces estamos empatados, milord. — Ella sonrió y habló con petulancia, mirándolo a los ojos.

—¡Ah! ¡Perdón! Es que tu brillantez me atrajo de tal manera que...

El discurso del duque fue interrumpido por la voz del maestro de ceremonias, que anunció la hora de quitarse la máscara. Escuchar eso causó verdadero terror en la joven. Ella se alejó de él rápidamente, incluso accidentalmente derribó un vaso de bebida de un caballero que estaba cerca. El duque rápidamente le entregó un pañuelo con su escudo para que pudiera limpiar su vestido. Pero, para su sorpresa, ella no quiso saber nada más, recibió el pañuelo con una mano, con la otra sostuvo la falda de su vestido y salió rápidamente de la habitación. Lo único que le quedaba a Frederick, que hacía mucho tiempo que no se interesaba por una mujer, era el recuerdo de aquella hermosa sonrisa y la visión del delicado camafeo dorado que llevaba sujeto con una cinta alrededor del cuello.

Tu sonrisa, tus ojos, me recuerdan a alguien: Caroline...

Capítulo 1

Convento de Tyburn Londres, 1812

Vestida con una pesada capa negra con capucha, que ocultaba por completo su identidad, ya que cubría su cabeza, brazos y todo su hermoso vestido de gala en seda amarilla, la joven novicia subió lentamente con los pies descalzos y sus zapatos a una de las manos. , los escalones de la escalera trasera del tradicional convento de Tyburn en Londres.

— ¡Ay dios mío! — habló suavemente, mientras pisaba un escalón de madera y escuchaba un leve crujido, nadie en el convento podía despertar, de lo contrario estaría perdida.

De repente, un gato gordo y peludo pasó lentamente junto a ella en las escaleras e intentó acurrucarse junto a sus piernas, protegido por la suave manta de terciopelo.

—¡Ay dios mío! ¡Fuera, fuera coño! —susurró, golpeando con el pie. Le gustaban los gatos, pero su pelaje le provocaba alergias y lo único que no podía hacer en ese momento era estornudar y despertar a alguien.

La novicia María tuvo que admitir que era valiente, saliendo sola de noche, escondida de su madre superiora y de todos los del convento en busca de un baile. Sin embargo, no fue tan difícil, fue realmente difícil sobornar al señor Tremplay para que la llevara en carruaje desde el convento hasta el club Almack's en King Street, en el área de St. James. Sin embargo, fue aún más difícil entrar a un baile tan restringido sin una invitación, todo gracias a la ayuda de la doncella del convento que tenía una prima que iba a trabajar extra como criada esa noche en el baile y facilitó su entrada oculta. por una puerta trasera. Incluso le prestó un hermoso vestido de fiesta que le regaló un viudo, su *protector, ya que pertenecía a su difunta esposa.*

La difunta esposa debía ser alguien joven o un poco despistada, ya que el vestido no parecía el de una mujer casada, pero se ajustaba perfectamente a su cuerpo delgado y curvilíneo. Todo esto le costó los aretes de diamantes que trajo de casa y que guardaba desde que llegó al convento hace

dos años. Pero para Mary todo valió la pena, ya que hacía mucho tiempo que no asistía a un baile, aunque fuera algo tan breve, y cómo lo extrañaba todo...

— ¡Uf! Todos durmiendo y nadie en los pasillos — dijo aliviada mientras caminaba con un pie detrás del otro.

Luego, caminó, todavía lentamente, por los largos y oscuros pasillos del convento de Tyburn , tratando de buscar el lugar donde estaba designado el dormitorio para las monjas visitantes. No podía encender una vela, tuvo que navegar a oscuras, a pesar de no conocer bien el lugar, pues estaba de paso. Finalmente encontró el cubículo donde acordó con la criada dejar el vestido y la capa prestados, se cambió rápidamente, se puso su camisón de lana blanco y se dirigió al dormitorio. Cuando abrió lentamente la puerta, una novicia se daba vueltas en la cama, pero si despertaba decía que había ido al baño o incluso que, sin dormir, había salido a caminar por el lugar. Este regreso no sería algo completamente aprobado por la madre, pero el novicio era visto como alguien que no seguía las reglas al pie de la letra y que en ocasiones tenía actitudes extrañas.

Luego, sin encender ninguna vela, para no despertar a sus tres compañeras de novicias que dormían profundamente, se acostó lentamente en la cama que le correspondía y debajo de la almohada escondió algo que al día siguiente entraría en su interior. bolsa de viaje: Una preciosa máscara femenina y un pañuelo masculino con un escudo bordado con las iniciales DC

— Qué baile y qué caballero más apuesto, ni siquiera tuve tiempo de saber su nombre… — susurró suavemente en la oscuridad, recostándose de costado con la cabeza sobre la almohada.

Sabía que había corrido un gran riesgo, pero no pudo contenerse cuando supo que durante su breve estancia en Londres, coincidiendo con el inicio de temporada, se celebraría un baile de máscaras en el tradicional club Almack's , frecuentado *por los crema de* la sociedad de Londres. Entonces, cuando descubrió que una de las sirvientas podría ayudarla, no lo pensó dos veces antes de idear todo ese plan. Es una pena, como la Cenicienta de los cuentos de hadas, que tuvo que abandonar el baile antes de medianoche, porque alguien podría notar su ausencia del convento y, además, llegaría el momento de quitarse la máscara y no podría tenerla. rostro revelado. Después de todo, algunas personas con memoria más débil y, principalmente, los clientes locales pensarían qué está haciendo *María* aquí. Otros, más viajados, acostumbrados a viajar por todo el reino, podrían reconocerlo y pensar:

¿Pero no es ésta la hija mayor del conde de Sutherland? ¿Qué haces aquí tan lejos del condado escocés? ¿Sin familia o una cita en el baile?

Y así se quedó dormida, con una expresión feliz en el rostro, pensando en el apuesto caballero que, contrariamente a las reglas, sin poner su nombre en su tarjeta de baile, la invitó directamente a bailar. Luego, bajo la mirada curiosa de los espectadores, bailaron dos valses en medio de la sala iluminada por candelabros, una orquesta tocando y muchas damas de la alta sociedad luciendo vestidos de seda y joyas costosas.

¡Afortunadamente! Bueno, ¿cómo podría alguien que entró sin ser invitado presentarle una tarjeta de baile al maestro de la sala? ¿Más aún sin ser anunciado y sin acompañante? ¿Podría una de las patronas, con todos esos modales esnob y arrogantes, tan característicos de ellas, invitarla a irse...?

Sin embargo, a pesar de que el baile y el baile fueron maravillosos, tuvo que ir a toda prisa y nada discretamente, cuando le informaron que era casi medianoche y todas las damas y caballeros debían prepararse para quitarse las máscaras y revelar sus rostros. identidades. Era un hecho que para alguien que ya era una presencia constante en los bailes de sociedad, la máscara no ocultaba mucho de su identidad, pero ese no era el caso para ellos. En cuanto al caballero con el que bailó el vals, se notaba que era un hombre guapo y de buena cuna, pero también que era codiciado por algunas mujeres y madres por la forma en que las miraban de reojo desde detrás del abanico. Sin embargo, algunos lo miraban de otra manera, algo casi parecido al miedo, quizás en el día a día no era una persona muy amigable.

Se quedó dormida, feliz por todo lo vivido y por guardar como recuerdo de aquella noche la mascarilla que llevaba y su pañuelo con su escudo, que él amablemente le regaló cuando le derramaron un poco de brandy en el vestido después de llevarla a bailar de repente. Algo que ahora estaba debajo de tu almohada, pero que cuando te despertabas, encontrabas la manera de mantenerlo escondido entre tus cosas como recordatorio de la magnífica, aunque breve, noche.

Capítulo 2

Ducado de Cantrell , Inglaterra, 1812. Tres días después...

El hombre bajo y corpulento, vestido con sus mejores galas, que incluían abrigo negro, sombrero tricornio gris, ya algo pasado de moda, pañuelo al cuello, botas, tirado en el suelo, intentó por tercera vez bajar el carruaje. rueda en su lugar. Cansado ya de intentos fallidos, miró al cielo, el sol ya se ponía y entre las nubes oscuras amenazaba con estallar una tormenta. Entonces, cuando vio venir la tormenta, no pudo contenerse y maldijo.

— ¡Maldición! — dijo de mal humor.

Entonces recordó que no era apropiado decir malas palabras, ni siquiera en voz baja, mientras transportaba a la madre superiora de un tradicional convento inglés ubicado en el campo y a algunas de sus novicias. Una vez al año, la madre solía hacer una visita a Londres, donde pasaba una semana alojada en el tradicional convento de Tyburn , ahora regresaban a su convento en el campo. Arrepentido y temeroso de algún castigo divino, rápidamente se santiguó en el rostro. Luego de eso, se levantó del suelo, quitó el polvo del camino y golpeó ligeramente la puerta del carruaje que llevaba un tiempo estacionado esperando que pudiera solucionar el problema.

La puerta del carruaje se abrió lentamente, pero no del todo, quedando entreabierta. Una anciana vestida con un hábito de monja marrón, un rosario en las manos, una expresión bondadosa en sus ojos un tanto miopes, habló, sacando la cabeza del carruaje, sin dejar de estar sentada.

—¿Sí, señor Tremplay ? — preguntó gentilmente, los jóvenes novicios solo lo miraron con ojos asustados y curiosos. Después de todo, no estaban tan acostumbrados a tener contacto con el mundo exterior, a pesar de que él era una especie de cochero ocasional en el convento. Además, cualquier decisión la tomaría la madre.

— Lo siento, señora. — El hombre se quitó el tricornio de la cabeza y se lo colocó sobre el pecho en señal de respeto. Luego se inclinó, inclinando la cabeza. —Pero no puedo arreglar la rueda del carruaje a tiempo para que oscurezca en el camino de regreso al convento.

A pesar de la expresión amable de su rostro, la madre miró al cochero un poco irritada. Pero él no hizo caso y continuó:

— Ya es tarde y se acerca una tormenta. — Levantó el brazo hacia el cielo con el dedo índice levantado, señalando las nubes negras que se estaban formando.

— ¡Oh querido! Pero tenemos que volver al convento. Por Dios, señor Tremplay , siga

intentándolo y aquí nos quedaremos en oración — ordenó la madre angustiada.

— Señora, con todo respeto, sé que el Señor Jesús camina con nosotros, pero a estas alturas, aunque hoy pueda arreglar la rueda del carruaje, todavía estaremos en un camino oscuro y lluvioso, ¡eso no es bueno! Los caminos de noche suelen tener ladrones y con el mal tiempo no podremos ir rápido — dijo el hombre con los ojos muy abiertos, tratando de convencerla.

— Entonces, ¿qué sugieres? — preguntó la madre, curiosa y preocupada por la situación.

El hombre hizo una pausa, tragó saliva y luego señaló un punto un poco alejado, entre los árboles, pero era posible llegar caminando.

— ¿Ves ahí arriba?

La madre, todavía dentro del carruaje, inclinó la cabeza hacia el brazo del señor Tremplay y observó mejor lo que ya había visto. Entre unas hayas de altos y delgados troncos, se podía ver a bastante distancia una pequeña colina y un imponente castillo de ladrillos rojos de estilo jacobeo, que contrastaba con el verdor que predominaba en esa región y en aquella época. del año.

— Sí...

— Estamos en las tierras del Duque de Cantrell , ese es su castillo. Su Excelencia, tal vez no le importe albergar a una madre y sus novicias por una noche.

Al escuchar el nombre del Duque de Cantrell , los novicios abrieron mucho los ojos y automáticamente se persignaron en el rostro. Sin embargo, pronto fueron reprendidos por la mirada severa de la madre. Parece que algunos rumores podrían incluso traspasar los muros de un convento. Todas eran muchachas de entre dieciocho y veinte años, vestidas con el hábito blanco, característico de las novicias.

Ante el silencio y la mirada sospechosa de la madre, el hombre provocó:

— Con todo respeto, Madre, ¿hay algo con la mala reputación del Duque y los rumores de la gente local sobre una maldición? — preguntó, con recelo y cautela.

La anciana monja abrió mucho los ojos, frunció el ceño y le dirigió una mirada de reproche.

— ¡Pues, señor Tremplay ! ¡Somos mujeres de Dios, no tememos ninguna *maldición* ! Incluso porque esto no existe, ¡no es más que una tonta superstición de esta gente que vive en la región y ha estado allí desde hace varias generaciones! En Londres, el duque es muy respetado y nadie se ha referido jamás a ninguna maldición.

El cielo se oscureció aún más, un trueno interrumpió abruptamente su conversación. La madre miró al cielo y al cochero que se rascaba la cabeza esperando la respuesta, ahora más que nunca.

— ¿Y luego? — El hombre arqueó las cejas con descaro, considerando que era cochero. Sin embargo, ya llevaba algunos años prestando servicios al convento.

— Bueno, señor Tremplay , para nadie es novedad, ni siquiera en la soledad y lejanía de nuestro convento, lo malhumorado que es el duque de Cantrell y no le gustan las visitas. Pero creo que no nos negará refugio ni por una noche —la madre habló seriamente mientras las novicias, con los ojos muy abiertos, escuchaban la decisión en silencio. Sólo una de ellas escuchaba con calma, con indiferencia, como si no creyera en ningún chisme o maldición. Así era la novicia María...

—Está bien, madre. Entonces, para que la señora y las novicias no tengan que caminar más que unos pocos metros hasta el castillo, allí en lo alto de la colina, voy a ver si puedo meter la rueda y conducir lentamente el carruaje hasta allí. . Se acerca la tormenta y creo que no querrás llegar empapado.

— ¡Hágalo, señor Tremplay , por favor! — dijo la monja y cerró la puerta.

El carruaje avanzaba lentamente por una carretera secundaria entre altos árboles de finos tallos, donde ya se podía ver, construido en lo alto de una pequeña colina verde, el castillo de piedra roja, con dos torres frontales y numerosas ventanas de cristal. El ducado era una gran extensión de tierra que, utilizando un caballo veloz, estaba a cuatro horas de Londres, pero un carruaje podía viajar varias horas sin salir de los dominios del duque.

Al cruzar los portones principales que separaban los dominios privados de las tierras de los arrendatarios, un aroma a rosas invadió el carruaje, ese olor entró por la nariz de la novicia María y se internó en su alma, dejando su añoranza. A pesar de la repentina tormenta, los campos ya estaban verdes y los jardines estaban llenos de rosas rojas en flor. Muy diferente al invierno, que fue duro, los campos se congelaron y las flores desaparecieron.

Era el comienzo de la primera semana de primavera y esto demostraba lo inesperada que parecía haber aparecido la tormenta justo para impedir el regreso de las monjas desde Londres al convento situado en el campo. Con la llegada de esta agradable estación comenzarían las temporadas sociales en Londres, que coincidirían con la primavera. La ciudad sería tomada por nobles, con presencia obligatoria en las reuniones del parlamento, junto con ellos llegarían esposas, hijos e hijas en edad de casarse. Además, por supuesto, de muchos otros ricos que intentan llevarse bien.

A la madre le gustaba visitar Londres una vez al año, pero siempre lo hacía así, a finales del invierno y principios de la primavera, época en la que la ciudad aún no se vería invadida por un bullicio que no agradaría a una anciana. monja y ni siquiera era apta para novicias. La temporada social en Londres había comenzado oficialmente con un gran baile de máscaras.

el castillo de Keulen , que perteneció a la familia durante casi dos siglos, fue construido durante el reinado del rey Jaime I, que unificó Escocia e Inglaterra. Al mismo tiempo que el primer duque de Cantrell , recibió las tierras y el título como recompensa por su lealtad a la corona. A pesar de ser un edificio antiguo por fuera, el castillo era majestuoso, bien cuidado y conservado. En el interior se llevó a cabo una renovación completa para brindar mayor comodidad al Duque ya que decidió trasladarse de su mansión ubicada en el barrio de Mayfair en Londres al recogimiento del castillo. Ahora sólo se visitaba Londres por negocios o por algún compromiso esencial, al igual que el baile de máscaras que abría la temporada social y coincidía con la primera reunión del parlamento. El edificio estaba rodeado de bonitos jardines bien cuidados, además de un poco más adelante, a su lado, un precioso lago artificial de color azul, dicen que fue construido para complacer a una de las ex duquesas a la que no le gustaba disfrutar de la playa. eso también existía allí. Luego, desde las ventanas de cristal del lado norte, la vista del lago era tranquila, romántica y hermosa. Pero desde la mayoría de las ventanas centrales del tercer piso se veía el mar y en verano la brisa marina soplaba agradablemente.

Capítulo 3

— Esa señora otra vez en mi mente, ¡no! —Frederick, arrojó la pluma junto al tintero, usó ambas manos para masajearse las sienes en señal de impaciencia e irritación.

— ¡Ni siquiera sé quién es! Ella permaneció en silencio durante los dos valses que la tuve en mis brazos, solo me regalaba una discreta sonrisa cada vez que la miraba y trataba de reconocer quién estaba detrás de esa máscara! Definitivamente una aristócrata, pero ¿quién podría ser ella? Aún recuerdo su sonrisa y el camafeo dorado en su delicado cuello, que reconocería...

Habían pasado algunas horas desde que Frederick, encorvado sobre su escritorio de caoba, intentaba concentrarse en sus papeles. Sin embargo, lo único que le vino a la mente fue el recuerdo de la bella dama que tenía en sus brazos, ambos bailando divinamente un vals por la habitación, pero que se escapó sin revelar su identidad justo antes de que llegara el momento de quitarse las máscaras. Seguía buscando por todo el salón, los jardines, pero parecía como si se hubiera convertido en humo. Incluso sobornó al portero para que conociera la lista de invitados y a todas las damas allí presentes. Pero todas las de la lista eran hijas de parejas que él ya conocía y sus damas con sus hijas casaderas, pero ninguna era ella. Había estado cerrado al amor desde la muerte de la difunta duquesa, pero esa misteriosa joven lo conmovió de una manera que no podía explicar. Todavía podía oler su aroma natural, un aroma a agua de rosas. Algo muy diferente a las damas bañadas en perfume francés, no insistió en sacar a ninguna de ellas a bailar. También recordaba los ojos, a pesar de intentar parecer tranquilo, a veces parecía asustado, como si ella estuviera allí en secreto.

— ¡Maldita sea, Frederick! ¡Saca a esa señora de tu cabeza! Al parecer ni siquiera eres lo suficientemente bueno para volver a ser el libertino del pasado, ya que ahora eres tan tonto como un chico enamorado — se dijo, mientras se pasaba una mano por la cabeza, alborotando su vestido negro. , rizos sedosos.

Los golpes en la puerta interrumpieron los pensamientos del joven Duke, de 29 años, que trabajaba o fingía trabajar por cuenta propia. Los golpes rompieron el pesado silencio de la lujosa oficina, decorada con muebles oscuros y pesadas cortinas en las ventanas de cristal a través de las cuales se podía ver el patio del castillo. Era en ese silencio casi inquietante que a Frederick Oliver de Blackmore , duque de Cantrell , le gustaba trabajar. Desde ese cargo dirigió sus

asuntos en Londres y administró su ducado.

— ¡Adelante! — habló el hombre, tranquilamente con una voz profunda y fría, pero con una expresión clara en su rostro de alguien a quien no le gusta que lo molesten.

— ¡Perdóneme, señor! — Su mayordomo estaba de pie en el umbral, vestido con su impecable uniforme, abrigo de terciopelo negro con galones dorados, postura solemne y su habitual voz tranquila.

Frederick a veces tenía la impresión de que el señor Strunck no perdería ese aire pomposo y tranquilo incluso si el castillo fuera invadido por una rebelión como las de la época de sus antepasados.

—¿Qué quieres, Strunck ? — preguntó de mal humor y curioso, ya que no era su costumbre ser interrumpido, especialmente al final de la tarde cuando casi había terminado con su trabajo.

— Su Excelencia, tiene visitas — dijo el mayordomo con cautela.

— ¿Visitas? No recibo visitas sin invitación. Además, acabo de llegar de Londres hace sólo tres días, no dejé ningún asunto pendiente allí y los asuntos relacionados con los inquilinos los solucioné todos por la mañana.

— No es un negocio, señor.

—¿No lo son? — El hombre que hasta ese momento no había quitado la vista de los papeles sobre el escritorio, levantó la cabeza, arqueó las cejas y miró al mayordomo. —Entonces despídelos. No tengo ningún interés en visitas de cortesía sin previo aviso y todas esas cosas sociales. Esta fue una de las razones que me hizo mudarme de Londres al campo y finalmente apoderarme de mi tierra para siempre.

Aunque el señor Strunck era un mayordomo impecable, acostumbrado a servir al duque desde su mansión de Londres, a veces desconfiaba un poco de su temperamento. Sin embargo, pensó que lo mejor sería insistir en dar más detalles sobre quién era, antes de abandonar el despacho, como el Duque esperaba que hiciera.

—Tal vez a Vuestra Excelencia le interese saber que se trata de una madre superiora y unas

novicias…

— ¿Perdón?

— El carruaje se averió en el camino cercano y pidieron refugio para pasar la noche, debido a una tormenta que comenzó a caer y además ya casi oscurece. — Mientras decía esto, el señor Strunck se inclinó y encendió un candelabro que estaba cerca del escritorio del duque. La luz natural ya estaba desapareciendo y la habitación empezaba a necesitar velas.

La mención de monjas, tratándose de monjas, dejó indeciso al Duque, no le gustaban las visitas, lo consideraba una invasión a su privacidad, eso era suficiente cuando estaba en Londres. Sin embargo, las monjas eran monjas...

Frederick se levantó lentamente, caminó con pasos lentos hacia la gran ventana y descorrió la cortina que estaba entreabierta. Podía ver a través de las ventanas ya empañadas por la lluvia, una fuerte tormenta azotaba el patio exterior y ráfagas de viento sacudían las copas de los árboles. Se pasó una mano por la cabeza y miró al mayordomo.

— ¡Diles que pueden quedarse! Déles la bienvenida en el salón principal de visitas, voy a hablar con la madre — concluyó, serio.

— ¡Sí, señor! Un gesto muy generoso por tu parte. — El mayordomo hizo una reverencia y sin darle la espalda salió del estudio, cerrando lentamente la puerta.

Mientras Frederick ordenaba algunos papeles y libros con notas financieras traídas por su contable, refunfuñó. Cogió su abrigo de terciopelo burdeos del respaldo de su silla, se lo puso y salió de la oficina. Un sirviente podía encargarse de la organización de su mesa si así lo deseaba, pero el duque era un hombre metódico y prefería ocuparse de ello él mismo. De hecho, odiaba que la gente tocara sus documentos comerciales, así como las cosas de la difunta duquesa Carolina. Aunque lo único que allí pertenecía a la difunta duquesa era su enorme fotografía pintada en el tablero que decoraba el salón principal, que él insistió en traer de la mansión de Londres y un piano extra, ya que a Caroline le encantaba tocar y yo me propuse esto durante las temporadas que pasé en el campo. Salió del despacho y se dirigió al salón para recibir a las monjas.

Sentadas en el sofá del lujoso salón del castillo de Keulen , la madre y las cuatro novicias

esperaron en silencio. Las novicias, a pesar de sentir curiosidad por el lugar, mantenían la mirada baja en señal de obediencia y pudor, a excepción de la novicia María, quien no tenía la mirada de obediencia de una futura monja y a pesar de compartir el silencio, sus ojos recorrían el lugar. habitación de una manera curiosa. Algo que la madre no aprobaría si se hubiera dado cuenta, pero la atención de la madre estaba más centrada en la preocupación de cómo los recibiría el Duque.

Mary observó, sin mucha sorpresa, que la habitación estaba ricamente decorada, muebles de caoba oscura, un sofá tapizado en terciopelo verde oscuro, tapices, una chimenea con fuego bajo, porque a pesar de ser casi primavera aún quedaban restos de los fríos vientos invernales. , a juzgar por la tormenta afuera. Un detalle que llamó su atención fue el enorme cuadro con marco dorado encima de la chimenea, el cuadro de una hermosa mujer, piel blanca como porcelana, rostro ovalado, cabello castaño recogido hacia atrás y portando una tiara de diamantes en la parte superior de su cabeza, luciendo un hermoso vestido amarillo y muchas joyas. Seguramente sería la difunta duquesa, ya cerca de la entrada del castillo, había escuchado al cochero comentar que el mal humor del duque provenía de su viudez a tan temprana edad, dicen que fue causado por tal maldición. . Incluso tenía curiosidad por saber más, sin embargo, la madre, que ya conocía parte de la historia y no fomentaba los chismes, no le hizo caso al cochero y este permaneció en silencio. Sin embargo, algo llamó su atención: un escudo familiar tallado cerca de la chimenea, que reconoció como el mismo bordado en el pañuelo del caballero del baile.

No puede ser... ¿Podría ser? Pensó con el corazón acelerado.

Sin embargo, los pensamientos del curioso novicio fueron interrumpidos.

— ¡Su Gracia, Frederick Olivero de Blackmore , Duque de Cantrell ! — anunció pomposamente el mayordomo, rompiendo el pesado silencio que reinaba en la habitación. Sólo interrumpido por las ráfagas de viento de la tormenta de afuera.

Las novicias y la madre se levantaron rápidamente del sofá y se inclinaron, manteniendo los ojos ligeramente bajos. El duque entró a la habitación con pasos largos, pisando con firmeza, las botas de cuero negro, usadas a la altura de las rodillas, fueron lo primero que vio Mary, ya que tenía los ojos bajos y solo podía ver hasta ese límite.

— ¡Bienvenidos a mi castillo! — El duque, a pesar de utilizar un tono de voz seco, se mostró

relativamente hospitalario en lo que respecta a su fama.

Entonces, cuando escuchó esa voz profunda, la novicia Mary, sintió un escalofrío por la espalda, tuvo la impresión de que conocía esa voz. Todavía en posición de reverencia, levantó discretamente la mirada y su corazón se aceleró al comprender:

¡Es él! ¡El caballero del baile de máscaras! Esta voz, esta postura, esta boca y los inconfundibles ojos azul amatista.

— Gracias, Su Excelencia, su mayordomo ya debe haberle explicado el motivo por el cual estamos aquí. — La madre superiora se enderezó y habló, de cara al duque. Dicho esto, todos los novicios copiaron el gesto y se pusieron de pie.

— ¡Sí! ¡Y te autorizo a pasar la noche! Después de todo, ¿qué clase de caballero sería yo si permitiera que las monjas se aventuraran por estos caminos oscuros y peligrosos en medio de una tormenta?

— ¡Gracias, Su Excelencia! Sepan que los incluiremos en nuestras oraciones diarias en el convento — agradeció fervientemente la madre, juntando ambas manos en señal de oración.

— Creo que ya tienes muchos por quienes orar, así que no te preocupes por mí. Mi difunta esposa, la duquesa Carolina (señaló el cuadro, donde los ojos de la mujer del cuadro parecían observar la habitación) era muy religiosa y estaría encantada de darle la bienvenida.

— ¡Por supuesto, por supuesto! También la incluiré en nuestras oraciones.

— ¡Por favor, te lo agradeceré! Entonces, si ese es el caso, le pediré a mi mayordomo que les muestre las habitaciones donde pasarán la noche. Después de eso, quiero que todos bajen a cenar conmigo a la mesa.

— ¿Cenar en tu mesa? — preguntó la madre sorprendida. — ¡Oh, no es necesario, señor, no queremos molestarlo! Podemos comer con los sirvientes, fue muy generoso de tu parte darnos refugio en tu castillo.

— ¡Sí, pregunta! Después de todo, no todos los días cenamos con novicias de nuestro Señor Jesucristo.

La madre incluso quedó sorprendida por su cortesía.

— ¡Por supuesto, señor, será un honor!

— A las ocho se servirá la cena. — Al decir esto hizo sonar una campana de plata y apareció el mayordomo para mostrarles su alojamiento.

Mientras el duque y la madre hablaban, los novicios permanecían en silencio, tímidos y sin mirarlo directamente. María, con el corazón acelerado, también lo escuchaba en silencio, pero con ojos de dama y no de monja, observaba discretamente al duque, lo guapo que era. Incluso tenía miedo de ser reconocida por él, pero agradecía estar casi en silencio durante el baile y ser un baile de máscaras.

El duque era un hombre alto, característica heredada de su padre, medía alrededor de seis pies de altura, de piel oscura, hombros anchos, brazos fuertes, físico esbelto. En cuanto a su rostro, era un hombre apuesto, rostro alargado, piel oscura, sin barba, ojos azul amatista, cejas pobladas, cabello corto con rizos negros claros. A pesar de su reputación de temperamental y solitario, después de la muerte de su esposa, Frederick era un hombre vanidoso y bien arreglado. Esa noche recibió a los visitantes vestidos con pantalones blancos, botas negras hasta la rodilla, un abrigo de terciopelo color burdeos y un pañuelo rojo alrededor del cuello.

Si él es el caballero esa noche, ¿qué estaba haciendo en el baile? ¿Ya que tiene fama de ser solitario y de mal carácter?

La novicia no estaba del todo equivocada al juzgar la fama de Frederick y quién era él. Al duque, que había sido un libertino hasta que se enamoró de la difunta duquesa, ya no le gustaban los bailes después de haber elegido vivir en el campo, un poco más lejos de Londres, desde su muerte hace cinco años. Sin embargo, era la primera reunión del parlamento, a la que tenía que asistir como noble y luego no pudo evitar ser invitado al baile en Almacks , que abrió la temporada social. Tan pronto como terminó su vals llegó la medianoche, hora de que todos se quitaran las máscaras, ella se escapó sin decir palabra, el duque después de buscarla solo se quedó no más de media hora y abandonó el baile. Dirigiéndose así a su mansión en el barrio de Mayfair .

No era ninguna novedad para nadie que esos compromisos sociales dejaran al duque bastante

irritado o aburrido. Encontró todos esos bailes de sociedad iguales: hombres rodeándolo para estrechar relaciones, hablar de política, hacer buenos negocios y madres con hijas en edad casadera, tratando de llamar su atención, con la vista puesta en el título de duquesa que podía ofrecer el joven duque, viudo a los 29 años. Salvo algunas madres que temían su mal humor, sus modales sarcásticos y hasta un estúpido rumor de maldición, como él mismo lo catalogaba.

Capítulo 4

La cena se sirvió en el gran comedor, bien decorado, en tonos oscuros, algo que encajaba bien con la personalidad del Duque, sobre una larga mesa de caoba oscura, iluminada por candelabros dispuestos a lo largo de ella. Podría acomodar fácilmente a veinte personas a cada lado, pero antes solo estaba el duque sentado a la cabeza y los sirvientes atendiéndolo. Aquella noche estaba diferente, el Duque a la cabeza, como siempre, vestido con un abrigo de terciopelo negro, cambiado especialmente para la cena, una camisa blanca y un pañuelo rojo al cuello.

— Espero que la cena sea de su agrado señora, pedí que prepararan como plato principal uno de los platos tradicionales ingleses: roast beef con patatas en salsa — dijo Frederick con voz profunda y seria, pero cortés.

La novicia Mary no dijo nada, pero opinó que la cena estuvo maravillosa, la mesa bien puesta, vajilla de plata, comida abundante con entrantes, plato fuerte, dulces, vino, sirvientes yendo y viniendo para servirlos. También la dejó un poco nostálgica, con un nudo en la garganta, ya que le recordaba a su antigua casa paterna y comidas como esas, muy diferentes a las del convento.

— Nos conviene a todos. Fue muy amable de Su Excelencia, no queríamos molestarla — respondió la madre, tratando de mostrar humildad.

— Lo confieso, no soy un hombre dado a visitas de cortesía y por voluntad propia me retiré de la sociedad londinense, sólo voy a Londres por negocios o algún compromiso social que no puedo rechazar. De hecho estuve allí hace tres días.

Al oír esto, Mary casi se ahoga, pero discretamente se llevó un vaso de agua a la boca.

Es él... ya no tengo dudas... ¿podría reconocerme?

— Entiendo, Alteza — dijo la madre con voz comprensiva.

— Sin embargo, tener monjas como compañía para cenar, rompiendo un poco la rutina del castillo, al principio me pareció un inconveniente, pero luego apreció la idea — dijo el duque,

mientras se llevaba a la boca una copa de plata llena de vino y las miraba .

—Entiendo, señor. Estoy inmensamente agradecida, si alguna vez puedo devolverte el favor — dijo la anciana monja, mientras manipulaba los cubiertos de plata y cortaba lentamente un trozo del asado.

El duque no era una persona muy hospitalaria ni comunicativa, pero esa noche se esforzaba, por lo que intentó mantener la conversación, en la que sólo participaba la madre. Sin embargo, el duque también era un hombre observador y comenzó a observar el comportamiento de los novicios, su timidez, su mirada baja, comían en silencio, en postura servil, a excepción de uno de ellos: la novicia Mary. El duque se sentaba a la cabecera, la madre superiora a su derecha y en el lado opuesto a su izquierda las cuatro novicias, siendo Mary la más alejada de él, por lo que podía observarla discretamente, sin necesidad de inclinar la cabeza. ya que ella estaba justo en tu campo de visión. Los novicios no habían sido presentados individualmente por su nombre, pero había oído a la madre llamarlos así, todavía en la sala de visitas.

— Este vino es magnífico, es de una añada especial. ¿Quieres un vaso? — Los novicios ni siquiera levantaron la vista de su plato, pero el novicio de ojos más atrevidos intentó decir algo.

— Gracias, Excelencia, pero no bebemos alcohol — agradeció la madre, luego de mirar a la novicia Mary con una mirada severa que ella pareció tentada a aceptar.

Frederick observó que solo la madre respondía a sus preguntas y mantenía un pequeño diálogo con él, los demás, además de su mirada baja, parecían no sentirse cómodos respondiendo o interactuando con un hombre. Sin embargo, el joven novicio, sentado a su izquierda, en la silla más alejada de él, parecía, por momentos, tentado de participar en la conversación. No parecía una novata, a pesar de vestir como las demás, tenía un porte elegante cuando se sentaba a la mesa, casi como una princesa o una refinada dama de sociedad y manejaba los cubiertos con mucha elegancia. Además, a pesar de mirar silenciosamente como iguales, una monja o una novicia no miraría a los ojos a un hombre como iguales de esa manera.

La novicia Mary era hermosa, tenía veinte años, piel blanca como porcelana, rostro ovalado, ojos grandes y redondos que más parecían dos almendras y algo le dijo al Duque que debajo de esa cabeza cubierta, había un hermoso y escondido cabello castaño. Ella le recordaba a alguien...

¡Maldición! Carolina... Eso es lo que pensó el Duque cuando concluyó su examen de la novicia

y descubrió que se parecía a su difunta esposa. Juró que nadie más ocuparía su lugar. Esto le hizo cortar la carne de su plato con un agudo gesto de ira.

De repente, un niño entró corriendo en la habitación, sorprendiendo al Duque. Mary observó que era una hermosa niña de cabello castaño claro, lleno de rizos, vestida de manera noble, parecía más bien una muñeca de porcelana.

—¡Papá! ¡Papá! — dijo la voz infantil.

El duque, con expresión irritada, desvió la mirada en dirección a la voz. Sin embargo, justo detrás estaba una mujer de mediana edad que vestía un vestido gris y blanco, parecía una especie de niñera para la niña.

— Juliette, ya deberías estar en la cama — dijo irritado.

— ¡Perdóneme, Su Excelencia! Venga conmigo, señorita Juliette.

La criada la puso en sus brazos, ella todavía estaba un poco reacia, pero terminaron llevándosela. El duque observó la escena con frialdad.

— Perdón por la interrupción, ella es mi hija Juliette. A veces está un poco mimada, como resultado de haber crecido sin una madre y siendo cuidada por niñeras. Mi esposa murió al darla a luz, apuesto a que has escuchado los ridículos rumores de maldiciones.

— ¿Maldición? ¿Qué podría ser esta maldición, Su Excelencia? — Para sorpresa de todos, lo interrumpió el novicio, curioso.

— ¡Mary! No le haga caso, Alteza — dijo la madre.

— No, madre, para nadie de la región es novedad que las esposas de los duques de Cantrell , hace tres generaciones, mueran al dar a luz. Pensé que sería diferente con Caroline, pero no fue así… — dijo con voz amarga.

Un pesado silencio se apoderó de la habitación, Mary lentamente se llevó el tenedor con un trozo de papa cocida a la boca.

— Lo siento, no lo sabía. Lo lamento...

— Excelencia, nuestro convento está lejos de Londres, muy cerca de la región de Escocia y los rumores no penetran en ella. — La madre intentó ocultarlo. — Además somos monjas y no creemos en ninguna maldición. Pronto encontrará una nueva esposa digna de ser duquesa y madre de su pequeña Juliette.

— Gracias por tus palabras de consuelo, madre. Sin embargo, de momento no busco esposa, sino una especie de institutriz para mi hija, alguien que la ayude en su educación, que le enseñe a leer, a hablar más de un idioma, a reglas de etiqueta.

—¡Ah! Pero hace mucho bien y usted es un hombre rico, puede enviar a la mejor institutriz de Londres para que se encargue de la educación de su hija —la madre habló amablemente.

— Sí, podría. Sin embargo, no pienso en hacer pedidos desde Londres, no quiero sirvientes chismosos llevando chismes de ida y vuelta desde mi castillo a la corte. Entonces estoy estudiando otra opción.

— Ah… ¡Perdón! Su Gracia.

— Pero luego me pregunté si uno de tus novicios podría pasar algún tiempo aquí en el castillo, mientras no puedo decidir en qué región debería contratar. Después de todo, los novatos tienden a ser cultos, educados y discretos.

Aquella propuesta tomó a todos por sorpresa, ya que no esperaban algo así. Los novicios tragaron lentamente para no ahogarse y en cuanto a la madre, no era algo con lo que estuviera del todo contenta, pero tampoco era prudente negarle un favor a un duque tan rico y poderoso. Incluso en el remoto convento la gente ya había oído hablar de él. Además, les había hecho un favor...

Después de una breve pausa, la madre concluyó:

— Bueno, Excelencia, confieso que este tipo de peticiones no son comunes, pero por otro lado estaríamos haciendo una buena acción a la hora de contribuir a la educación de un niño.

Las monjas escuchaban con los ojos muy abiertos, debían obediencia a la madre superiora como

novicias, pero tenían miedo de quedarse allí en el castillo, pues no se sentían cómodas en presencia de los hombres y mucho menos en presencia del duque.

— Se lo agradecería mucho, señora, y le daría una buena suma por sus obras de caridad y por el convento.

— Muy amable de tu parte, antes de irnos a la cama, hablaré a solas con las niñas y decidiré quién se quedará aquí por un tiempo como institutriz de la pequeña Juliette — dijo la monja con expresión amable.

Los novicios se sintieron incómodos al escuchar eso, pero lo ocultaron y terminaron la cena tensos. Después de todo, ¿quién pasaría una temporada en el castillo de Keulen ...?

Capítulo 5

Ya vestida con un camisón largo de algodón, ideal para la noche relativamente fría debido a la tormenta que las aprisionaba en el castillo y la proximidad al mar, Mary miró por la ventana de la habitación en la que se había instalado y pensó, mientras observaba la noche afuera.

¡Dios mío, no puede ser! Es el caballero del baile, ¿me reconoció? Por supuesto que no... ¿Pero qué dirías si me reconocieras? ¿Me entregaría a la madre? ¿O simplemente permanecería en silencio y la juzgaría como una monja lasciva? Después de todo, ¿un novato huye de una pelota?

El kilo la dejaba confundida, al mismo tiempo que estaba feliz de encontrarlo, tenía miedo de ser reconocida, descubierta, juzgada por él como alguna vez lo había sido por las malas lenguas...

Entonces, para intentar sacar eso de su cabeza, esos recuerdos y su miedo, decidió concentrarse en sus habitaciones, observando el entorno. La novicia vio lo lujosa que era la habitación donde estaba instalada. De hecho, los novicios, incluso después de las instrucciones del ama de llaves, preferían dormir juntos en una habitación, parecía que no estaban acostumbrados a tener lujos ni privacidad. Entonces la madre superiora ocupó la habitación contigua a la suya y las otras tres novicias compartieron una habitación también cercana. En cuanto a la novicia Mary, quien en el pasado incluso tuvo una criada personal, estaba acostumbrada al lujo y tuvo que deshacerse de viejas costumbres al llegar al convento. Así que ahora estaba disfrutando de ese pequeño regalo, me sentí como un paso atrás en el tiempo...

— Dios mío...

Fue la expresión de deleite de Mary mientras se sentaba en la enorme cama doble con un suave colchón de plumas de ganso. Además de que sus ojos se deleitaban con el lujo de la habitación, tan diferente a la sencillez del convento donde se alojaba hacía casi dos años. Por un momento sus ojos se llenaron de lágrimas, sintió una opresión en el pecho y recordó su antigua habitación, pero un golpe en la puerta la devolvió a la realidad.

— ¡Adelante!

— Mary, querida... Sabía que todavía estaba despierta, que debería haberse cambiado para ir a la cama. — Cada monja llevó una maleta con algunos plantones y objetos personales, ya que el convento estaba lejos de Londres y viajaron para pasar unos días.

Escuchar que alguien la llamara Mary la devolvió a la realidad. Le llevó meses acostumbrarse a su nombre de novicia, que recibió nada más llegar al convento en una triste tarde de invierno. A veces, todavía encontraba extraño el lugar, todavía no podía aceptar plenamente su nueva vida.

— Antes de acostarme quiero hablar contigo — dijo amablemente la mujer.

—¡Por supuesto, madre, siéntate por favor! — La novicia se sentó en el borde de la lujosa cama matrimonial y la madre se sentó a su lado. — Parecía tranquila, pero en el fondo estaba aprensiva y trataba de ocultarlo.

La madre tomó las manos de Mary entre las suyas y por unos momentos la miró fijamente y pensó en cuánta belleza se escondía en la vida cotidiana bajo el hábito de novicia. Pero allí, vestía un camisón de lana para dormir, su largo cabello castaño le llegaba hasta la cintura, el cual estaba trenzado y formaba una larga trenza que pasaba por su hombro y caía hasta su regazo.

— Entonces, hija mía, seguramente escuchaste la propuesta del Duque durante la cena...

— Sí, lo escuché, madre. — La joven se quedó mirando con sus ojos grandes, redondos y almendrados, curiosa.

— Sabes, no podemos decirle que no al Duque, ya que es un hombre poderoso, nos hizo un favor y tiene influencia en toda Inglaterra, a pesar de que nuestro convento está lejos de Londres y sus tierras.

— Sé lo lejos que estábamos, de hecho la distancia y el aislamiento del convento, ya en la frontera entre Inglaterra y Escocia, fue lo que hizo que fuera elegido por mi padre… — La joven bajó la cabeza con tristeza y uno de los Sus ojos amenazaron con derramar una lágrima.

— No hablemos de eso ahora, fue la voluntad de Dios y de tu padre... Pero, no es difícil ver que no tienes vocación de monja. Todavía recuerdo cuando llegó al convento, triste, llorosa, extrañando a su familia, sus objetos personales femeninos, vestidos y todo lo que suele vestir una dama de sociedad.

— Ni siquiera me recuerdes esa tarde triste, Madre, tardaron meses en olvidarla y hasta el día de hoy no se ha olvidado del todo. Realmente no fue mi vocación la que me llevó al convento...

Durante la conversación, ambos permanecieron sentados uno al lado del otro en el borde de la cama y la madre tomó las manos de la novicia como tratando de consolarla.

— Por eso, querida, he decidido que serás la novicia elegida para pasar una temporada en el castillo como institutriz de la pequeña Juliette — dijo claramente la madre.

La boca de Mary se abrió cuando escuchó esto. Rápidamente sacó sus manos y las llevó hacia su boca, cubriéndola mientras abría los ojos.

— ¿Yo, madre? ¿Por qué yo?

— Querida, hay varias razones por las que, entre las novicias aquí presentes, ella es la más adecuada: tiene una mejor educación, no tiene vocación de monja, tal vez un período fuera del convento, aunque sea breve, sería suficiente. ella bien. Diferente a lo que les pasaría a otros novatos que apenas pueden mirar a un hombre a los ojos.

—¡Pero no sé si puedo! ¡Incluso se rumorea que la reputación de mal humor del duque es una maldición familiar! — No podía decir eso más allá de eso, tenía más razones, tenía miedo de que él se enterara y miedo de que sus sentimientos afloraran por él.

— Hija, el mal humor del duque es natural, parece un hombre que, incluso después de cinco años, no ha asumido la muerte de su esposa. En cuanto a la maldición, no hay nada de eso, pero aunque así fuera, las malas lenguas siempre han dicho que recae sobre las duquesas de Cantrell , algo que nunca serás...

Ese argumento devolvió a Mary a la realidad, a veces olvidaba ciertas cosas, que ya no pertenecía a ciertos ambientes y que la joven aristócrata quedaba atrás.

— Hablando de familia, también está mi familia, ¿qué dirán cuando sepan que dejo el convento para vivir en un castillo por un tiempo? ¿No lo prohibió mi padre? ¿No fue la orden que me aislaran detrás del muro del convento para siempre? Este fue mi castigo y precaución para no

manchar el honor de mis dos hermanas aún solteras...

— Querida, tu familia apenas te escribe, una o dos cartas de tu hermano y que una vez al mes el señor Tremplay pueda venir a entregártelas. Recuerda que fuiste dejado en el convento para ser olvidado...

Esa última frase hirió el corazón de la novicia, sus ojos se llenaron de lágrimas y se llevó una de sus manos a los ojos y se los secó.

— Sí, lo sé... Es que a veces me engaño, pero apuesto a que mi madre no escribe porque mi padre se lo impide y ella no tiene el valor de escribir en secreto como lo hace mi hermano. Pero fuera del convento, sin mi hábito de novicia, permaneceré aquí como una sola institutriz, respondiendo directamente a un solo hombre...

— Hija, si es tu reputación lo que temes, debo recordarte que la perdiste hace mucho tiempo y por eso te dejaron en el convento... Además, no creo que tengas tanto contacto con Duque, usted no es un sirviente, pero ella tampoco es una invitada. Trabajará para él y vuestra excelencia no cortejaría a una novicia.

— No acepto esto, no acepto una sociedad tan injusta con las mujeres. ¡Donde una actitud o palabra de un caballero malicioso puede arruinar toda la vida de una dama! Casi ni siquiera comprometió el futuro de mis dos hermanas menores.

—Sí, hija. Quién sabe, quizás todo esto sea diferente en el futuro, pero lo es ahora y creo que lo seguirá siendo durante muchos años.

— Sueño con esos días, en los que las mujeres pueden ser diferentes, no tener que actuar según un manual para evitar ser difamadas y tener sus sueños de casarse, tener hijos y una familia enterrada.

— Entiendo tu enfado. Ahora, durante tu estadía aquí en el castillo, si quieres protegerte de alguna manera, e incluso te aconsejo que lo hagas, no necesitas contar tu pasado ni los detalles de tu vida anterior. Aquí seguirás siendo la novicia Mary, sólo te autorizo a cambiar tu hábito de monja por ropa discreta para estar más cómoda en tus nuevos roles con la pequeña Juliette.

La novicia se levantó lentamente de la cama, caminó unos instantes por la habitación, como si sólo quisiera estirar las piernas y pensar mejor. Entonces, se acercó a la ventana, descorrió la cortina, la tormenta había pasado, pero el clima se había vuelto más frío, era mejor no abrir la ventana. Después de unos minutos contemplando la noche, rápidamente se volvió hacia la Madre, que todavía estaba sentada en la cama, y le dijo:

— ¡Está bien, madre! ¡Me quedaré!

La madre caminó lentamente hacia ella y la abrazó.

— Estoy muy contento con tu decisión, pero no olvides mis recomendaciones y que solo eres un novato en vacaciones. El convento está lejos de aquí, ya soy muy mayor para aventurarme por estos caminos a visitarte o velarte. Pero confío en tu sentido común.

— ¡Está bien, madre!

Sin embargo, pensó en lo más profundo de su alma que a pesar de tener la intención de comportarse, sería difícil resistirse al Duque que había alterado sus sentimientos si decidía ser atrevido con ella. Sin embargo, recordó que tuvo que darse cuenta de que era solo una novata sin la costumbre, que se quedó allí para ayudar por un tiempo con la educación de su única hija de cinco años, Lady Juliette.

Capítulo 6

— ¡Quédate con Dios, hija y la justicia! Al final de la primavera nos volveremos a ver en el convento — la madre habló amablemente y besó a la novicia Mary en la frente antes de subir al carruaje y partir.

Entonces, desde el soleado patio del castillo, a primera hora de la mañana, Mary, junto al ama de llaves que iba a mostrarle el funcionamiento de la casa, vio salir el carruaje con la madre y las novicias. Observó cómo el carruaje tomaba el pequeño camino de piedra dentro de los terrenos del castillo, hasta que cruzó los árboles, tomó el camino de tierra y se perdió de vista. Ese sería su nuevo hogar, probablemente, durante toda la primavera, no es que le pareciera del todo malo, ya que no tenía vocación de monja y pasar tiempo fuera del convento le vendría bien, pero tendría que acostumbrarse. una nueva casa, una nueva función. El papel de ser la institutriz de la pequeña Juliette no era lo que temía, pues le gustaban los niños y en el pasado había soñado con ser madre, pero el simple hecho de tal vez tener que estar en presencia del Duque la preocupaba. Porque, además de la fama de poco sociable, de mal carácter, algo que no se notaba en el caballero del baile, sentía miedo de ser reconocida o de no poder controlar sus emociones frente a él. . Después de todo, ¿qué querría un duque de un gobernador novato de su hija?, pensó. Aunque sospechaba que debido a su actitud antisocial y arrogante, rara vez le hablaba de su hija.

— Ven querida, el castillo es enorme, pero enseguida te mostraré las partes que necesitas saber, tenemos que ser rápidos, ya que todavía tengo que dar órdenes a la cocinera y a las criadas.

— ¡Ah, por supuesto! Me gustaría decir que fue muy amable de su parte al brindarme este vestido extra, aparte de mi hábito de novata, solo tenía un vestido y ahora tendré dos cambios de ropa.

— No hay necesidad de agradecerte, la doncella Hellen ganó demasiado peso y abandonó ese vestido. Debo decir que me alegré cuando supe que tu madre te autorizó a no usar el hábito durante tu estancia fuera del convento. Que nuestro Señor Jesucristo me perdone, pero que una muchacha tan hermosa sea monja es hasta pecado.

Mary sonrió torpemente ante el comentario, también estaba feliz de no necesitar usar el hábito de

novicia. Aunque ya no tenía los hermosos vestidos a los que estaba acostumbrada, usar un vestido común y corriente ya le brindaba cierta satisfacción. El vestido le quedaba muy bien, de hecho Mary era tan hermosa que todo le quedaba bien. Su hermoso cabello largo, castaño y brillante, estaba recogido en un moño en la parte superior de su cabeza, algunos finos mechones insistían en escapar hacia su frente y orejas, lo que resaltaba aún más la belleza de ese hermoso rostro ovalado, el cual con grandes ojos redondos de colores. de almendras miraba todo encantado. Actuaba como una prisionera recién liberada, ansiosa por disfrutar de su liberación y mirar todo con ojos de satisfacción, pero sabía que tenía que contenerse.

El vestido sobre su delgado pero curvilíneo cuerpo era discreto, en color azul claro, de cintura alta, ya que desde la temporada pasada los vestidos se habían vuelto más livianos, con menos exceso de tela debajo y una cintura definida debajo de los senos. Entonces, ver a Mary con hábito de monja y luego verla con ese vestido ya tuvo un impacto considerable a juzgar por el contraste creado entre el vestido y el hábito de novicia.

— Luego hablarás con la niñera de la pequeña Juliette, para arreglar la rutina y más tarde hoy también hablarás con el Duque — dijo amablemente el ama de llaves. Llevaba el típico vestido de las institutrices, cerrado, serio y, en su caso, de color gris oscuro. Caminó con pasos largos por el patio dirigiéndose hacia el interior del castillo, Mary se apresuró a seguirla.

—Con… con… ¡El Duque! ¿Ya? — Se detuvo, se tapó la boca con las manos con miedo.

— ¡Por supuesto, niña! Eres un novato, debes tener una buena educación, pero el duque al menos querrá tener una primera conversación a solas con la institutriz de su pequeña hija.

— Entiendo, tienes razón... — La joven intentó ocultar su nerviosismo sabiendo que pronto estaría a solas con el duque.

La institutriz, vestida con su vestido gris con delantal blanco, caminaba a grandes zancadas y Mary intentaba seguirle el ritmo. Ahora, en la lujosa sala principal del castillo, donde las monjas fueron recibidas por el duque la noche anterior.
— ¡Esta es la sala principal del castillo, que ya conoces! Aquí se reciben los visitantes, después de que el mayordomo se lo anuncia al Duque. No conviene que la pequeña Lady Juliette se quede aquí por mucho tiempo, ya tendrá a su disposición su dormitorio, la sala de estudio, el salón de juegos y el patio exterior en los días soleados – habló el ama de llaves con tono de administradora.

Mary asintió y aunque ya había visto la habitación, durante el día era aún más hermosa, entraba más luz a través de las ventanas de vidrio, decoradas con pesadas cortinas de terciopelo rojo y cordones dorados. Ella, sin darse cuenta, se detuvo un momento para contemplar una vez más el cuadro de la difunta duquesa Carolina, era un cuadro muy bien pintado, con marco dorado, colocado encima de la chimenea. La duquesa tenía una mirada profunda que, en cierto modo, parecía vigilar la habitación. El ama de llaves notó la admiración de Mary.

— Estás encantado con la duquesa, ¿no? Todo el que viene aquí siente algo al ver esta foto. Era una mujer hermosa, es una pena que muriera tan joven.

— Sí, era una mujer hermosa. Su Gracia debe haberla amado mucho.

— ¡Sí! A veces pienso que él todavía la ama y se esconde detrás de su mal humor. El duque quedó angustiado cuando ella falleció, todavía vivíamos todos en Londres, y un tiempo después decidió mudarse al campo.

— Perdóneme la curiosidad, pero ¿de qué murió?

— Murió al dar a luz a la pequeña Lady Julliete , hace cinco años. Hasta el día de hoy, el Duque trata a la pequeña como si fuera la culpable, de ahí su frialdad hacia ella.

— Vaya… lo siento

—¿Pero quieres saberlo? — El ama de llaves miró a su alrededor y habló en voz baja. — Puede que haya sido otra víctima de la maldición que ha azotado a los duques y duquesas de Cantrell durante casi cien años...

—¿Maldición? — La joven que ya había escuchado al cochero del convento mencionar algo y no tuvo oportunidad de satisfacer su curiosidad, fingió sorprenderse y trató de descubrir algo más.

— ¡Sí! Dicen que hace cien años una pobre muchacha seducida por uno de los duques de Cantrell se arrojó desde un acantilado aquí cerca de la playa y lanzó una maldición sobre todos ellos y sus duquesas. Pero nadie se atreve a decir esto delante del duque y él se refiere a ello como un rumor falso e infundado de la población local.

— ¡Nuestro! ¡Dios mío! — A pesar de no ser una novata dentro de los estándares, no pudo resistirse y se santiguó. — Hemos oído algo, pero nunca supimos ningún detalle, la causa.

Después de eso, el ama de llaves, como si se arrepintiera de haber dicho demasiado, conociendo a la chica desde hacía tan poco tiempo, intentó interrumpir la conversación.

— Pero tú eres una mujer de Dios, una esposa de Cristo y ciertamente no crees en rumores de maldiciones. Probablemente sean sólo rumores, supersticiones que los ancianos de la tierra transmitieron de padres a hijos. Ahora ven, necesito mostrarte algunos lugares más, tu habitación y presentarte a la niñera de Lady Juliette, con quien arreglarás tu rutina.

Capítulo 7

— Lady Smitch , esta es la novicia Mary, institutriz temporal de Lady Juliette, el duque la eligió anoche, mientras no ha decidido a quién contratar definitivamente. — La institutriz hizo las presentaciones luego de encontrar a la niñera y al niño en la sala de juegos.
Mary miró y encontró a esa mujer de rostro serio, vestida con el tradicional vestido gris con puños blancos de las criadas, alguien demasiado seria y con poca energía para ser la niñera de un niño que parecía tan lleno de vida como Lady Juliette. Pero ella era alguien que trataba de evitar el juicio, no por razones religiosas, sino por amargas experiencias de la vida.

— ¡Encantada, señora! — La niñera intentó besarle la mano, pero Mary habló de manera amistosa y con una sonrisa divertida, poco propia de una novata:

— Yo también estoy encantada, señora. Pero no es necesario este ritual, solo soy un novato, aún no he hecho mis votos. — Entonces pensó: *y si pudiera evitarlo nunca lo haría.*

— Te dejaré en paz, ya que necesito darle órdenes a la cocinera y a las criadas. Aún me espera mucho trabajo antes del almuerzo — dijo la institutriz y los dejó solos en el cuarto de juguetes y se fue hacia las otras partes del castillo.

La niñera que tenía delante estaba un poco silenciosa mientras la observaba. Mary lo notó y quedó desconcertada, esa mirada medidora, analizadora le molestaba.

— ¿Algo, señora Smitch ?

— Lo siento, eres demasiado bonita para ser monja y pareces una mujer noble. Fácilmente podría llamarla mi señora si la encontrara sola en las calles de Londres.

—Su impresión, señora Smitch . Además, no encontrarías en las calles a una dama que recibiera el trato de milady sola, sin un acompañante o un sirviente privado — dijo Mary, de buen humor y esto hizo que el rostro serio de la señora Smitch mostrara una sonrisa, como si hubiera rompió su ceño.

— Entiendo, señorita. Creo que es hora de conocer a Lady Juliette. Supongo que por eso el ama

de llaves te trajo aquí al cuarto de juegos.

— ¡Sí, sí! Conocer a Juliette, hacer bien nuestra rutina.

— Ella está ahí, sentada en un rincón de la habitación, ocupada con su muñeca favorita en su regazo, insistiendo en que ella es la madre de la muñeca y que debe alimentarla. Venir.

Mary caminó unos pasos con la niñera hacia donde estaba la niña, el cuarto de juegos era grande, de hecho como casi todas las habitaciones del castillo. Estaba decorado con paredes costosamente pintadas y con muñecas de porcelana, juguetes de madera y algunos libros. El duque, a pesar de parecer frío con su única hija, estaba preocupado por su educación.

—Lady Juliette. — La niña ni siquiera se movió, de espaldas y muy ocupada con la muñeca en su regazo.

Eso hizo que Baba se impacientara y ella ya se disponía a llamar por segunda vez y con más energía, fue entonces cuando Mary silenciosamente le hizo una señal a la criada, para que se quedara en silencio y la dejara intentar. Entonces, Mary, acomodándose un poco las faldas largas de su vestido, se inclinó junto a la niña. Pero, antes de decir nada, se conmovió por la forma en que la niña de cinco años hablaba con su muñeca en su regazo y hacía como si se metiera una pequeña cuchara en la boca.

— Come un poco, estás enfermo. Soy tu madre y estoy aquí para cuidarte. ¿No es eso bueno? Tú tienes madre, yo no, pero yo te tengo a ti, mi pequeña hija —la niña le habló cariñosamente a la muñeca.

Entonces Mary puso suavemente su mano sobre su hombro, haciéndola girar hacia ella.

— ¡Hola! ¡Señora Juliette! ¿Qué pasó con tu pequeña hija?

— Serafina está enferma, no quiere comer, pero yo la estoy cuidando — dijo de manera explicada la niña, luciendo como un adulto en miniatura.

— Ah, claro. Entonces ella se recuperará pronto.

— ¡Gracias por preocuparte por Serafina! ¿Pero quién eres tú?

— Bueno, soy la señorita Mary, estoy aquí porque fui contratada por Su Excelencia el Duque para ser su institutriz temporal. ¿Recuerdas las mujeres que viste ayer en el comedor?

— ¡Sí! Pero estaban todos cubiertos, uno vestía ropa negra, otros blanca, pero todos con la cabeza cubierta. Eres muy diferente a ellos.

— Sólo me quité esa ropa que mencionó mi señora, durante mi estancia aquí en el castillo.

— ¡No necesito que nadie me cuide, pero tú puedes ayudarme a cuidar de Serafina!

— Ah, lo entiendo Milady y será un placer. Pero acordemos lo siguiente, te daré algunas clases para completar tu educación y juntos cuidaremos de Serafina. ¿Él está bien?

— ¡Trato, entonces!

La niñera observaba desde un rincón, admirando cómo la novicia tenía habilidad con los niños, ya que se había ganado la confianza de Lady Juliette en poco tiempo.

Tan bonita, educada, buena con los niños, sería una gran madre y esposa, pero se hará monja. Pensó la niñera, mientras los observaba.

La atmósfera de complicidad y simpatía entre ambos fue interrumpida por la entrada de Strunck en la sala, a su manera solemne.

— Señorita Mary, todavía no sé cómo quiere que la llamen, aún no nos ha dicho su apellido.

Por unos momentos hubo silencio en la habitación y Mary habló.

— Puede dirigirse a mí como Mary novicia, Sr. Strunck , porque cuando entramos al convento obtuvimos un nuevo nombre y perdimos nuestro apellido del mundo exterior.

— Entiendo, señorita... Disculpe: la novicia Mary. Vuestra Excelencia, el Duque de Cantrell , os espera en su estudio. Quiere hablar contigo antes del almuerzo.

Eso puso nerviosa a Mary, con mariposas en el estómago. Se dieron cuenta, pero pensaron que

era por la fama del conde, pero Mary sabía que no era solo eso. En el fondo, además de su fama, tenía miedo de ser reconocida al mirarla más de cerca a la luz del día y miedo de que sus sentimientos de la noche del baile salieran a la superficie.

—¡Venir! Te llevaré a la oficina del duque.

— Por supuesto, vámonos.

Entonces, sin otra opción, Mary salió de la sala de juegos y siguió al mayordomo por los largos pasillos del castillo de Keulen .

Capítulo 8

— Lo siento señorita, pero ¿cómo debo anunciarlo? — Preguntó Strunck mirándola, mientras una de sus manos sostenía la manija de la puerta que aún estaba cerrada.

— Entiendo que pueda parecer extraño en relación a las reglas de la sociedad, pero soy un novato, mi nombre y apellido pertenecen al pasado. Puedes anunciar a la novicia Mary — habló con voz firme, tratando de ocultar su miedo y nerviosismo.

Entonces, el mayordomo, tras llamar ligeramente a la puerta, la abrió y entró en el estudio del duque con su habitual postura solemne.

— Su Excelencia la novicia Mary, como usted lo pidió.

Frederick, sentado ante su escritorio de caoba oscura, levantó lentamente la cabeza y miró con los ojos bajos. Encontró extraña la forma en que anunciaron a la joven, ya que esperaba algo de una dama o, si fuera una mujer noble, algo de dama, esto último sería poco probable.
—Gracias, Strunck , déjanos en paz —ordenó Frederick.

Mary entró lentamente, estaba nerviosa, su corazón latía aceleradamente, pero intentaba

ocultarlo. Los recuerdos del balón llegaron como una avalancha a su mente. Luego, ella se paró justo frente a él, solo el escritorio que los separaba, y se inclinó elegantemente.

— Aquí estoy, Excelencia, ¿me llamó? — habló con voz suave.

La visión de la novicia sin hábito de monja con ese vestido de muselina azul claro, su brillante cabello castaño recogido en lo alto de su cabeza y algunos mechones cayendo cerca de sus orejas tomó por sorpresa al Duque. Así, por unos instantes permaneció contemplando e imaginando por qué aquella joven hermosa, delicada y de modales refinados era novicia y en el futuro monja. La delicadeza de su largo y elegante cuello también llamó su atención, pero cuando fijó su mirada en algo que ella llevaba colgado del cuello con una cinta de seda negra, sus ojos se abrieron con sorpresa.

¡Por Dios, Frederick, que no! Debes estar loco...

El Duque parpadeó con sus ojos azules, miró atentamente, para estar seguro de lo que estaba viendo: el camafeo dorado de la misteriosa dama del baile de máscaras.

— ¡Este cameo! ¡Y tú! — Frederick habló con voz de asombro y al mismo tiempo inquisitiva, mientras señalaba la mano que aún sostenía la pluma.

El corazón de Mary se aceleró y latía con tanta fuerza que parecía sentirlo ya cerca de su garganta. Los brazos extendidos a lo largo del cuerpo ahora se acercaban al vientre y las dos manos temblorosas se entrelazaban para ocultar el temblor.

— Lo siento, Su Excelencia, pero ¿qué dijo? — Trató de ocultar el temblor en su voz.

— ¡Eres la misteriosa dama con la que bailé en el baile de máscaras! —Frederick, ahora de pie, todavía detrás del escritorio, continuó.

— ¿I? ¿Su Gracia? Pero ¿qué haría un novato en un baile? Lo siento, pero el duque se equivoca.

Frederick rodeó la mesa y se acercó mucho a Mary. Rodeó lentamente a la joven, con ambas manos cruzadas detrás de él. Parecía un depredador mientras acorralaba y analizaba a su presa. El novicio, de postura erguida, apenas respiraba.

— ¿Buena pregunta, señorita? ¿Principiante? ¿Miladi? Ya no sé cómo debería llamarla. Pero eres tú quien tiene que responder a esta pregunta, no yo — habló con voz controlada, fría y peligrosa. Aunque estaba feliz de haberla encontrado nuevamente, estaba muy intrigado por toda la situación.

— Disculpe Su Excelencia, pero ¿por qué cree que soy tan dama? Es muy posible que esté engañando, especialmente en un baile de máscaras.

Frederick se detuvo frente a ella, pero tan cerca que podía escuchar su respiración y la miró con sus ojos azul zafiro que eran tan tentadores.

— Sí, podría... ¡Pero soy un hombre muy observador! ¡No olvidaría esos labios carnosos y bien diseñados y esta es la mayor prueba! — Frederick rápidamente llevó su mano a su regazo cubierto y sostuvo el camafeo.

El corazón de la novicia se aceleró aún más, su respiración se hizo dificultosa, sus ojos se desorbitaron, su proximidad al Duque allí era tan hermosa, viril, tan cerca de ella que podía oler su jabón de afeitar y sobre todo porque había sido descubierta. Necesitaba intentar poner una excusa más.

— Es sólo un cameo, Excelencia, debe haber varios de ellos por toda Inglaterra.

— ¡No, señorita, no debería existir! Conozco una pieza cara y noté la riqueza de detalles en la pequeña cara tallada en el plato. Es una pieza costosa para una simple novicia, a menos que sea de una familia rica o noble, aun así no coincide con el voto de pobreza.

— Parece que la señora en cuestión ha quedado muy bien fijada en tu memoria, pues recuerda tantos detalles.

— ¿Y si dijera que sí? Pero ahora quiero saber quién eres, tan parecido a ella, boca, piel, postura y el mismo adorno en tu cuello.

— ¡Yo diría que es una señora muy afortunada! Sin embargo, no soy la señora en la que estás pensando y creo que tal vez sería mejor que le escribiera a la madre y le pidiera que arreglara mi regreso al convento antes de lo esperado.

— No, no señorita, en mi castillo doy las órdenes y considerando que no pretendo hacerle ningún daño, ¡usted se quedará aquí según lo acordado! Creo que me estás ocultando algo y descubriré tu secreto. Sin embargo, ya tengo razón en mi opinión: ¡tú eres la dama del baile!

Mary quedó impotente cuando lo escuchó hablar así con tanta convicción. Ella ya lo había negado y el duque no parecía creerlo en absoluto, su mirada hacia ella era una mezcla de desconfianza y encantamiento. Desconfianza porque toda la historia le parecía extraña y encantamiento porque en el baile quedó encantado con ella, mientras que ahora ella estaba allí en su castillo... La joven aún pensaba en confesar su *crimen,* así como en revelarle toda su historia. él, pero tenía miedo de lo que el duque pensaría de ella y del consejo de su madre de no revelarlo.

— Con todo respeto, Excelencia, tiene usted una mente muy fértil, yo no soy una dama, sólo soy una novicia en espera de votos perpetuos. Pero, si tiene intención de investigar, lamento desilusionarlo cuando no encuentre mucho. — Ella tragó y habló.

— Tu mirada ya indica que escondes algo… — Los ojos del novicio estaban desorbitados y el color almendra oscuro. — La difunta duquesa tenía ojos muy parecidos a los tuyos y exactamente eso pasaba cuando estaba nerviosa...

— La duquesa era una dama fina, hermosa, elegante, no veo ningún motivo de comparación y si me permite, pido permiso para irme — dijo tensa la joven.

— Está bien, puedes irte...

La joven salió del despacho del duque lentamente, pero con el cuerpo sintiendo una enorme tensión. En cuanto a Frederick, volvió a sentarse en su sillón de cuero negro y quedó con una mezcla de sorpresa, curiosidad y una punzada de felicidad.

Capítulo 9

Es ella... ¡Estoy seguro! ¿Pero por qué lo niegas? ¿Porque era una novata y se escapó para asistir a un baile? Pero si el mundo todavía te atrae, ¿por qué decidiste encerrarte en un convento? Tan joven, hermosa, refinada. ¿Podría ser alguna dama noble? ¿Qué me esconde? No sé si estoy feliz de volver a verla o molesto porque intenta engañarme así...

Frederick, de pie junto a la ventana de cristal de su estudio, descorrió la cortina y se quedó contemplando el soleado patio del castillo de Keulen , mientras, confundido, pensaba en el novicio. Ojos azul zafiro, oscurecidos por las emociones y mandíbula apretada. Después de la muerte de la joven duquesa, el ex duque libertino se hizo conocido como antisocial, insensible y desagradable, a pesar de toda la belleza, el poder y el encanto del título. Incluso le gustó eso, ya que había jurado nunca amar ni poner a otra mujer en el lugar de Caroline otra vez. Sin embargo, parece que su corazón junto con el destino le habían jugado una mala pasada...

— ¡Ay dios mío! ¡No lo puedo creer, me descubrieron! ¿Cuánto tiempo puedo negarlo? El duque parece una persona muy inteligente. — Mary, sujetando las faldas de su vestido largo, muy diferente a su hábito de novicia, caminó con pasos apresurados por los largos pasillos del castillo de Keulen hacia su habitación.

El castillo tenía largos pasillos y en el ala más habitada, marcos dorados con retratos de los antepasados de Frederick decoraban las paredes blancas. Varios duques de Cantrell y sus duquesas, hombres de mirada seria, mujeres cubiertas de joyas y con una expresión esnob en sus ojos.

¿Cuál de ellos fue el responsable de la maldición de la que habla la gente? Si había alguien responsable.… La joven, a pesar de estar preocupada, aún pensaba mientras miraba rápidamente la fila de retratos en la pared.

La habitación de Mary estaba en el ala principal de los señores e invitados, ya que pasó desapercibida para el ama de llaves o quizás el Duque prefirió tener a la institutriz de su hija en el mismo piso que la niña. Entonces, ella todavía ocupaba la misma lujosa habitación de invitados que le dieron la noche de la tormenta y en el mismo pasillo que Lady Juliette y el Duque Frederick...

—¡Uf! — dijo la joven mientras entraba a la habitación y cerraba la puerta.

Cuando Mary entró a la habitación sintió alivio, porque el Duque la estaba molestando, al mismo tiempo que afectaba sus sentimientos de mujer, le hacía sentir miedo de que él descubriera todo y la juzgara o la entregara a la madre. Desde sus motivos para estar en el convento hasta colarse en un baile de máscaras en Almack's . Miró por la ventana y vio, posado en una rama de un árbol relativamente cercano, un pajarito cantando. La ponía melancólica, extrañando su tierra natal en

Escocia y la gran casa de campo familiar, donde pasó toda su infancia y adolescencia, aparte de algún evento social en la ciudad, en el que sus padres y toda la familia ocupaban la mansión y asistían con mucha de pompa.

A la joven le encantaba cuando había algo así, un baile, una velada. Sin embargo, su paso por la sociedad fue breve, ni siquiera llegó a ser presentada a la reina como otras jóvenes de su clase social ni participar en temporadas en Londres como tanto había deseado en el pasado.

— ¡Cálmate, Emily Crampton ! Ahora no es momento de ataques de nostalgia... — se dijo y al mismo tiempo se sorprendió al usar su nombre de pila. Su nombre antes de convertirse en novicia.

La joven se dio cuenta, por la posición del sol en su ventana, que era casi la hora del almuerzo. Agradeció a Dios que aún no se había acordado nada al respecto y de esa manera podría comer con los sirvientes en su ala, ya que quería evitar al Duque por unos días.

Se miró al espejo y vio que su rostro ovalado y blanco todavía estaba sonrojado, resultado de la emoción de miedo que ahora prácticamente había sido descubierta. Entonces, decidió, fue a un rincón de la habitación, tomó un jarrón azul de porcelana fina y puso un poco de agua en el recipiente que lo encajaba. Así que se lavó los brazos, el rostro y alisó algunos mechones de su sedoso cabello castaño, rehaciendo su peinado. Después de eso, se miró al espejo y le gustó lo que vio. En el pasado había tenido una criada que cuidaba su ropa y su apariencia, pero era uno de los lujos a los que se había visto obligada a renunciar cuando llegó al convento.

— Creo que estoy bien, puedo bajar al ala de servicio a almorzar. Pero antes de que se me olvide, lo arreglaré.

La joven se llevó su camafeo de mascota, la única joya que trajo de casa al convento, además de los aretes con los que sobornó a la doncella que le hizo posible ir al baile, y lo guardó entre sus cosas. . Pensó que era mejor no usarlo más durante su estancia en el Castillo de Keulen .

Ahora puedo irme, espero no toparme con él por los pasillos...

Cuando la novicia Mary llegó a la cocina, se encontró con una sala enorme, llena de fregonas que trabajaban bajo la supervisión de la cocinera que a su vez sólo estaba subordinada al ama de llaves. Mary quedó asombrada por la dinámica del lugar. Sabía que detrás de cada gran

residencia de un noble o de un hombre rico, había un batallón de sirvientes, una cocina que nunca paraba, un cocinero gritando a criadas y sirvientes. Además de platos y platos de comida y postres que se preparan, enormes cacerolas de cobre que requieren fuerza para moverse. Su casa paterna ciertamente era así, pero nunca había bajado a la cocina para ver con sus propios ojos la dinámica del lugar y en el convento las cosas sucedían de otra manera.

Luego, fue recibida por el ama de llaves, quien la presentó a todos los sirvientes presentes y ella comió tranquilamente con ellos en una gran mesa de madera. Algo impensable hace algún tiempo, pero que ahora le producía el mayor alivio y placer.

Capítulo 10

—¡Muy bien, señora Juliette! ¡Eres una niña muy inteligente! —dijo Mary, emocionada, mientras la pequeña de rizos, como una muñeca de porcelana, le entregaba la pelota que había ido a buscar.

— ¡Gracias, señorita Mary! Me gustas, por mí me quedaría aquí para siempre —habló con una dulzura que conmovió a la joven.

Estar allí en el patio del castillo, jugando con la simpática y elegante niña, además de disfrutar del bonito atardecer, estaba siendo para Mary un bálsamo para relajarse del día anterior. Aunque no había visto a Frederick desde el enfrentamiento en la oficina y daba gracias a Dios, porque a su alrededor sentía algo extraño: una mezcla de miedo y al mismo tiempo el corazón acelerado, sin saber controlar sus emociones.

— Señorita Mary, ¿sabía que tenemos una playa aquí muy cerca del castillo? Siempre le pido a la señora Smitch que me lleve allí, pero ella siempre me entretiene… — dijo la pequeña haciendo pucheros.

— Lo sé, señora, desde aquí ya se huele la brisa del mar. Debe ser un lugar muy lindo.

—¡Y sí! ¿Prometes llevarme allí? ¡Por favor! ¡Por favor! — La pequeña comenzó a aplaudir, emocionada.

— Está bien, mañana te llevaré, pero primero necesito pedirle permiso a Su Excelencia, el Duque, a su padre.

— ¡Está bien! ¡Mirar! ¡Papá viene!

Mary miró rápidamente y vio el imponente carruaje negro del duque, tirado por cuatro caballos y con el escudo familiar, cruzando el jardín y deteniéndose al comienzo del patio. El cochero y el ayuda de cámara bajaron, luego abrieron la puerta, colocaron el escalón móvil y Frederick salió. Mary sintió mariposas en el estómago y su corazón se aceleró, Frederick, vestido con abrigo azul marino, pantalón negro, botas de campo, cabello ligeramente despeinado, lucía aún más

hermoso. Exudaba virilidad. Probablemente había ido al pueblo vecino o visitado sus tierras y hablado con los inquilinos. Bajó la cabeza y pensó que lo mejor sería fingir que no había notado su llegada, después de todo, el patio era grande.

Observó cómo el mayordomo venía a recibirlo, le quitaba el sombrero y el abrigo y le llevaba algo en una bandeja de plata. Era correspondencia, Mary sentada cerca de la fuente, fingió no ver, pero lo escuchó murmurar algo como:

—¿Otra invitación a bailes? ¡Olvídalo! ¡No crean que por haber ido a un solo baile participaré en la temporada social en busca de esposa! — dijo de mal humor mientras rompía el pequeño sobre blanco y el mayordomo observaba en silencio.

Mary, cerca de la fuente jugando con la niña, fingió no haber visto su llegada, pero observó discretamente esta escena con una mirada de reojo. Sin embargo, ya no había forma de fingir que no se daba cuenta cuando Juliette se apartó de su lado y cruzó corriendo el patio para encontrarse con su padre. La joven se vio obligada a al menos seguirlo con la mirada.

— ¡Papá! ¡Papá! ¡Estás de vuelta! — Juliette vestida con un vestido de muselina verde, con el pelo rizado, corrió hacia el duque y abrazó sus piernas. Después de todo, él era un hombre alto y ella sólo tenía cinco años. La joven se quedó un poco más alejada, observando la escena y notó que él no la levantó ni la colocó en sus brazos como se esperaba de un padre amoroso y su pequeña. Él simplemente puso sus manos firmemente sobre su espalda, como si la acariciara secamente.

— Sí, Juliette, ya he vuelto. Pero, vuelve con tu institutriz, que tengo mucho que resolver dentro del castillo — habló secamente y miró a Mary, quien descaradamente le devolvió una mirada de desaprobación y así, con pasos largos, cruzó el patio con paso firme y entró. . en el castillo.

Mary, a pesar de no haber tenido un padre amoroso, encontró reprensible la forma fría en que el duque trataba a su única hija, una niña tan encantadora. Pero, a juzgar por los susurros de los sirvientes, ya sospechaba los motivos. Culpó a su pequeña hija por el hecho de que la duquesa Carolina muriera al dar a luz. Lo encontró inaceptable, ya que el niño no tenía la culpa y ni siquiera pidió nacer. Vio la decepción en los ojos de la niña.

—¡Ven, mi señora! ¡Ahora es tu turno de jugar la pelota! — dijo entusiasmado, tratando de

animarla y la niña pronto volvió a ser feliz.

Horas más tarde, cuando faltaba sólo una hora para la cena, Mary estaba en su habitación, lavándose para la cena en el ala de servicio como siempre lo había hecho desde que se convirtió en la institutriz oficial de la pequeña Juliette. Mary escuchó un golpe en la puerta. Su corazón se aceleró.

¿Quién será? ¡Frederick no se atrevería a venir a buscarme a mi habitación, soy una novicia, una dama y me imagino que él es un caballero! No comprometería mi honor de esa manera... Cálmate Mary, has estado muy fuera de control últimamente...

—¿Señorita Mary? ¿Puedo entrar? — Era la voz del mayordomo, respiró aliviada.

—¡Sí, señor Strunck !

El mayordomo entró con la nariz en alto, su postura esbelta como si estuviera anunciando el nacimiento de un príncipe heredero. Era su manera característica.
—Vengo a informarle que Su Gracia, Lord Frederick, Duque de Cantrell , ordena que esta noche, en lugar de cenar en el salón de servicio, cene con él en el comedor principal.

Esa invitación tomó a Mary por sorpresa, su corazón realmente dio un vuelco, necesitaba una excusa.

— Ah, perdóneme, señor Strunck , pero dígale a Su Excelencia que rechazaré la invitación, ya que tuve que cenar en el ala de servicio para aprender algunas recetas del cocinero.

El mayordomo la miró con reproche, pero se limitó a añadir, antes de salir de la habitación:

— Vuestra merced me ordena cenar con él, no es una invitación sino una orden. Así que te sugiero que dejes las clases de cocina inglesa para otro día.
Eso dejó a la joven sin argumentos y miró al mayordomo que caminó hacia la puerta y la cerró suavemente.

¿Y ahora? ¿Qué haré? No puedo negarme...

Capítulo 11

— ¿Le gustaría sentarse, señorita Mary o cómo debería llamarla? — Sentado a la cabecera de la larga mesa de caoba, Frederick la recibió con sarcasmo.

El duque vestía un elegante abrigo negro, camisa blanca y un pañuelo rojo alrededor del cuello, parecía como si se hubiera vestido deliberadamente para una cena informal en el castillo. Sin embargo, en aquella habitación bellamente decorada, esa mesa llena de candelabros dorados, toda esa cubertería dejaba con un aire pomposo cualquier cena sencilla en el Castillo de Keulen .

— Gracias mi señor, creo que ya hablamos de esto antes: ¡Señorita Mary o la novicia Mary, como prefiera! — dijo tratando de mantener la calma, mientras elegía, a un lado, una de las sillas en la parte central de la mesa y en consecuencia más alejada de la cabecera.

Frederick protestó cuando ella empezó a sentarse.

— Lo siento, pero no es necesario que te sientes así, tan lejos de mí. Así que siéntate aquí en la silla más cercana a mi derecha.

La joven tragó saliva, sintió que su corazón se aceleraba, sentía las manos frías. Había decidido evitar la cercanía con el duque por varias razones. Incluso pensó en aprovechar que a excepción de su hábito de novicia, sólo tenía dos vestidos, uno de los cuales fue donado por la institutriz, para cenar con el Duque vistiendo su hábito de novicia. Sin embargo, tenía miedo de estar cometiendo un sacrilegio, después de todo, su vestimenta religiosa era algo serio, y su madre la autorizó a no usarla temporalmente, no podía seguir usándola de vez en cuando.

— Su deseo es mi orden, Su Excelencia — dijo sarcásticamente, mientras el mayordomo acercaba suavemente la silla más cercana a la derecha del Duque y la joven se sentaba.

Mary llevaba un vestido de muselina de color azul claro, que tenía cintura alta y un ligero escote

en V. El único que trajo de casa al convento, lo guardó en el fondo de su pequeño baúl como recuerdo, sospechando que lo haría. Nunca lo vuelvas a usar. Era un vestido sencillo comparado con los muchos vestidos que había tenido el placer de usar en el pasado, pero todo en la joven era hermoso y elegante.

Cuando Mary se sentó a la mesa todavía estaba atónita por su proximidad y la conversación que mantuvieron en la oficina, pero trató de ocultarlo. Se había prometido actuar con elegancia y evitar ponerse nerviosa para no firmar la tan esperada confesión de culpabilidad de Frederick. Pero cuando lo miró en la cabecera de la mesa, su corazón latió más rápido al ver más de cerca lo bien vestido y guapo que estaba. Allí, a la luz de los candelabros, el cabello negro, con sedosos rizos negros que enmarcaban el rostro cuadrado y los ojos azules que la miraban fijamente como si quisiera devorarla, se quedó sin acción. Incluso se imaginó pasando sus manos por el cabello del duque y despeinando esos rizos salvajes que le daban un encanto especial.

¡Ay dios mío! Que bonito es... ¡Pero no puedo enamorarme de él! ¡Necesito contener mi corazón! Después de todo, soy un novato rechazado por mi familia y él es un duque. ¿Qué podrías querer de mí? Casarse no sería...

— Si me permites un cumplido, te ves hermosa esta noche… — dijo mirándola a los ojos y luego fijando su mirada en su pecho y cuello con su delicada y blanca piel.

— Gracias, Excelencia, pero prefiero que se guarde sus flirteos. No conocía este lado coqueto, de hecho creo que poca gente en la región lo conoce...

— ¡Sí, pocos! El libertino del pasado quedó atrás cuando conoció a la difunta duquesa. Pero, continuando, a pesar de verse hermosa, no hizo falta ocultar el cameo que lució en el baile. Veo que ya no lo estás usando como lo hiciste el día del baile y hoy más temprano.

— No voy a insistir en explicarle a vuestra merced que no soy la dama del baile de máscaras, sino una simple novicia. Entonces, como simple novata, pensé que lo mejor era conservar el cameo, solo como una joya de recuerdo familiar — dijo la joven, mientras se servía una porción de pastel de carne en su plato y fingía no dejarse conmover por lo que estaba diciendo, pero en el interior, no era así.

Frederick la miró de una manera que no era discreta a propósito. Se llevó una copa de vino a la boca y mientras tomaba un sorbo del vino añejo, la miró con ojos coquetos.

— Lo siento, Alteza, pero ¿cree usted que es apropiado intentar coquetear con una novata? — dijo con descaro. Mientras se llevaba un vaso de agua a la boca con sus carnosos labios rojos.

— ¡No, no lo creo! Así como no creo que sea apropiado que un novato huya de un balón aprovechándose del anonimato de una máscara. Así que estamos empatados...

La joven ocultó su nerviosismo y lo miró con ojos de desaprobación.

— No discutiré con Su Excelencia, algo que no he hecho.

—Frederick, por favor. Mientras estemos solos, nada de *vuestra merced…—la* corrigió burlonamente.

— ¡Gracias, pero no creo que sea apropiado! Vuestra merced es un duque, un caballero soltero, y yo soy una novicia, institutriz de vuestra hija.

— Teniendo en cuenta que ya la tenía en mis brazos, no le veo sentido a tanta ceremonia.

— ¡Este no es el término adecuado para algunos valses! No estaba *en tus brazos* — dijo la joven con el rostro sonrojado y la voz irritada, mientras colocaba los cubiertos junto al plato y lo miraba.

Esa respuesta era todo lo que el Duque quería escuchar, la provocación estaba surtiendo efecto…

— ¡Oh! ¿Entonces fueron sólo *unos cuantos valses?* —Frederick arqueó una de sus pobladas cejas negras y la miró con expresión burlona.

Esto dejó a la joven completamente desconcertada, sabía que no era ni elegante ni respetuoso hacia el Duque, pero quiso levantarse rápidamente de la mesa y correr a encerrarse en la habitación. Pero... ¿Por qué no? Después de todo, él no siempre se burlaba de ella sin contemplaciones e incluso le daba un trato de nobleza...

Mary lo miró, sus ojos parecían más bien dos almendras brillantes con ira por haber caído en su juego y pronto ya no podría negarlo. Además de la forma burlona y cínica en la que estaba conduciendo las cosas. Entonces ella tomó su decisión...

— ¡Disculpe, Su Excelencia! ¡Pero para mí la cena se acabó!

La joven se levantó rápidamente de la mesa, sujetó las faldas de su vestido, con una mano a cada lado para no tropezarse y con pasos rápidos, abandonó la mesa hacia los largos pasillos del castillo que conducirían a su habitación. Es una pena que en el mismo piso y al lado de la habitación del Duque...

—¡Esperar! No hice el pedido...

Fueron las últimas palabras que escuchó la joven, pero ni siquiera miró hacia atrás y salió corriendo y se encerró en su habitación.

¡Gracias a Dios fue durante la cena! Ya no necesitaré salir de la habitación, puedo usarlo como excusa de que me voy a dormir y ya la niñera ya puso a dormir a Lady Juliette...

Estos fueron los pensamientos de Mary, antes de cerrar la puerta detrás de ella y apoyarse en ella, todavía temblando.

Tus actitudes sólo me hacen estar aún más seguro... pensó Frederick, con una sonrisa ligeramente torcida, mientras terminaba su cena solo.

El mayordomo incluso vio cuando el novicio se levantó inesperadamente de la mesa y se dio cuenta de que algo andaba mal, pero siempre muy discretamente, fingió no verlo y continuó con su servicio de mesa. Después de cenar, Frederick no fue directamente a su habitación, prefirió relajarse en el balcón del salón principal mientras disfrutaba de un trago de brandy.

Capítulo 12

— ¡¡¡No!!! ¡Mi hermana no! ¡Déjanosla a nosotros, papá! ¡Por favor! — Una niña de unos catorce años gritaba entre lágrimas, mientras su madre la abrazaba tratando de contenerla, al mismo tiempo que lloraba de manera recatada.

— ¡¡¡Emilia!!! ¡Cuántas vidas tengo, cuántas vidas dedicaré a traerla de regreso a su familia!

¡Un día seré el nuevo conde de Shutherland y te doy mi palabra! — un apuesto joven habló con los puños y la mandíbula apretada, pero no pudo contener una lágrima que cayó por el rabillo del ojo.

— ¡Esto sucederá sobre mi cadáver, el día de mi muerte! Pero mientras tanto, ¡el conde de Shuterland soy yo, tu padre! ¡Todos ustedes me deben obediencia! ¡Y yo digo que esta mujer desvergonzada que no cuidó su propia reputación, deshonrándose a sí misma y a su familia, se irá! ¡Se quedará para siempre en un convento, lejos de aquí para que los ojos y la memoria de todos la olviden para siempre! ¡Ahora vete! — ordenó enojado al cochero, mientras cerraba de golpe la puerta del lujoso carruaje negro con el escudo familiar pintado en la puerta. En el interior, una joven asustada, que llevaba en el regazo un pequeño baúl con algunas pertenencias, los ojos hinchados y sin lágrimas, escuchaba todo en silencio asustado. Entonces el carruaje se fue, para nunca regresar...

Mary rodó sobre la cama, en la penumbra de la habitación. Debido a la agradable noche primaveral, había dormido con las ventanas abiertas, pero estaba empapado de sudor. Estaba teniendo una pesadilla, algo que la había perseguido durante mucho tiempo...

— ¡Papá! ¡Papá! ¡¡¡No!!!

Ella gritó sin darse cuenta, todavía casi dormida y se sentó bruscamente en la cama. Aún temblando, abrazó su cuerpo, rodeándose con sus brazos. Ella ya conocía muy bien esa pesadilla....

— Cálmate Emily... Cálmate, pasará... — se dijo suavemente mientras intentaba dejar de temblar.

Luego, volvió a la cama, pero el sueño no la acompañó y se quedó con los ojos fijos en el techo de la habitación. Su cama tenía un dosel que, según ella, se parecía al de su antigua cama.

Tampoco fue una noche tranquila en la habitación del duque. Se dio la vuelta en la cama, su cuerpo ardía por tanto tiempo solo e inquieto por sus sentimientos confusos.

— Caroline, mi amor, has vuelto... — dijo al ver a la bella duquesa, vestida con un camisón de encaje blanco, en medio de la habitación, caminando hacia la cama con una sonrisa provocativa

y su largo cabello castaño. flotando en la brisa del mar que entraba por la ventana.

— ¡Sí, mi amor! ¡Regresé para darte una nueva oportunidad de ser feliz! — Se acercó a la cama, se sentó a su lado, acarició su pecho desnudo, pero para su sorpresa, se subió valientemente a la cama y con él acostado de espaldas, mirándolo a los ojos, se subió encima de él y con un movimiento brusco. Le sacó el camisón y se lo quitó por la cabeza. Quedarse desnuda cuando vino al mundo...

— ¡Amor mío, cómo te extrañé! ¡Déjame probar cada pedacito de ti! —Frederick besó desesperadamente sus pechos blancos y firmes.

— ¡Soy toda tuya, mi amor! Aprovecha la oportunidad de volver a ser feliz...

Luego, colocó su boca sobre la de ella y le dio un beso profundo, apasionado, desesperado, como si fuera a perderla en cualquier momento. Cuando abrió los ojos para mirarla después del beso…. El rostro de la duquesa le sonrió, pero se había transformado en la novicia Mary y tal era el parecido entre ambos. Algo que el sueño demostró aún más.

— ¡Carolina! ¡¡Mary!!

Frederick se despertó sobresaltado, mirando a su alrededor, hacía mucho tiempo que no soñaba con su esposa, sobre todo de una manera tan sexy y luego transformándose en la novicia Mary. Sudoroso en la cama, Frederick, aún aturdido, intentaba comprender lo sucedido... Pero ya sabía que, lamentablemente, había sido sólo un sueño...

Y que sueño... Pensó con una sonrisa lasciva en sus labios y miró el miembro duro debajo de la tela de su ropa de dormir.

Se acostó boca arriba en la cama, mirando al techo, pero por primera vez, soñar con su esposa muerta no lo puso melancólico, molesto. No sabía por qué, esta vez ella parecía haber venido a darle una advertencia, parecía conocer los sentimientos que él todavía no parecía haber entendido del todo en relación con la novicia.

No pierdas la oportunidad de ser feliz... ¿Qué quiso decir con eso? ¿Mary? ¿Debo saber en profundidad quién es ella realmente y proponerle algo en nombre de mi felicidad? Su parecido con la duquesa es innegable. ¿Será por eso que me molestó tanto?

Entonces, sin más, el duque Frederick se quedó dormido...

Capítulo 13

— ¡Oh! Habías prometido que hoy iríamos a la playa... Que caminaríamos sobre la arena, veríamos el mar — dijo la pequeña haciendo pucheros y cruzándose de brazos.

Mary, sí, lo había prometido, pero después de la noche anterior, no estaba de humor para ese tipo de salida. Había pasado el día evitando a Frederick y todo había funcionado hasta el momento, pero no creía prudente llevar a Lady Juliette a un viaje como ese sin pedirle permiso a su padre. Aunque la playa está cerca de la casa y el Duque no parece tener mucho cariño por la niña porque la culpa injustamente por la muerte de su madre.

— ¡Por favor, señorita Mary! Por favor...

Cuando la pequeña la miró así, con esos profundos ojos azules heredados de su padre, no pudo resistirse…

Hmm... creo que si le pidiera permiso a Frederick, llevándome a su pequeña hija, no podría ponerme contra la pared ni intentar nada...

La joven se acomodó las faldas de su vestido y se inclinó en medio del salón donde la pequeña estaba enseñando, colocándose así frente a ella y a su misma altura. Luego, colocó su dedo índice sobre la naricita afilada de Lady Juliette y habló con cariño:

— ¡Está bien, chica inteligente! Vayamos a la oficina donde está tu padre a pedir permiso. Disfrutémoslo mientras aún es primera hora de la tarde y el sol está lejos de ponerse. Después de todo, seremos solo nosotros dos.

La pequeña saltó, aplaudió emocionada y luego abrazó a Mary que todavía estaba arrodillada.

— ¡Gracias! ¡Gracias señorita Mary! Sabes, me gustas tanto que podrías ser mi madre.

Esto tomó a Mary por sorpresa y la desconcertó, amaba a los niños y en el pasado había soñado con ser madre, antes de ingresar al convento. Sin embargo, no esperaba esa reacción de la pequeña Lady Juliette. Imagínate si la chica supiera los sentimientos que había estado sintiendo

por el duque durante días, incluso cuando intentaba evitarlos, porque sabía que no había posibilidades ni esperanzas...

— Oh, cariño, me alegro que te guste así. Sin embargo, algún día tu madre será una dama de alta sociedad a la que también le agradarás mucho. Ahora ven, vamos con tu padre — dijo la joven suavemente, tratando de ocultar su voz emotiva.

Luego, Mary tomó al niño por la manita gorda y delicada y caminaron por los pasillos del Castillo de Keulen hacia la oficina del Duque.

— ¡Papá, ven con nosotros también! Va a ser muy divertido — dijo la pequeña.

¡No! ¡No puedo creer que Lady Juliette esté haciendo esto! ¡Por Dios, que no acepte la invitación!

Mary, con enormes mariposas en el estómago, manos temblorosas y tratando de no delatar la mirada, no esperaba que eso sucediera.

Frederick, sentado en el escritorio, miró a Mary con una expresión burlona en sus ojos, algo que su pequeña e inocente hija aún no entendía. Los dos estaban ahí, frente a él para pedirle permiso para dar un paseo por la playa esa agradable tarde, pero Mary no esperaba que la pequeña Juliette también lo invitara y él lo notó en sus ojos. Los dos ojos, muy redondos y color almendra, eran saltones y más oscuros. Algo parecido a cuando la duquesa Carolina estaba asustada, nerviosa.

—Lady Juliette, Su Excelencia, su padre es un hombre ocupado con sus negocios. No deberíamos molestarte con eso. — Mary intentó esconderse e intervenir.

— Será un placer acompañarte a la playa, ya terminé con los papeles que estaba examinando. — Bajó la mirada y le dedicó una sonrisa a su hija, luego miró a Mary y le dedicó una sonrisa provocativa, que la pequeña no tuvo forma de notar.

El duque se levantó de su silla, rodeó el escritorio y se paró junto a ellos. Mary incluso intentó utilizar un argumento más. Hablando en voz baja, para que la chica no lo entendiera del todo.

— Excelencia, no creo que quede bien, ya sea una dama soltera o una simple novata, salir a caminar sola y sin compañía. Lady Juliette es sólo una niña de cinco años.

Frederick la miró a los ojos y habló con un aire que rayaba en el sarcasmo.

— Estoy de acuerdo, pero si estuviéramos en la corte de Londres o quizás frente a la sociedad londinense en un baile en Almack's . Sin embargo, aquí en mis dominios, ¿quién podría comentar? ¿Los sirvientes? ¿Las olas del mar? Mis sirvientes fueron entrenados para ser discretos y en cuanto a las olas del océano, no creo que hicieran comentarios.

Entonces, sin argumentos, Mary guardó silencio y aceptó que su viaje a la playa cercana al castillo tendría una compañía inesperada. Así que ambos se dirigieron a la playa, que estaba a un kilómetro del castillo y que ya se podía ver desde las ventanas más altas del ala norte.

Entonces, como no habría baño, solo una caminata, nadie necesitaba cambiarse y ponerse ropa adecuada para bañarse, ya que el vestido de muselina verde agua de Mary y el vestido rosa de Juliette ya eran livianos. En cuanto al duque, simplemente dejó su abrigo dentro del carruaje, vistiendo únicamente una camisa blanca, pantalones marrones, botas negras y sombrero.

La playa privada que había pertenecido a los duques de Cantrell desde la construcción del castillo siglos atrás era preciosa, un auténtico entorno paradisíaco, frecuentada únicamente por los nobles del castillo y sus invitados. La playa tenía abundante arena clara, el mar estaba lleno de olas que llegaban hasta el borde en forma de espuma, la vegetación verde daba cierta privacidad, además de estar rodeada de varias rocas. Al mirar hacia arriba se podía ver un gran acantilado, desde donde las gaviotas alzaban el vuelo y desaparecían en el horizonte azul. Mary, que no estaba acostumbrada a las playas sino a los lagos, quedó encantada con el lugar.

— ¡Nuestro! Que hermoso lugar… — exclamó involuntariamente la joven mientras miraba el mar, sus carnosos labios rojos estaban con la boca abierta y sus ojos almendrados brillaban.

Los tres estaban parados en la arena de la playa con ropa normal, Mary incluso quiso quitarse los zapatos para sentir la arena en sus pies, pero pensó que no se veía bien para una dama allí sola con un hombre, con un solo hijo en la empresa.

— Todo el que viene aquí piensa que esta playa nuestra es hermosa, es una playa rodeada de leyendas por parte de la gente del lugar. Yo diría rumores, pero el rumor más vívido fueron los chismes en las conversaciones de Londres durante la época de mis padres.

— Realmente es un lugar hermoso, los rumores también me dan curiosidad… — dijo, pero miró discretamente a la pequeña que estaba a su lado con un cubo, preparándose para recoger conchas en la arena cercana y Frederick se dio cuenta de que No era un tema que un niño todavía debiera saber.

— Señorita Mary, papá, ¿puedo recoger algunas conchas por ahí? — preguntó la pequeña, amigable.

Mary los miró a ella y a Frederick al mismo tiempo, no podía autorizar nada en presencia de su padre, ya que eso dependía de él. Al mismo tiempo, se sintió confundida al darse cuenta que se iba a alejar un poco más, dejándolos prácticamente solos para hablar.

— ¡Sí, cariño, puedes! Pero no te acerques al mar y no te alejes de nuestros ojos. Nos quedaremos aquí para hablar y observarte — dijo cariñosamente.

Mary no tuvo tiempo de sentirse aprensiva por sentirse un poco más cómoda con él con respecto al distanciamiento de Lady Juliette para recolectar conchas, ya que estaba sorprendida por el cariño con el que le había hablado a su hija. Algo que hace dos semanas, cuando llegó allí, era impensable. Era como si estuviera cambiando su actitud fría y volviéndose más afectuoso con su hija. Entonces, la niña, que parecía una muñequita, cruzó corriendo la playa con su cubo en las manos.

Frederick y Mary estaban uno al lado del otro mirando el mar, estar a menos de un metro de él le molestaba, hacía que su corazón latiera más rápido y sus mejillas se sonrojaran. La joven extendió una gran toalla sobre la arena y ambos se sentaron uno al lado del otro, pero para su sorpresa, lo que tanto temía no estaba sucediendo. Frederick no estaba siendo ese hombre desagradable y libertino que siempre intentaba ponerla contra la pared. Era agradable y vivía el peligro para su corazón soñador...

— Aquí todo es muy bonito, ¿no?

— Sí...

—¿Ves esa roca en el gran acantilado? — Miró hacia su lado derecho y señaló con su dedo índice hacia arriba.

— Sí, es un acantilado muy empinado....

— Se rumorea que aquí empezó todo...

— ¿Todo? — preguntó, con ojos curiosos, pero ya sospechaba la respuesta.

— El rumor de la maldición que se dice que ronda a los Duques de Cantrell desde hace cien años... Pero eres una futura monja y no debes creer en *maldiciones.* — Por primera vez sintió un ligero toque de burla.

— ¡Sí, no lo creo! Pero tenía curiosidad...

El duque dejó de mirar hacia el acantilado y la miró a los ojos. Casi se vio a sí mismo dentro de esos magníficos ojos, brillando de curiosidad. Ella estaba tan cerca de él, sentada uno al lado del otro, como si no hubiera ninguna Lady Juliette mirando en la distancia, fácilmente podría robar un beso de esos labios carnosos en forma de corazón.

— Dicen que hace mucho tiempo, hace unos cien años, una joven y hermosa doncella, hija de agricultores arrendatarios, fue seducida por un heredero del título de duque de Cantrell y quedó embarazada.

— Vaya... — Sus sentimientos comenzaron a aflorar, al intuir que una historia de seducción e injusticia estaba por llegar. ¿Te identificarías con ella?

— Como era de esperarse, no se casó, pues la intención era sólo apaciguar sus instintos libertinos y al poco tiempo se casó con una dama de su clase. Me imagino a alguna tatarabuela mía. Entonces, la joven ocultó su embarazo y dio a luz sola en medio del pasto, luego, con el niño cerca de su pecho, se arrojó por aquel precipicio. Pero primero gritó una maldición a todos los duques de Cantrell y sus duquesas.

—Pobre niña… ¿y cuál fue exactamente la maldición? ¿Qué dijo ella?

— Decir exactamente lo que decía cuando jugaba era difícil, ya que es una historia muy antigua, transmitida de padres a hijos aquí en la región. Hubo un tiempo, en tiempos de mi abuela, en que a los inquilinos se les prohibía hablar de este tema.

— Ya veo… Aunque la pobre muchacha daba lástima, no debió ser grato para las generaciones que vinieron después a comentar…

— ¡Dicen que se llamaba Isabel! ¡Y quién maldijo a todos durante cien años, profetizando que todos los duques Cantrell nunca experimentarían el amor verdadero y que sus duquesas siempre se irían después de darles un heredero! Soy el último duque de esta maldición, si tenemos en cuenta que fue durante cien años.

— Pero Su Excelencia encontró el amor verdadero, dicen que usted y la difunta duquesa eran muy felices — habló Mary con cautela.

— ¡Por favor, sin *Su Excelencia!* ¡Sí, lo estábamos! ¡Pero desafortunadamente ella ya no estaba y me tomó mucho tiempo aceptarlo! ¿Pero sabes que no considero que su muerte sea el resultado de esa maldición?

— ¿No? —Preguntó Mary, curiosa.

— Creo que fue una fatalidad y durante mucho tiempo maldije el nacimiento de Juliette, pero hoy ya no lo creo... En cuanto a la maldición, habla de un heredero, un hijo varón, ya que Juliette no podrá heredar. mi título de duque, siendo mujer.

— ¡Gracias a Dios ya no piensas así de tu hija, porque los niños son una bendición!

La joven se alegró de haber satisfecho su antigua curiosidad sobre la maldición. Sin embargo, en cierto modo, la historia tocó algunas heridas del pasado y cuando se dio cuenta, una lágrima cayó lentamente de su ojo derecho. Frederick se dio cuenta de eso y también de que tenía que ver con la historia contada sobre la joven seducida y abandonada que se suicidó. Rápidamente tomó un pañuelo blanco y se secó suavemente la lágrima. Ella no se opuso, en otra situación, habría tomado el pañuelo de su mano, le habría dado las gracias y lo habría secado ella misma.

— Mary, Mary... ¿Qué me escondes? Eres alguien que es muy sensible o me está ocultando algo. Apostaría por las dos cosas a la vez....
Bajó la cabeza, cayeron unas cuantas lágrimas más discretas, que secó con un pañuelo de papel. También señaló que tenía el mismo escudo que el pañuelo blanco que guardaba escondido como recuerdo de la noche del baile de máscaras.

— Por favor... Lady Juliette se acerca... — habló suavemente, como pidiendo discreción.

— Claro, claro, de eso hablaremos más tarde. Ahora cálmate.

Capítulo 14

Mary estaba en su habitación, pensando en qué excusa podría dar para no compartir la mesa con Frederick esa noche. El paseo por la playa había sido agradable, pero sabía que probablemente él querría saber más sobre su historia esa misma noche. Sintió que ella estaba escondiendo algo...

De repente, escuchó un golpe en la puerta, por un momento sintió mariposas en el estómago, pero luego se dio cuenta que esos golpes le eran familiares.

— ¡Adelante! — respondió Mary cortésmente, tratando de ocultar su nerviosismo.

El señor Strunck entró con su habitual expresión solemne.

— Su Gracia, Duque Frederick, esperando la cena.

Mary estaba sentada en la cama con un libro leído y releído en su regazo, que la había acompañado desde el convento, y lo miraba con sus grandes ojos redondos y almendrados.

— Por favor, señor Strunck , hágale saber a Vuestra Excelencia que agradezco la invitación, pero estoy indispuesto. Luego pediré mi cena en la habitación.

— Entiendo, señorita. Transmitiré tu advertencia.

El mayordomo, con postura erguida, giró sobre sus talones y antes de salir de la habitación ella le preguntó:

— Por favor dígale a la criada que traiga una comida ligera a la habitación.

— ¡Sí, señorita!

Entonces, el Sr. Strunck salió de la habitación y Mary lo vio cerrar la puerta lentamente.

¡Uf!

Poco tiempo después, llegó una joven criada de pelo rojo bajo una gorra blanca llevando su cena en una bandeja de plata. Ella le dio las gracias y colocó la bandeja sobre una mesita, sobre la cual había jamones, huevos revueltos, té y pan con mermelada.

¡Perfecto! Era todo lo que quería: una comida muy ligera, ya que no tengo estómago para comer.

el castillo de Keulen había de todo en abundancia. La legión de sirvientes: cocineros, criadas, camareras, ayudantes de cocina, ayuda de cámara y cocheros estaban muy bien alimentados y recibían uniformes nuevos tres veces al año. Entonces, imagina a Mary que ni siquiera era una criada sino una especie de institutriz para ayudar con la educación de la pequeña Juliette.

A pesar de todas sus preocupaciones, todavía había decidido cuidar su peso o, de lo contrario, al final de la primavera regresaría al convento revolcándose de lo gorda que estaba.

Cuando terminó la cena, Mary se levantó, miró por la ventana que asomaba, aún era muy temprano para irse a la cama, incluso la luna estaba hermosa en el cielo.

Ah luna... Cuántas veces te he admirado desde el balcón de mi casa en Escocia y luego desde el patio del convento. Mary se apoyó contra la ventana con las cortinas abiertas y pensó con nostalgia.

Entonces, la joven tuvo la idea de acudir a la biblioteca del castillo la cual tenía una gran colección, algo que a Frederick no se le podía acusar de no ser un hombre culto. Mary quería tomar un libro para leer. Quién sabe, tal vez tendría un poco de suerte y podría encontrar alguna polvorienta novela femenina de la difunta duquesa.
Mary abrió lentamente la puerta de su habitación, asomó la cabeza y miró de un lado a otro. El largo pasillo de paredes blancas e iluminado por varios candelabros estaba vacío. Luego, suspiró

aliviada y se arriesgó a salir de la habitación, esperando no toparse con el Duque allí.

Todavía son alrededor de las ocho de la noche, Frederick debe estar todavía en la mesa disfrutando de una copa de coñac después de cenar o debe estar encerrado en su oficina trabajando.

Mary, con su apariencia delicada, caminaba lentamente, levantándose la falda de su vestido para no hacer el más mínimo ruido, en ese momento, agradeció a Dios que últimamente, después de la guerra en las colonias, su ropa era más ligera, sin polisones y sin esas faldas enormes, con varias capas, que causaban ruido por muy discretamente que caminara la señora.

La joven siguió caminando por el largo pasillo, pero antes de llegar a la biblioteca, una puerta abierta llamó su atención. Estaba oscuro por dentro, probablemente alguna criada fue a limpiar la habitación y se olvidó de cerrarla con llave. Sin embargo, Mary siempre había sentido curiosidad. Cuando se detuvo frente a la puerta y entrecerró un poco los ojos, tratando de ver en la oscuridad, vio que algo justo en el medio de la habitación brillaba discretamente, como si fuera algo. de madera barnizada brillante. Luego, entró, encendió un candelabro con cuatro velas que había allí y sus ojos brillaron de alegría por lo que vio.

— Un piano.... ¡Un hermoso piano de cola! — dijo la joven con la boca abierta y emocionada, como un niño que recibe un caramelo o un juguete. Nunca había oído a nadie tocarlo ni mencionarlo desde que llegó al castillo. Luego, pasó sus manos por su superficie como si la acariciara, su tapa estaba cerrada y había una partitura aún en el atril.

— Es hermoso… — se dijo suavemente.

Era realmente hermoso, barniz negro y brillante y un hermoso taburete acolchado de terciopelo rojo. Parecía una especie de reliquia de la casa, sin uso pero bien cuidada. Mary examinó la partitura que estaba en el atril, sus ojos se iluminaron de emoción al reconocer que era la música que solía tocar en su casa paterna cuando entretenía a Beatrice y Eugenie , sus hermanas menores. Luego, automáticamente, se sentó en el taburete, abrió la tapa de las llaves, colocó sus manos blancas y delicadas e instintivamente comenzó a tocar. No podía decir exactamente cuánto tiempo pasó allí sin ser interrumpida, una o dos canciones, pero de repente…

— ¡Aléjate de este piano! — dijo alguien en voz alta, con voz profunda e irritada.

La joven, que estaba sentada de espaldas a la puerta, se sobresaltó, se asustó y rápidamente giró el cuello hacia la voz. Pero ella ya conocía esa voz...

Cuando miró hacia la puerta, vio la figura de Frederick, vestido con pantalón negro y camisa blanca con mangas hasta los puños y sin chaqueta. Parecía no haber aprobado lo que vio. Mary rápidamente dejó de tocar y nerviosamente se levantó del taburete y se paró junto al piano, tomándose las manos para ocultar su temblor. No sabía exactamente qué tan grande era el error, pero sabía que por el Duque había hecho algo mal.

— ¡Perdóneme, Su Excelencia! Fue una actitud irreflexiva...

— ¡Este piano pertenecía a la difunta duquesa y nadie se atrevió a tocarlo después de su muerte! — dijo seriamente, mirándola con sus ojos azul zafiro. Ni siquiera se parecía al mismo hombre del paseo vespertino por la playa.

— ¡Mil perdones, majestad! ¡No volverá a suceder! —repitió nerviosamente.

Frederick permaneció en silencio y lanzó una mirada sospechosa en su dirección. Luego entró en la habitación, diseñada como una sala de música, caminando hacia ella con pasos lentos. Hasta que se acercó e hizo algo que la dejó sin aliento: pegó su cuerpo al de ella, atrapándola entre el piano y su fuerte cuerpo.

— Una novata que toca tan bien el piano y la música mundana, una novata que va a bailar en plena noche y no lo niega, porque reconocí su cameo y su sonrisa. ¿Quién es usted, señorita Mary? — dijo mirándola y hablando tan cerca de su cara que se podía oler su aliento con aroma a vainilla.

— Por favor, Su Excelencia, retroceda un poco, antes de ser novicia, yo también soy una dama, no se ve bien, no está siendo un caballero — dijo avergonzada y se alejó de él, pero su El corazón se aceleraba y su cuerpo pedía quedarse allí, casi en sus brazos.

Entonces, el duque se alejó y eso era todo lo que la joven quería, respiró hondo, agarró su vestido largo y salió corriendo de la habitación hacia su dormitorio. Huyendo así de Frederick, quien, si hubiera querido, la habría alcanzado fácilmente, pero no quería un escándalo en el castillo. Después de todo, ella era una novicia, la institutriz de su hija, no una simple sirvienta.

¡Muy bien, señorita novicia o quien sea! Estoy cansado de tus trucos y secretos, hoy, hasta el final de la noche, me contarás tu historia....

Capítulo 15

Eran alrededor de las diez de la noche cuando Mary escuchó un ligero golpe en su puerta, debido a los acontecimientos y los sirvientes ya se habían acostado, ella ya sabía quién era. Sin embargo, no planeaba abrir la puerta o al menos no se abriría tan fácilmente...

La joven, ya vestida con un camisón largo de algodón blanco, nada sexy, pues el cuello le llegaba hasta el cuello y las mangas hasta las muñecas, se acercó lentamente a la puerta y dijo desde dentro:

— ¡Por favor, Su Excelencia! Irse....

— ¡No iré! Hoy me dirás la verdad, lo que escondes... — También intentó bajar el tono de su voz profunda y varonil.

— ¡No puedo recibirte en mi habitación! ¡Todos están durmiendo, eso sería malo para mi reputación! La propia madre podría expulsarme del convento...

—Pero, como dijiste, ¡todos están durmiendo! No te preocupes, nadie lo sabrá...

La joven vaciló un poco, ya con la mano en el pomo de la puerta. Hasta que la abrió lentamente. El Duque entró rápidamente a su habitación, todavía no llevaba ropa de dormir, llevaba la misma que cuando la pilló tocando el piano de la Duquesa Carolina hace menos de dos horas. Entró a la

habitación y se detuvo frente a ella, solo entonces se dio cuenta de que su camisón, su largo cabello castaño trenzado hasta la cintura y la luz de las velas daban un ambiente de intimidad entre ellos. Una intimidad embarazosa, una novicia o una dama recibiendo a un hombre solo en su habitación, especialmente en ropa de dormir.

¡Qué hermoso es! Y como cada vez se parece más a Caroline, cada día encuentro algún detalle que aumenta aún más ese parecido....

Entonces, la joven lo miró con expresión altiva en su rostro y le indicó que se sentara en un sofá que formaba una pequeña antesala de su habitación.

— Está bien, si realmente quieres saber mi historia, ¡te la cuento! Por favor siéntate, porque no me parece bien hablar contigo sentada en la cama, de hecho, tu presencia en el cuarto de una sola chica ya no es buena, ¡especialmente a esta hora de la noche! — dijo, seriamente, estiró el brazo y señaló el sofá.

— ¡Soy todo oídos, querida! —Frederick habló burlonamente mientras se sentaba en el sofá, luego el novicio se sentó en la silla frente a él, una pequeña pieza central separaba a los dos uno frente al otro.

Sintió que sería una conversación larga y llena de sorpresas, en ese momento se le antojaba un trago o dos de brandy, pero no quería pedir nada y llamar la atención de los sirvientes. En cuanto a la joven novicia, también sentía que necesitaba algo, en su mente había una gran tetera humeante, pero sabía que no era prudente ir a la cocina a buscarlo y mucho menos pedírselo a una criada, incluso si Todavía había algunos despiertos.

— Antes que nada quiero decir que Su Excelencia...

— Antes que nada te pido que al menos por esta noche me llames Frederick, mira el grado de intimidad que ya estamos teniendo aquí, no se siente que el trato esté lleno de ceremonia.

La joven suspiró, como si estuviera tratando de encontrar fuerzas para tocar un pasado que aún era doloroso para ella y no se sentía cómoda repitiéndolo.

— Antes que nada debo decirle que usted, señor — se atragantó — perdóneme, siempre tuvo razón: ¡soy la chica del baile de máscaras! — Al confesar esto, bajó la cabeza como avergonzada

de su *crimen.*

Aunque ya estaba seguro de eso, escuchar una confesión siempre era más impactante que tener una sospecha en mente. Él la miró con cara seria.

— Estaba seguro de eso, pero ¿quería escuchar esa confesión tuya y saber por qué hiciste eso?

La joven novicia bajó la cabeza y se cubrió el rostro con ambas manos y luego, entre sollozos y lágrimas, dijo:

— ¡Porque no tengo vocación de monja! De hecho, ¡nunca quise ser monja! Siempre soñé con casarme por amor, tener una casa, marido e hijos. Además, siempre me han atraído la vida social, los bailes y los vestidos bonitos, ¡siempre he sido tan vanidosa! No merecía haber estado encerrada dentro de ese convento... — La joven dejó de sollozar un poco, pero aún tenía lágrimas que caían lentamente.

Frederick, a pesar de su actitud fría, se sintió conmovido por la delicada joven que lloraba tan dolorosamente tan cerca de él. Alguien que había estado jugando con sus sentimientos durante semanas, quería tomarla en sus brazos para consolarla y luego terminar con un largo beso. Sin embargo, se contuvo por miedo a arruinar la confesión y la noche.

—Señorita Mary, Mary, ya no sé ni cómo llamarla, pero tome mi pañuelo, cálmese. ¿Qué pasó con que te metieron a la fuerza en un convento? Una chica tan hermosa, joven y refinada debería haber recibido muchas buenas propuestas de matrimonio. A menos que...

Una sospecha rondaba en la mente del Duque, pero no tenía el valor de decirlo, no quería lastimarla si era algo infundado. Preferiría que hablara más sobre ella misma y por qué.

— Mi verdadero nombre es Lady Emily Crampton , tengo veinte años, hija mayor del Conde de Shutherland de Escocia, mi tierra natal.
Frederick, dejó que una expresión de sorpresa apareciera en su rostro cuando supo de su origen. El conde de Shuterland era un noble escocés muy rico y respetado, con reputación de ser extremadamente moral. Ella nunca lo conoció en ninguna conversación, pero recordaba haberlo visto hace mucho tiempo en Londres en el selecto club de caballeros White 's .

— Aunque no tenemos lazos amistosos, conozco a tu padre. Es un noble rico y bien considerado,

me sorprende que no hayas participado en las temporadas en Londres, ya que no recuerdo haberte visto en un baile con tu familia o un acompañante —habló en voz baja y cautelosa. voz, pero sorprendida.

La joven lo miró con sus grandes ojos almendrados, que le recordaban tanto a su difunta duquesa, que hasta hace poco pensaba que ella había sido su único y gran amor.

— ¡No hubo tiempo! Participé en algunos bailes en nuestra propiedad, como hija de un gran noble, debuté en la sociedad escocesa. Cuando estaba prevista mi visita a Londres y presentación ante la Reina, fui víctima de una desgracia...
En ese momento, la joven empezó a sollozar nuevamente y Frederick no pudo soportar mantener cierta distancia en nombre del decoro y el respeto. Entonces, lentamente, se levantó del sofá y se sentó a su lado.

— Por favor no llores, no estoy aquí para ser tu verdugo, ni tu juez, pero necesito que me digas qué pasó realmente.

La joven levantó la cabeza, lo miró, vio que había cambiado de posición en el sofá, pero en ese momento ya no le importó.

—Pudor aparte, en los salones despertaba la envidia de las damas y la codicia de los hombres por mi belleza y mi rica dote. Entonces, un joven señor en quiebra me comprometió, llevándome a la fuerza a dar un paseo sin escolta, en un carruaje cerrado y manchando así mi honor...

Luego, al escuchar eso, Frederick apretó los puños y apretó la mandíbula. Quería matar a quien causó tanto sufrimiento y manchó el honor de esa bella Señora. Tan precioso como un diamante raro.

— ¡No me mires así, por favor! No fue culpa mía, malinterpretó mi comportamiento feliz y sonriente y cuando se enteró de mi dote, ¡preparó toda la trampa! — suplicó la joven.

— No te preocupes, flor mía, no te estoy juzgando. Me imagino que te han juzgado demasiado en esta vida, igual que a mí cuando murió la duquesa y sé lo que es eso. ¿Pero no se retractó? ¿Y tu padre?

—Él, por supuesto, inmediatamente le propuso matrimonio, ¡su plan había funcionado! Pero me

negué, un tipo odioso capaz de algo tan vil, mi padre estaba furioso, ya que era un escándalo en la región, algo que incluso podría comprometer a mis dos hermanas menores cuando cumplieran la edad de casarse. Sin embargo, una semana después murió accidentalmente mientras limpiaba su arma.

El Duque la miró con una mirada de cariño y de lástima al mismo tiempo y añadió:

— Después de eso, tu padre te metió a la fuerza en un convento lejos de todo, en medio del campo.

— Sí... me encerraron en un convento para ser olvidado por toda la sociedad. Sólo mi hermano me escribe a veces, en secreto, el único que tiene el valor de desafiar las órdenes de mi padre.

— Sabes Mary, no puedo negar que sentí y sigo sintiendo mucha pena por ti. Sin embargo, lo que voy a decir a partir de ahora no tiene nada que ver con la lástima. Pero primero dime la verdad: ¿te desfloraron?

Esa pregunta dejó el rostro sonrojado de la joven, era algo muy íntimo que un hombre preguntara así.

— ¡No! ¡Juro por mi madre y mis hermanos que no lo hice!

Escuchar eso fue como un bálsamo para los oídos de Frederick, no es que él la juzgaría si así fuera y nunca la trataría como un objeto usado que no tenía uso. Pero en su furia y celos masculinos, no podía admitir que alguien hubiera tocado a la joven de una manera tan íntima. Frederick la miró a los ojos y habló suavemente, algo que no había hecho con una mujer en años.

— Mary, deja de llorar y mírame. Por cierto, ¿cómo quieres que te llamen a partir de ahora?

— Aunque fue difícil acostumbrarme, este es mi nombre de novato, necesito usarlo. De nada sirve que aquí me llamen Emily y que me vuelvan a llamar Mary cuando regrese al convento dentro de dos meses.

— ¿Y si no se produce tu regreso al convento?

La joven se secó otra lágrima y lo miró sin entender.

— No entiendo, necesito regresar. ¡No soy mi propia mujer, ninguna mujer lo es! Mi padre me ordena quedarme en el convento ya que no tengo perspectivas de casarme y la madre cumple su papel obedeciendo sus órdenes.

Entonces Frederick la miró con ojos brillantes y todavía pensó:

¡Eres tonto! Hermosa tonta, ¿todavía no lo entiendes?

Luego de eso, se arrodilló frente a ella, aún sentada en el sofá, tomó sus blancas y delicadas manos entre las suyas y le dijo:

— Lady Emily Crampton , ¿serás mi esposa, la nueva duquesa de Cantrell ?

— Eh ? — Eso tomó por sorpresa a la joven, su corazón se aceleró y sentía como si latiera en su garganta.

— Eso es exactamente lo que escuchaste... Aunque no lo admití desde el principio, me enamoré de ti desde que te vi entrar tan hermosamente con ese vestido amarillo en el baile de máscaras de Almack's . Sin embargo, después de admitir esto dentro de mí, necesitaba conocer su historia antes que nada.

La joven, entre lágrimas, abrió una sonrisa, pero eran lágrimas de emoción.

— ¡Sí! ¡Acepto! Y también necesito confesarte algo: yo también me enamoré desde la primera vez que me llevaste a bailar.

— ¡No sabes lo feliz que me hace confesarte eso! ¿Y qué pasa con nuestro matrimonio? ¿Cómo podemos pedirle permiso a tu padre?

— Mañana le escribiré una carta dirigida a él. Estoy seguro de que no se opondrá a que deje el convento para poder casarme, especialmente con alguien como tú, de la misma nobleza que él.

Después de eso, Frederick se sentó en el sofá, la subió a su regazo, ella todavía dudó un poco si debía permitirse, pero terminó cediendo y sentándose en su regazo en el sofá de terciopelo, selló la promesa con un largo y beso húmedo y apasionado. Todavía sentía, en medio del beso, las

manos de Frederick, tratando de desabrochar el cuello de su camisón y también tratando de meterse debajo de su camisón y acariciando sus suaves y blancos muslos. Sin embargo, a pesar de que la caricia era deliciosa, encontró fuerzas para resistir y dijo:

— No, Frederick… prefiero esperar…

— ¡Te amo! Pero sé que debido a este trauma con los hombres, ella todavía no se siente segura. Lo entiendo y esperaré. Todo llegará a su tiempo, mi amor.

Entonces, Frederick se despidió y salió de la habitación y Mary, ahora Emily, se acostó en la cama, pero no podía cerrar los ojos para dormir de tanta felicidad.

Capítulo 16

Emily se dio vuelta en la cama, luego abrió lentamente los ojos, parpadeó un par de veces y finalmente se convenció de que los recuerdos de la noche anterior no eran un sueño. Luego, sonrió y se estiró lentamente mientras se sentaba en la cama, recostándose contra las almohadas

en la cabecera.

Dios mío... ¡No estoy soñando! Todos mis recuerdos de anoche son reales... Frederick ya lo sabe todo, ¡me propuso matrimonio y ya no necesito fingir!

Con estos pensamientos, la joven saltó de la cama para hacer su higiene matutina, tomó su pasta de dientes en polvo para cepillarse los dientes y comenzó a tararear.

¡Frederick me ama y yo también! Ahora solo me falta escribirle a mi padre para que autorice el matrimonio.

Emily miró por la ventana y vio lo hermosa que era la mañana afuera, ella que solo tendría clases con la pequeña Juliette por la tarde, incluso consideró dar un paseo por el jardín. Ahora podía exponer su felicidad y vanidad sin temer a nadie ni ser contradicho. Sin embargo, pensó que lo mejor era no hacer nada diferente a su rutina habitual, hasta que el Duque hiciera un anuncio oficial del compromiso a los sirvientes o algo similar. Aunque algunos sirvientes se escandalizarían por el hecho de que ya vivieran bajo el mismo techo y la sociedad londinense lo estaría aún más.

A pesar de decidir no dar ese paseo por los jardines, por temor a mostrar su felicidad prematuramente, decidió que quería lucir hermosa esa mañana. Sin embargo, al abrir su baúl volvió a la realidad y recordó que aún era una novicia, su voto de pobreza, la forma en que su padre le prohibió llevar sus hermosos vestidos al convento, como forma de castigo y porque no serviría de nada. Dentro del baúl, en cuanto a ropa, solo había: Algo de ropa interior básica, un corsé, dos camisones, su hábito de novicia y dos vestidos sencillos, uno de los cuales le fue donado por el ama de llaves.

Vaya... había olvidado lo pobre y restringido que es mi guardarropa... Ciertamente, si Frederick se entera de esto, le proporcionará ropa adecuada, como su futura esposa, pero no quiero abusar ni hablar. Un hombre que soporta los gastos de una dama le dará el estatus de amante y eso no es lo que quiero que pienses...

La joven se sentó en el taburete frente al tocador y comenzó a arreglar su apariencia, tratando de hacer lo mejor que podía con lo que tenía. Luego planeó tocar el timbre y pedir su café en su habitación, sin embargo, un ligero golpe en la puerta interrumpió sus pensamientos.

— ¡Adelante! — respondió ella con una voz musical de felicidad.

Una joven criada, a quien aún no había visto en la casa y vestida con un uniforme diferente, entró en la habitación.

— ¡Buenos días, Mileide ! Soy la señora Taylor, su doncella personal.

Emily se quedó sin palabras, pues no esperaba que en el pasado, antes del convento, tuviera su doncella personal que la ayudaba con su cabello, cuidaba sus innumerables vestidos, la vestía, pero eso le fue arrebatado. Al principio incluso extrañaba el convento, pero luego trató de aceptar que su vida anterior ya no le pertenecía. Entonces, ver a alguien tratándola como a una milide y presentándose como su criada personal, provocó una mezcla de: sorpresa, nostalgia y satisfacción personal. Sin embargo, ¿quién ya lo sabía todo y la había contratado? ¿Frederick?

— ¡Buen día! No suelo utilizar una sirvienta personal, al menos desde que llegué al castillo no me han dado una…— Emily, a pesar de ser amigable, respondió con cierta sospecha de si era para ella misma.

— Bueno, por orden de vuestra merced, el Duque, el ama de llaves me contrató esta mañana. Llegué de Londres buscando trabajo, nos cruzamos en el servicio de la mañana y el duque acababa de pedirle uno.

Hmm... Parece que Frederick realmente tiene buenas intenciones, ha empezado a tratarme ya no como a la institutriz de su hija, sino como a una dama y futura esposa.

— Entonces señora Taylor, realmente agradezco su ayuda, en este momento como puede ver ya estoy vestida y peinada. De hecho, tengo tan pocas pertenencias que no tendrás mucho de qué ocuparte.

Entonces, la criada se acercó un poco, con la intimidad característica que solían tener todas las criadas personales, y susurró:

— Escuché que el duque envió un sirviente a Londres para traer vestidos confeccionados de Clark y Deberham de la tienda, además de encargar guantes, sombreros y otros artículos de mujer a Harding. Revista de moda .

Entonces, al escuchar esa confianza como un susurro, Emily se sonrojó y se sintió confundida al

mismo tiempo. Ella estaba, eso sí, muy feliz de que Frederick intentara complacerla y cuando se dio cuenta de que no tenía ropa adecuada para la dama que era, le compró ropa nueva. Sin embargo, imagina cómo debe ser el chisme entre los sirvientes y cuál sería su reputación. Ahora sí, Frederick había perdido el derecho a volver atrás, si llegaba a arrepentirse de haberse casado con una dama que salía de un escándalo, ya que también la estaba comprometiendo.

—Ah... Mucha bondad de vuestra excelencia, el Duque...

La criada simplemente asintió con una mirada traviesa.

Una vez hecho su aseo personal y desayunado, evitó salir de la habitación y por ello llamó a un sirviente de la despensa. Se sentó en una silla de escritorio en un rincón de su habitación y se dispuso a realizar la tarea más importante del día: escribir una carta informando al duque de Cantrell de su propuesta de matrimonio , y pidiéndole permiso, de acuerdo con la ley inglesa. Después de completar la carta, Emily la selló y salió de la habitación para entregársela al mensajero que se encargaría de llevarla a Londres, junto con la correspondencia semanal del castillo. Desde allí sería enviado a Escocia.

Cuando Emily pasó por uno de los pasillos del castillo, justo frente a la puerta de la oficina de Frederick, pensó que sería apropiado hacerle saber que ya había enviado la carta. Se detuvo frente a la puerta, estaba dudando, su corazón latía aceleradamente, quería verlo después de anoche. Pero, al mismo tiempo, me daba vergüenza mirarlo después de las revelaciones y sin mencionar que ahora ya no me sentía bien hablar detrás de puertas cerradas con él, a solas. Sin embargo, la joven no tuvo mucho tiempo para pensar cuando escuchó que la puerta de la oficina se abría rápidamente y unas fuertes manos alrededor de su cintura la empujaron hacia adentro.

—¡Frederick! — dijo la joven inicialmente sorprendida, pero luego hizo un puchero y sonrió.

Frederick fue ágil, la llevó a su oficina y cerró rápidamente la puerta, la colocó en el interior, atrapándola entre la puerta y su fuerte cuerpo.

— ¡Te extrañé! No podía esperar a encontrarme con ella en los pasillos del palacio o a la hora de comer. No pensé que fuera elegante ir a tu habitación a la luz del día… — dijo con su rostro muy cerca del tuyo, sus ojos azules mirándose a los tuyos y el olor a jabón francés para después del afeitado.

— ¡Yo también te extrañé! Pero realmente no sería una buena idea ir a mi habitación a la luz del día...

— Hmm … ¿Y en qué piensas en plena noche? — preguntó con una expresión pícara en su rostro, mientras comenzaba a besar su suave cuello.

—¡Frederick! ¡Pareces terrible en ese sentido! — dijo encantadoramente, lo deseaba mucho, pero no le parecía bien. Al menos no todavía...

— Es que no veo la hora de tenerte en mis brazos para convertirte en mi esposa…. — Deslizó sus manos por sus nalgas, incluso por encima de su vestido y la besó en la boca de una manera apasionada y caliente .

Emily le devolvió el beso, ya la habían besado, pero nada tan caliente y apasionado como ese beso. Hasta que sintió una de las manos del Duque levantar la falda de su vestido de muselina verde agua claro y acariciar sus suaves y blancos muslos. El cariño le resultaba delicioso, su cuerpo parecía desmayarse, un desmayo agradable, que no tenía fuerzas para detenerlo. Hasta que sintió unos dedos varoniles intentando meterse debajo de su ropa interior. Entonces, la joven lo apartó un poco y se alejó de él.

— Frederick, prefiero esperar... Mira, acabo de enviar la carta para pedirle permiso a mi padre, el conde, para mi boda — dijo, todavía jadeando.

— ¡Excelente! Pero hasta que llegue la carta y envíe la respuesta debería tardar alrededor de un mes, creo...

— Sí...

— No sé si aguantaré un mes contigo durmiendo aquí bajo el mismo techo, pero fuera de mi cama.

— Puedo esperarte en el convento si lo prefieres… — dijo deliberadamente, con una expresión burlona en sus ojos.

—¡Por Dios que no! ¡Estoy de acuerdo con tus términos, querida!

Capítulo 17

Un mes después...

Querida hermana,

Creo que ya puedes imaginar por qué le escribiste a nuestro padre, pero soy yo, tu hermano, quien responde. Nuestro padre falleció, llevaba días enfermo, nunca leyó su carta, y al mismo tiempo dejó claro hace un tiempo que no lo quería en el entierro, entonces, por esa razón, no enviamos aviso inmediato al convento. Aunque después de leer tu carta, ya sé que han sucedido nuevos hechos y que tú no estás. Creo que debes estar imaginando que para una chica con el honor empañado, la familia dará su consentimiento inmediato a una propuesta de matrimonio y sí, todos lo harían, ¡pero yo no! Pues como te quiero mucho y no quiero ver tu muerte prematura, como todas las duquesas de Cantrell , mi respuesta es ¡no! ¿Y no conoces esta maldición de la que tanto se habla o no la temes?

Ahora, como nuevo conde de Shurteland , cumpliré la palabra que hice el día de tu tumultuosa partida e iré lo más rápido posible a buscarte a los dominios del duque de Cantrell para traerte de regreso al seno de tu familia, de donde nunca debí salir. ¡Oh! A pesar del luto, nuestra madre y sus hermanas Eugenia y Beatriz están muy contentas con su regreso.

Richard Crampton , conde de Shurteland

Emily, sentada en un banco soleado en los jardines del castillo, a media tarde, sostenía el papel que le entregaron y apenas podía creer lo que estaba leyendo. Las lágrimas caían por su rostro blanco y ovalado, sus ojos almendrados estaban oscuros. Lloraba por la muerte de su padre, pero también lloraba terriblemente por el hecho de que su hermano no había aceptado su matrimonio y vendría a buscarla en cualquier momento. Probablemente ya estaba en camino. Luego, se levantó apresuradamente, sostuvo las faldas de su vestido con una mano y la carta en la otra y, entre lágrimas, corrió hacia el castillo en busca de Frederick, quien probablemente estaría en el estudio en ese momento.
—¡Frederick! Frederick! — Emily, entró sin llamar, llorando, en el despacho del duque.

Frederick, que tenía la cabeza gacha examinando los papeles, parecía sorprendido, incluso asustado, porque para que Emily, siempre tan elegante y refinada, entrara allí así, algo grave debió pasar, cuando miró su mano al ver el papel. , sospechaba que finalmente había llegado la respuesta.

—¿Qué pasó, querida? Cálmate, respira... estoy aquí. — Se levantó y fue hacia ella, abrazándola y cerrando la puerta.

— ¡Mi padre falleció y mi hermano es el nuevo duque de Shurteland !

— ¡Lo siento, querida! Aunque te considere muerta, te entiendo.

— ¡No! ¡No es sólo eso! ¡Mi hermano no me dio permiso para casarme contigo y está de camino al castillo para llevarme de regreso a casa! — dijo entre lágrimas.

— ¿Cómo? ¿Y por qué actúa así? preguntó, sorprendido.
— Dice que me ama demasiado y no quiere perderme por esta maldición…. — Ella trató de contener un poco las lágrimas y habló avergonzada.

— ¡Maldición! ¿Y tú qué piensas? ¿Tú también tienes miedo?

— ¡No creo en ninguna maldición! ¡Mi mayor miedo ahora es separarme de ti!

Él la miró con una mirada de comprensión y cariño, luego arregló los pocos mechones de cabello que quedaban sueltos en aquel dulce rostro y le dijo:

— Querida, con la muerte de tu padre, como niña soltera, ahora le debes obediencia a tu hermano. Entonces, no puedo impedirte ante la ley que te saques de aquí, por mucho que me duela, incluso creo que moriría sin ti.

— Lo sé...

— ¡Pero tengo una solución que le haría aceptar el matrimonio inmediatamente y no sacarla de aquí!

— ¿Él tiene? ¿Cual?
— Sencillo: ¡ven a mi habitación esta noche y entrégate a mí! Cuando llegue al castillo le dirás que te han desflorado y que necesitas casarte conmigo.

El rostro de Emily se sonrojó levemente, pero inmediatamente respondió:

— ¡Acepto!

castillo de Keulen estaban vacíos y en silencio cuando, alrededor de las diez de la noche, Emily llamó discretamente a la puerta del dormitorio de Frederick, tal como había acordado. Ella lo amaba y lo deseaba mucho, pero todavía estaba nerviosa porque sería su primera vez. La puerta se abrió lentamente, Frederick apareció frente a ella en ropa de dormir y la empujó suavemente hacia la habitación, cerrando rápidamente la puerta.

—Frederick...

— Psst… No hace falta que digas nada… — La miró con ternura.

Allí, uno frente al otro, la habitación estaba casi desprovista de luz, sólo un candelabro con tres velas descansaba sobre una pequeña mesa en la antesala, lo que creaba una atmósfera comprometedora y romántica. Ella con su camisón de algodón blanco como la nieve y él con un camisón blanco claro, pantalones y descalzo. Luego, ambos se abrazaron y besaron apasionadamente, pero Frederick siempre trató de ser delicado debido a la importancia que sabía que tenía ese momento para toda mujer.

Después de eso, el duque la tomó en sus brazos y caminó lentamente con ella hasta la cama, donde la colocó suavemente en el medio. Por unos momentos, se paró en el borde de la cama

contemplando su belleza, dándose cuenta de que allí, así, con su largo cabello castaño suelto, justo sobre su cama, se parecía aún más a Caroline. Sin embargo, Caroline ahora era un dulce recuerdo, ella era a quien ahora amaba de verdad, con quien quería criar a Juliette y tener nuevos hijos.

— Ahora me miras de una manera que me da vergüenza... — dijo tímidamente.

— Es la mirada de un hombre enamorado y lleno de deseo por su amada.

Luego de decir eso, aún sentado en el borde, extendió su brazo y comenzó a acariciar y explorar lentamente el cuerpo de Emily. Allí, en la penumbra, la joven sintió las manos de Frederick acariciar lentamente sus senos a través del camisón, hasta que sus pezones quedaron erectos. Su respiración se volvió dificultosa.

— ¿Qué estás haciendo exactamente? — preguntó, tímida y sin aliento.

— Te estoy preparando para el amor...

Luego de eso, bajó las manos y las metió debajo de su camisón, acariciando sus suaves y regordetes muslos, no tenía nada debajo. Así que se emocionó al encontrar la suave hendidura cubierta de pelo entre sus muslos.

Mientras tanto, Emily, aún intoxicada por las sensaciones, observó un rato su rostro. Su respiración era dificultosa, sus ojos azules eran más oscuros y cuando miró entre sus piernas, vio un enorme bulto debajo de sus pantalones que sospechaba que sería usado. Al notar su mirada, habló con cariño:

— Cálmate… Sé que no había manera de tener la tradicional conversación madre—hija antes de la noche de bodas. Pero créeme, funcionará, toda virgen piensa que no, pero así será y haré todo lo posible para que sea lo más cómodo posible para ti y sientas muy poco dolor...

—¿Dolor? — dijo un poco asustada, rompiendo un poco el ánimo.

— Sí, toda virgen lo siente, pero cuando el caballero es gentil yo no lo llaMary dolor, sino una ligera molestia acompañada de una gota de sangre. Apenas lo notarás, porque entonces llegará el placer...

Entonces, mientras le explicaba esto, Frederick se quitó la camisa, se recostó suavemente encima de Emily y la besó apasionadamente , mientras sus manos recorrían y continuaban explorando su cuerpo. Hasta que lentamente le sacó el camisón por encima y la dejó desnuda, pero su fuerte cuerpo encima del de ella ocultó su desnudez y la ayudó en su pudor. A partir de ahí, abrió los cordones de sus pantalones, sacó su duro miembro y comenzó a intentar penetrarla suavemente, mientras seguía besando su boca y ahora sus redondos y blancos senos. A pesar de su virginidad, Emily ya estaba bastante mojada, por lo que hubo cierta dificultad natural, pero en poco tiempo, todo el volumen que hacía minutos tenía miedo de ver debajo de sus pantalones, ahora estaba dentro de ella.

— Frederick... Fred...
— ¿Estás cómodo? ¿Te sientes bien?
— ¡Sí! Es maravilloso...

Luego, suavemente comenzó a hacer ligeros movimientos de ida y vuelta que, dependiendo de las señales que Emily le daba, aceleraba, cada vez más rápido. Hasta que, de repente, la respiración de la joven se aceleró, su rostro se puso rojo, por impulso e instinto primitivo la joven cruzó sus muslos alrededor de su espalda. A partir de entonces, se volvió aún más loco de deseo, y acompañó su clímax, sin molestarse en impedir nada. Al contrario, se dejó derramar todo dentro de ella, haciéndola sentir ese líquido caliente brotar dentro de su cuerpo y correr en abundancia por sus muslos.

— Ahora eres realmente mía y quiero ver quién te quita de mí… — le habló al oído, con su cuerpo aún presionado contra el de ella.

Entonces, después de unos minutos de silencio, abrazándose y recuperándose, Frederick se levantó lentamente de la cama, fue a un cajón y sacó una toalla suave. Luego, se sentó en el borde de la cama y comenzó a limpiar sus áreas privadas con toallas y a limpiarla.

—¿Estás feliz, querida? — preguntó gentilmente.

— Sí, mucho... Pero no sabía que eso les pasaba a los hombres, ese líquido.

— Sí, tú y varias chicas casaderas no lo sabéis. Pero me propuse volcarme en ti. Dudo que tu hermano me la quite: desflorada y tal vez esperando un bebé...

— ¿Bebé? — La joven se volvió hacia él asustada, con los ojos almendrados muy abiertos.

— ¡Sí! ¡Así se hacen los bebés, no las cigüeñas! Cuando tus hermanas menores se casen, ahora les explicarás un poco antes de la noche de bodas, por si tu madre no tiene el coraje… — Dio una sonrisa burlona.

— Un bebé... No había pensado en eso... Pero ahora que me caso, me gusta... ¿Y ya puedo estar embarazada?
—Um… No siempre, a veces necesitas practicar más, pequeña tonta…

—¿Y cuándo podremos seguir practicando?

Frederick, a pesar de su satisfacción al escuchar eso, no pudo contener una risa.

— Para alguien que sólo quería delatarse en su noche de bodas oficial, estás muy dispuesto, ¿eh ? — dijo divertido.

— Ah... Frederick... No me mires así, ahora me da vergüenza... — Hizo un puchero y se giró hacia el otro lado.

La besó suavemente en el hombro por detrás, se acostó a su lado, la abrazó con fuerza por la cintura y le habló con una perfecta cuchara al oído:

— Ya tendremos tiempo, querida, pero hoy debes estar dolorida. Ahora descansemos un poco hasta el amanecer, creo que antes de las cinco de la mañana los pasillos todavía estarán vacíos y volverás a tu habitación.

Luego, acurrucados de lado, Emily dándole la espalda a Frederick, se quedaron dormidos.

Capítulo 18

Emily despertó en su habitación, el sol ya había salido, se había perdido la hora a la que habitualmente se levantaba. De hecho, no había dormido en toda la noche allí, al amanecer, aún en la habitación de Frederick, abrió los ojos, intentó quitar lentamente el brazo posesivo de su cintura, sin despertarlo. Sin embargo, esto no fue posible, despertó y esto resultó en otro acto de amor entre la pareja, entonces Frederick se propuso volcarse dentro de ella nuevamente y garantizar su descendencia y que ella tenía una razón más para no dejarse llevar.

Luego, de regreso a su habitación, la joven se dejó caer en la cama y se despertaba exhausta. Pero oyó que llamaban a la puerta, algo impacientes.

— Puedes pasar… — respondió con voz perezosa, mientras se tumbaba en la cama.

Ella era su doncella personal, incluso había olvidado que ahora tenía una.
— Lo siento, mileide , como nunca duermes hasta esa hora y también vine a anunciarte que tienes visita, imagino que quieres mi ayuda para prepararte.

— ¿Visitas? Pero… — Iba a preguntar quién era, pero su cabeza hizo clic y sintió una oleada de emoción y miedo. — ¿Este es mi hermano?

— Es un hombre joven y muy apuesto, que se presentó como el conde de Shurterland , hermano de Lady Emily Crampton .

Emily no pudo evitar reírse ante la expresión curiosa de la criada.

— ¡Sí, es mi hermano! ¡Lady Emily Crampton soy yo! Mary, ese era mi nombre de novicia. Tienes razón, quiero vestirme un poco mejor para lucir más presentable y arreglada para mi hermano. Necesitaré tu ayuda.

— Sí, por supuesto milide , la ropa nueva que encargó el Duque llegó hoy desde Londres.

Mientras se vestía, con su ropa y prendas nuevas, Emily pensó en lo feliz que estaba de ver a su

hermano. Ambos siempre estuvieron muy unidos y hacía dos años que no se veían, pues por orden de su padre ella no podía recibir visitas en el convento. Sin embargo, sintió una verdadera vergüenza al saber que al mismo tiempo que lo abrazaría y haría que lo extrañara, también tendría que enfrentarlo después para defender su amor por Frederick.

Emily, vestida elegantemente, con un vestido de seda rosa, guantes y ahora ya no necesitaba esconder su camafeo de mascota alrededor de su cuello. Bajó elegantemente las escaleras, pero no pudo contenerse cuando vio a su amado hermano sentado en el sofá. De allí, se sujetó un poco la falda para no tropezarse y bajó corriendo la otra mitad de las escaleras, hasta caer en los brazos de su hermano mayor.

—¡Ricardo! Ricardo! ¡Mi querido hermano! — dijo alegremente y abrió los brazos.

El Conde era un hombre blanco, alto y apuesto, con cabello negro y liso y ojos almendrados como los de su hermana. Rápidamente se puso de pie y también abrió los brazos.

—¡Emilia! ¡Mi querida hermana! ¡Aún hermosa! De hecho, ¡aún más hermoso! — dijo felizmente.

Luego ella cayó en sus brazos, él le dio un fuerte abrazo, haciéndola girar en el aire, justo en medio del gran salón del castillo. El Duque se había marchado a Londres, pues había pedido una licencia especial para seguir adelante con la boda lo más rápido posible, algo que sólo se concedía a los nobles, pero él era un noble y ella también. Seguramente, si estuviera en casa, estaría allí para recibirlo con ella, pero probablemente sólo podría regresar al castillo, con mucha suerte, a la hora de cenar.

Cuando rompieron el abrazo, uno se paró frente al otro, el conde le tomó las manos y le dijo:

— ¡Qué hermosa eres!

—Ojos de hermano, ¡pero tú también te ves muy guapo y más siendo conde! Pronto apuesto a que tendré una cuñada — dijo divertida.

— En cuanto a la cuñada, todavía estoy analizando esto, pero ya hay madres que quieren engancharme con sus hijas casaderas. En cuanto a mi título, bueno ya lo sabes y no hablemos de

cosas tristes. Lo que importa es que vine a cumplir mi palabra y llevarte de regreso con tu familia —concluyó, serio.

De repente la expresión de alegría en su rostro cambió y su hermano lo notó.

— ¡Oh! Emily... ¿Qué pasó? ¿No me digas que quieres quedarte aquí, casarte y ser la próxima duquesa víctima de esa maldición? — Dijo esta parte en voz baja para no ser escuchado por todos y causar vergüenza.

— Richard, te quiero mucho y aprecio mucho la palabra que me diste el día de mi partida. Confieso que en estos dos años ella fue quien muchas veces me apoyó y consoló mis tristezas. Pero ahora las cosas han cambiado...

— ¿Tanto han cambiado? Él la miró con expresión inquisitiva.

— ¡Sí, amo a Frederick, él me ama y no tengo miedo de ninguna maldición!

— ¡Oh! Emily... Quizás esto sea solo tu capricho, recuerdo lo llena de deseos que estabas...
— ¡No, no es un capricho y la vida en el convento me cambió mucho! ¡Necesito casarme con él, ahora más que nunca!

—¿Necesita? — El joven la miró desconfiado.

— ¡Sí! Estoy tan segura de este amor que anoche me entregué a él y hoy fue a Londres a pedir permiso para que el matrimonio se lleve a cabo rápidamente.

— ¡Por Dios, Emily! ¡No puedo creer que hayas hecho eso!

— ¡Sí, lo hice y no me arrepiento! ¡Quiero y necesito quedarme aquí! Además, ¡puede que incluso ya haya un niño en mi vientre!

El conde, sorprendido, sin argumentos y pálido por la última revelación, se dejó caer en el sofá.

— ¿Entonces? ¿Qué dices?

— ¿Por casualidad me dejaste elección? Lo que puedo hacer es volver a mis dominios en

Escocia, advertir a Madre y a nuestras hermanas. Además, empieza a orar mucho por ti...
Al escuchar esto, Emily se sentó en el sofá junto a él y lo abrazó, bañando su rostro de besos.

— ¡Oh! Ricardo! ¡No seas dramático! Me harás muy feliz si te quedas hasta la ceremonia, que será íntima y se celebrará aquí mismo, en la capilla del castillo, a finales de esta semana. Si se concede la autorización, ¿por qué la negarían? Frederick es un noble rico y poderoso.

— Está bien, si es esta semana, esperaré.

— ¡Oh! Ricardo! ¡Por eso siempre te he amado! — Emily lo colmó aún más de besos. — Más tarde, cuando llegue Frederick, te lo presentaré formalmente durante la cena.

— Hermanita… ¿No tienes miedo de la maldición? preguntó, sospechoso.

— Ninguna maldición es mayor que el amor, ¡tengo miedo de pasar por la vida sin amar y ser amado!

Capítulo 19

Cinco días después, a las diez de la mañana, encabezada por Richard, Lady Emily entró en la capilla privada del castillo de Keulen . Los novios prefirieron una boda discreta, no tenían cuentas que pagar a la sociedad sobre cómo se conocieron, el pasado de la joven y la precipitada boda. A pesar de eso, todo fue hermoso. El interior de la capilla estaba decorado con rosas blancas, los sirvientes vestían sus uniformes de fiesta y observaban la ceremonia como invitados. La novia desfiló con elegancia y porte de reina, luciendo un precioso vestido de seda rosa. Los largos guantes blancos y un discreto velo blanco sobre su cabello bien peinado y recogido le daban un encanto especial. Su doncella personal había sido realmente talentosa al vestirla, sin mencionar que sabía aprovechar muy bien las piezas que Frederick le había dado para componer su guardarropa.

Frederick, serio, alto, elegante, vestido con abrigo de terciopelo azul, pantalón negro, camisa blanca, pañuelo rojo alrededor del cuello, sonrió al ver a Emily entrar a la capilla.

Que hermosa es mi duquesa... No puedo esperar a tenerla nuevamente en mis brazos, pero ahora oficialmente como mi esposa...

Emily no insistió en una luna de miel, pero Frederick la sorprendió e insistió en quedarse en un hotel en Bath por unos días . Entonces la joven decidió aceptar, para dejar espacio al nuevo Frederick que poco a poco iba surgiendo: más amable, más sociable. Así que se acordó que después de la ceremonia, la novia se despediría de su hermano que regresaría a Escocia ese día, los sirvientes harían una fiesta en el castillo, como una especie de celebración privada y los novios irían en carruaje para un breve luna de miel. Luego, en una rápida ceremonia, los enamorados se dieron el sí frente al sacerdote.
— ¡Cuide bien de mi hermana, majestad! Ella ya ha sufrido demasiado por la injusticia... — El Conde Richard estrechó la mano de Frederick en el patio del castillo, la pareja se preparaba para

partir.

— ¡No te preocupes, yo me encargo! Y ahora somos cuñados, ya no hay necesidad de estos trámites, puedes llamarme Frederick — dijo de manera amistosa.

— En cuanto a ti, hermana mía, te deseo toda la felicidad del mundo, de hecho, y que seas una buena esposa. ¡Oh! ¿Lo vio el tribunal? —dijo abrazándola.

— ¡Oh! Richard... Fue tan bueno verte de nuevo... Es una pena que por tan poco tiempo...

— ¡Oh! Pero ahora nos veremos lo más a menudo posible. Puedes venir a visitarnos a Escocia y apuesto a que Eugenie y Beatrice me volverán loca pidiéndome permiso para venir a visitarte. Al crecer se convertirán en señoritas difíciles de controlar.

— Será un placer recibir aquí algún día a mamá o a mis hermanas.

— Las puertas del castillo de Keulen , así como de nuestra mansión en Londres, están abiertas para todos los Crampton — añadió Frederick.

— ¡Gracias Frederick! Ahora vete, porque conociendo a mi hermana, ella odia las despedidas y ya tiene ganas de llorar.

— ¡Oh! Ricardo! — Emily puso una cara falsa de enojo y golpeó su pecho con una de sus manos enguantadas. — Buen viaje y vuelve siempre a Cantrell .

Emily y el Duque ya caminaban hacia el carruaje, cuando Juliette, que en ese momento observaba la partida de la pareja, tomando la mano de la niñera, soltó la mano de la criada y corrió hacia ella, abrazándola. Emily sintió esa cabecita, llena de rizos, enterrar su rostro en su cintura.
—Ahora eres mi mami, ¿no? ¿Puedo llamarla así?—Preguntó la niña tímidamente.

Eso emocionó a Emily, trató de ocultar sus lágrimas para no manchar su maquillaje, se inclinó al nivel del niño y le dijo:

— Claro amor, ahora también seré tu madre y eso me hace muy feliz. Sólo te quedarás con la niñera unos días. Una vez que regresemos, estaremos todos juntos para siempre y formaremos

una familia muy feliz. — Entonces se despidió besando a Juliette en la frente, quien luego también abrazó a su padre que estaba a su lado y corrió de regreso con la niñera.

Entonces, un sirviente colocó el escalón del lujoso carruaje negro, la nueva duquesa subió lentamente y luego Frederick la acompañó al interior. Emily, hacía mucho tiempo que no estaba en un carruaje tan lujoso, la última vez fue el de su familia, quienes la llevaron al convento. Observó el interior, todo pintado de negro, asientos tapizados en terciopelo rojo, detalles dorados y cortinas que podían cerrarse si querían dormir o tener privacidad. Frederick se sentó a su lado, pero primero cerró las cortinas de la ventana que dejaban ver al cochero elegantemente vestido, listo para conducir los cuatro caballos que la tiraban. Detrás de ellos había otro carruaje, no tan lujoso, pero también de buena calidad. Contenía la mayor parte de su equipaje y a sus dos sirvientes personales para servir al duque y la duquesa en su luna de miel.

Tan pronto como el carruaje partió hacia las puertas de salida del jardín del castillo, Frederick abrazó a Emily y la acercó a él. Ella a su vez se acurrucó como un gatito astuto en su fuerte cuerpo.

—Por fin sola... —Él sonrió y habló suavemente, mirándola a los ojos.

— Sí, mi amor. Sin embargo, todavía estamos dentro de un carruaje. ¿Cuánto tiempo crees que tardará en llegar a Bath ? — preguntó con picardía.

— Hmm... Como es casi mediodía, creo que llegaremos alrededor de las diez de la noche, con algunas paradas rápidas para refrescarnos. Sé que estamos dentro de un carruaje, ¿por qué crees que cerré las cortinas? — Añadió con una sonrisa pícara.

—¡Frederick! ¡Eres terrible! Bueno, decían que en el pasado eras un libertino. — Ella golpeó el abanico cerrado en su muñeca e hizo un puchero.

Tan pronto como el carruaje tomó la carretera hacia Bath , a pesar de todo el confort interior y la habilidad del conductor, se produjo una cierta sacudida natural. Sin embargo, lo que inicialmente molestó un poco a Emily y Frederick, luego se convirtió en una broma encantadora...

— Nunca negué que en el pasado fui un libertino, pero una mujer ganó mi corazón y me entregué a sus encantos. Entonces, como ahora estoy rendido a tu...

Habló, mirándola a los ojos y acariciando su hombro derecho con el pulgar, pero ese cariño que parecía tan tonto estaba dejando el cuerpo de Emily en llamas. Más aún porque no habían tenido ningún contacto más íntimo desde aquella noche en que ella se entregó a él. Ambos se miraron con ojos llenos de amor y deseo...

—Frederick...

— Emily, mi Emily, toda mía...

Entonces, Frederick la besó apasionadamente, un beso largo y ardiente . Después del beso, lentamente movió su boca por su suave cuello, siguiendo la curva de su delicado cuello con ligeros besos húmedos. Al mismo tiempo, sus manos recorrieron tu cuerpo e intentaron aprovechar cada abertura de tu vestido. Hasta que su boca llegó al regazo de la diana, donde su escote proyectaba sus pechos hacia arriba. Tiró un poco del corsé y agradeció al cielo que la criada no lo hubiera apretado demasiado. Así, logró acceder a uno de los senos de Emily, que inmediatamente sobresalió del vestido: un pezón grande, redondo y rosado. El duque, con mirada hipnotizada, apoyó su boca sobre él con entusiasmo.

— Fred... Frederick... — dijo Emily con voz sin aliento.

El hombre que, a pesar de ser joven, cargaba con la experiencia de su pasado, colocó delicadamente su mano sobre la boca de su esposa, se acercó a su oído y habló.

— ¡Pst! Retaco....

Entonces, Emily entendió que algunas cosas pasarían dentro del carruaje, pero que a pesar de las cortinas cerradas, tendría que morderse el labio con cada gemido involuntario de placer. Entonces, ella, que tal vez no era una mujer experimentada, pero ya no era la virgen inocente, decidió unirse al *baile* y dejarse guiar por sus instintos.

— Soy toda tuya, mi amor… — le susurró al oído.

Frederick volvió a besar su pecho, mientras sus manos recorrían bajo su vestido, bajando sus medias de seda para sentir la piel de sus muslos. Después de explorar sus muslos, encontró entre las enaguas con volantes, la delicada abertura, cubierta de suave pelo. Introdujo un dedo índice y acarició suavemente con el pulgar las zonas cercanas, sintiendo toda su humedad. En ese momento, Emily cerró los ojos y se retorció en el asiento del carruaje y vio que eso no era suficiente, necesitaba más. Luego, con audacia, se levantó del asiento, miró a su marido de manera lánguida y atrevida, se subió el vestido, abrió las piernas y se subió a su regazo, quedando frente a frente.

— Frederick... — Ella lo miró con deseo.

Frederick abrió los cordones de su pantalón y silenciosamente sacó su miembro erecto e inmediatamente Emily lo recibió con satisfacción y ambos se besaron durante un largo rato. Los traqueteos del carruaje ya no les molestaban, pues mantuvieron la penetración rítmica hasta el punto que con un poco más de tiempo, el clímax llegó fuerte para ambos y Emily mordió la chaqueta en la región del hombro de Frederick para no gritar. fuerte. Luego vino la calma, la pereza, la satisfacción....

— Psst.... Ya casi está anocheciendo, quédate quieta en mi regazo, tu ropa interior absorbió todo, cuando lleguemos al hotel y bajemos las escaleras nadie notará nada.... — dijo cariñosamente, mientras la abrazaba en su regazo y él la consoló, apoyando su cabeza en su hombro.

— Te amo, Frederick....

— Yo también mi amor....

Capítulo 20

Eran alrededor de las diez de la noche cuando los dos carruajes se detuvieron en el centro de Bath , frente a un lujoso hotel, todos agotados por el viaje. Al principio, Frederick pensó en

hacer, como la mayoría de los nobles de su especie, alquilar una casa en Laura Place , pero luego se dio cuenta de que quizás la privacidad de un buen hotel sería más apropiada para los recién casados. Si querías disfrutar del entretenimiento de Bath , de sus teatros y de los paseos por el parque, sólo tenías que salir del hotel. En esa época del año la ciudad estaba muy animada, ya que la primavera acababa de irse dando paso al verano inglés que era famoso en la ciudad. Aunque dudaba mucho que quisiera disfrutar de algo más que de su bella duquesa Emily.

— Ya llegamos, cariño… — le habló suavemente a Emily, quien aún estaba agotada por las aventuras dentro del carruaje en movimiento, durmiendo en sus brazos, con la cabeza apoyada en su hombro.

— Hay ? Sí, lo siento. Es que cada vez que me despierto pienso que todo esto es un sueño… — dijo adormilada.

— Pequeña tonta... — Él sonrió y le dio un beso en la punta de su nariz que parecía tallada a mano.

El gerente del hotel fue muy servicial desde la recepción hasta llevar al duque de Cantrell y su duquesa a su alojamiento. Los porteadores tomaron las maletas y las siguieron, junto a ellos estaban los dos sirvientes personales. Los sirvientes preparaban a sus amos para acostarse y luego se dirigían a su alojamiento, también allí en el hotel.

Emily, quien a pesar de pertenecer a una familia noble escocesa, nunca había estado en un hotel ni en Bath , pues por acontecimientos del destino nada de eso había sido posible en un pasado que quería olvidar. Por eso, miraba todo asombrada y con la boca abierta: El lujo del lugar, la decoración, las damas y caballeros bien vestidos, circulando por la recepción, pasillos y demás instalaciones.

—¡Ah, Frederick, qué bonito está todo aquí! — Miró alrededor de la habitación, luego salió al balcón y abrió los enormes ventanales de cristal. — ¿Y esa vista? ¡Maravilloso! — Dijo Emily emocionada.

La vista a la que se refería era la Royal Crescent , con sus casas en forma de media luna. Frederick se acercó al balcón, la abrazó por detrás y le habló suavemente al oído para evitar que los sirvientes personales, aún presentes, la escucharan.

— La vista más hermosa de esta noche serás tú desnuda en mi cama....

Se sonrojó un poco, pero a pesar de su cansancio, le encantó la idea.

—¡Frederick, eres terrible! — dijo, actuando encantadoramente.

— Creo que después de tu baño podremos despedir a tu sirvienta personal, yo ya despedí a la mía... — le habló al oído.

—¿No se sentiría ofendida? Después de todo, arreglaste mi camisón para la noche de bodas con tanto gusto... La pobre cree que esta será la primera noche que dormiré contigo... — concluyó con picardía.

— Hmm... Entonces, démosle la satisfacción. Iré al bar a tomar un trago de brandy sólo para dejarte en paz. Después de eso, espérame en la cama. Tan pronto como llegue me daré una ducha rápida y me reuniré contigo.

A la joven le encantó la idea.

— Sí, mi amor.

La habitación era grande y lujosa, tenía una antesala y era allí donde su doncella personal estaba parada esperando las órdenes de la pareja, por lo que no escuchó los susurros en el balcón. Luego, Frederick salió discretamente de la habitación.

Cuando Frederick regresó una hora más tarde, alrededor de las once de la noche, encontró la habitación a oscuras, con una brisa y la luz de la luna entrando por las ventanas abiertas del balcón. Miró la cama y en la penumbra vio a su bella duquesa vestida con un hermoso camisón de seda blanco con detalles de encaje. Sin embargo, al acercarse lentamente, notó que la joven dormía plácidamente, respirando tranquilamente, recostada de costado, con una de sus piernas doblada, dejando al descubierto gran parte de su muslo blanco. Incluso pensó en acariciar lentamente esa parte visible de su muslo, pero decidió no hacerlo, ya que no quería despertarla. Estuvo unos instantes contemplando su belleza y como ella dormía hermosamente pensó que lo mejor era no despertarla, no necesitaba tener prisa, porque ahora ella era suya para siempre.

Que hermosa... Debe estar cansada por el viaje... La dejaré dormir. No necesitamos

apresurarnos, porque ahora eres mía para siempre...

Frederick fue a la antesala, se quitó el abrigo, la camisa, los pantalones y las botas lentamente, ya que no quería hacer ningún ruido. Luego, con el pecho desnudo y solo en ropa interior, se acostó lentamente, uniéndose a su esposa en la cama, tuvo que admitir que él también estaba cansado. Entonces, se giró de lado en la cama, abrazó a Emily por detrás, quien dormía profundamente y se quedó dormido junto a ella. Su luna de miel ya había comenzado desde que subieron al carruaje, pero en medio de la noche...

— Mmm ...

Emily, ingenuamente, todavía casi dormida, se retorcía en los brazos de Frederick. Intentó girar hacia el otro lado, pero atrapada en sus fuertes brazos, sólo podía mover un poco sus nalgas y su cuerpo. Esto hizo que sintiera una deliciosa presión en sus nalgas e instintivamente se amoldara a la presión. Pegado a su cuerpo, Frederick durmió, pero no tan profundamente, solo tuvo que sentir su movimiento que su naturaleza masculina se volvió aún más dura y despertó. Entonces, besó su cuello y la abrazó aún más, sin intención de despertarla, sino sólo para satisfacer su deseo al sentir el calor del cuerpo de su esposa. Sin embargo, ella despertó, mansa, tímida, pero despertó…

—Frederick… pensé que estaba soñando… — dijo, todavía recostada sobre su espalda, con él abrazándola por detrás.

— Debo estar soñando al ver que tengo una diosa en mis brazos... — le dijo coquetamente al oído y comenzó a besar su cuello nuevamente, mientras sus manos acariciaban sus redondos senos a través del camisón.

Frederick, con manos hábiles, guiado por un toque experimentado, desabotonó la hilera de botones en la parte delantera del camisón. Una vez abierta la rendija, colocó una de sus manos sobre su pecho y comenzó a acariciar y mordisquear su oreja. Mientras tanto, escuchó que la respiración de Emily se volvía más dificultosa y la sintió retorcerse aún más, lo que solo hizo que la abrazara con más fuerza contra su cuerpo y sintió que se ponía aún más rígido cuando instintivamente sintió que sus nalgas se elevaban.

— Emily, ¡cómo te amo y te deseo en todos los sentidos! Fuiste hecho para mí...

— Yo también te amo y quiero ser tuya en todos los sentidos... — dijo con voz tímida y sin aliento. No podía ver su rostro, allí desde atrás en la penumbra, pero estaba lleno de deseo.

Luego, no pudo más y, previendo que ella ya estaba bastante mojada, abrió los cordones de su pantalón, sacó su duro miembro, separó un poco uno de sus muslos y allí, de espaldas, la penetró. ella con pasión. Al principio delicado, pero cada vez más acelerado a medida que sentía las señales que daba el cuerpo de Emily y los gemidos. Juntos alcanzaron el clímax y Frederick se derramó dentro de ella una vez más. Luego de eso, permanecieron abrazados hasta que volvieron a quedarse dormidos.

La ciudad de Bath era muy frecuentada, conocida como ciudad turística y de entretenimiento para los ricos y nobles en esa época del año. Entonces, con sus plazas, panaderías, parques, teatros, discotecas, no faltó la diversión. Sin embargo, a pesar de ello, los recién casados apenas salieron de su habitación y participaron poco o nada en los eventos de la ciudad. Todo lo que querían ya estaba allí en la habitación: el uno al otro...

Capítulo 21

Castillo de Keulen , dos meses después...

— ¡Frederick, apuesto a que no podrás atraparme! — Dijo Emily con picardía, mientras tiraba de las riendas del animal.

Ataviada con un vestido de muselina amarillo, un sombrero de flores y botas de montar, Emily montó en su yegua blanca, que el duque le había regalado nada más regresar de su luna de miel. Regresaban de un paseo por el campo a última hora de la tarde y ella lo desafió tan pronto como vio el patio del castillo de Keulen cerca.

— Emily, Emily... ¿Me estás desafiando a una carrera? ¡No seas travieso! Pero como soy un caballero, te dejaré ganar — dijo de buen humor y sonrió.

Frederick vestía pantalones de montar marrones, botas negras y una camisa blanca. Desde que regresaron de su luna de miel en Bath , los dos simplemente estaban felices, la luna de miel prácticamente no había terminado. Sin embargo, ahora no era suficiente quedarse encerrado en la habitación. Entonces, entre las pausas del trabajo de Frederick en la propiedad, compartían gustos como los libros, la música, la equitación y el ajedrez.

Entonces la joven galopó hacia el castillo y Frederick sólo fingió competir. No quería animarla a galopar rápido, ya que era traviesa y temía los accidentes, ya que no estaba acostumbrada a montar.

—¡Gané! ¡Gané! — gritó, levantando un brazo en señal de victoria mientras llegaba al patio del castillo.

— ¡Está bien, está bien! ¡Tú ganas, mi bella amazona! Ahora déjame ayudarte a bajar — dijo el duque mientras desmontaba de su caballo, un corcel negro, junto al de ella.

Emily estaba usando una silla de montar para mujer y no tuvo dificultad para desmontar. Más aún con Frederick, sujetándola por la cintura y colocándola en el suelo. Sin embargo, cuando tocó el suelo se sintió mareado, no podía achacarlo al calor del verano, pues el sol casi se ponía y la tarde presentaba un clima agradable. El caso es que de repente se sintió mareada y con un poco de náuseas. Lo que la hizo rápidamente apoyarse en el hombro del duque.

—¡Emilia! ¿Qué hubo? — Frederick la apoyó y preguntó preocupado.

— No lo sé... de repente me sentí mareada... — respondió ella, desorientada.

Cuando escuchó eso, Frederick automáticamente recordó cuando la difunta duquesa descubrió que estaba esperando a Juliette. La ayudó a sentarse en un taburete de madera cercano y luego se sentó a su lado. Luego, mirándola y tomándole la mano, preguntó.

— Cariño, ¿tus reglas? ¿Llegan tarde? —preguntó amablemente.

Al escuchar eso, Emily se dio cuenta de que tantas cosas estaban sucediendo rápidamente en su vida, a la vez, que no había tenido reglas durante muchas semanas. De hecho, hace casi dos meses.

— Sí...

— ¿Cuánto tiempo?

La joven pensó un poco, levantó la vista, se llevó la mano a la barbilla en señal de que estaba haciendo cálculos mentales y luego respondió:

— Desde aquella primera noche que fui a tu habitación escondida...

Al principio Frederick pareció asombrado, se sorprendió, luego abrió una sonrisa de felicidad.

— ¡Cariño mío! ¡Estás embarazada!

— Eh ? ¿I?

— ¡Sí, claro! Todas esas noches de amor, ¿en qué crees que resultarían? — dijo con una sonrisa amorosa, mientras sostenía suavemente su barbilla con una mano.

— ¡Vaya, Frederick! ¡Esto es maravilloso! ¡Siempre quise ser madre! Ahora tengo a Juliette y un bebé en camino — dijo alegremente, casi llorando de felicidad.

— ¡Sí! Somos una familia completa: ¡tú, yo, Juliette y nuestro bebé! Mi heredero, si es niño, heredará mi título... — Luego la besó apasionadamente.

Pronto la noticia de que la duquesa estaba embarazada se extendió por todo el castillo. Los sirvientes la mimaban en todas partes, ya que todos la querían mucho. A Juliette le encantaba la idea de tener un hermanito o hermanita, era realmente difícil explicarle a la pequeña inteligente cómo vendría al mundo y toda la historia de la cigüeña que lo llevaba en el pico.

Esa misma noche, Frederick se metió algo en la cabeza y apostó a que a Emily le encantaría: volver a pasar un tiempo en Londres. Ya no había ninguna razón para ser el duque amargado y gruñón que se escondía todo el año en un castillo de su finca y sólo iba a Londres por negocios. Así que durante la cena, en la que solo estaban ellos dos en la mesa y los sirvientes atendiéndolos, anunció:

— Emily, querida, he estado pensando en algo desde nuestra boda y ahora con la llegada del bebé aún más.
— ¿Algo? ¿Qué? — preguntó curiosa, evitando mirar el asado, que empezaba a revolverle el estómago.

— ¡Que volviera a ocupar mi mansión en Londres! De hecho, nuestra mansión. Eso si estás de acuerdo, por supuesto.

— ¡Ay, Frederick, me encantaría! ¿Pero por qué decidiste esto ahora?

Frederick, el jefe de la mesa, con Emily sentada muy cerca de su derecha, extendió la mano y tocó su mano que descansaba junto a un cubierto. Luego la miró a los ojos y le dijo:

—Ya no hay razón para ser el duque amargado de antes, que huía del mundo, de la sociedad, porque tú me trajiste la felicidad otra vez —dijo con sus ojos azul zafiro brillando de emoción.

— Amor mío, quién hubiera pensado que un baile secreto, una rueda de carruaje rota y una tormenta unirían nuestras vidas. Debo decirte que también me trajiste una nueva razón para vivir, ¡otra vez la felicidad! ¡Por eso te amo tanto! — dijo emocionada.

— ¡Entonces, organicemos la mudanza! Apuesto que te gustará, tengo una casa estupenda en Mayfair y puedes hacer las adaptaciones que creas necesarias. Además de contar con una asistencia médica más cercana durante todo el embarazo.

— ¡Apuesto a que me gustará! Pero también aprendí a gustarme aquí y creo que podríamos dividirnos en temporadas aquí y en Londres, como hacen otros nobles.

— ¡Gran idea!

— Por no hablar de la educación de Juliette, que durante mi embarazo pudo contar con profesores privados en el propio Londres.

Capítulo 22

Un mes después...

La mansión del duque estaba situada en Park Lane, Mayfair . Era una gran casa de ladrillo rojo de estilo clásico que había pertenecido a la familia desde su abuelo, pero se habían llevado a cabo renovaciones para que la mansión fuera moderna y cómoda desde hacía algún tiempo. Emily no quiso hacer muchos cambios en la casa, ya que le gustó la decoración que encontró. Sólo se cambiaron la cama, la mesa, los uniformes de los sirvientes y algunos elementos decorativos. Su prioridad era la canastilla del bebé, una vez en Londres tendría varias opciones de tiendas donde comprar, empezando por las de Oxford Street.

— ¡Bienvenido a tu nuevo hogar!

Frederick, muy cortés, hizo una reverencia y le indicó a Emily que fuera la primera en entrar a la casa. Entonces, con la mano en el vientre, todavía discreta y sosteniendo a Juliette de la mano, entró lentamente.

— ¡Es hermoso, mi amor! — Ella estaba en el medio de la habitación, girando lentamente su cuerpo por la habitación.
—Me alegra que te haya gustado, ¡tengo una sorpresa para ti! ¿Recuerdas cuando le pedí a un pintor que pintara tu imagen hace un mes?

— ¡Sí, claro! ¡Dijiste que querías retratar mi expresión de felicidad cuando esperábamos nuestro primer hijo!

—Mira hacia la chimenea.

Emily notó que en su emoción, no había notado que encima de la chimenea había una gran tela roja, como si cubriera algo en la pared. Frederick se acercó y lo sacó rápidamente, revelando una hermosa pintura de su cuadro, que decoraba la habitación sobre la chimenea. El mismo pintor que en el pasado había retratado a la difunta duquesa, cuyo cuadro reposaba en la sala del castillo de Keulen .

— Frederick... Es hermoso... — dijo sorprendida, mirando el cuadro.

Todo el día Emily habló con los sirvientes de la casa, dio órdenes, supervisó los pequeños

cambios que había solicitado, miró el dormitorio de la pareja, el de la pequeña Juliette y el del bebé. Esto último, concluyó que si bien los muebles ya fueron comprados y entregados, aún faltaba mucho por comprar en cuanto a decoración y piezas de ajuar se refiere.

Emily, embarazada de tres meses, se sentía de buen humor, salvo algunas náuseas matutinas, su barriga aún estaba muy discreta, pero sabía que cuando comenzara a crecer y hacerse claramente visible, comenzaría su período de encierro. Mientras tanto, al principio le encantaba Londres, tenía una mansión moderna que cuidar, compraba en los grandes almacenes Harding Magazine, visitaba la librería Lackingdon y visitaba los teatros de Covent Garden. Ella que siempre amó el mundo de los bailes y de la sociedad, pero que pasó en él un brevísimo tiempo en Escocia, antes de ir al convento.

La noble pareja pronto llamó la atención de la esnob y selectiva sociedad londinense. Algunos se sorprendieron de que el duque hubiera cambiado su actitud gruñona y antisocial y hubiera vuelto a vivir en Londres y frecuentar lugares. Ahora era una presencia constante en White's . Muchos también comentaron y admiraron la belleza y elegancia de la bella joven que capturó el corazón del Duque y lo transformó en un nuevo hombre. Aunque desde hacía tiempo se sabía que era hija del fallecido conde de Shurtland , un gran noble escocés.
Luego los caballeros y damas de sociedad los recibieron con los brazos abiertos y muchos halagos. El mayordomo estaba ocupado con tantas tarjetas de presentación, nobles dispuestos a visitar la mansión del Duque y damas prácticamente invitándose a tomar el té de las cinco con la Duquesa de Cantrell . Sin embargo, no todos la miraban con tanta simpatía, también estaban aquellas madres que no creían en ninguna maldición y veían al duque como un gran partido para sus hijas en edad de casarse. Así, la joven duquesa despertó simpatía, pero también envidia y curiosidad por conocer más detalles sobre ella.

El tiempo volaba, la pareja ya llevaba tres meses instalada en Londres, Emily ya estaba embarazada de seis meses, ya se le notaba la barriga, su estado de ánimo había disminuido y hacía casi un mes había decidido que era hora de entrar en su período. . de encierro esperando el nacimiento del bebé. A partir de entonces reduciría sus salidas, no asistiría a eventos, bailes y reduciría las visitas de damas al té de las cinco para no cansarse tanto.

— ¡La correspondencia, milide ! — El mayordomo entró a la habitación llevando tarjetas de visita, tarjetas de tiendas y cartas en general en una bandeja de plata.

Emily estaba sentada en el sofá acolchado de terciopelo azul con contornos dorados, llevaba un

vestido de seda color marfil que resaltaba sus ojos almendrados, su vientre ya era claramente visible.

—Gracias, Strunck . — Se acercó y tomó las cartas de la bandeja, colocándolas en su regazo.

— Licencia, milla .

El mayordomo, con su actitud solemne, giró sobre sus talones e hizo ademán de marcharse, pero al darse la espalda se le cayó un folleto. Era como si lo hubiera escondido entre su mano y la bandeja de plata ahora vacía que sostenía. A pesar de su barriga, Emily se agachó un poco y lo levantó del suelo de la sala. Cuando el mayordomo se dio cuenta de lo que estaba haciendo, se asustó.

— ¡No, milide ! ¡No!

La joven tomó el papel, aún sin leerlo, y lo miró con una expresión divertida en los ojos.

— ¡Cálmate, Strunck ! El embarazo no es una enfermedad… — Ella sonrió y luego volvió a mirar el papel.

El mayordomo estaba aterrorizado, pero no creyó prudente arrebatarle el papel de la mano, simplemente se quedó allí, lamentándose mentalmente de lo torpe que había sido al dejar caer aquel folleto de chismes de quinta, resultado de la mala sociedad. .

El diario de chismes, uno de los más leídos por señoras que decían que no les gustaban los chismes, pero que en realidad no se perdían ningún número y ni siquiera sabían a ciencia cierta quién lo escribía realmente. Solo sabía que cada semana había una edición.

Hace unos meses, la sociedad londinense se vio honrada con el regreso de un conocido duque, trayendo consigo una nueva duquesa. Una hermosa joven, perteneciente a la nobleza, pero que nunca había formado parte de la sociedad londinense. La curiosidad se ha apoderado de todos, pero el columnista aquí satisfará su curiosidad: ¿Alguien ha oído hablar de una joven noble escocesa que, después de ser vista en una situación comprometedora en Edimburgo, fue internada por la fuerza en un convento? El caso se conoció como el escándalo del carruaje....

Cuando leyó eso, a Emily se le revolvió el estómago, no podía creer lo que estaba leyendo y lo

cruel que podía ser la gente. Más aún cuando se trataba de cotillear sobre la sociedad y esconderse tras el anonimato. Colocó el papel en su regazo, luego se llevó ambas manos a la cara y comenzó a llorar.

— Mileide , ¡perdón por ser tan torpe! ¡Se suponía que no debías visitar eso! Más aún en tu estado... ¿Quieres algo? ¿Un té? ¿Agua azucarada? — dijo el mayordomo parándose preocupado a su lado.

— ¡No quiero nada! Quiero a Frederick y quiero ir a mi habitación...

— Entiendo, mileide , llamaré a la criada personal que te ayudará y le enviaré un mensaje para que el duque regrese a casa ahora mismo.

Emily fue a su habitación, ayudada por la señora Taylor y se quedó en la cama. Eran alrededor de las seis de la tarde cuando Frederick entró en la habitación, por la mirada de sus ojos ya lo sabía todo.

El duque entró suavemente en la habitación, la iluminación parecía como si la duquesa tuviera migraña. Pero él lo sabía todo, el fiel Strunck le había advertido y le había informado de los hechos. De hecho, al ver el folleto, que el mayordomo recogió y mostró, apretó los puños y dijo que buscaría a los culpables. Pero por ahora prefería cuidar a la duquesa embarazada, luego pensaría en cómo hacer los arreglos.

— Cariño… — Frederick, corrió las cortinas de la cama y se sentó lentamente en el borde.

Emily abrió lentamente los ojos, no estaba durmiendo, solo mantenía los ojos cerrados tratando de olvidar ese mundo de gente cruel y crítica. Tenía los ojos hinchados de tanto llorar cuando lo miró.

— Frederick... Ellos... Un periódico de chismes...

— Silencio…. — Afectuosamente colocó su dedo índice sobre su boca. — Ya lo sé todo, tomaré medidas, pero por el bien de nuestro hijo quiero que no le des tanta importancia a este hecho.

—Es tan difícil, todavía me juzgan por algo que cae por inocencia... Fui más víctima y no culpable...

— Es el mal lenguaje de la sociedad, querida, una de las razones que me hicieron sentir la necesidad de pasar un tiempo recluido fuera de Londres. Hasta que te encontré y ya no me importaron… — habló con cariño mientras acariciaba tu cabello y tu frente.

— Ahora te entiendo... Frederick, ¿puedo preguntarte algo?

—¡Por supuesto, mi amor! Lo que quieras.

— Faltan sólo unos tres meses para que nazca nuestro hijo. Entonces, quiero volver al Castillo de Keulen y esperarlo allí, lejos de la maldad de esta gente...

—¿Está seguro?

— ¡Sí! Cuando nazca nuestro hijo y pase el período de confinamiento, regresaremos y seré más fuerte para afrontar este tipo de cosas.

— Así que mañana empezaremos a hacer las maletas para volver a irnos una temporada al campo. — La besó en la frente y se levantó de la cama, se iba a lavar para cenar.

Emily observó a Frederick de espaldas en medio de la habitación, a punto de irse y pensó en lo afortunada que era, tenía un marido rico, guapo y noble que la amaba, tal como ella lo amaba a él.

— Frederick… — lo llamó nuevamente y él se acercó a la cama, sentándose nuevamente en el borde.

— ¿Para ti también seré siempre la chica del escándalo del carruaje? — preguntó tímidamente.

— Para mí, siempre serás la chica del baile, la chica más hermosa que jamás haya tenido en mis brazos. La mujer que transformó mi vida... ¡Te amo!

Luego, se acercó aún más y le dio un beso largo, tierno y apasionado.

Capítulo 23

Tres meses después...

— ¡Por favor, más toallas y agua caliente! — La partera en medio de la habitación dio órdenes a las criadas, mientras regresaba al lado de la cama de la duquesa.

— ¡Sí, señora! — Una de las jóvenes sirvientas salió de la habitación corriendo hacia la cocina.

Emily, en la cama y empapada de sudor, sintió los últimos dolores del parto. Aunque la experimentada partera ya había traído al mundo la mitad del ducado, las cosas no iban tan bien como esperaba. Afuera azotaba una tormenta, dentro de la habitación se oían ráfagas de viento, incluso con las ventanas cerradas. Además, truenos y relámpagos cortaban el cielo e iluminaban la habitación a través de la ventana con las cortinas entreabiertas. La duquesa Emily gimió de dolor y se retorció en la cama. Si era niño, un futuro Duque de Cantrell estaba a punto de venir al mundo. En cuanto a Emily, ¿sería otra duquesa víctima de esta maldición?

Mientras tanto, en la sala principal, cerca de las escaleras que conducían al piso superior, donde estaban los dormitorios, Frederick, nervioso, caminaba en círculos, casi dejando marcas profundas en el suelo con sus botas negras. Tocó con impaciencia la campana de plata para llamar al mayordomo.

—¿Qué desea, excelencia?

— ¡Quiero que me traigas una maldita botella de brandy y la dejes aquí en el taburete al lado del sofá! ¡Una dosis o dos ya no me bastan!

—Y lo entiendo, Alteza, se lo traeré.

El mayordomo, sin perder su habitual elegancia, salió de la habitación con pasos apresurados. Frederick se sentó en el sofá, bajó la cabeza y puso ambas manos sobre ella, en señal de preocupación. Luego metió la mano en el bolsillo del pantalón, sacó un reloj de oro y miró la hora.

Son casi las seis de la tarde, ¡Emily ya ha estado sintiendo el dolor desde el comienzo del día! Tan parecido al nacimiento de Caroline... ¡Por Dios, no! No me quites a Emily, no podría soportar perderla...

En ese momento, Frederick ya se culpaba por no haberse quedado en Londres, donde la duquesa habría tenido un parto mejor asistido por médicos y hospitales. Sin embargo, fue idea de Emily dar a luz en el campo, donde, según ella, sería más tranquilo para ella y el bebé en el refugio. Además de ningún chisme de la sociedad, que tanto le dolía.

De repente apareció una criada en lo alto de las escaleras y gritó:

— ¡Nacido, Su Excelencia!

Frederick se levantó del sofá y subió corriendo la gran escalera de madera oscura, dirigiéndose al dormitorio de la pareja. Cuando Frederick llegó a la puerta del dormitorio, la abrió lentamente, la habitación tenía una atmósfera pesada, un silencio roto sólo por el llanto de un recién nacido. De pie junto a la cama, la partera sostenía a un bebé en su regazo, envuelto en una manta de lana blanca bordada con el escudo familiar. Luego, al ver entrar al duque, la partera se adelantó hasta el centro de la habitación para mostrarle el bebé.
— ¡Mire, Su Excelencia! ¡Es un niño! ¡Tienes un heredero! — Habló la mujer, emocionada, pero en el fondo su voz y expresión intentaban disimular preocupación, algo que el duque pronto notó.

Frederick, sin siquiera responder, fijó su mirada en lo que veía en la gran cama de la pareja, hizo una señal de basta con la mano, cruzó rápidamente la habitación y se paró junto a la cama. La partera entregó el bebé a un sirviente y se acercó al duque. Tumbada en la cama, con los ojos cerrados, inconsciente, Emily yacía exhausta, con el rostro bañado en sudor y respirando entrecortadamente.

—¿Qué hubo? ¿Cómo está mi esposa? — El Duque, al ver el estado de la Duquesa, puso su mano en el hombro de la partera, con los ojos saltones y nerviosismo.

— Excelencia, cálmese, su hijo es un niño hermoso y saludable...

— ¡Estoy feliz con eso, pero en este momento para mí lo más importante es la duquesa! — dijo, nervioso, mientras veía a Emily inconsciente en la cama.
La partera le puso la mano en la muñeca, la sintió débil, le puso la mano en la frente, sintió que la temperatura estaba muy alta.

— Lo siento, Alteza... Hice lo que pude, traje a su heredero al mundo, pero la señora Duquesa está débil y arde de fiebre... Fiebre de la que he visto sucumbir a muchos...

Frederick miró a la duquesa con ojos llorosos y luego a la partera con expresión asustada en el rostro.

— ¡Yo también debería haber llamado a un médico! — Miró hacia la ventana y vio que afuera la tormenta aún ardía. — Pero ahora ¿qué médico llegaría a tiempo con esta tormenta? ¡¡Maldición!! — Se puso la mano en la cabeza y miró a la partera, mientras Emily permanecía con los ojos cerrados, ajena a todo.

Los ojos de la partera se abrieron como platos, parecía encontrar el valor para hablar.

— Lo siento, Alteza, pero eso es todo: La Maldición....
Al escuchar eso, el Duque sintió que su corazón se aceleraba de miedo, sus piernas se sentían pesadas. Un relámpago atravesó el cielo e iluminó la habitación, las luces del candelabro no eran tan brillantes. La agresión verbal que esperaba la partera al mencionar la maldición no llegó, pues el duque sólo atinó a salir, desorientado, y cerrar de un portazo la puerta del dormitorio sin decir nada más.

— ¡Su botella de brandy, Su Excelencia! — dijo el mayordomo cuando se encontró con el duque en la habitación.

—¡Mándalo al infierno! ¡Quiero mi caballo, mi corcel negro!

El mayordomo notó que estaba molesto y que no había ningún signo de lucidez en sus ojos.

— ¿Montar de noche, con esta tormenta? Su Gracia.

— ¡Sí! ¡Dile al valet que quiero el vendaval en el patio ahora mismo! — Entonces, Frederick, salió por la puerta principal del castillo hacia el patio, como si esa horrible tormenta no estuviera cayendo afuera.

El caballo le fue entregado en medio del patio bajo espesas gotas de lluvia y ráfagas de viento, el sirviente no pudo cuestionar las órdenes, pero él y el cochero se quedaron mirando hacia otro lado, prediciendo lo que había sucedido: la duquesa Emily había dado a luz. Estaba a punto de morir como la duquesa Carolina y el duque se había vuelto loco, había perdido la cabeza.

Cuando Frederick, un corcel de pelaje negro brillante y extremidades fuertes, entró en el vendaval, se quedó quieto durante unos minutos sin saber qué haría. Debería ir a buscar un médico, pero si ese fuera el caso, simplemente tendría que enviar un sirviente a buscarlo, pero con la duquesa Carolina había hecho lo mismo y no sirvió de nada. Entonces, vino a su mente lo que dijo la criada sobre la maldición, algo que nunca creyó realmente, pensó que era más plausible pensar que todo era una coincidencia, pero en un acto de desesperación, galopó rápidamente, bajo fuertes gotas de lluvia. , hacia el acantilado en la playa...

Si la maldición realmente existe, al menos el perdón y la súplica pueden aliviarla...

Al llegar a la playa, Frederick galopó hacia el acantilado, durante unos minutos permaneció sentado en su caballo, mirando el mar desde lo alto del acantilado. La tormenta había convertido el lugar que en condiciones normales solía ser tan hermoso en algo oscuro y lúgubre. La noche era oscura sin la luna en el cielo, el mar estaba agitado, apenas se veían las olas, pero se escuchaba su ruido, junto con las ráfagas de viento. Truenos y relámpagos atravesaron el cielo sobre el mar y fueron los que iluminaron el acantilado. Entonces, Frederick se bajó del caballo, se alejó un poco y se dirigió justo al centro de la losa de piedra oscura. Cualquiera que lo mirara desde lejos pensaría que estaba loco, dispuesto a saltar, pero esa no era su intención. Luego, con los brazos abiertos en forma de cruz, como si estuviera convocando a alguien y con la ropa empapada, comenzó a gritar fuerte hasta hacer eco:

— ¿Hay alguien ahí??? ¡Tú! ¡Aparecer! ¡Soy Frederick Oliver de Blackmore , último duque de Cantrell !

Luego, entre lágrimas, se arrodilló en el mismo lugar, bajo la lluvia aún fuerte.

— ¡Si puedes oírme, te pido perdón! ¡Perdón por la injusticia y el dolor que os causó mi antepasado! ¡Sé que sufriste, pero ahora también sé justo y libre de esta maldición de alguien que no te hizo ningún daño!

La lluvia siguió cayendo, pero un poco menos fuerte y los vientos un poco menos fuertes.

— ¡En nombre de todos los duques de Cantrell , os pido y pido perdón! Libéranos para amar y ser amados....

Entonces, después de decir eso, se llevó una mano a los ojos, se secó una lágrima, pero no hizo ninguna diferencia en un rostro bañado por la lluvia, y se puso de pie. Seguía de pie unos instantes en el mismo lugar, contemplando el mar, la furia de la naturaleza, pero que parecía estar más tranquila y se preguntaba si estaba en su sano juicio, haciendo lo que hacía. Después de eso, subió a su caballo, lo montó y caminó lentamente de regreso a casa, estaba profundamente triste y desanimado, temía llegar al castillo y ser recibido con la noticia de la muerte de Emily. En el camino, que no fue largo, la tormenta se detuvo milagrosamente y se convirtió en una fina llovizna, una llovizna. Sin embargo, apenas se dio cuenta, estaba muy triste y desanimado.

Epílogo:

Frederick detuvo su caballo en medio del patio del castillo y desmontó, tenía la ropa empapada. Sin embargo, la fuerte tormenta amainó durante el camino de regreso y ahora se había convertido en una ligera llovizna. Aún desorientado, pasó una de sus manos por su cabeza, su cabello negro, sus sedosos rizos se habían convertido en cabello lacio, un ligero mechón cayó bajo sus ojos y lo apartó. Un paje vino a darle la bienvenida, tomó el caballo, pero notó que el duque estaba extrañamente atónito y ya sabía por qué, tenía que ver con el nacimiento de la duquesa y la maldición que él, como nativo del lugar, había oído hablar desde entonces. él era un niño.

— Yo me ocuparé del caballo, Su Excelencia.

Frederick ni siquiera respondió, solo levantó la vista y fijó su rostro en una de las ventanas del dormitorio, en el piso superior, que estaba iluminada.

¡Por el amor de Dios Emily, no me dejes! ¡Tú no, mi amor! Otra vez no...

Luego, con pasos firmes y botas embarradas entró al castillo con paso firme. Atravesó los enormes y bien decorados pasillos del castillo de Keulen , hasta que se detuvo petrificado al ver aparecer en lo alto de las escaleras, eufórica, al ama de llaves, que también estaba ayudando en el parto. Eso dejó a Frederick, con los ojos desorbitados, el corazón acelerado y las piernas pesadas al mirar hacia arriba.

— Excelencia, está toda embarrada y mojada... — Se detuvo e hizo el comentario al notar la apariencia del duque.

Frederick, desde el centro de la habitación, la miró con ojos azules llameantes, apretó el puño y la mandíbula y habló, tratando de prepararse para lo peor:

— ¡No, importa cómo luzco! La señora parecía traer noticias importantes, así que díganme, ¡estoy esperando!

La mujer lo miró, luego levantó ambos brazos agitándolos, por el momento olvidó los protocolos, que era una de las doncellas del castillo y estaba hablando con su amo.

— ¡La duquesa, majestad!

—Qué pasó con la duquesa...

— ¡La fiebre desapareció, junto con la tormenta! ¡Está despierta y consciente, sosteniendo a su heredero en su regazo! ¡Parece un milagro!

Entonces, al escuchar eso, Frederick subió corriendo las escaleras, casi derribando al ama de llaves en la cima. El largo pasillo con cuadros de sus antepasados le pareció kilómetros de largo, hasta que llegó al dormitorio de la pareja y abrió la puerta de una vez por todas. Una vez dentro de la habitación, cruzó la habitación hipnotizado por la escena que tenía ante sus ojos, hasta el punto de no notar la presencia de la partera aún en la habitación.

— ¡Su Excelencia! ¡Mira qué milagro! — habló la mujer, frente a él, con ambas manos cruzadas en señal de oración. Pero, en silencio, pasó junto a ella.

Tumbada en la enorme cama doble, bajo las sábanas de satén color crema y con las cortinas del dosel abiertas, la duquesa Emily descansaba sobre las almohadas, con un bebé en su regazo, amamantando. Estaba cansada, pero su rostro parecía feliz y saludable. Frederick se acercó lentamente y se sentó en el borde de la cama, justo al lado de ella y su hijo.

— Mi amor... ¿Te sientes mejor? — preguntó suavemente, mientras le acariciaba el cabello y la miraba a los ojos.

— Sí, mi amor. ¡Mira a nuestro hijo, qué hermoso es! Su heredero, el futuro duque de Cantrell —habló apasionadamente, mientras lo miraba a él y luego al bebé que mamaba de su pecho.

Frederick le dio un beso en la frente y luego miró a su hijo, acariciando torpemente la cabeza del bebé.

— ¡Hijo mío! Nuestro hijo... Se llamará Edward Oliver de Blackmore — Dijo emocionado.

— Hmm … me gustó el nombre. ¿Quieres conseguir algunos?

— No mi amor. Es tan frágil que tengo miedo... De hecho, no soy una fortaleza, tengo mis miedos y hoy me enfrenté al más grande: ¡perderte por la maldición!

— Lo entiendo amor, cuando tenga unos días más te ayudaré a tenerlo en tus brazos.

— ¡Está bien! ¡Conjunto!

Frederick se sentó en el borde y cerca de ellos, casi recostado sobre las almohadas en la cabecera de la cama, mirándolos con ojos azules brillantes de emoción y pasión.

— Moriría si te hubiera perdido por la maldición de los duques de Cantrell , pero creo que mi apelación y mi petición de perdón acabaron con la maldición.

—¿Y qué hiciste? — preguntó curiosa.

—Nada, mi amor, te lo cuento otro día. Era el llamado de un hombre enamorado arrodillado en medio de la tormenta. La tormenta que la trajo un día parecía haber regresado para alejarla de mí...

— Frederick... — dijo asustada.

— Ahora está bien — la consoló.

— ¡Sí, lo es! Sepan que nunca tuve miedo de estos rumores, porque para mí ninguna maldición es más fuerte que el amor puro y verdadero.

Entonces, mientras decía esto, todavía con su hijo en su regazo y acostado, ambos se miraron e intercambiaron un largo y apasionado beso.

Carta del autor:

Queridos lectores,

Karen Heifer era mi seudónimo. Soy un autor brasileño, de Rio Grande do Norte, al que le encanta vivir en Natal, la Ciudad del Sol. Soy licenciada en Pedagogía y Ciencias Contables, pero actualmente escribir novelas es mi principal actividad. Mi escritura está influenciada por viejas revistas Sabrinas de los años ochenta y algunas novelas de época. Empecé a escribir cuando tenía diez años, confieso que leí muchas revistas de Sabrinas , Julias , Biancas a esa edad. Sin embargo, no fue hasta los dieciséis años que logré escribir mi primera novela a mano en un cuaderno y la conservé. Entonces, fue sólo años después con la evolución de la tecnología y la llegada de Amazon que fue posible publicarlo. Él es el elegido del magnate, de la serie Matrimonio arreglado (anteriormente El multimillonario y el huérfano).
Espero que hayas disfrutado de la serie Cramptons , hay otros libros de la serie publicados aquí en Amazon . Si no te ha gustado te pido disculpas, porque sigo siendo un autor en constante evolución, intentando mejorar día a día.

Conoce un poco más de la autora a través de su Instagram : @autorakarinabezerra .

Cordialmente
Karina Bezerra

Descubre otros libros de la serie.

Los Crampton :

Una nueva condesa (Los Crampton 02):

Edimburgo, Escocia, 1815:

Richard Crampton , conde de Shurtland , joven, rico, guapo, no pensaba en casarse pronto. A pesar de saber que algún día necesitaría un heredero del título. Sin embargo, no contaba con un acuerdo de caballeros que había hecho con un amigo, durante una noche de fiesta en una taberna, cuando aún era un adolescente...

Así, pasaron los años y cuando Richard regresó uno En una noche lluviosa, cansado del viaje, el mayordomo lo esperaba con cara de quien ha visto un fantasma:

"Disculpe, señor, tiene visita..."

"¿Visitas? Estoy cansado, solo ¿Quién vendría a visitar a alguien en una noche como ésta?

"Una joven que se hace llamar su prometida..."

"¿Estás loca? ¡No tengo ninguna prometida!"

"Disculpe, mi señor, pero ¿ha estado haciendo falsas promesas a alguna doncella?"

Richard Crampton apenas podía creer lo que escuchó y entró en la mansión. Entonces, se sorprendió al encontrar en su sala de estar a una hermosa joven rubia, vestida toda de blanco, tan hermosa que parecía más una aparición celestial, más aún toda de blanco. A su lado, un gran cofre de madera descansaba sobre la alfombra.

Lady Madeleine Taylor, al borde de la muerte por el accidente con el carruaje que la llevaba hacia su prometido, sugirió a su doncella personal y amiga que cambiara de lugar con ella, ya que su prometido nunca había visto un cuadro suyo, el los nombres eran los mismos y ella era refinada como una dama; Su doncella inicialmente pensó que era una locura que no podía aceptar. Sin embargo, ante la insistencia de la joven, además de la posibilidad de pasar de

sirvienta a condesa, decidió correr el riesgo. Cuando vio al conde Richard Crampton quedó encantada por su belleza y virilidad. Sin embargo, ella no contaba con las trampas del destino y las intrigas que podrían surgir de todo esto…

Un amor prohibido (Los Crampton 03):

Edimburgo, Escocia, 1817:

"Los caminos que nos llevan al amor no siempre son los apropiados..." (Capitán Roberth Cliff Voldstok)

"Prohibidos a mí, prohibidos el uno al otro..." (Lady Eugenie Crampton)

Lady Eugenia Crampton , la menor de los Crampton , siempre soñó con participar en la temporada social de Londres, como su hermana Beatrice, y encontrar su gran amor para casarse. Sin embargo, no contaba con el hecho de que un golpe en la salida de la modista podría revelar al caballero de sus sueños allí mismo, en Edimburgo.

El capitán Robert Cliff Voldstok , el hijo menor del difunto barón Voldstok , un apuesto joven caballero acababa de regresar a Edimburgo. Recién llegado de las colonias, tras el fin de la guerra, no buscaba precisamente una joven con quien casarse, pero cuando se topó con aquella joven pelirroja, de ojos azules que parecía más bien un hada, quedó encantado y Sólo quería

saber dónde podía encontrarla para poder conseguir permiso para cortejarla.

Sin embargo, con lo que no contaban era con que ese amor estaría prohibido por todos y sin derecho a revelar una buena razón para ello. Por eso, deciden luchar para estar juntos...

Un acuerdo nupcial (Los Cramptons 04):

Londres, Inglaterra, 1815:

"¿ Nuestra habitación? ¿Solo una habitación? Vaya... ¡recién ahora me di cuenta de que tendremos que compartir habitación! Por Dios... debería haber añadido esta tercera condición a nuestro acuerdo: Dormitorios separados durante la luna de miel..." (Lady Beatrice Crampton);

"Parece un ángel… ¡no hombre, no pienses así! Sería una blasfemia imaginar un ángel con un trasero tan hermoso y atrevido..." (Lord Anthony Scott)

Lady Beatrice Crampton cumplió dieciocho años, llegando a la edad de debutar y participar en su primera temporada social en Londres. Su hermano, el conde Richard Crampton , la envió a Londres al cuidado de su hermana mayor, la duquesa Emily Crampton , y le advirtió que vigilara a su hermana, no fuera a meterse en problemas y ver su reputación empañada durante mucho tiempo. su primera temporada social. señora breatrice Crampton es una preciosa joven de

dieciocho años, guapa, de buena familia y que tiene muchas posibilidades de conseguir un buen pretendiente esta temporada. Sin embargo, la joven no quiere casarse tan pronto, sus planes son tener un trabajo primero, ella ni siquiera quiso participar en la temporada y solo estuvo allí ante la insistencia. de tu hermano.

Caballero Antony Scott es un conocido libertino, joven, guapo, rico y noble, una buena pareja que nadie ha conseguido atraer hasta el momento. Porque el matrimonio no estaba en sus planes. Sin embargo, todo eso cambia cuando compromete la reputación de la cuñada de su amigo el duque de Cantrell , nada menos que Lady Beatrice. ¿Entonces? ¿Cómo terminará esta historia?



Una nueva condesa@2021.Todos los derechos reservados.

Obra protegida por la Ley 9.610 de 1998 (Leyes de Derecho de Autor).

Queda prohibida la reproducción libre o comercial de esta obra sin la autorización del autor. Queda prohibida la reproducción parcial de la obra, incluso gratuitamente, sin el debido crédito. **Una nueva condesa (Los Cramptons-02)** es una obra de ficción, cualquier parecido con personas o hechos reales es pura coincidencia.

El plagio es **un DELITO**

Sigue a la autora en sus redes sociales:

Instagram : @autorakarinabezerra
Email : Autorakarinabezerra@gmail.com

Resumen

Carta

La Dama de Blanco

Conde Richard Crampton

La oportunidad:

Capítulo 01

Capítulo 02

Capítulo 03

Capítulo 04

Capítulo 05

Capítulo 06

Capítulo 07

Capítulo 08

Capítulo 09

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32
Capítulo 33
Epílogo
Carta del autor:
Descubre otros libros de la serie
Los Crampton:

La carta

Estimado amigo,

Si esta carta llegó a tus manos es porque ya no estoy entre los vivos. En el pasado éramos grandes amigos y lo sigo considerando así hasta el día de mi muerte. Es una pena que mis andanzas por el mundo en busca de hacer fortuna fuera de Inglaterra y recuperar el dinero que alguna vez poseyó mi noble familia, me hayan privado de su amistad. Sin embargo, a través de esta carta quiero exigir y reafirmar el pacto que hicimos en el pasado, donde cuidaríamos de los hijos de cada uno, si sucediera algún imprevisto. Apuesto a que pensaste que era una broma de borracho en una taberna, yo el hijo de un noble en quiebra y tú el futuro conde, ¿verdad? Bueno, no lo fue... Y fuimos aún más lejos: Como libertino, no pensabas casarte tan pronto y dije que daría a mi primera hija para que fuera tu esposa.

Entonces logré hacer una fortuna, pero no me casé. Sin embargo, os envío mi mayor tesoro: Madeleine, mi única hermana. Te pido que la cuides bien y sé que lo harás. Sólo te pido perdón por haber sembrado en tu cabeza llena de sueños desde temprana edad que yo era tu novia... porque, sin parientes cercanos, fue la manera que encontré para pasarle mi herencia a mi mejor amigo y quién sería. Ciertamente cuidaré a mi única hermana mejor que nadie.

Señor Rodolph Taylor

La dama de blanco

Londres, 1815.

El carruaje de alquiler recorría la orilla del río Támesis, en su interior, una bella joven vestida toda de blanco, intrigaba al cochero. ¿Quién era esa señora, tan bien vestida, elegante, probablemente soltera, que haría un viaje tan largo, casi sola, sólo con su joven doncella personal? Lo contrató para llevarla a Edimburgo en Escocia, llevaba un gran baúl de buena calidad, pero primero pidió pasar por la orilla del famoso río Londres. Vestía de blanco de pies a cabeza: vestido de seda, guantes, gorro, velo sobre el rostro y en su delicada mano un pañuelo con el que secaba discretas lágrimas que corrían por su bello y angelical rostro. Por un momento, debido al velo y al pudor, el cochero pensó que parecía una dama de luto. Sin embargo, ¿todo de blanco? ¿El color utilizado normalmente no sería el negro?

— ¡Por favor, señor, deténgase! ¡Aquí está bien! – La joven dio la orden inesperada. El conductor tiraba de las riendas tan rápido que se podía oír el sonido de los cascos de los caballos frenando contra el suelo.

— ¿Le gustaría bajar del carruaje, señora? – Miró hacia atrás y preguntó suavemente. Hasta entonces, pensaba que el paso por la orilla del río sería sólo para admirar. Una especie de despedida.

— Señorita, Lady Taylor, por favor. Sí, pero sólo necesito unos minutos y luego seguiremos nuestro camino. Quiero llegar a Edimburgo lo más rápido posible. – La joven habló con decisión, el cochero encontró todo inusual, pero prefirió ser discreto.

¡Oh! ¡Esta es una Dama, una mujer noble! Bueno... las chicas bien nacidas no suelen andar así casi solas. Sin embargo, estas modernidades de hoy...

El hombre bajó lentamente del carruaje, miró al cielo y agradeció que fuera una mañana tan hermosa, con tan buen clima, ideal para viajes largos. Luego se dirigió a la puerta, colocó el escalón y la abrió para ayudarla a bajar. Luego, muy elegantemente, bajó del carruaje, con su doncella sujetando las faldas de su vestido de seda. Sin levantar el velo que cubría su rostro, aceptó su ayuda y bajó. Fue entonces cuando se dio cuenta de que había algo parecido a una botella dorada en una de sus manos. Se quedó allí junto al carruaje y la observó a ella y a su doncella acercarse a la orilla. Aunque era verano y las competencias de remo ya habían comenzado, el río no tenía un aroma muy agradable, pero el lugar estaba tranquilo.

— Querido hermano, aunque pasamos muy poco tiempo juntos, siempre sentí tu presencia a través de tus cartas. Me sentí cómoda y protegida sabiendo que hasta la distancia velaba por mí. Ahora ya no estás... pero sé que hasta el último momento te preocupaste por mí, porque me dejaste apoyado y seguro. – Habló suavemente la joven, mientras miraba las aguas del río y sujetaba con fuerza la botella contra su pecho. Luego levantó el brazo en alto y arrojó la ampolla de oro a las aguas del Támesis.

— ¡Descansa en paz mi hermano! estaré bien...

Después de hacerlo, la joven caminó lentamente de regreso al carruaje. El cochero dijo reverência,que era una Señora y abrió la puerta. Subió lentamente el escalón, luego su doncella la siguió de cerca, ambas tenían edades similares y parecían llevarse bien. Luego se sentó en el asiento acolchado y dio la orden.

— ¡Podemos irnos!

Conde Richard Crampton

Edimburgo, Escocia, 1815.

En la habitación en penumbra, una suave brisa entraba a través del gran ventanal de cristal y agitaba las cortinas entreabiertas. La noche era placentera, acostado de costado en la cama, usando su brazo doblado para sostener su cabeza con una mano, el Conde Richard se deleitaba con una vista aún más placentera: Berta, su amante exclusiva, completamente desnuda, acostada medio boca arriba. él, en la cama con las sábanas sucias, se recuperaba de una noche deluxúria.

Delicioso...

Eso es lo que pensó Richard mientras miraba esas nalgas blancas, extendió la mano y trazó la seuforma con la punta de su dedo índice. Pensó que sus nalgas parecían dos peras, dos peras grandes y deliciosas. Luego, al sentir el contacto familiar de su amante, la dama se dio vuelta en la cama, con su largo cabello rojo suelto, enredándose alrededor de su cuerpo desnudo.

— Richard... – Ella sussurrou toda lânguida, e lo miró en la penumbra.

— ¿ Estar cansado? – Preguntó, con voz ronca de deseo, cuando sintió que algo subía y ya apuntaba debajo de su ropa.íntima.

— Nunca me canso de deusted, mi señor … — La mujer ahora a su lado, mirándolo más, se acurrucó y acarició su musculoso pecho.

Luego, la atrajo hacia él con furia, la besó quente,hasta el punto de sentir su esencia más profunda. Luego se deshizo de los pantalones que llevaba y la colocó sentada encima de él.

— ¡Sin parar! – ordenó.

Ella obedeció como siempre, con una mezcla de luxúriasumisión.

— ¡ Mi señor, estáhoy está de muy buen humor! Me gusta así… más aún con este viaje que nos separará por unos días … – Habló con voz entrecortada, mientras subía y bajaba con movimientos rítmicos.

Mientras isso, Richard,se deleitaba con la vista de aquella Afrodita de pelo longos e vermelhos,a quien comparaba con una de esas mujeres das de la pintura.s renascentistas. El cuerpo subía y bajaba, los pechos redondos saltaban al ritmo de sus movimientos, entreaberta,su boca, en éxtasis, susurraba palabras cariñosas en galés y pensaba que no las entendía. Él fingió no entender, ya que la relación entre ellos era puramente carnal y él siempre se lo dejó claro. Pero con el tiempo, sospechó que ella se había enamorado, no lo confesó, pero el hecho de que dijera que no tenía intención de casarse con ninguna mujer casadera en el corto plazo le dio cierta

esperanza de que todo entre ellos duraría para siempre. Algo que Richard no podía predecir ni prometer.

No amaba a Berta, pero era un hombre viril y ella le daba placer como nadie. Sintió la necesidad de pasar noches de lujuria y placer, pero prefería tener un amante estable. No le gustaban los burdeles, tenía miedo de algunas enfermedades, como la sífilis, a la que algunos llamaban *la enfermedad francesa* . Además de ser más acorde con su posición social, mantener a un amante así en un chalet discreto, como hacían tantos otros como él. Probablemente se casaría al menos algún día para tener un heredero, su hermana mayor, Emily, incluso había insinuado que ya era hora...

— Mi señor, *Cariada* . – gritó al llegar al clímax y Richard la atrajo hacia él, envolviéndola en sus fuertes brazos, donde su cuerpo acunado temblaba protegido. En cuestión de segundos avanzó y ambos sudorosos alcanzaron la cima del placer prácticamente juntos...

Luego, cuando se recuperó...

— Oye, necesito viajar para solucionar unos problemas en mi condado, no quiero tardar más de dos días, pero dejaré dinero para los gastos habituales y cualquier emergencia.

Ella simplemente estaba agotada y asintió, antes de descansar sobre su hombro y abrazarlo por unos minutos. Después de eso, se vistió, se despidió y se fue, como de costumbre.

mansión Crampton , Richard pensó en su vida. No era un santo, pero tampoco se consideraba un libertino, aquel que arruinaba a doncellas y tenía aventuras con mujeres casadas. Prefería una viuda discreta, una cortesana exclusiva y discreta, para que no le dolieran ni su conciencia ni sus principios. Después de todo, él era responsable de dos hermanas solteras y no se sentía cómodo haciéndoles a las damas nada que no quisiera que le hicieran a sus hermanas solteras en edad de casarse.

Richard había estado pensando recientemente en su vida, no estaba pensando en casarse tan pronto, pero necesitaba un heredero. Sin embargo, ¿era esta falta de entusiasmo por el matrimonio porque aún no había encontrado una chica que tocara su corazón? Mientras tanto, por su virilidad, su temperamento ardiente, llevaba casi dos años manteniendo esa conexión con Berta. Pero, quien dejó claro que algún día se rompería, no la amaba sino el placer que ella le daba, además de su belleza física.

La oportunidad:

Unos días después...

— ¡Por favor, señor! Necesitamos llegar a Edimburgo antes de que oscurezca, ¡mira la tormenta que está a punto de azotar! – Lady Madeleine Taylor, asomó la cabeza por la ventanilla, sostuvo su sombrero contra el viento con la mano, comprobó el tiempo y luego le gritó al cochero.

— Señorita, lo siento, ¡pero estoy haciendo lo que puedo! Aunque los caballos están descansados, el camino no está en buenas condiciones, no es aconsejable correr tanto.

Su joven doncella personal, que casualmente también se llamaba Madeleine, con una expresión asustada en su rostro, trató de contener a su ama. Vestida, no con uniforme, sino con ropas más sencillas que las de su ama, era igual de hermosa y refinada. Gracias a su astucia, siempre que podía observaba las clases de etiqueta que se impartían a las señoras del internado.

—El cochero tiene razón, señorita. No es aconsejable correr tanto, podría ocurrir un accidente. – Sentada frente a ella, dentro del carruaje, la criada habló con cautela.

Sin embargo, la conversación fue abruptamente interrumpida. El ruido de los caballos relinchando, frenos frenando, sacudidas del carruaje, gritos del cochero con intención de controlar la situación, se apoderaban del ambiente. El tiro de caballos había sido asustado por una serpiente en el camino y debido a la velocidad el conductor perdió el control.

— ¡Ay dios mío! ¡Ayuda! – La criada se tapó la boca con la mano.

— ¡Dios mío! – Señora Madeleine

— ¡Dios mío! ¡Agarraos fuerte señoras!

Esas fueron las últimas palabras, antes de que el carruaje se volcara, la puerta apenas cerrada se abrió y ante toda la confusión que se vivía dentro del vehículo, Lady Madeleine salió despedida y fue golpeada de lleno en el pecho por la rueda trasera del carruaje. . El cochero logró saltar a tiempo del asiento del conductor y la angustiada doncella salió rápidamente por la puerta del carruaje ya volcado. Todos resultaron ilesos, a excepción de la joven noble que tirada en el suelo sobre el camino de terracería, con chorros de sangre corriendo por su boca y nariz, parecía acercarse al final, por su forma de hablar, como si estuviera tomando sus últimos alientos.

La doncella, todavía aturdida, pero sin moretones, se encontró aterrorizada por el estado de su amada ama. El cochero que estaba a su lado intentó ayudar tanto como pudo.

— Por amor de Dios, jalémosla desde abajo, la rueda del carruaje le dio en el pecho, ¡está muy herida! – La criada angustiada habló y señaló junto a la joven que yacía en el suelo de tierra, casi con el pecho aplastado.

—¡Por supuesto, señorita! El carruaje pesa, ¡hago lo que puedo! – Habló angustiado el cochero, mientras con ambos brazos intentaba mover el vehículo.

Finalmente, los dos lograron mover un poco la rueda del carruaje y dejar a la joven todavía tirada en el suelo, pero sin nada encima que la asfixiara.

—Mada ...Madeleine ...

— Estoy aquí señorita, por favor no hable. Estás muy dolido, pero el cochero llamará a un médico del pueblo y yo te haré compañía. ¡Ahora déjame desabrocharte la ropa, aflojar este corsé para que puedas respirar mejor!

— No… escucha… siento que no tengo mucho tiempo. – La joven habló con voz débil y chorros de sangre corriendo por la comisura de su boca. – Sabes que no me quedan familiares en el mundo y que iba a encontrarme con mi prometido, que no conoce mi cara y nunca ha visto un cuadro mío. Pero ahora siento que me estoy muriendo...

— ¡No digas eso, por favor! – Preguntó la criada con voz angustiada.

— Es la verdad, entonces te pido algo...

— ¡Hable, señorita, pida lo que quiera! Pero estarás bien… — La criada intentó contener las lágrimas y ser fuerte.

— ¡Ocupa mi lugar! ¡Ponte mi ropa fina y asume mi identidad! – Agarró con fuerza la muñeca de su doncella y amiga.

—¿Qué locura es ésta? – Los ojos de la criada se abrieron de par en par y hasta el cochero, que vio que un médico ya no sería de gran valor en ese momento, quedó asombrado al observar la escena.

— ¡Eso es lo que escuchaste! No tengo parientes cercanos, no fui presentado en sociedad, prácticamente nadie me conoce, nadie se dará cuenta. Siempre fuiste tan bueno conmigo, éramos amigos en ese lugar… – Habló con dificultad.

— Oh, señorita… le agradezco que me considere su amiga. Yo, un simple sirviente… – Habló emocionado el sirviente.

— Eres hermosa, refinada como una dama, tenemos la misma edad.

— Gracias señorita, pero no hable tanto...

— ¡Te doy este regalo, asume mi identidad, cásate en mi lugar y conviértete en la condesa de Shurtland ! Incluso nuestros nombres son los mismos: Madeleine

La propuesta era tentadora para una sirvienta sencilla y hermosa, pero su destino era morir

siendo sirvienta y un día toda esa belleza se marchitaría de tanto trabajar duro sirviendo a otras mujeres nobles. La joven miró con cierto recelo a la pobre muchacha al borde de la muerte tendida en el suelo y al cochero.

— ¡Si es por mi culpa, niña, finge que no estoy aquí! ¡No revelaré nada! – El hombre habló de forma extraña.

—Pero, ¿el conde? ¿Tu prometido? ¡Seguramente sospechará!

— No… probablemente no… sabes tan poco sobre mí. Con todo lo que ya sabes de mí, solo te falta leer las dos cartas de mi hermano antes de llegar a Edimburgo y estarás al tanto de toda la situación… – Habló débilmente, escupiendo un poco de sangre.

— Pero, no estamos solos aquí, nunca será nuestro secreto… – Dijo la criada suspicaz y miró nuevamente al cochero que observaba la dramática escena.

Lady Madeleine Taylor entendió lo que dijo su doncella. Luego, hizo un esfuerzo sobrehumano y giró el cuello hacia el cochero.

— Por favor, señor, esta es mi última hora... ¡prometa mantenerlo en secreto! Déjame darle este regalo a mi fiel doncella y amiga. Siempre estuve tan sola...

— Yo... lo prometo, mileide . Lo juro… – El cochero abrió mucho los ojos y habló sin mucha convicción.

Luego, la doncella Madeleine acarició el cabello de su ama, le tomó las manos afectuosamente y la miró:

— Cómo puede alguien tener un corazón tan noble… en un momento como este, aún pensando en mi bienestar… ¡Acepto! – Habló con sus ojos brillando con una emoción diferente.

— ¡Gracias... y lo único que pido ahora es cristiana sepultura en algún lugar de aquí, en este campo florido al lado del camino para que no se descubra todo esto! Es mi regalo para ti, tanto tiempo de amistad y servidumbre... — Mientras decía esto, la joven Lady Madeleine volvió a toser fuerte, escupió más sangre, tomó su último aliento y su cuello sin vida cayó a un lado.

— ¡ Mileide ! Mileide ! ¡¡¡No!!! – La sirvienta, entre lágrimas, abrazó el cuerpo sin vida de la joven.

Así, el cochero y su fiel doncella cumplieron sus últimos deseos, tal como pidió la joven en sus minutos finales. Después de eso, Madeleine, la criada, se cambió de ropa, releyó algunas cartas y continuó su camino hacia Edimburgo. El cochero estaba un poco callado, un poco extraño, pero parecía que realmente iba a mantenerlo en secreto. En cuanto a ella, estaba tan aturdida por todo que todavía no sabía qué pensar, sólo sabía que tenía que llegar a Edimburgo, a quién buscar y cómo comportarse para evitar ser descubierta…

Descansa en paz querida, siempre tuviste tan buen corazón... Sé que a los ojos de todos esto sería ilegal e inmoral de mi parte. Sin embargo, sé que estoy actuando de acuerdo con tu voluntad y tus bendiciones, y lo único que querías con esto era darme un regalo, sacándome de la condición de siervo y proporcionándome una vida mejor....

Ahora era Lady Madeleine Stuart, futura condesa de Shurtland ...

Capítulo 01

Escocia, 1815. Varias horas después...

— ¡Maldición! – maldijo Richard Crampton , conde de Shurtland , mientras descorría la cortina y observaba el camino oscuro y la noche lluviosa a través de la ventanilla de su carruaje. Relámpagos y truenos atravesaron el cielo.

¡Por Dios! Menos mal que ya estamos llegando a Edimburgo. Pronto estaré en la calidez de mi hogar, disfrutando de una comida fresca y descansando en mi cálida cama.

El conde había ido a su condado de Shurtland para solucionar unos problemas con los inquilinos y tenía intención de regresar en apenas dos días, pero los problemas acabaron tardando más días de los previstos. Por lo tanto, decidió enfrentarse al mal tiempo y a los caminos embarrados, a veces incluso con ladrones, ya que necesitaba regresar urgentemente a Edimburgo. Había dejado a su hermana Eugenie , de sólo dieciséis años, sola con los sirvientes, el ama de llaves y su criada personal. Entonces, no pensé que fuera prudente que una mujer soltera pasara mucho tiempo sola, entonces las malas lenguas podrían comentar. También existía el temor de que pudiera verse involucrada en alguna travesura y comprometer su reputación, incluso a una edad tan temprana. A pesar de Eugenie se portaba bien, era madura para su edad, pero era demasiado curiosa. A diferencia de Beatrice, que era más rebelde, pero en ese momento se encontraba en Londres, bajo el cuidado de su hermana Emily, para participar en su primera temporada social. Podría haber enviado a Eugenie con él, pero pensó que no era el momento de que ella debutara y se presentara en la sociedad londinense en busca de un buen matrimonio.

Richard exhaló un suspiro de alivio cuando vio las torres del Castillo de Edimburgo, un edificio público local. Ahora podía estar seguro de los ladrones de caminos y era una señal de que ya casi estaba en casa. Hasta que finalmente llegó. El carruaje oscuro con el escudo de armas de los Crampton se detuvo frente a la mansión familiar, ahora habitada únicamente por él, sus dos hermanas solteras y los sirvientes. Sus padres habían fallecido hacía poco más de tres años y ahora él era el nuevo conde de Shurtland , responsable del condado, la riqueza y las hermanas solteras.

— ¡Ya llegamos, mi señor! – Habló el cochero, luego de colocar el estribo del carruaje en medio de la fuerte lluvia y tocar lentamente la puerta. – Espero que estés usando tu impermeable. – Habló mientras abría una paraguas para ayudar al conde.

Era un hombre de unos sesenta años, de expresión cansada. Después de todo, sólo habían pasado tres semanas desde que había hecho el largo viaje para llevar a Lady Beatrice Crampton a Londres. Junto al cochero se encontraba el ayuda de cámara del conde, que se encargaba de tocar el timbre de la puerta principal. Cuando Atinkson , su mayordomo, fue a abrir la puerta, sus ojos se abrieron al ver que era el conde quien había regresado. Siempre fue tan solemne y discreto, acostumbrado a servir a su familia durante años, que parecía que algo andaba mal.

— ¡Buenas noches, mi señor! Bienvenido de nuevo a tu casa. – El hombre iba a coger un sombrero y un bastón, pero Richard lo interrumpió.

— ¡Buenas noches, Atinkson ! ¿Qué hubo? Aunque intenta ocultarlo, parece que mi llegada le sorprendió o mejor dicho, parece que quiere decirme algo.

Mientras hablaba, Richard se quitó la capa negra mojada, el sombrero gris y el bastón y se los entregó al mayordomo, y con una ligera palmada en el hombro lo alejó de la puerta principal, liberándole el paso. Richard entró lentamente en la casa, pero Atinkson lo siguió a grandes zancadas y le bloqueó el paso en medio de la segunda puerta.

— ¡Lo siento, mi señor! ¡Pero primero debes saber que tienes un visitante! – Habló el mayordomo con ojos de asombro.

— ¿Visita? ¿Como esto?

— Sí, mi señor, acaba de llegar…

—Pero yo también acabo de llegar, ¿quién cometería el desplante de venir a visitarme sin avisar? ¡Más aún en una noche lluviosa como ésta! Por cierto, ¿dónde está mi hermana Eugenie ? – Preguntó , curioso y preocupado. Era su deber velar por la seguridad y el honor de sus hermanas, porque después de todo, ¿quién era ese visitante?

—Lady Eugenie , está bien. El ama de llaves le pidió que subiera en breve a su habitación y esperara a que la situación se resolviera por sí sola. Lo encontró más conveniente. Quizás primero le gustaría tratar a solas con el visitante y luego comprobar si sería apropiado que su hermana estuviera presente.

— ¡Ya estoy intrigada! Algún caballero se ha atrevido en mi ausencia a venir a visitar a Señora ¿Eugenie ? ¡Contéstame Atinkson ! Ella tampoco irá a un convento como Emily, pero en cuanto al caballero, dependiendo de lo que haya hecho, ¡irá a duelo! – Richard habló con los puños y la mandíbula apretada mientras miraba al mayordomo.

En ese momento, el conde ya se encontraba completamente dentro de la mansión y su instinto lo guió hasta la sala principal, donde se recibía a las visitas.

— ¡No, mi señor! No, este es un caballero, sino una dama. De hecho, ella se presentó como su novia … – El mayordomo lo miró con expresión de duda.

Al escuchar eso, los ojos verdes de Richards casi se salieron de su rostro y su boca se abrió.

— ¿Novia? ¿Qué tontería es esta? ¡No tengo prometida! ¿A quién dejaste entrar a mi mansión y mezclarte con mi hermana en mi ausencia? ¡Debe ser algún estafador!

— Bueno, señor , ella no me pareció una estafadora. Es una dama muy hermosa y refinada. Además de parecer muy seguro de lo que dice. Disculpe, mi señor, pero ¿ha estado haciendo

falsas promesas a alguna doncella? – El mayordomo lo miró con recelo.

—¡Ahora no seas ridículo, Atinkson ! – Richard, dijo irritado, mientras con su brazo derecho alejaba al mayordomo de él y con pasos largos se dirigía hacia la sala. El hombre pensó que lo mejor sería escabullirse silenciosamente y dejar que el jefe resolviera la situación.

Earl Richard Crampton era uno de los solteros más codiciados de Escocia. Después de todo, era joven, rico, guapo, con un título de nobleza, a pesar de su reputación de libertino, todos decían, incluido él, que no se casaría pronto. Medía 1,85, tenía piel oscura, ojos verdes, cabello castaño oscuro, el mismo tono que el cabello de Emily y muy diferente a sus hermanas Beatrice y Eugenie que eran pelirrojas. Por supuesto, él y Emily se parecían a su padre, mientras que las niñas se parecían a su madre. Así que, con tanta belleza, dinero y título, no fue difícil atraer a mujeres interesadas, estafadoras o jóvenes desesperadas por casarse y convertirse en la nueva condesa de Shurtland . Eso era todo lo que seguía intentando evitar.

Tan pronto como Richard llegó a la entrada del enorme salón, quedó algo paralizado, pues se encontró cara a cara con una dama, completamente diferente a lo que esperaba encontrar. En la sala ricamente decorada con una lámpara de araña de velas encendidas colgando del techo, cortinas de terciopelo rojo en las ventanas, sofás también acolchados en terciopelo rojo y con detalles dorados, una hermosa joven lo esperaba sentada en uno de ellos. Un agradable aroma que recordaba a las flores silvestres llenó la habitación. Probablemente era su perfume...

Dios mío... ¿de dónde salió esta criatura? Parece más un hada...

La joven estaba vestida de blanco de pies a cabeza: Un hermoso vestido de seda blanco, guantes de encaje blanco, un sombrero blanco que descansaba sobre su regazo y dejaba al descubierto un hermoso cabello rubio, atado como solían usar las damas de sociedad . Piel de porcelana , ojos violetas, boca rosada en forma de corazón. Además, sentada elegantemente, tenía porte de reina, como si fuera alguien de la mejor educación. Pensó que ella parecía más una princesa que una estafadora, pero trató de mantener la razón, ya que los estafadores nunca parecían serlo. Sin embargo, esperaba encontrarme con una dama vestida más atrevida y con una apariencia más experimentada. Los ojos de Richard se turnaron para mirar a la joven y un gran baúl que reposaba sobre su alfombra persa, junto al sofá que ella ocupaba.

— ¡Lo siento, señorita! ¡Pero creo que hay algún error! – Habló de manera poco amistosa, parándose frente a ella y tratando de mantener la caballerosidad.

— ¡Buenas noches, mi señor! – La señora, a pesar de estar nerviosa, intentó aparentar calma.

— Mi mayordomo me informó que mi prometida me estaba esperando en la habitación, ya que no tengo prometida: ¡Debe haber algún error o eres un estafador! Entonces te pido que salgas de mi casa.

Richard, cansado del viaje, sorprendido por la visita y con una buena dosis de irritación y enfado, estaba allí parado, en medio de la habitación y frente a la joven. Ella, a su vez, todavía sentada, le tendió su delicada mano enguantada y le mostró un sobre. Ella también tenía sus emociones a

flor de piel , al escuchar la acusación de estafador, su corazón se aceleró de miedo, pero trató de ocultarlo.

Vaya, qué hombre... tan varonil, tan guapo, tan noble. Cualquier mujer se enamoraría con sólo mirar. ¿Pero yo? ¿Una simple criada? ¿A dónde me llevará todo esto? Más aún, acusándome de estafador.

— ¡Perdóneme, mi señor! Permítanme presentarme: ¡Lady Madeleine Taylor!

Ese nombre al principio no significó nada para Richard, quien solo la miró y continuó con su propósito de desenmascararla y echarla de su casa. Puso ambas manos en sus caderas y habló con irritación.

— ¡Todavía no la conozco! Te pido que salgas de mi casa. Además , ¿qué señora respetable visitaría la casa de un hombre soltero, de noche y sin acompañante? ¿Más aún en una noche como ésta?

— ¡Sí, mi señor! No es apropiado para una dama, pero le pido que antes de sacar conclusiones o acusaciones lea esta carta.

Richard la miró con recelo y luego tomó el sobre de su mano. Lo abrió con impaciencia, pensando que habría algo más allí para engañarlo, pero se sorprendió por el contenido.

Estimado amigo,

Si esta carta llegó a tus manos es porque ya no estoy entre los vivos. En el pasado éramos grandes amigos y lo sigo considerando así hasta el día de mi muerte. Es una pena que mis andanzas por el mundo en busca de hacer fortuna fuera de Inglaterra y recuperar el dinero que alguna vez poseyó mi noble familia, me hayan privado de su amistad. Sin embargo, a través de esta carta quiero exigir y reafirmar el pacto que hicimos en el pasado, donde cuidaríamos de los hijos de cada uno, si sucediera algún imprevisto. Apuesto a que pensaste que era un juego de borrachos en una taberna, yo era hijo de un noble arruinado y tú eras el futuro conde, ¿verdad? Pero no fue así... Y fuimos aún más lejos, como libertino no pensabas casarte tan pronto y dije que daría a mi primera hija para que fuera tu esposa.

Entonces logré hacer una fortuna, pero no me casé. Sin embargo, os envío mi mayor tesoro: Madeleine, mi única hermana. Te pido que la cuides y sé que lo harás. Sólo te pido perdón por haber plantado en tu cabecita soñadora desde pequeña que yo era tu novia... porque, sin parientes cercanos, fue la manera que encontré para pasarle mi herencia a mi mejor amigo y quien Sin duda cuidaría de mi única hermana mejor que nadie.

Señor Rodolph Taylor

Capítulo 02

El conde leyó la carta en segundos, luego miró a la joven, todavía sentada en su sofá con expresión aturdida. No sabía qué pensar ni qué decir, sentía como si me hubieran dado un golpe en la cabeza o en el pecho.

— Lo siento señorita, pero ¿cómo dijo que se llamaba? – Él la miró incrédulo. Mientras pasaba una de sus manos impacientemente por su cabeza, alborotando su cabello rizado.

—Lady Madeleine Taylor, hermana de un antiguo amigo suyo y su prometida. Eso es si eres leal a la memoria de tu difunto amigo, si eres un caballero y honras tu palabra. – Los ojos violetas lo miraron con mirada exigente.

La forma en que Madeleine le habló a Richard lo dejó confundido. Era un amigo leal, un caballero que, a pesar de estar borracho, había hecho un trato con un amigo que el tiempo y la vida le habían hecho perder de vista. Sin embargo, no tenía planes de casarse, al menos ninguna dama había tocado aún sus sentimientos hasta el punto de hacerle cambiar de opinión. Además , el acuerdo inicial era hacerse cargo de ambos hijos y la amiga acabó planteando también un posible matrimonio con la primera hija. El pacto no incluía una hermana...

Rodolph no se casó, gracias a Dios no tuvo hijas, por lo que no habría riesgo de que algún adolescente apareciera de la nada para reclamar alguna locura del pasado, pero dejó una hermana. Sí, el amigo, pensando que estaba haciendo un enorme bien al dejarle la fortuna adquirida, al no tener parientes cercanos, intentó escapar a la ley de primogenitura, pero lo dejó con la hermana que ni siquiera sabía que existía. Sin embargo, no correspondía cuestionar o acusar a aquella señora de que su hermano había hecho una pequeña trampa, pensando que estaba combinando lo útil con lo agradable. Sin embargo, Richard ya era muy rico y no necesitaba más dinero a expensas de un matrimonio concertado. Entonces, cómo salir de esta trampa sin manchar tu honor de caballero y mucho menos el de esa dama. Además de no dañar la memoria de tu amigo...

— Entonces, mi amigo señor ¡Rodolph , de quien no había sabido nada en años, está muerto! ¡Mi más sentido pésame, señorita! – Habló en tono de condolencia. Aunque no siento tanto. Pues hacía años que no veía a su amigo y le había dejado, junto con su fortuna, que ni siquiera necesitaba, un problema por resolver.

— Gracias. – dijo Madeleine, tratando de fingir un poco de dolor por la pérdida, pero en realidad su dolor era por la pérdida de su amigo y jefe.

— Sin embargo, eres tu hermana. Sin embargo, no recuerdo que dijera que tenía una hermana...

— Éramos solo nosotros dos cuando nuestros padres fallecieron. Rodolph siguió siendo un libertino que deambulaba por el mundo, haciendo una fortuna, pero también divirtiéndose . Me colocaron en una especie de escuela para niñas en Londres, a petición de mi madre. Sin embargo,

siempre intercambiamos cartas.

Richard escuchó todo con la boca abierta y todavía un poco sospechoso.

— Ya veo… ¿y hace cuánto falleció tu hermano?

— Hace casi seis meses. Murió de fiebre durante un safari en África. Era justo el momento de las noticias. llámame por carta y viajo hasta aquí.

— Pero si mantuvieras el contacto, tuvieras una buena relación, ¿no sería normal que estuvieras de luto? – preguntó el conde, todavía intrigado.

— ¡Estoy de luto! Mi hermano y sus excentricidades: pidió ser incinerado y arrojar sus cenizas al Támesis, pidió que su luto fuera blanco. Dijo que odiaba ver mujeres jóvenes y hermosas escondidas detrás de ropas negras y tristes.

Richard permaneció de pie, mirando a la joven con recelo, mientras en una mano sostenía la carta ya abierta. Aquella situación estaba dejando a Madeleine muy desconcertada, no esperaba ser recibida de esa manera. Por supuesto o ese señor Rodolph le mintió a su amante por una buena causa o ese hombre tan guapo ante sus ojos no era un caballero de palabra. Richard volvió a pasar una de sus manos por su cabello oscuro, en un gesto de impaciencia, y continuó su interrogatorio.

— Reconozco que esta letra pertenece a mi amigo Rodolph . Sin embargo, todavía me resulta extraño que nunca me haya dicho que tenía una hermana...

— Sí, lo entiendo. – Trató de ocultar la vergüenza que se había apoderado de ella, al darse cuenta de que las cosas no eran exactamente como pensaba y ni siquiera como alguna vez pensó la verdadera Lady Madeleine. – solo éramos rodolfo y yo soy diez años menor que él. Luego, nuestros padres fallecieron, él ya se había ido a buscar fortuna por el mundo, a petición de mi madre me enviaron a un internado hasta que tuve edad suficiente para presentarme en la sociedad y casarme. No le pareció conveniente que con la vida de libertinaje que llevaba y aún soltero, me cuidara solo.

— Entiendo...

—¡Pero, como dije, siempre hablábamos por letras! Incluso desde la distancia éramos muy cercanos, siempre hablaba de los viajes exóticos que hacía. Hasta que un día dejaron de llegar cartas, escribí constantemente y tampoco obtuve respuesta, pensé que quizás aún no había regresado de mi viaje. Hasta la semana pasada llegaron dos cartas dirigidas a mí: una que debía leer y la otra que debía entregar a mi señor, mi prometido.

Al escuchar la palabra *prometido,* Richard ya no se sintió abrumado por la ira, sino por una profunda vergüenza. La joven parecía decir la verdad, la evidencia parecía ser real. Sin embargo, todavía no estaba en sus planes casarse, pero al mismo tiempo la encontraba tan hermosa, tan elegante, que parecía una criatura de otro mundo, una princesa de cuento de hadas, de apariencia

tan angelical. También había algo peor, no quería lastimarla, ni romper el pacto con su amigo que ahora estaba muerto. Aunque en cierto modo el amigo engañó a la joven y a él, pero fue por una buena causa. Sin embargo, ¿cómo hacer esto?

Richard olvidó algunas reglas de etiqueta y rápidamente se sentó junto a ella en el sofá, luego se volvió hacia ella y, por sorpresa, tomó sus manos entre las suyas.

—Escuche, Lady Taylor, le creo, pero me cuesta creer que su hermano se tomara en serio un pacto de borrachera en una taberna hace diez años, cuando él y yo teníamos dieciocho…

Madeleine, que lo miraba, a pesar de estar avergonzada, por estar sola en la habitación con él, por la forma en que él le tomaba las manos y la miraba a los ojos. De repente toda la escena me pareció muy íntima e incluso comprometedora, además de otro detalle…

¡Ay dios mío! ¿Pensará que es extraño que mis manos no sean tan delgadas como las de una dama? ¡Qué bueno que llevo guantes! Aunque no tengo las manos tan gruesas...

Luego, lentamente sacó sus manos de las de él, tomó su sombrero que descansaba junto a ella en el sofá y rápidamente se levantó. La forma en que se levantó abruptamente tomó por sorpresa al conde, ya que había actuado con movimientos tan ligeros desde el principio . De hecho, todo en ella parecía dulce y suave, parecía conmover a Richard. Sumado a esto, el crujido de sus faldas y enaguas al levantarse y ese olor a flores silvestres después del rocío de la noche, parecieron despertar sus instintos masculinos.

¡Por Dios, Richard! Ahora no es el momento de pensar en ese tipo de cosas...

Capítulo 03

— Estoy profundamente avergonzado por toda esta situación. Supongo que no tienes intención de honrar el pacto de caballeros y no te niego que tienes razón. Parece que mi querido hermano terminó jugándonos una mala pasada a los dos.

La joven ya había cogido a Richard por sorpresa al levantarse bruscamente. Luego él también se levantó rápidamente y se quedaron uno frente al otro a un pie de distancia. El aroma de las flores penetró aún más en su nariz, intoxicando su cerebro y su corazón…

— Espere señorita, ¿adónde va? ¿Qué piensas hacer? – La tomó del brazo, cuando la vio empezar a salir de la habitación.

— ¡Suelta mi brazo! – Ella lo fulminó con la mirada.

— Lo siento, mileide , no era mi intención.

Richard, avergonzado, miró esos dos ojos grandes, redondos, de color violeta, que contrastaban con su rostro ovalado, de piel blanca que la hacía parecer una criatura de otro mundo. No sabía qué decir, no quería lastimarla, no estaba en sus planes casarse, pero ahora que tenía pruebas de que no era una estafa sino un error. Entonces, al darse cuenta de esto, ella adoptó una apariencia diferente ante sus ojos.

¿No sería hora de empezar a pensar en un heredero para continuar el linaje Cramptons y el título de conde en el futuro...?

— No, veo motivos para quedarme aquí, me doy cuenta de que nada fue como pensaba. Sin embargo, al menos me ayudó a traerte la noticia de que heredaste una gran fortuna. Ya que , según esas malditas leyes inglesas, una mujer soltera no puede heredar. – La joven hizo una pausa, sintiéndose avergonzada, porque en el calor de su emoción había maldecido. Sabía que esto no le quedaba bien a una dama.

Esas palabras suyas sacaron al conde del estado en el que se encontraba hace unos minutos, como si hubiera sido hipnotizado por su belleza y aún asombrado por la situación. Luego, al darse cuenta de que Madeleine realmente tenía la intención de abandonar la habitación y la mansión, actuó tomándola del brazo nuevamente.

— ¡Un momento! ¿Adónde crees que vas?

— Nunca me he sentido tan incómodo en una situación, ahora buscaré refugio en un hotel y mañana debo regresar a Londres.

— ¿Hotel? Sepa que ningún hotel acogerá a una dama sola y sin un tutor. Al menos ningún hotel respetable.

—¡Entonces iré a una pensión para chicas! Debe haber algo aquí.

— ¿Pensión para niñas? ¿Regresar a Londres? – dijo Richard indignado, mientras miraba esos hermosos ojos violetas.

— ¡Sí! Puede que hayas conservado la fortuna, pero yo tengo las joyas de mi madre. Viviré sola en la capital, intentaré ganarme la vida cosiendo y bordando, hasta encontrar a alguien que me quiera y me quiera a su lado. – Sabría muy bien cómo gestionar un atelier, nunca más necesitaría criarse con las joyas que le dejó su jefe.

— ¡Señorita, usted no irá a ninguna parte! Después de todo, ¿qué clase de caballero sería yo si permitiera que la hermana que un amigo me confió saliera sola de mi casa? ¿De noche, bajo esta lluvia? Más aún con la intención de alojarse en una *pensión para chicas.* ¿Sabes cuál sería tu reputación si salieras solo y te quedaras en un lugar así?

Ella lo miró con valentía, él estaba tan cerca de ella, que podía oler el perfume de las flores y para su sorpresa, amaba el olor de ese perfume, proveniente de esa criatura que parecía un hada toda vestida de blanco.

— ¡No tienes que cuidar mi reputación, ya que no somos parientes y ni siquiera tenemos un compromiso! Además, me di cuenta de que aquí solo vives con los sirvientes, por lo que mi reputación también estaría en una situación delicada si pasara la noche aquí, bajo el mismo techo que el caballero. – Ella no estaba tan preocupada por su reputación sino más bien por cómo comportarse en esa situación tan bochornosa y peligrosa, ya que él ni siquiera sabía que tenía prometida y ¿y si ella caía en contradicción? Ya estaba empezando a arrepentirse de haber aceptado el plan de su difunta amiga.

— No vivo exactamente solo, mi hermana menor está en la habitación. Sí, tu reputación quizás corre peligro de encontrarse en una situación delicada, pero no más que en una *pensión para chicas* .

— Insisto en que no hace falta...

Richard se acercó aún más a su rostro, sintió algo inquietante en su interior. El olor de su jabón de afeitar entraba por tus fosas nasales. Era tan varonil, guapo, con un olor agradable.

— ¡Quédate! ¡Se lo debo a tu hermano y a mi conciencia que no me dejaba en paz! Pasarás la noche aquí y mañana veremos cómo será tu situación, o mejor dicho, la nuestra. – Dijo con decisión y firmeza.

Madeleine, tragando saliva, vio que era mejor no contradecirlo. Incluso porque tenía cierta razón, no era prudente hacer lo que ella pretendía, al menos no en esa noche lluviosa. Sin embargo, mañana encontraría la manera de irse, no quería que él se casara con ella por obligación. Una obligación que en realidad ni siquiera era hacia ella. Además, empezaba a encontrar muy peligroso este engaño, creado con las mejores intenciones. Sin embargo, a ella le gustaba y sintió que le temblaba la nuca y que su corazón se aceleraba cuando lo escuchó decir *: Nuestra situación...*

El conde se dio cuenta de que había superado lo que pensaba que era la terquedad de Madeleine y tocó una campana plateada que estaba sobre una pequeña mesa al lado del sofá. Una criada más joven, vestida con un uniforme gris, apareció rápidamente en la habitación.

— ¿Quieres algo, mi señor?

Cuando Madeleine miró a esa joven doncella, le dio una extraña sensación al pensar que hacía menos de veinticuatro horas había desempeñado ese papel.

— Sí, ve a la habitación de mi hermana Eugenie y dile que tenemos visitas, quiero que baje a conocerte. Luego, localiza al ama de llaves y pídele que venga también a la habitación.

Entonces, la joven de aspecto pequeño, con modales eficientes, rápidamente bajó las escaleras y se dirigió a la habitación de la Señora . Luego, Eugenie corrió a la cocina, donde localizó a la señora Clarke. Para cumplir las órdenes del Conde, a los pocos minutos el ama de llaves, con su bien cuidado uniforme gris, ya estaba en la habitación. Era una señora gordita, cabello gris, ojos miopes. Ahora sólo quedaba esperar a Eugenie . Sin embargo, Richard pensó que lo mejor sería comenzar la breve presentación que pretendía hacer. Mientras tanto, Madeleine seguía de pie, permaneciendo en silencio mientras observaba la casa alborotada para responder a las llamadas de su jefe. La casa en la que ella era una simple sirvienta, gracias a las bendiciones de su ama , ahora planeaba convertirse en su condesa y señora...

— Señora Clarke, ella es Lady Taylor, hermana de un amigo. Ella vino a traerme la noticia de su muerte y a resolver algunos asuntos aquí en Edimburgo. Pasarás esta noche lluviosa aquí con nosotros en la mansión Crampton .

La mujer, a pesar de la expresión amistosa de su rostro, trató de ocultar lo extraño que le parecía que aquella joven estuviera allí sola en la ciudad sin escolta. Además, ¿dormirías en la casa de un solo hombre, solo con los sirvientes y tu hermana menor? Pensó que había algo más en esa historia, pero que ella, como ama de llaves, no era prudente cuestionar.

Madeleine la miró y trató de sonreír con simpatía, dada toda la situación. Entonces escuchó la orden del conde.

— Ordena nuestra mejor habitación de invitados y pídele a un sirviente que lleve este baúl arriba. Eugenie ya debe haber bajado para recibir a nuestro invitado.

Madeleine tuvo que admitir que Richard había cambiado; intentaba ser caballeroso y hospitalario. Sin embargo, no fue lo que esperaba ya que afrontó un largo viaje desde Londres a Edimburgo, asumiendo la identidad de su verdadera prometida, quien apuesto se consideraba su prometida y pensó que sería presentada como tal. Esto, antes de que los dos se dieran cuenta de que había un malentendido y que su hermano con las mejores intenciones les había jugado una mala pasada. Apuesto a que la difunta Madeleine estaría muy decepcionada con esa situación, tan amable, dulce, con sentimientos tan nobles. Tal vez hubiera sido mejor si ella no hubiera pasado por esa decepción...

— ¡Sí, mi señor! – El ama de llaves hizo una reverencia y salió de la habitación, luego llegó un sirviente y llevó el baúl al piso de arriba, donde los guardaban . Ubicadas las habitaciones.

Capítulo 04

—¡Richard! ¡Por fin has vuelto! Ah, hermano mío, la casa es tan aburrida sin Beatrice y sin ti.

Desde lo alto de las escaleras, una hermosa joven pelirroja, de ojos celestes, levantó un poco las faldas de su vestido rosa para no tropezar y bajó corriendo las escaleras. A pesar de que le advirtieron que había una visita en la habitación, una dama misteriosa, a ella no le importó. Después de todo, hacía una semana que no veía a su hermano y si Richard hubiera estado sentado se habría arrojado a su regazo, pero como él estaba de pie, ella se arrojó a su cuello y lo abrazó. Sólo entonces se soltó, recordando la visita a la habitación y las reglas de buenos modales.

— Sí hermanita, los problemas en el condado, el mal tiempo finalmente me permitieron regresar. Me alegro mucho de encontrarte de tan buen humor. Pero primero déjame presentarte a alguien. – dijo Richard, liberándose suavemente del fuerte abrazo.

Eugenie lo soltó y se quedó a su lado, ambos delante de Madeleine, que también estaba allí, en la habitación bien iluminada por candelabros y una lámpara de araña en el techo. A Madeleine le gustó la actitud espontánea de la joven, la forma en que acogió a su hermano, mostrándole todo su cariño y anhelo. Temía que fuera simplemente otra dama noble, remilgada y remilgada, pero ese no parecía ser el caso. Siempre se consideró una sirvienta afortunada, ya que su difunta amante no era el tipo de dama noble que ella encontraba desagradable.

— Eugenie , ella es Lady Madeleine Taylor, es hermana de un amigo mío que falleció recientemente y vino a Edimburgo para resolver algunos asuntos. Cenará y pasará la noche aquí con nosotros. – Habló en tono formal.

Ese no era el tipo de presentación que Madeleine esperaba cuando tomó el lugar de su jefa, pensó que sería su cuñada, pero no había nada que protestar. La niña sonrió a Eugenie y ella le devolvió una sonrisa sincera desde el fondo de su corazón. Aunque pensé lo mismo que los demás: Era una niña hermosa, pero parecía un hada, una aparición etérea, tal vez fuera por el exceso de encaje y seda blanca. Además también era extraño que llegara allí sola, sin acompañante y al parecer debía haber hecho un largo viaje. Entonces, ¿dónde estaría la reputación y la virtud que tanto comentaba Richard que debían poseer las mujeres y que él, como hermano, debía cuidar de ella y de Beatrice, que eran chicas solteras en edad de casarse…

— ¡Es un placer conocerte, milide ! Espero que hayas tenido un buen viaje. – la saludó Eugenie , pero no creyó necesario hacer una reverencia, ya que ambas eran damas .

— ¡El placer es todo mío, milide ! Sí, a pesar de que el carruaje temblaba sin parar y de todas las paradas para que los caballos descansaran, tuve un buen viaje. Gracias. – Respondió amablemente.

Richard, a pesar de estar cansado, quería ser un buen anfitrión, pero al mismo tiempo terminar de una vez y que todos se fueran a dormir. Así que apresuró un poco las presentaciones.

— Bueno, Lady Taylor, es usted nuestra invitada a cenar, que excepcionalmente tendrá lugar hoy un poco más tarde, a las ocho y media. Insisto en su presencia en la mesa. Ahora una criada te mostrará la habitación de invitados, donde pasarás la noche y me imagino que querrás subir, conocerlo y poco después será la cena.

— Gracias, milord. Madeleine hizo una elegante reverencia en señal de gratitud.

Entonces el conde volvió a tocar la campana de plata y apareció de nuevo la misma eficiente doncella.

— ¡Sí, mi señor!

— Lleva a la señora a la habitación que le han preparado.

Eugenie se distrajo mirando una ráfaga de viento que movía las cortinas de la sala, señal de que alguien había dejado una ventana entreabierta. Recuperó el sentido cuando escuchó esto.

— Espera, Richard, está cerca de mi habitación, puedo tomarlo. Voy allí a prepararme para la cena. – Eugenie habló con buena voluntad.

— ¡No! La criada le presentará mejor el alojamiento.

Richard habló con firmeza, Madeleine se dio cuenta de que no quería dejar a su hermana menor sola con ella. Sin embargo, probablemente ya no sería porque dudara de su reputación sino porque no quería que Eugenie supiera las verdaderas razones por las que estaba allí en la mansión Crampton . Eso de alguna manera la molestaba, no creía que estuviera bien que la trataran como si necesitara ser ocultada, era como si el desaire no fuera contra ella sino con la verdadera Madeleine, a quien tenía cariño.

Madeleine subió la larga escalera con pasamanos de madera oscura barnizada, de forma curva, escalones de mármol que se encontraban en la esquina de la habitación y daban acceso al piso superior de la mansión. La criada vino justo detrás de ella, para guiarla a la habitación donde ya habían colocado su equipaje anteriormente. Cuando la joven llegó a la habitación donde pasaría la noche quedó encantada con el lujo del lugar, realmente estuvo a la altura cuando el conde le ordenó preparar la mejor habitación para invitados. La habitación era grande, tenía una antesala, con sofás acolchados, un escritorio en un rincón, una gran cama doble con dosel y ventanas de cristal con vistas al jardín de la mansión, al igual que las demás habitaciones de la casa.

Estaba cansada del viaje y de las emociones vividas en relación a todo lo que había pasado, desde el accidente en el carruaje hasta su llegada allí a la mansión. Sin embargo, pronto tendría que volver a bajar a cenar y decidió no cambiarse de ropa, ya que se encontraba debidamente presentable y no estaba de humor para hacerlo. Lo único que quería era que todo terminara pronto y poder regresar a su habitación y decidir por sí misma qué haría a partir de ahora.

Si la habitación de invitados es así, imagina cómo debe ser la del Conde Richard, está cerca de

esta, igual que la de tu hermana…

Se dirigió a una palangana de porcelana con agua fresca colocada sobre una pequeña mesa por un sirviente, se puso un poco de agua en la cara y los brazos, no hacía calor, a pesar del verano afuera llovía, pero necesitaba eso para reanimarse. Luego, se sentó en la enorme cama de la pareja, sintió la suavidad de las sábanas y pensó que la cama de Richard debía ser tan suave como eso o incluso más.

Madeline! ¡No te reconozco! ¡Saca esos pensamientos inapropiados de tu cabeza! ¿El conde se metió tanto contigo? ¿Cómo sientes ahora una necesidad urgente de tener algo con él? ¡Eres un servidor honorable!

Sin embargo, un golpe en la puerta interrumpió sus pensamientos y de alguna manera agradeció a Dios por eso. Ya se sentía muy tonta por dejarse encantar por un hombre que no daba señales de quererla a su lado como esposa. Pobre jefa, que pasó buena parte de su vida soñando con esto, tal vez hubiera sido mejor si no hubiera tenido que pasar por eso.

— ¡Adelante!

— Mileide , el Conde Richard dice que te está esperando para cenar. – Dijo una doncella más joven.

Capítulo 05

— ¡Madeleine, lo siento! ¿Puedo llamarla así? – se corrigió Eugenie llamándola por su nombre, sin intimar.

—Por supuesto, cariño. Mientras pueda hacer lo mismo. – Respondió la chica de manera amistosa.

La cena se sirvió en la gran mesa del comedor. La mesa que alguna vez albergó al ex conde a la cabeza, la condesa, Richard y sus hermanas, ahora estaba ocupada solo por él y sus hermanas solteras. Era el típico comedor de un noble adinerado, una larga mesa de roble, sillas acolchadas, candelabros iluminando todo el espacio, vajillas de plata y copas de cristal. Madeleine todavía llevaba el mismo vestido blanco de seda y encaje que cuando llegó a la mansión, sólo que sin sombrero ni velo de luto. Pero ahora que todos sabían que estaba de *luto*, que ese era su luto, necesitaba permanecer estricta.

Richard estaba sentado a la cabecera, Eugenie a su derecha y Madeleine a su izquierda, de modo que las jóvenes estaban una frente a otra y hablando. A Richard, que participó incluso brevemente en la conversación, le resultó interesante observar qué tan bien se llevaban los dos. Aunque Eugenie ya la estaba llenando de preguntas y él temía que pronto ya no pudieran ocultarle detalles sobre el verdadero motivo que trajo a Madeleine a la mansión Crampton . Probablemente, si supiera la verdad, la joven estaría entusiasmada con el posible matrimonio de su hermano, más ahora que parecía haber agradado a Madeleine. A Madeleine, en cuanto a ella, le gustaba mucho la joven, pero tenía el pulso acelerado por miedo a contradecirse entre tantas preguntas, aunque algunas fueran banales.

¿Pero qué tan malo sería eso? En el pasado, la palabra matrimonio habría sido una pesadilla. Sin embargo, casarse con esta hermosa criatura con aroma a flores y apariencia de hada...

— Sabes, me encanta tu presencia aquí. Sé que tu hermano falleció recientemente, lo siento, ¿vivías en Londres?

— Gracias. Yo vivía en Londres, pero mi hermano fijó su residencia en las colonias, aunque hacía viajes exóticos por todo el mundo. Murió en uno de ellos, un safari en África. – La joven habló suavemente, tratando de demostrar calma. Sin embargo, las respuestas dadas por esa suave voz que acariciaba los oídos del conde hicieron que Eugenie sintiera aún más curiosidad.

— ¡Interesante! Entonces ¿con quién viviste? ¿Solo? – durante unos momentos Eugenie abrió mucho sus dulces ojos azules y se llevó la mano a la boca en señal de escándalo.

— No. – Sonrió ante la expresión de Eugênie . – Una antigua institutriz, junto con monjas, mantenía una especie de internado para niñas cuyos padres podían pagar, yo pasé buena parte de mi vida allí. De hecho, desde los diez años, cuando mis padres fallecieron, dejándonos solo a mi hermano y a mí. – Los años como sirvienta en la escuela le dieron una buena comprensión de la vida de su ama. Además de las cartas personales que leyó cuando aún estaba en el carruaje.

— ¡Oh! Lo entiendo... y tu hermano y el mío eran amigos... pero ¿cómo terminaste...?

Entonces, en ese momento, Richard, que estaba observando a los dos en silencio, mientras cortaba el haggis en su plato con cubiertos de plata , decidió intervenir para que las cosas no se salieran de su control.

— Eugenie , hermanita mía, estás enterrando a nuestra invitada con una avalancha de preguntas. Te aconsejo que te lo tomes con calma y le dejes probar uno de nuestros principales platos escoceses. – Luego se dirigió a Madeleine – ¿Ya conocía el haggis , Lady Taylor? – Como forma de romper la conversación y el ambiente de interrogatorio promovido por su curiosa hermana.

Madeleine se sintió aliviada con la intervención del conde, luego miró aquella mezcla de menudillos de oveja, atados con harina de trigo y servidos dentro del estómago del animal. No era algo que, si viviera en Escocia, le gustaría comer a menudo, pero para esa noche, donde la situación le quitó incluso el hambre, fue satisfactorio. Entonces ella le respondió por cortesía antes de examinar y darse cuenta de lo que estaba comiendo.

— Confieso que no lo conocía. – respondió amablemente. – Pero me gusta.

— Sepa que este es el plato favorito de mi hermano, si es candidata a esposa, le advierto que en el futuro tendrá que ordenarle al ama de llaves que agregue haggis al menú varias veces.

Cuando escuchó la palabra esposa, Madeleine, se sintió avergonzada e incluso se sonrojó.

— Eugenie … – Richard levantó la vista de su plato y la regañó.

— Madeleine, debes tener la misma edad que mi hermana Beatrice, ¿alguna vez has participado en una temporada social en Londres? Beatrice está en Londres para participar en su primera temporada social.

Madeleine la miró con ojos violetas y tras abrir sus labios en forma de corazón para tragar otro trozo de haggis , pensó en cómo saldría de esa pregunta y respondió con calma.

— Um... tengo diecinueve años, pero confieso que nunca he participado. En el colegio oí hablar de las fiestas, de la edad en que las niñas conocían a la reina, de la importancia de encontrar un buen marido en estos lugares. Pero, en mi caso, no pensaron que fuera necesario… – De repente la joven hizo una pausa, esto tal vez despertó aún más la curiosidad de la curiosa chica.

— ¿Necesidad? Pensé que era costumbre que todas las damas nobles participaran en la temporada de Londres y fueran presentadas a la reina. Más aún ahora viviendo en Londres.

Ese comentario dejó a Madeleine avergonzada una vez más. Cómo explicar que era una sirvienta y que la verdadera Madeleine, incluso con diecinueve años y mujer noble, aún no ha participado en una temporada. ¿Fue esto porque hasta entonces pensaba que estaba en un matrimonio arreglado con su hermano, el Conde Richard Crampton ? Entonces, Richard intervino una vez más, solo que esta vez, antes de responder, miró primero a Madeleine y ella sintió que su corazón se aceleraba al ver esos dos hermosos ojos verdes casi penetrando los de ella.

— Mileide , perdona a mi curiosa hermanita, pero yo ocuparé su lugar en la tarea de responder el interrogatorio. Eso sí, si me lo permites, claro.

La joven le dedicó una sonrisa como respuesta y pensó que nunca había visto una boca tan llena y unos dientes tan blancos. A veces incluso parecía que Madeleine se disponía a darle un beso discreto, debido a la forma de sus labios carnosos y naturalmente rojos. Eso hizo que los instintos masculinos del conde se agudizaran y se maldijo en silencio cuando se dio cuenta de que estaba teniendo una erección. Tenía que admitir que su boca carnosa, su perfume de flores, sus ojos violetas afectaban sus instintos. ¿Pero sería suficiente para una propuesta de matrimonio? ¿Seguir a una mujer, tener hijos, emprender la vida de casado? ¿Y Berta? ¿Su amante que mantuvo sólo con fines carnales? ¿Era hora de dejarla?

— Eugênie , como ya habrás notado, la vida de Lady Taylor tuvo sus contratiempos, la muerte de sus padres, criados en un internado, sin parientes cercanos, su hermano soltero en todo el mundo. Entonces, aún no ha tenido tiempo de seguir el orden natural que haría una dama de su misma clase social...

Madeleine suspiró aliviada, después de todo, le gustaba Eugenie , pero era difícil responder a sus preguntas sin la ayuda de su hermano, ya que no sabía cuánto podía revelar sobre toda la historia. Ella pensó que el conde era quien debía tomar la iniciativa de contar la parte del malentendido del compromiso, pero él no parecía dispuesto a hacerlo y ella tampoco. No quería presionarlo delante de su hermana ni hacerse la víctima.

— ¡Está bien Richard! ¡Oh! Madeleine, te pido disculpas por ser tan aburrida con mis excesivas preguntas, pero quiero decirte una cosa: me encantaría que pasaras un tiempo aquí en Crampton Manor mientras Beatrice no está. Me encantaría tener una compañera con quien hablar, tomar té, caminar por el jardín. – Habló la joven emocionada.

el comentario de Eugenie , casi una invitación, que los dejó a ambos en una situación delicada. Ella solo lo miró, bajó la cabeza para tomar un sorbo de su copa de vino, ya que casi se ahoga al escucharlo, pero logró ocultarlo.

— Me alegro que te haya gustado, tú también me gustaste Eugenie , pero lamento que no sea posible, ya que pronto tendré que regresar a Londres. – Habló torpemente, pero de alguna manera aliviada. Sabía que no era tan esperada como pensaba y eso hacía que su farsa fuera aún más peligrosa. Si un día él se enteraba, se enojaría mucho e incluso podrían arrestarla y sentenciarla.

Richard se sintió confundido cuando escuchó eso, por primera vez le vino a la mente que si ella no se convertía en su esposa, su destino sería irse o como mucho él arreglaría un matrimonio para ella con un amigo, presentándola. como un primo lejano a quien lo confió un falso pariente. Sin embargo, al pensar de esa manera, sintió algo extraño en su pecho, al imaginarla en brazos de otro hombre. ¿Era esto lo que realmente quería? ¿Rechazarla y dársela a otra persona?

— Eugenie , cada cosa a su tiempo. Si le conviene, Lady Taylor, como hermana de un amigo, volverá aquí tantas veces como desee. – Hizo una pausa, sin saber si decirle a su hermana que su

amigo había dejado a su hermana a su cuidado. En cuanto al compromiso, necesitaba concertarlo a solas con Madeleine, como debía decirle, sin que ella se sintiera humillada y él avergonzado.

Después de un rato, la cena terminó y como todos estaban muy cansados, a excepción de Eugenie , tanto Richard como Madeleine habían llegado de un viaje, todos se dirigieron a sus respectivas habitaciones. Pero antes de eso, pensó Richard preocupado, necesitaba encontrar una manera de hablar con Madeleine a solas, necesitaba saber qué pensaba ella sobre decirle a Eugenie por qué había venido a Edimburgo. Bueno, no quería decírselo de una manera que la hiciera sentir humillada. Además, no creía que fuera correcto que ella volviera a vivir sola a Londres, su hermano se la confió, pero para que ella al menos pasara un tiempo en la mansión, lo que haría feliz a Eugenie , necesitaban ponerse de acuerdo. sobre cómo se lo dirían o no.

¿Cómo hablar solo sin Eugenie ? sobre todo porque tenemos poco tiempo para ponernos de acuerdo en algo. A menos que me cuele en su habitación cuando todos están dormidos...

Capítulo 06

— Al menos ahora puedo descansar en una cama blanda y estar sola para reflexionar sobre los últimos acontecimientos: La muerte de mi querido jefe, la decepción que tuve al saber que Richard no la consideraba su novia. Él ni siquiera sabía de su existencia y por eso tuve esta recepción... — se dijo Madeleine, apenas apagó la vela y se acostó en la cama, apoyando su cabeza en la suave almohada de plumas de ganso.

Afuera la lluvia había amainado mucho, ahora era solo una ligera llovizna, la noche no era fría, era un clima extraño y húmedo. Por eso eligió un camisón blanco sin mangas y sin cuello, dejando sus rubios brazos y cuello completamente expuestos. Además, se sintió aliviada de poder deshacerse de ese incómodo corsé ajustado que solían usar las damas nobles. Poder dormir con los pechos libres y sin esa pieza que hacía a las mujeres tan elegantes y a la vez tan atrapadas, no tenía precio. Estaba cansada del viaje de Londres a Edimburgo, hubo varias paradas en el camino, donde tenían que ser fuertes, protegerse de malas intenciones y miradas malvadas. Después de todo, no era aceptable que una dama respetable viajara sola, con sólo una doncella tan joven como compañera. Por eso se detenían lo menos que podían en las posadas de la carretera, lo justo para que descansaran los caballos y el cochero, y dormían más sentados dentro del traqueteante carruaje que en camas. Entonces, después de apenas unos minutos de permanecer allí tumbada, ya empezaba a sentir la neblina del sueño, cuando algo la hizo abrir rápidamente los ojos.

¿Llamando a la puerta? Debo estar imaginando cosas... podría haber sido el viento fuera de la ventana.

La joven se removió en la cama, se giró hacia el otro lado, buscando una mejor posición. Pero en cuanto cerró los ojos volvió a oír unos golpes ligeros y discretos que se acercaban hacia la puerta del dormitorio. Ella, asustada, empujó ambos brazos sobre el colchón y se sentó de inmediato en la cama.

¿Quién será? Debían ser alrededor de las diez y como era un día agotador, el conde y los sirvientes ya debían estar en la cama. ¿Será Eugenie ? ¿Quizás, sin dormir, te gustaría hablar un poco? ¿Hacer más preguntas? Parece una joven encantadora, pero al mismo tiempo curiosa...

Madeleine se levantó lentamente de la cama, puso los pies descalzos en el suelo, encendió la vela que estaba sobre la mesita de noche, recogió su bata del costado de la cama y la puso sobre su

camisón claro. Luego, temerosa y con pasos suaves, se dirigió hacia la puerta llevando la vela en una mano. Cuando llegó muy cerca de la puerta, colocó su mano libre en la cerradura y su oreja presionó cerca de la madera.

— ¿Quién es? – Preguntó en voz baja y temerosa, pero del otro lado escuchó una pausa y repitió la pregunta.

— ¿Quién es? ¿Eugenie ?

— No… ¡soy yo Richard! – Respondió una voz masculina seria, en voz baja.

Esa respuesta hizo que el corazón de la joven se acelerara, sus piernas se paralizaran y un escalofrío recorrió su columna hasta la nuca. No sabía exactamente lo que estaba sintiendo, pero era algo que rayaba en el miedo, la sorpresa y la emoción al mismo tiempo.

Richard! ¡El Conde! ¿Qué quieres aquí? ¿No quieres casarte conmigo, pero quieres comprometer mi virtud viniendo sola a mi habitación a esta hora? Imagínate si supieras que soy un simple sirviente...

Abrió un poco la puerta, que sólo dejó ver la mitad de su rostro, perdido en la penumbra de la habitación y medio iluminado por la llama de la vela.

— ¿Qué deseas? ¡No puedo recibirlo solo en la habitación, especialmente a esta hora de la noche! – susurró con grandes ojos violetas asustados.

— Lo siento, lo sé. – Richard habló en voz baja, tratando de evitar despertar las habitaciones cercanas. Aunque en este momento sólo está Eugenie en las habitaciones del pasillo .

— ¿Entonces? Si lo sabes, vete. – Habló y quiso cerrar la puerta, pero su gran mano la detuvo.

—¡Esperar! ¡Déjame entrar! Prometo que no te haré ningún daño y nadie lo sabrá si me dejas entrar pronto.

— ¿Pero qué quieres? ¿Por qué no podemos tratarlo normalmente? Mañana, por ejemplo, en el salón y a la luz del día...

— Nuestra historia no es normal. Entonces necesito hablar mejor contigo, arreglar ciertos detalles sin la presencia de mi hermana y no creo que eso sea posible de otra manera. ¿Viste cómo le gustaste y lo curiosa que es?

Madeleine, vacilante un poco, lo miró con recelo. Eso no le sentaba bien a la gente ni a su conciencia. Además, Richard era tan guapo y varonil que conmovía tanto sus sentimientos. En ese momento todavía estaba vestido de cena, solo que sin su abrigo, pero vestía una camisa blanca y pantalón negro, su cabello castaño oscuro estaba ligeramente despeinado.

— Le doy mi palabra de caballero de que no le haré ningún daño.

— Está bien… Puedes pasar… – La joven abrió la puerta y Richard miró de un lado a otro del largo pasillo, luego entró rápidamente a la habitación.

A pesar de que la vela estaba encendida, no había luna en el cielo oscuro, por lo que la luz de la luna podía entrar a través de los cristales de la ventana, lo que significaba que la habitación no estaba tan iluminada como debería haber sido. Esto dio al ambiente una inquietante atmósfera de intimidad, combinada con el hecho de que la joven vestía un camisón, lo que hizo que Madeleine se sintiera profundamente avergonzada. La joven se adelantó, Richard la siguió y se sentó junto a ella en el mismo sofá. Solo tenga cuidado de mantener una separación de unos centímetros.

— ¡ *Por fin, solo!* Necesitamos hablar más sobre algunos detalles y creo que es interesante para ambos que no sea en presencia de mi curiosa hermana pequeña. – Dijo mientras se sentaba torcido en el sofá, de modo que ambos quedaran uno frente al otro.

— Entiendo… – tartamudeó nerviosamente Madeleine, su presencia allí la perturbaba de una manera extraña que era casi indecente. Además de tener miedo de no salir bien en esa conversación.

— Mantén la calma, sé que no está bien estar aquí en tu habitación. Pero no tienes por qué enojarte tanto, soy un caballero, te lo dije y nadie lo sabrá tampoco.

La joven lo miró y asintió y por unos instantes Richard fijó su mirada en ese cuello blanco, en esa larga trenza rubia que caía sobre su hombro derecho, en esos brazos expuestos por el camisón y la imaginó toda despeinada en la cama debajo. el peso de su cuerpo musculoso y varonil. Por un momento incluso se sintió culpable, imaginando algo así de parte de una doncella a la que había dado a entender que no quería como esposa y que ahora lo acogía de buen grado en su habitación. Entonces, inició la conversación en la que pretendía ser breve y no correr el riesgo de que la vieran salir de su habitación, comprometiéndola.

—Escucha, Madeleine, como sabes, no pensaba casarme, pero tu hermano te confió a mí. Así que incluso si no me caso contigo, es mi deber como hombre honorable cuidar de ti hasta que encuentres matrimonio aquí o en Londres. Cuídala tan bien como si fuera una de mis hermanas.

No le gustó mucho escuchar eso, además de que el rechazo la dolía, sentía algo diferente por Richard y no quería tener que vivir cerca de él. ¿Cómo lo soportarías? Un día él podría descubrirlo todo o tal vez en el futuro ella incluso se vería obligada a verlo casarse con otra persona.

— Lo entiendo, pero prefiero vivir sola en Londres, como dije, tengo las joyas de mi madre para sustentarme y tengo un negocio de costura y bordado. No quiero tu lástima. – Gracias a sus dones de costura y las joyas que ahora eran suyas, evitaría que volviera a ser una simple sirvienta.

Richard sacudió la cabeza con impaciencia y en ese momento tomó sus manos entre las suyas.

— Madeleine, si me permites llamarte así, no es una lástima sino una cuestión moral. Una deuda de honor. Además, tienes un origen noble, hija de un noble, no debes vivir sola como una pobre sirvienta, una huérfana sin nadie.

Al escuchar eso sintió mariposas en el estómago, un nudo en la garganta, una especie de miedo y porque él había mencionado su verdadera condición social sin saberlo.

— Bueno, eso es lo que siento: una molestia que estás soportando por lástima y yo no quiero tu lástima. – Además, no valía la pena quedarse allí si no ibas a ser la condesa, era demasiado arriesgado.

— ¿De verdad crees que una joven tan hermosa, con esos ojos azul violeta, esa apariencia de hada, ese porte regio, despertaría lástima en un hombre? Tú, como mujer, despiertas varias cosas de las que el decoro no me permite hablar, excepto la lástima... — Al decir esto, él, encantado por sus dulces ojos violetas y esa boca suya que más parecía una fresa roja. , levantó el brazo y le acarició el rostro con una mano.

Madeleine cerró los ojos y sintió un escalofrío recorrer la nuca. Al darse cuenta de que ella aprobaba el cariño, a pesar de su promesa, pero con sus instintos masculinos aflorados, se demoró en el cariño y descendió hacia la curva de su cuello.

— Richard… no… – Ella retrocedió con miedo, necesitaba preservar su virtud, para al menos casarse algún día con alguien de su verdadera clase social.

— Sé que tu crianza en un internado debió ser bastante casta, pero es solo cariño… no irá más allá de eso…

Richard, a pesar de ser un caballero, era un hombre viril, en pleno vigor. Realmente tenía la intención de ni siquiera tocarla, pero cometió el error de dar la primera caricia. De ahí en adelante, al mirar su delicado cuello y con los dedos saliendo de su rostro, dibujando la curva de su cuello, terminó bajándolo un poco más y notando unos pechos redondos, turgentes, con pezones erectos debajo de la tela de su camisón. , sin corsé, solo una camisola ligera. Luego, bajó aún más la mano e intentó acariciarlos. Pero Magdalena, cuando sintió el escalofrío, lo detuvo tomándole la mano, quitándola del pecho y mirándolo.

— No... así es como un hombre arruina a una mujer... Escuché algo así en el internado... — Habló con la respiración entrecortada.

— No, no es así. Déjame solo tocarlo, nadie lo sabrá, aquí solo estamos nosotros dos… — Preguntó con voz sin aliento por el deseo.

La joven estaba confundida, a pesar de su inexperiencia en el sexo, ese toque había dejado su cuerpo en llamas. Además de sentir que se había enamorado de Richard a primera vista, pero si él no deseaba casarse con ella de buena gana, preferiría alejarse . Ella lo miró en la penumbra, se mordió el labio y él supo que era un sí. Luego, acarició delicadamente su seno izquierdo y, sobre su camisón, lo tomó en su mano como si fuera una joya preciosa, al mismo tiempo que su pulgar

acariciaba su pezón hinchado . Mientras tanto, con el miembro ya duro, observaba a Madeleine acelerar tímidamente su respiración, sintiéndose avergonzada de enfrentarlo. Continuó sobre la camiseta, acariciando las areolas con el pulgar, haciendo movimientos circulares.

— Precioso... Perfecto... – le susurró al oído.

Capítulo 07

— ¡Maldito insomnio!

Eugenie daba vueltas en la cama, ya había cambiado de lado por cuarta vez y no conseguía conciliar el sueño. A veces esto pasaba, pero lo solucionaba cogiendo un libro para leer, sin embargo, evitaba leer en exceso por las noches. Su doncella personal la había asustado con la historia de que leer demasiado a la luz de las velas la dejaría tan miope como el reverendo Parker. La otra estrategia que utilizó fue ir a la habitación de Beatrice y hablar hasta quedarse dormida, debido a sus edades cercanas eran muy cercanas, pero su hermana estaba en Londres.

—¿Está ya dormida la señorita Madeleine? Podríamos hablar un poco, charla de chicas sin que mi hermano interrumpa. ¡Creo que iré allí!

Eugenie se levantó de la cama, se puso la bata y en medio de la habitación se detuvo y pensó un poco.

Creo que es mejor que no... ya debes haberte quedado dormido, cansado del viaje. Pero, ¿si fuera a la puerta del dormitorio y viera si había luz de velas brillando a través de la rendija debajo de la puerta?

Eugenie salió de la habitación y caminó por el largo pasillo de la mansión Crampton hacia la habitación de invitados donde estaba Madeleine. Cuando llegó a la puerta del dormitorio pensó en darse por vencido y regresar, al fin y al cabo si estaba durmiendo la despertaría. Entonces se acordó de mirar por la rendija de debajo de la puerta.

¡Luz de una vela! ¿No duerme o duerme con la vela encendida? ¿Cómo dormía cuando era niño y tenía miedo a la oscuridad?

Eugenie estaba a punto de darse por vencida, pero cuando intentaba darse la vuelta y regresar a su habitación, escuchó algo parecido a una voz y provenía del interior de la habitación. Entonces, la joven impulsivamente empujó la puerta lentamente, porque si hubiera usado las reglas de las buenas maneras y tocado, si hubiera sido su imaginación, la habría despertado. Sin embargo, la

joven vio algo que no esperaba y no pudo contener su voz de sorpresa.

— ¡Madeleine! Richard! – exclamó Eugenie mientras abría la puerta de una vez por todas.

No esperaba en absoluto encontrar a su hermano en la habitación de Madeleine, sobre todo estando ella vestida sólo con un camisón, él besándole el cuello y acariciando sus pechos. Uno de sus hombros ya estaba desnudo, debido a que algunos botones del escote se habían abierto y apartado de un lado. Por lo poco que sabía sobre los secretos de lo que sucedía solo entre un hombre y una mujer, sabía que esto era inaceptable antes del matrimonio. Gracias a su excesiva curiosidad, que ya la había llevado a escuchar subrepticiamente algunas conversaciones de las criadas.

Richard y Madeleine se sobresaltaron, rápidamente se alejaron y miraron hacia la puerta, permaneciendo sentados en el sofá. Al mismo tiempo, Eugenie salió corriendo de regreso a su habitación. Todo esto fue muy embarazoso para todos los involucrados en la situación y nunca hubieran esperado que Eugenie tuviera la idea de ir a la habitación de Madeleine a esa hora de la noche.

— ¡Ay dios mío! ¡Lady Crampton , Eugenie ! Espera… – dijo Madeleine, asustada y avergonzada, mientras intentaba ir detrás de la joven y explicarse.

— ¡No! ¡Esperar! Mañana hablaré con ella. No debería haber venido aquí, pero como lo hizo es mi obligación como hombre y caballero dar las explicaciones necesarias.

— ¿Pero qué pensará ella de mí? ¿De nosotros? No debí venir aquí y me equivoqué aún más, porque no protegí mi virtud, no debí acogerte aquí. – Habló angustiada la niña, mientras se tapaba la boca con ambas manos en señal de miedo.

Richard se levantó del sofá y comenzó a caminar en círculos ante los ojos todavía asustados de Madeleine, que en ese momento temblaba. En cuanto al conde, se le había pasado por la cabeza una idea, pero antes de hablar intentaba comprobar si no se había vuelto loco. Quería reparar el error, la mancha en la reputación arruinada de la joven, para que Eugenie no se callara y terminara comentando lo que vio a una doncella de su edad. Así, como la pólvora, el asunto se iría extendiendo poco a poco por toda la ciudad y quién querría casarse con Madeleine, la joven cuya reputación arruinó. La posibilidad restante era enviarla a Londres como ella quería, pero algo dentro de él le decía que como caballero no quería eso y como hombre quería a esa hada encantada para él.

Luego, se recostó en el sofá junto a Madeleine y, tomándola de las manos, la miró a los ojos y habló.

— ¡Cálmate, Magdalena! Probablemente arruiné tu reputación, ¡pero lo arreglaré! Mañana anunciaré a toda la casa que los dos nos casaremos lo antes posible e incluso revelaremos la historia del compromiso arreglado por tu hermano.

Cuando Madeleine escuchó eso se sintió confundida, parecía estar soñando, pero al mismo

tiempo no era la forma en que quería que sucedieran las cosas. Ella nunca quiso que ningún hombre se casara con ella por lástima u obligación, especialmente en ese caso en el que ella también se sentía culpable. Después de todo, ella era una impostora y él pensó que se casaba para reparar la reputación de una mujer noble, con quien inicialmente no había planeado casarse. Algunas lágrimas ya comenzaban a correr por las sonrosadas mejillas de la joven, ella se las secó suavemente con una mano y lo miró. En ese momento ella quería revelar toda la verdad, pero temía que él no fuera al menos piadoso y la echara de la casa en medio de la noche o, peor aún, la entregara directamente a las autoridades. Así que pensó mejor y midió sus palabras.

— ¡No, mi señor! ¡No lo acepto! No tenías intención de casarte conmigo y ahora quieres casarte por lástima o porque crees que tienes una obligación moral conmigo, ya que yo también era culpable. Mañana debo regresar a Londres. Todavía me mantengo puro, puedo encontrar a alguien que me quiera como esposa porque me ama.

Eso dejó a Richard perplejo y también celoso, no podía imaginar que ahora sería ella quien lo rechazara, así como no podía imaginarla en los brazos de otro hombre. Se levantó abruptamente del sofá y habló enojado.

— ¡No! ¡No irás a ninguna parte! ¡Te quedarás aquí y te casarás conmigo! Mañana se lo haremos saber a todo el mundo. Además, estás tan debilitado por el susto que hoy no estás en condiciones de decidir nada.
Luego, el conde salió de la habitación con pasos firmes, esta vez sin importarle ser visto por los sirvientes ni por nadie más. En cuanto a Madeleine, se arrojó en la cama, se cubrió con las mantas hasta el cuello y se abrazó el cuerpo con ambos brazos. Se sentía frágil y confusa: estaba enamorada de Richard, lo sintió desde la primera vez que lo vio. Pero no lo quería a su lado, obligado por una obligación moral, de la que también se sentía culpable. Todo el secreto que llevaba era suficiente.

Mañana temprano, antes de que todos despierten, saldré de esta casa sin ser visto y regresaré a Londres... Siento que amo a Richard, pero no es así como quiero tenerlo a mi lado... Eso no es lo que Quise decir. Madeleine me pidió que ocupara su lugar.

Después de algunos sollozos y lágrimas, la joven se quedó dormida.

Capítulo 08

— ¿Más té de milida ? – preguntó la doncella a Eugenie .

—No, gracias. – Respondió la joven con mal humor, mientras la criada comenzaba a sustituir las tazas de té frío por otras calientes en la mesa del desayuno.

El ambiente en la mesa del desayuno era pesado, cuando Eugenie llegó a la mesa, Richard ya estaba leyendo el periódico como de costumbre. Solía leer el periódico entero entre sorbos de té y siempre se quejaba cuando el vendedor de periódicos no planchaba bien el periódico, ensuciándose así las manos con tinta fresca. Ella simplemente lo saludó, sentándose con el ceño fruncido en la silla y comenzó a servirse ella misma. Parecía ocultarlo leyendo, pero se notaba que también se sentía incómodo. Luego, Richard cerró impacientemente el periódico, lo dobló y lo colocó junto a él sobre la mesa, luego de tomar un sorbo de té, se volvió hacia su hermana.

— Eugenie , este tiempo ya me está matando. Dime lo que piensas de mí, lo que quieres decir. Pero no piense mal de la señorita Taylor, no fue culpa suya.

La joven lo miró con ojos azules llenos de decepción.

— No sé muy bien qué pensar al respecto, pero según algunas conversaciones que he escuchado entre las sirvientas, lo cual no viene al caso, según conversaciones entre tú y mis hermanas sobre la virtud de una dama…

— ¡Hola, señorita! – La interrumpió con una mirada acusadora – ¿Has estado escuchando las conversaciones ocultas de las criadas? Sabes que esto no es nada bonito, ¿entiendes? Ni siquiera es apropiado para chicas de tu edad.

— Entonces, tampoco es agradable que un caballero vaya así al baño de una dama. La estaría comprometiendo y creando la obligación moral de casarse con ella. – Respondió la joven con descaro.

Richard respiró hondo, necesitaba darle un poco de satisfacción a su hermana, pero al mismo tiempo necesitaba saber qué sería apropiado decirle a su hermanita de dieciséis años y también qué le gustaría a Madeleine que le dijeran. para no empeorar la situación.

— Mira hermanita, la persona que debería tener algunas conversaciones contigo sería nuestra madre fallecida y en su ausencia, Emily como hermana mayor casada. Sin embargo, si quieres saberlo, anoche decidí casarme con Lady Taylor y hoy te lo propondré oficialmente.

Eugenie se estaba llevando la taza a los labios cuando casi la deja caer y rápidamente la colocó sobre la mesa. Luego abrió una sonrisa de alegría, mostrando sus perfectos dientes blancos.

—¡Richard! ¡No lo creo! ¿Tendré finalmente una cuñada? ¿Y será Madeleine? – Habló eufórica, luego se levantó de la silla y corrió a abrazarlo, sentándose en la silla.

— ¡Sí, lo harás!

— ¡Richard, cómo te adoro! ¡Mi hermano favorito! – Dijo la joven tirándose sobre su cuello.

— Me siento halagado, voy a fingir que no sé que soy el único hermano. – sonrió burlonamente.

Eugenie volvió a su asiento en la mesa, pero ahora sonriente y feliz. Sin embargo, cuando pasó el malestar, se dio cuenta de algo.

— Hablando de Madeleine… ¿dónde está? ¿No deberías desayunar con nosotros? – Preguntó la joven con curiosidad.

Richard encontró muy pertinente la curiosidad de su hermana, ella debería haber estado allí también, pero debió perder el momento o le dio vergüenza enfrentarlo a él y a su hermana, después de lo sucedido esa noche. Enviaría a una criada para que la llamara a su habitación, así delante de Eugenie formalizaría la petición y haría que todos volvieran a estar cómodos.

— Tienes razón, la mandaré a buscar a su habitación. Debe haber perdido el tiempo o haberse sentido avergonzado de bajarse. Debe saber rápidamente que ya no tiene motivos para avergonzarse.

Richard tocó el timbre y la criada llegó al comedor. Luego de escuchar la orden del conde, se dirigió apresuradamente hacia la habitación de invitados donde se encontraba Madeleine, sin embargo, unos minutos después la criada regresó apresuradamente y con expresión de que algo había sucedido.

— ¡Mi señor, su invitada, Lady Taylor, no está en la habitación!

— ¿Cómo es que no estás ahí? ¿Miraste bien?

— ¡Sí, mi señor! Incluso le pregunté a la criada quién era la responsable de ser su criada personal mientras ella estaba en la casa, pero tampoco la vio.

—Debió haber salido a hacer algo, completar su aseo, algo así. Vuelve a la habitación y mira de nuevo, luego mira alrededor de la casa.

La criada lo miró como si estuviera reuniendo el coraje para decir algo más, luego extendió su mano hacia él mostrando un pequeño trozo de papel doblado por la mitad.

— ¡No lo creo, mi señor! Encontré esto en la cama...

Richard, desconfiado, rápidamente tomó el sobre de la mano de la criada. Mientras Eugenie observaba todo con los ojos muy abiertos.

Richard,

Desde que llegué a esta casa tuve claro que el matrimonio no formaba parte de sus planes. Así que no quiero que te cases conmigo ahora sólo por lástima o por obligación por lo de anoche. Regreso a Londres, donde pondré en práctica mis planes que ya he mencionado. No, preocúpate, estaré bien.

Señora Madeleine Taylor

Cuando Richard leyó esa nota palideció, la ira y la preocupación se apoderaron de él. Madeleine, ¿te atreviste a desafiarlo, a huir de él? Salir sola en Edimburgo ya era peligroso para una señora salir sola, imagina viajar a vivir sola a Londres. Él nunca permitiría eso, ya sea como su prometida o simplemente como la hermana de su difunto amigo que le confió el cuidado de ella. Richard arrugó la nota y la arrojó sobre la mesa del café, completamente preparada.

— ¡Maldición! – Maldigo, incluso en presencia de mi hermana.

—¿Qué oyes, Richard? ¿Le pasó algo a Madeleine?

— ¡Sí! ¡Salió de casa en secreto esta mañana y se fue a Londres! – habló furiosamente con las fosas nasales dilatadas y sus ojos verdes oscurecidos por la ira.

— ¡Dios mío! ¿Pero por qué hizo esto? Ella debió imaginar que usted, como caballero, repararía el daño que le hizo. – Respondió la joven con admiración y con tono de reproche. – Ah… estaba tan feliz de tenerte como cuñada… — añadió con tristeza.

Richard la miró con expresión de furia y mirada decidida.

— ¡No te molestes en estar triste, porque aún la tendrás! ¡No tiene parientes cercanos y su hermano me la confió en una carta junto con su herencia! ¡Iré tras ella ahora mismo! No puede haber ido muy lejos, preguntaré por las calles, en lugares de alquiler de carruajes o incluso en pensiones para chicas. Incluso si tengo que perseguirla por el camino a Londres, ¡la traeré de regreso!

— ¡ Atinkson ! ¡Atinkson ! – Richard le gritó al mayordomo sin siquiera tocar el timbre. En segundos, incluso parecía que estaba escuchando detrás de una de las cortinas del comedor, apareció el mayordomo.

— ¿Qué quiere, milord?

— ¡Mi sombrero y mi abrigo! ¡Oh! ¡Dile al cochero que me iré ahora mismo!

— ¡Sí, mi señor! Pero antes de que lo olvide, llegó una carta de tu hermana Emily desde Londres. – Mostró un sobre en una bandeja de plata.

— ¡Carta de Emily! — ¡Déjeme ver! – exclamó Eugenie alegremente.

— La carta está dirigida exclusivamente al Conde. – El mayordomo sabiendo lo curiosa que era la joven.

—¡Déjala en mi oficina, ahora no tengo tiempo! En cuanto vuelva lo leeré.

Capítulo 09

Madeleine, a bordo de un carruaje alquilado, se detuvo frente a un antiguo edificio en el centro de Edimburgo, en el que había un cartel *: Pensión para niñas.*

Después de ser rechazada en tres hoteles muy bien considerados por ser una mujer no acompañada, decidió pensar en otras posibilidades de alojamiento, hasta organizar su salida hacia Londres al día siguiente. Un hotel sencillo le habría bastado desde el principio, pero temía que al alojarse en algo sencillo desde el principio, llamaría la atención sobre su verdadera identidad. Entonces, la joven ingresó al edificio de fachada gris, con puertas constantemente abiertas y un pequeño mostrador de mármol. Detrás de él estaba un hombre de unos cincuenta años, vestido con un traje raído y con aspecto extraño cuando la vio entrar al lugar.

— ¡Buenos días, señor!

—Buenos días, señora. – No sabía que ella era una dama o una dama.

— Soy Lady Taylor y me gustaría una habitación por un día, mañana por la mañana salgo para Londres. – Pensó para sí misma que ya estaba usando tanto ese título y apellido que por un momento sintió como si hubiera nacido con él.

El hombre la miró intrigado, preguntándose quién era aquella hermosa joven, vestida toda de blanco, que incluso tenía una apariencia extraña, como una aparición de otro mundo. Además, se presentó como una dama.

¿Una dama? ¿Caminar solo, sin acompañante y venir para quedarse aquí? Seguramente alguna cortesana de lujo que los hoteles respetables no aceptaron y pretende instalarse en la ciudad…

Madeleine ya se sentía avergonzada, parada junto al mostrador, en medio del ir y venir de las damas, a quienes los caballeros la esperaban en la recepción mal decorada. Algunos la miraban y trataban de ocultarlo, algunos como si pensaran que era hermosa y otros como si no tuviera nada que ver con el lugar.

— Tenemos una habitación, señora... perdón: *Lady Taylor* . Cuesta cinco chelines y el pago se realiza por adelantado.

Madeleine, a pesar de sentirse incómoda en ese lugar, lo único que quería era refugiarse en una habitación, y ese lugar le serviría hasta el día siguiente. Ella sonrió feliz, mientras también abría su pequeño bolso para sacar el dinero. Al recibir las llaves de la habitación, el hombre le informó en voz alta y clara.

— Aquí tienes la llave de tu habitación, pero ten en cuenta que no está permitido traer clientes al establecimiento.

Madeleine era una niña de pureza preservada, pero tampoco demasiado ingenua, había sido de un orfanato y luego se crió en Londres en un internado. Luego, al escuchar que ella se sonrojó, ¡el hombre estaba insinuando que ella era una prostituta! Intentó decir algo, aclarar o algo así, pero no fue necesario, porque detrás de ella escuchó una voz profunda y familiar.

— No tiene clientes que traer aquí ni a ningún otro lugar. La dama en cuestión es Lady Madeleine Taylor, mi prometida y espero que se disculpe por la ofensa.

Madeleine rápidamente se volvió hacia donde venía la voz. Por otro lado, al recepcionista le daba mucha vergüenza ofender a la prometida del conde de Shurtland , simplemente no podía entender, si era su prometida, qué hacía allí buscando alojamiento. Sin embargo, su papel ahora era disculparse y no cuestionar.

— Richard… – Madeleine, en plena emoción y miedo, lo llamó delante de todos por su nombre, algo que no salió bien.

— Entonces hablaremos solos, señorita, primero tengo que lidiar con él. – Miró a la recepcionista.

Richard se acercó y se paró a su lado, sujetándola del brazo, demostrando cierta intimidad y audacia. Entonces la recepcionista salió de detrás del mostrador y le hizo una reverencia a Richard.

— ¡Perdóneme, mi señor! No sabía que ella era su prometida. – aunque todo me pareció extraño.

Luego volvió a inclinarse ante Madeleine.

— Mis respetos, señorita.

— Gracias. – Respondió la joven con los ojos bajos y una voz tímida, estaba muy avergonzada por toda la situación: Desde el insulto hasta la llegada sorpresa del conde.

Richard miró al hombre, puso su mano en el ala de su sombrero y asintió, indicando que lo sentía. Luego de eso, se giró hacia la puerta de salida, llevando consigo a Madeleine del brazo, quien no estaba del todo de acuerdo con ser llevada de regreso a la mansión Crampton .

— ¡Mi señor, no debería haber venido detrás de mí! Podría arreglármelas solo...

— ¡Ah, por supuesto! Estaba a punto de quedarse en un lugar que la confundía con una cortesana de lujo. ¿Quién puede garantizar que no intentará entrar en tu habitación de madrugada con una llave maestra? Sin mencionar cuánto quedaría destruida su reputación después de eso...

Madeleine se sonrojó y abrió la boca asustada, imaginando una situación así. Nunca se le ocurrió que tal vez el lugar y quienes lo cuidaban no fueran tan respetables y escrupulosos. Respecto a la llave maestra, recordó un momento en el que una de las niñas quedó atrapada accidentalmente en su habitación del colegio de niñas y el responsable de ella la liberó abriendo la puerta con una

llave de ese tipo. Sin embargo, ahora no era el momento para una sesión de nostalgia, no se sentía cómodo regresando a la casa de Richard y si era su reputación lo que le preocupaba…

— En cuanto a mi reputación, no sé por qué hay tanta preocupación, ya que no pasa mucho tiempo antes de que tú mismo la arruines : vine a este lugar, tratándome de una manera muy íntima delante de todos, ahora iré. solo contigo en este carruaje cerrado, para dormir en tu casa. Donde todos saben que solo estás tú, tu hermana pequeña y los sirvientes. Todos allí obedecen tus órdenes...

Él la miró sorprendido por tantos argumentos, en cierto modo ella tenía razón, más si mencionaba que la noche anterior él había ido a su habitación. Menos mal que tuvo la sensatez de no mencionar que frente al cochero que estaba al lado de la puerta, acababa de colocar el escalón y abrir la puerta del carruaje.

— ¡Por favor, Madeleine, pasa! – La llevó del brazo hacia la puerta del carruaje, teniendo cuidado de no ser grosero ni lastimarla.

— ¡No quiero volver! Pero, si realmente quieres ayudarme, llévame a un hotel respetable y usa tu influencia como Conde de Shurtland para que acepten quedarse conmigo sólo por ese día y esa noche, mañana partiré hacia Londres. – Habló en tono suplicante.

— ¡Ahora no seas estúpido ni sin sentido! Mañana aparecería en los periódicos del corazón de todo Edimburgo: El Conde aloja a su amante en un hotel respetable mientras él encuentra una casa discreta donde alojarla. ¿Es así como te gustaría que te vieran? – Preguntó irritado, discutiendo los dos frente a la puerta del carruaje ya abierta.

La joven se mordió el labio, tenía que admitir que él tenía razón en ciertas cosas. Después de todo, él era un hombre algo vivido en comparación con ella, ya que tenía entre veintiocho y diecinueve años, sin mencionar su experiencia en sociedad y ella era una reclusa como sirvienta en ese internado femenino, solo salía. para ayudar con la compra de alimentos. Ella lo miró a la cara, hizo un puchero y entró al carruaje con movimientos elegantes, luego él también entró y el cochero cerró la puerta.

— ¡Podemos irnos, Sam! Mansión Crampton .

Tan pronto como las ruedas del carruaje empezaron a moverse, Madeleine se negó a mirarlo, incluso sentándose a su lado. Sin embargo, él la miró, tomó su mano y habló.

— Tú, no necesitas preocuparte por tu reputación ni nada por el estilo. Bueno, todo desde anoche hasta ahora será reparado.

Ella lo miró intrigada, no entendía a qué se refería.

— No entiendo, ¿podría ser más claro el señor?

Richard incluso encontró divertida la forma formal en que ella insistía en tratarlo. Esa pequeña

criatura que parecía tan exótica con ese velo blanco transparente que caía de su sombrero y cubría su rostro. A veces Richard pensaba que sólo un excéntrico como su difunto amigo podría haber pensado en esto: exigir un luto blanco por su hermana, como una forma de preservar su belleza y juventud. Pero el hecho es que ella ya estaba removiendo algo dentro de él. Luego, perfeccionó su tono solemne y dijo con voz profunda:

—Lady Madeleine Taylor, ¿me haría el honor de otorgarme su mano en matrimonio? ¿Quiere casarse conmigo, señorita?

Capítulo 10

— Eh ? – exclamó Madeleine sin querer, mientras sus ojos violetas se agrandaban y se tapaba la boca con su delicada mano enguantada de blanco, en un gesto de sorpresa.

Richard, afectuosamente, levantó la mano hasta el rostro de la joven y la sacó de la boca, llevándola luego a sus labios y besándola. Después de eso la miró a los ojos y volvió a hablar. Eso hizo que Madeleine sintiera mariposas en el estómago, así como la sensación de los labios ardiendo en su piel, incluso a través del guante.

—Escuche, mi señor… – Ella suavemente le quitó la mano y la colocó en su regazo.

— Richard, por favor llámame Richard — La corrigió mirándola seriamente a los ojos y ella sintió como si esos ojos verdes penetraran profundamente en su alma y corazón.

Madeleine, a pesar de sentirse conmovida por la petición, tragó saliva y trató de ocultarlo. Quería actuar con razón y no con emoción. Esto ya se estaba poniendo peligroso...

—Escucha, Richard. Hasta anoche ni siquiera sabías de mi existencia y cuando te enteraste no demostraste ningún deseo de casarte...

— Sí, tienes razón y te pido disculpas si te lastimé con eso.

— Acepto tus disculpas. Sin embargo, no quiero que te cases conmigo por lástima o por obligación moral. Ya sea mi hermano o lo que vio tu hermana anoche.

— Madeleine... no seas tonta. Tu reputación va camino de la ruina, estás solo en el mundo, tu hermano te confió a mí. Entonces, ¿no crees que son razones suficientes? Además, eres una joven hermosa y educada. La esposa ideal y madre de mi heredero.

— Gracias por los elogios, pero aun así creo que te casas conmigo, gracias y no veo ninguna razón para ello. Mantén en secreto tu visita a mi habitación de anoche y volveré a Londres. Intentaré encontrar a alguien que me quiera o incluso vivir como una solterona respetable.

— ¡No! ¡No volverás a ir a ningún lado! ¡Olvídate de esta historia de Londres! ¡Su destino ahora es ser la nueva condesa de Shurtland ! – Era serio y posesivo, no le gustaba la idea de que ella viviera sola en Londres y mucho menos que buscara un hombre que la amara.

Entonces, Richard, sin que ella esperara, le levantó el velo, tomó su rostro con ambas manos y colocó sus cálidos labios sobre esos suaves labios que más parecían una fresa para ser devorada. De repente, a Madeleine le pareció que el mundo exterior había terminado y que ahora todo estaba confinado al interior de ese acogedor carruaje con sus asientos acolchados y sus cortinas corridas. Al principio ella no sabía cómo reaccionar, de hecho en el fondo no quería reaccionar pero quería corresponder. Nunca antes la habían besado y sentir la suave lengua de Richard entrando en su boca y explorando lentamente cada centímetro de su interior la dejó sin aliento.

Sin embargo, la naturaleza es sabia y ella instintivamente terminó correspondiendo, al sentir sus grandes manos, debajo de su sombrero, acariciando su nuca y sus brazos. Cuando la soltó, ella estaba sin aliento y sintiendo una suavidad en todo el cuerpo, algo que no podía explicar exactamente, sólo sentir...

— Lo siento, sé que fui muy atrevido, tal como lo fui cuando entré a tu habitación. Pero me haces perder la cabeza cuando te comportas así. – Dijo mientras pasaba una de sus manos por su cabello negro con impaciencia.

— No es necesario que pidas perdón. Yo también le correspondí… – Dijo la joven avergonzada. Su corazón latía aceleradamente y su rostro estaba rosado, ardiendo hasta el punto de ponerse rojo.

— Pero eso no es lo que quería escuchar...

— ¿Y qué quería oír el *señor ?* – preguntó con descaro.

— ¡Tu *prometido* quiere escuchar un sí! – Respondió provocativamente, mientras tomaba tu mano y acariciaba los pequeños nudillos de tus dedos.

Madeleine lo miró, entreabrió los labios y habló lentamente, con esa boca naturalmente roja que Richard a veces comparaba con un corazón, a veces con una fresa. A veces con solo mirarla tenía que intentar contener una erección, pero era algo involuntario, pero si todo salía como ahora quería, ella pronto sería su esposa…

— Entonces, si eso es lo que quieres escuchar: ¡Sí, acepto!

Richard intentó decir algo, pero ya casi estaban en la puerta de la mansión Crampton , solo tuvo tiempo de dar una sonrisa conquistadora cuando escuchó la respuesta, tomar su mano y llevarla a sus labios.

— Muy bien querida, prometo intentar hacerte muy feliz.

Cuando el cochero detuvo el carruaje frente a la puerta de la mansión, Madeleine todavía estaba un poco abrumada por todo lo sucedido desde la llegada de Richard a la casa de huéspedes hasta entonces. El cochero puso el estribo en el carruaje, el conde bajó, le tendió la mano a Magdalena, que también bajó. Toda esa confusión había tomado casi toda la mañana, eran casi las diez del día, el sol brillaba en el cielo. De repente, Richard estaba parado frente a ella...

— Mi Señor, perdóname, Richard, ¿por qué me miras así? – preguntó con curiosidad y le dio una sonrisa tímida.

— Es que, vestida toda de blanco y con ese velo cubriéndote el rostro, pareces una novia… – Habló con mirada de deseo.

— Ah, Richard, no me dejes avergonzado... cosas sobre mi difunto hermano. Como ya sabes.

— Sí, lo sé y estoy empezando a amar esta visión. Ahora toma mi brazo y entremos juntos a la mansión. Eugenie estará muy contenta con vuestro regreso y más aún con el anuncio de nuestra boda.

Capítulo 11

— ¡Madeleine! Richard, ¡me alegra que la hayas traído de vuelta!

Eugenie se levantó del sofá y, con los brazos abiertos, fue a su encuentro en cuanto los vio entrar en el salón. Madeleine, avergonzada, soltó el brazo de Richard y le devolvió el abrazo. Todavía estaba avergonzada por lo que la joven había visto en la habitación, por su fuga temprano en la mañana y ahora por pensar en Richard dándole la noticia de la boda.

— Bienvenido de nuevo y no vuelvas a hacer algo así, nos preocupaste. – Habló la joven luego de soltarla y colocarse muy cerca de ella.

— Gracias, querido. Prometo no volver a hacerlo. – Madeleine miró a Richard a su lado y le dirigió una mirada de complicidad, luego sonrió amablemente a su futura cuñada.

—Ya no lo hará, hermanita, porque Madeleine vivirá aquí. – dijo Richard con una mirada pícara hacia su novia.

— ¿Aquí? – Eugenie se llevó ambas manos a la boca, sorprendida. – ¡Pero esto es maravilloso! ¡Imagínense cuando Beatrice regrese y encuentre otra mujer en esta casa! Un hogar femenino siempre es más feliz.

— Estoy de acuerdo hermanita, pero al escuchar a la gente hablar así, parece que mi compañía es aburrida.

— ¡No, Richard, mi querido hermano! Pero los problemas son diferentes entre las mujeres. Pero... espera... ¿cómo vas a conseguir que Madeleine se quede aquí? ¿Serás responsable de ella? ¿Serás tu tutor?

Richard y Madeleine volvieron a intercambiar miradas cómplices y la joven le dedicó una sonrisa tímida, esperando que él manejara la situación.

— No, hermanita. ¡Ella será mi esposa! Madeleine y yo nos casaremos lo antes posible.

De repente, Eugenie lanzó un grito de excitación y empezó a saltar delante de él y a batir palmas, como un niño que acaba de recibir un caramelo o su juguete favorito. Incluso encontraron interesante ese comportamiento, fue genial que Madeleine fuera tan bien recibida por su cuñada, pero Richard tuvo que intervenir.

— Eugenie ... Me alegra que lo apruebes, pero al verla comportarse así, sigo pensando que no ha crecido lo suficiente como para pensar en participar en temporadas o que gasté dinero en clases de etiqueta en vano. – dijo Richard burlonamente.

Entonces, al oír esto, la joven se contuvo y trató de comportarse más adulta y refinada. Después de todo, quería parecer una adulta y también encontraba fascinante el comportamiento refinado de Madeleine y pretendía inspirarse en ella. No es que Eugenie no fuera una chica educada, pero a veces, a los dieciséis años y soñando ya con participar en eventos sociales, cuando se excitaba todavía dejaba que la niña prevaleciera dentro de ella.

— ¡Tienes razón, Richard! Bienvenida, cuñada. – Las jóvenes se abrazaron nuevamente.

— Gracias Eugenie , siempre quise tener una hermana y ahora estoy feliz de tenerla.

— Ganaste tres, cariño: yo, Emily y Beatrice. Emily casi no viene aquí, pero algún día podremos visitarla en Londres y Beatrice volverá pronto. Hablando de eso, Richard, llegó una carta de Emily, ¿recuerdas?

Ante toda la conmoción, Richard había olvidado que había llegado una carta de su hermana temprano en la mañana. Debe ser algo importante, era mejor leerlo pronto, antes del almuerzo, que ya casi era hora de servirse.

— Tienes razón. Le pediré a Atinkson que lo traiga a la habitación.

Todos se sentaron en la sala y Richard tocó el timbre para llamar al mayordomo. Mientras las damas se ajustaban sus voluminosas faldas para sentarse elegantemente en el sofá.

— ¡Sí, señor!

— Atikson , por favor tráeme la carta de la duquesa que llegó esta mañana.

Cuando el mayordomo salió de la habitación hacia la biblioteca, su conversación continuó alegremente. Aunque Eugenie estaba llena de preguntas, intentaba contenerse para que Richard no la encontrara infantil e incómoda.

— ¿Y luego? ¿Cuándo se casarán?

— Bueno… – comenzó Madeleine y él la interrumpió.

— ¡Lo más rápido posible! Como somos nobles, pediré una licencia especial.

— ¿Pero qué pasa con el ajuar? ¿La fiesta?

Eso fue lo que hizo reaccionar a Madeleine, después de intercambiar miradas como conde.

— ¡Ya tengo el ajuar, lo traje conmigo en mi baúl! Al menos lo básico para una novia. En cuanto a la fiesta, no la habrá porque estoy de luto por mi hermano.

— ¡Allá! ¡Lo siento, Madeleine! Siempre olvido que verla vestida así toda de blanco, no puedo asociarlo con luto. ¡Perdón! – se disculpó Eugenie torpemente.

Madeleine sonrió comprensivamente, Richard allí observando su conversación, pensó que tal vez su amigo no le había jugado una mala pasada al transmitirle a su hermana junto con la herencia, sino que le había regalado un tesoro. Pero Atikson interrumpió sus pensamientos cuando llegó llevando una pequeña bandeja de plata en la que contenía la carta de su hermana residente en Londres.

Richard tomó la carta, la abrió lentamente y tan pronto como vio el papel, su rostro se puso pálido y sus ojos se abrieron como platos. Eugenie se dio cuenta, mientras lo miraba abrir la carta, que anhelaba noticias sobre su hermana; de hecho, todo lo que tenía que ver con sus hermanas, las temporadas sociales, Londres, le interesaba.

— Vaya, hermano mío… ¿qué pasó? ¿Qué cara es esta? – preguntó Eugenie asombrada y Madeleine creyó prudente limitarse a observar. Aún no era miembro oficial de la familia, para inmiscuirse en ciertos asuntos.

Richard la miró, arrugó el papel y lo arrojó enojado en la esquina del sofá. Luego, con la mandíbula apretada, miró a su hermana y respondió:

— Emily me pide permiso para que Beatrice se case.

— ¿Ya? Beatrice consiguió una boda en la primera temporada, ¡qué felicidad! Pronto seré yo, ya me imagino ayudando a organizar su ajuar, la fiesta.

Richard le habló a su hermana de una manera que no coincidía con su euforia y su cara feliz.

— No lo entiendes, no habrá nada de eso: ¡Beatrice se ha visto envuelta en una situación delicada y *necesita* casarse para evitar un escándalo! ¡Por Dios que es un buen matrimonio, pero no habrá tiempo para fiestas, solo cásate y listo! Lo autorizaré y me ocuparé de mi matrimonio con Madeleine.

El silencio se apoderó de la habitación y Eugenie pensó que era mejor no preguntar nada más, pudo ver que los ojos de Richard no estaban bromeando. Más tarde, planeó tomar ese trozo de papel arrugado en la esquina de la pared e intentar descubrir más detalles sobre lo sucedido...

— ¿Entonces habrá dos matrimonios en la familia al mismo tiempo? – incluso se arriesgó a preguntar.

— ¡Sí! No puedo mantener a Madeleine bajo el mismo techo que yo sin casarme, eso dará mucho que hablar. Como no tiene parientes que la acojan, ¡y mucho menos la dejen en una pensión para niñas!

— Verdadero...

— Richard... podemos esperar un poco...

— ¡No! ¡Nos casaremos sin fiesta aquí y nuestra hermana se casará sin fiesta en Londres! Le advertí sobre los chicos y la sociedad londinense, ¡pero por falta de aviso no fue así! Menos mal que Emily y el duque de Cantrell están solucionando toda la situación lo más rápido posible.

Madeleine se alegró al oír eso, pero su conciencia estaba tranquila cuando se ofreció a esperar. Así que ahora tocaba esperar lo antes posible a que ella se convirtiera en la nueva Condesa de Shurtland , lo que la haría muy feliz. No sólo porque era condesa, sino porque era una esposa, la esposa de Richard, de quien se sentía enamorada, pero sólo pensar en eso le provocaba mariposas en el estómago y ansiedad al pensar que pronto habría una noche de bodas entre ellos. los dos..

Capítulo 12

—¿Vas a salir otra vez, Richard? Podrías llevarnos a recorrer la tienda de dulces. – le cuestionó Eugenie al verlo pasar por la sala, donde estaban los dos, con abrigo, sombrero y bastón.

— ¡Oh! Me encantaría… – Madeleine lo miró con esos ojos violetas que tanto lo conmovían y le regaló una dulce sonrisa. Eso de alguna manera afectó no sólo su corazón, sino también su conciencia.

— Sí, necesito resolver algunos problemas comerciales. Pero prometo tomarlos otro día.

Así que salió de la mansión, subió al carruaje y ordenó al cochero que se dirigiera a su dirección habitual. De hecho, algo que había durado casi dos años. Luego, después de un tiempo en un discreto barrio familiar de Edimburgo, el carruaje se detuvo frente a una encantadora cabaña de ladrillo rojo con flores en la ventana. Bajó del carruaje y se detuvo frente a la casa, esperando unos minutos como si estuviera ensayando.

Siempre supe que este momento llegaría algún día, solo espero que esté preparada. Después de todo, nunca te hice falsas promesas ni te di ilusiones...

Richard tocó el timbre y en cuestión de segundos abrió la puerta una criada que ya lo conocía. De hecho, la única empleada doméstica de la casa, considerando que es una casa cómoda pero pequeña que ha sido habitada por una sola persona desde hace casi dos años…

— ¡Bienvenido, mi señor! – Lo saludó la criada discretamente, pero con una expresión familiar.

— ¡Gracias! – Le entregó su sombrero y su bastón – Dile a tu jefe que estoy aquí.

La criada era una mujer discreta de unos cuarenta años, vestía uniforme azul marino y siempre lo trataba con mucha discreción, pues sabía quién era y en qué culminaban las visitas. Sin embargo, ese día le pareció extraño que el Conde no se hubiera limitado a saludarla, preguntarle por la señora Berta y haber ido a recibirla a su habitación. Al fin y al cabo, al fin y al cabo, él también era el dueño de esa casa, el que había colocado allí a su amante y el que pagaba las cuentas. Era común visitarla todas las semanas, en cuanto a su jefe, ella solo lo recibía en su casa y a muy pocos amigos del mismo círculo social y hábitos de vida similares a los de ella. Sin embargo, lejos está de ella, como sirvienta, cuestionar esto.

— ¡Sí, señor! Te lo haré saber. – La criada subió las escaleras hacia el dormitorio principal de la casa.

Momentos después, una mujer exuberante, ataviada con un vestido rojo muy escotado, maquillada, con el cabello recogido al frente y parte del mismo cayendo hacia atrás, sin duda esperaba y vestía para recibir a alguien, muy íntimo: El Conde. de Shurtland .

— Richard… ¿por qué no subiste como siempre? Sabes que me gusta que me sorprendas,

cariada . – La mujer con fuerte acento galés se arrojó a sus brazos y él se levantó de su silla para darle la bienvenida, cuando la vio bajar las escaleras.

Berta, con las manos alrededor de su cuello, con su cuerpo pegado al de él, le ofreció sus suaves labios de color rojo carmín. Pero Richard apartó suavemente la cara y luego le quitó los brazos del cuello y la alejó lentamente.

—Pero ¿qué pasó, mi amor? Es tan extraño hoy... ¿Hice algo que no te gustó? Ya sabes que siempre salgo con alguien para mantener el respeto, no compro más de mi límite de crédito en tiendas o en tiendas de moda y soy exclusivamente tuya. – argumentó, haciendo pucheros, pero de una manera nada inocente, incluso haciendo que esos labios parecieran un poco obscenos.

Richard la miró, ensayó sus palabras, no la amaba, nunca la engañó, pero sentía cierta lástima por ella. Al fin y al cabo, sin un protector, la vida era difícil para este tipo de mujeres, pero ya lo había arreglado todo con su abogado. Él le compraría esa cabaña y le daría una buena asignación durante un año mientras ella no encontrara un nuevo hombre. Era hermosa, joven, experimentada y con su apoyo pronto se recuperaría. Simplemente ya no quería mantener esa conexión, ahora que tenía a Madeleine, porque estaba enamorado y ahora quería experimentar un matrimonio y un amor verdaderos, como nunca había soñado vivir.

— Berta, por favor siéntate, tenemos que hablar. – Habló seriamente, intentando no ser insensible.

Entonces, Richard le habló de Madeleine, la boda que estaba por realizarse y que estaba rompiendo el vínculo de amantes que existía entre ambos. Sin embargo, su abogado vendría a visitarla para arreglar todo y no dejarla indefensa, pero eso fue todo. No tenía intención de tener un amante después de casarme. De hecho, como sólo faltaban quince días para la boda, esa ya era la despedida.

— ¡Por favor, mi señor! ¡No me dejes! Me encantan nuestros encuentros, nadie me satisface más en la cama que tú y seguro que te gusta el placer que te doy! – Ella se sentó en la silla, frente a la de él, le suplicó.

—¡Mira, Berta! Nunca te engañé, sabías que nuestra relación algún día terminaría y sin querer ofender, no eres una doncella inocente. Soy tu segundo protector y pronto encontrarás otro, pero mientras tanto no te dejaré desamparado, como ya te expliqué.

La mujer, en unos instantes, se levantó de su silla y cayó en su regazo, intentando seducirlo, pero él se mantuvo firme. Luego, la tomó de su regazo, se levantó y recogió su sombrero y su bastón para salir de casa. Pensó que sería posible ponerle fin de forma civilizada y sin herir sentimientos, pero se dio cuenta de que no era posible. Entonces, mientras ella todavía intentaba aferrarse a él y a su abrigo, abandonó la residencia. Cuando él cerró la puerta de golpe y se fue para siempre, ella cayó en el sofá llorando convulsivamente. Después de llorar un poco, levantó la cabeza y su mirada ya no era de amor, sino de odio y venganza.

— ¡Maldición! ¡Maldición! ¡No quedará así! ¡Tú me pagas! – Gritó, mientras golpeaba el sofá de

terciopelo.
La criada al escuchar los gritos llegó angustiada a la sala, cuando se topó con el lugar dedujo lo sucedido. Después de todo, ya había sido criada de otras mujeres como Madame Berta.

— Tranquila señora… ¿quiere un té?

— ¡No! ¡No! ¡No, no quiero nada! ¡Quiero venganza! – Gritó con cara de angustia y el maquillaje manchado por las lágrimas.

Mientras tanto, dentro de su carruaje, Richard, observaba la calle y pensaba en todo, en el camino de regreso a la mansión. Me sentí aliviado, porque sentí que había hecho lo correcto, pero al mismo tiempo sentí un poco de lástima por Berta, habían pasado casi dos años. Fue una suerte que ahora estuviera en paz con Madeleine y también con Berta, por el modo en que la dejó bien apoyada. Sólo esperaba que ella fuera como los otros ex amantes de hombres solteros, que se resignaron al matrimonio de su amante y buscaban un nuevo protector.

Capítulo 13

Después de cenar todos fueron a la sala de música. La sala de estar estaba en el piso superior de la casa, al final del largo pasillo que conducía a los dormitorios. De hecho, parecía más bien un salón de baile, ya que había espacio para que la gente bailara, sofás acolchados, un piano de cola en la esquina de la sala, al lado del sofá y balcones que daban vistas al jardín. Por cierto, la luna en el cielo era maravillosa y a pesar de los candelabros que iluminaban la habitación, su luz natural también ayudaba a colaborar magníficamente con la iluminación de la habitación.

—¡Eugenie ! Toca algo más alegre, hoy estás muy melancólico. Además, quiero llevar a mi prometida a bailar. – Richard, sentado junto a Madeleine en el sofá, bromeó en tono de broma.

— Querido hermano, me estoy esforzando mucho, pero recuerda que no soy tan buena como Emily al piano. – respondió Eugenie sentada al piano.

— Sí, lo entiendo. – dijo Richard burlonamente.

— Richard, por favor… así avergonzarás a Eugenie . Ella ya nos está haciendo un favor jugando para nosotros. – dijo Madeleine amablemente, mientras tocaba el brazo de Richard sentado a su lado y le sonreía a su cuñada.

Esa fue también una salida para Madeleine, animar a Eugenie a tocar el piano, ya que al principio tenía miedo de que la invitaran a tocar y, aunque tenía los buenos modales de una dama, no sabía tocar el piano. piano. Observaba las clases de etiqueta desde lejos, era algo posible, ahora aprender a jugar solo viendo las clases de las niñas en el internado era prácticamente imposible.

— Gracias futura cuñada, me salvaste de recordarle a mi querido hermano que te hago dos bondades: ¡Tocar para ti y ser acompañante! Nuestra madre siempre decía que *el compromiso no es matrimonio.* – Dijo la animada joven, mirando a su hermano.

Richard soltó una carcajada y Madeleine su habitual hermosa y encantadora sonrisa. Así que Eugenie siguió tocando el piano concentrada, intentando hacerlo lo mejor posible. De repente entró una nueva doncella con una taza de té, se acercó a Richard y Madeleine y les sirvió, luego se dirigió a Eugenie y colocó la taza sobre el piano mientras la llenaba.

— ¡Tú ganas, Richard, intentaré jugar algo más feliz! – dijo Eugenie mientras con una mano pasaba la página del libro de partituras colocado encima del piano.

Sin embargo, al realizar este movimiento, Eugenie, que no era tan hábil y la criada novata no lo sabía, la joven pianista golpeó la taza con el codo, derramando una buena cantidad sobre la falda de su vestido de muselina celeste.

— ¡¡¡¡Allá!!!!

— Eugenie , ¡ten cuidado! – exclamó Madeleine

— ¡Lo siento, señorita! ¡Perdón! – Se disculpó preocupada la criada, mientras intentaba limpiar el desorden y ayudar a Eugenie .

— ¡Ay dios mío! Me ensució todo el vestido… – Dijo la joven con cara de desánimo.

— Lo siento señorita, soy muy torpe.

— ¡No! ¡Yo soy el torpe, todo el mundo lo sabe! Por favor, no te culpes.

— ¡Gracias señorita! ¿Qué puedo hacer para ayudarla? – Dijo la criada angustiada.

— Primero cálmate, ¡todo está bien! En serio... solo voy a salir unos minutos de la habitación para cambiarme de vestido, ya que aún es temprano y la noche es muy agradable.

La joven se levantó del banco del piano y se dirigió hacia la puerta, pero antes de asustarse se dio vuelta y dijo en tono de broma.

— Richard y Madeleine, portaos bien en mi corta ausencia, volveré en un momento. – Habló de buen humor, con una expresión pícara en el rostro y el dedo índice apuntando.

Tan pronto como Eugenie salió de la habitación, Richard, que estaba sentado junto a Madeleine en el mismo sofá, rápidamente la atrajo hacia él, casi haciéndola sentar en su regazo.

—¡Richard! ¿Escuchaste lo que dijo tu hermana? El compromiso no es matrimonio… – Ella casi se sentó en su regazo, medio hacia un lado, le dio unas palmaditas en el hombro y lo miró. Hacía unos días había dejado de usar ese velo blanco dentro de la mansión que, en señal de luto, cubría su rostro. Entonces se le presentó tu hermosa sonrisa y esa mirada violeta.

— ¡Oh! ¡No escuché esa parte! Sólo escuché la parte en la que dijo que volvería en un momento. – habló burlonamente y la miró como si fuera el lobo feroz hacia Caperucita Roja.

Richard la miró con una expresión llena de deseo y pasión, luego la besó en la frente. Después de eso, lentamente pegó sus fuertes labios a los de ella y con su lengua exploró esa suave boca, haciendo dulces sonidos de succión. Además de chupar esos labios carnosos y naturalmente rojos. Finalmente, cuando el beso se detuvo, él tenía su mano acariciando la nuca de ella, ese suave cabello rubio, atado a la coronilla con algunos mechones sueltos, y le habló al oído.

— Ven a mi habitación esta noche...

— No, Richard... no está bien... — Dijo sin aliento, mientras su corazón se aceleraba y un calor se apoderaba de ella.

— Tonto... llega un momento en que no hay bien o mal entre una pareja. Además, sólo faltan quince días para que nos casemos...

— Entonces, será mejor que esperemos. Tú mismo *acabas de mencionar*...

— Soy un hombre viril, lleno de energía, no aguantaré tanto... Incluso he despedido a mi amante...

Al escuchar que Madeleine se sentía extraña, supo que los hombres tenían amantes o iban a lugares inapropiados para hacer lo que no se podía hacer con una dama con quien casarse. Pero aun así escuchar eso le puso un poco celoso, no sabía que tenía una amante para estos fines específicos, como tantos otros, pero debería habérselo imaginado.

¿Amante? Debería haberlo sabido... He oído que todo el mundo lo tiene, al menos hasta el matrimonio. ¿Pero qué pasa si no acepto y él la vuelve a ver? No quiero a Richard en los brazos de otra persona...

Richard notó su vacilación, pero también se dio cuenta de que había exagerado la invitación, tal vez ella realmente no aceptaría. Pero ¿qué tal un término medio?

— Por favor, si aún no puedo tenerte del todo, al menos un poco.

— ¿Qué quieres decir con un poco? – preguntó en voz baja con recelo.

— Después de que todos estén dormidos, ven a buscarme aquí en la sala de música, se apagará y nadie se dará cuenta. Prometo que su honor estará intacto. – La miró con una mirada provocativa y una voz ronca.

— Está bien, acepto. – Respondió ella, después de pensar un poco.

Después de sellar el pacto relativo al encuentro, apenas hubo tiempo para intercambiar una palabra más, ya que Eugenie regresó a la habitación e hizo un ruido a propósito como para avisar de su llegada.

— ¡Regresé! ¿Dónde nos detenemos realmente? – Dijo mientras sacaba el taburete del piano y se sentaba, luego los miró a los dos. – Vaya, este sofá parece haberse encogido en mi ausencia.

— ¡Me alegro mucho de verte de regreso, hermanita! –Richard habló burlonamente. – ¡No sabes cuánto! ¿Pero qué estás mirando?

— Recordando algo que dijo nuestra madre...

— ¿Qué?

— El sofá de los novios, siempre se encogía ante la ausencia de su acompañante...

Al escuchar esto, Madeleine se alejó avergonzada y Richard se rió a carcajadas.

Capítulo 14

— ¡Bueno, señoras! La noche fue muy agradable, pero creo que es hora de retirarme. – dijo Richard fingiendo estar cansado, mientras sacaba su reloj del bolsillo y miraba la hora.

Madeleine, sentada a su lado, sintió que su corazón latía más rápido al oír eso. Sabía que la voz cansada del novio era pura simulación y lo que habían acordado para más tarde. En el fondo ella también quería eso, pero estaba ansiosa y un poco asustada. Miedo por el momento y miedo a que les pillen, pese a que sólo faltan quince días para la discreta boda.

— Realmente fue una noche muy agradable, pero parece que todos estaban cansados. Ya me siento un poco mal… – La joven habló con pereza y le lanzó una mirada pícara a Richard al mencionar *el malestar* …

Richard respondió a la insinuación y picardía de su prometida con una mirada inquisitiva.

"¿Indispuesto? ¡No seas travieso! No te atrevas a perdértelo…"

En el fondo, eso era lo que esos ojos verdes intentaban decirle a Madeleine.

Eugenie, siempre tan inteligente, no se dio cuenta del intercambio de miradas entre la pareja, ni de lo que estaban haciendo. Sólo que, cuando escuchó a su hermano, dejó de tocar el piano y casi exhaló un suspiro de alivio.

— ¡Uf!

En realidad, tocar el piano no era su regalo ni su diversión favorita. En la próxima reunión, le daría a su futura cuñada la oportunidad de mostrar sus habilidades con el piano y tocar algunas canciones. Madeleine, sí, parecía una excelente pianista, igual que su hermana Emily. En cuanto a su hermana Beatrice, estaba más interesada en escribir, algo que Richard y su difunto padre no

aprobaban. Eugenie todavía estaba buscando sus talentos, a pesar de ser también una chica bien educada. En el fondo pensaba que su talento consistía en amar y ser amada en un futuro próximo. En cuanto a Richard, debería contentarse con algunas canciones, admirar la belleza y la gracia de la novia al piano y no utilizar más a su hermana menor como acompañante, mientras intentaba cada vez más reducir la distancia entre los dos en el sofá.

— Estoy realmente agotada… – Eugenie cruzó las manos por encima de la cabeza y se estiró. El cuerpo de la inteligente joven de dieciséis años ya tenía las curvas de una mujer.

—¡Eugenie ! ¡No es elegante que una dama se estire! ¿Qué debe pensar de esto Madeleine, con toda su refinada educación?

— Richard… – Madeleine tocó delicadamente la manga de su abrigo. – Sé que no es elegante, pero si soy tu prometida, casi tu esposa, las pequeñas etiquetas no necesitan ser seguidas al pie de la letra…

— ¡Gracias cuñada! Este hermano pequeño mío es a veces un tirano al vigilar mis modales. – habló en tono cómplice y Madeleine le correspondió con una dulce sonrisa.

El trío salió de la sala de música, antes de apagar todas las velas de los candelabros que iluminaban la sala. Cuando salieron todos juntos de la habitación, Madeleine incluso echó una discreta mirada hacia atrás y al observar el ambiente casi completamente oscuro, sintió mariposas en el estómago. En el largo pasillo de la mansión Crampton , donde todos ocupaban espacios reducidos, todos se retiraron a sus habitaciones.

¿Debo aparecer en camisón, por muy compuesto o vestido que esté? Estando vestido, si ves a un sirviente podrías sospechar...

Estos eran los pensamientos de Madeleine mientras se miraba en el espejo de su habitación. Había pasado casi una hora desde que ella, Eugenie y Richard abandonaron la sala de música. Se esperaba que la niña ya estuviera dormida y los sirvientes también. Se había desatado el largo cabello rubio dorado y lo había trenzado en una sola trenza. Llevaba un camisón largo de algodón blanco, que le cubría los brazos y el pecho, con sólo una hilera de botones en la parte superior donde habría un escote. Desde el cuello hasta el regazo. Debajo del camisón pensó que lo mejor era no dejar el corsé, al fin y al cabo ya estaba lista para *dormir* , dejando sólo la camisera debajo del camisón.

¿Realmente debería ir? Después de todo, ¿qué pasará en esta reunión? Siempre escuché a las institutrices enseñar a las damas que una dama debía ahorrar hasta el día de su boda y eso era lo que ella pretendía hacer. Además, si descubriera toda la verdad antes de casarse...

Madeleine abrió lentamente la puerta de su habitación, asomó la cabeza y miró con curiosidad a ambos lados. Sólo el silencio se apoderó del gran pasillo, iluminado por algunos candelabros en posiciones estratégicas, los demás ya habían sido apagados por los sirvientes. Luego, con los pies descalzos sobre el frío suelo, evitando hacer ruido, caminó suavemente por el pasillo, al pasar frente a la puerta del dormitorio de Eugenie , incluso contuvo la respiración.

¡Ay dios mío! ¿Qué estoy haciendo...?

Pensó mientras caminaba por el largo pasillo, en cierto modo, incluso ese lugar oscuro ya le estaba dando cierto miedo, no es que ella creyera en fantasmas.

Cuando llegó a la habitación, la puerta estaba entreabierta, tomó la manija y la empujó lentamente. La habitación estaba prácticamente a oscuras, sólo iluminada por la luz de la luna que entraba a través de las cortinas abiertas de la ventana de vidrio del balcón. Miró hacia los muebles y el piano, delineados por las sombras y no vio a nadie, el coraje ya se le estaba escapando, pensó en cerrar la puerta nuevamente y regresar a su habitación. Pero fue entonces cuando se escuchó una voz profunda llamando suavemente, proveniente del balcón.

— Madeleine, cariño, estoy aquí... Ven... No sabes con cuánta ansiedad esperé, incluso dudaba que vinieras... – murmuró Richard con voz profunda.

Richard, que salió de detrás de las cortinas del balcón, vestía sólo una fina camisa blanca, medio abierta en el pecho y pantalones negros, con el pelo oscuro despeinado. Le tendió la mano, quien, medio hipnotizada, cruzó la habitación y se reunió con él en el oscuro porche. Sólo la luna como testigo...

Capítulo 15

Madeleine tomó la mano extendida de Richard, lo que hizo que él la arrastrara lentamente hacia la parte más oscura del balcón.

— Richard… insinuaste que era solo un *ensayo*… – recordó con voz temblorosa, mientras él envolvía sus fuertes brazos alrededor de su delicada cintura, por encima de su camisón.

— Lo sé, de hecho prometí que tu pureza permanecería intacta… Sabes, tienes un agradable olor a flores en primavera… – Dijo mientras acercaba su boca y mordisqueaba el lóbulo de su oreja.

— ¿Crees que sí? – dijo tímidamente.

— Sí… – La acercó más a él, presionando su cuerpo contra el de ella y sus manos acariciando su espalda a través de la tela. – Hmm … estando sin corsé…

— Es que ya estoy lista para dormir, no duermo con corsé… – Habló suavemente, su timidez se había combinado con una sensación extraña y nueva para ella, que le dejaba la voz sin aliento.

Continuó besando su oreja, bajando por su cuello, al mismo tiempo que sus fuertes manos realizaban movimientos circulares y delicados sobre su espalda. Una especie de masaje para relajarla.

— Veo que estás nervioso... cálmate... sólo sucederá lo que tú permitas...

Mientras decía esto, la miró, tomó su delicada barbilla con una mano y la besó suavemente al principio, transformándose gradualmente en algo más sensual. Sus labios sabían a fresas silvestres. Ella sentía el beso cada vez más caliente, sus cuerpos más juntos, algo duro debajo de

sus pantalones presionaba contra su vientre y sentía una agradable suavidad invadiendo todo su cuerpo. De repente sintió que él se volvía un poco más atrevido, metió su mano debajo de su camisón y levantó la tela hasta la mitad de su muslo, colocándola contra la pared y acariciando sus suaves muslos.

— Richard… – Dijo confundida.

— No hay necesidad de tener miedo ni miedo… Sé que tú también me deseas… Escucho tu respiración entrecortada, tus labios entreabiertos, tu forma de mirar. También aquí...

Luego, mientras decía eso, Richard alejó un poco su pecho de ella y con ambas manos cubrió sus redondos senos sobre su camisón, luego con sus pulgares masajeó los dos pezones erectos. Eso hizo que Madeleine suspirara de placer, a pesar de ser inexperta, sus instintos actuaron por ella. Richard rápidamente llevó una de sus manos a los botones de sus pantalones y los abrió, sacando su duro miembro, mientras apoyaba a Madeleine contra la pared. La joven le rodeó el cuello con sus brazos y sus muslos regordetes alrededor de su cintura, mientras él sujetaba ambos muslos y apoyaba a la joven contra la pared. Su beso pasó de inocente a salvaje, Madeleine se retorció y se aferró a él, sintiendo la urgencia de algo, una necesidad que crecía y ardía en su interior. Sin embargo, cuando Richard consideró realizar el acto, se escuchó que la puerta de la sala de música se abría de repente.

— ¡Ay dios mío! – exclamó Madeleine suavemente y asustada o al menos lo intentó, mientras el conde rápidamente le tapaba la boca con la mano.

Estaban escondidos detrás de la pesada cortina del balcón oscuro, estaban bien camuflados, Richard estiró el cuello para ver quién era el entrometido. Mientras tanto, una mano cubrió la boca de la joven, sus ojos violetas casi se salían de su rostro por el asombro, y con la otra mano masajeó suavemente su espalda para que pudiera relajarse sin llamar la atención.

El intruso fue el mayordomo Atinkson , probablemente olvidó algo en la habitación o pensó que habían encendido una vela y, sin dormir, vino a comprobar.

" *Maldito mayordomo"*, maldijo Richard mentalmente.

Tan pronto como el mayordomo salió de la habitación, Richard lo miró a los ojos y habló en voz baja, antes de quitarse la mano de la boca.

— Oye, esperemos un poco a que salga de la habitación, porque puede que vuelva. – Luego, muy lentamente, retiró la mano de su boca y la liberó del cuerpo atrapado contra la pared.

Sin embargo, la joven estaba tan asustada porque casi los habían atrapado y además confundida en sus emociones, que apenas esperó un momento seguro. Tan pronto como él dijo eso, ella se separó completamente de él y salió corriendo, cruzando la sala de música en la oscuridad y desapareciendo por la puerta. Por suerte no volvió a encontrarse con el mayordomo en el largo y oscuro pasillo camino a sus habitaciones. Todavía escuchó a su prometido susurrarle para advertirle, pero no lo escuchó.

— Madeleine, espera… ¡podría ser peor si lo encuentras por ahí! Él se dará cuenta de todo y los chismes caerán en boca de los sirvientes… – Habló en un susurro.

Madeleine finalmente llegó a su habitación, cerró la puerta y se apoyó en ella desde adentro, abrazando su propio cuerpo con los brazos. Su respiración todavía era dificultosa y su corazón latía aceleradamente, ahora ya no sólo por la emoción del placer.

Dios mío, estuvo cerca... ¡pero era mejor así! Mañana todos pensarían que Richard estaba bajo presión para casarse conmigo porque me arruinó, de hecho cree que arruinó a la hermana de su amigo y sé que no soy eso...

Después de lo sucedido, Richard esperó unos minutos en el balcón, por precaución y luego caminó sigilosamente hacia su habitación. Cuando llegó a la habitación, cerró la puerta con llave, se dejó caer en la cama así, sus pensamientos lo atormentaban.

Hasta hace poco tuve una amante apasionada, no pensaba en casarme pronto y ni siquiera sabía que tenía prometida. Ahora me encuentro encantada con esta hermosa hada que parece una visión del paraíso...

Pensó mientras yacía boca arriba en la cama, con las velas apagadas y los brazos cruzados detrás de la cabeza, reflexionó. Entonces sintió algo palpitante e incómodo en sus pantalones y recordó que había tenido su placer frustrado por el mayordomo y ahora tendría que terminarlo solo si quería poder conciliar el sueño…

Capítulo 16

Iglesia en Edimburgo, quince días después...

—¡Entonces os declaro marido y mujer! ¡Lo que Dios unió, el hombre no lo separa! ¡Puedes besar a la novia!

Richard, un apuesto novio vestido con pantalones y abrigo negro, levantó lentamente el velo que cubría el rostro de Madeleine y la besó lentamente. Un beso modesto, allí delante de pocas personas presentes, pero un beso en el que aprovechó al máximo la dulzura de esos provocativos labios en forma de corazón. Que comparó con una dulce fresa madura. Porque desde lo sucedido ya no se veían solos, ella evitaba estar sola en su compañía y él respetaba eso.

iglesia de Canongate estaba decorada con flores de una manera sencilla pero hermosa. Además de pocos invitados como querían los novios, debido a que la ceremonia se apresuró para no manchar la reputación de la novia. Al fin y al cabo, hubo días en los que vivieron bajo el mismo techo y la sociedad de Edimburgo no se lo perdonaría durante mucho tiempo. Pronto, un sirviente chismoso pasaría a otro sirviente en otra mansión y así se extendería como un rastro de pólvora.

Madeleine era hermosa, parecía una princesa de cuento de hadas. Llevó uno de los tantos vestidos blancos que trajo en su baúl, pues debido a las prisas y la cantidad de vestidos blancos para todas las ocasiones que tenía, no fue necesario encargar un vestido de novia exclusivo para el evento. Tal vez ni siquiera habría tiempo, a menos que utilices los dudosos vestidos confeccionados. En todo caso, cualquier tienda tendría un vestido de novia confeccionado a la

venta.

Cuando Richard, ahora su esposo, la besó, a pesar de mostrarse tímido frente a los pocos invitados, ella correspondió modestamente, pero deseó que ese beso nunca terminara. Le encantaba sentir los labios ardientes de Richard y ahora, como su marido, ya no tenía que sentirse culpable ni tener miedo de arruinarse. Sin embargo, tenía miedo de que algún día tendría que decir toda la verdad...

— Richard… – Habló suavemente, apenas terminó el beso. Durante unos segundos ambos se miraron fijamente, él sosteniendo su rostro con ambas manos y contemplando su belleza.

— ¡Siempre juntos, querida! Y pronto mi cuerpo y mi alma...

Luego, tomados de la mano, el conde Richard y Madeleine, la nueva condesa, bajaron del altar. Eugenie , que lucía preciosa con un vestido de seda celeste que resaltaba sus preciosos ojos azules, fue la primera en saludar entusiasmada a los novios.

— ¡Madeleine! ¡Felicidades! ¡Qué feliz soy! Ahora tengo otra hermana. Lástima que Emily y Beatrice no estén aquí. – Dijo la joven abrazando a la novia.

— ¡Gracias, querido! Yo también estoy feliz, porque nunca tuve una hermana y ahora tengo una, en realidad tres. – La novia le devolvió el sincero abrazo a su cuñada.

Entonces Eugenie se arrojó sobre el cuello de Richard, como siempre, y lo saludó.

— ¡Felicidades, hermanito! Finalmente una mujer logró llevarlo al altar y estoy muy feliz con su elección.

— Ay, hermanita. Descubrí que un hombre no debe temer al matrimonio, sino a encontrar a la persona adecuada.

Luego, tomados de la mano, los novios y Eugenie a su lado, salieron de la iglesia. En el camino desde el altar hasta la puerta principal, algunos invitados saludaron a los recién casados. Después de todo, no todos los días Richard Crampton , el soltero confirmado y elegible, presentaba a la nueva condesa de Shurtland . Frente a la iglesia ya los esperaba el carruaje oficial con el escudo de la familia. El cochero bajó el escalón del carruaje y abrió la puerta, Richard ayudó a su hermana a subir, luego le dio la mano a su esposa y luego entró cerrando la puerta. Podría ser algo con más privacidad, por ejemplo, solo los novios, pero fue una ceremonia de boda atípica. No podía permitir que su hermana menor regresara en un carruaje alquilado, ni siquiera con escolta. Además, eran casi las seis y pronto, después de cenar, estaría solo con su esposa.

A pesar de la sencillez, ambas estaban felices, tan felices que no notaron, en la iglesia casi vacía, a la señora pelirroja, con el rostro cubierto por un velo, que observaba discretamente la ceremonia desde detrás de una de las puertas laterales de la iglesia. iglesia. Ni siquiera cuando, de la mano, caminaban por la nave de la iglesia hacia la salida principal, alguien con mucho odio habló en voz baja, con la mandíbula apretada.

— ¡Maldita seas! ¡Te deseo toda la infelicidad del mundo! – La mujer habló con la mandíbula y los puños cerrados con odio.

En el camino de regreso a la mansión, Eugenie no podía dejar de hablar de lo hermosa que fue la ceremonia y esperaba que la de Beatrice en Londres hubiera sido igual. Fue una pena que su hermana también tuviera que casarse apresuradamente al mismo tiempo y que Richard no pudiera llevarla a su boda. Madeleine estaba de acuerdo con una cosa u otra, a veces simplemente sonreían en silencio. Ella estaba feliz, pero ahora vendría la parte complicada para toda doncella: ¡La noche de bodas! Aunque ya habían ensayado bastante ese día.

Cuando llegaron a la mansión, Richard tocó el timbre y Atikson , con su habitual actitud solemne, vino a atenderlos, pero se podía ver en sus ojos cierto brillo de felicidad, debido a la boda de su jefe. Tan pronto como el mayordomo abrió la puerta, Richard los sorprendió tomando rápidamente a Madeleine en sus brazos y colocándola en su regazo.

—¡Richard! ¿Qué estás haciendo? – preguntó sorprendido.

— ¡Entro a casa con mi esposa en brazos como manda la tradición!

Entonces, seguido de cerca por una risueña Eugenie , caminó hacia la sala principal, donde ya lo estaban esperando todos los sirvientes y el ama de llaves. Dejó a Madeleine en el suelo y anunció:

— ¡Bienvenido a tu nuevo hogar! Ahora como mi esposa, eres la señora de esta casa, dueña de mi corazón, mi condesa. – dijo Richard mientras tomaba una de sus manos enguantadas y la besaba suavemente. Madeleine escuchaba todo con emoción.

— ¡Gracias Richard! Por acogerme en tu casa, en tu corazón, en tu vida. – Habló en voz baja, tímida frente a los empleados.

El ama de llaves se adelantó y le dio buenos deseos en su nombre y en el de los sirvientes que a su lado simplemente asintieron con la cabeza en señal de confirmación.

— ¡Bienvenida, señora condesa! Estamos a tu disposición para seguir todas tus órdenes respecto a la casa y en qué más podemos ayudarte.

— ¡Gracias! Necesitaré tu ayuda para administrar esta casa y estaré muy feliz por ello.
La vieja ama de llaves estaba encantada de tener una nueva amante tan dulce y gentil. Tratando de contener las lágrimas y romper el ánimo, anunció que la cena especial de bodas estaba lista para ser servida, solo esperando el pedido.

Capítulo 17

—¡Haggis ! – dijo Eugenie , apuñalando el tenedor de plata y cortando un pequeño trozo de la porción de estómago de oveja rellena de menudencias que tenía en su plato – ¿Ni siquiera en la cena de tu boda dejaste de lado tu plato favorito y común, hermanito? – preguntó burlonamente.

Richard la miró y arqueó sus cejas negras antes de responder.

— ¡Pues, hermanita! Si es mi plato favorito, con más razón está aquí en este día tan especial, ¿estás de acuerdo?

Eugenie hizo un puchero y vio que el argumento de su hermano era muy válido. Entonces Richard extendió la mano y tocó la mano de Madeleine sobre la mesa. Sentado a la cabecera de la mesa con su ahora esposa a su derecha y su hermana a su izquierda, observó la postura elegante y los modales refinados de Madeleine, que combinados con su belleza tanto lo cautivaron. Al principio su llegada a la mansión fue un shock, una sorpresa, pero luego se convirtió en una agradable sorpresa.

— ¿Recuerdas, cariño? ¿Cuándo en tu primera cena aquí en esta casa, mi indiscreta hermanita te advirtió sobre mi plato favorito si se casaba conmigo? Recuerdo que se sonrojó. – Le dedicó una sonrisa coqueta.

Madeleine, que observaba su conversación en silencio, sintiéndose un poco tensa a medida que se acercaba la noche de bodas, sintió su cuerpo relajarse con la caricia de él en su mano enguantada. Podía sentir la agradable presión de sus manos bajo sus delicados nudillos.

— Sí, Richard, lo recuerdo… – le sonrió con simpatía y luego miró hacia Eugenie e hizo lo mismo.

Debido al luto de la novia y las prisas por celebrar la boda, todos sabían que no habría fiesta, ni invitados, ni siquiera para cenar. Aún así, los sirvientes que dieron la bienvenida a la nueva condesa y señora de la casa se esforzaron en dejar la cena de esa noche con un ambiente especial a la altura de los acontecimientos. Después de todo, no todos los días el conde Richard Crampton se casaba ni Crampton Manor daba la bienvenida a la nueva condesa de Shurtland .

La larga mesa estaba cubierta con el mejor mantel de encaje francés de la casa. Candelabros de plata iluminaban toda la longitud de la mesa, a pesar de que solo estaba ocupada por tres personas. Todos los cubiertos que pertenecieron a la bisabuela del conde, junto con las copas de cristal estaban dispuestos debajo de la mesa. El mayordomo escogía el mejor vino de la bodega, el ama de llaves era estricta con el menú, pero por supuesto incluía los benditos haggis . Los sirvientes vestidos con uniformes del partido iban y venían con platos calientes para abastecer la mesa.

En medio de todo esto, Eugenie estaba feliz por su nueva hermana y su cuñada. A Richard le gustaba coquetear con su esposa, pero prefería regañar a su hermana menor. En cuanto a Madeleine, parecía estar en un sueño increíble, parecía que despertaría en cualquier momento. Richard, había decidido casarse con ella y no parecía actuar bajo presión u obligación, parecía que había cambiado de opinión acerca de no casarse tan pronto y estaba enamorado de ella. En cuanto a ella, nunca se cansaba de admirar su belleza, la profundidad de esos ojos verde oscuro, solo se sentía un poco tensa al saber que en unas horas terminaría la cena y llegaría el momento de estar realmente a solas con él y esta vez. sin interrupciones ni ensayos…

Después de cenar, Richard los invitó al salón, todavía era un poco temprano para acostarse, y pidió al mayordomo que sirviera whisky y licor para las damas. Sentados uno al lado del otro en el sofá, bebía su whisky lentamente, entre conversaciones. Madeleine bebió lentamente su licor de fresa, no estaba acostumbrada a beber alcohol. Pero me di cuenta de que ese momento en la habitación era como si fuera algo intencionado, algo para pasar un poco más de tiempo hasta que llegara el momento de que los novios se retiraran a sus habitaciones. Así no sería tan indiscreto con Eugenie allí, sola, imaginando lo que podría estar pasando entre los dos encerrados tan temprano, justo después de cenar. Así como ese vaso de licor era parte de la pequeña celebración, sí, pero también para relajarlo. De hecho, la cuñada estaba muy emocionada y feliz con el hecho de que Richard le había permitido beber algo con alcohol esa noche, ya se sentía como una niña mayor.

— Cariño, hoy ha sido un día muy feliz, pero también agotador para todos nosotros. Me imagino aún más para ti como novia. ¿No te gustaría jubilarte? – Dijo el conde mientras sacaba su reloj de oro del bolsillo y miraba la hora. Por fin había llegado la hora de las diez que había estado esperando.

Al escuchar eso, Madeleine sintió una emoción junto con mariposas en el estómago, a pesar de la leve relajación que le provocó el licor. También se dio cuenta de que esa era la forma en que su

marido era un caballero e insinuaba que era hora de que ella subiera y se preparara para la noche de bodas. Luego llegaría a la habitación, con ella ya lista. Para ese momento, los sirvientes ya habían metido todas sus cosas en su habitación, la principal de la casa, junto con sus cosas.

— ¡Oh! ¡Por supuesto! – Colocó el vaso de licor vacío en la mesa al lado del sofá, entendiendo el mensaje. – Estoy cansado, son casi las diez, me voy a la cama.

Madeleine se levantó tímidamente ante la mirada curiosa de su joven cuñada, que imaginaba en silencio mil cosas en su curiosa cabecita. La novia, un poco desconcertada, miró a Richard con sus dulces ojos violetas, como pidiendo una señal de cómo debía proceder. Él lo notó y se aclaró la garganta.

— Me terminaré el whisky tranquilamente y me iré, querida.

Luego, la joven se arregló las faldas, se levantó y se dirigió a las escaleras que conducían al piso superior de la casa. Sujetó las faldas de seda de su vestido blanco y subió elegantemente las escaleras. Mientras su marido la observaba en silencio y sentía que el deseo crecía aún más en su interior.

Capítulo 18

Cuando Madeleine abrió lentamente la puerta de su nueva habitación, encontró exactamente lo que imaginaba. La habitación de Richard, ahora también la de ella, que había pertenecido a sus padres, era incluso más lujosa que la habitación de invitados que ella ocupaba. Era grande y tenía una decoración austera.

Caminó lentamente hasta la enorme cama doble con dosel y se sentó en el suave colchón de plumas de ganso cubierto con sábanas de lino. Al acercarse a la cama sintió un fuerte sabor a lavanda saliendo de las sábanas. Probablemente los sirvientes habían preparado minuciosamente la cama para las nupcias de sus amos. Luego de sentarse en la cama, miró alrededor de la habitación, bajó la cabeza, se alisó las faldas de su vestido blanco, cruzó los brazos alrededor de su cuerpo como si fuera un abrazo relajante. Algunas doncellas que conocía eran un poco más inteligentes, experimentadas en el arte de amar, pero ella, que siempre había sido doncella, ya no era así. Sin embargo, en ese momento sentía envidia de aquellos que tenían más experiencia y experiencia.

"Creo que debería quitarme este vestido de ceremonia, lavarme y ponerme el vestido de noche de bodas", pensó un poco nerviosa.

Sin embargo, unos ligeros golpes en la puerta interrumpieron sus pensamientos e hicieron que su corazón se acelerara.

"¿Sería Richard? Seguramente como todo un caballero tocaría la puerta de su propia habitación, pero no habían pasado ni diez minutos desde que salí de la habitación", pensó con aprensión.

Sin embargo, su corazón se calmó cuando escuchó una voz femenina proveniente del otro lado de la puerta.

— ¡Señora Condesa! ¡Soy yo, Mary, tu doncella personal! Vine a ayudarte a vestirte.

Madeleine suspiró aliviada, era Mary, su nueva doncella personal, que había sido contratada y puesta a su disposición el día anterior. De hecho, ella fue quien la ayudó a vestirse para la ceremonia nupcial. Ella no veía ninguna necesidad de una sirvienta, después de todo ella era quien se encargaba de la apariencia de varias damas en el internado, pero negarse a tener una podría parecer extraño. Al principio utilizó a la doncella de Eugenie, hasta que el día antes de la boda, Richard ordenó al ama de llaves que contratara una y así llegó Mary a la mansión Crampton .

— ¡Por supuesto, María, puedes pasar!

La criada entró con una expresión divertida en su rostro, pero por momentos rayaba en la

malicia, sabiendo lo que sucedería en esa habitación en poco tiempo. Se detuvo frente a Madeleine y le dedicó una sonrisa amistosa.

— ¡Si se me permite decirlo, la Condesa es muy hermosa! Ahora dale la espalda para que pueda desabrocharte el vestido y deshacerte el peinado.

Madeleine obedeció, la criada, deshaciendo el peinado, haciendo caer el cabello ondulado, rubio dorado, de la joven hasta su cintura. Luego se desabrochó la hilera de pequeños botones que cerraban la parte trasera de su vestido. Finalmente el vestido cayó al suelo, la criada lo recogió con cuidado y lo metió en el baúl. Madeleine estaba allí vestida sólo con el corsé y la camisa debajo, tenía un cuerpo hermoso, estatura media, cuerpo delgado, pero muslos regordetes, caderas anchas y senos redondos. Luego la criada sacó del baúl un hermoso camisón blanco con completos bordados y detalles de encaje francés.

— ¡Mire señora, qué perfecto! – La criada colocó la pieza en su regazo.

Madeleine pasó la mano por la delicada seda y recordó los momentos en que vio a su ama confeccionando el camisón para su primera noche. Se propuso cortar, bordar y hablar sobre cómo sería Richard, ya que su hermano decía que era guapo y que tenía éxito entre las mujeres.

— Realmente es hermoso… – Acarició la tela en su regazo. – ¿Qué opinas de la costurera que lo hizo?

— Yo diría que tenía manos de hada, señora.

— Realmente tenía manos de hada, era un ángel… – respondió Madeleine con cierta opresión en el pecho.

— ¡Oh! ¡señora! El Conde es un hombre muy afortunado. Ahora date la vuelta otra vez y déjame aflojar los cordones de tu corsé.

Así lo hizo Madeleine y al poco tiempo estaba vestida con el hermoso camisón de seda blanco, la doncella apagó las velas y salió de la habitación. Ella yacía en la cama, cubierta con sábanas hasta la cintura, esperando a su marido, con la habitación a oscuras. Las ventanas se abren para dejar entrar un poco de brisa nocturna, pero las cortinas sólo están ligeramente abiertas y la vela está apagada. Seguramente Richard ya estaba observando cuándo la criada salía de la habitación, señal de que podía irse a la cama.

Algún tiempo después, no más de media hora, llegó Richard. Abrió la puerta lentamente, entrando suavemente en la habitación oscura, bañada sólo por la luz de la luna que dibujaba sombras debajo de los objetos y todo lo demás. Se acercó a la cama, solo vestía una camisa blanca y pantalón oscuro, y lentamente se sentó en el borde.

— ¿Madeleine? Cariño… – habló mientras su brazo extendido la palpaba sobre la cama y su otra mano le desabrochaba la camisa.

— Estoy aquí… – Habló con una voz que temblaba de ansiedad, pero feliz.

— ¿Nervioso? ¿Asustado? – preguntó con voz profunda y delicada y su mano acariciando su antebrazo a través del camisón.

Madeleine hizo una pausa, tragó y habló.

— Yo... no lo sé. Creo que es igual que cualquier novia en su noche de bodas. Nunca hice eso...

— Lo entiendo… y yo tampoco… – Se quitó completamente la camisa y la arrojó al suelo del dormitorio, agachó la cabeza y, aún sentado, besó su hombro sobre la delicada tela.

Madeleine, incluso en la penumbra, podía ver su pecho musculoso, liso y sin vello. Nunca había visto a un hombre sin camisa tan de cerca, y mucho menos tan guapo. Eso la dejó sin aliento.

— ¿Tú no? ¿Como esto? Tú también lo eres... — Ella no se movió en la cama, solo giró el cuello y lo miró con los ojos muy abiertos.

— Cálmate, tonto… no, no lo soy. – sonrió. – Dije que para tranquilizarte quería jugar contigo. Pero tiene su verdad: nunca me he casado, nunca he desvirgado a una virgen. Serás el primero.

— ¿Grave? ¿Ni siquiera una criada?

— ¡No! ¿Por quién me tomas? Las empleadas domésticas también merecen respeto. A menos que quieran que les falten el respeto. – Dijo esto, con su dedo índice, acariciando los contornos de su hermoso rostro de delicados rasgos.

Esa confesión, ese punto de vista de Richard, dejó el corazón de Madeleine aún más encantado por él. Richard tiró suavemente las mantas que la cubrían y se acostó junto a ella en la cama. Él acarició su cabello rubio suelto, la abrazó y la besó apasionadamente. Por primera vez, un beso como yo quería: Sin prisas ni interrupciones, resolviendo la dulzura de esos labios naturalmente rojos como una fresa madura.

Capítulo 19

El libertino Richard, de varios amantes pasados, sabía cómo tratar a una virgen, a pesar de no haberse acostado nunca con una. Luego de besarla con pasión y delicadeza, se recostó encima de ella, colocando lentamente una mano a cada lado de su cuerpo, levantando lentamente la ligera tela de su camisón y acariciando los suaves y blancos muslos de su esposa. Hasta llegar a sus pechos, se quitó el resto de la camiseta, hasta deshacerse de ella, quitándosela por encima de la cabeza y dejándola completamente desnuda. Sólo su cuerpo masculino encima de ella ocultaba su desnudez. Luego puso su mano entre ellos y desabotonó los botones de sus pantalones, sacando su duro miembro, ejerciendo una ligera presión contra la parte inferior de su abdomen.

— ¿Te gusta, querida? – le preguntó suavemente al oído, mordisqueándole la oreja, mientras presionaba su cuerpo contra el de ella, haciéndola sentir su masculinidad.

Madeleine sintió que una agradable suavidad se apoderaba de todo su cuerpo. La presión que sentía en su cuerpo, más específicamente entre sus piernas, hizo que su corazón se acelerara y su respiración fuera difícil.

— Sí… mucho… – Dijo tímidamente, escondiendo el rostro en su hombro.

— Um... sabes querida, que lo que pasará aquí de ahora en adelante podría ser algo grosero o algo muy hermoso, dependiendo del contexto.

— ¿E incluso?

— Sí... pero haré todo lo posible para que sea algo hermoso para que nuestra primera noche de amor y tu primera vez sean siempre un dulce recuerdo. Algo inolvidable para los dos....

Luego, Richard besó a Madeleine una vez más, luego deslizó su boca por su suave cuello, mientras ella discretamente se mordía los labios tratando de lidiar con sus emociones y el creciente fuego en su interior. Hasta que Richard llegó a sus grandes y redondos pechos con pezones rosados, colocó delicadamente sus labios sobre uno de los pezones y lo chupó como si fuera néctar de los Dioses. Mientras que al mismo tiempo con una mano se apoyaba en el otro

pecho libre y con el pulgar acariciaba el otro pezón erecto.

— Ah... Richard, Richard... – Madeleine comenzó a murmurar suavemente y a retorcerse en la cama, todavía debajo de él.

Richard, experimentado con mujeres, se dio cuenta de lo que se avecinaba y que aún no era el momento, quería disfrutarlo más y ella aún no estaba lo suficientemente preparada. ¿Cómo sería tu humedad? ¿Estaría lista para recibirlo dentro de ella? ¿Sin sentir dolor o malestar?

— Aún no es el momento princesa.... tranquila mi amor, todo sucederá de la mejor manera para ti... — Dijo cariñosamente, mientras miraba su rostro en la penumbra.

Luego, lentamente descendió desde sus pechos hasta su vientre, haciendo pequeños círculos con su lengua húmeda recorriendo su cuerpo. Finalmente llegó a donde quería, abrió un poco sus piernas, acarició esa suave pelusa dorada con su pulgar, luego con su dedo índice la penetró lentamente para sentirla de una manera muy íntima. Sintió su humedad, su calor, mientras ella se retorcía ante el toque íntimo de sus dedos.

Richard volvió a la posición inicial, su cuerpo encima del de ella, ahora con las piernas separadas y el miembro erguido hasta el punto de convertirla en su verdadera mujer.

— Ahora estás lista para ser mía, mi verdadera mujer… – Le habló suavemente al oído, mientras ella lo abrazaba, casi le clavaba las uñas en la espalda.

En el primer intento sentiste un poco de resistencia, era normal. Después de todo, ella era una doncella. En el segundo intento, la excitación natural que ambos sentían y el cuerpo preparado para la excitación facilitó las cosas. Luego, poco a poco se sumergió en esa estrecha y cálida cueva, convirtiéndose unos minutos después en la persona más feliz del mundo.

— Richard... Richard...

Cuando la escuchó gemir y realmente clavarle las uñas en la espalda, él, en el mismo torbellino de emociones, siguió adelante. El clímax llegó para ambos y él derramó su semilla dentro de ella.

Después de eso, por unos momentos reinó en la habitación un agradable silencio. Ambos seguían abrazados como había sucedido todo, empapados de sudor en la penumbra de la habitación.

—¿Estás feliz, querida? ¿Fui un caballero la primera vez? – Le besó la punta de la nariz, la frente y le preguntó al oído.

— ¡Sí, Richard! Estoy feliz, de hecho nunca he sido tan feliz en mi vida...

Ella, exhausta y feliz, se acurrucó como un gatito astuto en sus brazos y escondió la cabeza en su hombro. De repente algo me vino a la mente.

¡Cuánta felicidad! ¿Pero puede durar para siempre? ¿Qué pasa si un día me descubren?

¿Cómo reaccionaría?

Capítulo 20

— ¿Podrías pasarme la mermelada , cuñada? – Eugenie miró a Madeleine y le pidió amabilidad.

—Por supuesto, cariño. – La joven le entregó el recipiente de porcelana lleno de mermelada de fresa.

La noche de bodas había hecho mucho bien a los recién casados. Madeleine bajó a desayunar a las ocho en punto, no estaba acostumbrada a levantarse tarde. Si bien Richard tenía asuntos que atender esa mañana, Eugenie también se despertó relativamente temprano, ya que estaba muerta de curiosidad. Madeleine lució un hermoso vestido de muselina color lila que resaltaba sus ojos violetas, brillando de felicidad. Aunque le daba un poco de vergüenza mirar a su marido, allí a la luz del día. Además de enfrentarse a los sirvientes que sabían lo sucedido y las miradas indiscretas de su cuñada.

El conde, su marido, leía el periódico como todas las mañanas. Se había despertado de muy buen humor y con cara de felicidad, pero intentaba ser discreto para no avergonzarla. Sin embargo, una cosa era segura: si se hubieran ido de luna de miel, en ese momento él se habría esforzado en seguir en la cama con ella, disfrutando de los placeres del amor.

Después de leer el periódico entero, como de costumbre, Richard lo puso sobre la mesa y, para sorpresa de Eugenie , no se quejó de que el vendedor de periódicos no había planchado el periódico. Aunque tenía las manos cubiertas de pintura. Parecía como si ni siquiera se hubiera dado cuenta.

Hmm ... parece que la noche de bodas es realmente algo bueno. Mi hermano está de muy buen humor, Madeleine parece haber visto un pajarito verde. Además de la cara más luminosa y

sonrojada...

— Bueno, señoras y señores, necesito irme para ocuparme de los asuntos familiares. – Dijo mientras se levantaba y se inclinaba para besar la mejilla de Madeleine, todavía sentada en la mesa. – Intentaré no tardar mucho, querida. Volveré para almorzar.

Madeleine se limitó a sonreír tímidamente. Estaba muy feliz, pero el hecho de que todos supieran que la noche anterior había sido su noche de bodas la hacía sentir avergonzada. Más aún frente a Eugenie , los sirvientes se mostraban más discretos que la apariencia de la cuñada. Richard se preparó para salir de la habitación.

— ¡Espera, hermanito! – dijo Eugenie emocionada. – ¿Qué te parece si nos llevamos a Madeleine y a mí a la panadería esta tarde? Apuesto a que no sabe casi nada sobre Edimburgo, ¿o tenéis intención de pasar toda la tarde encerrados en vuestras habitaciones?

—¡Eugenie ! – Madeleine, no pudo contener una exclamación de protesta, además de sonrojarse aún más ante la indiscreción de su cuñada.

Richard pensó que sería mejor no reprenderla por su indiscreción, ya que eso sólo prolongaría el asunto y avergonzaría aún más a su esposa. Madeleine todavía pensaba en protestar por el viaje, a pesar de que su difunta amiga le advirtió que casi nadie conocía su figura, todavía sentía cierto miedo. Todavía se estaba acostumbrando a todo. Sin embargo, consideró mejor no oponerse y evitar confirmar las dudas de Eugenie sobre su tarde de amor.

— ¡Muy bien, señoras y señores! Esta tarde vamos todos a la panadería. – Habló con entusiasmo y diplomacia.

— ¡Me encantó! ¡Me encantó! – exclamó Eugenie , aplaudiendo. – ¿Y tú Magdalena?

— Eh ? ¡Oh! A mí también me gustó la idea. – Dijo tratando de ocultar el miedo que sentía.

Tan pronto como el conde salió del comedor, Eugenie acercó rápidamente su silla a la joven recién casada y habló en voz baja y en tono confidencial.

— ¡Te ves genial! ¿Es por la noche de bodas? ¿Es tan bueno? Cuéntame ¿cómo te fue? Hasta ahora, todo lo que sé es escuchar las conversaciones ocultas de algunas sirvientas. – La joven, de grandes ojos azules, miró a su cuñada, mientras colocaba su taza de té sobre la mesa.

Madeleine esbozó una sonrisa tímida al mismo tiempo que sus mejillas se sonrojaban y, para ocultarlo, enderezó uno de los mechones de su peinado que insistía en caer cerca de su oreja. Después tomó un sorbo de té y habló en voz baja, como si algo también fuera confidencial.

— Eugenie …eres una señora y muy curiosa, ¿sabes? Además de dejarme avergonzado. – dijo Madeleine y su joven cuñada se rió entre dientes, se tapó la boca con la mano y bajó un poco la cabeza.

— ¡Ah, cuñada… por Dios! ¡No se lo diré a nadie! Mucho menos para mi hermano… – dijo Eugenie , haciendo pucheros y golpeando con el pie.

Madeleine la miró, tomó otro sorbo de té y habló con delicadeza.

— Cariño, no conviene hablar… pero te puedo asegurar que en él pasan cosas maravillosas. Pero, ¿deberían realizarse únicamente en el momento adecuado y con la persona adecuada? Cuando llegue tu momento lo sabrás… – Le dio una dulce sonrisa y su cuñada se dio cuenta de que estaba siendo una molestia. Además, Madeleine no parecía querer ceder.

Eugenie , haciendo pucheros, se dio cuenta de que había cruzado la línea. Además, le gustaba demasiado su cuñada como para enfadarse o avergonzarla.

— ¡Está bien! Creo que iré a caminar un rato al jardín, ¡el sol brilla tanto y hace que la mañana sea tan hermosa! ¿Venga conmigo?

— ¡Sí, lo haré, cariño! Déjame subir a buscar mi sombrero y puedo conseguir el tuyo también si me dices dónde está.

— ¡Ah, gracias cuñada! Siempre tan serena, paciente y servicial, es como si le gustara servir a la gente. Nunca la veo pidiendo nada a los niños, primero intenta hacerlo ella misma. Es como si le gustara servir, estaba acostumbrada.

Madeleine, sintiéndose un poco nerviosa al oír eso, tomó un gran sorbo de té para no tragar seco.

Vaya... ¿es tan obvio que estaba acostumbrado a servir y no ser servido? Necesito tener cuidado o mi cuento de hadas se desmoronará y ya amo tanto a Richard que moriría sin él...

Capítulo 21

Cuando el conde Richard Crampton , acompañado de su hermana y su esposa, entró en la refinada pastelería todos miraron. Algunos intentaron ser discretos, otros no tanto. Eso dejó a Madeleine avergonzada y algo preocupada, no quería llamar tanto la atención.

— Todos nos miran… – La joven agitó el abanico, inclinó ligeramente la cabeza hacia la oreja de su marido y comentó.

— Todos admiraron la belleza de la nueva condesa de Shurtland . Muchos sintieron curiosidad, pocos la conocen, dicen que hasta los tabloides sienten curiosidad por ella: *La dama de blanco* . – Richard habló de buen humor, pero Madeleine sintió mariposas en el estómago cuando escuchó eso. Un resfriado muy diferente al que provocan las emociones del amor.

— Ah... ya veo. Mi luto blanco debe despertar cierta curiosidad. Aún así, no estoy acostumbrado, prefiero ser discreto.

Las dos jóvenes lucían realmente hermosas, como siempre. Eugenie llevaba un vestido de seda azul claro, guantes y un sombrero blanco. Usó una pluma azul del mismo tono para decorar su sombrero. Madeleine, siguiendo su protocolo personal, lució uno de sus preciosos vestidos de seda blanca, guantes y un sombrero blanco sin plumas. En verdad, ella no veía mucho sentido en continuar con ese luto, especialmente cuando era blanca. Sin embargo, no creía que fuera correcto romper la petición de su hermano , pensaba que al menos le debía eso a la fallecida Lady Taylor. Sin embargo, desde la boda, ante la insistencia del conde, había abolido el habitual velo blanco de luto que caía del sombrero y cubría su rostro al salir a la calle. Eso arruinaría su apariencia exótica al salir en público y pensé que era pecado tener ese hermoso rostro escondido bajo un velo.

La panadería frecuentada por la flor y nata de la sociedad de Edimburgo estaba relativamente llena. Era un ambiente encantador y acogedor. Una gran sala, lámparas de araña en el techo, pequeñas mesas redondas cubiertas con manteles color crema, donde se servían dulces en platos de porcelana china. Un lugar donde las damas, normalmente acompañadas de caballeros, iban a degustar dulces, ver gente de sociedad y cotillear. Estaban instalados sobre una mesa central, lo que contribuía aún más a que fueran el centro de atención.

Madeleine se sentía como si la estuvieran escudriñando, como si fuera una pieza de escaparate. Intentó controlar sus emociones y utilizar toda la etiqueta que aprendió al espiar las clases en el instituto de niñas. Luego, se sentó lentamente y con mucha clase en la silla que Richard le sacó, luego colocó el ventilador sobre la mesa. Richard y Eugenie también se sentaron, él al lado de su mujer.

— ¿Qué sugieres? – Madeleine habló en voz baja mientras manejaba el menú con delicadeza. Como criada nunca había estado en una buena panadería.

— Bueno… ¡apuesto a que mi hermana pedirá cranachan ! – dijo Richard poniendo los ojos en blanco.

— ¡Sí! Y no te burles de mi gusto fijo por cranachan , ¡recuerda tus haggis ! – dijo Eugenie fingiendo molestia, mientras señalaba con un tenedor de plata a su hermano al otro lado de la mesa.

—Cranachán ?? ¿Qué es eso? ¿De qué está hecho? – preguntó Madeleine con curiosidad, mientras miraba a la joven y hojeaba el menú.

Richard la miró con cariño, sentado a su lado, le acarició la mano a través del guante de seda blanco y le explicó con paciencia.

— Es un dulce tradicional escocés, la orden favorita de mi hermana pequeña aquí, sus ingredientes principales son frambuesas y un tipo de queso pastoso.

— ¡Delicioso! – añadió Eugenie con los ojos azules muy abiertos y casi lamiéndose los labios.

— Entonces, seguiré tu petición, cuñada.

Entonces, todos hicieron sus pedidos y Madeleine estaba ansiosa por la llegada de este dulce, quería conocerlo. Tenía curiosidad por saber cómo Eugenie parecía amarlo.

Los pedidos llegaron relativamente rápido, a Madeleine le gustó cómo quedaba, era un dulce blanco, un poco pastoso y con frambuesas decorándolo. Estaba ansiosa por probarlo. Luego de tomar la primera cucharada, escuchó un comentario de su cuñada.

— Esa señora y ese señor nunca dejan de mirarnos.

— Ah, hermana mía, mucha gente nos ha estado mirando desde que llegamos y como noble ya deberías haberte acostumbrado.

— ¡Sí, Richard, lo sé! Pero esas son las más indiscretas. – Eugenie hizo un ligero movimiento con la mirada y Richard y Madeleine hicieron lo mismo.

En una mesa, pero muy al fondo, una típica mesa no reservada para nobles sino para personas que no eran tan importantes, pero que de vez en cuando se daban el lujo de acudir al lugar, había un hombre y una mujer mirándolos, mientras tomando un té con galletas. Una mujer hermosa, mayor que su esposa, bonita, bien vestida, de mirada atrevida. Acompañado por un hombre delgado y de mal aspecto que vestía un abrigo negro barato, que suelen utilizar los cocheros a sueldo. A Richard no le gustó lo que vio.

¡Maldición! ¡Berta y un hombre que no parecía poder ser su nuevo protector! He sido tan indiscreto al mirar, que creo que lo mejor, disfrazado, es llevarme a las niñas a casa lo antes posible.

Sin embargo, si esto fue una molestia para el joven conde, fue una pesadilla para su esposa. No por Berta, a quien ni siquiera conocía todavía, sino porque reconoció al cochero que la trajo a Edimburgo, alguien que conocía toda su historia. Eso podría desenmascararla en segundos e incluso llevarla a prisión. Madeleine sintió que su corazón se aceleraba, un sudor frío comenzaba a cubrir su piel, acababa de tomar una cucharada del famoso cranachan . Richard y Eugenie se dieron cuenta.

— Cariño, ¿estás bien? Por un momento estuvo tan pálida. – Richard la miró preocupado mientras le acariciaba el rostro. – Vaya… estás helada…

— No sé qué pasa, no sé si es el calor, el dulzor, pero no me siento bien. ¿Podríamos irnos? – Preguntó nerviosa y tratando de no mirar más esa mesa.

— ¡Sí! ¡Por supuesto, querida! Iremos ahora mismo.

Entonces, Richard, Eugenie y Madeleine abandonaron el lugar y se dirigieron hacia el carruaje familiar estacionado junto a la acera de la panadería.

—¿Estás seguro, tío mío, que fue ella la joven que me lo dijo? – preguntó Berta ansiosamente.

— ¡Sí! No olvidaría ese rostro y ese traje blanco como el de la difunta Dama, y mucho menos esta historia jamás.

Eso dejó a Berta y al cochero con aires de victoria, todo había salido mejor de lo planeado, había sido una gran suerte encontrarlos allí ese día. Pues no siempre podían ir a un lugar tan caro, él como cochero recién instalado en la ciudad y Berta sin nuevo protector desde que el conde la dejó.

Durante el viaje a la mansión, Richard estuvo pensativo todo el tiempo, al igual que Madeleine

también. Ambos por diferentes motivos e inquietudes, pero intentando ocultarlo.

mansión Crampton alrededor de las seis de la tarde y la cena estuvo servida al cabo de una hora. Donde Madeleine no participó, apenas llegó de la calle dijo que estaba enferma y prefería no cenar. Luego, se retiró a su habitación.

Capítulo 22

¡Ay dios mío! ¡Sé que no está bien engañar así a Richard! Aunque la difunta Madeleine hizo esto con las mejores intenciones, ¡ni él ni las autoridades lo verán así! ¡Necesito decírtelo, pero sólo pensar en perderlo me rompe el corazón! Sin embargo, el hecho de ver al cochero allí me angustió, era como si algo malo fuera a pasar…

Madeleine pensó preocupada y con el corazón angustiado. El hecho de que vio al cochero que conocía su secreto hizo que toda la historia saliera a la luz en su interior. Ahora se sentía aún más culpable, angustiada y tenía un mal presentimiento. En su segunda noche casados, terminaron cenando solo una fruta solos en la habitación. Luego, sentada en un taburete frente al tocador, vestida con un camisón de seda blanco que dejaba sus hombros al descubierto, se desabrochó el peinado y se cepilló su larga y rizada melena rubia para ir a dormir.

De repente escuchó la puerta abrirse lentamente, pasos firmes entraron más lentamente a la habitación, iluminada por las velas y la luna que salía de las cortinas abiertas.

—¿Estar mejor, querida? – preguntó la voz profunda con delicadeza.

Madeleine sintió que se le erizaba la piel de la nuca y una agradable sensación de mariposas en el estómago, al sentir que Richard se acercaba por detrás, besaba su hombro desnudo y le preguntaba al oído. Esa fue su segunda noche casados.

— Sí… era sólo una sensación de malestar. No sé qué me pasó. – Dijo torpemente – Mientras observaba su imagen reflejada detrás de ella en el espejo del tocador.

— Hmm... veo que no llegué a tiempo para aflojar los cordones de tu corsé... — Le habló sensualmente al oído y le mordisqueó el lóbulo. Mientras que detrás de ella usó ambas manos cubriendo sus grandes y redondos senos a través de la fina tela del camisón.

Cuando sintió esas dos manos fuertes acariciando posesivamente sus pechos a través de su camisón, Madeleine no pudo pensar en nada más que la preocupara antes de que su marido entrara en la habitación. Una agradable tranquilidad se apoderó de ella, su corazón se aceleró, mariposas en su estómago, respiración sin aliento y esto solo se intensificó cuando sintió sus pulgares acariciando sus pezones rosados.

— Ri… Richard… – Habló con voz tímida y sin aliento, mientras con los ojos cerrados, echaba el cuello hacia atrás y se retorcía mientras seguía sentada en el tocador.

— Me encanta tu aroma a flores silvestres. – Dijo mientras olía su delicado cuello.

— ¿E incluso?

— Sí... y me alegro que te encuentres bien, porque me muero por hacerte el amor en nuestra

segunda noche de matrimonio... — Mientras hablaba, colocó suavemente una de sus manos en su espalda. y la otra pasando por debajo de sus muslos, entonces la levantó y la puso en su regazo.

Con ella en sus brazos se detuvo por un segundo, ambos se miraron, ella con sus carnosos labios rojos entreabiertos, él con sus ojos verdes ardientes y su cuerpo viril ardiendo de deseo. Entonces, le dio un beso largo y apasionado, solo que esta vez diferente al de la primera noche, un beso más atrevido, donde parecía querer devorar esos labios azucarados y succionarle el alma.

Richard, cruzó la habitación con su esposa en brazos y su cabeza apoyada en su fuerte hombro. Luego la colocó suavemente en la cama, se sentó en el borde de la cama, se quitó el abrigo, las botas, la camisa y el pantalón, dejándolo solo con su ropa interior. Madeleine, tumbada en la cama, observaba sus movimientos, con los ojos fijos entre sus fuertes piernas, cuando él se quitaba la última prenda, dejando al descubierto su miembro viril. Ella miró con curiosidad.

— ¿Estás en shock? ¿No prestaste atención a sus detalles anoche? – Preguntó cariñosamente, mientras le regalaba una seductora sonrisa.

— No es eso... Sí lo recuerdo anoche. Aunque evité mirar tan fijamente… – Habló con timidez. – Lo impresionante es cómo lo miramos pensando que no va a funcionar, no va a encajar y al final del día… – Dijo sonrojada.

Richard, acariciando su cabello rubio, apagó la vela que había junto a la cama, dejando la habitación a oscuras. Luego, acarició sus muslos blancos y regordetes, levantándole lentamente el camisón, dejándola completamente desnuda hasta la cintura. Luego se acostó entre sus piernas y le habló suavemente al oído, con la voz ronca por el deseo.

— Sí, me queda, querida... Hoy verás varias veces cuánto te queda...

Eso pareció remover algo primitivo dentro de la joven, quien instintivamente levantó las caderas y cruzó las piernas alrededor de la espalda de su marido, dejándolo atrapado en ellas. Mientras se sumergían en un beso largo, caliente y húmedo.

—¡Richard! Richard! – murmuró ella, con los ojos cerrados, las manos revolviendo su cabello castaño. Mientras sentía que él la empujaba cada vez más rápido, mientras sentía lo mojada y excitada que estaba.

Hasta que llegó el primero de varios clímax para ambos y él sintió que ella le clavaba las uñas en la espalda y lo sostenía aún más entre sus piernas. Se derramó completamente dentro de ella. Ya era hora de que el conde de Shurltand tuviera un heredero.

— Hermosa... hermosa... magnífica... — Habló mientras caía mojado de sudor encima de ella — Aún sin darme cuenta, tu hermano me dio el regalo más grande de todos: Tú...

Si Madeleine no hubiera estado todavía en órbita, debido a la explosión de emociones que acababa de sentir, la habría dejado con la conciencia culpable una vez más. Sin embargo, estaba tan encantada que ni siquiera lo vio desde este lado.

Richard se acercó a la mesita de noche y sacó un pañuelo de algodón, luego limpió suavemente parte del muslo y el área cubierta de una pelusa dorada clara. Ella observó con curiosidad su amabilidad, pensando que él actuó de manera similar la noche anterior, en sus nupcias.

— Si actúas así, nuestro heredero pronto estará en camino, si no está ya dentro de ti. – Dijo al ver que ella lo miraba. – Pero me gusta complementar esta medida de higiene con lo que queda.

Madeleine al escuchar la palabra heredero se angustió, no dijo nada, solo se mordió el labio y trató de contener las lágrimas.

Mi señor... sólo soy una doncella... un conde no tiene herederos con una doncella...

Capítulo 23

A la mañana siguiente, el conde Richard Crampton se encontraba en su oficina en una de las habitaciones de la mansión, cuando escuchó un golpe en la puerta. Ese toque discreto le resultaba familiar.

—¡Entra, Atinkson !

El mayordomo, vestido con su habitual uniforme negro y con una expresión solemne en el rostro, entró en la habitación. Era una oficina completamente decorada con pesados muebles de madera oscura, cortinas de terciopelo rojo en la ventana que daba al patio, algunos libros en el estante detrás del escritorio. Fue desde allí que la mayor parte del tiempo Richard dirigió su negocio y también la administración del condado.

— Lo siento, mi señor. Ha llegado una carta urgente del condado para usted. – El mayordomo llevaba una pequeña bandeja plateada con un sobre amarillo encima.

— ¿Carta urgente? ¿Qué será? Gracias Atinkson , puedes irte.

El mayordomo dejó la carta sobre el escritorio y salió con la misma pose y expresión solemne en el rostro con la que entró. Llevaba años en la familia, pero siempre actuó así. Richard, desconfiado, fue hacia el sobre que abrió y sacó el papel que contenía. Después de unos

segundos, arrugó el papel y lo arrojó sobre la mesa.

— ¡Maldición! – gritó el conde. Su exclamación de furia fue escuchada incluso por su esposa que pasaba por la puerta cerrada de la oficina.

Abrió la puerta lentamente, sin tocar, como si no quisiera molestarla o con cierto miedo, pues no sabía qué estaba pasando para enfurecer tanto a su amante.

— Richard… ¿mi amor? ¿Qué hubo? ¿Puedo entrar? ¿Ocupado? – preguntó Madeleine, y metió sólo una parte de su rostro en la habitación con la puerta entreabierta.

Richard con una expresión molesta en su rostro miró hacia la puerta y se calmó cuando escuchó la dulce voz de la condesa. Sin embargo, sintió cierta lástima por la noticia que tenía que darle.

— Pasa, cariño. Esta casa también es tuya y siempre tendré tiempo para ti. – Habló, tratando de ser gentil, no dejando que su furia interfiriera en la forma en que trataba a su amado.

Richard se levantó de su silla, rodeó el escritorio y se acercó a la joven que entró a la habitación, cerrando la puerta. Él la abrazó y la besó en la boca con furia como si fuera la última vez y Madeleine, sin entender nada, solo respondió con placer. Luego sostuvo su rostro angelical con ambas manos, la miró a los ojos y habló.

— ¡Escucha, cariño! Me duele mucho tener que alejarme de ti, especialmente al comienzo de nuestra luna de miel.

— ¿Apartarse? ¿Por qué? – Madeleine abrió mucho sus dulces ojos azules sin entender nada y ya sintiéndose un poco asustada.

— Sí… soy conde y tengo mis obligaciones con el condado. Recibí una carta que una inundación ha devastado cultivos, desplazado a los inquilinos, mi presencia es necesaria allí con urgencia. Saldré esta mañana, porque quiero llegar pronto, para poder regresar aún antes.

— Vaya… ¡lo siento! Pero... ¿no puedo ir contigo?

— ¡No querida! Estaré muy ocupada, estarás sola en el castillo. Preferiría que conocieras a Shurtland en otra ocasión.

— Entiendo... te extrañaré mucho, pero estaré aquí orando y esperándote ansiosamente. Yo… te amo… – finalizó la frase con timidez.

— ¡Yo también te amo, mi amor! Te extrañaré en mi cama cada noche que esté fuera. – dijo Richard mirándola a los ojos y luego bajó sus labios hasta esos dulces labios en forma de corazón.

El beso que comenzó dulce, se volvió más apasionado , Richard movió sus manos por su espalda y ahora acariciaba su trasero y sus caderas. Luego, rápida y ágilmente invirtió posiciones: ya no

era él quien estaba contra el escritorio, sino ella. La sentó en el escritorio, le levantó el vestido y se colocó entre sus piernas, mientras seguía besándola con pasión y deseo.

—Richard.... ¿Aquí? – Dijo sin aliento al sentirlo, sus manos acariciando sus muslos debajo de su vestido y buscando una abertura en su ropa interior.

— ¡Sí! Aquí… – Habló con voz ronca de deseo mientras sobre su escote tiraba de un seno, dejándolo completamente expuesto listo para ser chupado. – No tenemos tiempo para despedirnos en nuestra habitación, así que te muestro los placeres fuera de la cama...

Madeleine no tenía miedo, al contrario estaba llena de ganas y con ganas de disfrutar cada minuto antes de su partida. Sin embargo, era nuevo para ella hacer el amor fuera de la cama y tenía mucha curiosidad. Pero sintió que perdía toda razón y dejó que Richard guiara sus instintos cuando sintió que la penetraba profundamente, al principio suavemente y luego con desesperación y velocidad. Mientras que al mismo tiempo, acurrucado contra sus muslos, la abrazaba con fuerza, la besaba y chupaba lo que su escote permitía.

— Richard... ¡abrázame fuerte! No me dejes… – suplicó en el colmo del placer.

— ¡Estoy aquí, mi amor, nunca te dejaré! ¡Te amo!
Así, Richard y Madeleine se despidieron, antes de que él partiera esa mañana para resolver los problemas del condado. Prometiendo regresar lo antes posible y que probablemente estaría de regreso en Edimburgo y en la mansión Crampton en una semana .

Capítulo 24

Richard se fue tarde por la mañana y Madeleine, a pesar de amar la compañía de su cuñada Eugenie , estaba triste. Aunque sabía que él también estaba molesto por tener que dejarla, también sabía que era parte de sus deberes como conde y propietario de un condado. La mansión Crampton parecía muy aburrida sin él, pero se juró a sí misma que intentaría entretenerse y esperarlo felizmente. Especialmente porque todos en la mansión intentaban malcriar a la joven en su luna de miel que recientemente había sido separada de su marido.

Eugenie y Madeleine estaban tomando el té de la tarde cuando entró Atinkson con expresión solemne. A veces Madeleine tenía ganas de sonreír con esa pompa exagerada a la que no estaba acostumbrada.

— Lo siento, milides , tienes visitas para la condesa.

— ¿Visita? Pero Madeleine no conoce a nadie aquí y aún no ha tenido tiempo de empezar a asistir a eventos sociales debido a su dolor...

— Sí, no conozco a nadie en el pueblo que vendría a hacerme una visita de cortesía. – dijo Madeleine mientras se llevaba la taza a los labios.

— Si me permite entrometerme , me pareció extremadamente poco elegante y petulante que alguien viniera a visitar a una condesa sin una tarjeta de visita y una cita. Pero la persona insistió, alegando que era el cochero que la trajo a Edimburgo y que necesitaba hablar con la dama.

Cuando Madeleine escuchó eso, su corazón se aceleró, comenzó a sudar frío y la única razón por la que no se puso lo suficientemente pálida como para que los demás se dieran cuenta fue porque ya estaba demasiado blanca. Sin embargo, casi se atragantó como si fuera té, pero trató de ocultarlo.

¡Dios mío! ¡Creo que ha llegado el final de mi cuento de hadas! ¡Jesús, ayúdame!

—Tal vez tenga noticias de algún pariente lejano en Londres. Te recibiré en la oficina del conde.

El mayordomo hizo una expresión como si no estuviera muy a favor de que una condesa recibiera esa visita, especialmente sin la presencia del conde. Pero salió de la habitación para cumplir sus órdenes.

Madeleine dejó el té a medio terminar y Eugenie en el salón terminando el suyo y se dirigió a la oficina a recibir al visitante no deseado. Luego, después de llamar a la puerta de la oficina, entró Atinkson , anunció al señor Morris y los dejó solos.

— Buenas tardes, señora *condesa* . – habló burlonamente el cochero, luego de que estuvieron

solos y la miró parada frente al escritorio del conde, el cual ocupaba en la silla.

— Buenas tardes señor Morris, le confieso que su visita me sorprendió. – Dijo tratando de mantener la calma y no demostrar que estaba asustada.

— Ya veo... Me sorprendió aún más ver a una criada haciéndose pasar por una condesa en la panadería. Una señal de que tu plan funcionó.

— No soy una doncella que se hace pasar por condesa. – Bajó la voz por temor a que alguien la escuchara desde el pasillo. – ¡Soy una criada que se convirtió en condesa!

El cochero la miró con expresión burlona, sacó una moneda del bolsillo, la lanzó al aire, la cogió en la mano y se la volvió a guardar en el bolsillo del abrigo. Luego habló, mirándola de nuevo.

—¡No con la aprobación del conde! ¡Baja tu cresta, jovencita! Una palabra mía y serás expulsado de esta casa y enviado a prisión. – Habló de manera diabólica y eso dejó a la joven profundamente asustada.

— ¿Para qué haría eso? ¿Qué ganarías con eso? ¿Qué clase de hombre es usted, señor, que promete algo a un joven al borde de la muerte y rompe su promesa? – Se levantó de su silla, puso sus manos sobre el escritorio en señal de desesperación y el cochero se dio cuenta de que había golpeado su punto débil.

— *A cambio de…* eso es exactamente lo que quiero: ¡Algo a cambio de mi silencio! ¡Y no será poca cosa! ¡Después de todo, eres una sirvienta que se convirtió en condesa gracias a esto!

— Pero… ¡pero no tengo mucho dinero! ¡Me casé recientemente! Todo lo gestiona el conde, no puedo pedirle dinero, ¡y menos sin decir por qué!

— ¡No es mi problema! Pero tendré cierta compasión por ti: ¡acepto las joyas del difunto!

Al escuchar eso Madeleine sintió cierto alivio, no que eso solucionaría el problema, todos decían que los chantajistas siempre piden más y más. Pero al menos le daría algo de tiempo, pensando en cómo se lo diría a Richard sin importar cuánto la asustara. Podría vivir unos momentos más de felicidad cuando regresara de Shurltand y luego prepararse lentamente para decírselo. Pero sólo pensar en el fin de su matrimonio y tal vez incluso en la prisión le dolía el corazón.

— ¡Todo está bien! ¿Cuál quieres? ¿Una pulsera? ¿Un collar? Para mí no sólo tienen un valor económico sino también sentimental, ya que pertenecían a mi difunto amigo.

— ¡Los quiero todos!

— ¿Todo? ¡Pero no puedo hacer eso! Hasta el conde se daría cuenta, pues ya sabe algunas… – Habló con la boca abierta y asustada.

— ¡Ese no es mi problema! ¡Todas las joyas o la mitad y parte en efectivo!

— Por favor, señor Morris… – Preguntó entre lágrimas.

— ¡Estamos hablando! ¡En una semana estaré de regreso aquí en la mansión para participar en esta historia! ¡Una semana es tu fecha límite!

— ¿Una semana? ¿Solo una semana?

— ¡Sí! ¡Me quedaré en la ciudad, en casa de mi sobrina, mientras espero que pase la fecha límite! Ahora, señora *condesa* : ¡Mis respetos y que la pases bien!

Eugenie seguramente sabría lo que ese hombre quería de ella. Madeleine inventaba una excusa por algo que había olvidado en el carruaje.

Capítulo 25

— Mileide … ¿estás seguro de que no quieres nada más? – Dijo la joven criada mientras retiraba la bandeja de la mesilla de noche. – No tocaste nada…

— No, no quiero. No tengo hambre.

Madeleine hablaba sin entusiasmo en la habitación a oscuras. Hacía casi seis horas que el sol ya se había puesto, era hora de encender una vela, pero ella lo prefería así. Ella les había estado diciendo a todos, desde que el cochero se fue cuando ella se retiró a su habitación, que estaba teniendo un ataque de migraña, por lo que no bajaría a cenar y no quería que la molestaran. Sin embargo, Eugenie, preocupada , y el ama de llaves ordenaron que dejaran una bandeja en la habitación.

— Entiendo, Mileide ... si me permite ser tan atrevido, creo que me olvido del conteo... – Habló con una expresión amable y Madeleine se obligó a esbozar una sonrisa amistosa. – Sepa que dejó a todos con la misión de mimarte y cuidarte hasta su regreso.

— Gracias por ser tan bueno conmigo… – dijo Madeleine sin entusiasmo.

— Es nuestra obligación, milide ... nosotros somos los sirvientes de la casa y tú eres nuestra ama. Además de ser una persona muy simpática y amable...

— Aún así, gracias… deja algo de fruta que prometo comer más tarde. Ahora, por favor, cierra las cortinas y podrás coger el resto de la bandeja...

La criada salió de la habitación y Madeleine se quedó sola en la oscuridad, no quería encender ninguna vela, en su subconsciente era como si fuera una forma de esconderse, de protegerse del mundo. Mientras pensaba en cómo saldría de todo el lío en el que se metió y cómo sería su vida a partir de ahora después de revelarlo todo.

Dios mío… ¡qué inocente de mi parte! Pensar que una doncella podría tomar el lugar de una dama, convertirse en condesa y listo... Que el secreto nunca sería revelado...

Madeleine pensó en silencio bajo las sábanas, no hacía frío, pero su cuerpo sentía escalofríos de miedo. Además tu corazón parece sangrar cuando piensas en el dolor de perder a Richard para siempre.

Probablemente me odiará, me echarán de aquí, me acusará de estafador, me entregará a las autoridades y se casará con una verdadera dama...

Mientras pensaba en las posibles consecuencias, en lo que le sucedería, le vinieron a la mente recuerdos de su infancia, como huérfana pobre en las calles y viviendas de St. Giles . Hasta que un día una mujer la tomó de la mano y la dejó en un orfanato, no era el mejor lugar del mundo, pero al menos comía una vez al día y no tenía tanto frío como en las calles durante la dura época inglesa. invierno. Cuando se hizo mayor, alrededor de los catorce años, unas monjas llegaron al orfanato buscando niñas para trabajar como sirvientas en una institución para educar a niñas ricas y nobles. Por su apariencia, educación y buen temperamento, fue una de las elegidas y en el internado pronto fue ascendida a sirvienta personal. Así, conoce a varias damas nobles, todas ellas esnobs, pedantes y nauseabundas. Muy diferente de la verdadera Lady Taylor, a quien conoció, ella se convirtió en su sirvienta personal exclusiva y así nació su amistad.

Querido amigo, sé que lo hiciste con la mejor de las intenciones, pero la promesa que el cochero te hizo en sus últimos minutos no sirvió de nada y ahora estoy en problemas... Además de estar perdidamente enamorado de una hombre completamente fuera de mi clase social y que nunca me aceptará cuando sepa la verdad...

La joven se giró hacia un lado, recogió la almohada vacía junto a la suya que pertenecía a Richard, la abrazó con fuerza y dejó que las lágrimas fluyeran. Entonces, abrazada a la almohada de su amante, se quedó dormida.

Capítulo 26

— Entonces, ¿mi tío? ¿Fuiste a la mansión? ¿Conseguiste hablar con la criada que se cree una condesa? – preguntó Berta con curiosidad, por lo que abrió la puerta de su casa para recibir a su tío. Debido a los recortes de costes, una de las empleadas domésticas fue despedida.

El hombre entró apresuradamente, cerró la puerta y colocó su sombrero y su bastón en el estante detrás de la puerta. Tan pronto como cerró la puerta, se sintió más cómodo contando los detalles.

—¡Siéntate, tío mío! ¡Cuéntamelo todo, estoy emocionado! – La mujer, siempre bien vestida, con la esperanza de que algún día Richard se cansara de su esposa y viniera a visitarla o encontrara un nuevo protector, se sentó en un sillón y le indicó otro al cochero.

El cochero se sentó lentamente en el asiento, puso una pierna sobre la otra y miró a su sobrina con ojos ávidos.

— ¡Sí, es ella! Tal como lo confirmé en la panadería.

— ¡Perfecto! – Berta aplaudió eufóricamente – ¿Y pudiste hablar sola?

— ¡Sí! Al principio el mayordomo no quería dejarme, pero insistí y como parece que el conde tuvo que irse apresuradamente por negocios, eso facilitó las cosas.

— ¿Y cómo estuvo la conversación?

— ¡Tenso! Al principio él quería actuar con superioridad, pero la decepcioné y le di un ultimátum: en ocho días quiero todas las joyas de la difunta dama , ya que ella afirma que todavía no tiene acceso a efectivo. – Siguió contando. – Estaba aterrada, pero por su mirada pude ver que se dio cuenta de que ¡lo mejor que puedo hacer es lo que le estoy pidiendo! Compartiré una parte de estas joyas contigo y la otra parte la utilizaré para establecerme en la ciudad.

— ¡Estoy agradecido, tío mío! Pero sabes qué sería aún mejor...

— ¿Qué?

— ¡Después de que ella le dio las joyas, le contó todo al conde y la acusó de asesinato! Después de todo, hay un cuerpo enterrado y sólo tú sabrás dónde encontrarlo. Entonces, debido al cambio de identidad, todos creyeron que ella también fue quien mató a la verdadera Madeleine.

La expresión del hombre era un poco confusa, un poco pensativa, sobre si debía o no hacer lo que le sugirió su sobrina.

— Pero ya tenemos las joyas , ¿qué ganaríamos con eso?

— ¡Ah, tío mío! Recuperaría a Richard, tú obtendrías todas las joyas, yo renunciaría a mi parte del trato. Además de ganarse el eterno agradecimiento y protección de un conde. – La mujer habló con veneno.

Lo de tener ahora todas las joyas e incluso más bajo la protección de un conde, y tal vez incluso recibir una recompensa, avivó aún más la ambición del señor Morris.

— Pero… la criada probablemente será condenada por asesinato e irá a la horca….

— ¡No sólo será la primera en ir a la horca, ni será la última! – Respondió la joven sin corazón.

Madeleine se despertó mejor por la mañana, a pesar de que la preocupación no abandonaba su mente, comenzó su higiene matutina, se sentó frente al tocador y se aplicó unos polvos para disimular las ojeras. Estaba terminando cuando alguien llamó a la puerta.

— ¡Adelante! – Habló amablemente.

Eugenie , vestida con un vestido de muselina verde agua, entró cautelosamente en la habitación, caminando lentamente, como si todavía tuviera migraña.

— ¿Te sientes mejor, cuñada? ¿Ha desaparecido la migraña?

— Sí querido. No hay necesidad de pisar tan suavemente… – dijo y le dedicó una sonrisa.

— Así entré a la habitación de Emily, cuando era más joven y ella tenía migraña, siempre siguiendo sus reglas. Pero en ese momento todavía no lo sabía. – Dijo torpemente.

—Entiendo, Eugenie . Generalmente hay un momento adecuado para que nuestras madres nos cuenten estas cosas.

— ¡Tienes razón! Pero eso fue antes de que ella fuera al convento.

— ¡Oh sí! Siempre te escucho referirte a esto. ¿Tenía vocación religiosa y luego la abandonó para casarse con el duque?

— No… nunca la hubo… en realidad es una larga historia. Entonces pídele a Richard que te lo cuente. Él hará este papel mejor que yo.

Madeleine sentía curiosidad por esa historia, por lo que pasó en el pasado de la otra hermana. Sin embargo, no quería ser indiscreta y en ese momento estaba demasiado preocupada para ello. Un día Richard se lo diría o ella misma se lo preguntaría. Eso si no la hubieran echado de la mansión primero. Eugenie se acercó, le tocó las manos y le habló con una expresión amable.

— Sabes cuñada, me gustas mucho y aunque todos dicen que te estás enfermando porque extrañas mucho a mi hermano durante su luna de miel, quiero decirte que si hay algo más que te molesta, puedes cuenta conmigo.

Eso de alguna manera conmovió a Madeleine, por la forma en que hablaba su cuñada, así como por lo frágil que se sentía en ese momento. Aunque dudaba que su cuñada todavía lo apoyaría si supiera todo.

— Gracias querida... eso me hace muy feliz. Sin embargo, no tengo nada, solo extraño a tu hermano y realmente tengo migraña.

Capítulo 27

Ocho días después...

— ¡Aquí está el trato! Todas mis joyas , que me dejó la difunta Madeleine. Simplemente no sé qué haré cuando el Conde se dé cuenta de que ya no los uso...

La joven, al final de la tarde, entregó discretamente un paquete de tamaño mediano pero pesado a través de los barrotes del muro de la mansión que daba a la calle. No podía darle la bienvenida a casa y no podía salir sola a encontrarle en otro lugar sin que Eugenie se diera cuenta. Incluso dijo esto con la esperanza de que el hombre tuviera compasión o lástima y retrocediera.

— ¡Ese no es mi problema, *milide !* Pero apuesto a que para una doncella tan inteligente como para pretender ser una Dama, sabrá pensar en algo... – Diciendo esto, el hombre puso el paquete bajo el brazo, subió a su carruaje alquilado y desapareció abajo. la calle.

Madeleine tenía ojos tristes mientras veía el carruaje continuar su camino hasta doblar la esquina y desaparecer de la vista. Sin embargo, algo le decía que ese no era el final, los chantajistas siempre pedían más y más. No sabía cuál sería la próxima exigencia ahora, pero probablemente no podría cumplirla y sería entregada por él a su marido.

Eran las ocho de la noche cuando, después de cenar, Eugenie y ella estaban en el salón. Madeleine hojeaba, de mala gana, un libro que había cogido de la biblioteca de casa sólo para fingir estar distraída. Eugenie se distrajo tratando de bordar algo, diciendo que sus hermanas bordaban mejor que ella y que no sabía por qué ese requisito para que las niñas supieran bordar. Fue entonces cuando sonó el timbre y Atinkson fue a abrir. Entonces, Madeleine sintió que su corazón se aceleraba al escuchar esos familiares pasos firmes.

— ¡¡¡Richard!!! – Madeleine cerró el libro, lo arrojó sobre el sofá y corrió a abrazarlo en medio de la habitación.

— ¡Mi hermano! ¡Has vuelto! Esta vez dejaré que el primer abrazo sea de tu esposa que casi se enfermaba de extrañarte. – dijo Eugenie con buen humor. Madeleine había sido tan buena compañía que ya no se sentía tan necesitada como antes cuando Richard no estaba.

A pesar de extrañarse, Richard y Madeleine intercambiaron un simple beso en la boca, en presencia de Eugenie .

— Te extrañé, mi amor… – Habló con sus ojos azules brillando y mirando esos seductores ojos verdes.

— Yo también, sentí el tuyo, cariño.

— ¿Cenaste? Son casi las nueve de la noche, puedo enviar a las criadas a arreglar algo.

— Sí, mi amor. Paré en una posada para que descansaran los caballos, acabé duchándome y cenando allí. Pero me muero por descansar en mi cálida cama. ¿Venga conmigo? – Le guiñó un ojo, sin que Eugenie lo viera.

—Oh, claro, mi amor. No es demasiado pronto para jubilarme, realmente necesito descansar. He estado deprimido sin ti...

Richard y Madeleine subieron las escaleras tomados de la mano hacia sus habitaciones. Ambos se extrañaban mucho. Incluso Madeleine, que estaba muy preocupada por el cochero y las joyas , acabó olvidándose de todo por un momento al ver a su amante entrar en la habitación.

Tan pronto como entraron a la habitación y cerraron la puerta, Richard sorprendió a Madeleine inmovilizando su cuerpo contra la puerta desde adentro. Mientras levantaba el vestido de su esposa y lo ajustaba entre sus muslos blancos. Luego, hábilmente, metió las manos debajo del vestido levantándolo, luego aflojó las ligas de las medias y se deshizo de ellas, al igual que los pantalones cortos. De esa manera abrió los botones de sus pantalones y pudo sentir todo el calor que había debajo de esas faldas y que tanto lo conmovía. Besó sus labios apasionadamente, de hecho parecía como si quisiera devorarlos. Cuando terminó el beso, se concentró en su cuello blanco y delicado.

— ¿Me extrañaste? Me di vueltas en la cama durante horas antes de quedarme dormido, mi cuerpo sólo quería estar dentro de ti. – Habló mientras su lengua ahora recorría su cuello y bajaba hacia sus pechos, los cuales descubrió tirando de inmediato del escote de su vestido. Exponiendo ambos a la vez.

— ¡Sí, mi amor! Sentí demasiado. Casi me enfermo sin ti… – Comenzó a hablar, pero se quedó sin aliento cuando se dio cuenta de que Richard sostenía sus dos pechos como dos joyas y había comenzado a chuparlos, turnándose entre uno y otro.

— Richard…. – Cerró los ojos, arqueó su cuerpo hacia atrás, enterró su mano en ese cabello oscuro.

Era su instinto femenino el que hablaba, la naturaleza actuaba, los días sin su marido la dejaban sedienta de amor. Richard aprovechó su forma arqueada y penetró su miembro rígido en esa cueva suave y húmeda. A partir de ese momento ya no quedó nada, solo una mujer apasionada, sedienta de amor y un hombre dispuesto a satisfacerlos a ambos. En poco tiempo, el placer de estar allí, apoyado contra la puerta, explotó para ambos y cuando alcanzó su punto máximo, uno se agarró del otro, con las piernas alrededor de su cintura. Ahora ambos cuerpos habían llegado al momento de relajación y lentamente se apoyaron exhaustos contra la puerta, abrazándose.

— Aún no ha terminado, mi amor… – Richard habló suavemente en su oído, mientras recuperaba fuerzas. La tomó en sus brazos y la llevó a la cama, colocándola lentamente debajo de la cama.

Esta vez no apagaron todas las velas, dejando solo una encendida en la mesita de noche.

Lentamente, Richard quitó suavemente la ropa de Madeleine pieza por pieza, mientras él se sentaba en el borde de la cama, vestido solo con sus pantalones, observando cómo emergía lentamente su desnudez.

— Richard... ya estoy completamente desnuda... — dijo Madeleine tímidamente, tratando de agarrar una sábana a su lado, pero fue detenida por su mano.

— Espera, no te avergüences... Soy tu marido y quiero contemplar tu belleza. Eres hermosa… ver tu cuerpo blanco con curvas así me recuerda a la diosa Afrodita. Mi Afrodita, hecha solo para mí...

Giró suavemente a Madeleine sobre la cama, colocándola de costado y de espaldas a él. Luego se tumbó en la cama y pegó su cuerpo al de ella, rodeando su cintura con su fuerte brazo y colocando posesivamente una de sus manos sobre uno de sus redondos senos. Luego le habló al oído.

— Confieso que estoy cansada por el viaje, pero esta noche quiero dormir cerca de ti, sintiendo tu calor, tu piel, la curva de tus nalgas, la suavidad de tus senos en mis manos.

Madeleine ya estaba satisfecha con el momento en la puerta del dormitorio y, a pesar de ser algo nuevo para ella, le encantó la idea.

— Hmm… me va a encantar dormir tan protegida en tus brazos, pero a la vez de una manera tan sensual.

Entonces Richard se acurrucó aún más detrás de ella y le habló suavemente al oído.

—Ahora duerme, mi condesa...

Entonces, la joven se quedó dormida, por un minuto sin recordar sus problemas, simplemente sintiéndose satisfecha como mujer, completa y amada.

Capítulo 28

— ¿Este lugar está aquí? – preguntó el cochero con impaciencia.

— ¡Sí, tío mío! Viví con este hombre durante casi dos años, conozco sus hábitos. Todos los jueves suele venir a este club de caballeros por la tarde y suele salir del lugar entre las cuatro o cinco de la tarde. Sólo ten paciencia.

Berta, muy bien vestida, con un vestido color uva, el pelo rojo cuidadosamente recogido bajo un sombrero del mismo tono y una pluma blanca para decorar. Ella esperaba ansiosamente en la puerta del club, dentro del carruaje, la partida del conde. Había llegado el momento de que los dos llevaran a cabo la otra parte del plan. Supe que el conde había regresado del condado y ya estaba en Londres.

— ¡Ahí está, vámonos! Tuvimos suerte de estar solos, sin ningún caballero.

Berta bajó rápidamente del carruaje, caminó hacia él tratando de derrochar el encanto y la sensualidad que en el pasado dejó al conde atado a ella por mucho tiempo.

— Milord, Milord – Pensó que sería mejor no llamarlo tan íntimamente en la vía pública.

— ¿Berta? – Richard se giró y la miró sorprendido. — ¿Qué estás haciendo aquí? Parece que me estaba esperando....

— Y yo estaba…. – Dijo coquetamente, mientras abría y agitaba su abanico.

— Mira, Berta, por favor no me busques más. Lo que vivimos fue muy bueno, pero había un plazo para que terminara un día y ese día llegó. Ahora soy un hombre casado y amo a mi esposa. Ahora hay una condesa de Shurtland . – Habló en voz baja, intentando ser un caballero y tampoco llamar demasiado la atención de los que pasaban por la calle.

El hecho de que se diera cuenta de que su encanto y sus modales sensuales ya no tenían en él el mismo efecto que antes la dejó decepcionada y molesta. El deseo de acabar con su felicidad sólo aumentó dentro de ella.

— Quieres decir: ¡Ahora hay una doncella que se hace pasar por Señora y la has convertido en condesa! Qué cartón, mi señor… – Dijo burlonamente abanicándose con el abanico.

El conde la miró con total incredulidad, como si estuviera mirando a una loca que deliraba por perder la cordura.

— ¿De qué estás hablando, mujer? ¿Te has vuelto loco? He oído que algunas mujeres se vuelven locas después de una ruptura. Pero eras un profesional, no deberías actuar así. Te pido que no me busques más.

— ¡Su *condesa* es una sirvienta, una estafadora y una asesina y puedo demostrarlo!

Eso enfureció a Richard, todas esas calumnias contra su esposa ya estaban cruzando la línea. Ahora Berta tendría que demostrarlo o por favor desaparecería de su vista para siempre.

— ¡Berta! ¡No acepto estas calumnias contra mi esposa, fuera de mi vista!

— ¡Desapareceré! ¡Pero primero vayamos a ese carruaje estacionado allí! En él está el cochero que trajo a su *Dama* a Edimburgo y quien podrá confirmar y probar todo lo que acabo de contarles.

Richard, queriendo deshacerse de ella para siempre, caminó de mala gana y con el ceño fruncido hacia el carruaje estacionado al otro lado de la calle con un hombre apoyado en él. Cuando Richard se acercó, se preparó para contar todo lo que sabía, sólo que en su versión. La versión que favoreció a él y a su sobrina.

— Señoría, soy el señor Morris, a su servicio. – El cochero hizo una reverencia.

— Vayamos directo al grano, ¿qué tontería me está diciendo esta mujer? Y también lo señala como alguien que puede probar la historia. ¿Te has vuelto loco o estás intentando que te arresten por difamación?

— ¡Permítame explicarle, mi señor! Soy el cochero que debía traer a Lady Madeleine Taylor, su novia, a Edimburgo. Pero hubo un accidente en el camino y su doncella personal tomó su lugar. Milord, de hecho está casado con una Madeleine, pero es una sirvienta personal de la verdadera, Lady Madeleine Taylor...

A Richard ya le hervía el cerebro, con esa calumnia infundada que decían con tanta seriedad.

— ¡Usted está loco! Y por tu bien, me niego a escuchar el fin de esta locura. – Richard empezó a salir, pero se detuvo cuando lo escuchó.

— La verdadera Lady Taylor murió después de un accidente de carruaje. Giró hacia la carretera, resultó herida, pero en lugar de ayudar a su ama, la criada casada con el amo, la apuñaló mortalmente, contribuyendo a su muerte. De esta manera ella podría asumir su lugar, su identidad, ya que sabía que el hombre nunca había visto una foto de su novia.

Richard, en ese momento, ya no sabía qué creer, pero no era posible. Sin embargo, sintió que se

le helaba la sangre cuando escuchó concluir al cochero.

— Puedo demostrarlo mostrándote el lugar donde está enterrada la verdadera Lady Madeleine. Aún no ha oscurecido, no está muy lejos, puedo llevarte allí. Está al costado de la carretera, al lado de un gran árbol en la carretera a Londres.

— Pero, si realmente existe este organismo, usted sería cómplice de no haberlo denunciado. ¿La viste enterrarlo y ayudar?

— Señor, soy un mal cochero. Ella es inteligente y astuta, ¡me amenazó! Dijo que tenían casi los mismos nombres, la difunta Señora era desconocida. Ahora iba a convertirse en la esposa de un poderoso conde, ¿quién me creería? Incluso podrían pensar que yo la maté.

Richard miró pensativamente al hombre, al menos iría con él y aclararía la duda. Él no creía esa loca historia, pero si existiera algo así y si lo estuvieran engañando, nunca perdonaría a Madeleine por engañarlo y en cuanto al asesinato, lo entregaría a las autoridades para que se hicieran cargo. del resto.

— ¡Todo está bien! Dirígete al lugar donde dices que está enterrada la verdadera Dama y yo te seguiré en mi carruaje. Sólo espero que sepas lo que estás haciendo: la gente podría tener problemas con la ley o tú mismo podrías tener problemas...

Capítulo 29

— ¿Dónde está? ¿Dónde está ese criminal asesino? – Llegando desde la calle, gritó Richard mientras caminaba hacia el interior de la mansión con largas zancadas.

— Disculpe mi señor, pero ¿a quién se refiere? Aquí no llegaron extraños. – Atinkson lo siguió sin entender nada.

Richard estaba angustiado, sus ojos verdes ardían de odio, su mandíbula apretada, sus puños apretados. Luego encontró a su hermana y a su esposa Madeleine sentadas en el salón esperando la hora de cenar. Su voz profunda, sus pasos fuertes, parecían haber llamado ya la atención de las jóvenes, simplemente no podían entender lo que le decía al mayordomo que lo seguía con pasos apresurados para seguirle el ritmo. Sin embargo, cuando Madeleine creyó escuchar la palabra estafador, su corazón se hundió y tuvo la sensación de que sabía lo que se avecinaba.

— ¡Aquí está ella! – Señaló con el dedo índice hacia Madeleine.

— Richard, ¿qué pasó? ¿Qué tienes? ¿Por qué estás tan enojado? ¡Te pareces a nuestro padre cuando llevó a Emily al convento! – Eugenie se levantó asustada del sofá y se tapó la boca con la mano.

— ¡Aquí nadie va al convento! ¡Pero este estafador asesino irá a la cárcel! ¡Hoy! ¡Ahora!

Madeleine, sentada con los brazos cruzados para aliviar los temblores de su cuerpo que ya no podía disimular, se levantó del sillón y se arrodilló en medio de la habitación. Eugenie miraba la escena, mirando de uno a otro sin entender nada.

— ¡Perdóneme, mi señor! ¡Mil veces perdón! No soy un asesino, sólo soy un sirviente que quedó atrapado en una trampa del destino y aún así tuvo la audacia de amar a un conde. – Habló con la cabeza gacha y las manos cubriéndose el rostro entre lágrimas.

— Madeleine.... ¿qué pasa? Levántate, ¿por qué actúas así? ¿Richard y tú os habéis vuelto locos? – Eugenie habló asombrada mientras observaba la escena. Sin embargo, los dos prefirieron ignorarla a ella y al mayordomo que también estaba observando todo.

— Además de estafadora y asesina, también es cínica y reservada. – Se paró en medio de la habitación y la miró fijamente arrodillada en el suelo.

— ¡Mi señor, no fue idea mía! Ni siquiera maté a nadie. La difunta Madeleine, la verdadera Madeleine Taylor, era mi jefa, yo era su amiga y su servidora personal en el instituto. Estaba acompañándola en el viaje hasta aquí, cuando hubo un accidente en el carruaje y ella murió. Antes de fallecer me propuso esto, al principio pensé que era una locura, pero en sus momentos finales ella insistió y terminé aceptando. El cochero le dio su palabra de que no diría nada...

— ¿Quieres que crea eso? ¡Está el cuerpo de una joven enterrado al costado de la carretera! Según el cochero, todos los hechos sugieren que pertenece a la verdadera Lady Taylor. Fuiste tú quien me engañó descaradamente y seguirías engañándote si no fuera porque ese mismo cochero vino a decirme toda la verdad.

— ¡No, mi señor! ¡Cometí un error, pero no hasta este punto! Al principio estaba encantada con la posibilidad de pasar de sirvienta a condesa y mi ama me aseguró que saldría bien. Ya sabes, tienes una bonita chimenea para el invierno, una mesa abundante, pero no sabes lo que es el hambre, el frío y tener que guardar carbón en el cubo para calentar el espacio en las frías noches de invierno.

— ¡Oh! ¿Y eso justifica lo que usted? Todavía parece que fue por el dinero.

— ¡No! ¡No fue por el dinero, cuando lo conocí me enamoré! Empecé a amarte desde la primera vez que te vi, pero mi conciencia nunca me dejó olvidar lo mal que estaba haciendo. Sin embargo, cada vez que pensaba en decírselo, el miedo a perderlo hacía que me doliera el corazón.

— ¡Ahora hazme un favor! ¿Por qué iba a creer eso? ¡Nada de lo que dices es creíble para mí!

— ¡Lo entiendo, pero sé que incluso le entregué al cochero todas las joyas valiosas que el difunto me regaló! ¡Me estaba chantajeando y lo hice para no perderlo!

— ¡Él llega! ¡Ya he oído suficiente! ¡Voy a llevarla a la sede pública de la ciudad ahora! ¡Te entregaré a las autoridades!

— ¡Lástima, mi señor! ¡Por Dios que no!

— ¡Vamos! ¡Atikson , ordena que preparen el carruaje! ¡Rápido! – Habló con voz alterada por la furia.

— ¡Cálmate, hermano!

— ¡No interfieras! ¡Oh! y te prohíbo que intentes visitarla en prisión, ¿entiendes? – Se dirigió a Eugenie enojado .

Richard la tomó del brazo y la obligó a levantarse, por lo que caminó por los pasillos de la mansión hacia el carruaje. Eugenie, con la boca abierta, observaba la escena con incredulidad y sin saber cómo actuar, no podía creer que su amiga fuera el monstruo que su hermano pensaba que era. De esta manera, siendo prácticamente arrastrada por los pasillos de la mansión con sólo la ropa que llevaba puesta, Madeleine fue metida en el carruaje junto con el conde y partieron hacia la cárcel de Edimburgo.

Capítulo 30

— ¡Bienvenida a tu nuevo castillo, *condesa asesina* !

El carcelero habló en tono burlón mientras abría la cerradura de la celda y le daba un ligero empujón en la espalda. Ella, con los ojos hinchados por el llanto, entró en la habitación desanimada y asustada. Era una celda de tamaño mediano, barrotes pesados, piso de tierra, una vela y un montón de paja en el fondo, lo que hacía parecer que estaba destinada a servir como colchón. Al menos tenía el *honor* de estar encerrada sola en una celda, no tenía que compartir celda con ladrones, prostitutas y otros delincuentes.

Dentro del carruaje, le pidió perdón a Richard varias veces, pero él se mantuvo inflexible. Entonces, cuando él la entregó a las autoridades allí en la cárcel, ella prefirió simplemente decir que era inocente contar su versión de los hechos y de ahí en adelante optó por el silencio. Se arrepintió profundamente de haber aceptado involucrarse en esa historia, aunque sabía que su amiga quería ayudarla, presentarla. Sin embargo, nunca imaginó que aquel cochero malhumorado la acusaría de asesinato, porque si era difícil ser perdonado como mentiroso, imagínate ser un asesino. Si la declaran culpable, su destino probablemente sería la horca. Sentada encima del montón de pajitas llorando, la joven reflexionaba sobre todo.

Cuando vi a ese cochero llegar a la mansión para chantajearme, tuve miedo de perder a Richard y le di todas las joyas que me pidió. Sin embargo, nunca imaginé que le iría peor. ¿Pero para qué hizo esto? Planteando una mentira tan infame....

Madeleine lloró casi toda la noche, tumbada sobre el montón de paja seca, en la fría celda, pero la paja la ayudó a mantenerse caliente. Ya casi amanecía cuando logró tomar una siesta, pero se despertó cuando el carcelero de aspecto sombrío comenzó a golpear los barrotes de la celda.

— ¡Visita a la *condesa!*

La joven aún somnolienta se sobresaltó, sorprendida de haber logrado conciliar el sueño. Miró al hombre y no dijo nada, solo seguía pensando quién era, ya que no conocía a nadie en la ciudad y dudaba que Richard, después de la forma en que actuó y las palabras que dijo, viniera. visitarla o arrepentirse. Desafortunadamente para él, ahora ella era solo una estafadora asesina, que se aprovechó de su belleza y situación, ingresando a la mansión Crampton para engañar a todos. Se sentó lentamente sobre el montón de pajitas y esperó al visitante.

Una mujer bien vestida con un vestido turquesa, mayor que ella, debía tener unos veinticinco años, cabello rojo bien peinado debajo del sombrero, rostro ovalado, mirada burlona, entró con paso firme. Tenía una mirada atrevida y Madeleine pensó que había visto esa cara en alguna parte. De repente algo le aclaró la mente.

La mujer de la panadería... la que vi al lado del cochero...

—¡Entonces tú eres la doncella que pensó que se convertiría en condesa! ¡Francamente! – La mujer la miró con expresión de disgusto, la misma mirada que daba por la habitación. – Pero ahora está en el lugar que le corresponde.

— Lo siento, pero no te conozco… – La joven habló humildemente y con voz débil.

— ¡Permítanme presentarme! Soy Berta Marie Smith, pupila de Earl Richard, ¡mucho antes de que tú aparecieras en su vida! La sobrina del señor Morris.

Madeleine la miró, no había nada que discutir, ya no era la esposa de Richard, de hecho como la verdadera Madeleine nunca lo fue. Pero ahora entendía por qué esa mujer había insistido en ir a visitarla y por qué el cochero hizo todo eso contra ella. Tenía que admitir que era una mujer hermosa, de aspecto experimentado, pero por lo poco que sabía de ese mundo de nobleza, no era la mujer que un conde elegiría como esposa. Tal vez como un amante eterno...

— Soy inocente… de todo lo que me acusaron y no entiendo por qué visitaste…

— ¡Oh! ¿Eres inocente? – Dijo burlonamente. – ¡Di eso cuando estés a punto de ir a la horca por asesinar a una mujer noble! ¡Y vine aquí porque quería ver tu desgracia con mis propios ojos! ¡Ahora pásalo bien!

La mujer salió de la celda entrando con paso firme y Madeleine no pudo decir nada más. Simplemente se sentó sobre el montón de paja como antes, bajó la cabeza y comenzó a llorar.

— Ah, Richard… creo que estoy empezando a entender muchas cosas. Es una pena que no me creas… – Habló en voz baja.

Capítulo 31

— ¡ Atinkson ! ¡Otra botella de whisky! – dijo Richard de mal humor, mientras sentado en la sala tocaba el timbre plateado para llamar al mayordomo.

Eugenie, sentada en el sofá hojeando un libro, se limitó a levantar la vista y permaneció en silencio. Estaba triste por todo lo sucedido y preocupada por el comportamiento de su hermano en los últimos días.

Habían pasado tres días desde el incidente, el ambiente en la mansión era pesado, los sirvientes caminaban por la casa con sospecha. El mal humor del jefe molestó a todos, además de entristecer a todos por el fin de una pareja tan hermosa, el fin del ambiente de armonía y pasión en la casa.

— Richard... si Madeleine fuera inocente del asesinato y su crimen fuera simplemente ocultar el hecho de que era una sirvienta. ¿La perdonarías? – Preguntó la joven con miedo.

— ¡No quiero oír hablar de esa mujer aquí en esta casa! ¡No! ¡No lo perdonaría!

— Hmm… deberías… puedes ver claramente cuánto estás cambiando y sufriendo con su ausencia. Te encuentras ahogado en whisky a cualquier hora del día y nunca has estado así...

— ¡Ay, hermana mía, por favor! ¿Quién eres tú a los dieciséis años para darme un consejo?

— ¡Alguien que observa las cosas! Alguien que lo vio actuar por orgullo, mira lo que actuar impulsivamente le hizo a nuestra familia en el pasado. Algunas cosas se podrían haber evitado...

— ¡Prescindo de tus consejos!

La joven miró a su alrededor, ella también estaba irritada, sentía que había algo mal en esa historia, pero algo que sólo alguien como Richard, usando su poder como conde, o alguien en el campo de la seguridad pública podía desentrañar.

— ¡Y no necesito tu compañía! – Eugenie cerró el libro enojada, se levantó del sofá y se dirigió hacia las escaleras que la llevaban a su habitación.

Richard permaneció en la silla como si nada hubiera pasado, después de lo sucedido intentaba cambiar su forma de actuar. Ya no le importaba ser el caballero servicial, al fin y al cabo había sido engañado por una dama, no una dama, una simple sirvienta. Este era su razonamiento ahora. Atinkson entró en la habitación llevando una bandeja con una botella de whisky como pidió. Luego, tras verter lentamente la dosis en el vaso, el mayordomo, siempre tan discreto, lo miró por primera vez con aire de intimidad.

— Lo siento, mi señor, sé que soy un simple mayordomo. Sin embargo, un mayordomo que lo vio nacer. Sabes, desde que tengo uso de razón, sé que los nobles no se casan con sirvientas, es la ley de los hombres y no de Dios. Pero tú, engañada o no, fuiste su esposa durante unos veinte días. – El hombre calvo, de unos sesenta años, habló con cautela.

— ¿Y adónde vas con todo esto, Atikson ? – habló el conde con irritación.

— ¡Perdóneme mi descaro, mi señor! Pero quiero decir que deberías investigar mejor esta historia de asesinato. Porque ella irá a la horca si es condenada, y si te acostaste con ella como hombre y mujer durante todos estos días, tal vez no irá sola a la horca... Además, tu sufrimiento por ella, siendo una sirvienta. , está claro o no...

Los ojos de Richard se abrieron cuando escuchó eso y el mayordomo salió de la habitación sin decir una palabra más. Después de todo, ya había dicho todo lo que quería. Eso realmente preocupó a Richard. No había manera de negar que habían dormido y amado durante algunas noches y que siempre derramando su semilla dentro de ella existía la posibilidad de un embarazo sin que ninguno de los dos lo supiera todavía.

Dios mío... ¿y ahora qué? Puedo perdonar el hecho de que me confundieran con un sirviente, ¡pero no puedo perdonar el asesinato! Sin embargo, tampoco puedo dejarla sufrir e ir a la horca sin saber si está esperando mi hijo o no... Además, la extraño mucho...

Capítulo 32

— Sr. Morris... Sr. Morris... – susurró una voz femenina.

En la oscuridad de la habitación, el cochero se dio vuelta en la estrecha cama, cambió de posición, se tumbó de lado, dobló la almohada y se tapó la oreja. Fue la tercera vez esa semana que sintió que escuchó a alguien pronunciar su nombre.

Esa voz otra vez, ¡debo estar loco! Si hubiera tomado un trago, habría dicho que era la bebida.

— Engañoso ... solapado... cruel... – continuó la suave voz femenina.

El cochero abrió los ojos asombrado y se sentó en la cama. Buscó a alguien en la oscuridad de la habitación, pero abrió mucho los ojos y no vio a nadie. Sin embargo, la voz continuó.

—¿Quién está ahí? ¿Quién es? ¡Aparecer! ¡No tengo tiempo para bromas! Si eres un ladrón o una prostituta y te colaste aquí, ¡te arrepentirás! – Gritó el hombre, tratando de ver en la oscuridad de la habitación.

— Lo prometiste... y rompiste tu palabra. ¿Qué clase de caballero es usted, Sr. Morris? – La voz ahora parecía resonar en el aire.

Entonces, al escuchar eso, al cochero se le puso la piel de gallina, se dio cuenta de dónde conocía, aunque fuera brevemente, esa suave voz femenina, pero que le hablaba en tono exigente. Bajó la cabeza atormentado, tratando de encontrarle algo de lógica. Sin embargo, cuando levantó la cabeza apenas podía creer lo que sus ojos estaban viendo, su cuerpo se quedó inmóvil, sus piernas no podían levantarse y correr, su pulso se aceleraba, sus ojos solo necesitaban salirse de su rostro y su La voz simplemente no le obedecería.

La verdadera Madeleine estaba ante sus ojos, tan hermosa como la falsa Madeleine, con el vestido blanco que entró en el carruaje y con una expresión acusadora en los ojos. Si no hubieran ayudado a enterrarla, habría jurado que estaba viva y había irrumpido en su habitación por una ventana de la casa en las primeras horas de la mañana. Pero lamentablemente ese no fue el caso.

— ¿Dejará que una persona inocente vaya a la horca, señor Morris? ¡Recuerda que la justicia divina caerá sobre ti! Además, te atormentaré para siempre...

— ¡Irse! ¡Estás muerto! ¡Déjame en paz!

El hombre le arrojó la almohada a la aparición, la cual pasó de un lado a otro, lo que lo asustó aún más. Empezó a gritar desesperadamente.

—¡Vaya con el conde, señor Morris! ¡Y di la verdad! ¡Que él juzgue qué hacer, pero diga la verdad! Madeleine no es una asesina y todo fue idea mía....

— ¡Irse! ¡Tu inquietante!

— ¡El día está por amanecer, señor Morris, le aconsejo que acuda al conde lo antes posible! ¡No te dejaré en paz! Mi amiga no morirá inocente por su ambición y la maldad de su sobrina.

Así, la verdadera Madeleine desapareció y cuando Berta entró inmediatamente en la habitación, atraída por los gritos de su tío, encontró a un hombre casi trastornado saltando de la cama y comenzando a cambiarse de ropa.

—¿Qué pasó, tío mío? – preguntó Berta, aún en camisón, asombrada.

— ¡Ella! ¡Ella! ¡Ella estaba aquí! – El hombre habló con los ojos muy abiertos.

— ¿Ella quién? ¡Estás molesto!

— ¡Una visión! ¡El difunto! ¡La verdadera Magdalena! Ella estuvo aquí y me advirtió que no dejará de molestarme hasta que le diga al conde la verdad: Que la criada no mató a nadie y que fue idea suya.

Berta escuchó eso con asombro. No creía en fantasmas, pero tenía mucho miedo de que su tío decidiera creer y tomara una decisión que los perjudicara a ambos.

— ¡La inquietación no existe! ¡Sácalo de tu cabeza! ¡Fue una pesadilla!

— ¡No lo fue! ¡Durante días esa voz me atormentó y hoy lo vi con estos ojos que la tierra comería! ¡Iré a hablar con el conde y retiraré todo lo que dije sobre el asesinato! Te contaré la verdadera historia...

Berta se acercó a él, abrió mucho los ojos y lo miró, lo agarró por los hombros y lo sacudió.

— ¿Te has vuelto loco? ¡No harás eso, hombre de Dios! Seremos arrestados por insultos, calumnias, falsos testimonios.

— ¡Lo haré, no quiero vivir con este fantasma atormentándome! ¡Iré a la casa del conde ahora mismo! Esperaré en la puerta y en cuanto pueda recibirme me confesaré .

Berta vio que su tío era irreductible, sólo podía estar loco, pero ella no se quedaría allí en Edimburgo para que la arrestaran con él como cómplice. Mientras él esperaba hablar con el conde, ella hacía las maletas y huiría de allí a Londres y luego tomaría un vapor hasta París. Después de todo, tenía ahorros. Seguramente en la ciudad de la luz encontraría un nuevo protector rico y noble.

— ¡Haz lo que quieras! ¡Pero debes saber que cuando regreses, ya no me encontrarás aquí! No me quedaré aquí para que probablemente me arresten junto con usted.

Sonó el timbre de la mansión Crampton y Atinkson fue a abrir. Preguntándose quién sería a las ocho de la mañana, el lechero y el quiosco no tocaron la puerta principal, además, ya habían pasado. Cuando Atinkson abrió la puerta, vio a un hombre alto, delgado, con marcas de viruela en el rostro, vestido como la mayoría de los cocheros y con ojos como quien había pasado una noche sin dormir.

— ¿Y bien, señor? ¿Qué deseas?

— Lo siento, pero me gustaría hablar con el conde Richard Crampton .

Atinkson lo miró con cara de desdén, alguien así no debería molestar al Conde, especialmente a esa hora de la mañana.

— Lo siento, pero el conde no recibe a nadie sin cita previa, especialmente a estas horas de la madrugada. A menos que sean amigos cercanos, lo cual no creo que sea el caso... – Atikson iba a cerrar la puerta, pero el cochero lo detuvo y comenzó a hablar en un tono alterado.

La conmoción llamó la atención de Richard mientras se disponía a tomar un café fuerte y curar su resaca.

—Atinkson , ¿ qué está pasando aquí? – habló Richard detrás del mayordomo quien quedó sorprendido por su llegada.

— Lo siento, señor, este caballero inconveniente, pero ya lo estoy solucionando.

Richard reconoció inmediatamente al cochero, pero no quería tener más contacto con esas personas, ya dijeron lo que querían esa tarde. Le dio la espalda e intentó volver a la mesa.

El cochero, anticipó, no podía dejar pasar la oportunidad de hablar allí mismo con el conde, ya que el mayordomo no le había facilitado las cosas.

— ¡Mi señor! ¡Escúchame! ¡Vine aquí para decírtelo! ¡Ella es inocente!

Cuando escuchó eso, el conde se detuvo y se volvió hacia él.

—¿Qué dijiste?

—¡La criada es una criada, señor! ¡Pero es inocente! ¡Dijo la verdad cuando dijo que nunca mató a nadie! Hubo un accidente con el carruaje y la verdadera Madeleine resultó gravemente herida, al borde de la muerte, les pidió que cambiaran de lugar. Eran amigas, criada y ama, pero amigas...

Richard, era alto y fuerte, en dos pases se acercó mucho al cochero, lo sujetó con ambas manos por el cuello de la camisa y con la mandíbula apretada lo miró.

—¿Estás diciendo que mentiste? ¿Que por tu culpa una mujer inocente corre el riesgo de morir en la horca acusada de asesinato? Podrían arrestarte por eso, ¿sabes?

— ¡Sí, señor! ¡Me podrían arrestar! Pero sólo quiero quitarme este peso de conciencia y deshacerme de la maldita persecución de la mujer muerta que no me deja en paz.

Richard lo miró a los ojos con una mirada que causaba miedo. Nunca unos ojos verdes habían mirado a alguien con tanto odio. Luego le dio un buen puñetazo que lo dejó tirado en la acera de la mansión, le dio la espalda y cerró de un portazo la puerta de la mansión. Atinkson no sabía cómo proceder.

— Señor, ¿qué hago? ¿Llamo a las autoridades?

— ¡Que las autoridades se ocupen más tarde de este desgraciado! Ahora estoy más ocupado corriendo contra el tiempo y llegando a tiempo para volver a ser feliz.

Capítulo 33

—¡Richard! ¿Qué fue ese ruido afuera? – preguntó Eugenie , bajando las escaleras, asustada. La mansión Crampton había sido demasiado emotiva últimamente para su gusto.

Richard apenas alcanzó a responder, con cara de felicidad. Ni siquiera le permitió bajar las escaleras del todo, faltando tres escalones más, la puso en sus brazos, dando vueltas, como si bailara un vals imaginario.

—¡Richard! ¿Qué hubo? ¿Parece que viste un pajarito verde? ¿Se parece al Richard de antaño? – La feliz joven sonrió en los brazos de su hermano, mientras él daba vueltas con ella en la sala.

Luego, dejó de bailar su vals imaginario y lo colocó en medio de la habitación, allí frente a él.

— ¡Madeleine es inocente!

— ¿Qué? – Eugenie gritó, saltó, aplaudió.

— ¡Una criada, pero no una asesina! La historia que contó era cierta.

—¿Y cómo supiste eso? – preguntó con curiosidad.

— El desgraciado cochero se arrepintió de haberla calumniado y vino aquí a confesarse.

— ¡Qué horror! ¿Cómo tuviste el coraje de acusar así a alguien? ¿Lo hiciste arrestar?

— No, todavía no. Eso lo arreglaré más tarde, por ahora el buen golpe que le di en la cara fue suficiente para mí. Aún me duele el puño …— Dijo mostrando el puño y sonriendo.

Eugenie sonrió, pero por un momento se detuvo y pensó: ¿era el hecho de que era lo suficientemente inocente como para que Richard quisiera volver a la mansión Crampton como su esposa? Después de todo, él era el conde Richard Crampton , conde de Shurtland , y ella no era más que una pobre sirvienta. Refinada, bella, inteligente, educada, pero sirvienta...

— Y… el hecho de que estés tan feliz, ¿tiene que ver con que la perdonas en todos los sentidos? ¿Que volverá a esta casa? – Preguntó la joven con miedo.

— ¡Sí! ¡Después de la conversación de ayer me di cuenta de que el hecho de que ella fuera sólo una sirvienta se había vuelto irrelevante! ¡La hice condesa y ahora que no es una asesina, vuelve a mí, porque la amo! – Dijo emocionado.

Richard sonreía como un niño que hubiera recibido su juguete favorito en Navidad. Eugenie apenas podía creer lo que oía. Sabía que, en general, era poco probable que los nobles se casaran con sirvientas, pero eso no le importaba y estaba aún más feliz de que a su hermano tampoco le importara.

— Richard, ¡no sabes lo feliz que me hace escuchar eso! Estoy muy feliz porque Madeleine volverá a esta casa, tú eres feliz otra vez y aquí volverá a reinar la alegría.

Eugenie le dio un fuerte abrazo, a pesar de la enorme diferencia de edad, los dos hermanos estaban muy unidos. El hecho de que la joven se quedara sin madre y ese período con ellos dos solos en la mansión Crampton los había hecho aún más cercanos. De hecho, tal vez por eso Eugenie era cada vez más madura para su corta edad. Emily y Beatrice a esa edad no eran así.

— ¡Ahora hermanita, tengo que irme! Quiero sacar a mi esposa de ese horrible lugar lo más rápido posible y como me arrepiento de haberla entregado a las autoridades.

— No te culpes, fuiste engañado....

— ¡Ahora tengo que irme! ¡Atinkson ! ¡Mi sombrero y mi bastón! – Gritó emocionado, como un niño preparándose para salir a caminar.

Incluso antes de que llegue el mayordomo con los accesorios. Los ojos de Eugenie se abrieron y recordó algo.

— ¡Espera, Richard! Tienes un problema, no tan grande como el otro, pero....

— ¿Qué? ¿Qué es ahora?

— Madeleine no es tu esposa... te casaste con documentos, nombres, todo lo que pertenece a la difunta Madeleine. Tienes que arreglar esto lo antes posible .... Si quieres que la vean así

oficialmente....

Richard estaba tan emocionado por la noticia que se olvidó por completo de ese detalle que marcaba la diferencia en las leyes y la sociedad. Sin embargo, ya no necesitaba una boda pomposa, sólo quería que su Madeleine volviera a la mansión y a su cama, como su condesa, su esposa ante los ojos de Dios y de los hombres.

— Vaya, Eugenie ... pensaste en algo que a mí no se me había ocurrido en mi euforia... Pero todavía la quiero hoy aquí en la mansión y como mi esposa.

— Hmm… ¿qué te parece pasar primero por la iglesia de la ciudad, contarle la situación al cura y llevarlo contigo a hacer la boda? Después de todo, usted es el Conde Richard Crampton , pueden hacer una excepción en los procedimientos legales debido a su título de nobleza y la situación.

Richard la miró con admiración, estaba impresionado de cómo su hermana pequeña cada día se hacía más adulta.

— ¡Buena idea, hermana mía! ¡Lo haré ahora! Antes de recogerte de la prisión, pasaré por la iglesia y me llevaré al sacerdote.

Eugenie se alegró de oír eso. La mansión Crampton volvería a tener una atmósfera luminosa de romance y armonía.

—Entonces ve rápido, hermano mío. No veo la hora de darle la bienvenida a Madeleine nuevamente aquí en esta casa.

Richard se acercó a su hermana menor, le dio un beso en la frente y se fue tarareando.

Epílogo

En la celda fría y poco iluminada, Madeleine, sentada sobre un montón de paja seca que le servía de colchón, tenía la mirada fija en un punto imaginario a través de los barrotes de hierro. La joven estaba sentada con las rodillas dobladas, los brazos alrededor de ellas y la cabeza apoyada en los brazos. Era como si fuera una forma de abrazar su cuerpo solitario. No parecía importarle sus dos únicos compañeros en ese momento: una vela que se agotaría antes del amanecer y una rata gorda que insistía en andar por ahí.

La joven estaba demacrada, su rostro más pálido de lo habitual, ojos azules apagados, cabello rubio recogido en una gruesa trenza y algunos mechones sueltos cerca de su frente. Su único vestido, el que llevaba, era uno de los hermosos vestidos blancos de la fallecida, que llevaba cuando fue llevada a prisión, mostrando ya signos de la suciedad del lugar. Blanco con partes sucias.

— ¡Visita a la condesa! – El habitual carcelero de mal aspecto llamó a la barandilla de la celda y advirtió. Curiosamente, no utilizó el habitual tono burlón al que ella se había acostumbrado en los últimos días.

Madeleine salió de su trance y lo miró con miedo. Pensando en quién vendría a visitarla, seguramente alguien más para burlarse de ella o quizás algo peor. Sin embargo, no dijo nada. Ella permaneció en silencio, esperando. Después de todo, no había nada que hacer más que aceptar su destino.

De repente, Richard y un sacerdote aparecieron ante ella, al otro lado de los barrotes de la celda cerrada. Madeleine se quedó sorprendida, con la boca abierta, él nunca había ido a visitarla a la cárcel. También se asustó al notar la presencia de un sacerdote a su lado. Luego se levantó rápidamente y volvió a caer de rodillas, frente a ellos, justo en el medio de la celda.

— ¡Perdóneme, mi señor! ¡Soy un pobre sirviente y no entiendo las leyes! Pero, si ya he sido condenado por asesinato y es hora de que confiese e vaya a la horca, ¡quiero decir que mi único pecado fue atreverme a amarte! – Habló la joven de rodillas cubriéndose el rostro con ambas manos y rompiendo a llorar.

Esa escena dejó a Richard profundamente conmovido, no se esperaba eso. Un nudo en su garganta lo tomó por sorpresa, todo lo que había pensado en decir lo sentía como si estuviera atrapado en su garganta. Tuvo que controlarse para no romper a llorar también. Hasta dónde había llegado su historia.

— ¡Abre la celda! ¿Qué estás esperando? – Le habló irritado al carcelero.

— ¡Perdóneme, mi señor! Inmediatamente. – El carcelero rápidamente agarró el manojo de llaves de su cintura, metió una de las llaves en la cerradura y abrió la celda.

Richard entró a la celda con las piernas pesadas como el plomo, la emoción se apoderaba de todo su cuerpo. El sacerdote lo acompañó discretamente, permaneciendo a su lado. El conde tocó el hombro de su amada allí sobre su rodilla, sintió la vibración de su cuerpo tembloroso y frágil, lo que lo emocionó y conmovió aún más.

— ¡Levántate Madeleine, no soy mi señor ni tu señor! Soy tu marido y tú ya no eres una sirvienta sino mi condesa.

Por un momento la joven retiró las manos que cubrían su rostro, levantó la cabeza, miró incrédula a Richard y luego al sacerdote. No entendí nada, debí haber estado soñando o me había vuelto loca ahí en esa celda. Luego, se levantó lentamente, se paró frente a ellos y se rodeó el cuerpo con los brazos para ocultar o contener su temblor.

— Lo siento... pero no entiendo... aquí mi señor, el sacerdote... ¿aún no he sido condenado y ha llegado el momento de mi confesión final?

Richard no pudo soportarlo y la atrajo hacia él, abrazándola con fuerza. No le importaba cómo lucía ella después de unos días en prisión. Luego habló con ambas manos sujetándose la cara.

—¡Escuche, mi condesa! ¡Estoy aquí porque ahora sé que no mataste a nadie inocente! También estoy aquí, repasando mi noble orgullo, para decirte que te amo y vine a llevarte de regreso a nuestro hogar.

— ¡Yo también te amo Richard! ¡Y mi intención nunca fue actuar sin causar daño!

Richard la besó apasionadamente, ante tanta emoción, la joven no pudo contener las lágrimas que insistieron en caer durante el beso. En cuanto ambos se separaron un poco, ella todavía miraba al cura sin entender qué hacía allí y el conde le explicó.

— Cariño, oficialmente nuestro matrimonio no es válido. Entonces traje al vicario aquí para que nos casáramos aquí mismo y dada la situación de emergencia, aceptó. Por eso estoy aquí.

— ¿Casarse? ¿Ahora? – Fue mucha felicidad para un solo corazón.

— ¡Sí! Volverás a casa conmigo ahora. Sin embargo, Madeleine Crampton , condesa de Shurtland , abandonará oficialmente esta celda .

Madeleine se secó las lágrimas y se frotó los ojos, como para asegurarse de que no estaba soñando. El vicario se dio cuenta de que había llegado el momento de tomar parte en la situación. Luego, abrió la Biblia y habló.

— Estoy listo para comenzar la ceremonia, hijos míos.

En ese momento, Richard tomó el brazo de Madeleine, lo unió al suyo y los dos se quedaron, uno al lado del otro, frente al sacerdote. El vicario se santiguó, abrió la Biblia y pronunció algunas palabras. Sabía que el deseo de todos era que fuera lo más breve posible, pero esta vez

sería válido ante los ojos de Dios y de los hombres.

— ¡Hijos míos, os declaro marido y mujer! ¡Lo que Dios ha unido, el hombre no lo puede separar! Puede besar a la novia, mi señor.

Richard tomó a Madeleine en sus brazos, extrañándolo tanto, sin importarle el ambiente de la celda, el aspecto de la novia, la presencia del sacerdote y le dio un largo y apasionado beso. Saboreando esos labios rojos y azucarados que parecían una fresa madura o un corazón.

— Oh ! Eh … – El sacerdote se rascó la garganta, haciendo un ruido deliberado.

Era necesario que el sacerdote tuviera esa actitud discreta para que los dos recordaran que no estaban solos y se dejaran llevar.

— ¡Ahora vámonos a casa, mi amor! Hay una joven testaruda que se muere por verte y que sólo no vino a visitarte durante tu estancia aquí porque se lo prohibí seriamente. – Habló con buen humor.

Carta del autor:

Queridos lectores,

Karen Heifer era mi seudónimo. Soy un autor brasileño, de Rio Grande do Norte, al que le encanta vivir en Natal, la Ciudad del Sol. Soy licenciada en Pedagogía y Ciencias Contables, pero actualmente escribir novelas es mi principal actividad. Mi escritura está influenciada por viejas revistas Sabrinas de los años ochenta y algunas novelas de época. Empecé a escribir cuando tenía diez años, confieso que leí muchas revistas de Sabrinas , Julias , Biancas a esa edad. Sin embargo, no fue hasta los dieciséis años que logré escribir mi primera novela a mano en un cuaderno y la conservé. Entonces, fue sólo años después con la evolución de la tecnología y la llegada de Amazon que fue posible publicarlo . Él es el elegido del magnate, de la serie Matrimonio arreglado (anteriormente El multimillonario y el huérfano).

Espero que hayas disfrutado de la serie Cramptons , hay otros libros de la serie publicados aquí en Amazon . Si no te ha gustado te pido disculpas, porque sigo siendo un autor en constante evolución, intentando mejorar día a día.

Conoce un poco más de la autora a través de su Instagram : @autorakarinabezerra .

Cordialmente

Karina Bezerra

Descubre otros libros de la serie.

Los Crampton :

El duque y el novato (Los Crampton 01):

" ¡Malditas sean todas las generaciones de los duques de Cantrell y sus duquesas durante cien años! ¡Que los duques nunca disfruten del amor verdadero y que las duquesas siempre se vayan después de darle un heredero!"

Inglaterra, 1812, periodo de Regencia:

Una maldición de hace cien años que azota a los duques de Cantrell ...

Un duque, joven, apuesto, rico, con fama de malhumorado y antisocial tras la muerte de la joven duquesa;

Una novicia bella y refinada, sin vocación a la vida religiosa, pero que evita hablar de cómo acabó en el convento;

Un baile de máscaras que abre la temporada en Londres, donde Frederick Oliver , duque de Cantrell de Blackmore , baila y se enamora de una hermosa joven que desaparece poco después del baile;

La rueda del carruaje que transportaba a la madre superiora y sus novicias desde Londres al convento rural se estropea y se ven obligadas a buscar refugio en un castillo cercano;

Entonces, dos caminos diferentes se encontrarán a través de una trampa del destino...

Un amor prohibido (Los Crampton 03):

Edimburgo, Escocia, 1817:

"Los caminos que nos llevan al amor no siempre son los apropiados..." (Capitán Roberth Cliff Voldstok)

"Prohibidos a mí, prohibidos el uno al otro..." (Lady Eugenie Crampton)

Lady Eugenie Crampton , la menor de los Crampton , siempre soñó con participar en la temporada social de Londres, como su hermana Beatrice, y encontrar su gran amor para casarse. Sin embargo, no contaba con el hecho de que un golpe en la salida de la modista podría revelar al caballero de sus sueños allí mismo, en Edimburgo.

El capitán Robert Cliff Voldstok , el hijo menor del difunto barón Voldstok , un apuesto joven caballero acababa de regresar a Edimburgo. Recién llegado de las colonias, tras el fin de la guerra, no buscaba precisamente una joven con quien casarse, pero cuando se topó con aquella joven pelirroja, de ojos azules que parecía más bien un hada, quedó encantado y Sólo quería saber dónde podía encontrarla para poder conseguir permiso para cortejarla.

Sin embargo, con lo que no contaban era con que ese amor estaría prohibido por todos y sin derecho a revelar una buena razón para ello. Por eso, deciden luchar para estar juntos...

Un acuerdo nupcial (Los Cramptons 04):

Londres, Inglaterra, 1815:

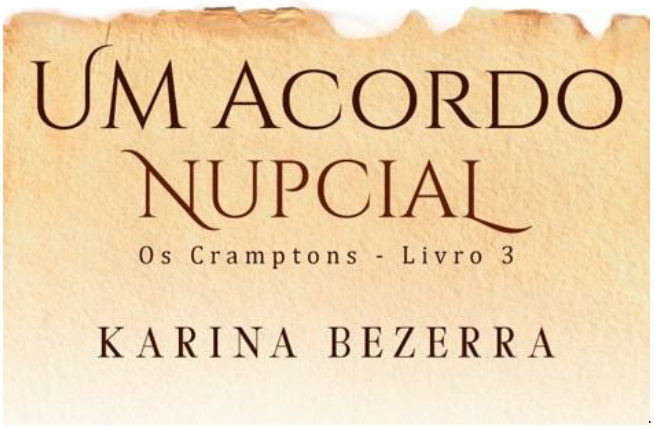
“¿ Nuestra habitación? ¿Solo una habitación? Vaya... ¡recién ahora me di cuenta de que tendremos que compartir habitación! Por Dios... debería haber añadido esta tercera condición a nuestro acuerdo: Dormitorios separados durante la luna de miel...” (Lady Beatrice Crampton);

“Parece un ángel… ¡no hombre, no pienses así! Sería una blasfemia imaginar un ángel con

un trasero tan hermoso y atrevido...” (Lord Anthony Scott)

Lady Beatrice Crampton cumplió dieciocho años, llegando a la edad de debutar y participar en su primera temporada social en Londres. Su hermano, el conde Richard Crampton , la envió a Londres al cuidado de su hermana mayor, la duquesa Emily Crampton , y le advirtió que vigilara a su hermana, no fuera a meterse en problemas y ver su reputación empañada durante mucho tiempo. su primera temporada social. señora Breatrice Crampton es una preciosa joven de dieciocho años, guapa, de buena familia y que tiene muchas posibilidades de conseguir un buen pretendiente esta temporada. Sin embargo, la joven no quiere casarse tan pronto, sus planes son tener un trabajo primero, ella ni siquiera quiso participar en la temporada y solo estuvo allí ante la insistencia. de tu hermano.

Caballero Anthony Scott es un conocido libertino, joven, guapo, rico y noble, una buena pareja que nadie ha conseguido atraer hasta el momento. Porque el matrimonio no estaba en sus planes. Sin embargo, todo eso cambia cuando compromete la reputación de la cuñada de su amigo el duque de Cantrell , nada menos que Lady Beatrice. ¿Entonces? ¿Cómo terminará esta historia?



Un Acuerdo Nupcial@2022. Todos los derechos reservados.

Obra protegida por la Ley 9.610 de 1998 (Leyes de Derecho de Autor).

Queda prohibida la reproducción libre o comercial de esta obra sin la autorización del autor. Queda prohibida la reproducción parcial de la obra, incluso gratuitamente, sin el debido crédito. **Un acuerdo nupcial (El Cramptons -Libro 3)** es una obra de ficción, cualquier parecido con personas o eventos reales es pura coincidencia.

El plagio es **un DELITO**

Instagram : @Autorakarinabezerra
Email: Autorakarinabezerra@gmail.com

Resumen

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Epílogo:

Carta del autor:

Descubre otros libros de la serie Cramptons:

Querida Emily,

Envío a Londres, bajo tu cuidado, a nuestra hermana Beatrice, que ya tiene edad suficiente para debutar y participar en su primera temporada social. No me parece muy entusiasmada porque, a diferencia de ti, no creo que ella todavía sueñe con un buen matrimonio, una casa y unos hijos. Pero creo que esto pasará, es sólo un capricho de una joven en su mejor momento de dieciocho años e influenciada por ideas modernas. Me encantaría acompañarlo para poder disfrutar un poco de la vida en la corte de Londres, pero desde que me convertí en conde, tengo muchas cosas que resolver en nuestro condado. Así que viajará sola, sólo con su criada personal y nuestro cochero. Me quedaré aquí con Eugenie, que aún no tiene edad para participar en la temporada. Te ruego que como su hermana mayor y considerando que nuestra madre ya lleva dos años fuera, guíes y cuides a nuestra hermana para que no se meta en problemas ni arruine su reputación.

Confío en ti, querida hermana, la próxima temporada intentaré visitarte.

Tuyo sinceramente

Richard Crampton (Conde de Shurteland)

Capítulo 1

Londres, 1815.

El lujoso carruaje negro, con el escudo rojo y dorado de los Cramptons pintado en las puertas, se detuvo ante la residencia de los duques de Cantrell . La imponente mansión de ladrillo rojo estaba ubicada en Park Lane Street, en el barrio de Mayfair . Era media tarde y una agradable calma reinaba en el elitista barrio londinense. Además de la agradable vista de todas esas hermosas mansiones, los jardines en flor al inicio de la primavera y la brisa que soplaba entre los árboles, lo que hacía que el clima fuera aún más agradable. Entonces, el cochero de la familia bajó del carruaje, colocó el escalón en la puerta y luego llamó suavemente.

— Ya llegamos, Mileide. — El cochero abrió la puerta del carruaje y se inclinó en señal de respeto. Llevaba años en la familia. El mismo cochero de antaño llevará a Emily al convento...

Una hermosa joven de dieciocho años, de cabello rojo y ojos azules, piel tan clara como la porcelana, miraba todo desde la ventanilla del carruaje con ojos curiosos. Ella era todo lo contrario de su hermana mayor, tanto en apariencia como en personalidad. La verdad es que ella no quería estar allí, sabía que en el fondo estaban tramando tirarla al mercado de citas de la temporada londinense como si fuera una mercancía y no Así era como quería que sucedieran las cosas en su vida. Sin embargo, me sorprendió poner un pie en el moderno Londres por primera vez, ya que la ciudad no parecía la tranquilidad de Edimburgo en Escocia.

— ¡Listo niña, ya llegamos! Me alegro de que se haya librado del ceño fruncido que tuvo durante todo el viaje, tan pronto como entramos a Londres. ¿No bajarás? — dijo su doncella y camarera personal. Una mujer gordita de unos cincuenta años. Gracias a su experiencia y a la fidelidad de su hermano, éste permitió que el viaje lo hicieran solo ellos dos y el cochero.

— Voy si, ¡Mag ! No estoy a favor del motivo de este viaje, ¡pero no puedo esperar para abrazar a Emily y besar a mi sobrino Edward! En sus cartas siempre dice que es un niño de tres años, apasionado, gordito y de grandes mejillas sonrosadas. — Beatrice habló emocionada.

El cochero abrió la puerta y la joven, vestida con un vestido blanco estampado de diminutas rosas, manos enguantadas y un gorro rojo , puso el pie en el estribo del carruaje y descendió lentamente, con la ayuda del cochero. Muy cerca estaba su Mag. Por unos momentos estuvieron uno al lado del otro frente al magnífico. Mansión de estilo jacobeo . Hasta que el cochero se adelantó y tocó la campana plateada en la puerta principal, luego regresó al carruaje para cuidar el equipaje y esperar la ayuda del personal de la casa. Esa era la residencia oficial del duque y la duquesa de Cantrell , Emily ahora era solo para los familiares más cercanos.

Pronto, la campana de plata sonó con fuerza, luego se abrió la pesada puerta de caoba y vestido con un uniforme negro con discretos detalles dorados, apareció Strunck , con su habitual elegancia y modales solemnes.

— ¡Buenas tardes, milide ! ¿Qué deseas? — El hombre que bloqueaba la puerta habló pomposamente como si ella fuera una extraña y la dueña de la casa.

— ¡Buenas tardes! soy dama Beatrice Crampton , hermana de la duquesa, creo que espera mi llegada hoy. — Dijo Beatrice, tratando de sonreír para romper el hielo del mayordomo.

— ¡Sí, milide ! ¡Por supuesto! Por favor sígueme. Ordenaré a los sirvientes que tomen su equipaje y le muestren al cochero las habitaciones de los sirvientes.

— Está bien, pero Mag es mi sirvienta personal. Ella viene conmigo y luego vemos su alojamiento. — Dijo la joven, encarando al mayordomo y dándole un abrazo de costado a su Mag.

—Por supuesto, milide . ¡Como prefieras! Por aquí por favor.

Beatrice y su doncella entraron a la mansión, siguiendo los pasos del mayordomo por los largos y bien decorados pasillos. Llevaba consigo, en una mano, una maleta mediana de cuero marrón, que se negó a dejar con el equipaje común o a entregar a un sirviente para que la llevara. Cuando Beatrice llegó cerca de la sala principal, vio a Emily sentada en el sofá de terciopelo rojo y con un vestido de seda azul turquesa . Incluso en casa, la hermana era elegante, bien vestida, digna del título de duquesa que se había ganado. En su regazo estaba un niño regordete de tres años que, con la cabeza gacha, agitaba un juguete para llamar su atención. Sin embargo, antes de que Strunck lo anunciara , o antes de que Emily notara su llegada, una niña de ocho años se levantó del otro sofá y corrió hacia él.

— ¡¡¡Tía Beatrice!!! ¡Me alegro de que haya llegado! — Julieta , vestida con un vestido rosa, con sus rizos castaños claros rebotando, corrió hacia ella y la abrazó.

Habían pasado tres años desde la boda de Emily, donde oficialmente se convirtió en la madrastra de la pequeña Juliette. Pero Beatrice no la conoció hasta un año después de la boda, cuando fue a visitar a la familia del duque al castillo de Cantrell , en el campo. En ese momento, Juliette tenía seis años y Beatrice dieciséis y ambas se llevaban muy bien. Juntos hicieron muchas travesuras en los jardines y pasillos de Cantrell . Hasta el punto en que Emily tuvo que intervenir y recordarle a su hermana que ya era casi una niña adulta y debía aprender a comportarse. Después de todo, dentro de dos años llegaría el momento de debutar y ser presentada a la reina. En ese momento Beatrice ni siquiera lo escuchó, pero ese momento había llegado...

—¡Juliette! ¡Mi hermosa muñequita! — Beatrice le devolvió el fuerte abrazo, luego, tras soltarla, se agachó a la misma altura y le habló afectuosamente. Luego fue el turno de Emily.

— Beatrice... cómo creció y floreció en sólo dos años. Ni siquiera se parece a esa chica traviesa que se asoció con Juliette en Cantrell para hacer travesuras y distraerme. ¡Ven aquí, dame un abrazo! — Emily habló cálidamente, se levantó del sofá y también la abrazó.

— ¡Emily, querida hermana! No has cambiado nada, sigues preciosa, parece que el matrimonio y la maternidad te han hecho mucho bien.

— Sí, hermanita. El matrimonio sólo es bueno para la vida de una mujer, sólo después del matrimonio nos sentimos completos y felices.

— Hmm… No sé sobre eso, tal vez no estoy tan de acuerdo…

— Beatrice, Beatrice... ¿cuáles son estas ideas? Por cierto, nuestro hermano Richard me dijo que te vigilara.

— Oh, no prestes atención a mis ideas. Sólo pensé en voz alta. En cuanto a Richard, le envió saludos a él y también a nuestra hermana pequeña, Eugenie.

En ese momento, el mayordomo ya se había dado cuenta de que ya no era necesario presentarse ni su presencia en la habitación. Dejando a las hermanas solas en la intimidad.

— ¿Entonces? ¿Tuviste un buen viaje? ¿Estás emocionado por tu primera temporada social? La gente ya ha empezado a llegar, la ciudad ya está repleta de gente rica y noble. La tendencia no hará más que aumentar en los próximos días. — Emily sonrió, parada frente a su hermana, tomándola de las manos y preguntó emocionada.

Beatrice hizo una mueca, no tan emocionado. Emily, a pesar de haber sido advertida por carta, pensó que su hermano Richard estaba exagerando, pero al ver el rostro de su hermana y recordar lo poco que pensó al escuchar su comentario sobre la felicidad total. de su esposa después del matrimonio, empezó a sospechar que el caso era grave. Miró a Beatrice con reproche.

— ¡Ay, Emily! No me mires así … — Dijo la joven dando golpes con el pie y haciendo pucheros. — Apuesto a que Richard te escribió antes de enviarme aquí, se parece a él. Entonces ya sabrás que no estaba del todo a favor de este viaje...

—Pero ¿por qué mi hermana? Beatrice, Beatrice! Nuestro padre está muerto y, aunque Richard es muy diferente a él y piadoso, ¡la sociedad no lo es! Recuerda que en el pasado tuve serios problemas... no es recomendable romper las reglas. No es prudente...

— Ah, hermanita, no me hagas recordar tu triste pasado. Durante meses tuve pesadillas, en las que recordaba el día en que te metieron a la fuerza en ese carruaje y te enviaron al convento... Si me dolió, imagina que te duele a ti. — La joven habló en voz baja, para que Juliette, que en ese momento jugaba distraída con su gatito, no los escuchara. No era hora de que ella supiera este tipo de asunto todavía.

— Entonces, en cierto modo, ¿todavía quieres arriesgarte a romper las reglas? Ten por seguro que nadie te meterá en un convento, pero la propia sociedad te juzgará y te dejará al margen cuando se trate de un paso en falso en tu reputación. ¡Por favor di que te portarás bien! Que al menos te callarás cuando estés en los bailes. — Emily con sus ojos marrones y sosteniendo sus manos entre las suyas le suplicó.

— Um... prometo que lo intentaré, pero sólo para hacerte más tranquilo. Sin embargo, te haré

saber que no tengo intención de aceptar ninguna propuesta de matrimonio todavía y que simplemente iré a un baile u otro, para que Richard no diga que vine a Londres y no participé. en cualquier cosa . — Dijo seriamente, luciendo como una niña hosca.

— Está bien, pero quiero que luzcas hermosa y de buen comportamiento en el baile que vamos a tener el fin de semana aquí en la mansión.

— ¿Bailar aquí? No sabía que eran tan festivos, Edward y Juliette aún eran muy jóvenes. Pensé que iríamos a bailar a los clubes sociales de la ciudad. Dicen que Londres tiene algunos estupendos, especialmente uno llamado Almack 's.

— ¡Por supuesto! Será el baile donde presentaremos con toda pompa a la sociedad londinense, su baile de debutantes. No pensaste que la hija soltera del difunto conde de Shurteland llegaría a la ciudad y no sería presentada adecuadamente.

— Ah… hermanita… ¡por Dios que no!

— ¡Sí! Vamos a tener un baile magnífico aquí en casa, el próximo sábado, ya está todo ordenado y las invitaciones ya repartidas. Tú, como Lady Beatrice Crampton , hija de un conde y cuñada del duque de Cantrell, tienes que estar a la altura de las circunstancias.

Beatrice suspiró profundamente, se dio cuenta que no había escapatoria, además de no poder insultar a su hermana y a su cuñado, ya todo estaba ordenado.

— ¡Está bien , pero te avisaré de inmediato que no participaré en ninguna presentación de las chicas debutantes a la reina! Ni se moleste en enviarme a preguntar cuántas plumas de avestruz debo llevar en la cabeza el día de la función... Su majestad, perdóneme.

— Beatrice … —la regañó su hermana de manera afectuosa.

Beatrice se cruzó de brazos, golpeó con el pie y la miró con los ojos azules que heredó de su madre. Entonces Emily vio que no iba a ceder en esta parte, pero que ya era una buena idea haber aceptado participar en el baile y algunos otros eventos sociales en la ciudad.

— ¡Está bien! Ahora llamaré al mayordomo para mostrarte tu habitación, tu equipaje ya debe haber sido colocado en ella. Es casi la hora de alimentar a Edward e insisto en hacerlo yo misma.

— ¡ Está bien! — Beatrice, se agachó un poco y sostuvo en su mano la maleta que había dejado en el suelo a su lado durante la conversación y Emily ni siquiera se había dado cuenta.

—¿Aún tienes maleta? También debiste dejarlo con los sirvientes, así ella ya estaría en su habitación y no tendrías que cargar ningún peso. Recuerda que una dama musculosa procedente del ejercicio físico no es lo más apreciado por los hombres.

— No me desprendo fácilmente de mi maleta, así que preferí cargarla yo y tenerla cerca de mí.

— ¿No? ¿Y qué hay en él? — Emily abrió mucho sus ojos almendrados de color marrón y preguntó con curiosidad, mirando hacia la maleta.

— ¡Mis escritos! ¿No te dijo también nuestro hermano en una carta que quiero ser escritor? Antes de casarme quiero tener una profesión y elegí ser escritora, porque me encanta escribir y leer libros.

—¿Escritor? ¿Practicar una profesión? — La joven duquesa, escandalizada, se llevó la mano a la boca y por un momento casi olvidó que había colocado a Eduardo en su regazo. Incluso se agradeció mentalmente por volver a sentarse instintivamente en el sofá.

— ¡Sí!

— ¡ Dios mío! Es más serio de lo que pensaba o mi hermano me ocultó la situación real...

Habló mirándola, pero pensó que lo mejor era no alargar la conversación, ya se había dado cuenta que su hermana pequeña había crecido y se había convertido en una joven llena de modernidad. Era mejor no discutir frontalmente sino intentar solucionarlo.

Emily hizo sonar la campana plateada que había en la mesa junto al sofá y Strunck apareció en la habitación.

Capítulo 2

—Mira, Mago . ¡Parece mi habitación en Edimburgo!

Beatrice, exclamó alegremente, mientras colocaba su sombrero rojo sobre la cama, luego se acercó al enorme ventanal de vidrio con cortinas de terciopelo rojo, abrió las cortinas, deleitándose con la brisa de la tarde y la vista del jardín de la mansión.

La criada, vestida con un uniforme gris, la seguía de cerca y, mientras ordenaba algunas cosas que Beatrice ya había tirado en el sofá de la habitación, levantó la cabeza y observó cuánto más feliz se veía asomada a la ventana. La habitación era grande, aireada y estaba decorada en tonos crema y rojo. Tenía una antesala, con sofás dorados tapizados en terciopelo color crema, una cama con dosel, un escritorio de caoba, que hizo brillar los ojos de Beatrice y se imaginó escribiendo allí. A pesar de pensar que tal vez no tendría tiempo, sospechaba que su hermana tenía preparada una agenda intensa para su estancia en Londres. Planeaba intentar escapar siempre que fuera posible, pero pensaba que era poco probable que lo consiguiera.

— Sí, señorita Beatrice, es una habitación preciosa, incluso se parece un poco a su habitación en el castillo del condado de Shuterland .

— Tienes razón Mag. Ha pasado un tiempo desde que visité el condado, solo Richard va allí por trabajo, incluso lo había olvidado. — Dijo la joven distraídamente.

— Cuando eras niño, te encantaba pasar tiempo en el castillo.

— ¡Sí! Recuerdo.

— Eugenie y tú hicisteis tantas travesuras que casi enloqueciste a tu madre, la condesa. Siempre eres más inteligente, liderando las bromas y Eugenie, más joven, acompañándote. — La criada meneó la cabeza de un lado a otro y sonrió.

Luego, unos golpes en la puerta interrumpieron su conversación.

—Puedes entrar. —Respondió Beatrice gentilmente.

Una joven doncella entró apresuradamente en la habitación.

— ¡Disculpe, señorita! La duquesa ha avisado que le estará esperando en la sala principal para el té de las cinco.

— ¡Oh! Por supuesto ! Hazles saber que estoy en camino.

La criada salió de la habitación y Beatrice, pasándose la mano por su pelo rojo recogido en un bonito moño, se miró en el espejo y se dispuso a marcharse.

— ¡Señorita Beatrice, ni siquiera me ocupé de su apariencia para el té!

— ¡Tonterías, Mag ! Creo que solo estaremos mi hermana y yo.

— Mm... no lo sé. No me gusta eso. Como su doncella y camarera personal , es mi deber cuidar su apariencia, tal como a su hermana se le encomendó cuidar su reputación. — Dijo Mag con su dedo índice levantado.

— ¡Qué exageración Mag ! Parece que en Londres hay un caballero en cada esquina buscando desvirgar a las doncellas o pedirles matrimonio. — Se burló la joven con una sonrisa antes de salir de la habitación.

Cuando Beatrice llegó a la sala principal Emily ya estaba esperando , sentada en el sofá y acababa de llegar una criada con el carrito del té. Beatrice notó que era muy similar al que llevaba su madre en Edimburgo. Le dio cierta nostalgia y anhelo por su difunta madre.

— Beatrice, me alegro que estés aquí, ¡siéntate a mi lado en el sofá! No sabes lo feliz que estoy de poder tomar el té de las cinco contigo. Ahora quiero que me cuentes todo, cómo les va a Richard, Eugenie y todo en Escocia.

Beatrice se arregló la falda del vestido y se sentó en el sofá, ayudada por la criada, y se sirvió una taza de té humeante. Tomó un sorbo lentamente, sus labios en forma de corazón, saboreó lentamente el té, luego apoyó la taza en el platillo que reposaba sobre su pierna, cruzado elegantemente.

— Ah... Emily, nada ha cambiado mucho. Al igual que la muerte de papá y luego de mamá, ya no pasamos temporadas en el campo, en el castillo de Shurteland y no me importa, me entristecería recordarla. Sólo Richard va allí para cuidar la tierra, la administración y tratar con los inquilinos.

— Um… y hablando de Richard, ¿cómo está nuestro hermano? ¿Ya tienes en mente una candidata a condesa? Bueno, ¡ ya has pasado la edad para casarte! Un conde joven, rico y guapo. Además de necesitar un heredero del título.

— Ah... No creo que esté pensando en eso todavía. Aunque nos oculta a Eugenie y a mí su libertina vida personal, creo que prefiere la compañía de varias mujeres en su tiempo libre, en lugar de estar atado a una sola, a través del matrimonio...

— ¡Oh! Pero eso acabará cambiando. Una de estas veces conocerá a una bella dama, se enamorará y la convertirá en su esposa. Después de todo, ya tiene veintiocho años. ¿En cuanto a Eugenie? Dentro de dos años cumplirás dieciocho y te tocará participar en la primera temporada social. — dijo Emily esperanzada.

— Eugenie, cada día estás más guapa. Parece una flor floreciendo. Ahora vive soñando con su primera temporada social.

En ese momento la duquesa la interrumpió y habló alegremente.

— Hablando de belleza, tú también, hermana. Ella es hermosa: *¡una hermosa dama* ! Apuesto a que será la sensación en el baile que tendremos el sábado. Ya puedo ver la lluvia de tarjetas de visita que recibiremos al día siguiente de posibles pretendientes pidiéndonos permiso para cortejarla.

Al escuchar eso, Beatrice hizo una mueca y trató de cambiar de tema.

— Emily, desde que llegué, todavía no he visto a Frederick. ¡Oh! ¡Creo que Edward se parece mucho a él y Juliette es una niña cada día más hermosa! Sí, en el futuro tendrá éxito en su baile de debutantes.

— Chica lista, no cambies de tema... Frederick salió a hacer unos negocios a las afueras de Londres, pero probablemente regrese a tiempo para cenar con nosotros.

Beatrice, con cara de traviesa, puso los ojos en blanco y tomó un sorbo de té, sabía que la misión de su hermana era asegurarse de que al final de la temporada social encontrara una buena pareja para casarse. De repente Emily escuchó un llanto, era la niñera que sostenía a Edward en sus brazos, el niño de tres años se había despertado de su sueño vespertino y estaba llorando por su madre. Al colocarlo en su regazo , Edward se calmó.

Luego, más tarde se sirvió la cena en la mansión de los duques de Cantrell , cada vez que Emily veía su mesa de comedor arreglada de manera pomposa para recibir a un visitante, era inevitable no recordar la primera vez que cenó con Frederick en el castillo de Cantrell . Él es el Duque gruñón y viudo, ella viste su hábito de novicia, sin esperanzas de experimentar un gran amor.

El duque quería mucho a la familia de Emily y le dio la bienvenida de muy buen grado a su cuñada en la mansión. Incluso se sintió responsable de ella y de su reputación durante su estancia en Londres.

— Quiero que sepas cuñada que es un honor Te damos la bienvenida esta temporada a nuestra casa. Eres de mi más alta estima.

— Gracias, Su Excelencia.

—Su excelencia, no. Somos una familia muy unida, llámame Frederick, por favor. De hecho, junto con Emily, soy responsable de ti mientras estés en Londres.

— Gracias, cuñado. Me alegra saber cuánto me estimas, en cuanto a ser responsable de mí, espero no causarte ninguna preocupación. Después de todo, ni siquiera necesito propuestas de matrimonio tan pronto. De hecho, sólo estoy aquí porque mi hermano Richard insistió y arregló todo con mi hermana pequeña, que es su esposa. — Ella sonrió y luego miró a Emily burlonamente.

Allí, Frederick, sentado a la cabecera de la mesa, tomó la mano de Emily, sentada a su lado. derecha y se lo llevó a los labios.

— ¡La esposa más bella, la mujer más bella! Con todo el respeto a los demás existentes. — Dijo mirándola apasionadamente, después de tres años, todavía se miraban así con frecuencia.

— Hmm… es hermoso ver el amor entre ustedes dos y ¿sabes qué? ¡No planeo casarme pronto! A menos que el destino me sorprenda y encuentre la posibilidad de vivir. un amor como ustedes dos y junto con eso también escribo un libro contando mi historia de amor.

— ¿Oh sí? Así que veo que los muchachos de Londres todavía pueden albergar alguna esperanza. — dijo amablemente. — Pero no sabía que a mi cuñada le gustaba escribir.

Entonces Emily interrumpió.

— Tonterías de Beatrice, cree que no quiere casarse pronto, porque primero quiere tener una profesión y como si ser escritora no fuera suficiente. Debes querer parecerte a Jane Austen. Me encantan tus libros, pero sigo siendo partidario de que aproveches el hecho de nacer con cuchara de plata, hacer un buen matrimonio y contentarte con escribir tus recuerdos en tu diario.

Así, la cena continuó, la familia charlaba animadamente, pero de vez en cuando, Beatrice dejaba escapar algún plan que no encajaba con la trayectoria de una joven casadera perteneciente a la nobleza. Aunque solo estuvieron presentes Beatrice, el duque Federico y la duquesa Emily, la mesa estaba puesta con todos sus cubiertos y se sirvieron platos especiales. Eran tantos que ocupaban toda la larga mesa, iluminada por candelabros de plata a lo largo de toda ella. Los sirvientes iban y venían sin apenas ser notados, mientras los amos charlaban emocionados como anfitriones y felices con la llegada de su cuñada a su casa.

Capítulo 3

— Juliette, cariño, pásame más rosas de la canasta. — Emily habló con cariño, mientras junto a las sirvientas ayudaba a completar la decoración del salón principal de la mansión.

— Aquí está, mamá. — La niña, vestida con un vestido de seda rosa té, llenó sus delicadas y pequeñas manos de rosas y se las entregó. Le encantaba ayudar a Emily con estas pequeñas tareas y se había acostumbrado a llamarla mami.

Emily estaba entusiasmada con el baile de esa noche. El gran salón de baile de la mansión era hermoso , decorado en colores pastel, con rosas adornando columnas, puertas y balcones. Un pequeño escenario preparado para la orquesta, espacio para que los invitados bailaran y más lejos una gran mesa alargada donde se colocarían alimentos y bebidas . La iluminación correría a cargo de varios candelabros de plata repartidos por la estancia, así como de una gran lámpara de araña dorada, repleta de velas, que colgaba del techo.

Esa mañana, sentada en un sofá acolchado de terciopelo con contornos dorados, Béatrice, con un vestido de muselina verde mar adecuado para el día y hojeando las páginas de un libro colocado en su regazo, ni siquiera parecía la debutante en el baile que Estaba a punto de llegar. Lo haría más tarde en la noche. Hasta que la voz de Emily dando órdenes a un sirviente la sacó del mundo de la lectura y la hizo levantar un poco la vista del libro para mirar a su alrededor.

— Vaya hermanita, que bonita se ve y que emocionada estás … — comentó Beatrice.

Emily, vestida con un vestido de muselina amarillo y las manos llenas de rosas, dejó de arreglar el arreglo sobre la mesa y habló , girando el cuello hacia su hermana debutante.

— Estoy de acuerdo, ¡es hermoso! Y estoy emocionado, sin embargo, tú, como debutante de la noche, deberías estar aún más emocionado.

Beatrice cerró el libro, cruzó una pierna sobre la otra en el sofá, miró con desdén y habló, mirando a su hermana.

— Bueno, lamento decepcionarte una vez más, querida hermana. ¡No estoy interesado en este baile en absoluto!

Emily dejó las rosas sobre la mesa y corrió hacia su hermana, sentada a su lado en el sofá. Luego, tomando el libro de sus manos, colocándolo a su lado, tomó sus manos y la miró con cara suplicante.

— ¿Pero por qué es eso? Hermanita… eres una niña tan hermosa, de buena familia, lo tienes todo para tener una gran boda esta temporada.

Beatrice la miró por unos instantes, pensando en cómo reforzarle sus ideas a su hermana, sin lastimarla ni parecer una ingrata. Después de todo, ella y el duque lo recibían con mucho gusto

en Londres. Emily era tan emocionante que se notaba que él haría todo lo posible para arrastrarla a todos los eventos en Londres e intentar que regresara a Edimburgo solo con una propuesta de matrimonio. Algo que no agradó en absoluto a Beatrice.

— Emily… tal vez no sea la más bella de la temporada, como crees, pero sé que soy hermosa. Sin embargo, no quiero casarme ahora, primero quiero tener un trabajo y ya he elegido el que quiero: ¡Escritor! — Dijo la joven haciendo pucheros y golpeando con el pie.

— ¡Estimado! Pero qué tontería es esta que te has metido en la cabeza... Eres una dama, una mujer noble, las mujeres de nuestra clase sólo siguen tres caminos: Religiosa, esposa o solterona. Si no quieres ser esposa, ¿preferirías a estas otras dos? ¿Religiosa en un convento, solterona de favor en casa de un hermano o hermana?

Eso dejó a Beatrice un poco pensativa, ella tampoco había nacido con vocación religiosa y quería conocer el amor de un hombre, tener hijos, pero no de la manera que la sociedad y la mayoría de los maridos exigían. Bajó la cabeza y habló con sus ojos azul oscuro debido al sentimiento de impotencia ante las reglas.

— No hermana, eso no es lo que quiero. Pero no creo que necesite esa prisa para casarme con una buena pareja de inmediato. Puedo esperar una o dos temporadas más. Además, sólo quiero un marido que acepte mi vocación y planee tener una ocupación.

Emily la miró pensativamente y pensó que tal vez había llegado el momento de ser más tolerante. Después de todo, ella era muy joven y el baile estaría lleno de jóvenes apuestos de las mejores familias de Londres y de la región. Por lo tanto, todavía podrían pasar muchas cosas .

— Querida, una joven que participa en una o dos temporadas sin conseguir buenas propuestas de matrimonio o peor aún, rechazándolas todas. Perderás prácticamente cualquier oportunidad en una tercera temporada... Y estas reglas no fueron creadas por mí sino por la sociedad...

Beatrice miró a Emily con tristes ojos azules, se mordió el labio y permaneció en silencio durante unos segundos.

— Entiendo, Emily y sé que tú y mi hermano Richard solo queréis lo mejor para mí. Pero no seré feliz si Me tengo que casar y no es como quiero ...

Emily la miró con cara de lástima, le gustaba seguir las convenciones de la sociedad y sabía lo peligroso que era desafiarlas, pero al mismo tiempo también deseaba la felicidad de su hermana. Su esperanza era que Beatrice conociera a un joven esa temporada, se enamorara y se olvidara de no querer casarse todavía, sólo después de tener un trabajo.

esta conversación por ahora . Sólo prométeme esto , que estarás muy linda para el baile de esta noche y déjate ver por los chicos que fueron invitados.

— Lo prometo sobre mi apariencia, pero ¿habrá tantos chicos invitados ? ¿ Amigos del Duque ?.

— Um... en realidad no son amigos cercanos del Duque, son personas que nos respetan y viven en nuestro mismo círculo social . Así que quedaron encantados con nuestra invitación y la posibilidad de que sus hijos conocieran a la cuñada debutante del Duque.

— Vaya... entiendo ¿y Frederick no tiene amigos cercanos?

— Los hay, pero pocos. Uno o dos amigos libertinos del pasado, antes de casarse con la difunta duquesa. Incluso es recomendable que te mantengas alejado de ellos, pues ser visto a solas con alguien así destruiría tu reputación en minutos.

— ¡Nuestro! ¿ Será tan grave ? — dijo, abriendo mucho los ojos por la sorpresa y tapándose la boca con la mano.

— Sí, pero no estarán en el baile. Algunos están de viaje y otros no siempre dejan buena juerga para un evento tan pomposo y familiar. Es bueno que Frederick no haya incluido a algunos en la lista de invitados.

— Entiendo...

En ese momento el ama de llaves interrumpió, diciendo que necesitaría comprar más bolsas de limones para poner en los dulces azucarados y especialmente en las muchas jarras de ponche de limón que tradicionalmente se servía a las damas en el baile.

Capítulo 4

El baile fue maravilloso. Toda la flor y nata de la sociedad londinense estuvo presente en el salón de baile de la mansión de los duques de Cantrell . Damas luciendo elegantes vestidos de seda en tonos oscuros y modelos de talle alto con menos volumen en las faldas, como exige la moda actual. Acompañado de complementos como guantes hasta la mitad del brazo y por supuesto: Joyas , mucha joyería . Fue una fiesta de tiaras, anillos, aretes y collares.

La sala estaba bien iluminada por muchos candelabros y candelabros, en la esquina una enorme mesa larga donde se serviría la cena, el centro de la sala libre para que todos se diviertan no solo comiendo y bebiendo, sino también bailando. Niñas en edad de casarse, con hermosos vestidos donde el corte y tela eran iguales a las damas, pero en tonos claros, como rosa, celeste, verde agua, marfil, salmón, iluminó el baile. Todo bajo la mirada y estricta supervisión de sus madres o compañeros, en el fondo en busca de una sola cosa: encontrar una buena pareja y tener un buen matrimonio. Algunas de las más atrevidas coqueteaban a escondidas con movimientos discretos con sus fans, mientras que otras permanecían más reservadas con una copa de ponche de limón en la mano esperando que su tarjeta de baile fuera llenada, preferentemente por las mejores fiestas masculinas de la temporada.

En cuanto a los chicos, vestidos en su mayoría con chaquetas negras, calcetines blancos hasta la rodilla, pantalones negros y zapatos con hebillas, se reunieron en pequeños grupos masculinos, con un vaso de whisky en la mano. Algunos observaron discretamente a alguna señora que estaba interesada y pensaron en cómo debían pedir que la presentaran formalmente y tal vez incluso conseguir concertar un baile. Otras ya compartían una actitud diferente, seguían charlando con amigas y tratando de realizar con maestría una tarea difícil: escapar del ataque de madres casamenteras que buscaban maridos para sus hijas, sin parecer maleducadas. Por coincidencia, Beatrice, a pesar de ser una dama y no un niño, compartía la misma difícil misión que los niños.

— ¡Estás preciosa, mi querida cuñada! — Eso dijo el Duque de Cantrell mientras extendía la mano para recibir a Beatrice al pie de las escaleras. Después de que haya terminado de ser anunciado a todos los presentes.

— Gracias, cuñado. Espero hacer justicia a todos los esfuerzos que usted y mi hermana hicieron al lanzar este baile en mi honor.

“Lo harás, cariño. Ahora ven, Emily te cuidará y te presentará a las niñas y niños de nuestro círculo social . Muchos están ansiosos por conocerla.

Beatrice realmente lucía aún más hermosa y no había duda de que era la joven más bella del baile, quien sería la sensación de la temporada social con su belleza, juventud y título de nobleza. Siempre y cuando ella estuviera dispuesta a colaborar con eso y no sólo pretender colaborar para calmar las cosas y ahorrar tiempo. La joven pelirroja lució un vestido de seda celeste, de cintura alta, guantes blancos y el tono del vestido resaltaba aún más sus ojos azules. Su cabello rojizo

recogido en un peinado encima de su cabeza era adornado con una tiara plateada. Sobre su regazo blanco, un precioso collar de plata con una piedra de zafiro incrustada en el medio, una joya familiar que no había salido de la caja fuerte desde hacía años y que perteneció a su madre, la fallecida condesa de Shurtland . Por lo tanto, desde que apareció en lo alto de las escaleras, todas las miradas masculinas y femeninas se centraron en ella.

Emily, vestida con un vestido de seda de color amarillo más oscuro y su cabello castaño también recogido en un hermoso peinado, se acercó a Beatrice, radiante. Estaba feliz de ver a su hermana tan hermosa y más aún, cooperando con su papel de chica debutante.

Quizás mi hermano exageró. Oh cielos, eso espero...

La joven duquesa abrazó a su hermana y luego la guió entre los invitados. presentándolo estratégicamente a todos los buenos partidos presentes. Jóvenes de entre veinte años y solteros cercanos a los treinta, chicas también casaderas y a las que Beatrice podría tener como compañeras durante su estancia en Londres. Los chicos la miraban con avidez y encanto, mientras que las chicas la miraban con una oculta mirada de envidia. Beatrice sonrió a todos pero no podía esperar a que todo terminara.

— Hermana mía, como predije, ¡tú eres la sensación de la pelota! Apuesto a que mañana lloverá con tarjetas de visita pidiendo permiso para cortejarte. — Emily habló discretamente a su oído, mientras continuaba su paseo entre los invitados.

"¡ *Oh cielo! Aún queda la parte del baile... Extraño la calma de Edimburgo sin todos esos tipos mirándola como un ave de presa mira a su presa...*"

Luego, como era de esperar, el libro de danza de Beatrice se llenó rápidamente. La joven, por cortesía y ante las miradas reprensivas de su hermana mayor, aceptó bailar con todos los que le fueron presentados formalmente y puso su nombre en el cuadernillo de baile. Sin embargo, el baile finalmente llegó a su fin y la joven de piernas cansadas y pies doloridos finalmente pudo refugiarse en su habitación. Antes de irse a dormir, incluso pidió al cielo que las predicciones de Emily sobre la lluvia de tarjetas de presentación no fueran reales. Sin embargo, parece que su petición no fue escuchada mucho...

Beatrice y Emily estaban en el jardín tomando el té de las cinco, debido al agradable clima primaveral, la duquesa pidió que le sirvieran el té en la terraza con vista al jardín. Emily estaba en un estado de euforia, comentando la buena impresión que causó su hermana en el baile, cuánto hablaban los periódicos de ello. Beatrice simplemente asintió mecánicamente y esbozó una sonrisa incómoda. Hasta que llegó el mayordomo con una bandeja de plata en la mano.

— Licencia Su Excelencia, licencia Mileide . — Struck siempre es tan formal.

—Por supuesto, Golpeado . ¿Correspondencia? — En el fondo Emily ya sospechaba de qué se trataba, en ese momento el correo ya había sido entregado.

—Son tarjetas, para Lady Beatrice.

Beatrice sintió mariposas en el estómago cuando escuchó eso, sus oraciones no habían funcionado y peor aún estaba justo frente a Emily, ¿cómo podría romperlas? El mayordomo colocó la bandeja de plata sobre la mesa. Emily parecía tener los ojos muy abiertos, pero sabía que eran para Beatrice, así que debería conseguirlos primero. Aunque el consentimiento para cortejarla vendría de ella y del duque.

Beatrice, con sus ojos azules muy abiertos ante esa bandeja de plata que había sobre la mesa, colocada muy cerca de ella y adoptando una actitud digna de una loca en un manicomio en ese momento. Agarró el puñado de tarjetas de presentación con una mano y las rompió en pequeños pedazos y con rápidos gestos antes de que su hermana tuviera tiempo de detenerla.

— Beatrice!!! ¿Estás loco? ¿Te das cuenta de lo que acabas de hacer? — Dijo Emily enojada y con expresión escandalizada.

— ¡Ya dije que no quiero casarme esta temporada! ¡Quiero tener una profesión primero!

— ¿ Estás loco? ¡Quítate de la cabeza esta absurda profesión! ¡Una mujer nació para ser esposa, sirvienta o monja! ¿Cuál de los dos prefieres? Está muy feliz de ser una mujer noble y de poder elegir un buen matrimonio.

Peor que dentro de los criterios de la sociedad, Emily tenía cierto punto, pero no podía contentarse con aquellas reglas que a sus ojos eran absurdas. Intentó suavizarlo.

— Hermanita… ¿pero no puedo ni esperar a la segunda temporada? — Dijo medio entre lágrimas.

— Sepa que una joven que llega a la tercera temporada sin casarse es una causa perdida, ¿vale? Tendrá que conformarse con algún noble de mediana edad, un viudo con un montón de hijos adultos. ¿Es esto lo que quieres?

— No… pero quería tener una profesión y luego casarme por amor…

— ¡Hermana mía, veo que tu caso es grave! Pero soy tu hermana y sé lo que es mejor para ti, no quiero que te conviertas en una marginada de la cruel sociedad, recuerda que en el pasado yo fui víctima de ella.

—Emily....

—¡No! ¡Está decidido, la temporada apenas comienza y te arrastraré a todos sus bailes! Empezando por el famoso baile de Almack la próxima semana.

Capítulo 5

— ¡¡¡Ay Mag !!!! No aprietes demasiado este corsé . — gritó Beatrice mientras se apoyaba en la cama contra uno de los postes del dosel.

—Has estado aumentando de peso y es parte de mi trabajo hacerte lucir presentable . — Habló enérgicamente la criada mientras le daba otro fuerte apretón, el cual Beatrice sintió que sus pulmones se comprimían aún más.

— ¡Pero así no podré ni respirar y mucho menos bailar! La impresión que tengo es que si respiro, los botones de mi vestido se saldrán volando.

— ¡Qué exageración! Todas las chicas en el baile usarán un corsé ajustado como este y estoy seguro de que no todas lucen así. tan quejoso . — Se quejó tu Mag con el ceño fruncido, pero en el fondo tenía buen corazón, solo quería ver a su hermosa niña en el baile.

— ¡Mmm! Porque no depende de ti " Doña Mag "

— ¡Mira, niña! Deja el drama y mírate al espejo. ¡Mira qué hermosa te ves! — Dijo Mag casi emocionada de ver a su chica vestida para su primer baile fuera de casa.

Beatrice, con cierta reticencia, se acercó al espejo y le gustó lo que vio. Ese vestido lila realmente le sentaba muy bien, los guantes blancos le llegaban hasta los codos, su pecho decorado con un collar de zafiro que hacía juego con sus ojos azules y su cabello rojo recogido en un elegante peinado encima de su cabeza.

— Sí, Mag… tengo que admitir que hiciste un excelente trabajo . — Beatrice se movía con pequeñas vueltas frente al espejo.

— Nuestro Señor Ya te ha puesto hermosa. Acabo de resaltar tu belleza. Me pregunto cuántos pretendientes no tendrá en este baile, pronto se casará...

— Ah, Mag. — la joven golpeó con el pie. — ¡No me gusta esa parte! No estoy en contra del matrimonio, pero ya sabéis lo que pienso sobre esta costumbre de que las chicas aprovechen la temporada social para encontrar una buena pareja y casarse lo antes posible. Además de no poder tener una profesión...

La criada permaneció en silencio durante unos minutos, sin saber qué decir. Beatrice era terca, había estado atormentando a su hermano Richard y ahora a Emily con esta idea durante meses. Era mejor quedarse callado para no estropear el ambiente en el baile y por suerte una doncella llamó a la puerta diciendo que la duquesa ya la estaba esperando abajo y quería saber si Beatrice estaba lista.

—Estoy lista, Emily . — dijo Beatrice mientras bajaba las escaleras y se encontraba con los duques esperándola.

La llegada de la pareja de duques y traer consigo a una joven tan hermosa, a quien todos ya conocían por los rumores de que era la hermana de la duquesa en su primera temporada social, causó un ligero revuelo. Los chicos mirándola con interés, las chicas y las madres mirándola con cierta envidia.

— Sin duda ganará uno de los mejores partidos de la temporada . — Dijo una matrona robusta, de nariz alta y cargada de joyas , mientras estaba rodeada de sus hijas en edad de casarse , mirándola con envidia .

A pesar de haber visto ya a un buen número de esas personas presentes en el baile que Emily y el Duque organizaron en su honor hace una semana, Beatrice quedó encantada con el lujo del lugar y la gente. El riguroso protocolo de Almack le daba una atmósfera lujosa, casi como la de un palacio de Versalles.

Luego, con curiosos ojos azules, observó en silencio a las mujeres casadas con vestidos de seda oscuros, a las casaderas con vestidos de seda claros y guantes blancos hasta los codos, ya que ninguna dama respetable permitiría que un caballero le tocara la mano desnuda. Además , niños y hombres confeccionados , vestidos con abrigos y pantalones negros, calcetines blancos hasta la rodilla y zapatos con hebillas. Ese era el estricto código de vestimenta dictado por las patronas del lugar.

La orquesta tocó animadamente en un escenario bien colocado, una mesa donde servían meriendas y muchas jarras de limonada para las niñas. Para los chicos había bebidas como whisky o coñac. Los niños permanecían en grupos, algunos intentaban escapar de las insinuaciones de sus madres, mientras que los hombres casados aprovechaban la oportunidad para ponerse al día con las conversaciones sobre política y, a veces, negocios. Aunque no es de buena educación que un noble hable de trabajo.

— Beatrice, ya te expliqué las reglas de etiqueta en un baile, pero no está de más recalcar que no las olvides. — Emily habló suavemente en su oído, mientras ambos se sentaban en una mesa bien ubicada.

— No es necesario, hermanita, me gusta que estos chicos ni siquiera se den cuenta de mí. — dijo Beatrice sentada a su lado un poco malhumorada. A pesar de quedar encantado por el lujo del lugar.

— Bueno, no cuentes con eso, ya estoy viendo chicos dirigiéndose hacia Frederick, probablemente te pedirán ser presentados formalmente y pondrán su nombre en tu tarjeta de baile. — Dijo Emily sonriendo.

— Ah… Emily, sabes lo que es… mi corsé está tan apretado que apenas puedo respirar, y mucho menos bailar. Creo que en cualquier momento voy a explotar dentro de él y todas las corbatas y botones del vestido saldrán volando . — La joven habló decidida y petulantemente, pero no era como si no hubiera una pizca de verdad en la incomodidad del corsé.

—Beatrice ! — Emily, discretamente le dio unos golpecitos en el brazo con el abanico. — ¡Si te niegas y dices que no te encuentras bien para bailar, no podrás bailar con nadie más y puedes perder oportunidades de oro! ¡Quiero verte con esa tarjeta de baile llena!

Para entonces Beatrice ya se había dado cuenta de que su hermana mayor estaba dispuesta a casarse con ella a toda costa y que para ello no dejaría de arrastrarla a todos los bailes donde había buenas fiestas. Después de todo, ella y el Duque eran una pareja joven, a Emily siempre le gustaron los bailes y el Duque se convirtió en un hombre sociable cuando se casó con ella. El amor lo transformó. Entonces, Beatrice era plenamente consciente de que incluso podría escapar en ese baile, pero pronto vendrían otros. Después de todo, la temporada social apenas comenzaba. Ese nombre le recordaba a su hermana pequeña Eugenie, ella era la que esperaba tener edad suficiente para participar en su primera temporada social y no podía esperar a que sucediera. Beatrice no estaba, sin embargo, ella estaba allí y no parecía haber mucho escape.

Beatrice, sentada en su silla, observaba a la gente que la rodeaba , especialmente a los niños, y no se entusiasmaba con ninguno de ellos. Todos parecían recién salidos del pañal y vestidos como hombres. No es que estuviera buscando a un anciano, pero el hombre un poco mayor que ella le causaba más interés y no esos jóvenes de unos veinte años que la miraban de lejos como si fueran una presa.

—¡Maldito corsé! — Beatrice se movió en su silla y maldijo en voz baja. Desde el primer vaso de limonada parece que ya no quedaba espacio para ella dentro de la pieza.

Incómoda y aprovechando una distracción de Emily que en ese momento bailaba de maravilla en el salón en brazos de Frederick, la joven decidió escabullirse y dirigirse a uno de los balcones para tomar un poco de aire fresco. Quién sabe, tal vez el malestar que le estaba provocando la pieza volviera a aliviarse.

Beatrice llegó a uno de los balcones de Almack 's, no había tanta luz como la sala, incluso la música de la orquesta llegaba hasta allí un poco más suave. Por otro lado, el balcón estaba bañado por una magnífica luz de luna. La joven se acercó al mostrador, levantó un poco los brazos y luego los juntó, cruzando las manos en alto. Luego de eso, soltó todo el aire de sus pulmones, sintiendo un verdadero alivio al poder sentir ese aire puro. Sin embargo, la sensación placentera duró rápidamente, en un instante sintió que algo se posaba en su espalda y la soltaba. Apenas podía creer lo que escuchaba y, ya asustada, sospechaba lo que había podido pasar.

“ *Oh no…. ¡Oh! ¡Cielos! Los botones de mi vestido se rompieron por detrás y ¿cómo puedo*

volver así al salón?”

Pensó Beatrice preocupada, mientras con la cabeza gacha miraba los pequeños botones de nácar esparcidos por el suelo. Sin embargo, el susto fue aún mayor cuando de repente, junto a los botones, vi la hebilla de un zapato de hombre. Rápidamente levantó la vista, asustada, y se encontró cara a cara con un caballero apuesto y bien vestido. Sin duda alguien que, como ella, huye del balón.

— ¿Quién eres? Por cierto, ¿qué hace aquí señor? — Ella lo miró asustada.

— Cálmate, belleza. Señora, soy el Señor Anthony y veo que he llegado en el momento equivocado. — Comentó al notar los botones en el piso y su vestido ya empezaba a sentirse un poco flojo en el escote, señal de botones abiertos.

— ¡Soy Lady Beatrice! Sí, llegaste en un momento inadecuado y ya me voy. No conviene que la gente me vea en un balcón oscuro con un señor.

— Supongo que sí y más con los botones del vestido abiertos. — Habló en tono burlón.

— ¡Ahora! ¡No seas insolente y si eres un caballero, debes mantener esto en secreto! ¡No sería bueno para mi reputación!

— ¡Por supuesto que no, mi flor tiene mi palabra! Pero espero que sepas que las paredes de Almack a menudo tener ojos y oídos. — le dio una leve sonrisa sarcástica.

Beatrice ni siquiera respondió, solo levantó un poco las faldas de su vestido para salir de ahí con pasos rápidos y esperó que su afirmación no fuera algo cierto sino simplemente algo para asustarla.

—Beatrice! ¿Dónde estabas? ¡Tan pronto como terminó el baile, volví aquí y ya no pude encontrarla! No es bueno andar sin compañía. Eres una chica soltera, en edad de casarse, ¡tienes que proteger tu reputación! ¿Qué hubo? ¿Pareces nervioso?

— ¡Sí, hermana! ¡Quiero volver a casa! Mira mi vestido, está un poco flojo, porque los botones se terminaron soltando cuando respiré más libremente , cuando salí al balcón a tomar aire.

— ¿El balcón estaba solo para tomar aire? ¿Volviste con ese vestido un poco holgado en el busto y con botones abiertos en la espalda? ¡Dios mío! ¡No te pueden ver así!

— ¡Cálmate hermanita, siempre tan preocupada por la reputación y las reglas sociales! Fue un incidente, pero sé que no me pueden ver así. ¡Quiero volver a casa!

Emily miró discretamente a su alrededor para ver si nadie en el baile había notado algo, aunque eso siempre era muy difícil de garantizar, y examinó a su hermana para tratar de ver cuán real era la historia .

—Por supuesto, cariño. Sí lo haremos. Llamaré a Federico.

Así que los duques de Cantrell abandonaron el baile intentando ser discretos con el motivo de su salida. Lo cual, en realidad, Emily no le informó a Frederick. El elegante chal de Emily simplemente se colocó sobre su espalda, alegando que su hermana no se encontraba bien y tenía frío.

Capítulo 6

Cuando Beatrice se despertó, rápidamente abrió los ojos y se sentó en la cama. Por un momento pensó que el baile de la noche anterior había sido una pesadilla, una versión grotesca de Cenicienta saliendo apresuradamente del baile porque había perdido su zapatilla de cristal. Sin embargo, era su mente la que quería engañarlo como una especie de autodefensa. Ahora todo estaba muy claro y podía recordarlo todo perfectamente. Las miradas de desaprobación de Emily hacia ella cuando llegaron de regreso a la mansión y la forma discreta en la que actuaba Frederick aún estaban claras en su mente. Evitando tomar partido o avergonzarla.

Sin embargo, ella no era Cenicienta ni había perdido su zapatilla de cristal. Ella era Lady Beatrice Crampton , había salido apresuradamente del baile con el corsé suelto, le faltaban los botones del vestido y lo tenía suelto por detrás. Más aún al salir de un balcón oscuro en Almack 's, donde también había un hombre. Ahora, recapitulando, con su mente de escritora describiendo la escena y trabajando a toda velocidad, percibió la situación desde una perspectiva distinta a la que evaluó anoche.

" *Oh Dios... Sólo espero que Emily no vea las cosas como yo las veo ahora a la luz del día, y mucho menos cualquier matrona chismosa que pueda haber visto algo..."*

La joven se acurrucó en la cama subiéndose la sábana hasta el cuello a pesar de que el clima estaba súper agradable. Después de todo, era primavera. De hecho, con esa actitud quería esconderse del mundo y no del frío. Entonces, finalmente se levantó, hizo su higiene matutina, se vistió sin llamar a Mag y bajó a desayunar. Ya eran alrededor de las nueve, solo esperaba que Emily ya hubiera desayunado. Incluso pensó en pedir su café en su habitación, pero en algún momento tendría que salir de la habitación y enfrentarse nuevamente a las miradas de desaprobación de su hermana mayor. Luego, luciendo un vestido celeste lleno de flores lilas , Beatrice bajó lentamente las escaleras hacia la planta baja de la casa. Sin embargo, ni siquiera necesitaba buscar a su hermana, ni esconderse de ella…

Aún a mitad de la gran escalera curva, Beatrice vio toda la sala de estar y tuvo la impresión de que estaba a punto de comenzar una especie de tribunal, de jurado, por la forma en que todos estaban presentes y la miraban. La joven se agarró con fuerza al pasamano, respiró hondo y bajó, lista para ser interrogada.

— Buenos días familia. — Ella dio una sonrisa amarilla fingiendo no darse cuenta de lo que se avecinaba.

El silencio flotaba en el aire. Sentada en un sofá de dos plazas con una vista privilegiada de las escaleras, estaba Emily luciendo un elegante vestido verde oscuro y un periódico en una mano. Sentado en el sofá lateral estaba el duque Federico, llevándose un cigarro a la boca como si estuviera pensando en una solución. De pie junto a ellos y también frente a ella, estaba Mag y por la expresión de su rostro era como si la hubieran convocado para estar allí para confirmar algo.

— ¿Mi hermana sabe qué es esto? — Emily levantó y agitó su brazo, exponiendo el periódico claramente visible. Sus ojos color miel brillaron de ira.

— Um… ¡creo que un periódico! Y como está en tus manos y no en las de mi cuñado, asumo que es un periódico de chismes.

Beatrice respondió con valentía y Emily simplemente le lanzó una mirada, señaló con el dedo índice el sofá vacío junto a ella y ordenó.

— ¡Siéntate Beatrice! ¡Y explícame esto!

Tan pronto como Beatrice se sentó en el sofá designado, sin siquiera arreglarse las faldas para sentarse más elegante, su hermana arrojó el periódico en su regazo, con la página de noticias ya abierta. Era uno de esos periódicos de chismes desagradables, tan comunes en Londres y que las mujeres de alta sociedad juraban no leer, pero no podían empezar el día sin leer los chismes del día. De hecho, en la víctima del día, sólo que esta vez la víctima fue ella, Beatrice.

" *El primer baile de Almarck marcó el inicio de la temporada social y dicen que fue la sensación del momento. Sin embargo, la sensación del momento fue una joven que fue vista en uno de los oscuros balcones del club y acompañada por el famoso libertino Lord. Anthony. ¿Estarían disfrutando de la luz de la luna? ¡El hecho de que la joven salió apresuradamente del baile con la parte trasera de su vestido con los botones destrozados y abiertos! ¿Quién sería la señorita? Ya todos lo saben, pero me limitaré a decir que ella es una hermosa pelirroja que está participando en su primera temporada y es cuñada de cierto duque que en el pasado dijo que estaba maldito....*"

Beatrice sintió que se le daba un vuelco el estómago cuando leyó eso, sus grandes ojos azules apenas podían creer lo que estaba leyendo. Aún así levantó el periódico con ambas manos y lo acercó unos centímetros a sus ojos sólo para asegurarse. Leer eso era repugnante, era repugnante la gente y sus lenguas feroces y crueles. El caso es que dos cosas eran seguras: ahora entendía la furia de su hermana mayor y ahora estaba perdida. Impresionante cómo un incidente y la llegada casual de un hombre se había convertido en un escándalo. Beatrice sintió lágrimas calientes como fuego brotar de sus ojos y comenzar a caer sobre el periódico.

— Emily... Te juro que la historia no es como está escrita en este odioso trozo de papel... Mi corsé estaba demasiado apretado. Mag puede confirmar esto ...

— Ella ya está aquí para eso. — Emily interrumpió abruptamente y Mag solo asintió con la cabeza. No se sentía cómodo en esa situación, especialmente frente al duque y la duquesa.

— Yo... salí al balcón a tomar un poco de aire, me sentía muy incómoda por el corsé y el vestido ajustados. Luego, cuando respiré con más fuerza, ocurrió el incidente en el que los botones del vestido se soltaron y por una desafortunada coincidencia este Señor llegó justo a tiempo. Sólo intercambié unas pocas palabras con este Señor , ¡no pasó nada más que lo que dicen en esta basura llamada periódico!

— Este hombre es uno de los mejores amigos de Frederick. Lord Anthony, rico, noble, guapo, joven, ¡pero un libertino! Él siempre dice que no tiene intención de casarse, o mejor dicho, ¡no tenía intención de hacerlo! Bueno, ¡Frederick y yo le exigiremos una propuesta de matrimonio esta semana!

— ¿Casamiento? — La joven abrió aún más los ojos y casi saltó del sofá. —¿Lo exigirá Federico? Pero no quiero...

Federico, que hasta entonces sólo había observado a las dos hermanas, decidió que era su turno de participar en la conversación.

—Sí, querida cuñada. Tu hermano Richard te confió a su hermana Emily y, en consecuencia, a mí también. Somos responsables de su estancia aquí en Londres y también de su reputación. Sepa que resultó gravemente herida y necesita reparación...

— ¡Pero yo no hice nada de eso!

— No lo sabemos, incluso podemos demandar al periódico, pero los chismes continuarían y en cualquier caso su reputación seguiría mancillada. Después del almuerzo iré a la casa de mi amigo Lord Anthony y le exigiré que le proponga matrimonio y si eso no sucede, lamentablemente tendré que retarlo a duelo. — Frederick habló con firmeza ante los ojos atónitos de Beatrice y la mirada de aprobación de su esposa Emily.

Beatrice, todavía sentada en el sofá, giró el cuello y miró a trescientos sesenta grados, mirando a todos los presentes a la vez, luego se levantó del sofá, se cruzó de brazos, golpeó el pie y habló enérgicamente.

— ¿Propuesta de matrimonio apresuradamente? ¿Duelo? ¿Están todos locos? ¡No quiero casarme todavía y mucho menos con un hombre forzado! Además, primero quiero tener una profesión o al menos un marido que la acepte...

Entonces, al escuchar el final del argumento de Beatrice, ante un escándalo como el de no querer casarse y mucho menos tener una profesión, Emily se levantó del sofá con expresión fácilmente molesta. Esto fue demasiado para ella, ya que en el pasado casi pagaba un alto precio por desafiar a la sociedad ante el más mínimo error.

— ¡Basta, Beatrice! ¡Ya estás cruzando la línea! ¡Sí, te casarás con Lord Anthony y no más ideas modernas ! ¡Recordad que en el pasado, por mucho menos que eso, pasé casi dos años encerrada en un convento! Y este sería su destino si nuestro padre estuviera vivo...

La joven miró a su hermana mayor parada allí frente a ella con el dedo índice apuntando a unos centímetros de su rostro. Tenía que admitir que a pesar de no estar de acuerdo con nada al respecto y odiar la actitud de su hermana, analizó la situación con los ojos de la razón. Porque en el pasado ya había sido víctima de las calumnias de la sociedad. Luego, sin saber qué más discutir, Beatrice agarró las faldas largas de su vestido y salió corriendo de la habitación,

subiendo las escaleras hacia su habitación en la casa. Entró en la habitación y cerró la puerta. No tenía intención de bajar a desayunar esa mañana y no sabía qué iba a hacer a partir de entonces.

Beatrice cayó sobre la cama boca abajo, se apoyó la cabeza y uno de sus brazos y comenzó a llorar. En ese momento extrañaba aún más su vida en Escocia, la mansión Crampton , Richard y su hermana menor Eugenie.

Capítulo 7

—¡Por Dios! Ay mi cabeza...

Esta fue la primera reacción que tuvo Lord Anthony cuando se despertó a las once de la mañana y se llevó la mano a la cabeza. Era un hombre acostumbrado a la vida nocturna, a beber, pero ese día se había levantado con una resaca enorme. Ya estaba dudando del origen del whisky de Almack . De hecho, en un día normal se levantaba alrededor de las nueve, hacía su baño matutino con la ayuda de su valet, tomaba un buen café leyendo el periódico y luego iba a su oficina a revisar los papeles. Dependiendo de lo que pasó, incluso podría salir a resolver algún asunto de negocios y tal vez incluso pasar por el club de caballeros blancos donde era un miembro leal. Sin embargo, hoy fue un día atípico, al fin y al cabo ayer fue el baile oficial de apertura de la temporada social. Al recordar esto, le vino a la mente el recuerdo de una joven pelirroja que había conocido brevemente en el balcón del club.

Anthony pensó que, debido al cansancio y la resaca, pediría algo de comer en su habitación y tocó el timbre plateado llamando al mayordomo como era costumbre. Cuando llegaban esos momentos de resaca y no estar de humor para bajar a desayunar en la mesa adecuada, le gustaba ser atendido por su mayordomo, quien ya lo sabía y le traía un caldo caliente para curar la resaca y el malestar del día. periódico para leer mientras aún está en la cama mientras come. El señor pensó que no había mejor remedio, especialmente para alguien con tanta experiencia en fiestas como él. Sólo después de esto llamaría a su ayuda de cámara para que le ayudara a vestirse y afeitarse.

Anthony era alto, atlético, de piel morena clara, ojos verde intenso y cabello negro con algunos rizos rebeldes que en ocasiones insistían en caer sobre su frente. Cara alargada, nariz recta, mandíbula cuadrada. Un tipo de belleza que tal vez no le quedaría bien a una dama, pero a él sí. Era una belleza salvaje, masculina y viril. A los veintiocho años tenía fama de libertino, pocos creían que algún día se casaría. Quizás un futuro lejano para tener un heredero. Después de todo, era un noble rico, hijo de padres ricos e hijo único que había heredado una enorme fortuna además del título de señor . Aunque no era el título más alto, su fortuna y su tradicional apellido

lo compensaban. Esto hizo que algunas chicas casaderas lo miraran con ojos lujuriosos, pero él prefería las aventuras con bellas y lujosas cortesanas que no requerían matrimonio. Lo que dejó decepcionadas a las niñas de la familia y a sus madres.

De hecho, en un par de ocasiones ya se había planteado la idea de dejar su enorme mansión de Mayfair , donde vivía con sus sirvientes, y mudarse a un piso en The Albany. La antigua mansión del duque de York se ha convertido actualmente en apartamentos de lujo para hombres solteros que puedan permitirse ese lujo.

— Buenos días, señor, su desayuno y el periódico.

—Gracias, Smith. Puedes dejarlo aquí en la mesita de noche.

El mayordomo con su impecable uniforme negro dejó la bandeja de plata con un cuenco de caldo y el periódico, se disculpó y se fue. Anthony miró un poco desanimado el periódico, no sabía si su dolor de cabeza le permitiría leerlo de inmediato. Todavía lo intentaría. Quizás sería más divertido empezar con el cuaderno de chismes, siempre era bueno saber si había algún chisme malicioso sobre ti. Cosas a las que un libertino estaba acostumbrado, incluso cuando era rico y poderoso.

En cuanto abrió la parte del periódico que le interesaba ese día, sobre todo porque después del baile en Almack 's esta sección siempre era la más esperada, aunque nadie lo admitiera, se sorprendió al saber que era la noticia. del día.

“ *El primer baile de Almarck marcó el inicio de la temporada social y dicen que fue la sensación del momento. Sin embargo, la sensación del momento fue una joven que fue vista en uno de los oscuros balcones del club y acompañada por el famoso libertino Lord Anthony. ¿Estarían disfrutando de la luz de la luna? El caso es que la joven salió apresuradamente del baile con la espalda del vestido con los botones destrozados y abierto! ¿Quién sería la señorita? Ya todos lo saben, pero me limitaré a decir que ella es una hermosa pelirroja que está participando en su primera temporada y es cuñada de cierto duque del que en el pasado se decía que estaba maldito....”*

—*¡Por* Dios! ¡Esa señora del porche es la cuñada de Frederick! ¡Mi mejor amigo! No menciona nombres, pero lo tiene muy claro... ¡¡Malditos periodistas mediocres que escriben estos tabloides !!

Leer esa noticia le dio una sensación de tal ira que apretó los puños y la mandíbula al mismo tiempo. Luego, tras releerlo, tiró el periódico al suelo con ira. No era la primera vez que era noticia en ese periódico, pero ahora habían ido demasiado lejos, peor aún que la columna era anónima.

Simplemente convirtieron un incidente desafortunado y una coincidencia en un escándalo comprometedor. Cuando se trataba de su nombre y el de una joven a quien vio durante unos minutos, en efecto era una joven hermosa, pero para él nada más que eso. Peor aún, la noticia empañó la reputación de la joven de tal manera que probablemente vendrían tras él exigiendo

reparaciones, una propuesta de matrimonio. Peor aún, la joven era cuñada del duque de Cantrell , Federico, uno de sus mejores amigos. Estaba en verdaderos problemas, la reputación de la dama estaba injustamente empañada y probablemente estaba en deuda con uno de sus mejores amigos. En ese momento ya deberían haberlo leído y deberían venir a tu casa en cualquier momento.

— Entonces, esa hermosa joven pelirroja era la cuñada que Frederick mencionó pasaría una estadía en su casa para participar en su primera temporada social… Ella es una hermosa joven…

Anthony tomó el plato de caldo caliente y comenzó a beberlo rápidamente, necesitaba recuperarse de la resaca, vestirse o incluso salir a visitar a su amigo. Estaba preocupada por la situación, hasta el punto de que no podía pensar con claridad. Estaba acostumbrado a cosas así, pero ésta era la cuñada de su mejor amigo y una doncella, una chica casadera. Sin embargo, no estaba en sus planes casarse, así que cuando terminó de beber el caldo, volvió a tocar el timbre, llamando ahora a su valet. No iba a visitar a Frederick por ahora, pero me gustaría estar presentable si recibía visitas, no quería dar la impresión de un hombre con resaca sino más bien de un caballero sobrio.

Capítulo 8

— Su excelencia, por favor déme su tarjeta de presentación. — El mayordomo, vestido con uniforme negro y con gesto solemne, se inclinó ante la puerta principal de la mansión.

— ¡Vamos, Smith, por favor! ¡Si vengo aquí mil veces por semana, mil veces me pediréis mi tarjeta! ¿Dónde está tu señor?

—Pero, excelencia, es costumbre...

— Tengo demasiada prisa por las prácticas y la etiqueta. ¡Oh! Es precisamente por prácticas, etiquetas y convenciones que estoy aquí. Ahora llévame con Anthony rápidamente, antes de que irrumpa sin tu permiso. — El duque Federico habló con irritación y empujó al mayordomo lejos de la puerta.

Federico entró en la elegante mansión, bien decorada en estilo jacobeo. Esa casa había pertenecido a los abuelos de Lord Anthony y durante algún tiempo él solo había vivido allí con sus sirvientes. Los padres de Lord Anthony no fueron padres presentes desde una edad temprana, siempre viajaban a países exóticos, dejando al pequeño Anthony a cargo de las sirvientas y niñeras. Hasta que un día murieron en un safari en África, cuando él aún era un joven estudiante en Eton. Ese tipo de educación tal vez moldeó su personalidad y lo transformó en un libertino no apegado al matrimonio. Al menos eso decía la sociedad en *boca pequeña de él* .

Era primera hora de la tarde y Lord Anthony, sentado a una mesa redonda en la terraza de la mansión, acababa de terminar de almorzar. De hecho, en la mesa bien puesta, había bebido unos cuantos tazones más de caldo y estaba tan bien como la noche anterior. Incluso su apariencia ya era impecable. Camisa blanca abierta en el pecho, después de todo estaba en casa, cabello mojado con un mechón claro cayendo sobre su frente, bien afeitado y ojos verdes resaltando su hermoso rostro. Federico siempre lo visitaba y ya conocía la casa y sus costumbres, en el día a día y después de un baile. Esto hizo que el duque se dirigiera directamente a la terraza de la casa, pues sabía exactamente dónde encontrarlo rápidamente.

— ¡Ahí estás, Scott! ¿Qué dices a esto? — El hombre habló con los puños y la mandíbula apretada.

Frederick, vestido con un abrigo negro y pantalones color crema, se paró frente a su amigo y le arrojó un periódico de chismes justo sobre la mesa. Eran amigos, aunque él no compartía su vida bohemia, pero aun así le debía una explicación, incluso una reparación. Amigos, amigos, el honor de una dama aparte.

Cuando Lord Anthony escuchó al Duque referirse a él por su apellido, ya supo que el asunto iba en serio y que su amigo no estaba bromeando. Aún así, intentó mantener la calma y salir de esa incómoda situación, sin perder a su amigo y sin tener que casarse…

— Buenas tardes, amigo Federico. Acabo de almorzar, ¿quieres una taza de té o una bebida?

— ¡No seas cínico, te hice una pregunta!

— Sí, sí. Su periódico no es nada nuevo para mí. Lo vi hace apenas unas horas. Yo diría que estos periodistas chismosos deberían encontrar algo que hacer y dejar que la gente en los bailes se divierta en paz.

Una explicación desafortunada de Lord Anthony, ya que al duque no le gustó escuchar la palabra

diversión asociada con el escándalo. Esto le dio la impresión de que su amigo acababa de asociar a Beatrice con la diversión. Anthony también notó el desafortunado comentario, pero apenas tuvo tiempo de razonar y corregirlo, pues ya sentía las manos de Frederick agarrar el cuello planchado de su camisa blanca. Mientras que algunas tazas y cubiertos cayeron al suelo debido al repentino gesto.

—Divertido, ¿maldita sea? ¿Cómo te atreves a asociar a mi cuñada con la diversión? Tenga en cuenta que usted es una mujer joven en edad de casarse y que soy responsable de ella durante su estancia en Londres. — Federico miró a su amigo con expresión perturbada.

— Tranquila amiga, me expresé mal. — Anthony se llevó las manos a su propio cuello, tratando de deshacerse de las manos de Frederick que aún estaban en el mismo lugar. — De hecho, creo que se debería prohibir la existencia de estos periódicos de chismes o ser más responsables y no difundir mentiras.

Frederick lo miró con recelo y comenzó a aliviar la presión de sus manos sobre su cuello. Aún mirándolo directamente a los ojos para tratar de analizar cuáles eran sus sentimientos respecto al incidente. Con el cuello sintiéndose más aliviado y recuperando el aliento, Anthony discutió.

— Tranquilo, hombre, hablemos civilizadamente. Hemos sido amigos desde hace tanto tiempo, ya me conoces, nunca lastimaría a ninguna doncella. Mis aventuras siempre han sido con bellas cortesanas o viudas discretas.

Frederik soltó de una vez por todas el cuello de su amigo, se sentó lentamente a la mesa, en una silla al lado opuesto de él y lo miró fijamente.

— Entonces, ¿me dices que todo esto es mentira?

— ¡Por supuesto! Les doy mi palabra de caballero, todo fue solo una desafortunada coincidencia, salí al balcón a tomar aire, está bien que era un balcón oscuro, me encontré con la señora en cuestión por casualidad. Pero fue por unos segundos o unos minutos.

— Entiendo...

— Entonces… ¡Me alegra que lo entiendas! ¿Y quieres saberlo? A veces pienso que Almack ya deja algunos porches sin la iluminación suficiente para darle polvo a esos malditos periódicos del corazón. —Anthony suspiró aliviado. Todavía puso una mano en su cuello, ajustándose el cuello de su camisa.

— ¡Lo entiendo, pero la sociedad no lo entiende así! En otras palabras, esto merece reparación. ¡Exijo que le pidas a mi cuñada, Lady Beatrice Crampton, que se case contigo!

Lord Anthony abrió mucho sus hermosos ojos verdes, tan acostumbrados a sus conquistas, que apenas podía creer lo que estaba escuchando. Más aún de su amigo que sabía que no tenía intención de casarse, el matrimonio era algo que no estaba en sus planes. Es cierto que a veces

pensaba a quién le dejaría toda su fortuna heredada, pero eso era algo que alguien decidiría después de su muerte.

— ¿Casamiento? ¿Está loca *vuestra excelencia* ?

— ¡Estarás loco si no haces esto! ¡No permitiré que manches el honor de mi cuñada y también el mío, ya que soy responsable de ti! ¿Cómo me enfrentaré al conde Richard, tu hermano?

—Pero la amiga sabe que no quiero casarme...

— Bueno, piensa en eso primero. El amigo tiene mucha experiencia en las artes y chismes de la sociedad, debe estar en un baile siempre preparado para evitar estos incidentes. ¡Oh! Es una suerte para ti que tu *novia* sea tan hermosa, educada y de buena cuna. —Frederick se levantó de la mesa, poniendo fin a la conversación.

—Espera Frederick, ¿qué pasa si no hago esta solicitud, qué pasa si no la acepto?

— ¡Desafortunadamente, amigo mío, no me quedará más remedio que desafiarte a duelo! Elige a los padrinos porque te esperaré mañana al amanecer en el parque .

El duque se levantó de la mesa y dio largos pasos hacia la puerta. Estaba muy molesto con la actitud de su amigo y con lo que lo obligaban a hacer. Lord Anthony corrió tras él, lo agarró del brazo, haciéndolo retroceder y le habló.

— ¡Tampoco es para tanto! ¡Dame tiempo para pensar!

— En nombre de nuestra amistad, todavía doy como fecha límite esta noche . Esta noche te espero en mi casa con una propuesta de matrimonio , si no apareces nos encontraremos en un duelo en la madrugada.

El duque abandonó la mansión de su amigo sin mirar atrás. Lord Anthony se quedó en medio del pasillo en silencio, observando a su amigo, caminando todo el pasillo sin mirar atrás y saliendo, dando un portazo, sin siquiera esperar la ayuda del mayordomo.

— ¡Maldita sea, Anthony! ¿Cómo te involucraste en esto? — Se puso una mano en la cabeza y habló para sí mismo. Desde la puerta, su mayordomo observaba la escena y prefirió permanecer silencioso y discreto, como debía ser todo mayordomo.

Lord Anthony entró en el salón y se sentó en uno de los sillones. Se imaginó la situación, estaba involucrado en un incidente que comprometía el honor de una doncella y uno de sus mejores amigos lo había retado a duelo. No podría ser peor. No era ni un debilucho ni un cobarde. En Eton incluso fue elogiado por su valentía, del mismo modo que en la universidad fue elogiado por sus logros en tabernas durante breves escapadas con otros compañeros de clase. Sin embargo, el caso era serio, nunca pensó en casarse y ahora necesitaba casarse con una joven que prácticamente no conocía. De hecho, me había cruzado brevemente con ella en un balcón oscuro y todo lo que sabía era que era hermosa, una hermosa pelirroja. Al menos eso...

Entonces, pasó horas pensando cuál sería su decisión, casi todos sus amigos de su edad ya se habían casado o estaban comprometidos. Después de todo, tenía veintiocho años. ¿Sería tan malo casarse y tener una hermosa pelirroja en tu cama todas las noches? Pensó para sí mismo.

Capítulo 9

El ambiente era pesado durante el té de las cinco en la mansión del duque y la duquesa de Cantrell. Emily estaba sentada sola en el sofá de dos plazas, revolviendo lentamente la cuchara de plata en la taza de porcelana, mientras miraba un punto invisible en la cortina de la ventana. Federico, que no siempre participaba en el té, estaba presente sentado en el sillón frente a su esposa. El duque sorbió su té en silencio, apenas podía creer que al día siguiente tuviera un duelo con un amigo. Beatrice, sentada en el otro sillón, estaba dejando enfriar su té con la taza todavía apoyada en el carrito de té a su lado.

La joven se sintió terrible, sabía que todo ese ambiente pesado era por su culpa. Incluso sabía del ultimátum que el duque le había dado al señor . Incluso pensó en no asistir al té, poner una excusa e ir a jugar con su sobrino Edward al jardín, pero se dio cuenta de que no estaría bien. A primera hora de la tarde intentó engañarse, fingir que no pasaba nada, abriendo su maleta de cuero con sus cuadernos, bolígrafo y tintero e intentando escribir algún texto para mejorar su escritura. Sin embargo, no salió nada. Le dolía haber causado todos estos problemas a los duques, ser difamada en la sociedad y no hablar cuando su hermana escribía a su hermano contándole todo. Cómo enfrentaría a Richard que, a pesar de ser comprensivo, sería una bestia. Él le advirtió, le advirtió, se la confió a Emily...

Entonces sonó el timbre de la puerta y Strunck entró en la habitación con su aire solemne, interrumpiendo el ambiente pesado que reinaba durante el sagrado té de las cinco. A continuación se dirigió al duque.

— Señores, el señor Scott está afuera y desea verlos. A pesar de no haber fijado una cita, dijo que el asunto era urgente.

Frederick y Emily se miraron. Lord Anthony estaba afuera y pidió verlos. En su entusiasmo, el duque ni siquiera cuestionó a su mayordomo por ser demasiado ceremonial con alguien que era su amigo. Eso parecía algo malo para los mayordomos, porque el mayordomo de su amigo también lo detuvo así. Beatrice, que se llevaba la taza de té a los labios, se quedó quieta, como una estatua de cera. No sabía cómo actuar ante esa situación y seguramente se sentiría aún más avergonzada en presencia de este hombre al que apenas conocía.

— Puedes enviarlo adentro, Strunck . —Dijo Frederick, tratando de parecer tranquilo.

—¡Esperar! — Interrumpió Emily. — Beatrice, será mejor que subas a tu habitación. Dependiendo del motivo por el que venga aquí, lo enviaremos a buscarlo.

Beatrice también estaba nerviosa, ansiosa y agradeció a su hermana la idea. A pesar de sentirse entre la espada y la pared, si llegaba allí en paz, había venido a proponerle matrimonio. Si todavía hubiera venido a competir, su cuñado y él se batirían en duelo al amanecer del día siguiente. Beatrice, tal vez, se convertiría en una especie de culpable de la muerte de un hombre, tal vez de la viudez de su hermana, de la orfandad de su pequeño sobrino. En definitiva, fue una avalancha de cosas juntas. Aun así, se sintió aliviada ante la idea de su hermana.

— Gracias Emily, creo que es lo mejor que se puede hacer. — La joven se levantó del sofá y, luciendo un vestido de muselina color lila con florecitas, subió las escaleras hacia el dormitorio.

Lord Anthony, con su orgullosa presencia, apareció en la habitación, estaba elegantemente vestido y entró en la habitación como si no estuviera visitando a un gran amigo. Probablemente por la gravedad que requería la situación y lo que estaba en juego. Anthony estaba bien afeitado, su cabello negro cuidadosamente peinado y solo un mechón de rizos rebeldes le caía sobre la frente. Camisa blanca de manga larga, chaleco, pantalón color crema, chaqueta negra y zapatos negros con hebillas. Los ojos verdes eran de un tono más oscuro. Típico de cuando estaba tratando un asunto serio o con una expresión pesada.

— Bienvenido a esta casa, Lord Anthony. Mientras vengas en paz…— Frederick se levantó de la silla y le tendió la mano.

— ¡Sí amigo, vengo en paz! Vengo a proponerle matrimonio a su cuñada Lady Beatrice Crampton .

Anthony le habló en un tono normal y luego le sonrió a su amigo, devolviéndole el apretón de manos. Sin embargo, Federico lo abrazó, estaba realmente feliz. El honor de su cuñada se salvó y ya no necesitaría batirse en duelo con un amigo. Inmediatamente la atmósfera pesada en la habitación cambió. Incluso Emily, siempre tan discreta, no pudo contenerse, se llevó ambas manos a la boca y gritó. Luego tocó el timbre, llamó a una criada con entusiasmo y le pidió que fuera a llamar a Beatrice a su habitación.

— Por favor María, llama a Lady Beatrice a su habitación. Dile que necesitamos su presencia aquí en la habitación. — dijo la duquesa sonriendo.

Cuando Beatrice recibió la advertencia de la criada, se puso aún más nerviosa. Pensando en lo que habían decidido y por qué querían su presencia en la habitación. Pensó en lo increíble que era que las mujeres no pudieran tener opiniones propias, que la sociedad las condenara, las difamara y que un matrimonio entre dos prácticamente desconocidos tuviera que salir a la luz a toda prisa para evitar ser sentenciadas. ¿Pero nadie le preguntó qué quería? Ante el aviso de una posible amenaza de duelo, el Señor no quiso casarse y ella tampoco. Entonces por qué no podían aclarar que era difamación, demandar al periódico y seguir con sus vidas. Entonces, antes de mirarse al espejo y ver que al menos estaba presentable, todavía pensó para sí misma.

"Vaya… qué injusto es el mundo y la sociedad con las mujeres. Espero que algún día esto cambie! Sin embargo, no creo que ni siquiera mis bisnietas tengan la oportunidad de llegar a este día…"

Cuando Beatrice comenzó a bajar con gracia las escaleras con una mano en la barandilla y la otra sosteniendo las faldas de su sencillo pero elegante vestido lila, ya tenía una vista de todos los reunidos en la sala desde lo alto de las escaleras. Después de todo, la escalera terminaba en la sala de estar. Frederick, Emily y Lord Anthony estaban de pie y observaban su llegada y su descenso por las escaleras. De ellos, el que tenía el rostro más animado, como emocionado, era el amigo de Frederick, a quien reconoció como el hombre del balcón y tal vez, allí a la luz del día, era un hombre muy alto, moreno y aún más guapo que él. en un balcón oscuro.

Beatrice no se equivocaba, Lord Anthony, que apenas la recordaba y había llegado allí más para salvar su amistad que para encontrar un gran amor, ahora observaba encantado como aquella hermosa joven pelirroja bajaba las escaleras con tanta elegancia. En ese momento lo único que pudo pensar fue que nunca pensó en casarse, pero si tenía que suceder, que fuera con esa hermosa criatura, que parecía más bien una visión celestial. Algo que cuando rápidamente se cruzó con ella en aquel bendito balcón, la noche anterior, no se había dado cuenta tan claramente. Beatrice, por otro lado, incluso sospechaba lo que se avecinaba, dadas las miradas de todos los que estaban allí mirándola. Sin embargo, sus convicciones respecto al matrimonio no habían cambiado mucho, a pesar del escándalo que necesitaba silenciar...

Frederick, como dueño de la casa, se sintió obligado a hacerse cargo de la situación, que pronto también sería dirigida por Emily quien estaba realmente feliz y emocionada. En cuanto a la expresión de Beatrice, era un poco difícil adivinar lo que pasaba por su cabeza en ese momento…

— Querida cuñada, este es mi amigo Lord Anthony Scott. – incluso intentó ser más diplomático. — Tuviste el honor de conocerlo anoche .

– Encantado, señor Scott. — La joven se posicionó al lado de su hermana y se inclinó respetuosamente.

— Querido Lord Scott, está usted aquí porque tiene una petición muy especial que hacerle. — dijo Emily emocionada y abrazó a su hermana de lado. Beatrice ya sospechaba de qué se trataba.

Entonces, Lord Anthony dio dos pasos hacia adelante, colocándose justo frente a la joven, con la presencia de todos en la sala, como exigen las reglas del decoro, y le habló solemnemente.

— Lady Crampton , eres la criatura más hermosa que he visto en mi vida.

— Gracias, señor Scott. — Respondió la joven con timidez.

— Sabes, siempre pensé que no me casaría, pero ante todo pensé: ¿y por qué no? Y cuando la vi bajar las escaleras pensé aún más: si algún día me casara, sería con una joven así. Entonces, ¿quieres casarte conmigo?

Una sonrisa de satisfacción y alivio iluminó los rostros de todos los presentes. El problema ahora estaría completamente resuelto. Además, Beatrice había logrado una maravillosa ventaja en términos de belleza, títulos y riqueza en su primera temporada social. En cuanto a su reputación de libertino, todo buen libertino, un día se jubiló y creo que había llegado la hora de Lord Anthony. Emily y Frederick pensaron esto en silencio y casi instantáneamente al mismo tiempo. Entonces, Beatrice respiró hondo, incluso agradeció que esta vez su corsé no estuviera tan apretado y rompió el silencio.

— Lord Scott, le agradezco los elogios, muy amable de su parte. Sin embargo, no puedo aceptar su propuesta de matrimonio.

Un enorme silencio invadió la habitación, acompañado de una atmósfera de vergüenza. Los dos hombres y Emily miraron a Beatrice con la boca y los ojos muy abiertos. Era como si hubiera cometido un crimen verdaderamente atroz.

— Lo siento, Mileide, pero no entendí...

— Eso es exactamente lo que escuchaste, rechazo tu propuesta de matrimonio. ¡Tú y yo no hicimos nada! Así que aclaremos los hechos y acabemos con esto de una vez...

Emily y Frederick intervinieron, ninguno de los dos sabía quién habló primero. Sin embargo, el duque pensó que sería más prudente dejar que lo hiciera su hermana. Su parte ya la había hecho.

—Beatrice! ¿Estás loco? — Emily la miró furiosa y luego se volvió hacia Lord Anthony. — No le hagas caso y te pido disculpas por tu comportamiento. Sólo dame dos minutos a solas con ella y cambiará de opinión.

Lord Anthony era quizás el más boquiabierto de todos, nunca había sido rechazado por una mujer y ahora que había encontrado a una mujer que sentía que quería como esposa, ¿ella lo rechazaba? ¿Preferirías afrontar un escándalo y que hablaran mal de ti que casarte con él?

— Espera, Duquesa, si me lo permites, déjame hablar un rato a solas con tu hermana.

— ¿Hablar solo? ¿Sin acompañante? Pero eso no sería apropiado...

— Estoy de acuerdo, duquesa, pero dada toda la situación y el escándalo que se avecina, eso sería lo de menos ahora. Podemos hablar en la oficina de Frederick, sé que está cerca de la habitación y las puertas están abiertas. ¿Qué opinas?

Emily miró a Frederick, quien en ese momento tenía una expresión como la de alguien que se lava las manos y dice: Ya hice mi parte. Luego miró a Beatrice, quien con mal humor parecía estar a punto de decir alguna otra locura y arruinar la situación de una vez por todas. Entonces, Emily miró a Anthony y Beatrice y con el dedo índice señaló:

— ¡Está bien! Pero tienes media hora y nada más, y tú, Beatrice, ¡sé sensata!

Capítulo 10

Bajo las miradas inquisitivas de Emily y Frederick, Beatrice caminó lentamente hacia el estudio del duque. Muy de cerca, Lord Anthony lo siguió en silencio. Pero, sin olvidar notar su gracia al caminar, su cabello rojo recogido en un moño en lo alto de su cuello, la delicadeza de su cuello blanco. Sin mencionar una ligera fragancia de flores silvestres que parecía emanar de su piel.

“Sin duda es una bella dama, una hermosa mujer, hay algo en ella que me atrae de manera inexplicable…”

Al llegar a la puerta, la joven la abrió y entró en el estudio del duque, donde sólo había estado un par de veces. Entró justo detrás, dejando la puerta abierta según lo acordado. Ambos se quedaron parados uno frente al otro sin saber cómo actuar. La habitación no era muy grande y esos minutos de silencio resultaron embarazosos para Beatrice. Hasta que Lord Anthony rompió el silencio.

— Mileide, aunque solo tenemos treinta minutos, ¿no quieres sentarte?

Anthony señaló una de las dos sillas frente a la mesa de la oficina. Solía sentarse allí cuando Frederick lo recibía para hablar de negocios, mientras el duque se sentaba en su silla al otro lado del escritorio. Beatrice aceptó, luego él se sentó en una silla a su lado y la inclinó un poco para que ambos pudieran mirarse. Aquella situación estaba dejando muy desconcertada a la joven, que ni siquiera era tan tímida. Además, nunca había estado a solas con un hombre en una habitación aislada.

—Escuche, Lord Anthony, lamento todo el incidente, el desafío al duelo, todo. Me entristece lo malvada que es la sociedad. Pero, no quiero que te cases conmigo, gracias, de hecho ni siquiera tengo intención de casarme... — La joven habló nerviosamente, repasando sus palabras y con ambas manos juntas, para ocultar su temblor.

— Tranquila, Mileide… Creo que en estos momentos lo más grave de todo esto es que me digas que no piensas casarte. Él la miró comprensivamente.

— ¿Más serio que el duelo al que te retaron por mi culpa? Sepa que esto también me duele, pero como soy yo quien se niega a casarme, quedará libre del duelo.

— Hmm… Debo admitir que eres una dama muy valiente, además de decirte que modestia aparte , pocas chicas londinenses dejarían pasar esta oportunidad. — Dijo con una seductora sonrisa en sus labios.

— No es una cuestión de valentía, sino de no pensar que es justo, de no estar de acuerdo. A pesar de saber que estamos en 1815 y así son las convenciones sociales.

— Sí... pero antes de que se nos acabe el tiempo, dime: ¿Por qué no piensas casarte? Es algo inusual escuchar de una dama...

— No, no. Sí quiero casarme, pero no de inmediato, primero quiero tener una profesión o al menos un marido que la acepte. Sé que puede parecer escandaloso para un hombre , y mucho menos para un noble. Emily piensa… — El hombre la interrumpió.

— ¡Pues no lo creo! De hecho, me parece algo curioso... una mujer que no necesita trabajar, piensa de esta manera...

— Eh ? ¿Y eso no te importaría? — La joven abrió mucho sus grandes ojos azules con expresión de sorpresa.

— No. Siempre que sea una profesión honesta y compatible con una mujer.

Anthony habló, mirándola a los ojos y tocó delicadamente una de las manos de Beatrice que descansaba en su regazo. Eso hizo que la joven sintiera un escalofrío, el contacto de su fuerte mano, sobre la de ella, que tal vez se había olvidado de ponerse los guantes y recién ahora se había dado cuenta. Sólo esperaba que su hermana no se diera cuenta cuando regresaran a la habitación. Después de todo, una dama no dejaba que un caballero tocara sus manos desnudas.

— Ahora eres tú quien me sorprende con esta manera de pensar, de estar de acuerdo...

— Entonces, veo que estamos progresando… — Sonrió y sacó el reloj de su bolsillo y lo consultó. —Pero sólo nos quedan quince minutos más.

— Entonces, además, yo también quiero estar enamorada del hombre con el que me case y por su parte al menos no se casará gracias. ¿Cómo es tu caso...?

Lord Anthony guardó silencio durante unos momentos mientras observaba a Beatrice. Sentarse uno frente al otro, a pesar de haber uno en cada asiento, creaba una atmósfera de emoción y cierta incomodidad. De hecho, había ido allí esa tarde para hacer el pedido, gracias, para no disgustar a su amigo y, en consecuencia, tener que enfrentarlo en duelo. Sin embargo, cuando vio a la hermosa joven, su gracia y ahora su manera ingeniosa, a la luz del día, ya no le pareció exactamente un sacrificio. Sin embargo, no sabía lo que era para ella, ya que se negó a casarse, parecía dispuesta a enfrentar las lenguas maliciosas de la sociedad y tal vez no volver a casarse nunca más. Al menos no con alguien de tu clase social.

— Y si te dijera que vine aquí para evitar un duelo, sí. Pero, cuando te vi bajar las escaleras, viéndola de una manera que esos pocos segundos en un balcón oscuro no me permitían, cambié de opinión.

— Eh ? — Beatrice lo miró con recelo.

— Así es: Lady Beatrice Crampton , ¿te casarías conmigo? Lo más rápido posible y no sólo para evitar las malas lenguas de la gente o un duelo.

— ¿Y por qué sería eso?

— Porque eres la dama más bella, la más graciosa que he visto en mi vida. Siento que ella es la mujer con la que quiero casarme, tener hijos y formar una familia.

— Ahora me tomaste por sorpresa...

— Bueno, piensa rápido, porque solo tenemos diez minutos para que tu hermana entre por esa puerta y termine nuestro pequeño encuentro regañándote y presionándote para que te cases de una manera muy poco romántica.

— Espera... Acepto casarme contigo. Mientras lleguemos a un acuerdo...

— ¿Un trato?

— ¡Sí, un trato! Tengo dos condiciones: me permitirás, además de mi vida de esposa, ejercer una ocupación honesta y adecuada a una dama respetable. Incluso si la sociedad hace caso omiso...

— Um... vale, ya estoy acostumbrado a que la sociedad me menosprecie de vez en cuando. — Dijo Anthony con buen humor y ella sonrió. — ¿Pero qué pasa con la segunda condición?

La joven hizo una pausa, bajó un poco la cabeza, mientras sentía el fuego apoderarse de su rostro y hacerla sonrojar. No sabía si era apropiado que una dama le dijera eso a alguien que, gracias o no, le estaba proponiendo matrimonio, pero necesitaba decirlo. Para que hubiera un acuerdo, era necesario que el pacto fuera limpio. Finalmente, se armó de valor y habló de su segunda condición.

— La segunda condición es que... sólo seremos marido y mujer de hecho, cuando me enamore de ti... Este será nuestro secreto.

Esa segunda condición tomó por sorpresa a Lord Anthony, no esperaba escuchar eso y al parecer la niña era una caja de sorpresas en comparación con otras chicas casaderas de la época. No tocarla, no vivir inmediatamente como marido y mujer, eso sería un tormento para él, pero pensarlo… sería un tormento dulce y delicioso.

— ¡Acepto a Lady Beatrice Crampton !

— ¿Aceptado? — Ella abrió mucho los ojos, no es que hubiera impuesto las condiciones a propósito para que no fueran aceptadas. Pero tenía que admitir que eran inusuales y rara vez un hombre los aceptaría.

— ¡Sí! Y ahora volvemos al salón para contarles a todos la noticia.

— Pero… no necesitan saber de nuestro acuerdo…

— ¡No! Por supuesto. Te doy mi palabra de que ni siquiera Frederick sabrá de *los secretos de nuestro dormitorio...* o más bien de *la falta de ellos* ...

Beatrice se sonrojó profundamente cuando lo escuchó mencionar secretos de dormitorio, pero no tuvo tiempo de sentirse así por mucho tiempo. La duquesa no tardó en aparecer por la puerta abierta, sorprendiendo a todos, que no se dieron cuenta de que realmente se había acabado el tiempo.

— Se acabó el tiempo, queridos Beatrice y Lord Anthony, entonces, ¿qué decís? — Emily, parada en medio de la puerta, preguntó mirando a los dos, quienes al verla inmediatamente se levantaron de sus asientos al mismo tiempo y se pusieron de pie.

— ¡Sí, duquesa, habrá boda! Tu hermana acaba de aceptarme como su futuro marido.

Esto hizo a Emily tan feliz que por unos momentos olvidó el decoro de la duquesa y se levantó de un salto y aplaudió dos veces. Parecía un niño al que le habían dado dulces.

— ¡Pero esto es maravilloso! Beatrice, dame un abrazo, hermanita.

Beatrice sintió que su hermana se acercaba y la abrazaba fuertemente, realmente estaba muy feliz. Su mayor preocupación era que su hermana no se casara y fuera condenada por la sociedad a no volver a casarse nunca más y hablaran mal de ella. Emily tenía un valor exagerado en reputación. Probablemente por todo lo que sufrió en el pasado.

Después de abrazar a su hermana, se volvió hacia Lord Anthony y le dijo emocionada:

— Lord Anthony, harás una boda maravillosa. ¡Tu novia es muy preciosa!

— Estoy seguro de que sí, duquesa.

— ¡Venir! Ahora vayamos todos al salón y contémosle la buena noticia a Frederick, ¡que se pondrá muy feliz!

Capítulo 11

— ¡Sí, habrá boda, mi amor! Le escribiré una carta a Richard hoy y se la enviaré mañana. Estará muy feliz de saber que Beatrice, en su primera temporada social, ha recibido una propuesta. De hecho, le haré saber que *necesita* casarse...

Emily, justo en la entrada de la habitación, habló emocionada con Frederick, quien a pesar de su sorpresa, como ya no se lo esperaba, le dedicó una sonrisa de satisfacción. Su esposa estaba allí en el medio de la habitación, frente a él, y muy cerca estaban Lord Anthony y Beatrice. Pronto su amigo sería su cuñado y mejor aún, el desafortunado desafío del duelo había terminado.

— ¡Anthony, mi amor, dame un abrazo! — Federico se levantó del sillón y se dirigió hacia su amigo, quienes se abrazaron con palmaditas en la espalda.

— ¡Y tú, mi cuñada favorita, me estabas metiendo en problemas! Pero felicidades, me alegro mucho por ti.

— ¿Cuñada favorita? Deje que Eugenie escuche esto, *excelencia.*

Ambos se sentaron en sofás separados, Beatrice junto a Emily y su ahora prometido junto al Duque. Beatrice no estaba triste, incluso se sentía satisfecha, pero estaba realmente sorprendida por la alegría de Emily. En ese momento, el timbre ya había sonado tres veces para que la criada viniera rápidamente con más té y pasteles. Después de tomar té, tratando de evitar hablar sobre el incidente que llevó a la tan celebrada boda y el duelo que casi no ocurrió, sugirió Emily emocionada.

— ¡Vamos al salón de música! Esto merece una celebración al piano.

No era ninguna novedad para nadie de la familia lo mucho que le encantaba a la duquesa tocar el piano y lo excelente pianista que era. En cuanto a los amigos del duque, tenían la dicha de verla de vez en cuando al piano. El caso es que toda celebración en casa, donde Emily era feliz, siempre terminaba en el piano.

— Las damas pueden seguir adelante. Creo que después de todo esto, Anthony y yo primero necesitaremos una copa y un buen cigarro.

Emily parecía necesitada, pero entendió. Después de todo, su marido realmente necesitaba una copa y unos cigarros después de todo el estrés. No era de buena educación fumar en presencia de una dama. Cuando llegaron al salón de música, Beatrice se sentó en un sillón, Emily abrió la tapa del piano y mientras se ajustaba las faldas para sentarse en el taburete y mirar la partitura elegida, comenzó a hablar.

— Es muy importante que la carta llegue rápidamente a Edimburgo. Necesitamos el permiso de Richard como su tutor legal, debemos encargarnos de organizar la fiesta. El propio Richard necesita prepararse para acompañar a Eugenie. En definitiva, se toman muchas decisiones en poco tiempo.

Beatrice, sentada en el sillón, escuchaba con apatía, pero su hermana estaba tan emocionada que ni siquiera se dio cuenta. La joven no se arrepintió de ninguna manera, pero no quería casarse con una gran fiesta sino algo más íntimo. Más aún en las circunstancias del matrimonio. Sin embargo, se sentía un poco triste por entregarle los planos a su hermana, a quien le encantaba organizar fiestas, pero necesitaba poner fin a eso pronto. Sin embargo, cuando intentaba anunciar sus deseos, los dos hombres entraron a la sala de música y Beatrice decidió dejarlo en paz para hablar con su prometido al respecto y luego hablar también con Emily.

Los dos hombres se sentaron. Frederick en un sillón separado, Anthony se sentó en el espacio al lado de Beatrice ya que era un sofá de dos plazas. Emily fingió no darse cuenta y lo ignoró, después de todo, ya estaban casados, solo tenían que fijar una fecha. Además, ella y Federico estaban presentes allí. Cuando Emily comenzó a mostrar sus dotes de pianista, una agradable y romántica melodía se apoderó de la habitación. La duquesa a veces cerraba un poco los ojos y parecía flotar en su melodía, mientras sus delicados y talentosos dedos se deslizaban sobre las teclas del piano. Todos solían quedar casi hipnotizados cuando la oían tocar. Entonces, Lord Anthony aprovechó el ambiente donde los compañeros estaban concentrados en la música y le habló suavemente a Beatrice.

— Tu hermana toca muy bien el piano. Sería un excelente pianista profesional.

— Sí… ese siempre ha sido su talento. En cuanto a su profesión, ni siquiera podía soñar con oír eso.

— ¿Y cuál es tu talento? ¿Estás conectado a la música? ¿Al piano?

— No... Incluso juego un poco, pero mi talento está en el lápiz y el papel. Está vinculado al arte de escribir...

Emily abrió los ojos, salió de su trance por un momento y observó la conversación de la pareja, la cual no podía ser escuchada por el resto de la habitación. Además de perturbar tu concentración frente al piano. Ella se aclaró la garganta con fuerza, ellos entendieron y

guardaron silencio. Beatrice se sintió aliviada, ya que sospechaba que Lord Anthony entonces le preguntaría si el talento para escribir que ella mencionó tendría algo que ver con la profesión que pretende seguir.

Así, el final de la tarde transcurrió en la mansión de los duques de Cantrell . Más tarde se sirvió la cena en la que la pareja anfitriona insistió en que Lord Anthony se quedara a cenar y él aceptó.

Capítulo 12

Diez días después...

— ¡Todavía no puedo aceptar esto, Beatrice! ¡La hija de un conde, una mujer noble, de familia adinerada, no quiere un matrimonio con todos los honores que merece esa clase! *Prefiere algo simple* .

— ¡Pues deberías conformarte! Es mi boda, hablé con mi prometido quien también estuvo de acuerdo y listo.

— No recuerdo haber escuchado esta conversación, eso significa que has estado hablando a solas con tu prometido y eso no es bueno. Ten presente los chismes que puedan surgir. Después de todo, ¡el compromiso aún no es matrimonio!

Las dos hermanas estaban sentadas en el elegante salón de la mansión del duque de Cantrell , insistiendo y hablando de forma no muy amigable sobre la boda de Beatrice. Emily no podía aceptarlo, aunque la boda tenía que ser rápida, sería una ceremonia pomposa y luego un gran baile. La duquesa pensó que esto era para callar a la sociedad chismosa. Una especie de venganza. Además de amar los bailes y las fiestas, organizar la boda de una hermana sería muy divertido. Beatrice, en cambio, prefería algo más simple, era una joven vanidosa, pero estaba más ligada a cosas del intelecto que a cosas que consideraba innecesarias, algunas incluso inútiles.

El duque Federico, a media tarde, sentado también en uno de los sofás del salón, presenció en silencio la conversación entre las dos hermanas. Mientras leía un periódico, fingí no escucharlos insistiendo, discrepando. Tres años después, seguía enamorado de su Emily, encontrándola hermosa. Esa tarde llevaba un vestido de raso de un color violento, que contrastaba con su piel pálida y sus ojos color miel. Además de su cabello castaño recogido en un elegante moño en la parte superior de su cabeza. Su cuñada Beatrice no se quedó atrás, sin embargo, consideraba que ambas tenían bellezas diferentes. Beatrice, piel mucho más blanca, cabello rojo también recogido en un moño, ojos azules que combinaban muy bien con la piedra de zafiro del anillo de compromiso que le regaló Lord Anthony. La joven, vestida con un vestido celeste, su color favorito, estaba allí tan hermosa como su esposa.

Entonces, al escuchar la cita de su duquesa, un compromiso no es un matrimonio, y al escucharla preguntar si su hermana había hablado a solas con su prometido, decidió interferir en la conversación entre dos hermanas que se encaminaba hacia una discusión más acalorada.

— Bueno, querida… Beatrice se casa en una semana…

— Gracias, cuñado.

— Además, hablando así, ni siquiera reconozco a cierto novato que una vez conocí en un baile...

Emily, incluso sentada en el sofá, rápidamente giró su cuerpo hacia su marido y prácticamente lo miró fijamente, mientras le apuntaba con el abanico.

—¡Federico! ¡No tomes partido por Beatrice! Este tipo de comentarios sólo la volverán aún más indisciplinada y llena de ideas.

Beatrice se cruzó de brazos y, sentada en el mismo sofá junto a su hermana, hizo una mueca, fingiendo un ligero puchero. Después del comentario de su cuñado, el enojo había pasado y en el fondo ahora lo encontraba divertido, Emily estaba preocupada porque ella y Lord Anthony estuvieran solos. La pobre Emily no sabía que estaban a sólo unos minutos de la puerta principal y que había un acuerdo entre ellos. Un acuerdo nupcial...

El mayordomo llegó con una bandeja de plata, trayendo algo e interrumpió la discusión. Era correspondencia y la forma en que fue dirigida, entregándola directamente a la duquesa, debería haber sido de su hermano Richard.

— ¡Ábrelo pronto, Emily! Apuesto que es de Richard...

Debido a la influencia del duque Federico, las amonestaciones de matrimonio ya habían sido recibidas, por ser noble el plazo fue más corto. Aún así, necesitaba autorización oficial por escrito de Richard como hermano legalmente responsable para adjuntar los documentos. Seguramente se daría autorización . La duquesa tomó unas tijeras plateadas y abrió el sobre, dentro había dos cartas. Una era la autorización especial escrita a mano por su hermano y firmada con el escudo de los Cramptons . Emily miró la otra carta con calma y la leyó en silencio más lentamente. Luego dejó caer el periódico sobre el sofá, dio un gritito y anunció.

— ¡Richard se va a casar! ¡Habrá otra vez una condesa Crampton ! Una nueva condesa...

La noticia tomó por sorpresa a todos en la sala. Nunca se escuchó que Richard tuviera una prometida, un pretendiente, al contrario, siempre escuchó que nunca se casaría. Los ojos azules de Beatrice se abrieron, o incluso más que los de Emily cuando sus ojos color miel se abrieron como platos.

— ¿Qué quieres decir con que nuestro hermano se va a casar? Me imagino lo eufórica que se pone Eugenie con esta noticia. Cuéntame más hermanita, ¿tienes detalles?

— No mucho, pero hazle saber que la joven se llama Madeleine y que es hermana de un amigo fallecido. Dice que es una larga historia y que algún día la contará cuando estemos todos juntos.

— Vaya… que sorpresa… tengo muchas ganas de escuchar esta historia. Me encantan las historias de amor de la vida real que harían un romance… — dijo Beatrice emocionada.

— Mmm, no sé si es exactamente una historia de amor. Sé que, al igual que tú, necesita casarse rápidamente, pero no dijo exactamente por qué. Sólo avísanos que lamentablemente no podrás asistir al tuyo, ya que será casi en la misma fecha. — Emily hizo una expresión traviesa.

— ¿Ver? Ni Richard ni Eugenie podrán asistir. Ahora estoy aún más segura de haber acertado al optar por una ceremonia sencilla.

Entonces, sin ningún argumento, Emily se cansó y recogió su tejido que estaba a su lado y comenzó a tejer ferozmente. Era un pequeño cárdigan para el pequeño Edward. En cuanto a Beatrice y al duque, los dos se miraron con una discreta sonrisa de complicidad. Después de todo, al duque no siempre le gustaban las fiestas y los bailes. Así quedó concluido de una vez por todas el asunto de la sencilla ceremonia.

Capítulo 13

Una semana después...

La Catedral de San Jorge como lugar de celebración de la boda fue una buena elección. Además de ser una hermosa catedral de estilo neogótico, con arcos interiores y vidrieras, era la favorita en bodas y bautizos de nobles. Emily suspiró aliviada cuando su hermana aceptó su recomendación. No habría una gran fiesta, pero el prestigio y la belleza del lugar ya le dieron un encanto especial a la ceremonia que tuvo lugar a media mañana.

Beatrice, vestida con un hermoso vestido de seda blanca, al son de los violines, caminó con gracia hacia el altar. El duque Federico la condujo, ya que su hermano Richard no pudo estar presente. Su vestido de novia fue creado por la modista de Emily, si hubiera estado en Escocia, Beatrice habría elegido Madame Marry , pero al final quedó perfecto. Como ella siempre quiso: simple, pero elegante. En el altar, Lord Anthony, vestido con un elegante abrigo negro y pantalones blancos, miraba encantado a su novia. En el fondo ya pensaba que era bueno que hubiera sucedido ese incidente y lo arrastró hasta el altar.

"Qué hermoso y gracioso... una verdadera visión del paraíso..."

La joven, mientras caminaba lentamente hacia el altar, del brazo de su cuñado, observó al novio y la rapidez con la que sucedieron las cosas. Era un hombre hermoso, noble, rico, tenía fama de libertino y nunca se casaría. Sabía que su prometido era codiciado por las mujeres y que ahora se rumoreaba lo afortunada que era y logró conseguir algo en la primera temporada que tantos habían intentado durante años. Sin embargo, su mente giraba en torno a algo más que eso...

"Qué hermoso, varonil es, pero ¿cumplirá todos los puntos de nuestro acuerdo? Si es así, estoy segura de que seré la más feliz de las mujeres, de lo contrario sé que seré infeliz…"

La ceremonia de boda en sí contó con muy pocos invitados, sólo unos pocos amigos cercanos de

la duquesa y sus respectivos maridos. Todos los amigos de la novia eran de Escocia. En cuanto al novio, no tenía muchos amigos casados, a excepción de Federico que ya estaba presente y algunos amigos solteros que intentaron vencer el sueño después de una despedida de soltero y estar presentes una mañana a las diez. Desde el asiento de la primera fila, Emily, luciendo un vestido de seda amarillo, junto a Juliette, una niñera y el pequeño Edward, observaron con satisfacción cómo su marido entregaba a su hermana a su futuro marido.

— ¡Como representante de tu hermano, Earl Richard Crampton , te recomiendo que la cuides bien! — dijo Frederick mientras entregaba a Beatrice y estrechaba la mano del novio.

— Yo me encargo, amigo. Te doy mi palabra de que me encargaré de ello.

Beatrice, con el rostro cubierto por el velo de novia blanco, se limitó a observar el firme apretón de manos entre los dos hombres y luego sintió a su prometido entrelazar su brazo con el de ella y ambos se giraron completamente para mirar al sacerdote. La ceremonia fue relativamente rápida, como ella deseaba, mientras el sacerdote hablaba, ella trató de concentrarse mirando al anciano, pero parecía como si estuviera en un sueño, como una especie de niebla. La presencia, la cercanía de Anthony allí a su lado, por primera vez le pareció diferente, algo así como demasiado íntimo. El olor de su jabón de afeitar entró en sus fosas nasales, causándole una sensación extraña. En un momento tuvo la leve impresión de que su rostro estaba ardiendo, sonrojado y agradeció al cielo estar cubierto por un fino velo. Anthony también se sintió perturbado, pero por el delicioso aroma a rosas que emanaba de la piel de la novia. Sin embargo, debido a su experiencia, no se sentía nada tímido ni avergonzado por lo que sentía .

— ¡Os declaro marido y mujer! ¡Lo que Dios ha unido, el hombre no lo puede separar! Puedes besar a la novia.

Beatrice sintió que Anthony se volvía hacia ella y levantaba lentamente el velo que cubría su rostro. Eso la puso nerviosa, sintió subir el calor, sentía las piernas débiles. Porque aunque no hablaron del tema, era lógico que necesitaran darse al menos el tradicional beso para finalizar la ceremonia. Nunca había sido besada, sintió los fuertes labios de su marido rozar ligeramente los suyos, su lengua caliente penetró rápidamente en sus labios rojos y carnosos. Ella le correspondió tímidamente, sin saber actuar correctamente, solo se limitó a no repeler. Fueron sólo unos segundos, pero para ella duraron horas. Al final, él le bajó delicadamente el velo, le dedicó una sonrisa seductora y ella le devolvió una sonrisa incómoda. Luego de eso, ambos se prepararon para abandonar el altar. La ceremonia finalmente terminó.

— ¡Felicidades, hermanita! ¡Dame un abrazo, estoy tan feliz por ti! Es una pena que Richard y Eugenie no estén aquí para ver la ceremonia. — Emily fue la primera en saludar a los recién casados, abrazando a su hermana tan pronto como caminaron hacia el altar.

— Gracias, hermanita. Realmente es una pena. — Beatrice devolvió gustosa el afectuoso abrazo de su hermana mayor.

— ¡Felicidades, amigo! La vida matrimonial es maravillosa, pero para aquellos que quieren casarse y espero que realmente cambien de opinión. — Federico saludó a su amigo con un

abrazo y una amistosa palmada en la espalda.

— ¿Sabes que me empieza a gustar la idea, amigo? — Anthony sonrió a Frederick y miró discretamente a su prometida, que era muy unida, pero ocupada con su hermana.

Emily, tomando a Beatrice del brazo, se acercó e interrumpió la conversación de los dos hombres. La niñera se quedó muy cerca al cuidado de Edward y vigilando a Juliette.

— Ahora vámonos todos a la mansión, hay una pequeña recepción organizada en el jardín. Algo sólo para los pocos invitados aquí presentes.

Entonces todos salieron de la iglesia. Los duques de Cantrell , niños y niñera, subieron al carruaje oficial portando el escudo del duque de Cantrell . Los recién casados subieron al lujoso carruaje con el escudo de armas de la familia Scott. Ahora eran marido y mujer, ya no necesitaban compañeros, ni se les prohibía viajar solos en carruajes cerrados. Estaba a sólo unas cuadras de la Catedral de San Jorge hasta la mansión del Duque, ya que ambas estaban en el barrio de Mayfair .

Los recién casados y los duques llegaron a la mansión prácticamente al mismo tiempo. Beatrice quedó encantada con la recepción sencilla, como ella había pedido, pero con mucho gusto organizada por su hermana. Debido a que era primavera, el clima en el jardín a esa hora de la mañana, a las once aún era agradable y las flores estaban exuberantes debido a la estación, era un bálsamo para los ojos. En el centro se colocó una gran mesa, con un mantel de encaje blanco, había mucha comida, frutas, panes, dulces, mermeladas, servidas en la más fina cubertería para la ocasión especial. Alrededor de esta gran mesa, había varias pequeñas mesas redondas cubiertas con una sombrilla en cada una de ellas, donde se sentaban los pocos invitados según su gusto. En un rincón estratégico, cubierto por una especie de toldo, tres violinistas, los mismos de la iglesia, tocaban música ambiental para que los invitados disfrutaran mientras comían y socializaban.

— Ah, Emily, todo es tan hermoso... No sé cuánto tiempo Lord Anthony querrá quedarse aquí, ya que el camino a Bath aún está lejos. Pero gracias por la acogida, en el estilo que quería: encantador y sencillo.

— Me alegro que te haya gustado y es normal que los novios no se queden ni la mitad de la fiesta. Al menos come algo y saluda a tus invitados. Después de eso puedes subir las escaleras para cambiarte. ¡Oh! Pero después de cambiarme tendré que hablar contigo.

— ¿Conversación? ¿Hice algo mal?

—¡Ah! No, niña tonta... la conversación habitual que toda madre tiene con su hija, antes de partir a su noche de bodas. — Por un momento, Emily se sintió un poco avergonzada. — Ya no tenemos madre y yo soy su única hermana casada...

Beatrice le dio a su hermana una sonrisa burlona, de hecho le pareció más divertido que su hermana mayor se avergonzara delante de ella, que tener mucho miedo de una *conversación tan habitual.* Eran exactamente las doce y media cuando Beatrice informó a su prometido y a su

hermana que abandonaba la fiesta para cambiarse para el viaje y salió del jardín rumbo a su habitación en la mansión.

Capítulo 14

Cuando Beatrice entró a su habitación encontró todas sus maletas ya hechas para el viaje, su vestido elegido sobre la cama y de pie junto a la cama, con los brazos cruzados, estaba Mag con el rostro un poco hosco.

— ¿Estás segura de que realmente no quieres que te acompañe, niña? Después de todo, ¿quién cuidará de tu apariencia? Y ésta es mi obligación como su camarera personal.

— No, Mag , no es necesario. Sé que algunas mujeres se llevan a sus doncellas a sus lunas de miel, pero creo que es innecesario. Sé cuidar de mí, de mi apariencia y si necesito algo más elaborado, el hotel tiene mucamas disponibles.

Beatrice de alguna manera estaba diciendo la verdad. No era una chica dada al exceso de vanidad, sabía cuidar su apariencia. Entonces, pensó que sería mejor dejar ir a Mag durante la luna de miel. Sin embargo, lo que todos pensaron fue que era para tener más privacidad, de hecho lo era, pero en el sentido que algunas personas debían haber estado pensando y para que Mag no se enterara del acuerdo de los novios.

—Pero ahora Mag , querida, para quitarme este vestido de novia y ponerme el mío del viaje, necesitaré ayuda para ir más rápido.

Beatrice se quitó lentamente el vestido de novia con la ayuda de la doncella y lo guardó en un baúl grande. Después de regresar de su viaje, le pediría a Emily que ordenara la entrada a su nuevo hogar. Luego se puso un hermoso vestido de muselina rosa, cogió un pequeño bolso, cogió su sombrero y se disponía a salir de la habitación, cuando llamaron a la puerta y ella inmediatamente entró. Era Emily, que había abandonado la fiesta para ir a hablar con su hermana recién casada, que pronto se marcharía de luna de miel.

La duquesa le pidió a la criada que los dejara en paz, luego caminó en círculos por el medio de la habitación, luciendo nerviosa, justo en frente de Beatrice quien estaba sentada en la cama observándola. Después de eso, se sentó en la cama, al lado de Beatrice y tomó ambas manos entre las suyas.

—Escucha, hermanita. No sé ni por dónde empezar. De hecho, esta conversación, como dije, debería ser obligación de nuestra madre y no mía. Pero... — Emily parecía incómoda, a veces mirando a los ojos de su hermana, a veces intentando mirar un pájaro en la ventana.

— Habla, hermana mía, soy toda oídos… — Beatrice esbozó una sonrisa tímida y la miró, sospechando ya lo que se avecinaba.

— Mira... No sé ni por dónde empezar, pero quiero que lo sepas en tu primera noche, en tu noche de bodas. Cuando estés solo, listo para dormir, sucederán cosas que al principio te parecerán aterradoras e invasivas. Pero tu marido sabrá cómo manejar la situación...

La timidez momentánea de la joven pasó y le resultaba divertido ver a su hermana en esa situación, tan avergonzada de explicar algo, como si nunca hubiera oído hablar de ello. Se quedó en silencio por unos momentos, luego sintió pena por la pobre Emily y decidió sincerarse.

— Emily... cálmate... Sé lo que intentas decirme y hasta es divertido verte tan llena de pudor y timidez.

— ¿Lo sabe? ¿Cómo lo sabes? Beatrice, Beatrice… — La mirada de la duquesa pasó de la timidez a la censura y la desconfianza.

— ¡Sí! Eugenie y yo sabemos desde hace tiempo que los bebés no nacen bajo las hojas de grosella ni son traídos por el pico de una cigüeña. — La joven miró atrevida a su hermana.

— ¿Qué horror? ¿Y cómo lo sabes?

— Digamos que Eugenie y yo somos buenos escuchando las conversaciones de los sirvientes durante el tiempo libre de Richard. — Declaró la joven con picardía.

Los ojos de Emily se abrieron y se llevó ambas manos a la boca de manera escandalizada. Luego bajó la expresión y juguetonamente golpeó los brazos de su hermana con el abanico y advirtió.

— Me alegro que ya estés casado y cuando pueda se lo haré saber a Richard para que pueda

supervisar mejor a Eugenie.

—¿Richard? A pesar de ser un hermano celoso de nuestro honor, a veces es más cómplice que hermano. Ahora vamos Emily, creo que Lord Anthony ya nos está esperando en el carruaje.

— Sí, claro, vámonos.

Beatrice se levantó de la cama, recogió sólo su sombrero y su bolso, los sirvientes llevarían las bolsas al carruaje. En cuanto a la conversación de Emily, le pareció innecesario decir que a pesar de saber de dónde venían los bebés y qué pasaba entre un hombre y una mujer a puerta cerrada, ella, como cualquier doncella, tenía miedo de su noche de bodas. Sin embargo, esta no sería una luna de miel normal y no estaba prevista una noche de bodas. Al menos no esa noche, si realmente se cumplió el acuerdo...

Ya vestida para el viaje, Beatrice saludó rápidamente a todos los invitados, abrazó a su hermana, a sus sobrinos y con la amable ayuda de su marido, subió al carruaje negro con el escudo de la familia Scott. Subió elegantemente el escalón del carruaje, se sentó en el banco acolchado rojo, era un carruaje tan lujoso como el de los Crampton o los Duques de Cantrell . Su marido entró y se sentó a su lado. El cochero cerró la puerta, se colocó delante del carruaje, tomó las riendas y se alejó. Entonces se dirigieron a Bath. Era casi la una de la tarde, el viaje a Bath era relativamente largo, si se detenían solo para cambiar de caballo, con suerte llegarían a la ciudad alrededor de las ocho de la noche.

— Sola al fin... — Su marido la miró y le dedicó una sonrisa pícara, allí dentro del carruaje.

— ¿Y nuestro acuerdo? Diste tu palabra de caballero… — Preguntó aprensiva la joven, tras el comentario.

— ¡Solo tengo una palabra y sigue en pie! Todo saldrá según lo acordado, o mejor dicho, todo saldrá según tu voluntad...

El carruaje se dirigía por la carretera hacia Bath, el día había sido agotador y, a pesar del buen tiempo, las temperaturas de primera hora de la tarde resultaban aburridas para todos. Tan pronto como los dos se encontraron solos dentro del vehículo, sentados uno al lado del otro como marido y mujer, un ligero sentimiento de vergüenza apareció por parte de la joven. En cuanto a él, ya un conquistador experimentado y no un joven de pantalones cortos, se dio cuenta y trató de aliviarlo manteniendo conversaciones banales. Hasta que los traqueteos del carruaje, el tiempo de primera hora de la tarde, la cansada mañana, acabaron por apoderarse de ambos. De repente los dos comenzaron a quedarse dormidos, pero el sueño de Beatrice fue más profundo, al quedarse dormida terminó acercándose aún más al cuerpo de su marido, apoyando su cabeza en su fuerte hombro.

Lord Anthony sintió presión en su hombro izquierdo y lentamente abrió los ojos mientras miraba hacia un lado, estaba encantado de darse cuenta de lo que era. Quedándose completamente quieto, si el camino lo permitía, incluso intentando pausar su propia respiración, sólo para no terminar ese momento. Beatrice dormía con la cabeza apoyada en su hombro, él

permaneció tranquilamente observando y disfrutando de la escena. La respiración ligera y acompasada de la joven, su rostro angelical, sus ojos cerrados, esas largas pestañas claras, sus mejillas sonrosadas y sus labios rojos en forma de corazón que eran una invitación a un beso. Si esa no fuera una visión del paraíso, sería una visión enviada por el mismo diablo para tentarlo. Pensar que más tarde llegaría a Bath, sería su noche de bodas, pero realmente no podía tenerla en sus brazos…

Quiso estirar uno de sus brazos y llevar su mano a la cabeza de su esposa, acariciando su sedoso cabello rojo, recogido allí en un moño y sin sombrero. Sin embargo, se rindió cuando notó que sus manos, que descansaban sobre su sombrero estilo bonet rosa , se movían en su regazo.

"¡Oh, no! Mi ninfa probablemente se despertará… ¡maldita sea!

Sin embargo, la joven no despertó, solo aprovechó otra sacudida del carruaje para acurrucarse aún más cerca de su hombro y seguir durmiendo. Él mostró una discreta sonrisa de satisfacción y continuó mirándola dormir.

Capítulo 15

Eran alrededor de las ocho de la noche cuando llegaron al hotel Parade Park Guesthouse . El hotel era una mansión de estilo georgiano, popular entre la nobleza y con la ventaja de tener vistas desde las habitaciones a los hermosos jardines de Parade Gardens. El carruaje se detuvo

justo delante de la entrada principal del hotel. Beatrice, que se había despertado de su sueño profundo tan pronto como entró en Bath, miró a través de la puerta de cristal con ojos curiosos y luego miró a su marido a su lado.

—¿Estamos allí?

— Sí querida, este es el hotel donde pasaremos nuestra *luna de miel* .

Escuchar esa palabra la dejó avergonzada, más aún por la forma sarcástica en la que Anthony se refirió al suceso. La joven se limitó a asentir en silencio con la cabeza. Poco después, el cochero subió al carruaje y abrió la puerta desde fuera. Lord Anthony bajó y, todavía de pie junto a la puerta, extendió la mano para ayudar a Beatrice a bajar. Beatrice, sosteniendo la mano de su marido y la otra en su falda, descendió lentamente, miró hacia arriba, contemplando el cielo estrellado, miró a su alrededor encantada por la atmósfera de la ciudad y luego le dedicó a Anthony una dulce sonrisa.

— Vamos, cariño, debes estar cansada. Entremos y nos pongamos cómodos.

— Gracias, estoy muy cansada y más que eso también tengo hambre...

La pareja, cogidos del brazo, entró elegantemente en el hotel, dirigiéndose a la recepción. Mientras un sirviente se ocupaba de su equipaje. Lord Anthony, con sus modales elegantes, su altura y elegancia, llamaba la atención, y aún más llamaba la atención la belleza de la bella pelirroja con un delicado vestido rosa, a quien sostenía su brazo. Se notaba desde lejos que se trataba de una pareja noble y del lugar, probablemente en su luna de miel.

— Lord y Lady Scott, tenemos reservas para quince días.

Al otro lado del mostrador de recepción de madera, un hombre de mediana edad con expresión amistosa consultaba el libro de reservas. Luego, respondió respetuosamente a la pareja parada frente al mostrador.

— ¡Bienvenidos, señor y señora Scott! El baño de caballeros está listo y un criado llevará allí el equipaje.

— ¡Gracias! — Respondió Lord Anthony y sacó una propina de su bolsillo y la depositó sobre el mostrador.

Beatrice, que hasta entonces, incluso con el brazo entrelazado del de su marido, había permanecido ajena, mirando encantada ante la belleza del interior del hotel, *se despertó* al escuchar eso. Sus ojos cambiaron de color y su marido, que acababa de mirarla a la cara, incluso sabía el probable motivo de ese cambio.

“*¿ Nuestra habitación? ¿Solo una habitación? Vaya... ¡recién ahora me di cuenta de que tendremos que compartir habitación! Por Dios… debería haber añadido esta tercera condición a nuestro acuerdo: Dormitorios separados durante la luna de miel…*”

Eso puso nerviosa a la joven, notó Lord Anthony, incluso trató de ocultar una sonrisa y ella también trató de ocultarle su nerviosismo. Sin embargo, tuvo poco tiempo para pensar en ello, ya que su atención fue desviada por su vientre gruñendo ferozmente mientras un sirviente pasaba con una humeante bandeja de comida. El olor era delicioso e invadió sus fosas nasales. Aunque tenía mucha hambre, incluso el maldito haggis de Richard olería delicioso en ese momento.

— Tengo hambre… — Habló en voz baja para que sólo su marido pudiera oírla.

— Confieso que yo también. ¿Qué os parece si vamos directamente al salón a cenar y luego subimos al dormitorio? El sirviente ya se ha llevado nuestro equipaje.

— ¡Creo que es una gran idea!

Beatrice y Anthony fueron conducidos al comedor, que tenía una puerta al lado de la recepción. Era una sala grande y lujosa, con una lámpara de araña en el techo, llena de pequeñas mesas redondas donde se sentaba la gente. Algunos esperaban la cena, otros ya estaban comiendo. Había parejas con hijos, pero la mayoría podía verse como parejas solteras en su luna de miel.

El camarero llegó al poco tiempo con porciones de carne con patatas cocidas, pan, mermeladas, té y colocó ante ellos una mesa bien puesta y decorada con un bonito arreglo floral. Beatrice, a pesar de tener buenos modales, se sirvió varias porciones con gusto. Lord Anthony también tenía hambre y se sirvió él mismo, pero aparentemente no tanto como su esposa. Sentados uno frente al otro, en esa pequeña mesa redonda, pronto se sintió satisfecho y simplemente miró comer a la joven.

A pesar de algunas ideas y comentarios a veces muy ingeniosos, tenía una belleza angelical. Lord Anthony pensó que estaba aún más divina al verla luciendo ese sombrero rosa , cuyo estilo de sombrero la hacía casi un arco sobre su cabeza por el cual se escapaban unos pequeños rizos rojos en su frente. No pudo evitarlo e hizo un comentario divertido para romper el silencio.

— Comiendo así, ahora entiendo por qué se rompieron los botones del vestido y los cordones del corsé…

—¡Anthony! No seas grosero. — Beatrice, se sintió un poco ofendida por el comentario de reprimenda. — La joven lo miró con expresión enojada, pero en el fondo era sólo de labios para afuera.

Lord Anthony sonrió, se puso de pie y la enfrentó, ella continuó manteniendo una expresión seria pareciendo un igual, hasta que lo enfrentó.

— ¿Qué fue? ¿Por qué me miras así? ¿Sorprendido de ver a una mujer hambrienta?

— Al principio sí, pero no me sorprende más que ahora escucharte llamarme por mi nombre. Sepa que es la primera vez que lo escucho de tu boca y tiene un sonido diferente que suena como música para mis oídos.

Lord Anthony dijo esto mirándola a los ojos, al mismo tiempo que su mano se deslizaba discretamente por la mesa en busca de la mano de la joven. Al encontrar esa delicada mano enguantada, la apretó suavemente, sin dejar de mirarla a los ojos. Una atmósfera de seducción se apoderó del ambiente que los rodeaba durante unos minutos, su esposa estaba avergonzada. Hasta que discretamente apartó tu mano de la suya.

— Um... jugando al seductor. Esto no estaba en nuestro acuerdo. — Dijo con la cara sonrojada y haciendo pucheros.

La comida terminó y la pareja finalmente llegó a su suite de recién casados. Lord Anthony, después de recibir las llaves y las instrucciones en recepción, abrió el camino. Abrió la puerta e hizo un gesto caballeroso para que Beatrice entrara, ella entró inmediatamente, siguiendo sus pasos. La joven entró lentamente, explorando con la mirada toda la longitud de la habitación. Era una habitación hermosa y lujosa, una pequeña antesala con sillones, un escritorio en la esquina, hacia la esquina de la habitación un tocador y al fondo, justo en el centro de la habitación contra la pared, una cama grande con dosel. de cortinas rojas. La silenciosa joven exploraba todo con sus ojos curiosos, observando sus bolsos colocados al lado de la cama. Sentiste una extraña atmósfera de intimidad y vergüenza cuando sentiste que la puerta del dormitorio se cerraba detrás de ti y escuchaste el humor sarcástico de tu marido hablar a tus espaldas.

—Solo por fin... mileide ....

Sin embargo, lo que realmente la sorprendió y desconcertó fue la visión de la gran cama con dosel. Hasta el punto que se volvió hacia su marido y le habló escandalizada.

— Pero… sólo hay una cama… — La boca en forma de corazón quedó abierta y los ojos azules se oscurecieron.

— ¡Por supuesto, querida! ¿Has visto alguna vez la habitación de luna de miel de los recién casados con dos camas? Si existe un hotel como este, no lo sé. Aunque esta también es mi primera luna de miel… — El hombre la miró divertido, luego se puso la mano en la barbilla, puso los ojos en blanco y fingió divertirse.

Beatrice no sabía si avergonzarse o enfadarse, no sabía si saltar sobre el cuello de su marido por la broma o si pensar en algo para solucionar la situación. Entonces decidió elegir la segunda opción.

— Tengo una idea y apuesto que usted, como caballero, la aceptará. Podemos encargar algunas colchas y podrás dormir en este sofá en la sala del frente. ¿Qué dices? — La joven señaló con su dedo índice hacia el mueble.

— Le digo que después de un largo viaje en carruaje hasta aquí, este señor quedará deudor de las reglas de caballería. Bueno, la respuesta es no. No dejaré de dormir en esta cama.

— ¡Oh! Pero si es así, podemos pedir otra habitación. Debe haber habitaciones vacías aquí en el

hotel.

— ¿Dormiremos tú y yo en una habitación separada durante nuestra luna de miel? ¡De ninguna manera! Esto generaría charlas, chismes que llegarían desde Bath y Londres en poco tiempo. Después de todo, nos casamos para evitar los chismes. — Lord Anthony concluyó con un fuerte argumento. Aunque sospecho que su corazón ya no piensa así...

A la joven pelirroja no le gustó nada la idea, ni los argumentos dados por su marido. Aunque en cierto modo tiene razón sobre los chismes y los motivos que llevaron a su matrimonio. Pero ya sería bastante difícil compartir la misma habitación con él durante quince días de luna de miel, y mucho menos la misma cama. Un hombre que en realidad no sería su marido, al menos ese era el trato. Ella se cruzó de brazos, golpeó el suelo con el pie y allí, al lado de la cama, de pie frente a él, lo miró en silencio. Lord Anthony no se dejó intimidar, no sería una chica de dieciocho años la que lo intimidaría, por muy ingeniosa que fuera. Tenía veintiocho años, buena parte de esa edad por experiencia con mujeres bien vividas...

— Sin embargo… para que mi esposa no diga que no soy un caballero. Saldré de la habitación y me quedaré afuera durante una hora para darte tiempo a lavarte, cambiarte de ropa, elegir tu lado de la cama y acostarte. Puedes esperarme con las luces apagadas en la cama....

— ¿Esperarte en la cama? ¿Luces apagadas? — Beatrice abrió mucho los ojos asustada. ¿Fue esta una verdadera noche de bodas? ¿Y qué pasa con su acuerdo?

— Cálmate, tonto… era solo una forma de hablar. —Lord Anthony , salió de la habitación y lentamente llamó a la puerta.

Capítulo 16

Exactamente una hora después, la puerta del dormitorio se abrió lentamente. Lord Anthony entró sin tocar, pero por otro lado llegó pisando fuerte, chocando deliberadamente con algunos muebles del cuarto oscuro.

“¿ *Ya logró conciliar el sueño o está fingiendo? Teniendo en cuenta lo mucho que dormiste en el carruaje, tengo mis dudas..."*

El hombre, todavía vestido con su ropa de viaje de novio, cruzó lentamente la habitación y se dirigió a una pantalla en la esquina de la habitación. Protegido así por la intimidad que le

proporcionaban los muebles, se desnudó, dejando sólo una fina camisa blanca y unos calzoncillos largos de color beige. Entonces caminó hacia la cama. Beatrice vio su entrada, pero permaneció silenciosa e inmóvil, fingiendo dormir. Por un momento temió que él aprovechara la oscuridad y se cambiara de ropa allí en medio de la habitación. Así sus ojos, ya acostumbrados al entorno, lo verían todo y nunca vio a un hombre sin ropa.

Anthony llegó al borde de la cama, lentamente retiró las mantas, se sentó en la cama y se preparó para acostarse. Así lo hizo, pero mientras se recostaba lentamente en la cama y estiraba el brazo, se sorprendió por algo inusual.

— ¡Yo creo! ¡Parece que en mi ausencia construyeron su propio Monte Everest en medio de esta cama!

Beatrice, que estaba "durmiendo" de lado y de espaldas a él, no pudo contener una risa suave, lo que reveló que en realidad estaba despierta. Resulta que lo que sorprendió a su marido, el Monte Everest al que se refería, fue una pila de almohadas montadas a lo largo vertical de la cama dividiéndola por la mitad. Había una barrera de almohadas de casi un brazo de altura que su inteligente esposa había pedido a un sirviente en su breve ausencia.

— ¡Como no me diste muchas alternativas, tuve que hacer algunas adaptaciones para proteger mi privacidad y pureza *Anthony* ! Ahora déjame dormir, estoy cansado.

La joven hablaba con petulancia, protegida por la oscuridad, sin siquiera girarse en la cama para mirarlo. Una pena porque habría visto tu sonrisa pícara con la cabeza apoyada en la almohada. Lord Anthony murmuró algo, pero terminó acostado de costado en la cama y rápidamente se quedó dormido. Ambos estaban muy cansados por el viaje. Antes de quedarse dormido, Lord Anthony se dio cuenta de esto e incluso se cuestionó mentalmente si esta era una verdadera noche de bodas, estaría tan cansado al punto de quedarse dormido en lugar de consumar su matrimonio. Ciertamente no...

Eran alrededor de las dos de la madrugada cuando Lord Anthony se despertó pensando que lo estaban asfixiando. Sin embargo, tan pronto como abrió los ojos y llegó a donde estaba, se dio cuenta de que no era exactamente de lo que estaba hablando. Su esposa dormía inquieta y profundamente, más aún después de un largo viaje por las difíciles carreteras de Londres a Bath. Entonces, como se movía tanto en sueños, ella misma deshizo la *brillante* barrera de almohadas que había creado dividiendo la cama y en ese momento algunas asfixiaban a su marido quien tenía el sueño más tranquilo y prácticamente seguía en la misma posición en que se había quedado dormido.

Sin embargo, lo que fue aún más aterrador fue darse cuenta de que no se trataba sólo de almohadas. Beatrice todavía dormía de lado, de espaldas a él, pero su sueño inquieto no solo había derribado la barrera de almohadas, sino que también había hecho que se le subiera el camisón y ahora ese hermoso, blanco y redondo trasero estaba pegado a su cuerpo.

Lord Anthony, se encontraba en el bosque sin perro, si la despertaba podría avergonzarla inmensamente y entonces ella insistiría en habitaciones separadas durante la luna de miel, dando

de qué hablar. Por otro lado, si él continuaba así, en esa maravillosa posición y ella se despertaba sola, podrían acusarlo de aprovechamiento, de no cumplir con su acuerdo. Estar allí en tu noche de bodas, con tu bella esposa luciendo como una Afrodita dormida, el camisón levantado, el trasero blanco y redondo al descubierto, pegada a tu región íntima de tal manera que incluso había despertado tu miembro, provocando una erección, era demasiado. que un hombre resista. Su deseo era rodearle la cintura con los brazos desde atrás, pegar su cuerpo aún más al de ella, si aún era posible, y llenar su delicado cuello de besos. Ahogarme en ese pelo rojo y olor a rosas.

" *¡Tendrás que resistirte a Anthony! ¡No dejes que tus instintos te dominen por completo, tú eres el que está a cargo de tu cuerpo, hombre!*

Entonces, con este mantra, Lord Anthony intentó controlar sus instintos masculinos. Además de respirar muy lentamente por miedo al más mínimo movimiento de tu cuerpo o que tu respiración se vuelva dificultosa, despertando a tu bella y deliciosa esposa. Sin embargo, esa era una frase fácil de pensar, pero difícil de poner en práctica hasta el punto de controlarse. Se quedó allí en silencio sintiendo el ligero movimiento de la respiración de su esposa en un sueño profundo, haciendo que su cuerpo subiera y bajara ligeramente con cada respiración. Mientras él estaba pegado a ella, intentando no respirar. Lord Anthony esperaba que ella, involuntariamente dormida, cambiara de posición y lo liberara de ese placentero tormento, que podría convertirse en un incidente muy embarazoso, si despertaba...

"¡Parece un ángel! ¡No hombre, no pienses así! Sería una blasfemia imaginar un ángel con un trasero tan bonito y respingón…"

Hasta que después de un tiempo, sintió que ella se movía un poco, se hizo esperanzado, probablemente ella, que llevaba un tiempo en esa posición, cambiaría sin siquiera abrir los ojos. Característica de quienes duermen profundamente. Pero eso no fue exactamente lo que pasó y para aumentar la deliciosa tortura de su marido, la joven se movió un poco más, sin moverse del lugar, solo colocando su cabeza aún más de lado sobre la almohada y levantando aún más su trasero, moviéndolo. alrededor. Así que siguió durmiendo y Lord Anthony casi dejó escapar un gemido de placer al sentirla hacerlo a sólo unos milímetros de su miembro erecto, separado sólo por la fina tela de su ropa interior. Intentó mantener la calma y conciliar el sueño juntos, intentando olvidar que aquella era la mañana de su boda y recordar que era un caballero. Así que se quedó dormido, sin moverse, con la esperanza de que cuando despertara todo se reparara espontáneamente, todo volviera al lugar que le correspondía. Especialmente el camisón que cubría el trasero de su esposa...

Eran las nueve cuando Beatrice se despertó. Tan pronto como abrió lentamente los ojos, se despertó aturdida, por unos momentos sin recordar dónde estaba. Sin embargo, pronto recordó que estaba de luna de miel en Bath, en una habitación del hotel Parade Park Guesthouse y que la noche anterior se suponía que sería su noche de bodas. Usando los codos, levantó el torso y se sentó en la cama, luego miró la pila de almohadas que dividía la cama y agradeció a Dios que estuvieran todas en su lugar. Eugenie siempre decía que tenía un sueño intranquilo cuando los dos decidieron dormir juntos en Shurtland , su miedo era despertarse con las almohadas por todos lados.

“¿Dónde está Anthony? ¿Te levantaste más temprano para darme privacidad para vestirme como quiera? Creo que sí, porque lo correcto es que me acompañe a tomar un café en el salón. No se ve bien que una señora recién casada tome café sola abajo. A menos que ordene en la habitación...”

Beatrice tocó el timbre y llegó una joven criada para atender su habitación. Pidió agua para un baño completo, al fin y al cabo era de día, no era estación fría y había hecho un largo viaje hasta allí. Entonces ella fue atendida. En un rincón se colocó un gran baño con agua, cerró la puerta del dormitorio con llave, se dio una ducha rápida, sin mirarse el pelo. Abrió una de sus maletas, sacó un vestido de raso violeta, sin necesidad de solicitar los servicios de la mucama del hotel, se recogió el cabello en un moño, cogió un sombrero lila que hacía juego con su vestido y se disponía a pedir café en su habitación. , cuando llegó un mensajero con un mensaje. Su marido la esperaba en el salón del hotel para tomar un café juntos. Ella abrió la nota y le dio una sonrisa de satisfacción, él estaba siendo un caballero, interpretando al marido cariñoso y amable. Entonces sintió un ligero escalofrío en el estómago, iba a verlo por primera vez de día, después de haber pasado por la situación íntima de dormir juntos la noche anterior. Sólo recordaba haber dormido profundamente, pero aun así estaba avergonzada, ya que nunca había estado sola con un hombre que no fuera un pariente y mucho menos compartiera cama.

— Gracias, dile que estoy listo y en camino. — Agradeció amablemente al camarero.

Beatrice llegó al salón de baile y lo encontró abarrotado, igual que la noche anterior durante la cena. La diferencia es que ahora la iluminación era luz natural que entraba por los grandes ventanales y el clima era agradable, la vestimenta diurna de las damas era adecuada para el desayuno. Tan pronto como llegó, recorrió la habitación con la mirada, hasta que vio a su marido saludando solo en una pequeña mesa redonda y caminó con gracia hacia él.

— Buen día, mi amor. ¿Dormiste bien?

— Sí, maravillosamente bien. Más aún con la protección de esa barrera de almohadas que tuve la genial idea de construir… — respondió Beatrice con una sonrisa amistosa, mientras se sentaba en una silla al lado opuesto de la mesa y frente a su esposo.

"Si tan solo supiera que desmanteló la barrera de la almohada y que fui yo quien la volvió a colocar hoy para disfrazarla... Ah, si tan solo supiera lo intimidante que fue en mis brazos anoche ... "

Lord Anthony pensó en su mente mientras observaba a su esposa ajustar con gracia las faldas de su vestido violeta para sentarse y tomar un café juntos. La mesa estaba llena de pan, pasteles, frutas, mermeladas y té. Un maravilloso desayuno para reponer energías de los recién casados...

Beatrice se sentó, cogió un cuchillo y un panecillo, cogió el tarro de mermelada y empezó a repartirlo. Entonces, se inició algún tema para ocultar la timidez de compartir la cama.

— ¿Qué pasa contigo? ¿Dormiste bien? Supongo que sí, ya que le diste tanta importancia a la cama.

— ¿I? ¡Ah, sí, por supuesto! Pero habría dormido mejor si mi compañero de cama no roncaba tanto...

Lord Anthony se burló y mintió a propósito para romper el estado de ánimo tímido que sentía en Beatrice, no sabía si ella recordaba algo de anoche o solo era compartir la cama. Lo cual ya no es fácil para una doncella. Eso enfureció a Beatrice y eso era lo que él quería.

— ¡Escuche aquí Señor Anthony! No ronco y nunca más me atrevo a decir algo así sobre mí. — La joven lo miró furiosa, apuntando el pequeño cuchillo de gelatina en su dirección.

— ¡Lo sé, pequeño tonto! Sólo quería romper el estado de ánimo de timidez y parece que lo hice…. — Dijo entre risas y Beatrice se suavizó, bajó el cuchillo y mostró una hermosa sonrisa con unos dientes blancos perfectos.

Capítulo 17

— ¿Qué te parece un recorrido por el Parade Garden esta tarde? — le preguntó Lord Anthony a Beatrice apenas terminaron de almorzar en el salón.

— ¿Jardín de desfiles? ¿Es el parque con hermosos jardines que está cerca del hotel?

— Sí, el clima está agradable y como en realidad no somos una pareja de recién casados, no tenemos por qué subir a la habitación en busca de estar solos… — Le dedicó una sonrisa pícara.

— El señor siempre está insinuando y yo siempre le estoy recordando que un trato es un trato. — Beatrice le golpeó en el brazo con el abanico cerrado y puso cara de furia fingida. — Subiré a buscar mi sombrero y nos vamos. Me encantan las flores y los jardines.

Era media tarde cuando Beatrice ingresó al Parade Garden, luciendo un vestido verde agua y sombrero estilo bonet rosa , del brazo de su marido que vestía camisa blanca, pantalón negro, pantalón color crema y llevaba un sombrero de copa negro. Había otras parejas en el parque debido a la fama de sus preciosos jardines, una de las postales de Bath. Aún así, llamaron la atención porque hacían una hermosa pareja. Esa pequeña pelirroja de apariencia angelical, siendo conducida por el hombre alto, guapo, de cabello negro, rostro terso y aire seguro de sí mismo. Se podía ver desde lejos que se trataba de una pareja de la nobleza o clase alta inglesa. Beatrice caminaba encantada por la belleza de aquel parque verde, con jardines bien decorados por varios rosales. El lugar ya era hermoso, pero la primavera le dio un color y aroma aún más especial.

—Qué bonito es. — Los ojos azules de la joven brillaron de deleite y miró a su alrededor asombrada como un niño en un parque de diversiones sin saber por dónde empezar.

— Sí, el Garden Park es una de las principales atracciones turísticas de Bath y el preferido por las parejas. Ver la cantidad de flores, sentir la atmósfera romántica en el aire… — Lord Anthony habló seductoramente y miró fijamente mientras caminaban.

— Sí, ¿puedes sentir el aire de romance y esa cantidad de rosas en el aire? Me encantan las rosas. — Dijo la joven.

"Incluso sería un gran escenario para un libro romántico..."

Beatrice sólo pensaba, pero no se atrevía a hablar. Simplemente soltó un poco el brazo de su marido para dirigirse hacia un enorme rosal rojo que estaba cerca de ellos dos. Apoyó su rostro contra las rosas, cerró los ojos y aspiró el perfume con avidez. Sintió que esa maravillosa fragancia se apoderaba de sus fosas nasales y penetraba en sus pulmones. Lord Anthony, un poco atrás, quedó encantado con la escena. Sin embargo, el ánimo se rompió cuando escuchó un grito, su esposa agitó las manos y se alejó asustada del rosal.

— ¡Allá! ¡Ayuda!

—Beatrice! ¿Qué oyes?

Lord Anthony rápidamente se acercó a ella y la abrazó, pero ella solo luchaba con los ojos cerrados y una de sus manos en la cara.

— ¡Una avispa! ¡Avispa! Soy alérgico a las avispas...

Cuando su esposo miró su rostro, una de sus mejillas tenía una enorme marca roja de mordedura y la piel de su rostro comenzaba a ampollarse con pequeñas manchas rojas. Apenas tuvo tiempo de pensar mucho y ya sentía a la joven desmayarse en sus brazos.

— ¡Ayuda! ¿Hay un médico presente? ¡Mi esposa necesita ayuda! — gritó Lord Anthony.

Una pequeña conmoción surgió alrededor de la pareja. No había médico, pero los hombres corrieron a buscar un carruaje que los llevara de regreso al hotel. Mientras Lord Anthony la cuidaba, el hombre se quitó el sombrero, la recostó sobre la hierba verde y se quedó a su lado, preocupado. Verla así afectó sus sentimientos de una manera que ni siquiera él pensó que lo haría. El hombre estaba sudando frío, muy preocupado, mientras acariciaba el rostro angelical de su esposa.

"Por favor Beatrice, no te vayas… no me abandones, sin siquiera darme la oportunidad de tenerte entre mis brazos como mi verdadera mujer"

En brazos de Lord Anthony, Beatrice fue colocada en el asiento del carruaje que se dirigió rápidamente al hotel, que gracias a Dios estaba muy cerca. Sería perfectamente posible caminar si no fuera por el malestar de su esposa. Al llegar al hotel, Lord Anthony entró llevándola en brazos, con largos pasos hacia las escaleras que conducían a la habitación de la pareja. Sin embargo, primero gritó en recepción que necesitaba urgentemente un médico en su habitación.

El hombre entró a la habitación y colocó a su esposa suavemente en la cama, ella todavía estaba desmayada y respiraba con dificultad, lo que lo dejó preocupado. Probablemente ese vestido cerrado hasta el cuello, el corsé ajustado, perturbaban el panorama. Nada cómodo para una mujer joven que sufre algún tipo de crisis alérgica. Sin pensarlo dos veces, él, con manos ágiles, desabrochó los botones del vestido, bajando la parte superior hasta la altura de la cintura. Luego vino el corsé, para lo cual soltó los cordones. Si no fuera por la situación, Lord Anthony habría estado extasiado al sentir esa suave piel de nácar bajo sus dedos. Finalmente solo quedó la bata encima y colocó una sábana encima, mientras sentado en el borde de la cama esperaba que el médico llegara a la habitación.

"Espero que cuando despiertes no te enojes ni te avergüences al saber que fui yo quien te desnudó apresuradamente , pero la situación lo requería…"

Poco después llegó a la habitación el médico, un hombre pequeño de mediana edad con una maleta negra en la mano. Beatrice iba abriendo los ojos poco a poco, todavía aturdida. El médico escuchó la historia contada por Lord Anthony, se enteró de una alergia a las avispas, vio el

estado de la piel de la joven, le tomó la temperatura y se dio cuenta de que tenía fiebre. Entonces, le recetó un buen tónico, le recomendó reposo y cama hasta que la fiebre bajara y la piel volviera a la normalidad, señal de que la reacción alérgica había terminado por completo. Probablemente sucedería al día siguiente.

Tan pronto como el médico salió de la habitación, la joven seguía sin poder establecer un diálogo, tenía mucha fiebre, solo se acurrucaba en la cama tratando de calentarse con las mantas hasta que pasara ese extraño resfriado provocado por la fiebre. Lord Anthony tocó el timbre, llamó a un sirviente y le dijo que necesitaba más mantas para su esposa. Rápidamente llegó un sirviente trayendo varias mantas y colocándolas sobre ella, que ahora estaba dormida tiritando.

— Señor, he visto casos así, pero al día siguiente la gente se despierta sintiéndose mejor. El caso es que esta fiebre durará toda la noche y será una noche larga. Puedes irte a descansar a otra habitación y yo puedo quedarme aquí y cuidarla.

— ¡No! Estaré al lado de mi esposa durante toda la noche. Si necesitas ayuda, te llamaré tocando el timbre.

Lord Anthony acercó un sillón a la cama y comenzó su misión de velar por su bella y enferma esposa. Cuando llegó la noche, pidió su comida allí mismo en su habitación, no quería salir de ella en ningún momento. Mientras tanto, la joven dormía febrilmente. A lo largo de la noche la fiebre pareció empeorar, la joven deliraba y decía cosas inconexas, llamando a Emily, Richard, Eugenie. Habló de tal convento y de que extrañaba a su hermana. Hasta que ya era casi el amanecer cuando la fiebre cesó y la joven cayó en un sueño plácido. Se acercó aún más y vio que las manchas rojas en su rostro eran mucho más claras, su rostro estaba volviendo a la normalidad. Entonces, tranquilamente, estiró piernas y brazos y se quedó dormido en aquel sillón.

Era casi mediodía del día siguiente cuando Beatrice se despertó totalmente recuperada. La joven se despertó con un criado dentro de la habitación que, evitando hacer ruido, estaba recogiendo unas mantas que habían caído al suelo.

— Lo siento, Mileide, te desperté...

— No hay necesidad de disculparse. Ya me siento genial y siento que dormí para siempre. — La joven se estiró y se sentó en medio de la cama. — ¿Podrías darme un espejo?

La criada se dirigió apresuradamente al tocador y sacó un espejo con mango plateado y se lo entregó a la joven. Beatrice examinó su rostro y se alegró al ver que ya no había ninguna de esas horribles manchas rojas. Aunque no recordaba todo, era consciente de su alergia a las avispas y de lo que probablemente habría pasado.

— Gracias por cuidarme, quitarme la ropa para no asfixiarme. Respirar era realmente difícil con el corsé y el vestido ajustado.

— No hace falta que te lo agradezca, Mileide, de hecho hice muy poco. Fue su marido quien

cuidó de la señora.

— ¿Mi marido?

— Sí, insistió en pasar toda la noche en este sillón al lado de tu cama. Nunca había visto un caballero tan cariñoso y enamorado de su esposa. Él fue quien tuvo la idea de quitarle la ropa apenas la acostara en la cama para respirar mejor.

Beatrice apenas podía creer lo que estaban escuchando, un enorme sonrojo se apoderó de su rostro. La criada se dio cuenta e imaginó que era algo de recién casados.

— ¿Mi ropa?

— ¡Sí, milide ! ¿Pero qué es demasiado? Es tu marido. — La muchacha esbozó una sonrisa amistosa, se disculpó y salió de la habitación.

Tan pronto como la criada se fue, Beatrice se acurrucó en la cama. La información que inicialmente le causó indignación y vergüenza, ahora solo quedó vergüenza. ¿Cómo miraría a Lord Anthony cuando regresara a la habitación? ¿Cuánto de su cuerpo desnudo había visto? Seguramente sólo la parte superior, que ya le resultaba muy embarazosa. Sin embargo, ante lo sucedido, no actuó de mala fe, probablemente había visto su dificultad para respirar y no tuvo tiempo de pedir ayuda a un sirviente. Sin embargo, sería vergonzoso enfrentarlo, pero intentaría fingir que no sabía esa información.

“La criada pensó que estaba enamorado… insistió en quedarse a mi lado toda la noche como si estuviera enamorado de mí… ¿Será?” — Pensó la joven y le dio una sonrisa tímida .

Al poco tiempo, su esposo regresó a la habitación y estaba muy feliz de que ella estuviera tan bien, ni siquiera lucía como ayer. Sin embargo, le recomendó almorzar en su habitación para descansar más y la invitó a salir a caminar por la tarde a una famosa panadería. Para su alivio, él no mencionó quién le quitó la ropa y ella fingió no saberlo.

Capítulo 18

La panadería era hermosa y según las personas allí presentes, tenía mucha asistencia, especialmente gente de fuera de la ciudad. Algo común en Bath. Era una gran sala cuadrada con muchas pequeñas mesas redondas con manteles de encaje blanco distribuidas por toda ella. El ambiente era lujoso, había una lámpara de araña en el techo, los grandes ventanales estaban decorados con cortinas de terciopelo rojo abiertas. Además del gran mostrador empotrado que

iba de un extremo a otro de la sala, donde se exponían los postres más divinos y se servían en la mesa cuando llamaban al camarero. Todo era muy refinado y lujoso.

vestido color salmón y un sombrero del mismo tono. Frente a su esposo ella disfrutaba de un postre tradicional escocés mientras él la observaba con una mirada misteriosa y ella daría cualquier cosa por saber qué estaba pensando cuando la miraba así.

"¿ *Estás pensando en cuando me viste casi sin ropa?"*

Esa duda en sus ojos la hizo sonrojar, pero no quería arruinar el viaje, que era tan bueno, y mucho menos hacerle saber que ella sabía del incidente de la ropa, quién fue quien la desnudó. Entonces, decidió hacer algo.

— Hmm… este cranachan está delicioso … — Dijo la joven mientras llevaba un trozo del dulce a esa delicada boca en forma de corazón que tanto admiraba su marido.

— No soy muy aficionado a los dulces, pero por la expresión de mi cara me lo imagino. Es un dulce escocés y si no me equivoco eres escocés. ¿Lo hice bien? Bueno, la esposa de Frederick, su hermana, es escocesa...

— ¡Sí! Como él desde pequeña y ya lo extraño...

Lord Anthony bajó un poco la cabeza, sacudiéndola de lado a lado y esbozó una pequeña sonrisa.

— ¿Qué fue? ¿Dije algo mal? ¿Hay algo mal conmigo?

— No es que de repente se me haya ocurrido que estamos casados, pero sabemos muy poco el uno del otro…

— Tienes razón. — La joven soltó una risa incómoda y bajó la cabeza. — Pero puedes preguntar y te responderé. Quizás no soy tan conversadora como mi hermana menor, siempre me ha gustado más expresar mis ideas con lápiz y papel, pero no dudes en preguntar...

Ese comentario hizo que Lord Anthony sintiera curiosidad. En el transcurso del poco tiempo que pasaron juntos desde su compromiso, ya había reunido algunos datos sobre su esposa. Como una colcha de retales, estaba juntando las piezas. Sabía que era una joven inteligente, ingeniosa, especialmente apegada a su hermana menor, nacida en Escocia, hija de un conde, quería tener una profesión, algo demasiado moderno para una mujer de la nobleza. Sin embargo, lo que me gustaba escribir era algo nuevo.

— Ah... una cosa más que no sabía: A mi bella esposa le gusta escribir...

— ¡Sí, me gusta! — Beatrice emocionada dio una hermosa sonrisa mostrando sus dientes perfectos.

—Pero hay algo en lo que acepté, pero que aún no me has revelado del todo. ¿Qué profesión quieres ejercer? Como marido tengo derecho a saberlo. Incluso por razones legales...

Esa pregunta dejó a Beatrice avergonzada, su sonrisa desapareció instantáneamente, pensó en cómo le diría a su marido, si ya había sido criticada por Richard, y por Emily, que no era apropiado que una mujer de la nobleza fuera escritora. Como mucho, unos cuantos poemas para recitar entre amigos a la hora del té de las cinco en tu casa. Pensó y pensó y habló en voz baja y con la cabeza gacha.

— Escritor...

—¿Escritor? ¡Mis felicitaciones! ¡Una hermosa profesión! Quién sabe, tal vez en el futuro sea el marido de una bella Jane Austen. — dijo de buen humor, mirándola a la cara.

Esa respuesta tomó por sorpresa a la joven, sintió mariposas en el estómago, una alegría inexplicable brotando desde lo más profundo de su alma.

— ¿No te importa?

— ¡No! ¿Por qué me importaría? Es una bonita profesión, más aún en tu caso, ya que no necesitarás vivir exclusivamente de los ingresos que te proporciona.

— Es que Emily, Richard...

— ¡No soy Emily ni Richard, soy tu esposo y te apoyo! Deberías habérmelo dicho antes.

— Confieso que tu apoyo me tomó por sorpresa y no sabes lo feliz que me hace saber eso. Realmente parece que nos conocemos muy poco, porque nunca imaginé eso...

Beatrice miró encantada a su marido. Por un momento pareció que el mundo se había detenido y solo estaban ellos dos allí. Cuando se casó supo que él era un hombre guapo, que estaba haciendo un buen matrimonio, que necesitaba casarse debido al escándalo, se sintió aliviada de que él hubiera aceptado el trato. Sin embargo, nunca imaginó escuchar eso de él. Saber que él pensaba eso fue un alivio.

Lord Anthony también miraba encantado a su esposa, al principio no quería casarse, se casó por el escándalo, nunca se imaginó atado a una mujer. Luego quedó encantado por la belleza y la elegancia de encontrarse con la novia tranquilamente, en una habitación luminosa. Estaba sorprendido por su condición, estaba aterrorizado de que fuera a morir y ahora estaba encantado por su inteligencia.

"Esta es verdaderamente la mujer con la que quiero compartir mi vida, tener hijos y envejecer. Un escándalo nos unió y nada podrá separarme de él..."

Por un momento la pareja se miró como si el mundo se hubiera detenido y se vieran por primera vez. Lord Anthony lentamente extendió la mano sobre el mantel y tocó una de las manos de su

esposa que descansaba sobre la mesa. Acarició con cariño esa delicada mano enguantada y mirándolo a los ojos dijo suavemente.
— Sé mi verdadera mujer y permíteme la oportunidad de enamorarte de mí en nuestra luna de miel... Apuesto a que al final querrás escribir tu primera novela contando nuestra historia.

Beatrice sintió mariposas en el estómago, sus ojos brillaron de manera inexplicable, le dedicó una sonrisa tímida.
— ¿Entonces? ¿Qué dices sobre este nuevo acuerdo? — Le preguntó su marido mirándola a los ojos mientras acariciaba sus nudillos enguantados.

— Yo... acepto.

Ella habló y sonrió tímidamente. Luego bajó la cabeza y regresó con una sonrisa seductora y apasionada. Así, pronto regresaron al hotel.

Capítulo 19

Ya era tarde cuando Lord Anthony y Beatrice subieron a un coche de alquiler en dirección al hotel donde se alojaban. Dentro del vehículo, sentado uno al lado del otro, con Beatrice mirando a través de la puerta de cristal las románticas y turísticas calles de Bath, su marido sintió una ligera tensión en el aire. La joven estaba realmente feliz, pero al mismo tiempo tensa. Regresaban al hotel y muy probablemente esa noche sería su noche de bodas.

Lord Anthony acarició la mano enguantada de su esposa que descansaba sobre su regazo, luego se la llevó a los labios y la besó lentamente, sujetándola por las puntas de sus delicados dedos. Luego, habló en voz baja, mirándola a los ojos allí dentro de ese carruaje.

— No hay necesidad de estar tenso... Soy un hombre adulto y no un adolescente apresurado. Sé esperar el tiempo de una mujer...

— Es muy reconfortante escuchar eso... por nuestra conversación en la panadería pensé que esta noche era sin lugar a dudas nuestra noche de bodas. — Habló torpemente, mirándolo a la cara y luego bajando la cabeza avergonzada.

Anthony la miró apasionada y seductoramente. Luego, lentamente, acercó su boca a la oreja de su esposa.

— Tal vez sí… tal vez no… dejemos que las cosas pasen… Todo dependerá de mi hermosa y adorada esposa virgen…

La forma gentil y al mismo tiempo sensual que le susurró al oído hizo que a Beatrice se le pusiera la piel de gallina, sintió un escalofrío que recorrió desde el dedo del pie hasta el último mechón de cabello en la nuca. Nunca había sentido algo así, como si fuera un escalofrío y un calor que venía de dentro. En ese momento estuvo segura de que realmente quería convertirse en su esposa esa noche. Sería suficiente dar la señal mínima que él, en su experiencia como ex libertino, probablemente entendería.

El gong dio las seis cuando la pareja entró al vestíbulo del hotel. Se podía ver el movimiento de los invitados que regresaban. En su mayoría parejas que regresaban de una variedad de recorridos, Bath era una ciudad que ofrecía recorridos por el hermoso Parade Garden y sus jardines, teatro, recorridos por aguas termales, entre otros. La cena estaba por comenzar a servirse en el salón, pero ya se podía notar que la mayoría de las damas estaban subiendo las escaleras que conducían a las habitaciones del piso superior. Probablemente se refrescarían, cambiarían su ropa de día por un vestido de noche y regresarían al salón de baile del hotel de manera glamorosa.

En cuanto a los caballeros, algunos subieron junto con sus damas, considerando que la cena estaba servida a las ocho y aún faltaban dos horas. Otros permanecían en la sala, hablando con

hombres que fumaban cigarros, bebían whisky y discutían sobre política. Algunas mesas, en ausencia de las respectivas damas de los caballeros, se transformaron en un verdadero club de hombres. Parecía como si una extensión de White se hubiera movido momentáneamente a esa mesa.

— Son las seis y todavía faltan dos horas para que sirvan la cena, ¿verdad?

Preguntó Beatrice con timidez, no sabía si su marido tenía intención de subir a su habitación con ella o si ella iba a subir sola, cambiarse de ropa de día y bajar a cenar con él esperándola. Había sido así desde que llegaron, pero parecía que todo se había vuelto diferente después de la conversación que tuvieron en la panadería. No pudo evitar sentir un ligero nerviosismo, un ligero malestar, como si no supiera cómo comportarse con él de ahora en adelante. Especialmente esa noche, aunque dijo que sabría esperar, pero ¿y ella? ¿Querías esperar? Lord Anthony había notado este cambio y mentalmente se prometió que a partir de entonces haría todo lo posible para que ella se sintiera cómoda y disfrutaran de esta nueva etapa juntos. Después de todo, lo que menos quería en ese momento era incomodar a su esposa…

— Sí querido. Si lo desea, puede subir las escaleras para ponerse un vestido apropiado para la cena, tal como lo hacen las otras damas. Supongo que este ruido excesivo de las faldas al moverse se debe a esto. —Habló con buen humor. Mientras estaba allí en el vestíbulo, todavía del brazo, la miró a la cara.

— ¿Qué pasa contigo?

—No te preocupes por mí, cariño. Descansa, hazte el baño despacio y yo me quedaré aquí en el salón, charlando. Me uniré a un pequeño grupo de caballeros presentes aquí. Quiero verla bajar a cenar luciendo espléndida más tarde. Los pondré celosos a todos.

— Está bien, eso… cariño. — Ella misma se sorprendió al decir la palabra y ambos se sonrieron al darse cuenta.

Beatrice subió las escaleras elegantemente, sujetando las faldas de su vestido y con Lord Anthony admirándola desde atrás sin que ella se diera cuenta. El hombre eligió un círculo de caballeros con conversaciones amistosas, aceptó un cigarro ofrecido por uno de ellos y se divirtió. Eran casi las ocho de la noche cuando Beatrice bajó al vestíbulo.

Cuando esa joven pelirroja bajó al pasillo, vestida con un vestido de seda morado, llamó la atención. El vestido tenía un escote proporcional, nada demasiado escandaloso, más el contraste de esa piel blanca con la seda morada. Además de la belleza del vestido acompañado de unos guantes de seda blancos que llegaban hasta la mitad de los brazos. Sobre su regazo blanco lleva un collar de oro formado por una sola piedra, un zafiro. La piedra de tus ojos azules. Las damas la envidiaban, los caballeros la codiciaban y miraban a Lord Anthony con envidia. Mientras la joven movía discretamente la cabeza de un lado a otro tratando de identificar en qué mesa se encontraba su marido. Luego, lo vio saludar discretamente y cruzó la habitación hasta la mesa. Lord Anthony estaba solo en una de las mesas redondas, pero colocado en un rincón más discreto, donde la iluminación de los candelabros llenos de velas del techo no era tan evidente.

— Ha llegado mi bella esposa, escritora. — Lord Anthony se levantó, se dirigió a la silla frente a él y jaló a la joven para que se sentara. Luego regresó a su asiento.

— Eres una coqueta. Cosas de libertino.— Dijo sonriendo la joven, mientras se sentaba y lo miraba.

— Ex libertina, querida, porque ahora sólo tengo ojos para una bella dama que, por cierto, llegó al salón matando mujeres por envidia de ella y hombres por envidia de mí. — Tomó tu mano de la mesa y se la llevó a los labios. Besándola justo después de decir el coqueteo.

—¿Champán? — Hizo una señal para llenar un vaso para dárselo a su esposa.

— Um... No suelo beber, estoy demasiado débil para beber...

— Entiendo. Luego llenamos los vasos para brindar y solo tomarás un sorbo o dos.

Se llenaron los vasos, los novios alzaron sus copas y brindaron. Beatrice sintió una emoción diferente cuando vio los dos vasos en alto, con la luz de las velas del candelabro sobre la mesa brillando sobre ellos y escuchó hablar a su marido.

— Un brindis por el amor, un brindis por nosotros.

Beatrice tomó dos sorbos de la copa de champán según lo acordado, nada que la emborrachara o la diera aire, solo una ligera relajación como Anthony había anticipado. Entonces, se bebió el resto del champán, que no lo emborracharía ni remotamente, debido a su resistencia al alcohol adquirida a través de atracones pasados. Esto relajó a la joven y la cena fue muy placentera para ambos. Entre coqueteos y preguntas, hablaron de distintos temas, pero principalmente del deseo de la joven de convertirse en escritora.

— ¿Y textos separados? ¿Ya tienes alguno? ¿Ya se lo has mostrado a alguien?

— ¡Sí, claro! Pero aún no se los he mostrado a nadie, de hecho están ocultos sólo yo puedo leerlos, por eso no me separo de ellos.

— Que curioso… ¿y si alguien lo encuentra por casualidad? ¿Una criada, su hermano, el conde?

— No lo tendrán fácil. Vinieron conmigo desde Escocia en una maleta de cuero marrón y no suelo desprenderme de ella, pero por las circunstancias se mantuvieron bien escondidos en casa de Emily. No pensé que sería conveniente traerlos a la luna de miel... ¿Pasará algo y los perderé?

La conversación fue tan amena que ni siquiera notaron el paso del tiempo, la mayoría de las mesas estaban vacías. Luego, cuando Lord Anthony miró la hora en su reloj de bolsillo, vio que eran casi las diez y que su esposa ya no parecía cansada ni tensa.

— La cena fue tan maravillosa que no podíamos esperar a esperar. Son las diez en punto,

¿puedes creerlo? Ya casi es hora de que una pareja que no va a salir a un evento nocturno se vaya a dormir...

— O al menos subir a la habitación...

Beatrice completó su declaración sobre las parejas con una sonrisa pícara. Lo que dos sorbos de champán no pudieron hacer... Lord Anthony entendió el mensaje.

—Tienes razón, cariño. Hagamos lo siguiente: Sube primero, prepárate para dormir y yo saldo unas cuentas en la recepción del hotel y subo después. — dijo mientras le acariciaba la mano y la miraba a los ojos con coquetería.

— ¡Está bien!

Así, ambos entendieron el mensaje del otro y aunque la joven se sentía nerviosa como toda doncella en su noche de bodas, subió las escaleras satisfecha. En la certeza de lo que sentí y lo que quería para esa noche tan especial.

Entonces, cuando llegó a la habitación, se lavó y eligió un hermoso camisón con detalles de encaje blanco en puños y cuello. Apagó la vela, dejando la habitación sólo bañada por la luz que entraba por la ventana la noche de primavera y esperaba ansiosa a su marido.

Capítulo 20

La puerta del dormitorio se abrió lentamente, Beatrice recostada en la cama, con las sábanas subidas hasta el cuello, sintió un agradable escalofrío en el estómago. Anthony finalmente había llegado, le provocó una mezcla de sentimientos: cierto miedo, emoción, expectativas...

Entró con pasos ligeros y lentos, pero sabía que ella lo esperaba despierta y que esa sería su noche de bodas. Sin embargo, quería que las cosas sucedieran de la forma más natural posible para que esa noche tan especial en la vida de una mujer permaneciera en la memoria de su esposa para siempre.

Beatrice, con los ojos ya acostumbrados a la oscuridad, podía verlo claramente. De hecho, la habitación no estaba completamente a oscuras; a través de las cortinas entreabiertas, la luz de la luna creaba una penumbra romántica y excitante. Su corazón latió aún más rápido cuando vio su figura alta y atlética, quitándose el abrigo y parándose en el sillón del antesala , abriendo la camisa en los puños y parte del pecho. Luego, cruza la habitación en silencio y siéntate lentamente en el borde de tu cama. Luego, todavía sentado a su lado, le llevó la mano a la cara y la acarició.

— Prometo hacer de esta noche la más hermosa de todas las noches de tu vida. De nuestras vidas.

— Yo… nunca hice algo así. — Dijo nerviosamente.

— Bueno... no lo sé. Yo tampoco lo hice nunca...

— ¿Cómo? Tú nunca...

—Quiero decir que nunca me he casado, nunca he desvirgado a una doncella. Entonces...

Habló mientras acariciaba los contornos de su rostro redondo y delicado. La joven cerró los ojos y sintió el toque de esa mano varonil en su rostro. Luego se quitó lentamente la camisa blanca, dejando al descubierto su pecho musculoso y sin pelo. La joven nunca había visto a un hombre sin camiseta, su respiración se alteraba y su rostro estaba sonrojado, lo que las sombras ocultaban. Anthony, después de acariciar el rostro de su esposa, bajó lentamente las manos, acariciando los contornos de su cuerpo sobre la sábana. Hasta llegar a su pie levantó un poco la sábana y vio que había encontrado un hermoso pie, delicado, suave y rosado. Bajó la cara y besó la parte superior de su pie, luego su delicado tobillo. Luego, lentamente se quitó el pantalón, dejándolo en ropa interior, levantando un poco la sábana que la cubría y acercándose a ella en la cama, abrazándola.

— ¿Sabes ya de dónde vienen los bebés? — Le preguntó suavemente al oído.

Ella sonrió nerviosamente y habló en voz baja con la cabeza escondida en el hombro. Además de que ayuda la tenue luz de la habitación.

— Sí… digamos que junto con mi hermana menor, he estado escuchando subrepticiamente algunas de las conversaciones de las sirvientas…

— Mmm… interesante. — Habló mientras estaban acostados de lado en la cama, uno frente al otro con sus cuerpos apretados, él cariñosamente sostuvo su barbilla mirándola a los ojos.

Quería perderse en la inmensidad de esos dulces ojos azules como el mar. Quería entregarse a los misterios de esos brillantes ojos verdes.

Anthony mordisqueó un suave lóbulo de la oreja de Beatrice, ella sintió un agradable escalofrío como nunca antes. Luego bajó un poco más y suavemente colocó sus labios sobre los de ella, esos labios rojos que le recordaban a un corazón y parecían tener la dulzura de una fresa.

Ese fue el primer beso de la joven, sintió mariposas en su estómago al sentir esos cálidos y suaves labios presionando contra los suyos, luego una lengua caliente y audaz entrando lentamente en su boca y explorando sus entrañas. La sensación la encontró diferente, pero maravillosa, los movimientos de su lengua la encantaron y la hicieron seguirlo instintivamente con su lengua inexperta. A partir de entonces, las cosas poco a poco se volvieron más atrevidas...

Anthony desabrochó los botones de la parte posterior del camisón de seda blanco de su esposa y se lo bajó suavemente. Mientras tiraba, repartía besos y pasaba su lengua por cada parte que era visible: la suave curva del cuello, los delicados hombros. Esto hizo que Beatrice, con los ojos cerrados, disfrutara de ese momento de cariño y deseo. Hasta que sintió su boca llegar a sus pechos y él se detuvo, prestando especial atención a esa zona de su regazo. Ella lo sintió pasar su lengua en círculos alrededor del pezón erecto y rosado, luego comenzó a chuparlo, mientras con la otra mano acariciaba y hacía movimientos circulares sobre el pezón del otro seno libre. La joven instintivamente abrió las piernas y arqueó el cuerpo hacia atrás. Aprovechó el momento y se metió entre sus piernas. Presionando su duro miembro contra su sexo. Eso le hizo sentir un fuego, una inquietud, una agradable suavidad, algo que venía de dentro y que no podía explicar.

— Anthony… — Murmuró con los ojos cerrados, como pidiendo algo, necesitando algo más que ni siquiera ella sabía qué era.

— Mi dulce esposa... al principio puede que te duela un poco, pero seré tan gentil que el dolor será mínimo y pronto pasará. — Le susurró al oído y ella estuvo aprensiva por unos segundos. Fue una mezcla de sentimientos y sensaciones.

Sucedió exactamente como se prometió. Beatrice sintió que, acostada en la cama encima de ella, con la sábana cubriendo parte de su pudor que aún la avergonzaba, sentía a su marido, con su cuerpo pegado al de ella bajo la sábana, guiar algo cálido y erecto con una de sus manos, presionándolo contra su abertura entre tus piernas. Sabía que no debía resistirse, era su papel de esposa en su noche de bodas. Además, ella quería eso, no tenía sentido resistirse, sino dejarse guiar por su experimentado marido.

Al principio sintió una ligera resistencia a pesar de que abrió las piernas y él ya intentaba penetrarla. Pero, minutos después, sintió el órgano caliente, suave y viril penetrar lentamente en sus entrañas, como si poco a poco fuera invadiéndola, llenándola por dentro. El dolor fue mínimo, cuando apenas intentó un leve grito, sintió los labios de su marido tomar su boca, dándole un cálido beso , lo cual la distrajo y relajó y el acto fue completo. Por unos minutos permaneció quieto dentro de ella, como esperando que algo se dilatara, que ella se acostumbrara a algo dentro de ella. Sintió un calor, una sensación de que algo latía en sus entrañas que dejó su rostro ardiendo, pero asombrada por la sensación.

A partir de ese momento comenzó con ligeros movimientos rítmicos que se fueron acelerando a medida que lograba profundizar más y ella respondía cálidamente a los besos en la boca que le daba su marido. Luego, su respiración se volvió dificultosa, su rostro se puso muy rojo, el fuego dentro de ella creció. Entonces ella explotó en un estado de éxtasis.

— Antho ... Anthony... es tan...

— ¡Qué rico, querida! Esto lo sé y de ahora en adelante lo sabrás cada noche hasta que te enamores de mí...

Luego, se abrazaron fuertemente y el mundo explotó en el colmo del placer...

Capítulo 21

Cuando Beatrice se removió en la cama y abrió lentamente los ojos, vio que a pesar de las cortinas cerradas, podía ver a través de una abertura que el sol ya había salido. Debían ser alrededor de las nueve de la mañana. Se asustó al darse cuenta que estaba desnuda bajo la sábana blanca, incluso metió la cabeza debajo de la sábana para ver. Le vinieron a la mente las escenas de la noche anterior y pensó que era un sueño, un sueño embarazoso y placentero. Pero el hecho de que ella se desvistiera y, además, encontrara una pequeña mancha de sangre a su lado en la sábana blanca que cubría la cama, le demostró que todo era muy real.

La joven, con el rostro ardiendo, miró hacia un lado, no vio a su marido, sino que vio un montón de ropa tirada alrededor de la cama. La ropa que usó durante la cena, su camisón de encaje, estaba toda extendida junto a la cama. Señal de una *noche muy ocupada.* Ella ya tenía una noción de lo que pasaría entre ambos, si el matrimonio se consumaba, pero nunca pensó que sería algo tan abrumador, donde la línea entre la dulzura y la pasión salvaje era algo tan delgada…

"Anthony… no está aquí a mi lado… ¿A dónde habrá ido? Pensé que nos despertaríamos juntos... De todos modos, pediré mi desayuno en la habitación, estoy cansada y hambrienta".

Aunque se sintió un poco decepcionada al no encontrarlo a su lado cuando despertó, amanecieron juntos. Entonces pensó que era mejor así, tal vez al principio se sentiría avergonzada al despertar y mirarlo a la luz del día, recordando todo lo sucedido durante la noche. Entonces Beatrice tocó el timbre para llamar a la criada con el desayuno. Antes de que llegara la criada, se levantó de la cama, con solo la sábana cubriendo el frente de su cuerpo e hizo una señal para tomar su camisón. En ese momento la puerta se abrió rápidamente y ella se asustó en segundos al ver lo que era.

— ¡No te atrevas a ponerte la ropa, querida! Somos una pareja de luna de miel. Salgo de la habitación para sorprenderlo. Tu cafe en la cama

—¡Anthony! ¿Cómo te atreves? No tengo ropa. — La joven volvió corriendo a la cama, se acostó y se cubrió con las sábanas hasta los pechos.

— Lo sé... y cuando entré pensé que estaba viendo a la mismísima diosa Afrodita, parada con la espalda y el trasero desnudos junto a la cama...

— Anthony… me das vergüenza…

Deberíamos avergonzarnos de no haber comenzado nuestra verdadera luna de miel tan pronto como llegamos a Bath. Ahora, querida, necesitas reponer energías. Los necesitarás...

Mientras hablaba, se sentó en el borde de la cama, colocó la bandeja en su regazo y le dedicó una sonrisa pícara, tomando una hermosa fresa roja de la bandeja y acercándola a su boca. Beatrice abrió la boca y lentamente dio un mordisco a la fruta, con sus ojos azules fijos en los de él. Algo que Lord Anthony encontró súper sexy y encendió en él un antojo matutino. Hasta el punto en que sintió salir su erección debajo de sus pantalones.

La bandeja de café estaba bien servida, con pan, queso, mermelada, fruta de temporada y té. A pesar de tener hambre, la joven comió bien, pero no todo. Incluso le preguntó a su marido si ya había tomado café y si quería compartir la bandeja.

—Ya tomé mi café. Mi hambre ahora es por ti. — Habló con voz ronca y abriéndose la camisa. Mientras la miraba fijamente, Beatrice captó el mensaje.

Lord Anthony, ahora sin camisa, sentado en el borde de la cama, se acercó a ella, quien estaba sentada en la cama con la espalda apoyada en la cabecera y la bandeja en su regazo. La

besó en la boca, mientras con la otra mano le desabrochaba los botones del pantalón, deshaciéndose de ellos. Luego tomó la bandeja de su regazo y la acercó a un lado de la cama, que era enorme. Beatrice ya entendía algo sobre la práctica del amor entre cuatro paredes. Ella se deslizó de la cabecera, recostándose boca abajo en la cama, mientras él la besaba lleno de deseo y encajado entre sus piernas.

La joven quedó asombrada al notar como esta vez el miembro, tan duro como la noche anterior, entró con facilidad, sin dolor al encontrar su húmeda abertura entre sus piernas. Ella, ahora una verdadera mujer, no sintió ningún dolor, al contrario, llena de deseo, levantó las piernas y envolvió con ellas a su marido a la altura de su espalda. Entonces, en ese ida y vuelta y besos húmedos, alcanzaron un clímax en segundos y su silencio estalló. De hecho, su mundo explotó. Sintió a su marido temblar en sus brazos y el líquido tibio que salía de él en esos momentos, su semilla, regaba sus entrañas. Dejándola plena, satisfecha.

Así, después del torbellino de sensaciones, los dos permanecieron abrazados en silencio, disfrutando del agradable calor del otro. Hasta que Lord Anthony acarició la frente de su esposa, colocando un mechón de rizos rojos en su lugar y acariciando el resto de su cabello.

— ¿Estás feliz?

— Mucho... cuando hacemos el amor es como si el mundo se detuviera... y en los momentos finales es como si el mundo explotara con repiques de campanas y confeti. No sé cómo explicar...

— Este tipo de cosas no se pueden explicar, siéntete libre, querida...

— Ahora sé en la práctica de dónde vienen los bebés... y es maravilloso...

— ¿Le gusta? Podemos practicar todos los días hasta que llegue el primero de varios...

Cuando su marido habló, los ojos de Beatrice se abrieron como platos, fue como si una luz se encendiera dentro de su cabeza y despertara en algo que nunca había pensado. Ella seguía abrazándolo de costado sobre la cama, se alejó un poco, levantó su cuerpo sobre uno de sus codos y lo miró asustada.

— Anthony.... Yo... No quiero quedar embarazada ahora... Quiero escribir mi primer libro primero...

— Entonces, sugiero que mi esposa se apresure a juzgar. Porque no podré alejarme de ti ni una noche, ni mucho tiempo y apuesto a que tú tampoco quieres eso...

— ¡Convencido! — Ella hizo un puchero y le dio unas palmaditas en el brazo, fingiendo estar molesta.

Capítulo 22

Días después...

Ya hacía una semana que estaban en el hotel, de esos ocho días sólo cuatro los habían pasado en una auténtica luna de miel. Considerando que la luna de miel duraría quince días, no estaban lejos de abandonar Bath y regresar a la vida normal en Londres. Beatrice estaba radiante de felicidad, incluso su piel adquirió aún más luminosidad, su sonrisa y sus ojos aún más brillantes. Anthony también compartía esta felicidad, así como un deseo visual por su esposa. Para su satisfacción, él también sentía lo mismo por él. Al principio ella comenzó con timidez cuando él inició el acto, pero en cuanto el deseo se encendió dentro de ella, lo siguió con placer. Para su marido, ya ni siquiera salían de la habitación, simplemente hacían el aseo, la higiene personal, pedían comida en la habitación y se acostaban nuevamente. Beatrice no se quedó atrás, pero temía que parecieran demasiado *atrevidos* y provocaran que se dijera algo. Me sentí como si estuviera viendo cómo los malditos periódicos de chismes de Londres informaban sobre ello.

" *Cierta pareja de recién casados, formada por un señor El ex libertino y su joven, que fueron a pasar su luna de miel a Bath, no salen de su habitación ni siquiera para comer. Imagínate disfrutar de los eventos de la ciudad..."*

Así, la joven animó a su marido, en algún momento del día, a acudir al salón y hablar con los grupos de caballeros como hacía él nada más llegar al hotel. En cuanto a eventos, asistían a muy poco, sólo a algo sentían la necesidad de ser vistos y evitar noticias o chismes maliciosos. Después de todo, eran una pareja objetivo, su matrimonio fue el resultado de un escándalo, las chismosas de Londres todavía acechaban como buitres.

Beatrice estaba tan feliz que sintió que era hora de empezar un nuevo proyecto y aprovechó el breve tiempo que su marido se reunió con los caballeros en el salón del hotel para empezar a tomar notas en una libreta que traía consigo. Al fin y al cabo, ningún escritor deja un cuaderno para anotar ideas y con ella no sería diferente. Si bien su tiempo a solas fue breve, máximo dos

horas, durante este lapso tomó algunas notas en el cuaderno y lo escondió en cuanto su marido regresó a la habitación buscándola ansiosamente y ella también lo recibió llena de ganas. Nunca imaginó que sentiría así por un hombre, cómo sería este tipo de felicidad. Ya estaba empezando a estar de acuerdo en que Richard había hecho lo correcto cuando la envió contra su voluntad a esa temporada social en particular.

Ya era tarde cuando Richard entró en la habitación. Beatrice, que estaba escribiendo, tomó su libreta y la escondió discretamente en el cajón del tocador. Así que fingió estar sentada frente al espejo de tocador, cuidando su apariencia sin la ayuda de una de las camareras del hotel. Existía tal servicio, pero desde que dejó su Mag en la casa de Emily en Londres, nunca había necesitado solicitar los servicios de uno. Anthony se dirigió hacia ella, que permaneció sentada. Se acercó a ella por detrás, la besó en el cuello y luego miró el rostro de su esposa reflejado en el espejo mientras le masajeaba los hombros.

— Veo que estás cuidando tu apariencia, querida. Ya eres hermosa y quieres poner aún más celosas a las otras mujeres.

— Que exageración... pero es genial saber que tengo un marido que está lleno de galantería hacia mí. — Ella sonrió y levantó la cabeza para encontrarse con su mirada.

—Escuche, el conde de York y su condesa nos han invitado al teatro esta noche. Se proyectará una obra especial y nos quedaremos en su palco privado — El hombre mostró el par de boletos frente a sus ojos.

— Hmm… No esperaba eso, pero aun así es interesante. Un teatro siempre es algo agradable y de buen gusto.

— Confieso que preferiría que nos quedáramos aquí, en la intimidad de nuestra habitación, disfrutando de los placeres del amor. Sin embargo, no quiero rechazar la invitación de viejos amigos de mis difuntos padres.

Beatrice, por si acaso, había traído un par de vestidos de gala para este tipo de ocasiones. Aunque naturalmente el foco de los recién casados en su luna de miel no era precisamente ir a bailes y estar rodeados de gente. La joven abrió uno de los baúles, sacó los dos vestidos y los colocó sobre la cama. Eran dos hermosos vestidos, uno azul turquesa y otro rojo sangre. Miró con incertidumbre los dos vestidos. Todavía se tapó la boca con la mano y reprimió una pequeña sonrisa, pensando que cuando estuviera soltera nunca podría usar un color tan llamativo como el rojo, ya que las mujeres solteras siempre vestían colores brillantes en bailes y eventos. Emily se sorprendería si la viera pedir ese vestido en ese color. El caso es que formaba parte de su *ajuar* confeccionado apresuradamente y la duquesa ni siquiera se dio cuenta. Finalmente, tras elegir cuál usaría, recurrió a los servicios de una mucama personal del hotel para que la ayudara a arreglarse, cuidar su cabello y maquillarse, ya que la ocasión requería más pompa.

Eran las siete de la noche cuando Lord Anthony, después de que la pareja ordenara la cena en su habitación para ganar tiempo, se vistió elegantemente para ir al teatro. Camisa de seda blanca, pantalón negro, sobre un abrigo negro y sombrero de copa en la cabeza. Luego salió de la

habitación para que su esposa pudiera vestirse en privado y sin que un hombre la apurara. En el fondo no quería verla desnuda cambiándose de ropa, porque entonces sería difícil no insultar a los duques de York.

Cuando Lord Anthony regresó a la habitación para buscar a su esposa, quedó encantado con lo que vio. Era la primera vez que veía a su esposa vestida con tanta elegancia, pero al mismo tiempo con tanta audacia. Beatrice llevaba un vestido de seda rojo sangre, el gran escote sugería gran parte de sus senos redondos y turgentes, parecían listos para saltar de su escote. Los guantes de seda negros llegaban hasta la mitad del brazo, una especie de chalé negro, a juego con los guantes, pasaba sobre los hombros, como para hacer el escote por momentos más discreto. Cabello rojo recogido en lo alto de su cabeza en un moño y una tiara plateada que Emily le había regalado. Tan pronto como entró, la sorprendió parada mirándose frente al espejo, la abrazó fuertemente por detrás, tocándole el trasero y le habló al oído.

— Creo que nos vamos a burlar del Conde y la Condesa de York, solo siéntelo...

Habló con picardía, haciéndola sentir la presión. También afectó a Beatrice, pero no pensó que fuera correcto hacerle eso a la pareja de ancianos que intentaba evitar su aburrimiento con compañía más joven por solo una noche. Además de toda la producción que había realizado para preparar el evento nocturno.

Llegaron al teatro, presentaron sus entradas y fueron conducidos al palco del Duque de York. Era un palco bien ubicado, con una vista privilegiada del público y de la obra. Era una obra de Shakespeare. Beatrice se sentó al lado de la duquesa y le regalaron unos binoculares, Lord Anthony se sentó al lado del duque que lo conocía desde que era un niño, pero que no se habían visitado en persona durante mucho tiempo. Últimamente, el duque afectado de gota pasó más tiempo en Bath usando sus aguas termales con la esperanza de una cura aquí que en Londres.

Beatrice disfrutaba del teatro y de la obra. De hecho, ella fue la sensación de la noche, desde que llegó al teatro del brazo de su marido y aquel vestido escarlata. Esa noche ella no era precisamente una dama de belleza angelical, sino una dama pelirroja de belleza seductora, más adulta, más femenina... los novios, sentados aparte, disfrutaban de la obra, pero no dejaban de mirarse. otros siempre que podían. Su marido parecía querer devorarla con los ojos en cada mirada y ella sentía un fuego dentro de ella con cada mirada que él miraba. No sabía si unos sorbos de champán que había aceptado de una copita ofrecida por el anfitrión estaban provocando todo eso o la pasión y el deseo se apoderaban de ella una vez más. El caso es que al final del primer acto ambos coincidieron en que la joven sentía cierto malestar y que debían abandonar el teatro rumbo al hotel. La anciana pareja de duques estaba preocupada e incluso les ofreció su carruaje privado para llevarlos al hotel. Pero Lord Anthony dijo que no era necesario, que alquilarían un carruaje cerrado y así lo hicieron.

— Hasta la pensión Parade Park . — Lord Anthony habló tan pronto como entró en el carruaje, junto con Beatrice.

— ¿Tiene usted prisa, milord?

— No... se puede ir a paso normal, con los caballos al trote, así podremos ver las calles de Bath en la calma de la noche, sin tantos turistas.

— ¡No, mi señor! —

El cochero dio una palmada a las riendas y puso los caballos en movimiento. Lord Anthony, que quería *admirar* las calles de Bath, cerró las cortinas del carruaje y habló al oído de Beatrice quien, sentada a su lado, acurrucada disfrutando de su calor, se quedó sin palabras al ver su gesto.

— Ahora, Mileide, sabrás por qué no es aconsejable que las damas viajen con un caballero en un carruaje cerrado, sin acompañante. — Le susurró al oído y ella entendió la insinuación. Simplemente no predijo exactamente lo que podría pasar...

Allí, dentro del carruaje con las cortinas cerradas, la pareja comenzó a besarse, intensificándose el beso con vehemencia. Beatrice lo abrazó por el cuello, alborotándole el cabello pasando sus dedos por los mechones negros. Anthony besó su suave cuello, acarició todo su cuerpo con las manos sobre su vestido. Hasta que metió una de sus manos debajo de tu vestido y encontró la entrada a tu ropa interior. Allí introdujo dedos experimentados y hábiles y comenzó a acariciar con su pulgar esa pequeña protuberancia en el centro que provocaba el verdadero placer de la mujer. Esto era nuevo para Beatrice. Luego, aún sin ser penetrada, la joven empezó a ponerse lánguida, respirando pesadamente, sentándose allí junto a él, sosteniéndose. Al darse cuenta de esto, Lord Anthony tomó una actitud más atrevida y ciertamente los sorbos de champagne ayudaron a Beatrice a acompañarlo en este empeño.

Lord Anthony se llevó el dedo índice a la boca e hizo una señal de silencio a su esposa, indicándole que tendría que ser muy discreta en sus emociones. Luego abrió los botones de su pantalón, dejando al descubierto su miembro erecto. Entonces, la agarró por la cintura y la ayudó a levantarla y colocarla en su regazo frente a él. Beatrice ya estaba mojada, con tantas ganas que no habían hecho más que aumentar desde que subieron al carruaje. Esto hizo que el miembro penetrara fácilmente dentro de ella y ambos se abrazaran. A partir de entonces comenzó un festival de besos calientes , mordiscos en los lóbulos de las orejas, acariciando con la boca los pechos de pezones erectos. El trote de los caballos sólo marcaba el ritmo de la pareja, quienes no necesitaban hacer nada al respecto, sólo debían dejar sus cuerpos libres para seguir el ritmo al que conducía el carruaje.

Cuando llegaba a dos cuadras del hotel, la situación se volvió insoportable para Beatrice, quien aumentó su frecuencia respiratoria, sujetó con fuerza el cuello de su marido, arqueó la cabeza hacia atrás al mismo tiempo que Lord Anthony y rápidamente le tapó la boca con la mano. La cima del placer había llegado para ella y no tenía la experiencia suficiente para reprimirlo o posponerlo. Vio con placer cómo sus ojos azules se abrían al mirar los de él, un gemido ahogado salía de su boca tapada, no escuchado por el cochero, y sus músculos internos se tensaban involuntariamente sobre su miembro aún erecto.

Luego de eso, pasada la euforia que duró segundos, pero que parecieron horas para quienes la sentían, el cuerpo de su esposa se fue relajando, suavizándose, su respiración se calmó y ella

seguía sentada en su regazo, frente a él, apoyando su cabeza. en su fuerte pecho. La abrazó con fuerza contra su pecho, le acarició el cabello y le habló suavemente al oído.

— Qué mujer tan maravillosa tengo. Ahora descansa tranquilamente en mis brazos y continuaremos hacia el hotel....

Capítulo 23

— Anthony… ¿no es escandaloso que dejáramos la obra a medio terminar y nos volviéramos a encerrar en la habitación del hotel?

De pie junto a la cama, con los brazos alrededor del cuello de su marido y todavía vestida con su vestido de fiesta, preguntó preocupada la joven. Lord Anthony llevó su mano a la delicada barbilla de la joven, la sostuvo y la miró a los ojos con una sonrisa seductora.

— Es un escándalo que una pareja en luna de miel no pueda satisfacer el deseo que sienten el uno por el otro.

Anthony la abrazó aún más fuerte y capturó esos dulces y carnosos labios rojos con su boca. Un beso que empezó tierno, pero se convirtió en un beso apasionado y acalorado . Mientras la besaba, sus manos experimentadas desabrocharon la parte trasera del vestido de su esposa, que pronto cayó sobre sus hombros y cayó al suelo. Ahora le llegó el turno al corsé que empezó a tirar de los hilos que lo tensaban y que experiencia tenía en desatar nudos del corsé...

El beso entre ellos no cesó y las experimentadas manos del hombre continuaron con su misión de dejar a su esposa completamente desnuda allí junto a la cama y con todas las velas de la habitación encendidas. Beatrice, animada por la química entre ambos y dos míseros sorbos de champán, no pareció mostrar ninguna timidez de principiante. Hasta que la joven quedó completamente desnuda, frente a él, ambos de pie junto a la cama. Retrocedió dos pasos y durante unos minutos permaneció con los ojos entrecerrados contemplando aquella visión del paraíso. Ella no se dejó intimidar, continuó con los hombros y la cabeza en alto, su elegante postura le devolvía la mirada. Los ojos azules brillaron, siguiendo la boca llena y entreabierta de deseo.

Anthony se acercó a ella nuevamente, sostuvo su rostro redondo y suave con ambas manos y le dio otro beso apasionado en la boca. Luego bajó la boca y besó su cuello suave, delgado y blanco, dejando un rastro de besos por sus hombros, mientras sus manos recorrían las curvas redondeadas de su cuerpo desnudo. Un cuerpo suave, piel blanca, curvas redondeadas en forma de violín. Un violín dulce y sensual...

Beatrice, con los ojos cerrados y respirando pesadamente, respondió al abrazo de su marido y sintió su respiración aún más dificultosa y su corazón acelerado cuando sintió su boca posarse sobre uno de sus pezones y chuparlos con avidez. Al mismo tiempo, unas manos fuertes apretaron sus nalgas redondas y firmes. Instintivamente abrió las piernas y su marido se encajó en ellas y envolvió sus brazos firmemente alrededor de su espalda. La joven pensó que la iban a levantar y colocar en la cama junto a ella, como otras veces, pero el ambiente entre la pareja esa noche era diferente.

Anthony lo levantó, pero rápidamente en lugar de ir a la cama, miró el tocador que también estaba relativamente cerca. Al acercarse al mueble, usando el codo de uno de sus brazos, abrió

espacio entre cosméticos y perfumes, algunos de los cuales cayeron al suelo y la depositaron sentada justo encima del tocador. Entonces él se metió entre sus piernas abiertas y la penetró profundamente.

El hombre no encontró resistencia alguna, debido a la humedad y clima de deseo que ya se estaba apoderando de su esposa. Entonces, con ella sentada allí en ese mueble y él parado entre sus piernas, comenzaron movimientos rítmicos sin tiempo para terminar. Besó su boca, Beatrice respondió apasionadamente mientras sus delgados dedos le revolvían el cabello, mientras con entusiasmo sostenía su cabeza, respondiendo al beso en igual medida. Su boca descendió hasta sus pechos y se quedó aún más sin aliento a medida que los movimientos dentro de ella se aceleraban. Luego vino la explosión de placer. Ella sintió que su respiración se hacía aún más dificultosa, y también la de él. Empujó con fuerza dentro de ella, el líquido caliente que representaba la vida, bañó el interior de su cuerpo y los dos se abrazaron, sus cuerpos firmes temblando. Así permanecieron abrazados durante unos minutos en silencio.

Fue una noche ajetreada, llena de ganas y cosas nuevas. La pareja probó en la habitación varios muebles que, hasta ese momento, la joven no tenía idea que pudieran utilizarse en esta actividad. El que comenzó sentado encima del tocador, luego de descansar, pasó a los sillones, la alfombra, y avanzó una de las columnas del dosel de la cama, hasta caer sobre la cama y continuó de la forma convencional acostado en la cama. Finalmente, la pareja, sin ropa, se durmió abrazados en la gran cama de matrimonio. Después de todo, todos los muebles de la habitación ya habían sido probados...

Beatrice sorprendió a Lord Anthony con sus ganas y disposición de probar cosas nuevas y acompañarlo, por un momento incluso tuvo miedo si estaba siendo demasiado atrevido con su esposa. Sin embargo, cuando la vio tendida desnuda, aferrándose a él como una gatita astuta hasta quedarse dormida, exhausta y con el rostro feliz y saciado, estuvo seguro de que no había sido abusivo. Entonces él también, exhausto y feliz, se quedó dormido abrazándola.

Lord Anthony se despertó con un rayo de sol que entraba a través de la cortina entreabierta. Intentó moverse, pero vio que Beatrice seguía durmiendo tranquilamente, abrazándolo con la cabeza apoyada en su musculoso pecho. La encontró tan hermosa durmiendo así en sus brazos, que la admiraba mientras dormía, su rostro angelical enmarcado por ese cabello rojo con algunos mechones despeinados por la noche calurosa. Recordó que ella tenía el sueño pesado e inquieto, pero ese día se despertó pacíficamente en sus brazos, muy agotada por la noche. Pero tenía una cara feliz y saciada. Él besó su frente y su cabello suavemente para no despertarla, pero ella abrió lentamente los ojos al sentir sus labios.

— Lo siento querida… No quería despertarte, pero no pude resistirme… ¿Dormiste bien?

— Sí, mi amor… — Dijo mientras se estiraba y se acurrucaba contra su pecho nuevamente.

Por unos momentos Lord Anthony la miró fijamente en silencio, no recordaba haberla escuchado llamarlo mi amor, al menos no de esa manera.

— ¿Por qué me miras así?

— Admiro tu belleza. ¿Estás muy cansado?

— Sí... pero a la vez muy feliz. Es como si el mundo se detuviera cuando estamos solos aquí en esta habitación...

— Nuestra luna de miel pronto terminará, en dos días regresaremos a Londres y a la vida normal. Me quedo aquí preguntándome si...

— Si logré cumplir la promesa que hice cambiando una cláusula de nuestro acuerdo… ¿Te acuerdas? ¿Qué prometí?

"—Sé mi verdadera mujer y permíteme la oportunidad de enamorarte de mí en nuestra luna de miel… Apuesto a que al final querrás escribir tu primera novela contando nuestra historia… "

— Te acuerdas exactamente con todas las letras...

— Sí... y te digo que en cuanto llegue a Londres empezaré a escribir mi libro...

— ¿Te enamoraste de mí? ¿Cumplí mi promesa?

— No… lamento decir que no…

— ¿No? — preguntó con ojos tristes y decepcionados.

— Hiciste más que eso, porque descubrí que te amo….

—Qué feliz me siento al oír eso. Ya sabía que te amaba hace unos días. Desde ese día te picaron las avispas y pensé que podría perderte...

— Te amo Señor Anthony...

— Te amo Señora Beatrice...

La pareja se dio un beso apasionado y permaneció así en la cama por un largo tiempo...

Epílogo:

Londres, seis meses después...

La librería de Hatchard estaba repleta de la flor y nata de la sociedad londinense e incluso de algunos de la flor y nata de Escocia que acudieron a presenciar el acontecimiento con sus propios ojos... Es cierto que algunos conservadores levantaron la nariz y comentaron con *la boca pequeña* que Lord Anthony permitió *eso.* Sin embargo, su opinión no era importante para la pareja noble moderna. Eso fue algo extraordinario, que una Dama, una mujer de nobleza se convirtiera en escritora y escribiera un libro. Además, para celebrar el primer libro, que contaba una historia de amor tan especial, se acordó que toda la recaudación se destinaría a un orfanato de Londres. Esto generó un doble revuelo en las columnas sociales y en los periódicos de chismes.

Lady Beatrice Crampton Scott, vestida con un hermoso vestido de seda azul turquesa y un sombrero a juego, estaba sentada en un elegante escritorio de caoba oscura, firmando cada libro con una enorme sonrisa de satisfacción. Una pila de libros sobre el escritorio, tintero y pluma en mano. Fue con el corazón acelerado que la joven, cuando levantó la cabeza, vio la figura alta y masculina de su marido justo frente a sus ojos como si fuera un lector común y corriente.

— Felicitaciones por el brillante evento Mileide. Además me gustaría una copia autografiada. Pero creo que mi dedicación merece ser especial...

Habló con una sonrisa seductora y la joven le devolvió la misma sonrisa. Los ojos azules brillaron y el corazón se aceleró. Tomó uno de los ejemplares que tenía a su lado, abrió la tapa rosa y en la primera página del ejemplar titulado: Dos corazones y una historia, escribió con su bolígrafo. El hombre leyó la dedicatoria, sonrió satisfecho, guardó el libro en el bolsillo de su abrigo y salió para reunirse con los demás invitados.

Dedico este libro a Anthony, mi esposo, amigo, amante y mi mayor admirador. Con todo el amor del mundo de parte de tu esposa.

Lady Beatrice Campton Scott

Lord Anthony, con un vaso de whisky en la mano, circulaba entre los invitados y de vez en cuando se detenía en un círculo de hombres para hablar de los más diversos temas. Sin embargo, aunque intentaba mantenerse concentrado en la conversación, sus ojos siempre buscaban a Beatrice, nunca se cansaba de verla feliz, sonriendo y firmando sus libros. Se había convertido en una combinación de marido, amigo, amante y admirador. Sí, él era tu mayor admirador.

Finalmente, el montón de libros reservado se ha agotado y la joven escritora puede dejar su puesto. Ahora había comenzado una recepción con comida, bebida y champán, continuando el evento. Elegantes camareros vestidos con uniformes negros paseaban con bandejas de canapés, copas de champán y copas de whisky. Beatrice, orgullosamente llevada del brazo de Anthony, circulaba ahora entre los invitados felicitándola. Caballeros mayores, parejas, damas de sociedad,

incluso aquellos que hacían la vista gorda detrás de ella, la felicitaban delante de ella. En el fondo, varias mujeres la envidiaban en ese momento, querían tener su talento y su valentía. Hasta que sucedió algo inesperado... a pesar de ser tan común en las leyes de la naturaleza...

— ¿Una copa de champán, querida? ¿O canapés? — le ofreció Anthony mientras se acercaba a un camarero y le entregaba el snack. Le preocupaba que su esposa no comiera durante tanto tiempo debido a la emoción.

— ¡No!

— No… se me revuelve el estómago con solo mirarlo. Llevo días así...

—¿Mal estómago? ¿Qué quieres decir, Beatrice, por qué no me lo dijiste? Podría ser...

De repente se encendió una luz en la cabeza de la pareja, al mismo tiempo que Beatrice se sentía mal desde hacía días y pensó que era ansiedad por el lanzamiento del libro. Sus reglas también se retrasaron durante días y solo ahora se había dado cuenta de que ya había excedido un retraso normal...

— Anthony... mis reglas tienen quince días de retraso, ¿estoy esperando un bebé? — La joven habló suavemente para sí misma y abrió mucho los ojos hacia su marido.

— Hmm… No puedo decirlo con certeza, pero dado lo mucho que hemos estado practicando, probablemente sí. — Dijo con una sonrisa maliciosa.

Los dos se miraron con los ojos brillando de felicidad. Lord Anthony la tomó por sorpresa por la cintura y la levantó en sus brazos, girándola en un fuerte abrazo. Entonces habló mientras la dejaba en el suelo y le sujetaba la cara con ambas manos.

— ¡Te amo! Mi señora escritora.

— ¡Yo también te amo, mi ex libertina !

Carta del autor:

Queridos lectores,

Karen Heifer era mi seudónimo. Soy un autor brasileño, de Rio Grande do Norte, al que le encanta vivir en Natal, la Ciudad del Sol. Soy licenciada en Pedagogía y Ciencias Contables, pero actualmente escribir novelas es mi principal actividad. Mi escritura está influenciada por viejas revistas Sabrinas de los años ochenta y algunas novelas de época. Empecé a escribir cuando tenía diez años, confieso que leí muchas revistas de Sabrinas , Julias , Biancas a esa edad. Sin embargo, no fue hasta los dieciséis años que logré escribir mi primera novela a mano en un cuaderno y la conservé. Entonces, fue sólo años después con la evolución de la tecnología y la llegada de Amazon que fue posible publicarlo. Él es el elegido del magnate, de la serie Matrimonio arreglado (anteriormente El multimillonario y el huérfano).

Espero que hayas disfrutado de la serie Cramptons , hay otros libros de la serie publicados aquí en Amazon . Si no te ha gustado te pido disculpas, porque sigo siendo un autor en constante evolución, intentando mejorar día a día.

Conoce un poco más de la autora a través de su Instagram: @autorakarinabezerra.

Cordialmente
Karina Bezerra

Serie Los Cramptons :

El duque y el novato (Los Crampton 01):

" ¡Malditas sean todas las generaciones de los duques de Cantrell y sus duquesas durante cien años! ¡Que los duques nunca disfruten del amor verdadero y que las duquesas siempre se vayan después de darle un heredero!"

Inglaterra, 1812, periodo de Regencia:

Una maldición de hace cien años que azota a los duques de Cantrell ...

Un duque, joven, apuesto, rico, con fama de malhumorado y antisocial tras la muerte de la joven duquesa;

Una novicia bella y refinada, sin vocación a la vida religiosa, pero que evita hablar de cómo acabó en el convento;

Un baile de máscaras que abre la temporada en Londres, donde Frederick Oliver , duque de Cantrell de Blackmore , baila y se enamora de una hermosa joven que desaparece poco después del baile;

La rueda del carruaje que transportaba a la madre superiora y sus novicias desde Londres al convento rural se estropea y se ven obligadas a buscar refugio en un castillo cercano;

Entonces, dos caminos diferentes se encontraron a través de una trampa del destino...

Una nueva condesa (Los Crampton 02):

Edimburgo, Escocia, 1815:

Richard Crampton , conde de Shurtland , joven, rico y apuesto, no tenía pensamientos de casarse pronto. A pesar de saber que algún día necesitaría un heredero del título. Sin embargo, no contaba con un acuerdo de caballeros que había hecho con un amigo, durante una noche de fiesta en una taberna, cuando aún era un adolescente...

Así, pasaron los años y cuando Richard regresó uno En una noche lluviosa, cansado del viaje, el mayordomo lo esperaba con cara de quien ha visto un fantasma:

"Disculpe, señor, tiene visita..."

"¿Visitas? Estoy cansado, solo ¿Quién vendría a visitar a alguien en una noche como ésta?

"Una joven que se hace llamar su prometida..."

"¿Estás loca? ¡No tengo ninguna prometida!"

"Disculpe, mi señor, pero ¿ha estado haciendo falsas promesas a alguna doncella?"

Richard Crampton apenas podía creer lo que escuchó y entró en la mansión. Entonces, se sorprendió al encontrar en su sala de estar a una hermosa joven rubia, vestida toda de blanco, tan hermosa que parecía más una aparición celestial, más aún toda de blanco. A su lado, un gran cofre de madera descansaba sobre la alfombra.

Lady Madeleine Taylor, al borde de la muerte por el accidente con el carruaje que la llevaba hacia su prometido, sugirió a su doncella personal y amiga que cambiara de lugar con ella, ya que su prometido nunca había visto un cuadro suyo, el los nombres eran los mismos y ella era refinada como una dama; Su criada inicialmente pensó que era una locura que no podía aceptar. Sin embargo, ante la insistencia de la joven, además de la posibilidad de pasar de sirvienta a condesa, decidió correr el riesgo. Cuando vio al conde Richard Crampton quedó encantada por su belleza y virilidad. Sin embargo, ella no contaba con las trampas del destino y las intrigas que podrían surgir de todo esto…

Un amor prohibido (El Cramptons 03):

Edimburgo, Escocia, 1817:

"Los caminos que nos llevan al amor no siempre son los apropiados..." (Capitán Roberth Cliff Voldstok)

"Prohibido para mí, prohibido el uno para el otro..." (Lady Eugenie Crampton)

Lady Eugenie Crampton , la menor de los Crampton , siempre soñó con participar en la temporada social de Londres, al igual que su hermana Beatrice y encontrar su gran amor por ella. . para casarse. Sin embargo, no contaba con el hecho de que un golpe en la salida de la modista podría revelar al caballero de sus sueños allí mismo, en Edimburgo.

El capitán Robert Cliff Voldstok , el hijo menor del difunto barón Voldstok , un apuesto joven caballero acababa de regresar a Edimburgo. Recién llegado de las colonias, tras el fin de la guerra, no buscaba precisamente una joven con quien casarse, pero cuando se topó con aquella joven pelirroja, de ojos azules que parecía más bien un hada, quedó encantado y Sólo quería saber dónde podía encontrarla para poder conseguir permiso para cortejarla.

Sin embargo, con lo que no contaban era con que ese amor estaría prohibido por todos y sin derecho a revelar una buena razón para ello. Por eso, deciden luchar para estar juntos...

UM AMOR PROIBIDO

Os Cramptons - Livro 4

KARINA BEZERRA

Un amor prohibido@2022. Todos los derechos reservados.

Obra protegida por la Ley 9.610 de 1998 (Leyes de Derecho de Autor).

Queda prohibida la reproducción libre o comercial de esta obra sin la autorización del autor. Queda prohibida la reproducción parcial de la obra, incluso gratuitamente, sin el debido crédito. **Un amor prohibido (Los Cramptons—04)** es una obra de ficción, cualquier parecido con personas o hechos reales es pura coincidencia.

El plagio es **un DELITO**

Sigue a la autora en sus redes sociales:

Instagram: @autorakarinabezerra
Email: Autorakarinabezerra@gmail.com

Resumen

El secreto

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 04

Capítulo 05

Capítulo 06

Capítulo 07

Capítulo 08

Capítulo 09

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Epílogo:

Carta del autor:

Descubre otros libros de la serie Cramptons:

Muchas aguas no pudieron borrar este amor ni los ríos pudieron ahogarlo.

Canción de Salomón.

El secreto

Castillo de Shurltand , Escocia, 1812

En la sala principal del castillo, lujosa, decorada en tonos oscuros, se respira un ambiente austero , Pesado, el viejo conde respiró por última vez. Todas las ventanas de la habitación estaban cerradas para evitar las ráfagas de viento frío de esa época del año, evitando agravar aún más la fiebre y la tuberculosis. Es impresionante lo rápido que llegó y se afianzó la enfermedad. Aquel hombre rígido, controlador y moralista , ahora postrado en cama, ya no era capaz de ejercer control sobre su esposa e hijos. Pero su mirada aún provocaba cierto temor en su esposa, la anciana condesa de Shurtland , quien estaba sentada sumisa en una silla junto a la cama, esperando pasivamente sin saber qué más hacer.

La condesa tenía en una mano un pañuelo de seda blanca, que de vez en cuando se acercaba a los ojos y secaba las discretas lágrimas que insistían en caer. No había sido un marido cariñoso, no había sido un padre cariñoso, pero se había acostumbrado a todos esos años de convivencia y ahora sentía que la viudez estaba a punto de tocar a su puerta. De pronto un ataque de tos mayor rompió el silencio y el conde se removió en la cama, estaba consciente.

— Llama… llama a Richard… Siento que mi hora se acerca…

— Sebastián, ¿estás seguro de que es realmente necesario? Quizás no sea bueno emocionarse...

— ¡Obedéceme! — Levantó la voz y se removió en la cama. Por unos momentos pareció ser el antiguo conde Sebastian Crampton .

— Está bien, le pediré a una criada que te llame. Nuestros hijos están en la habitación angustiados, solo falta Emily, pero no dejaste... — Hizo una pausa y habló con miedo.

— ¡ *Todos* mis hijos ya están aquí en el Castillo Shurtland ! Ahora ve y llámalo tú mismo, porque quiero estar a solas con él.

La condesa levantándose lentamente de su silla, le lanzó una mirada de lástima, en otros tiempos la mirada habría sido de enojo por tratarla así, pero él se estaba muriendo. No quería conservar ese mal sentimiento hacia el padre de sus hijos, que tanto quería. Entonces ella salió de la habitación para cumplir su pedido.

Unos momentos más tarde, un joven alto y apuesto entró en la habitación con suavidad y cautela. Estaba visiblemente emocionado, después de todo era su padre el que estaba muriendo. Sin embargo, no quería dejar que eso se notara, nunca le gustó el hecho de que su padre pensara que era un hombre sensible y débil. Era plenamente consciente de que no era débil sino humano, no heredó la rigidez moral y la falta de piedad de su padre. Algo que realmente lo hacía muy feliz, pero no le gustaba la forma en que lo veía su padre. Ese era Richard Crampton , su único hijo , el

segundo mayor de sus hijos.

— Papá... Mamá me dijo que necesita hablar conmigo ... — trató de ocultar su voz ahogada.

— ¡Sí, lo necesito! Acércate , siéntate en esta silla. Sé que me estoy muriendo...

— No hables así… ¿algún mensaje para Emily? ¿Quieres mandar a buscarla al convento? ¿Quizás llegue todavía a tiempo o quizás ocurra algún milagro ? —Habló emocionado.

— ¡ No tengo ningún mensaje para ninguna Emily! Mi mensaje es para ti.

Richard, tragó saliva, aunque conocía a su padre, estaba decepcionado por la forma en que todavía se refería a su hermana con tanto dolor y resentimiento. Luego, se sentó en la silla y la acercó aún más a la cama.

— Todo está bien. Estoy aquí para escucharte. — Habló con resignación y fijó sus ojos en el hombre acostado en la cama.

— Eres mi único hijo y heredero del título. Tan pronto será el nuevo Conde de Shurtland ...

— Sí... y quiero que sepas que esto no me hace feliz, ya que es a costa de tu partida definitiva...

— Como nuevo jefe de familia, cuida bien de nuestro patrimonio, del condado, de tus dos hermanas Beatrice y Eugenie, también de tu madre, por supuesto.

Richard escuchó con atención, pero le dolía seguir excluyendo a Emily de todo.

— Sí, padre mío, yo me encargo.

— ¡Excelente! Ahora quiero contarte un secreto...

— ¿Un secreto? — Richard cambió su expresión facial y abrió mucho los ojos , no se esperaba eso.

— ¡Sí, un secreto! Y como no es sólo mi secreto, implica honor. de dama, ¡tendrás que prometer que nunca lo revelarás! Júrame que pronto seré solo un recuerdo...

— ¡Sí, lo juro! — Habló con voz emotiva.

Capítulo 1

Edimburgo, 1817. Cinco años después...

— Mileide hizo muy bien en encargar vestidos nuevos para la temporada social a finales de otoño. Pues bien, al final del invierno el atelier estará lleno de clientes, encargando vestidos para lucir durante la primavera y la temporada. — Madame Marry , dijo halagadoramente, mientras le entregaba varios paquetes a Eugenie para que los revisara.

— De hecho, la ansiedad por los vestidos nuevos y la temporada me hizo tomar esta acción. — La joven sonrió mientras respondía amablemente.

Lady Eugenie Crampton , de pie junto al mostrador, abrió un poco los paquetes de papel de seda y con ojos curiosos comprobó el contenido. Sus ojos brillaron al imaginarse usando todos esos vestidos de seda en los salones de baile de Londres. Quería que le fuera bien en su primera temporada social y que no sólo fuera un buen matrimonio, sino también con un hombre que capturara su corazón. Sus hermanas, Emily y Beatrice, ya estaban casadas y hablaban muy bien de su matrimonio. Estaba segura de que ella también sería feliz , todo lo que tenía que hacer era tener la oportunidad de estar en el lugar correcto y conocer al caballero correcto. Finalmente había cumplido dieciocho años y había llegado el momento adecuado. En mi euforia, intenté abrazar todos los paquetes contra mi pecho, sin siquiera acordarme de pedir ayuda al cochero de la familia, que la esperaba afuera a ella y a su criada personal. Madame Marry , al ver la escena, intervino.

— Espera querida, no tiene buena pinta, si una señora sale del cuarto cargada de paquetes, mandaré un sirviente para que la lleve al carruaje.

— Está bien señora, pero estos dos más ligeros los puedo llevar yo mismo.

— *Estos dos más livianos* , entrégaselos a tu criada personal para que los cargue. Veo que te gustaron tanto que no quisiste soltarlos ni un solo minuto. — La mujer, una vez más, habló llena de halagos, tratando de llevar un acento francés y luego lanzó una mirada reprensiva hacia la doncella de la joven que esperaba cerca.

Madame Marry , como la conocían, había vivido en Edimburgo durante años, pero se esforzaba por llevar su acento francés, como si fuera una especie de tarjeta de visita en el mundo de la moda. De hecho, su estudio estaba abarrotado y concurrido por la flor y nata de la sociedad escocesa. Ella Siempre bien vestida y perfumada, supervisaba a las costureras y recibía a los clientes.

— Por favor, Mileide, déjame llevarlos al carruaje, afuera nos espera el cochero de la familia. — La doncella se acercó tímidamente, con los ojos bajos, cuando notó la mirada que le dirigía la

señora.

— ¡No! — dijo Eugenie indignada, mientras abrazaba uno de los paquetes contra su pecho y le entregaba el otro. — No estoy hecho de porcelana. Yo llevaré este y tú te llevarás este. El más pesado llevará el sirviente. Después de todo, ambas somos mujeres y no sólo yo.

— Como quieras, milide . — Dijo la joven doncella, mientras recibía uno de los paquetes de manos de su señora.

Entonces, Eugenie abandonó el lugar, llevando un paquete de papel de seda de gran tamaño contra su pecho, seguida por su doncella personal que también llevaba uno. El sirviente local ya había sido rápido y lo siguió, colocando los objetos más pesados en el carruaje. Faltaban solo unos pasos para llegar al carruaje que ya estaba estacionado frente a la puerta principal.

Eugenie siempre tuvo reputación en su familia de ser una joven hermosa, ingeniosa, inteligente y de buen corazón. Sin embargo, no siempre fue muy elegante, a veces un poco torpe, quizás por eso nunca logró ser una gran pianista como Emily y Beatrice. Luego, al salir del estudio, sintió que el sol deslumbraba su visión, al fin y al cabo el sol brillaba y dentro del estudio estaban protegidos del exceso de luz. Con la visión oscurecida, chocó accidentalmente con alguien que pasaba por la acera y se cruzó en su camino camino al carruaje. Dejó caer así su paquete, que cayó al suelo y casi lo pierde también.

— ¡Lo siento mucho, milide ! — Eso es lo que escuchó, mientras perdía el equilibrio y sentía unas fuertes manos sujetando su cintura, bien definida por el ajustado corsé.

— ¡Oh! ¡Lo siento señor! Fue mi culpa . A veces soy tan torpe.

Se disculpó torpemente, miró el paquete en el suelo y cuando intentó agacharse para Al levantarlo, se dio cuenta de que fuertes manos masculinas todavía sostenían su cintura. Sintió calor y se sintió avergonzada. Después de todo, después de la colisión, eso no era apropiado. El caballero también se dio cuenta y rápidamente quitó las manos de su cintura con torpeza. En ese momento, su criada, sin saber qué hacer, corrió y se agachó recogiendo el paquete del suelo y ya se lo entregaba al cochero que los esperaba dentro del carruaje.

— Por favor no te disculpes, todo fue culpa mía, mileide . Con mucho gusto ayudaría a recoger el paquete, pero su criada y el cochero ya se han encargado de eso. — El caballero le dedicó una sonrisa galante y gentil al contestarle.

Eugenie, aún sintiéndose perturbada por los centímetros de distancia que separaban sus cuerpos, además de la sorpresa del golpe, levantó la vista hacia su rostro. Ella no era muy alta, alrededor de 1 metro y 65 años, pero el caballero en cuestión era alto y debido a la diferencia de ángulo, el sol de la mañana brillaba en su rostro. A pesar de que su visión estaba oscurecida por la luz y la timidez que apareció de la nada, se dio cuenta de que era un caballero apuesto. Tenía un rostro alargado, una nariz afilada, piel bronceada, cabello castaño claro y ojos color miel que brillaban al sol. Sin embargo, notó que en el lado izquierdo de su rostro había una gran cicatriz, que de alguna manera desfiguraba un poco ese lado de su rostro y contrastaba con la belleza del

lado derecho. Algo parecido a una herida de guerra.

Estaba perturbada, pero nada que ver con la cicatriz rojiza de piel retorcida que corría en diagonal desde el rabillo del ojo hasta la comisura de la boca. Pero eso sí , con una extraña sensación de mariposas en el estómago al mirarle a la cara por primera vez , cuando tus ojos se encuentran. El brillo de sus ojos color miel parecía reflejar su alma.

— Lo siento, insisto que fue mi culpa, ahora tengo que irme. — Dijo , y trató de recomponerse apresuradamente, rápidamente salió sujetando sus faldas para no correr el riesgo de otro tropiezo poco elegante.

Eugenie entró en el carruaje, cuyo cochero, que observaba la escena, ya le había abierto la puerta para *invitarla* a entrar. Después de todo, después del incidente, no se veía bien estar hablando allí en medio de la acera con un caballero desconocido que ni siquiera había sido presentado formalmente. Cuando entró en el carruaje, todavía miraba discretamente a través de la puerta de cristal, mientras él, en posición erguida, casi militar, también miraba hacia ella, como si quisiera captar su mirada a través del cristal. Entonces el carruaje partió.

— Todo es Bueno, Mileide? — Preguntó su doncella.

— Sí, fue sólo un golpe. — respondió Eugenie alegremente, mientras intentaba disimularlo ajustándose el sombrero en la cabeza.

— Es solo que las mejillas de Mileide están sonrojadas…

— ¡Oh! Debe ser el calor. — entonces pensó: *Maldito tono de piel demasiado pálido que no me permite ocultar mis emociones.*

— Entiendo.

— ¿Quién será? ¿Pertenece a una familia conocida?

— No, conozco a Mileide , pero la semana pasada llegaron varios hombres de las colonias. La guerra terminó hace unos meses , pero algunos recién ahora pudieron regresar de sus misiones militares. Principalmente aquellos con las patentes más importantes.

Mientras el carruaje negro con el escudo de los Cramptons se alejaba, el hombre observaba desde la acera. hasta que se perdió de vista. Pensando en quién era esa hermosa dama pelirroja , que parecía un ángel con cabello rojo ligeramente rizado y ojos azul profundo…

Capítulo 2

El capitán Robert Cliff Voldstok había estado en la escuela militar durante mucho tiempo y luego fue enviado con los ejércitos de Su Majestad a la guerra en las colonias. Tras el final de la guerra, estuvo un tiempo cumpliendo su misión militar hasta que pudo regresar a Edimburgo, donde estuvo con su familia. Entonces, había jóvenes que, aunque no eran mucho más jóvenes que él , Salieron del país cuando eran niñas, cuando ingresaron a la escuela militar y al regresar encontraron niñas en edad de casarse. Sabía que era el escudo de los Cramptons , pero ¿quién podría ser? ¿Cuál de las hermanas Crampton ? Hasta que tuvo una idea, caminó hasta la puerta del estudio, donde vio salir a la joven y se acercó al sirviente que hacía de portero del lugar.

— ¡Buen día!

—Buenos días, caballero. ¿Puedo serte de alguna ayuda? — Preguntó el criado, vestido elegantemente, al estilo mayordomo, Madame Marry insistía en la elegancia en su establecimiento.

— Sí… ¿quién era esa hermosa joven que acaba de salir del lugar?

El sirviente lo miró con recelo y luego le dirigió una mirada de complicidad.

— Lo siento señor, pero no puedo darle información sobre los clientes. Va contra las reglas de la casa. Además, no sería apropiado.

El capitán Robert Cliff metió la mano en el bolsillo, sacó dos chelines y se los entregó discretamente.

— Lo entiendo, pero creo que harías una excepción conmigo. Siempre hay una excepción...

—Por supuesto, señor. — El hombre se rascó la garganta. —Esa es Lady Eugenie Crampton , la menor de las hermanas. del conde Richard Crampton , el conde de Shurtland .

A pesar de no ser cercano a la familia, el capitán Robert recordó que sí tenían un hijo varón y tres hijas. Entonces, esa era Lady Eugenie Crampton . Recordé haberla visto de lejos, brevemente , junto con la ex condesa, todavía una niña de unos trece años. Se había convertido en una mujer hermosa, eso era lo que pensaba...

El capitán Robert agradeció al sirviente y caminó lentamente por la acera en busca de un auto de alquiler que lo llevara de regreso a casa. Sin embargo, Lady Eugenie nunca abandonó su mente, la forma en que lo miraba lo dejaba encantado e intrigado al mismo tiempo. Le había gustado mucho, pero ¿y ella? ¿ Le había gustado? ¿O su aspecto tenía algo que ver con su herida de guerra? Sabía que era un hombre apuesto, pero esa lesión, podría haber sido un motivo de

orgullo como capitán, pero era una mancha en su apariencia.

Ella es hermosa ... un ángel. Me gustaría tenerla para mí, tomarla como esposa, mujer, madre de mis hijos. Necesito que me la presenten formalmente. Pero... ¿le gusto? Me gustaría asegurarme de esto antes...

Mientras pensaba en el asunto, se llevó ligeramente la mano a la cara y se tocó la cicatriz, luego tomó el carruaje y se dirigió hacia la mansión donde vivía con su madre, sus dos hermanos y sus cuñadas.

Robert , era el hijo menor del difunto barón Voldstok y la baronesa Elizabeth Cliff. Eran una familia adinerada, respetada en Edimburgo, aunque su madre había estado alejada de eventos sociales debido a una demencia temprana. En cuanto a los títulos, él, como hijo menor, no era el heredero del título sino su hermano mayor. Sin embargo, esto no le molestó, nació con el sueño de servir a su país, en los ejércitos de su majestad. Este sueño le mantuvo alejado de Edimburgo y de la sociedad escocesa durante largos periodos, más aún durante el tiempo que pasó luchando en la guerra de las colonias. Ahora que todo esto había terminado, regresó a la casa de su padre , como un joven y apuesto héroe de guerra, a pesar de su rostro lleno de cicatrices. De hecho, por su belleza, buena familia y rango, ya era un hecho que su discreta presencia en la ciudad, esta vez viniendo para quedarse, había sido notada por las mujeres en general, por las casaderas y sus madres. procuradores. Robert todavía no había hecho grandes planes con respecto a encontrar una esposa ideal y casarse, al menos no hasta esa mañana...

Cuando Eugenie entró en el gran salón de la mansión Crampton , encontró a su cuñada Madeleine sentada en el sofá tejiendo una chaqueta de punto. Después de casi dos años de matrimonio, Madeleine finalmente estaba esperando un bebé y ya tenía cinco meses de embarazo. Ella y Richard estaban muy felices, ya que a ambos les preocupaba no recibir el regalo de un niño para sellar su amor de una vez por todas. Ahora, Madeleine estaba radiante y quiso cuidar todos los detalles del ajuar. Incluso tejer las chaquetitas, aunque Richard advirtió que era hijo de un conde y que podían encarga la canastilla completa con las mejores costureras.

— Eugenie, cariño, ¡estás aquí! ¿Y los vestidos? ¿Fueron de tu agrado? — Madeleine levantó la vista de su tejido y recibió a su cuñada con una dulce sonrisa.

Eugenie la miró con sus grandes ojos azules como si viera un punto más allá de ella y habló distraídamente.

— ¿Los vestidos? Oh, sí lo eran...

—Entonces ¿dónde están? Pensé que lo había dejado ahí para ajustes, ya que no te veo llegar con un solo paquete...

— Eh ? — La joven se miró las manos y se dio cuenta de que no llevaba nada , ni siquiera un pequeño paquete con algo, como era costumbre cada vez que regresaba de la tienda de ropa. — ¡Oh! ¡Cielos, lo olvidé! Se quedaron todos en el carruaje, le pediré a un sirviente que los recoja y

los lleve a mi habitación.

Su cuñada estaba intrigada y puso una cara amistosa y sospechosa. Mirándola con una mirada inquisitiva.

— ¿Se olvidó? ¿ Pronto vas a olvidar algo cuando se trata de tu primera temporada social? ¿Especialmente tus vestidos, que encargaste con tanta prisa y esperaste ansiosamente? ¿Qué pasa, cariño?

Helen, su doncella personal, quien la acompañó hasta la modista, iba justo detrás y se sintió con derecho a inmiscuirse en la conversación, debido a la tolerancia de la Señora hacia los sirvientes. Helen era una joven de dieciocho años , rubia, de piel clara y con pecas en el rostro.

— Mileide, has estado así desde que te topaste con un apuesto caballero al salir de la tienda de ropa.

—¡Helena! ¡Chismoso! Fue sólo un bache, no tenías nada que comentar. dijo Eugenie , volviéndose . Rápidamente a la criada con el dedo levantado .

— Lo siento, milide . Pero estás tan aireado después de eso.

—Eugenie, Eugenie... ¿quién es este señor? ¿Hablaron de algo? No luce bien que una dama esté hablando con caballeros en medio de la calle, especialmente sin ser presentada formalmente.

— Querida cuñada, fue solo un golpe y una disculpa. ¡Nada más! Es que Helen, una chismosa, sugirió que era más que eso.

Madeleine compartió con Helen le dio una mirada de complicidad, sin que Eugenie se diera cuenta, luego miró a su cuñada y habló de manera amigable y comprensiva. Más aún , sentía que había algo en el aire, después de todo ella era inteligente, antes de convertirse en la esposa y condesa del Conde Richard, había sido criada. Sabía cómo solían suceder estas cosas amorosas.

—Está bien, cariño . Pero, en cualquier caso , recuerda que si él quiere algo contigo, primero debes presentarte formalmente y, después, pedirle permiso a tu hermano para cortejarte. Richard es muy tolerante, pero debe seguir ciertas reglas sociales por su propio bien.

Eugenie, de pie en medio de la habitación, escuchó lo que decía su cuñada, pero no pudo responder nada. Porque ni siquiera sabía lo que le estaba pasando a ella misma en ese momento . Pensó que era mejor hablar.

— No te preocupes, cuñada. Te aseguro que no pasó nada significativo. no escuches a las conversaciones de Helen . Ahora le pediré a un sirviente que saque todos los paquetes del carruaje y los lleve a mi habitación. Luego bajaré a almorzar.

Capítulo 3

Durante el almuerzo transcurrió con normalidad , en la mesa sólo estaban presentes Eugenie y Madeleine. Además de los sirvientes que iban y venían con bandejas llenas de platos calientes. Richard tuvo que irse para atender algunos asuntos en la propiedad de un amigo cerca de Edimburgo y no llegó a tiempo. Sin embargo, seguramente estaría presente en la cena. La comida principal de la casa es donde las damas suelen cambiar su ropa del día por algo más refinado.

La joven, durante el almuerzo, intentó disimular sus pensamientos y ser la verdadera Eugenie que siempre fue, vivaz, conversadora, atenta. Incluso lograba fingir bien, pero Madeleine era inteligente, la analizaba en secreto, quería a su cuñada como a una hermana y no quería que se metiera en problemas. Pensé que estaba ocultando algo sobre sus sentimientos, porque regresó de la calle extraña en comparación con lo que siempre fue. A veces distraída , a veces sonrojada y sonriendo al viento como si hubiera visto un pajarito verde.

Eugenie, que también era inteligente, estaba completamente segura de que Madeleine, entre una pequeña ración de comida y otra, debido a la falta de apetito que le estaba provocando el embarazo, la estaba analizando. Finalmente terminó el almuerzo y pudo subir a su habitación con el pretexto de descansar, como hacía todas las primeras horas de la tarde después del almuerzo .

Sin embargo, fue durante la cena cuando cometió un pequeño error....

—Eugenie, cariño, ¿estás bien? – preguntó Madeleine, sentada a la mesa, intrigada mientras observaba cómo su joven cuñada se servía ella misma.

Los tres, como siempre, cenaron en la gran mesa larga de los Crampton , ocupando sólo una parte de la mesa. Richard a la cabeza, Madeleine a la derecha y Eugenie en el lado opuesto, justo delante de ella.

— Eh ? ¿Y por qué no lo estarías tú, querida cuñada? — Preguntó distraída la joven, con los cubiertos de plata en las manos y lista para cortar algo humeante que acababan de colocar en su plato.

Hubo un pequeño silencio en la habitación, Madeleine y Richard se miraron discretamente.

— Es que te acabas de servir los haggys de Richard ...

La joven pelirroja miró el plato, abrió sus ojos azules hacia la comida, vio lo que había hecho y trató de ocultarlo.

— ¡Oh! ¿I? Sí ... pero ¿qué importa?

— No importaría nada, hermanita, si no fuera porque odias a las haggys … — Dijo el conde con una mirada astuta, arqueando deliberadamente la ceja derecha mientras la miraba.

El comentario de su hermano devolvió a Eugenie a la realidad y sintió que se le daba un vuelco el estómago al ver ese trozo de estómago de oveja, relleno de menudencias mezcladas con harina de trigo y con un olor característico, allí mismo, en su plato. No podía imaginar cómo su cuñada embarazada podría soportar siquiera mirar eso. Intentó ocultarlo, pero Richard, que conocía a su hermana pequeña como la palma de su mano, ya había notado, desde el comienzo de la cena, que había algo diferente en ella. Ojos distraídos y soñadores, sonriendo al viento y sonrojándose fácilmente. Los mismos signos que Madeleine había notado antes.

Eugenie se llevó la copa de vino a los labios, tomó un sorbo y empezó a disfrazarse, dejando los haggys en un rincón del plato y fingiendo que comía. Además, enrolló y colocó pequeñas porciones de otros platos servidos, dejando más variadas las opciones de su plato. Lo que no pasó desapercibido entre su hermano y su cuñada. Entonces, Richard decidió provocarla y hablar sobre su tema favorito, su primera temporada social en Londres, que ella había estado esperando con ansias.

— Más adelante esta semana le escribiré a nuestra hermana Emily y aprovecharé la oportunidad para recordarle que en esta próxima temporada social estarás en Londres para participar. A su cuidado y al del duque, por supuesto. Después de todo, ha llegado el momento tan esperado . — dijo mientras se llevaba el tenedor con haggys a la boca. Luego lo tragó con vino.

Eso hizo que Eugenie, que jugaba con el tenedor entre la comida del plato, volviera a la realidad.

— Eh ? ¿I?

— Sí, ¿quién más aquí es una joven soltera en edad de participar en su primera temporada social y encontrar un buen matrimonio? — Richard la miró con una expresión burlona en sus ojos.

Aquellas palabras dejaron a Eugenie sonrojada y desconcertada. De repente recordó el motivo que la había llevado a la modista esa mañana, incluso encargó vestidos con anticipación para el evento. Recordó lo mucho que quería ir con su hermana Beatrice en su primera temporada hace dos años y su hermano no se lo permitió, ya que solo tenía dieciséis años. Así que ahora por fin tenía dieciocho años, todo estaba listo para que ella participara, solo debía esperar a que llegara el invierno y terminara, en dos meses llegaría la primavera. Junto con ello, la famosa temporada social londinense. Como en una obra de teatro, una secuencia de actos pasó rápidamente por la cabeza de Eugenie. Desde los planos, hasta ir a la modista para encargar vestidos nuevos con antelación, pasando por ir a buscar los vestidos confeccionados. Junto a eso vino el recuerdo de toparse con el apuesto caballero, quien nunca abandonó su mente, esa mañana y fue entonces que las mejillas de la joven se pusieron tan rojas que parecía como si hubiera usado un poco de carmesí en sus mejillas. Algo que no pasó desapercibido.

— ¡Ah, por supuesto! Esta mañana fui a la modista a recoger los vestidos nuevos que encargué.

— Oh sí... por un momento pensé que lo habías olvidado. Pronto tú, hermanita, que tanto hablaste y esperaste este momento. Pero espera... ¿por qué te sonrojas tanto?

— ¿I? ¡Tu impresión! A menos que el sol de otoño de esta mañana me haya sonrojado un poco la cara . Mi piel es muy clara y sensible. — Eugenie habló torpemente y removió la comida con el tenedor, agachando la cabeza, evitando mirar a su hermano.

Madeleine decidió entonces intervenir, intentando satisfacer de forma suave la curiosidad del conde e intentar sacar a su cuñada de aquella situación. Me estaba entristeciendo, nunca había visto a Eugenie así y no encajaba con su personalidad. Algo debe haberla afectado seriamente.

— Richard… no seas tan cruel, casi burlándote de tu hermana para obtener información privilegiada. — Habló amablemente y le dedicó una sonrisa amistosa a Eugenie.

— ¿I? Simplemente me sorprenden algunas de sus actitudes y trato de descubrir por qué el cambio y las caras sonrojadas. — Mostró una sonrisa fraternal mientras se burlaba de su hermana.

— Bueno, ya sabes, ¡no he cambiado nada! ¡Tu impresión!

Eugenie se enojó, arrojó la servilleta sobre la mesa y dejó de comer. Entonces Madeleine, para calmar los ánimos, le guiñó un ojo discretamente a su marido y habló en su dirección.

— Eugenie, esta mañana te encontraste con un caballero al salir de la tienda de ropa. — dijo y sonrió con cautela.

— No conocí a ningún caballero, me topé con un caballero y la chismosa Hellen comentó, dando origen a todo esto.

Richard, que era un cabeza de familia relativamente joven, cuidaba de su familia y de sus hermanas, pero no con la severidad que lo había hecho su padre en el pasado. Sin embargo, aún así, algunas cosas le preocupaban, no quería que Eugenie se arruinara ante los ojos de la sociedad o rompiera las reglas del decoro.

— Um… ¿y quién es este chico?

— No s —ei . — Eugenie habló con rudeza y, todavía sentada en la mesa, se cruzó de brazos a propósito en señal de que estaba molesta con la investigación y las suposiciones sobre todo.

— Um… debes saber que si él tiene algún interés en ti o en ambos, tendrás que ser presentado oficialmente y luego de eso pedirme permiso para cortejarte.

— Todas estas reglas del salteado me las sé de memoria, hermanito … . — Dijo la joven con cara de mal humor porque ya se sentía acorralada en aquella cena.

— Entonces, ¿significa esto que los planes para la temporada social están suspendidos por

ahora? Pues me parece que esto es lo que pasará, si las cosas avanzan con la misma intensidad que denuncia tu cara sonrojada.

— ¡Yo no dije nada de eso! Y ahora les pido perdón, ya que he comido lo suficiente para una cena normal y me iré a mi habitación.

Eugenie se levantó de la mesa, sosteniendo las faldas de su vestido de muselina lila y se dirigió malhumorada hacia las escaleras que la llevarían a su habitación. Cuando abandonó la mesa, Madeleine y Richard se miraron en silencio con una mirada de complicidad y sonrieron a la joven.

Capítulo 04

Eugenie entró en su habitación, cerró la puerta de un portazo y la cerró con llave. Estaba enojada con todos, desde Hellen hasta su hermano, pero también consigo misma. Después de todo, ¿por qué actuaba tan tonta sólo de pensar en un simple encuentro con un caballero? Nunca tuvo modales tan delicados como para no toparse con nadie. Entonces, ¿por qué haberme topado con ese caballero había sido tan diferente que no podía sacármelo de la cabeza? Cuando pensaba en él no podía ocultarlo hasta el punto que todos a su alrededor se daban cuenta de que algo diferente le estaba pasando.

Devo se está volviendo loco, Dios mío. Pero no puedo sacarlo de mi cabeza. Qué hermosos ojos color miel, qué penetrantes. Aún recuerdo cuando me miró a los ojos mientras me sostenía por la cintura… ¿Quién será? ¿Lo volveré a ver?

Eugenie se dirigió al tocador, las criadas ya habían dejado un candelabro encendido, iluminando toda la habitación, la cual estaba decorada en tonos celestes y muy femeninos. Su difunta madre siempre decía que la decoración combinaba con el azul de sus ojos. Frente al espejo de tocador comenzó a desvestirse, cambiando su vestido por un camisón largo blanco, no tenía intención de bajar las escaleras.

Cuando la última prenda cayó al suelo, quedó desnuda para observar su cuerpo, lo hermosa y deseable mujer en que se había convertido. No era baja, pero tampoco alta, tenía una cintura bien definida, muslos regordetes, caderas y nalgas redondeadas, senos firmes, grandes y redondos. Ahora era plenamente consciente de su belleza física e incluso se sonrojó y sintió un ligero fuego entre sus piernas al pensar nuevamente en el misterioso caballero. Se sintió enojada consigo misma, se vistió rápidamente con su camisón largo, se sentó en el taburete, soltó su largo cabello rojo y comenzó a cepillarlo vigorosamente con un cepillo plateado. Finalmente, se conformó con los cien cepillos, se trenzó el cabello en una larga trenza roja que le caía hasta la punta de la espalda, se dirigió a su cama con dosel y se metió bajo las sábanas. Sentía una inquietud que no podía describir.

Seguía mirando el techo del dosel antes de apagar la vela.

Dicen que cuando un caballero está realmente interesado en una dama, siempre encuentra la manera de conocerla y presentarle sus intenciones. ¿Será? — pensó antes de quedarse dormida...

Robert acababa de cerrar un libro sobre estrategias militares que estaba leyendo, lo colocó en la mesilla de noche junto a él y apagó la vela que iluminaba la habitación. Sabía que la noche sería difícil, pues ni siquiera un libro sobre un tema de su interés llamó su atención al punto de hacerle olvidar a aquella hermosa hada pelirroja con la que se había topado esa mañana. Se sentía extraño, era una mezcla de emoción, ternura, junto con un deseo que era inapropiado cumplir con una sola dama de familia, excepto cuando se convertía en su esposa. No sabía si el deseo era

porque hacía tiempo que no tenía relaciones sexuales. No fui a ningún prostíbulo, tenía miedo a las enfermedades y aún no me había instalado en la ciudad hasta el punto de conocer a una joven viuda discreta ni nada por el estilo. Sin embargo, temía que no fuera solo eso, era deseo, pero no por cualquier mujer sino deseo combinado con fascinación por cierta dama: Lady Eugenie Crampton , a quien ahora deseaba como esposa y esposa.

Robert , pareces un adolescente… — Pensó mientras miraba la erección que levantaba la tela de su ropa interior, ya en ropa de dormir.

Luego, se dio vuelta en la cama, mientras se llevaba la mano a la cara y tocaba el lado *oscuro* de su rostro: su cicatriz de batalla.

Ah, Lady Eugenie Crampton , te deseo para mí, como mujer y esposa. Pero primero necesito estar seguro de algo…. — habló muy suavemente para sí mismo.

No quería hacerle ninguna propuesta de matrimonio a una dama de su altura, sin saber si ella la aceptaría. El hecho de que estuviera orgulloso de haber servido en los ejércitos de su majestad no disminuyó el malestar que le causaba esa cicatriz.

Robert Cliff se dio vuelta cinco veces más en la cama, con los ojos cerrados. Como buen estratega militar, al día siguiente pondría en práctica sus planes. Sólo esperaba no avergonzar a nadie, ni romper ninguna regla de decoro, sin embargo, era necesario hacerlo para sentirme bien antes que nada.

Luego se quedó dormido, pensando en sus planes para la mañana siguiente.

Capítulo 05

Eugenie se despertó inexplicablemente feliz. Entonces, abrió los ojos, saltó de la cama, se acercó a la ventana ahora abierta, corrió las cortinas y respiró hondo, dejando que el aire fresco y el sol de la mañana entraran en su alma. Eran alrededor de las siete y media de la mañana. Sus planes eran seguir su rutina casi todos los días, vestirse con un vestido para el día, ir al jardín a cuidar sus violetas y luego desayunar con su cuñada Madeleine.

— Que hermoso día... Me imagino cómo será el jardín y mis violetas. Ah... un pozo—ti—sierra en la ventana, que bonito. — Dijo estirándose frente a la ventana, luego extendió su brazo para intentar tocar al pájaro cerca del balcón, pero el mismo vuelo.

Entonces, ella estaba de muy buen humor, incluso más que otros días, decidió hacer algo diferente. Eugenie, daba vueltas por la habitación con un brazo en alto y la otra mano en la cintura, como si un caballero imaginario la tuviera en brazos bailando un vals en un gran salón de baile. Abrió la puerta de su armario, miró entre los distintos vestidos y decidió que esa mañana quería algo apropiado, pero no un vestido cualquiera, sino un vestido apropiado para un paseo matutino, aunque fuera en su propio jardín.

— Éste. — Dijo tomando de la percha un vestido de muselina rosa claro estampado con diminutas flores blancas , para luego elegir un sombrero rosa , pero en un tono más oscuro.

Después de vestirse, sentarse frente al espejo del tocador, cepillarse su larga cabellera pelirroja, peinarse y ponerse su sombrero , protegiéndola del sol, le gustó lo que vio y salió de su habitación, dirigiéndose a el jardín. Sólo esperaba no encontrarse con algún sirviente chismoso o su doncella personal, quienes le preguntarían por qué estaba bien vestida para cuidar sus violetas en el jardín o incluso para un paseo matutino dentro de los muros de la mansión Crampton . Todos sabían que ella insistía en cuidar personalmente sus violetas, pero no con uno de los vestidos más jóvenes, que podría ensuciarse o algo así.

El jardín de los Crampton era hermoso y estaba bien cuidado, elogiado y copiado por varias otras mansiones de Edimburgo . Árboles plantados en lugares estratégicos para dar sombra y proteger del sol en determinadas horas de la mañana y primeras horas de la tarde. Algunos bancos de madera se extendían en partes del jardín, una fuente central que, al sentarse en su borde, el ruido del agua brotando y la brisa sonaba agradable. Flores de varios tipos, plantadas en parterres tipo damero y en un parterre específico, cerca de una verja lateral de hierro, a través de la cual los barrotes dejaban ver parte de la calle exterior, estaba el parterre con violetas de Eugenie. El jardín, los árboles y las flores eran todos hermosos, aunque algunos árboles tenían las hojas amarillentas del otoño, el invierno estaba por llegar y alcanzaría su esplendor en primavera.

La joven tomó la regadera de cobre, que pesaba un poco para algunas de las señoras con más faniquitos, se acercó a la fuente y la llenó. Llevándola con ambas manos, se acercó al lecho de violetas y comenzó a regarlas. Luego, colocó la regadera en el suelo y se agachó junto a la cama,

mientras se movía un poco, arreglando las flores.

— ¡Listo! Ya te han regado demasiado, más de eso terminará ahogándote. ¡Oh! ¡Qué hermosa eres! ¡Te amo! ¿Sabías que eras la flor favorita de mamá?

La joven conversaba alegremente consigo misma. Entonces fue cuando sintió que algo tocaba su espalda, como si fuera un guijarro ligero arrojado a propósito. Ella solo se movió, sacudió levemente su espalda, debió ser una estampa o un corsé flojo, ya que no lo apretó mucho solo para salir al jardín. Fue entonces cuando escuchó una voz.

— Señorita Crampton ... Lady Crampton .... — Una voz masculina, en tono serio, pero bajo y discreto, evitando llamar la atención de otros vecinos de la casa o de cualquiera que pasara por la calle.

Cuando la joven escuchó la voz masculina llamándola , todavía en cuclillas, rápidamente se dio la vuelta y se encontró cara a cara con un caballero alto y apuesto, de pie en la acera con las manos detrás de él, apoyado en la barandilla de la puerta, mirándola. Rápidamente se levantó , un poco asustada, todavía deslumbrada por la luz del sol de la mañana. Sin embargo, sintió mariposas en el estómago, sentía como si mariposas volaran dentro de su estómago, cuando lo reconoció como el apuesto caballero con el que se había topado el día anterior al salir de la tienda de ropa. Intentó disimularlo , ajustó su postura, golpeó sus manos cubiertas con guantes y cubiertas de tierra contra las faldas de su vestido y sin acercarse aún al portón habló discretamente. No quería que los sirvientes, y mucho menos Madeleine o Richard, presenciaran esa escena.

— ¿Llámame, señor? — Habló tímidamente mientras miraba en su dirección y sentía que su corazón se aceleraba.

— ¡Sí, milide ! Te llamo, la flor más hermosa de este jardín.

Eugenie nunca había oído tal coqueteo, al menos no de un caballero interesante, un hombre de verdad y no, durante algún evento religioso, un adolescente que intentaba subrepticiamente interpretar a un hombre adulto o a un primo inconveniente. Se acercó con pasos lentos a la puerta, que estaba a menos de dos metros de distancia, pero a medio camino se quedó quieta.

¡Eso es una locura, no puedo quedarme aquí en la puerta hablando con él! ¡Ni siquiera nos presentaron formalmente! Más aún sin la presencia de una escolta...

A pesar de ello, con cautela, impulsada por la curiosidad y la emoción, se acercó un poco más a la puerta. Él notó su vacilación y supo que lo que estaba haciendo no era apropiado.

— Lo siento, Mileide, sé que no es apropiado venir aquí sigilosamente y dirigirme a ti directamente. Pero permítanme presentarme: el capitán Robert Cliff Voldstok , hijo menor del difunto barón de Voldstok y oficial del ejército de Su Majestad el Rey. — El joven se quitó el sombrero de la cabeza, se inclinó respetuosamente hacia ella y tomó detrás de él una rosa roja que escondía.

— Una flor a otra flor. — El capitán, a través de los barrotes de la verja de hierro, extendió el brazo ofreciendo la rosa roja.

Por unos momentos, ella se quedó allí mirándolo , encantada por su gesto de traerle una rosa. No sabía si debía obedecer su corazón acelerado y acercarse aún más a la puerta o si debía obedecer el sentido común y las reglas sociales, regresando inmediatamente al interior de la mansión. Pero su mente trabajaba a una milla por minuto, al ritmo de los latidos de su corazón.

Vaya… que guapo es… se nota por su tipo físico y postura que es un militar. Un noble y militar no es heredero del título, sino un noble. ¿Quieres saberlo? Aunque no fuera nadie, ¡es tan guapo y viril! Y me trajo una rosa, que romántico...

—Encantado, señor Cliff. Soy Eugenie Crampton , hermana menor del Conde de Shurtland … — Habló tímidamente mientras se acercaba a la barandilla de la puerta, recibió la rosa y se la acercó a la nariz para oler su perfume. — Y muchas gracias por la rosa.

— La rosa tiene que agradecerte que esté en tus hermosas manos. En cuanto a su linaje, lo sé… — Robert habló con una sonrisa galante y rápidamente imaginó cómo se veía aún más hermosa, allí entre aquellas flores como telón de fondo.

— ¿Lo sabe? — Se cruzó de brazos, sonrió y preguntó con curiosidad. Ojos azules brillando con una extraña emoción. —¿Y cómo lo sabes?

— ¡Sí, milide ! Soborné a la sirvienta de la modista. Desde que nos encontramos accidentalmente anoche, llamaste mi atención de tal manera que intenté averiguar dónde encontrarte. Bueno, no se me quitará de la cabeza.

Escuchar eso alegró a la joven, pero al mismo tiempo sus pómulos estaban tan rojos que parecían brasas. Sin embargo, intentó disfrazarse y ser la Eugenie de siempre, la que antes del bache y de un caballero tan interesante se cruzó en su camino.

— Entonces, si he despertado tu interés y eres un caballero soltero, ¿por qué no estás cumpliendo con la etiqueta? ¿Y más bien venir aquí sigilosamente? — Preguntó con calma, pero con una leve mirada.

— Sé que me equivoco, milide , pero pretendo arreglar esto, haciendo todo según las reglas sociales. Si me lo permite, mañana le enviaré una tarjeta de presentación pidiendo permiso para hablar con el conde.

— Ya veo… ¿y por qué lo anticipaste? Si me ves hablando aquí a solas contigo, incluso con las rejas que nos separan, mi reputación podría verse comprometida...

— Y con mucho gusto arreglaría la situación de inmediato, Mileide. Pero, antes de hablar con tu hermano, necesitaría saber si me aceptas y si, sobre todo, aceptas esto...

El capitán Robert giró por completo su rostro, que antes estaba de perfil con respecto al de la joven, y dejó al descubierto su cicatriz de guerra, que ocupaba parte de la otra mitad de su rostro, contrastando con la belleza de la otra mitad. Eso dejó a Eugenie paralizada, en la emoción del golpe no había notado esa cicatriz, tal vez debido al sol cegador. Sin embargo, lo que la dejó aún más paralizada fue la forma en que se comportaba, queriendo saber de antemano su aprobación de la marca en su rostro, y solo después de estar seguro de que era aceptada, le pediría permiso a su hermano. Eso afectó aún más sus sentimientos.

— Te sorprendes, ¿no? ¿Náuseas? Ahora entiendes por qué necesitaba saber de antemano cómo reaccionaría...

La joven olvidó todas las reglas del decoro y se acercó a los barrotes del portón, levantando su brazo hacia el rostro de Robert , quien cerró los ojos al sentir el cariño de la mano enguantada mientras tocaba lentamente su cicatriz. Él abrió los ojos y la miró con una mirada apasionada y luego le tocó la mano y se la llevó a la boca, depositando un delicado beso en sus nudillos. La joven lo miró a la cara y luego a la escena, de él besándole la mano como si estuviera hipnotizada.

— Entonces, mi bella dama, que parece un hada pelirroja en medio de este jardín. ¿Qué dices? ¿Me aceptas?

— Sí… esta cicatriz no significa nada para mí…

— Me alegra saber eso y le enviaré mi tarjeta concertando una visita a su hermano.

Ella lo miró a los ojos, sus dulces ojos azules, lo estaba viendo de una manera diferente a como había visto a todos los niños hasta ahora.

— Estaré muy feliz y lo esperaré con ansias, pero ahora tengo que irme.

La joven se alejó lentamente de la barandilla de la puerta, luego se sujetó el dobladillo de la falda y le dio la espalda con pasos apresurados, temerosa de que alguien viera la escena, el pequeño crimen. Pero aún así escuchó su voz llamándolo y se volvió hacia él nuevamente.

—¡Esperar! Haré todo lo más rápido posible. Pero me gustaría mucho volver a verte antes de eso. Intenté reunirnos en la iglesia más tarde en la tarde...

Eugenie pensó confundida, su corazón decía sí y su razón decía no.

— No puedo prometerlo, pero lo intentaré.

Capítulo 06

Eugenie entró brincando en la casa, en ese momento su cuñada Madeleine ya la estaba esperando para el desayuno que solían tomar juntas. Principalmente, cuando Richard sale temprano para resolver algo relacionado con la administración del condado o el negocio familiar. Aunque los nobles siempre vivían fingiendo que no necesitaban trabajar, la vida de un conde tenía sus obligaciones. La joven salió a la terraza, donde en esa época del año solían desayunar. De hecho, una costumbre sugerida por Madeleine debido al agradable clima otoñal y que todos aprobaron. Pronto tendrían que abandonar esa costumbre con la llegada del invierno. Madeleine ya estaba en la mesa desayunando .

—¡Eugenie! ¿Dónde estabas? Una de las criadas dijo que la vio salir a cuidar sus violetas en el jardín, pero no pensé que tardaría tanto. Ya he empezado incluso a comer, tengo mucha hambre y tu sobrino o sobrina no para de patalear aquí. — Habló amablemente y se frotó el vientre.

Eugenie y Madeleine tenían una relación de hermanos, una verdadera complicidad. Sin embargo, la cuñada era consciente de que en ocasiones necesitaba frenar un poco a la joven, cuando pensaba que podría estar metiéndose en algo que podría comprometer su reputación o algo así.

— ¡Mi querida cuñada, necesito decírtelo ! — La joven inmediatamente sacó la silla, se sentó y la acercó a su cuñada, apenas alisándole las faldas mientras se sentaba.

— Acabo de encontrarme con un señor en la puerta y hasta me trajo esta rosa. Mira que hermosa es. — la joven se llevó la rosa a la nariz, inhaló profundamente y luego la colocó en su regazo con cuidado.

— ¿Qué quieres decir con Eugenie? ¿Estás recibiendo rosas de un caballero en la puerta? ¿Hablaste solo? ¿Sin compañero? — La cuñada dejó caer la taza de té sobre el platillo y preguntó escandalizada. Por la clase social de la que provenía tal vez esto era común, pero estaba segura que para una dama no lo era.

— ¡Sí! ¡Pero cálmate! No es un caballero cualquiera: fue el caballero con el que me encontré

ayer por la mañana al salir de la tienda de ropa. — Cogió la taza de té y tomó un generoso sorbo para acompañar el bollo.

— ¿Pero, Eugenie? ¿Como esto? ¡Ay dios mío! Creo que Helen tenía razón...

— ¡Hellen es una criada personal muy chismosa! — La joven hizo un puchero y con el dedo índice señalando habló emocionada.

— Hmm… tal vez sí, pero le fue bien en ese sentido. Recuerda que eres una chica de dieciocho años, estás a punto de participar en tu primera temporada social en busca de un buen matrimonio con un noble y necesitas proteger tu reputación. ¡¡¡Oh!!! Hablando de eso, ¿dónde está esa joven que no podía esperar a que llegara la temporada y ser recibida en Londres por su hermana, la duquesa Emily?

Eugenie al escuchar esto quedó confundida y sorprendida al mismo tiempo. Bueno, de repente recordó la temporada social y la importancia que tenía para ella hasta hace unos días. Sin embargo, si era tan importante, como lo había olvidado, era como si de un momento a otro hubiera dejado de serlo. La inteligente joven se dio cuenta de que Madeleine estaba analizando su reacción. Entonces, puso una excusa, tratando de engañar a su cuñada e incluso a ella misma.

— Ah, cuñada, no te he olvidado. Pero todavía tenemos tiempo. Estamos a finales de otoño, aún queda invierno y luego llegará la primavera junto con la temporada social londinense.

— Um… lo sé… hasta entonces, ¿se porta bien, señorita? Gossip viaja a gran velocidad desde Edimburgo a Londres. Yo diría que es incluso más rápido que la diligencia con las cartas de correos . — Madeleine la miró mientras se llevaba un panecillo a la boca.

— Prometo portarme bien, cuñada, pero ahora necesito un pequeño favor de tu parte. Un favor de una verdadera hermana, porque así te veo.

— ¿Cual? Eugenie... mira lo que estás intentando hacer...

— Entonces, primero, total secreto con Richard, y luego esta tarde, ven conmigo a la iglesia. El Capitán Cliff quiere verme, prácticamente organizamos una reunión secreta. Qué romántico, ¿verdad?

— Dios mío. — Se llevó la mano a la boca, sorprendido. — Esto sólo es romántico en los libros románticos de Eugenie, en la vida real podría comprometer tu reputación...

— Será un encuentro discreto, prácticamente no nos acercaremos mucho y tú serás mi escolta, pero sin que Richard sepa nada todavía.

Madeleine pensó por unos momentos, sabía que no era precisamente una buena idea, pero también sabía que por más inteligente y astuta que fuera Eugenie, sería capaz de encontrar la manera de ir sola. Entonces, era mejor para ella unirse como cómplice y observar, pero con algunas condiciones.

— Está bien, lo seguiré, pero primero tengo que imponer algunas condiciones : quiero que me cuentes exactamente todo lo que pasó en esa reunión en la puerta esta mañana.

— ¡Trato! — Eugenie juntó las manos y aplaudió alegremente.

—¡Esperar! Hay una más : exijo que después de la reunión de esta tarde en la iglesia, este caballero envíe mañana una tarjeta de presentación a Richard, pidiéndole ser recibido aquí en la mansión. Por supuesto, Richard entenderá que el motivo probablemente será cortejar a su única hermana soltera.

— ¡Lo hará, lo prometo! Incluso me lo prometió en la puerta.

— Eugenie, sólo tú puedes sacarme de mi período de encierro. Pero ir a una iglesia no despertará las sospechas de Richard ni la censura de la gente. Ahora cuéntamelo todo y no trates de engañarme, ¿me oyes?

Las dos jóvenes intercambiaron confidencias en la mesa de café aún puesta, y a veces bajaron el tono cuando una doncella entró para dejar algo en la mesa. Después de todo, no quería que el asunto se extendiera entre los sirvientes, sin mencionar que Madeleine estaba siendo cómplice y ocultaba algo a su marido Richard.

— Ahí está — susurró Eugenie al oído de su cuñada, tan pronto como los dos cruzaron la puerta principal de la iglesia católica de Edimburgo.

Eugenie lució un vestido de seda verde agua, talle alto, guantes blancos, un sombrero del mismo tono, que se quitó al entrar a la iglesia, reemplazándolo por un delicado velo de tul que cubría su cabeza. Madeleine, lució un vestido azul oscuro, acorde a su estado de embarazo y además era una señora casada, la condesa de Shurtland . A veces, cuando escuchaba que alguien la trataba así, todavía no podía creerlo, incluso después de dos años.

Al costado de la iglesia, estratégicamente cerca del velorio , Madeleine vio a un caballero, alto y guapo, vestido con un abrigo negro y pantalones color crema. Tal como Eugenie lo había descrito, incluso le habían advertido sobre la cicatriz y por qué él había venido a hablar con ella de antemano antes de pedirle permiso oficial a su hermano.

— Es un buen caballero, lo admito, pero recuerde, la estoy vigilando, ¿señorita? Quédate aquí cerca de mí.

— Ah, querida cuñada, sé buena conmigo. Voy a encender subrepticiamente una vela allí, nadie se dará cuenta. — Suplicó insistentemente la joven tocando el brazo de su cuñada.

— Eugenie… ¿nadie se dará cuenta? Este truco de encender una vela en el velorio para hablar con el chico que se acerca está bien aprovechado, ¿sabes?

— Hmm... pero la iglesia está vacía, solo una matrona u otra...

— Ellos son los que chismean. Sin embargo, vete, yo me quedaré aquí y miraré. Especialmente porque quiero que confirmes que mañana le enviará su tarjeta de presentación a Richard.

Eugenie caminó elegantemente hacia el velorio , bajo la atenta mirada de Robert , que ya vigilaba el lugar. Tomó una vela, la encendió y la colocó en el lugar junto a tantas otras. De pie allí con el corazón acelerado, sintiendo mariposas en el estómago, de espaldas a la celebración que aún no había comenzado. De repente sintió una sombra formarse detrás de él, luego alguien a su lado , mientras también colocaba una vela en el área, como una forma de disfrazarse.

— Me alegro de volver a verla, Lady Crampton o Eugenie si se me permite...

— Sr. Cliff, Capitán Cliff...

— Robert , por favor llámame Robert ...

— Lo siento, pero no sería apropiado llamarte por tu nombre. Ni siquiera nos hemos presentado formalmente todavía...

— Lo entiendo, pero mañana enviaré mi tarjeta de presentación al conde, su hermano.

Eugenie se alegró de oír eso, sus ojos azules brillaban, pero no podía mirarlo. De hecho, los dos estaban hablando uno al lado del otro sin mirarse, fingiendo que simplemente estaban allí encendiendo una vela por devoción.

— ¿Quién es ese que nos acompaña y nos mira? — Preguntó mientras echaba una mirada discreta hacia el lado opuesto.

— ¡Oh! Ella es mi cuñada Madeleine, condesa de Shurtland , la esposa de mi hermano. Una hermana para mí. Ella lo sabe todo desde nuestro primer encuentro en la puerta y está preocupada por mi reputación. Teme que las cosas evolucionen de tal manera que no haya ningún compromiso sino mi ruina.

— Bueno, dile que el capitán Robert Cliff, de los ejércitos de Su Majestad el Rey, tenga sólo una palabra y mañana por la mañana enviaré una tarjeta de presentación a su hermano, demostrando mis serias intenciones.

Eso hizo feliz a Eugenie, al mismo tiempo tímida, incluso logró sonreír antes de bajar la cabeza. Sin embargo, sintió que su corazón se aceleraba cuando sintió su mano grande y fuerte tocar discretamente la de ella y acariciar suavemente sus delicados dedos sobre el guante blanco.

— Yo... yo... esperaré.

Habló la joven, antes de soltar delicadamente su mano, a pesar de haber disfrutado mucho del

cariño, se alejó hacia su cuñada quien la esperaba en una de las bancas de la iglesia.

Capítulo 07

El Conde Richard en su estudio, sentado en su escritorio, tenía la cabeza gacha, estudiando minuciosamente algunos documentos relacionados con las finanzas del condado de Shurltand .

La oficina tenía una decoración oscura y austera, heredada de su difunto padre. No reflejaba bien su personalidad, pero nunca le importó hacer un verdadero cambio de imagen en los muebles oscuros, las pesadas cortinas de terciopelo azul marino y las ventanas que daban a los jardines de la mansión. De repente escuchó un golpe en la puerta.

— ¡Adelante!

Su mayordomo entró en la habitación, con su uniforme negro, postura solemne, llevando una bandeja de plata en la mano.

— ¡Disculpe, mi señor! Acaba de llegar una tarjeta de presentación para usted.

—Déjame verlo.

El mayordomo colocó la pequeña bandeja de plata sobre el escritorio y Richard tomó la tarjeta de presentación. Incluso antes de leerlo, notó de lejos que era de muy buena calidad. Tomó la tarjeta con una mano y rápidamente la leyó en silencio.

Robert Cliff Voldstock (Capitán del ejército de Su Majestad, hijo del barón Voldstock).

El Conde Richard se quedó helado al leer ese apellido, su piel se puso pálida, visiblemente perturbada ante los ojos del mayordomo que esperaba una respuesta sobre si lo recibiría o no. Algo de buen tono, un noble, si no había desacuerdos, nunca se negaba a recibir al otro.

— ¿Hay algún problema, mi señor? El sirviente personal del Capitán Cliff espera afuera la respuesta. Creo que quiere organizar una visita oficial a casa.

Richard, pensó un poco, miró el cristal de la ventana a su izquierda, le vino a la mente el recuerdo de su padre en su lecho de muerte, pero trató de ocultarlo. Después de un momento, miró al mayordomo con sus grandes ojos almendrados, del mismo tono que los ojos de su

hermana Emily, y preguntó.

—¿Es este caballero hijo del barón Voldstock ? ¿Cuál? — Preguntó con recelo.

— ¡Sí, mi señor! Hijo menor del barón Voldstock . No es heredero del título, pero sí respetado como héroe de guerra en los ejércitos de su majestad.

Richard se quedó helado cuando escuchó la mención de su *hijo menor* , pero trató de ocultarlo, tenía que actuar con discreción, no veía la necesidad de hacerlo. En cierto modo, no podía negar que junto a ese sentimiento venía cierta emoción. Al final...

— ¿Siguen los Voldstock en la sociedad de Edimburgo? Casi no los veo en los bailes...

— En realidad, señor, la baronesa es una viuda demente , por lo que lleva mucho tiempo alejada de las actividades sociales. El Capitán Cliff regresó recientemente a Edimburgo y aparentemente llegó para quedarse...

— ¿Puedes decir lo que quiere? ¿Por qué solicita una visita? Nunca tuvimos vínculos amistosos y, por lo que sé, pasó mucho tiempo fuera de Edimburgo en la escuela militar, y también sirvió en las colonias.

— Si se me permite ser indiscreto, milord, creo que debería pedir permiso para cortejar a lady Eugenie. Escuché de las criadas que hace dos días, las dos se encontraron cuando la modista se iba.

— ¡Maldición! — gritó, Richard enojado golpeó la mesa, los papeles incluso se derramaron por el suelo de la oficina y el mayordomo se agachó para recogerlos.

Lo que escuchó del mayordomo lo enfureció, no sólo por su apellido, sino principalmente por probablemente Tiene que ver con Eugenie. Al mismo tiempo, hago eco en su mente de las últimas palabras de su difunto padre, el conde Sebastian Crampton , y del juramento prestado.

Y como no es sólo mi secreto , sino que implica el honor de una dama, ¡prométeme que nunca lo revelarás! Júrame que pronto seré solo un recuerdo...

Richard sintió ganas de arrugar su tarjeta de presentación, pero no creía que debía hacerlo delante del mayordomo. Además , no odiaba la visita en sí, pero esa visita para cortejar a Eugenie estaba definitivamente prohibida en esa casa. El mayordomo tenía experiencia, se dio cuenta de que algo andaba mal, que al conde le había molestado su apellido, pero intentaba ocultarlo.

— Entonces, ¿mi señor? ¿Qué le digo al sirviente personal que espera afuera de la mansión?

— ¡Diles que el conde Richard Crampton no te recibirá!

—¿Está seguro, mi señor?

— ¡Absoluto! Ahora pídele a una criada que llame a Eugenie, quiero hablar con ella .

—No, mi señor. Disculpe .

Eugenie estaba en su habitación, de pie, mirando felizmente por el gran ventanal que daba al jardín. El viejo roble era tan alto y tenía ramas que golpeó la ventana de su habitación, que estaba en el segundo piso, al lado de la de Richard. Una joven rebelde y valiente podría incluso utilizarlo como una forma de escapar de casa en plena noche para encontrar un novio apasionado. Pero no veía la necesidad de hacerlo e incluso tenía un poco de miedo de subirlo. Le gustaba mucho observar los pájaros que se posaban en las ramas cercanas y cantaban. Vestida con un vestido de muselina de color amarillo claro, eso era lo que estaba haciendo, mientras sonreía al viento pensando en Robert y que su tarjeta de presentación debería estar cerca de llegar a la mansión.

Cuando escuchó un ligero golpe en la puerta, se giró rápidamente, dándole la espalda a la ventana, eran casi las diez de la mañana. Sospechaba que había sucedido lo que había estado esperando ansiosamente.

— ¡Adelante! — Respondió con voz musical.

— Mileide, el conde desea verte en su despacho.

— ¡Por supuesto! Iré en un segundo. — Dijo con una sonrisa.

Sabía que Richard no era así, tan solemne, tan serio, pero apostó que se debía a las circunstancias y la importancia de la visita . Ella Salió saltando como una niña grande hacia el despacho de su hermano, que estaba en otra ala de la casa, lejos de los dormitorios.

Capítulo 08

— ¡No puedo creer lo que estoy escuchando! ¡No puedes hablar en serio! — Parada allí frente a Richard, la joven pelirroja, con la boca abierta , se cruzó de brazos y golpeó con el pie con enojo. Era una mezcla de furia y decepción. Sus ojos estaban fijos en su hermano y no podía creer lo que estaba escuchando.

Frente a ella, sentado en su escritorio, Richard intentó interpretar al hermano autoritario, por mucho que le doliera, porque ese papel no le convenía. Un hermano responsable de sus hermanas sí, pero autoritario no.

— ¡Eso es exactamente lo que escuchaste! Rechacé la visita del Capitán Cliff, ambos sabemos cuál sería el motivo de esta visita y ¡no permitiré que te corteje! ¡Si insiste, le advertiré que se mantenga alejado de ti!

— ¡Pero no puedes hacer eso!

—¡Por supuesto que puedo! ¡Soy el cabeza de familia, responsable de mis hermanas desde que murió nuestro padre! Ahora eres la única soltera, así que sólo soy responsable de ti y no me hables así de grosero, jovencita.

El Conde habló enojado, golpeando la mesa, esa situación ya lo estaba estresando demasiado. Con tantas chicas nobles en edad de casarse en la sociedad escocesa, ¿ tenía que elegir el hijo de la baronesa de Voldstok a Eugenie?

— Ah, y ahora juegas conmigo al hermano autoritario, pero olvidas cuando estuve a tu lado en tu historia de amor con Madeleine.

Richard, mirándola de nuevo, había vuelto a mover los papeles sobre el escritorio como una forma de disfrazarse y terminar la conversación. Sin embargo, escuchar eso le dolió la conciencia, pero trató de ocultarlo.

— ¡Porque sé lo que es mejor para ti! Ah, ¿no era esa la joven que estaba muy emocionada por participar en su primera temporada social? ¡Listo! Cuando empiece la temporada encontrarás un nuevo pretendiente, apuesto que lloverá de admiradores y propuestas.

todos en la casa realmente conocían su deseo de participar en la temporada social y su emoción por ser la primera. Cuando hace dos años enviaron a su hermana Beatrice a Londres para participar y ella no pudo ir porque su hermano pensaba que era demasiado pequeña , estaba contando los meses hasta que llegara su turno. Ahora, de repente, parecía no importar en absoluto...

— Bueno, ya sabes, ¡ya no me importan más temporadas sociales! Quiero que aceptes al Capitán Cliff o me des una buena razón para no hacerlo , ya que no veo ninguna en particular.

Ella dijo esto, rezando para que él no encontrara una buena razón, porque se sentía enamorada de él y no quería rendirse tan fácilmente. Ella era terca y planeaba acosar a Richard hasta lograrlo. Sin embargo, Richard no se dejó intimidar, no estaba dispuesto a ceder.

— ¡Todo está bien! Ya no quiere participar en la temporada de Londres, ¡no participará! Le escribiré a nuestra hermana Emily para hacerle saber que no la volveremos a esperar la próxima primavera. Edimburgo tiene grandes citas que podrían ser tu marido. — Habló decididamente.

Eugenie continuó parada frente a él, solo con los brazos cruzados , actuando como si fuera indiferente a lo que él decía sobre Edimburgo y los nuevos pretendientes. Los ojos azules brillaron de ira. Entonces, escuchó a su hermano terminar...

— Aún queda el primo Edgard. Todos sabemos que está interesado en ti. Le encantará ser tu marido, si rechazas a los demás pretendientes que aparecen...

Los ojos de la joven se abrieron cuando escuchó eso, descruzó los brazos, colocó ambas manos sobre el escritorio y prácticamente se inclinó sobre él, mirando a Richard con una expresión suplicante.

— ¡El primo Edgard no! ¡Por favor no! ¡Ese insufrible y presuntuoso! Sabes que no lo soporto.

— Entonces, te sugiero que te mantengas alejado de ese Capitán Cliff y aceptes el cortejo de otros chicos, cuando la sociedad se presente oficialmente, ya sea aquí en Edimburgo o Londres.

— Richard... dame al menos una razón para no aceptar que Robert me corteje ... — Habló con expresión suplicante , tratando de ablandarlo.

— ¿ Robert ? Ah, ¿ya lo llamas por su nombre? Sabes que esto no es apropiado. ¡La respuesta es no y listo! ¡Fin del tema! Ahora déjame en paz, porque quiero terminar de mirar estos papeles antes del almuerzo.

La joven lo miró con grandes ojos azules, llenos de lágrimas a punto de caer, sujetó las faldas de su vestido con ambas manos y bruscamente le dio la espalda, saliendo por la puerta con pasos firmes hacia su habitación. Tan pronto como salió de la oficina, se cruzó con Madeleine.

— Eugenie, cariño, ¿qué pasó? ¿Por qué estás tan apurado y llorando ? — Dijo mientras tocaba el brazo de la joven.

— Richard, cuñada. Tu marido fue terriblemente insensible conmigo, no comprende ni acepta la voluntad de mi corazón.

La joven, al decir esto, siguió sola secándose las lágrimas y Madeleine sospechó lo que podía

haber pasado. Aprovechando que estaba casi frente a la puerta del despacho de su marido, decidió acercarse a él y preguntarle el motivo. Podría esperar hasta la noche, cuando los dos estuvieran solos en la habitación, pero aún era la hora del almuerzo , no quería esperar tanto. Además, quería saber si podía ayudar a Eugenie. Me sentí como una niña encantada por su primer amor...

— ¡Adelante! — Respondió Richard al escuchar delicados golpes en la puerta, conocía bien ese suave toque.

— Gracias, mi amor. Richard... sin querer ser un inconveniente. Vi a Eugenie salir de aquí hace un momento. Estaba llorando... ¿qué oyes?

Richard la miró por un momento, estudiando su expresión facial, si ella ya sabía algo antes y no le dijo. Después de todo, eran muy cercanos. Sin embargo, Madeleine estaba embarazada de su primer hijo, no quería molestarla ni molestarla. Pensé que sería mejor simplemente resumir la historia.

— Sí, quiere que acepte la visita de un pretendiente que vendrá a pedirle permiso para cortejarla. Recibí su tarjeta esta mañana y mi respuesta es no. Ella no se conformó, pero lo hará, ya verás.

— ¿Eugenie se ajusta a algo? ¿Y por qué tu respuesta fue no? ¿No crees que es adecuado? ¿Le expliqué tus razones?

— No creo que sea adecuado y los motivos son cuestiones que no corresponden al caso.

— Entiendo... sólo espero que tu hermana también entienda. Algo que me resulta dificil....

Capítulo 09

Eugenie entró en su habitación, cerró la puerta con llave y se arrojó en la cama sollozando. No quería ver a nadie y mucho menos bajar a almorzar, que ya estaba cerca. Luego, con el rostro hundido en la almohada, con la mano cerrada, empezó a golpear el colchón de la cama.

— ¡No es posible! ¡No es posible que Richard me esté haciendo esto! ¿Por qué? ¡Ni siquiera me diste una buena justificación! ¡No quiero renunciar al Capitán Cliff!

La joven se volvió de lado en la cama, se abrazó como si quisiera abrazarse, consolarse. Sigo pensando:

Además me amenazó con darle la mano en matrimonio al primo Edgard, ¡me da asco ese pequeño presuntuoso! ¡Gracias a Dios apenas nos visita!

Tenía los ojos cerrados cuando escuchó un golpe en la puerta. Sólo esperaba que no fuera su criada personal, ya que su baño estaba completo y no necesitaba ayuda.

— Mileide... el conde y la condesa, los invitan a almorzar.

— ¡ Diles que no bajo a almorzar! ¡No quiero ningún almuerzo! Me quedaré aquí en mi habitación. — respondió Eugenie molesta, mientras con el dorso de la mano se secaba una lágrima de los ojos.

Después de un momento, escuchó los pasos de la criada alejándose de la puerta. No tenía hambre y mucho menos estaba interesada en compartir la mesa con Richard.

Su hermano, que siempre había sido tan comprensivo y comprensivo, ahora actuaba así, entristeciéndola mucho. Queriendo impedir tu felicidad con Robert .

Eugenie pasó toda la tarde encerrada en su habitación, sin abrir la puerta. La joven yacía de costado con la cabeza apoyada en la almohada, a veces llorando, a veces dibujando figuras imaginarias con la punta del dedo sobre la colcha. Finalmente oscureció , y llegó la hora de cenar en la mansión Crampton , la joven una vez más no bajó. Su cuñada volvió a ordenar que dejaran una bandeja en la habitación, a lo que ella volvió a negarse.

— Disculpe, mileide , la señorita Eugenie rechazó la bandeja una vez más.... — Sosteniendo la bandeja, la criada se acercó a la mesa donde estaban cenando Madeleine y Richard y advirtió.

Tan pronto como la criada salió del comedor, Madeleine interrogó preocupada a su marido. Sabía que Eugenie era terca, pero también sabía que la situación parecía ser más grave de lo que pensaba.

— Richard, ella se va a enfermar. No almorzó, ahora no quiere cenar . Esto parece más serio de lo que crees. Siempre fuiste tan humana, comprensiva, ¿no te da pena?

— Me alegra que me veas así, mi padre consideraba mi manera humana, una debilidad que no convenía a un hombre en mi posición.

— ¿Entonces? ¿Por qué no haces una excepción y aceptas el cortejo de este caballero hacia tu hermana? Después de todo, el chico también es noble y soltero, de buena familia. ¿Qué te detiene?

Richard detuvo la cucharada de sopa que se llevaba a la boca y miró a su esposa.

—Madeleine, cariño. Sé lo mucho que te gusta Eugenie como hermana, pero por favor mantente al margen de este asunto. No quiero que te enfades por tu condición y sé lo que estoy haciendo. — Habló seriamente, mirándola con ojos color miel oscurecidos por la preocupación.

Eugenie no se preparó para ir a la cama, simplemente acabó quedándose dormida con el vestido que llevaba desde la mañana, todavía en corsé, tendida en la cama de todos modos. Sin embargo, tenía el sueño ligero y alrededor de las diez de la noche se despertó con un ligero ruido, como si algo golpeara uno de los lados de la ventana de vidrio abierta. Abrió los ojos con asombro , dándose cuenta de que se había quedado dormida y debía ser hora de dormir.

Vaya... me quedé dormido... extraño, me pareció escuchar un ruido proveniente de la ventana...

Luego, apenas la joven terminó su pensamiento, volvió a escuchar el mismo ruido y esta vez una piedrecita rebotó en la ventana, cayendo justo en el medio de la habitación. La joven abrió mucho sus ojos azules asustada, miró el guijarro blanco en el suelo y luego la ventana abierta.

— ¡Dios mío! ¿Ladrones? ¿Debería llamar a Richard? — Dijo asustada. Pero luego pensó.

Espera... los ladrones suelen intentar colarse y no avisar de su llegada haciendo ruidos innecesarios...

Siguiendo este razonamiento, la joven se levantó de la cama y caminó lentamente hacia la ventana. La noche de otoño era agradable, ni fría ni calurosa, a pesar de que el invierno ya se

acercaba. Tan pronto como apareció en la ventana, miró el viejo roble con sus ramas rozando su ventana y la luna clara en el cielo. Cuando miró hacia abajo casi muere del susto, tuvo que taparse la boca con su propia mano para no gritar al escuchar una llamada.

— Lady Crampton ... Eugenie... — Una voz profunda y masculina la llamó suavemente como queriendo evitar despertar la mansión. Ella inmediatamente reconoció esa voz.

— ¡Dios mío! Capitán Cliff... ¡Robert !

De esa manera miró hacia abajo, viendo en el suelo, medio escondido detrás del grueso tronco del viejo árbol, a su amor: el Capitán Robert Cliff, quien en ese momento ya se llamaba Robert en su corazón , simplemente Robert ...

—¿Estás loco? ¿Qué estás haciendo aquí? Algún sirviente podría verlo , ¡o incluso mi hermano! ¿Y cómo encontraste la ventana de mi dormitorio? Vete...— Se asomó a la ventana y habló en voz baja para que sólo él pudiera escucharla.

— No me voy y estoy loca, mileide , locamente enamorada de ti. Nada que unas pocas monedas para un sirviente no puedan revelar... — El capitán, vestido con abrigo, pantalón y botas negros, precisamente para camuflarse en la oscuridad de la noche, respondió con voz firme.

— ¡Pero no puedes quedarte aquí! Arruinarás mi reputación si te ven aquí a esta hora o si alguno de los sirvientes chismea. Además de mi hermano... — Eugenie, apoyada en el alféizar de la ventana, intentó hablar en voz baja, pero de forma que él pudiera oír.

— Ya sé que tu hermano negó mi solicitud de cortejarte. Sin embargo, no pienso rendirme y si ese también es tu deseo...

— Sí… también es mi voluntad… — Habló con voz avergonzada y el rostro sonrojado.

—Entonces baja aquí. En cuanto a tu reputación, repararé cualquier daño que pueda causarle. Tiene mi palabra de caballero. ¿No confías en mí?

— ¡Sí! ¿Pero bajar ? Los sirvientes me verían salir por la puerta o incluso podrían vernos en el jardín...

— No hablo por la puerta, sino por tu ventana. Las ramas del roble te ayudaron y yo estoy aquí para apoyarte.

— ¿Para descender? ¿Por aquí? ¿Estás loco? — Eugenie miró la copa del árbol, las ramas a la altura de su cara y luego hacia abajo con los ojos muy abiertos.

— Querida, ¿tienes miedo a las alturas?

— No exactamente. Cuando era niño incluso jugaba en los árboles. Pero mirándolo así, da un poco de miedo caerse. Además de no ser apropiado...

— ¡No te caerás, porque yo te ayudaré! Créame, soy un oficial de guerra entrenado, ¿lo ha olvidado? Como corresponde, los caminos que nos llevan al amor no siempre son los adecuados...

Luego de reflexionar por unos segundos, la joven volvió a entrar en la habitación, para comprobar si la puerta estaba bien cerrada, acercándose nuevamente a la ventana, miró hacia abajo y vio a su amor, tan hermoso y viril, esperándola con los brazos abiertos. dispuesto a ayudarla a bajar de forma segura. También prestó atención al silencio y la penumbra del jardín, parecía que todo era adecuado para ellos.

— ¡Está bien, confío en ti! Acepto tu ayuda para descender.

— Vale, empieza por quitarte los zapatos o las botas y baja descalzo, empezando por esta rama del árbol que sea más fuerte y más cercana a ti.

— Espera, voy a conseguir un chal para ponerme sobre los hombros. No llevo suéter, pero el clima puede cambiar.

Capítulo 10

— ¡Listo! ¡Ahora estás a salvo en mis brazos! — Dijo Robert mientras la apoyaba y envolvía a Eugenie en sus fuertes brazos apenas tocó el suelo.

A Eugenie se le puso la piel de gallina cuando escuchó esa voz profunda en su oído y el calor de su cuerpo contra el de ella. El olor de su jabón de afeitar entró en sus fosas nasales, un aroma agradable y a la vez tan varonil. El corazón de la joven estaba acelerado, emocionada por estar allí, pero al mismo tiempo asustada por el hecho de que alguien pudiera verla, arruinar su reputación y además desobedecer a su hermano. Sin mencionar que era tímida, debido a toda la comprometedora situación, algo que no se adaptaba a su forma de ser. Por eso enterró su cabeza en el hombro de su amante tan pronto como tocó el suelo y se acurrucó entre sus brazos, incapaz de enfrentarlo.

— Robert … no nos pueden ver aquí, de hecho no deberíamos estar aquí… Sin escolta y más en este momento.

Robert llevó su mano fuerte a la cabeza de la joven y acarició suavemente su cabello rojo recogido en un moño, el peinado que llevaba por la mañana.

— No tengas miedo… en realidad no podemos. Pero no nos dejan alternativa al no otorgarnos el derecho a estar juntos, sin un buen argumento de por qué no podemos. Tengo la mejor de las intenciones, además soy noble, soltero y de buena conducta.

— Yo tampoco lo entiendo... Richard siempre ha sido un hermano muy amigable y cómplice y ahora me sorprende con esta actitud. Desgraciadamente tengo que obedecerle, al menos hasta que encontremos una manera de convencerle o darnos una buena razón para negarnos.

Robert, que le acariciaba el pelo rojo, le tocó suavemente la barbilla y la obligó a mirarlo. Luego la besó en la frente y la abrazó aún más, camuflada bajo la sombra del grueso tronco del viejo roble del jardín. La noche era agradable, la luna brillaba en el cielo dejando algo iluminado el jardín, y el tronco de roble era el escondite perfecto. Mientras no aparecieran criados insomnes para inspeccionar la casa, las puertas y el exterior.

— ¿Estás prometida a alguien? ¿Algún familiar? ¿ Amigo de la familia ? — preguntó Robert , mirando sus soñadores ojos azules.

— ¡No, no! De hecho, todo estaba listo para que me presentaran a la sociedad londinense en esta próxima temporada social. Mi hermana, Duquesa de Cantrell , ya me espera como anfitriona y la intención es que reciba propuestas de matrimonio.

— Mm... ¿y tú? ¿Es eso lo que quieres? ¿Ir a Londres y participar en varios bailes , conocer la sociedad londinense y recibir una propuesta de matrimonio entre los habituales de la temporada?

Por unos instantes la joven permaneció en silencio, con sus brazos alrededor de su cintura, sus rostros a unos centímetros de distancia. Sin embargo, ella tenía los ojos bajos y las mejillas enrojecidas ante su pregunta. Le daba vergüenza admitir una realidad que incluso para ella era nueva.

— Desde que era niña cuando mi hermana mayor se casó con el Duque y se fue a vivir a Londres, y luego mi hermana Beatrice también participó hace dos años, era todo lo que más deseaba. Sin embargo, de repente todo se volvió tan poco importante, ya que… — La joven contuvo sus palabras.

— ¿Desde qué, querida? — Sus ojos color miel brillaron.

— Desde que te conocí , Robert — dijo Eugenie tímidamente, con los ojos bajos.

Cuando Robert escuchó esa confesión, quitó los brazos de la cintura de la joven, levantando los brazos y con ambas manos sostuvo el rostro de Eugenie, obligándola suavemente a levantarlo un poco más. Entonces, bajó la cabeza y depositó un beso en los párpados de la joven, los cuales automáticamente quedaron entrecerrados. Luego lentamente colocó sus labios firmes debajo de sus suaves labios, mordisqueándolos, sintiendo que ese era sin duda su primer beso. Tras ello, introdujo suavemente su lengua, lo cual la joven recibió con emoción. Entonces compartieron un beso rápido y delicado, el primer beso de Eugenie. Uno de sus brazos ahora estaba firmemente alrededor de tu cintura, la otra mano todavía sostenía tu cara. Sus lenguas se entrelazaban delicadamente en sus bocas, como si bailaran al son de una dulce sinfonía. En cuanto a Eugenie, estaba en éxtasis, una mezcla de curiosidad, cuerpo temblando de emoción y miedo de ser vista. Robert al darse cuenta de esto, la guió caminando unos pasos más, sin romper el beso, y la apoyó

contra el tronco del roble, para luego apretar su fuerte cuerpo contra el de ella. De esta manera ella ya no estaría tan temblorosa y estarían más protegidos en la sombra que proyectaba el árbol contra la luz de la luna.

Eugenie, era una niña pura, pero no tonta, tal vez ya no tendría a su madre con quien hablar de su noche de bodas cuando se casara, pero ya había escuchado varias conversaciones de las criadas y sabía que los bebés no habían sido traído por la cigüeña desde que tenían dieciséis años.

Eugenie sintió que su respiración se hacía más dificultosa a medida que el beso que comenzó dulce se intensificaba. Las manos de Robert acariciaron su espalda, sus hombros y ahora se metieron debajo de su chal e intentaron acariciar sus senos, que intentaban pasar por debajo del escote. Su respiración también adquirió un ritmo fuerte y rítmico mientras hacía esto. Cuando le quitó el chal de los hombros y dejó al descubierto su escote por completo, besando la curva de su blanco y delicado cuello y dirigiéndose a sus pechos por encima del escote en forma de U.

— Robert , no podemos , tengo que entrar — Dijo la joven mientras rompía el beso y con las mejillas sonrojadas, respirando pesadamente, lo apartó un poco con las manos, pero sin mucha certeza. — Además, mi reputación...

—Escucha querida , ya te dije que me comprometo a reparar tu reputación con una propuesta de matrimonio. Si se me permite ser atrevido, la manera más fácil y rápida para que tu hermano acepte nuestro amor sería comprometer su reputación aquí y ahora.

Eso tomó por sorpresa a Eugenie, era conocida como una chica testaruda, pero no tan audaz. Al menos eso no era lo que estaba en sus planes cuando bajó al jardín en plena noche.

— Lo siento, mi ángel… ¿te asusté? ¿Fui grosero contigo? Lo digo porque aunque no soy viejo, mi vida en el campo de batalla me ha dado experiencia en estrategias.

— Robert … solo el hecho de que esté aquí contigo en este jardín solo, a esta hora de la noche, es motivo suficiente para que necesites reparar mi honor. Sin embargo, mi hermano es tan inflexible que sospecho que me regañaría mucho y silenciaría el asunto entre los sirvientes. Eso no conduciría a un matrimonio...

—Tú que lo conoces tan bien piensas eso, así que debe ser verdad. Entonces, ¿huiremos? Nos casaríamos en Gretna Green. Aunque sigue siendo Escocia, las leyes matrimoniales son más indulgentes y la boda suele tener lugar inmediatamente.

— ¿Para escapar? ¿Como esto? No me casaría con los honores a los que tenían derecho mis hermanas y amigas, una gran fiesta, con la bendición de mi hermano, pulpa...

— ¿ Y preferirías casarte con esta pompa o con alguien que tenga todas las condiciones para brindarte la misma vida a la que estás acostumbrada de soltera y que esté enamorado de ti, tal como tú también dices que me quieres?

La joven pensó un poco, sí tenía razón, casarse con él sin pompas haría su corazón más feliz

que casarse con toda la pompa y moda, con cualquier pretendiente, uno que no fuera el elegido de su corazón, le traería una gran tristeza. . Entonces ella consideró la propuesta. Todavía pensaba en las amenazas de Richard hacia su primo Edgard.

— Robert , ¡te prefiero a ti! Pero prefiero huir para casarme que hacer cualquier cosa hoy aquí en este jardín. — ella se arrojó a sus brazos emocionada, lo abrazó fuerte y se besaron una vez más.

— ¡Entiendo, querida y respeto tu decisión! Entonces, ¿aceptarás escaparte conmigo esta semana para que podamos casarnos?

— ¡Sí, acepto!

— Bueno, no te preocupes, empezaré a organizarlo todo y buscaré la manera de que te llegue el mensaje, con la hora y el día en que nos escaparemos. Definitivamente en plena noche .

La pareja de enamorados se abrazó nuevamente y se besó nuevamente . Robert, después del beso, la levantó del suelo y la hizo girar en sus brazos con felicidad. Cuando la colocó en el suelo la volvió a sostener en sus brazos, no quería soltarla ni un solo minuto.

— Robert , ahora vete, tengo miedo de que me vean aquí y a ti tampoco te pueden ver, irrumpiste en una casa en medio de la noche. Incluso podrían dispararme y Richard me vigilaría. — dijo Eugenie, temerosa de ser descubierta allí.

— ¡Está bien, ya voy! Pero primero déjame ayudarte a levantarte nuevamente, te llevaré en mis brazos hasta esa rama más cercana. — Robert habló finalmente.

— ¡Está bien!

Entonces, la pareja lo hizo . En la habitación de Richard, que no estaba lejos de la habitación de su hermana, las ventanas estaban cerradas y él dormía profundamente. Aun así , cuando entró a su habitación después de trepar con dificultad al tronco del árbol, y luego saltar desde la rama más alta hasta la ventana, el ruido despertó a su hermano.

— ¿Qué pasó, mi amor? — Madeleine, con su gran barriga y acostada de lado, se despertó con su marido moviendo la cama.

— Qué extraño, escuché un ruido sordo como si alguien hubiera saltado algo. Creo que iré a la habitación de Eugenie...

— Ay no, mi amor... la pobre debe estar durmiendo tristemente y la despertarás innecesariamente. Vuelve a dormir. — Madeleine, se acercó aún más a él en la cama y se acurrucó en sus brazos.

— Está bien... pero mañana por la mañana les pediré a los sirvientes que cuidan el jardín que busquen huellas fuera de la casa.

Capítulo 11

Un pájaro cantó ruidosamente en el alféizar de la ventana abierta. Eugenie se removió en la cama, abrió lentamente los ojos y miró hacia la ventana. El pajarito con su pelusa amarilla y su dulce canto la despertó con la altura y melodía de su canto. Había olvidado que la ventana estaba abierta la noche anterior y las cortinas también, debían ser más de las ocho de la mañana, ya que el rayo de sol ya estaba cerca del tocador.

De repente la joven se sonrojó, sus ojos azules brillaron, se llevó sus manos blancas a sus labios rojos y carnosos. Mientras sus finos dedos exploraban sus labios, sonrió soñadoramente, sintiendo mariposas en el estómago al recordar los acontecimientos de la noche anterior.

Parece un sueño... Robert estaba aquí... me tomó en sus brazos y me besó...

Todavía es difícil creer que tuvo el coraje de pasar por esa locura la noche anterior y haber sido besada por el Capitán Robert Cliff, ahora solo Robert , su Robert .

Su primer beso... y lo mejor de todo: él estaba enamorado y ella también. Ambos allí bajo la luz de la luna, escondidos a la sombra del viejo roble del jardín, planeando permanecer juntos y luchar por este amor.

El estómago de Eugenie gruñó, se dio cuenta de que tenía hambre. Después de todo, no había comido desde el día anterior , después del disgusto con Richard. Incluso pensó que si no fuera por los arrebatos de pasión, ya se habría desmayado, como dijo el ama de llaves: *Una bolsa vacía no se mantiene en pie.*

La joven saltó de la cama de buen humor y se preparó para hacer su aseo matutino. Estaba tan feliz que decidió no llamar a su doncella personal para que la ayudara, temía sospechar de tanta felicidad. Entonces recordó un callejón sin salida.

¿Debo pedir el desayuno en la habitación o tomar un café con Madeleine como lo hacían todas las mañanas? Si pido café en la habitación llamaré la atención como si todavía estuviera molesto o enfermo. En cambio, si bajo al café, tengo que Ten cuidado, porque mi cuñada, que me conoce bien, podría notar algo raro en mi repentino cambio de humor...

Mientras se ataba el pelo rojo en un moño en la parte superior de la cabeza, la joven frente al espejo del tocador analizó la situación. De todos modos, eligió un vestido de muselina lila y bajó a desayunar.

Nada más llegar al comedor, su cuñada estaba tomando café, como era costumbre, Madeleine

siempre empezaba el café con su marido y normalmente se quedaba un poco más hasta que llegaba Eugenie. La mayor parte del tiempo Richard se marchaba antes de que llegara su hermana y Madeleine y ella estaban solas intercambiando chismes de sociedad, hablando de libros que habían leído y confidencias.

— Eugenie, querida, me alegro de que hayas venido a desayunar. Ya estaba preocupada , no puedes quedarte sin comer, podrías enfermarte… — Madeleine sonrió ampliamente, feliz de ver a su cuñada.

— Sí cuñada, no me gustó la decisión de mi hermano, pero tienes razón, podría enfermarme por no comer.

La gran mesa redonda donde desayunaban, junto a una soleada terraza, estaba llena de pan, queso, teteras y frutas de temporada. Eugenie acercó una silla, intentó sentarse elegantemente, se arregló las faldas y luego se sirvió una taza de té.

— ¿Dónde está Richard? ¿Saliste a resolver negocios? — preguntó Eugenie , llevándose la taza a los labios y tratando de ocultar su felicidad y cambio de comportamiento.

— Bueno, en realidad ya se iba cuando vinieron los sirvientes a decirle que había unas huellas extrañas en el jardín.

A la joven casi se le cae la taza de té cuando escuchó a su cuñada hablar inocentemente, pero trató de disimular tomando un gran sorbo y sirviéndose una rebanada de queso en su plato.

— ¿Huellas? ¿Ladrones? Tengo el sueño ligero y no escuché nada. — Trató de ocultar su nerviosismo.

— No lo sé con seguridad, pero es un hecho que Richard se despertó en medio de la noche pensando que había alguien en el jardín.

Eugenie se sintió avergonzada y asustada cuando escuchó eso, pero rápidamente lo ocultó. Si no fuera porque tenía hambre, simplemente comería algo rápido y se iría con la excusa de cuidar sus violetas en el jardín. Sin embargo, tenía apetito por comer carne de res y pensó que lo mejor era seguir desayunando bien.

—Debió ser impresión de mi hermano. Hemos vivido aquí durante años y ningún ladrón ha entrado nunca en la mansión.

— Hmm… los invasores no siempre son precisamente ladrones… — La cuñada, ante los hechos y conociéndola bien, la miró con recelo.

Eugenie intentó camuflar lo sucedido una vez más, poniendo un tema diferente en medio de la conversación, sentía que Madeleine sospechaba de algo. No es que los hubiera visto a los dos en el jardín, porque si así hubiera sido ya lo habría reprendido amorosamente y en secreto.

El día transcurrió lentamente, la joven se dividía entre ocultar lo que sentía y estar sola, sonriendo al viento, recordando los momentos vividos la noche anterior.

Por eso, prefirió leer un libro después del desayuno, y ocultar su emoción durante el almuerzo en presencia de Richard, y después del almuerzo ir a descansar a su habitación, cuando finalmente pudo suspirar con pasión.

A última hora de la tarde, Eugenie decidió salir al jardín para echar un vistazo a su parterre de violetas. Dado los recientes acontecimientos, hacía dos días que no los regaba, está bien que los sirvientes también se ocuparan de ellos, pero siempre me gustaba echar un vistazo.

Eugenie se vistió elegante para dar un paseo por el gran jardín de la mansión y no sólo con un vestido gastado para ir rápidamente al parterre. Eligió un vestido verde claro , un gorro rosa y salió de la habitación, la habitación estaba en silencio, tal vez Madeleine estaba descansando debido a su embarazo y Richard estaba en su estudio. Eugenie estaba convencida de que su hermano también sospechaba de algo en el jardín.

La tarde era agradable, soleada, pero soplaba una ligera brisa que sacudía las copas de los árboles, donde se posaban los pájaros. En un par de semanas sería invierno y todo ese paisaje daría paso a la nieve y a vientos helados y glaciales. Sin embargo, se alegraba de saber que después del invierno llegaría la primavera, pero ya no por la temporada social sino por la belleza de las diferentes flores del jardín que regresarían con la estación.

Amaba ese jardín, cada rincón de la decoración, su diversidad de flores, árboles y si no fuera porque sabía que su escape solo sería para casarse, estaría triste por tener que irse por un largo tiempo. tiempo o para siempre.

Eugenie se acercó al parterre de violetas, se inclinó un poco, se puso en cuclillas para comprobar si la tierra había sido regada y no volver a regarla. Fue entonces cuando escuchó, procedente del portón enrejado que daba a la calle, una voz femenina que llamaba.

— Mileide, Mileide...

La joven se sobresaltó incluso un poco y se giró bruscamente. Por un momento recordó el primer encuentro que tuvo con Robert en la puerta de la mansión. Era la vendedora de dulces, una señora viuda que pasaba todas las tardes con su bandeja vendiendo dulces en el barrio.

— Ah... gracias, señora. Pero hoy no comeré dulces.

La mujer de unos cincuenta años, vestida de negro, sonrió comprensivamente y le indicó con un gesto que se acercara a la puerta. Cuando se acercó, le entregó discretamente una nota, sonrió amistosamente y se fue.

Eugenie, ni siquiera tuviste tiempo de decir gracias. Sin embargo, fue inteligente, rápidamente tomó el escote de su vestido y lo escondió en la parte delantera dentro del corsé.

Robert .... Estoy seguro de que es él… — Pensó con el corazón acelerado.

Luego, tratando de ocultar su emoción y curiosidad, la joven cruzó el jardín, entró en la mansión y se dirigió a su habitación. Con la puerta del dormitorio ya cerrada, sacó la nota de su vestido.

Querida Eugenie,

Prepárate esta noche para nuestra fuga. Esperaré con un carruaje sin blasones en la puerta trasera del jardín. Si no funciona lo intentaré mil veces si es necesario.

Besos

Robert .

Eugenie abrazó la nota contra su pecho, cerró los ojos en éxtasis y sonrió de felicidad . Había llegado el momento...

Capítulo 12

— Me alegro que te hayas deshecho de tu cara de mal humor y estés comiendo bien, hermanita. — Sentado a la cabecera de la mesa, comentó el Conde Richard durante la cena.

— Yo también estoy muy feliz , Eugenie. Me gustas mucho, no quiero que te quedes sin comer y te enfermes. — añadió su cuñada .

Eugenie, sentada a la mesa, vestida con un vestido de seda azul claro, era común en la mansión que lucieran un atuendo más refinado a la hora de cenar. Sin embargo, sabía que ese sería el mismo traje que usaría para escapar más tarde con su amante. Se sentía extraña, una mezcla de felicidad y miedo al mismo tiempo. Probablemente porque nunca había experimentado algo tan atrevido: escaparse en mitad de la noche para casarse. No tenía ni un poco de hambre, pero necesitaba comer para el viaje y también disfrazarse delante de su hermano y su cuñada.

— Y veo que pareces bastante tranquilo...

—Sí , mi hermano. Entiendo que solo quieres lo mejor para mí. — Habló con la mirada baja, mientras se llevaba una cucharada de sopa a la boca.

Eugenie, ¿renunció? Y más aún con tanta rapidez. Anoche había huellas en el jardín debajo de tu ventana. Algo anda mal… — pensó Richard.

La cena continuó con normalidad. La familia hablaba, intercambiaba bromas, intentaba ignorar el malestar que el interés del capitán Robert Cliff por Eugenie había causado en los últimos días. Hasta que finalmente terminó la cena y Eugenie no pasó tiempo con ellos en la sala de música, prefirió irse a su habitación.

La joven llegó a su habitación y cerró la puerta con llave, luego se dirigió a la cama y revisó si allí se encontraba una maleta con una muda de ropa y artículos de aseo personal. Desafortunadamente, no pude llevar mucho, ya que sería difícil llevarlo solo al carruaje y no podía pedir ayuda a un sirviente. Afortunadamente, sería una fuga breve, que no duraría más de veinticuatro horas, el tiempo suficiente para que su honor se viera comprometido y Richard se viera obligado a aceptar el matrimonio a su regreso. Eugenie caminaba en círculos por el centro de la habitación y se turnaba para acercarse a la ventana abierta desde donde observaba la calma del jardín. Pronto todos los sirvientes se retirarían y también su hermano y su cuñada. Alrededor de la medianoche, salió furtivamente de la casa, con su pequeña maleta y rezando para no encontrar a nadie. Esta vez no podía bajar del árbol junto a su ventana, Robert no estaría allí para ayudarla. La esperaría en el carruaje para evitar ser visto y arruinar todo el plan.

Eugenie abrió su armario, sacó una capa gris que cubría todo su vestido y tenía una capucha para la cabeza. Incluso se le ocurrió intentar conseguir un uniforme de sirvienta para pasar más

desapercibida por los pasillos de la mansión. Sin embargo, tenía miedo de que el secreto saliera a la luz y su plan saliera a la luz. Abrió la puerta del dormitorio, miró a su alrededor y salió silenciosamente llevando una pequeña maleta de mano, con sólo artículos de higiene personal.

¡Uf! Gracias a Dios logré… — Eugenie suspiró aliviada cuando finalmente logró salir de la mansión y poner un pie fuera de la casa. Agradeció que no se encontrara a nadie en los pasillos.

La joven cruzó el silencioso jardín, la noche sin luna ayudaba a ocultarla en las sombras, y se dirigió a la puerta trasera. Se acercó a la reja de la puerta y su corazón se aceleró al ver un carruaje sin escudo estacionado cerca, en la calle oscura, esperándolo. Exactamente como advirtió Robert en la nota. Luego metió la mano en uno de los bolsillos de su capa y sacó una de las llaves que había robado de la casa, la llave de la puerta trasera. La abrió lentamente para evitar chirridos, se deslizó por la abertura más pequeña posible y salió hacia el carruaje en busca de su amante.

Mientras se acercaba, un cochero vestido con una especie de uniforme saltó del carruaje y abrió la puerta. Era un anciano. Eugenie estaba tan nerviosa que ni siquiera pudo dar las gracias, simplemente bajó la cabeza y entró en el carruaje. Sin embargo, tuvo la impresión de que el hombre no estaba de acuerdo con eso, debido a la forma extraña en que la miraba.

—¡Eugenie, querida! — Robert la abrazó apenas entró al carruaje, él la estaba esperando sentado en el asiento trasero y ella se sentó a su lado. — ¿Estás seguro de que nadie te ha visto?

— Nadie me vio. Estoy seguro, pero a veces mi intuición me dice que mi hermano podría sospechar de algo. Acepté su decisión demasiado rápido...

Le quitó la parte superior de la capa que cubría su cabeza y acarició los contornos de su delicado rostro con sus dedos. Ella era un poco tímida, con el atrevimiento de lo que estaba haciendo, bajó un poco la cabeza. Robert se acercó aún más y la besó en la frente, le mordisqueó la oreja y luego preguntó.

—¿Tienes miedo?

— Un poco… nunca he estado a solas con un hombre y lo que estamos haciendo es muy grave para mi reputación…

— No tengas miedo, querida, ahora eres mi responsabilidad y restauraré tu reputación. Te amo. ¿Me crees? — Dijo mirando a los ojos azules de Eugenie.

— Sí, Robert y yo también te queremos y quiero superar todas las barreras para estar a tu lado. Sin embargo, quiero que sepas que mi hermano nunca fue un tirano, simplemente no sé por qué se comporta de manera tan intransigente en relación a nuestro amor.

Sentados uno al lado del otro en el asiento del carruaje, Robert la abrazó, Eugenie olió su jabón de afeitar, el perfume de su camisa de lino blanca, la suavidad del terciopelo de su abrigo negro, mientras apoyaba la cabeza en su fuerte hombro.

— ¡Podemos irnos, señor Thomas! — Robert dio la orden al cochero y el carruaje partió rápidamente de la mansión Crampton por las calles desiertas de Edimburgo con la intención de tomar la carretera.

Abrazando a Robert con la cabeza apoyada en el hombro de su amante, Eugenie le susurró al oído.

—¿El cochero es uno de tus sirvientes?

— Sí, Thomas ha estado con la familia desde que yo nací.

— Es solo que me miró raro, como si no aprobara nuestra fuga.

— De hecho, sólo supo la dirección y quién era la Señora, cuando ya estábamos en su barrio. Es digno de confianza, pero pensé que era más seguro así. Creo que esta cara seria debe ser porque teme que su honor no sea reparado. Pero él sabe que nunca le haría eso a ninguna doncella.

El carruaje viajó por las calles desiertas de Edimburgo, hasta que abandonaron la ciudad y tomaron el camino de tierra. Por suerte, el invierno aún no había llegado, ya que la nieve inutilizaría las carreteras para circular de noche. Por no hablar de los ladrones que había en cualquier época del año. Eugenie se abrazó a Robert y miró por la ventanilla del carruaje la carretera oscura, el olor del rocío de la noche, el chirrido de las ruedas del carruaje al girar. Esos sonidos y ese olor permanecerían en tu memoria por mucho tiempo...

— Descansa, querida. — Robert acarició y besó su cabello rojo, mientras su cabeza descansaba sobre su hombro. — Pronto llegaremos a una capilla donde seguramente un sacerdote amigo de mi familia aceptará celebrar nuestra boda. Poco después regresaremos a la ciudad y a tu hermano no le quedará más remedio que firmar la autorización para la ceremonia civil.

Capítulo 13

Eugenie se despertó con las sacudidas del carruaje que aumentaban su velocidad. Abrió los ojos aturdido y se dio cuenta de que se había quedado dormido en el calor del cuerpo de Robert y su abrazo protector. Notó que Robert tenía el cuello hacia atrás, tratando de ver algo por la ventana trasera y el conductor gritaba a los caballos que aceleraran.

— ¡Señor, realmente es el sonido de los cascos de los caballos y por el ruido vienen rápidamente!

— ¿Ya nos vieron?

— ¡No lo creo, mi señor! Pero es cuestión de tiempo, los caballos por sí solos son más rápidos que tirar de un carruaje. Si realmente hay alguien que está a nuestro alcance, nos contactará rápidamente . — El cochero en su puesto, conduciendo la yunta de caballos, gritó para que Robert, con la ventana abierta, pudiera oír.

Eugenie se dio cuenta de lo que estaba pasando: Richard probablemente se había dado cuenta de todo y venía a buscarla. A caballo los alcanzaría antes de llegar al pueblo, donde se celebraría la capilla y la boda religiosa. Saltó de los brazos de su amante y giró el cuello hacia atrás, mirando también por la ventanilla trasera del carruaje en busca de cualquier cosa que se encontrara a su paso en el camino oscuro.

— ¿Ese es Richard? — preguntó asustada.

— Podrían ser ladrones, pero probablemente sea tu hermano quien notó tu desaparición. De hecho, dijiste que podría sospechar y ahora viene tras nosotros.

— ¡Ay dios mío ! Se convertirá en una bestia y nos separará para siempre. No sé si exigirá una boda para enmendar mi tiempo ya comprometido desde que me fui de casa sola contigo o si silenciará el escándalo y me aceptará de regreso a la fuerza. — La joven se mordió el labio y encaró a su amante en la penumbra del carruaje.

— ¡El ruido se acerca, milord! Si continuamos por este camino nos alcanzarán rápidamente, antes de llegar al pueblo más cercano. — gritó el cochero dentro del carruaje.

El ruido de las ruedas metálicas del carruaje, los cascos de los caballos de quienes lo conducían y de quienes se acercaban en mitad de la noche confundían a Eugenie. Sin olvidar los sobresaltos que daba el vehículo por la velocidad y forma de conducir en el desespero de no ser adelantado.

— Robert , mi amor, ¿y ahora qué? No quiero volver sin estar casado contigo. Richard es tan inflexible con nuestra historia que tal vez no se rinda sólo porque me escapé contigo. Al fin y al cabo, si llega hasta nosotros y la sociedad no sabe nada...

— ¡Si me permite, mi señor! Conozco esta región como la palma de mi mano. Entramos por un sendero al frente. Nos pasarán pensando que vamos más adelante y tras perderlos, Milorde decide si devolver a la doncella a casa. Creo que es peligroso esperar a su hermano, con su honor herido, podría haber derramamiento de sangre.

Eugenie miró a Robert con los ojos muy abiertos, lo que parecía más bien una súplica. En la oscuridad del carruaje brillaban sus ojos azules. Ella no quería ser entregada a su hermano, callar el escándalo y seguir con su vida, quería que esto llegara al final y no era posible que Robert la

decepcionara así, simplemente escondiéndose en un sendero lateral y regresando para regresar a su casa.

—Robert ...

— Hazlo Thomas, toma el sendero más cercano, nos esconderemos y dejaremos que nos pasen. La noche oscura y la vegetación nos ayudaron.

La joven quedó decepcionada al escuchar la orden de su amante al cochero. Él la devolvería y si su hermano aún no aceptaba el matrimonio y prefería silenciar el escándalo, probablemente estaría condenada a permanecer con el amor de Robert y tal vez algo peor: incluso se animaría a aceptar el noviazgo del primo Edgard. Porque los rumores siempre vuelan y era poco probable que fueran silenciados al cien por cien.

El carruaje abandonó el camino y rápidamente se internó en un pequeño sendero en medio de una densa vegetación, oscura debido a la noche sin luna. Una vez dentro del bosque, escucharon el sonido de cascos de caballos al galope, probablemente Richard y otros hombres de confianza que acudieron en su rescate. Tan pronto como pasaron, Robert abrazó a Eugenie, los dos solos dentro del carruaje, luego le sostuvo la cara con ambas manos, mirándola a los ojos y habló.

—Escucha querida, no tenemos mucho tiempo y por eso tenemos que hacer un cambio de planes. — Los dos grandes ojos color miel la miraron preocupados .

— ¿Qué cambio? ¿Me lo devolverás? — preguntó con tristeza y con ojos asustados.

— ¿Devolverlo? Nunca devolvería a una doncella que confiara en mí y en el amor de mi vida. — Cuando dijo eso la besó apasionadamente, pero un beso rápido, ya que no tenía mucho tiempo.

— Ay, amor mío, qué feliz me siento al escuchar eso.

— Pero que tu hermano nos encuentre es solo cuestión de tiempo y no habrá tiempo de llegar al pueblo para que el vicario amigo de mi familia se case con nosotros a toda prisa y en secreto.

— Entonces, ¿qué pasará ahora?

— Cuando nos encuentre podrá tomar dos decisiones: obligarme a casarme contigo, pues tu honor ya está comprometido, o silenciar el escándalo y llevarte de regreso a la mansión. Probablemente elegirá apresuradamente un nuevo marido para usted, uno que se adapte a la situación.

— Pero eso no es lo que quiero... te amo y te quiero...

— Entonces, escucha querida, la única manera de que tu hermano no tenga otra opción es que se entregue a mí aquí y ahora. Si te desfloran no tendrá alternativa y yo estoy completamente dispuesto a reparar su honor, no tengo forma de ser penalizado.

Eugenie sintió fuertes mariposas en el estómago y su corazón se aceleró al oír eso. ¿Su primera vez, lo que había oído hablar a las criadas detrás de las puertas y lo que sus hermanas casadas se negaron a contarle detalles sería entonces y ahora? ¿En medio del bosque, dentro de un carruaje y el cochero intentando ser discreto, pero sabiendo lo que pasaba y esperando afuera?

— ¿Aquí y ahora? ¿Como esto? — preguntó con ojos asustados.

Robert la miró con ternura, le llevó la mano a la cara y la acarició afectuosamente y luego dijo:

— No, pobrecita... Creo que fui un poco grosera. Por mucho que haya prisa, eso no es lo que te mereces... Volveremos y pediremos una habitación en esa posada por la que pasamos al costado de la carretera.

— Pero, ¿aceptarán hospedarnos a los dos en la misma habitación sin que estemos casados? Siempre he oído que los lugares respetados no aceptan esto...

—La verdad es que no, querida. Daremos nombres falsos, serás señora. Voldstock , mi esposa y yo, el capitán Robert Cliff Voldstok .

— Yo... acepto, mi amor. No es la noche que soñé, y así sin casarme. Pero, para no separarme de ti, acepto.

Robert la abrazó fuerte, allí dentro del carruaje, le dio un largo beso, donde prácticamente la puso en su regazo. Sintió algo presionar contra su muslo, cerca de sus nalgas, era una erección de su amante ya que sabía que en poco tiempo ella sería su cuerpo y alma. Cuando se alejaron, tanto él como ella respiraban con dificultad.

—Ahora, vámonos rápido. Le daré órdenes al cochero. Bueno, hay posibilidades de que tu hermano nos encuentre en la posada cuando regrese, pero lo que importa es que ya estará todo terminado.

Capítulo 14

— ¡Buenas noches, señor! Soy el capitán Robert Cliff Voldstok y esta es mi esposa, Lady Voldstok . Deseamos una habitación para esta noche.

El hombre de recepción los miró con recelo. La posada no era lujosa, pero tampoco era la peor. De hecho, era un lugar normal donde los viajeros pernoctaban y descansaban sus caballos. Un lugar de respeto, de lo contrario no tendrían que mentir diciendo que estaban casados. Aunque el hombre claramente estaba haciendo la vista gorda.

— Sólo tenemos disponible una habitación, una cama doble, cuatro chelines por adelantado. La comida ya está servida en el salón, pero podemos llevar algo a la habitación.

— No tengo hambre. — Eugenie, nerviosa, interrumpió al hombre y dijo mirando hacia Robert .

—Aquí están los chelines. No tenemos hambre. Simplemente sírvale una comida a nuestro cochero afuera. En cuanto a nosotros, muéstranos la habitación.

— Los dormitorios están arriba. Por favor sígueme. — El hombre salió de detrás del mostrador, hizo una señal con la mano y se dirigió hacia una escalera de madera que estaba en la esquina de la habitación y daba acceso al piso superior.

La habitación era sencilla, pero limpia y a una temperatura agradable. La habitación no tenía ventanas , tenía un suelo de madera, parte del cual estaba cubierto por una alfombra gastada. Una cama doble en un rincón, con sábanas color crema que huelen a lavanda. No tenía chimenea, pero un cubo de carbón en un rincón demostraba que se utilizaba para calentar la habitación en las frías noches de invierno. En unas pocas semanas más , sin duda empezaría a ser necesario. Una lámpara de araña con tres velas, encendida por el posadero y colocada encima de la mesita de noche al lado de la cama, iluminaba la habitación. El hombre salió rápidamente de la habitación, dejando a la pareja sola.

Eugenie estaba de pie en medio de la habitación, sintiendo mariposas en el estómago, mirando la cama de matrimonio. Sentía una mezcla de emociones: nerviosismo, felicidad, miedo. Sintió un escalofrío recorrer todo su cuerpo, al sentir que Robert se acercaba a ella por detrás y colocaba sus fuertes manos en cada uno de sus delicados hombros. Sintió sus manos deslizarse en movimientos rítmicos, masajeando desde su hombro hasta su antebrazo, subiendo y bajando como para calmarla. Al mismo tiempo sintió su boca besar su delicado cuello, su cálido aliento sobre su piel y su voz profunda en su oído derecho.

— No tengas miedo, querida. Todo terminará bien y después nadie intentará separarnos más. — Le habló al oído y le mordisqueó el lóbulo. La respiración entrecortada de la joven hacía que su busto subiera y bajara, atrapado en el ajustado corsé.

Robert se dirigió a la mesilla de noche, apagó dos de las tres velas, dejando solo una de ellas iluminando la habitación, dejando la habitación a oscuras . De esa manera, Eugenie definitivamente se sentiría más cómoda.

— Yo… nunca he estado sola así en un ambiente encerrado con un hombre… — La joven, con el rostro sonrojado, habló tímidamente.

— Lo sé, querida, lo sé...

Robert se paró frente a ella, la levantó en sus brazos, era un hombre fuerte, un soldado. Él la recostó suavemente en la cama. Él también se acostó, inclinando su cuerpo hacia un lado, apoyando su cabeza en uno de sus brazos, mientras con la otra mano acariciaba el rostro de la joven. Ambos respiraban con dificultad.

— ¿Sabes lo que pasará aquí? ¿Qué pasa entre un hombre y una mujer solos? — preguntó con delicadeza, mientras sus dedos acariciaban el contorno de su rostro.

— No del todo, pero en cierto modo sí. Estuve escuchando las conversaciones de las sirvientas hace un rato…— Dijo la joven avergonzada.

— Um... chica inteligente ... Pero no debiste haber hecho eso, ¿sabes?

— Ahora está hecho. Digamos que si no lo hubiera escuchado, ahora estaría aún más asustado...

— ¿Y tienes miedo?

— Realmente no es miedo... es una sensación extraña, de emoción, de curiosidad, tengo miedo, no sé cómo explicarlo...

— Entonces, no es necesario que des explicaciones y tampoco es necesario que tengas miedo. Sepa que esto puede ser algo escandaloso, pero también algo muy hermoso cuando lo hacen dos personas que se aman. ¿Lo entiendes?

— Sí...

—Entonces, lo único que tienes que hacer es entregarte y dejarme cuidar de ti… Te prometo que seré el más amable de los hombres…

— Robert ... Escuché a una criada comentar que a veces juras que no encaja, que no sirve y funciona. ¿Por qué? — preguntó inocentemente.

—En cierto modo tenía razón. Sin embargo, no te preocupes, entenderás y verás que tenía razón.

Los labios de Robert. Tomaron el de Eugenie en un beso urgente, y al mismo tiempo lleno de deseo. Para Eugenie, la sensación de sentir una lengua cálida explorando cada rincón de su boca

de una manera tan íntima era nueva. Ya me había besado, pero así era la primera vez. El beso despertó en ella una sensación de calor y dificultad para respirar. Robert lentamente puso sus manos en su espalda y desabotonó la hilera de pequeños botones que mantenían unido el vestido, bajándolo hasta su cintura. Eso reveló los contornos de los grandes y redondos senos de la joven, atrapados debajo de su corsé y camisola.

—Qué hermosa eres, mi amor...

la reacción de Robert cuando detuvo el beso por un momento , miró sus senos y, con ambas manos, los masajeó incluso por encima de la tela. Eso dejó a Eugenie con la cara ardiendo y su respiración vergonzosamente entrecortada, tal como ella lo vio. Lentamente bajó todo el vestido para que se deslizara desde su cintura hasta sus pies. Ahora la joven se sentía tímida por la falta de ropa, su cuerpo blanco y bien definido, bajo el corsé y la camisola. Robert suavemente , tratando de contener su deseo para no ser grosero, puso sus manos en su espalda y soltó los cordones del corsé que caía a un lado del colchón. Ahora solo llevaba una camisola y unos pantalones cortos debajo. Se deshizo de su ropa, sin necesidad de levantarse de la cama y la abrazó nuevamente. Eugenie sintió algo cilíndrico, duro, presionado contra su cuerpo, justo entre sus piernas. Algo que no tuvo el valor de mirar, pero la presión le dio una sensación muy placentera.

creo que tiene que haber Con lo que he oído, a veces juras que no encaja, pero encaja… — Pensó la joven con los ojos cerrados y con ganas de disfrutar de esa mezcla de emociones.

— Eugenie, ¡te amo! Serás mía para siempre. Me entrego a ti...

— Yo también te amo, Robert y me entrego a ti...

El momento de los enamorados fue interrumpido por un grito que venía desde abajo y parecía subir las escaleras.

— ¡No puedes invadir mi establecimiento así!

— ¡Soy un conde! Estoy buscando y defendiendo el honor de mi hermana y sí puedo. Estoy seguro de que ella está aquí. — dijo Richard enojado. El hombre, al oír eso, dejó de intentar impedirle que subiera las escaleras.

—¿Eugenie? ¡Sé que está ahí!

La pareja se alejó rápidamente, Eugenie estaba asustada.

— ¡Dios mío, soy Richard! ¡Él nos encontró!

No tenían tiempo para nada más, ni siquiera para levantarse de la cama o vestirse. La puerta fue derribada violentamente por los sirvientes de la mansión que acompañaban a Richard y él entró furioso a la habitación.

Capítulo 15

— ¡Bastardo, debería matarlo! ¿Y tú, Eugenie? ¿Cómo tuviste el coraje? Ven conmigo ahora. ¡Vestirse! — Dijo Richard furioso, en medio de la habitación, con su dedo índice apuntando hacia la pareja en la cama.

— ¡Dios mío, Richard! — Eugenie, rápidamente se sentó en la cama y tiró de unas mantas para cubrir su cuerpo semidesnudo.

Robert Cliff, acostumbrado a la conducta militar, al escuchar la amenaza de Richard y la mención de llevarse a su amada de regreso a casa, rápidamente se levantó de la cama y sacó su pistola que estaba sobre la mesilla de noche, apuntándola al conde .

— ¡Eugenie no se va a ninguna parte, se queda conmigo! Intenta sacarla de aquí por la fuerza. — dijo Robert emocionado.

— No, Robert , por el amor de Dios, mi hermano no. — Eugenie en ropa interior , sentada a su lado en la cama, gritó y trató de sujetar su brazo, sin éxito.

Los sirvientes que vinieron con el conde y por respeto a Eugenie esperaron afuera de la habitación y al escuchar eso, también entraron a la habitación con las pistolas en la mano. Richard también sacó su pistola del bolsillo de su abrigo y apuntó al hombre. Pero luego bajó el arma, lo que los sirvientes interpretaron como debilidad.

¡Dios mío no! ¿Qué estoy haciendo? No puedo hacer eso... — Eso pensó en ese momento el joven conde.

— ¡Mi señor! ¡Estamos aquí para defenderte! ¡Deshonró a su hermana! ¡Y ahora levanta un arma contra ti! ¡Estás ofendido!

— ¡Mi señor! No es mi intención derramar sangre sobre la familia, ¡solo me estoy defendiendo! Amo a Lady Eugenie y compensaré cualquier daño que le haya causado con una propuesta de matrimonio. Como era mi intención desde el principio.

Mira esa escena de tu hermana menor, sentada en la cama, medio desnuda, tratando de taparse con una sábana. Este Capitán Robert a su lado, pidiéndole que se casara con él porque necesitaba reparar la situación. Solo pensar en lo que podría haber sucedido en esa habitación antes de llegar hizo que Richard sintiera náuseas y quisiera vomitar. Hasta el punto de ni siquiera recordar que el arma de Robert lo apuntaba a unos metros de distancia, así como los dos sirvientes que traía Richard también apuntaban a Robert . De repente, una especie de juego demoníaco tuvo lugar en su mente y le vino a la mente su padre, el viejo conde en su lecho de muerte.

Y como no es sólo mi secreto, ¡prométeme que nunca lo revelarás! Júrame que pronto seré solo un recuerdo...

— ¡Bajen las armas! — Ordenó el conde a sus sirvientes, hablando con una extraña voz fría y mirando fijamente a la pareja.

— ¡Pero, mi señor! Es el honor de tu hermana.

— ¡Te dije! ¡Dejen sus armas! — Gritó con impaciencia y los hombres obedecieron. —Ahora quiero que me jures que no dirás una palabra sobre lo que viste aquí esta noche.

—Sí, mi señor.

—Ahora déjanos en paz.

Richard, con expresión de furia y decepción , se acercó a la cama y advirtió a Eugenie, tratando de ignorar la presencia del capitán Robert .

— ¡Vestirse! ¡Vendrás a casa conmigo ahora mismo!

— No, quiero estar con Robert y él me arruinó y quiere reparar su reputación.

— ¡No permitiré que me quiten a Eugenie! Insisto en que manché su honor y ahora tendré que enmendarla. — Robert , con el arma ya bajada, habló con más moderación.

Robert, con una mano, volvió a empuñar la pistola contra Richard e intentó abrazar a la joven que, llorando, sentada en la cama junto a él, intentaba recoger algunas prendas de su ropa para empezar a vestirse.

— Baje esa arma, Capitán, por favor no empeore aún más esta tragedia. Sé de lo que hablo y dependiendo de la conversación que tenga a solas con mi hermana, pronto tú también lo sabrás. ¡Ahora ven conmigo, Eugenie!

— ¡Por favor, Robert ! Lo amo, pero no quiero derramamiento de sangre. Seguiré con mi hermano y esperaré la conversación que tendrá conmigo.

Eugenie, avergonzada y asustada, se vistió con urgencia, lo que no era un rasgo de dama. Con una capa y una capucha sobre su cabeza, salió de la posada y subió al carruaje que Richard había traído como reserva en caso de que la encontrara. Además de los veloces caballos que él y algunos hombres de confianza montaron en la búsqueda. Al pasar por la recepción le entregó unas monedas de oro al posadero, por suerte en ese momento el lugar se encontraba desierto.

— Ni una palabra de lo que pasó aquí.

— No se preocupe, mi señor.

Después de que Richard abandonó el lugar, Robert salió de la habitación y fue en busca de su cochero, ya no tenía sentido pasar la noche allí. Para su sorpresa, su cochero ya lo estaba esperando, junto al carruaje. Había oído el ruido y entendí de qué se trataba. En cuanto Robert , sin decir palabra, abrió tristemente la puerta del carruaje e hizo ademán de subir, el cochero, antes de tomar las riendas que conducían los caballos, le habló.

— Señoría, si hubiera sabido desde el principio que la dama en cuestión sería la joven Lady Crampton , le habría advertido, incluso antes de que saliera de casa, que era mejor no hacer esto. — El cochero, siempre muy discreto y con años de pertenecer a la familia, hablaba serio. La forma en que se entrometió incluso sorprendió a Robert.

— Porque Cramptons y Voldstoks no serían una buena combinación... — Y luego se subió a su asiento del conductor y tomó las riendas de los caballos, luego partió. Dentro del vehículo, Robert, inmóvil, miraba el camino oscuro, triste y pensativo.

Eugenie se sentó en el asiento del carruaje y lloró durante todo el camino a casa. Lloró de vergüenza por la forma en que Richard la vio en la habitación con Robert , lloró porque sus planes no habían funcionado y porque le están quitando a su ser querido. Sollozaba, rodeándose el cuerpo con los brazos como si quisiera abrazarse y fingía mirar por la ventana el camino oscuro para no mirar a su hermano que, sentado en la esquina opuesta del banco, también intentaba no mirar. La miré y permanecí en silencio. Su mirada era de disgusto y decepción y evitaba en la medida de lo posible no tener ningún tipo de conversación hasta que estuvieron en la mansión en intimidad familiar.

Capítulo 16

— ¡Gracias a Dios llegaste!

Madeleine, en camisón y con el vientre ya creciendo por el embarazo, le dio las gracias con las manos juntas cuando vio a Richard entrar en la habitación llevando a Eugenie.

— Cariño, no deberías habernos esperado despierta. Además , en tu condición, no quiero que te preocupes. — Richard, a pesar de toda la situación, intentó hablarle con cariño.

— No podría dormir hasta saber que todo estaba bien. — Luego se acercó a Eugenie y la abrazó. — Querida, no seas así. Todo saldrá de la mejor manera para ambos.

En verdad, Madeleine no sabía por qué su marido actuaba de manera tan inflexible y sin motivo aparente hacia su hermana menor, que siempre había estado tan unida y conectada. Sin embargo, conociendo a Richard, sabía que tenía que haber una buena razón. Madeleine sentía pena al mirar a Eugenie, ella era la viva imagen de la tristeza. Tenía la cara roja e hinchada de tanto llorar, seguía sollozando y no podía enfrentar a nadie como si la hubieran pillado de una manera muy

vergonzosa y avergonzada. Eugenie devolvió fuertemente el abrazo a su cuñada y sollozó aún más con la cabeza apoyada en el hombro.

— Estoy arruinada, cuñada, y aun así Richard no me deja casarme.

Madeleine miró a Richard con los ojos muy abiertos. No podía entender la situación, era algo muy serio, era necesario un matrimonio para hacer las paces y ¿ por qué no aceptarlo si el señor era un noble, de buena familia y soltero?

Richard, trató de fingir con sus entrañas , finalmente había llegado el momento de tener una conversación seria con su hermana y, si fuera necesario, incluso romper el juramento que le hizo a su padre en su lecho de muerte. Era muy difícil tener una conversación así con su hermana pequeña que hasta hace años la veía de niña. Deseaba que Emily, al igual que su hermana mayor, estuviera allí para ayudarlo con las preguntas incómodas, pero era imposible y el asunto no podía esperar. La conversación que se había evitado durante todo el camino de regreso al interior del carruaje...

— Magdalena, querida, sube a tu habitación. Hablaré con Eugenie a solas.

— Yo también quiero subir a mi habitación. Ya es tarde... — interrumpió Eugenie entre lágrimas .

— No, necesitamos hablar solos, y mejor aún en el estudio, lejos de los oídos de posibles sirvientes despiertos. ¡Venir! — Habló rígidamente.

Madeleine permaneció en silencio, nunca había visto a su marido tratar a Eugenie con tanta dureza y sequedad. Sentí que había algo mucho más serio, si había algo más serio que el honor de una doncella arruinada. Así que pensó que era mejor no involucrarse e incluso hizo un gesto con los ojos y la cabeza para que Eugenie obedeciera. Richard fue a la oficina y la joven lo siguió en silencio.

— Quiero la verdad, Eugenie, ¿ te desfloraron? — Eso fue lo primero que dijo Richard, mientras cerraba la puerta de la oficina y se sentaba en la silla detrás del escritorio.

Eugenie, de pie frente a él, con los brazos cruzados, había dejado de llorar durante unos minutos y pataleaba.

— ¡Sí, lo hice! ¡Necesito casarme con él!

Ella lo miró con valentía, casi volviendo a ser la Eugenie del pasado. La chica , antes de enamorarse perdidamente del capitán Robert Cliff. Eugenie era inteligente y sabía que hacer ese tipo de declaraciones era la forma más rápida y sencilla de obtener permiso para casarse con su amante. Al menos eso es lo que ella pensaba...

Richard quedó atónito cuando escuchó eso, no sabía si se sentía enfermo, enojado o algo así.

A pesar de su comportamiento concentrado , no podía controlarse como pretendía y sabía lo astuta que era su hermana cuando quería algo. Se levantó de la silla, golpeó la mesa con el puño y habló en voz alta:

— ¡Quiero la verdad, te lo dije ! ¡La llevaré a un médico tan pronto como amanezca para confirmarlo !

Eugenie vio que tal vez su idea de guardar la declaración no era un buen plan, porque si Richard la llevaba a un médico le demostraría que no lo era y por la forma en que la miraba su hermano haría eso para tener prueba. Entonces, trató de adoptar una postura más dramática y no ser la chica testaruda. Después de todo, era tan sensible que hacer drama no le costaría el más mínimo esfuerzo. De hecho, ella realmente estaba sintiendo todo eso.

— Por el amor de Dios, Richard, ¿qué te pasó? ¿Con nosotros? ¿Dónde está conmigo ese amable hermano mío? ¿Por qué eres tan inflexible ahora?

— ¡Ese amable hermano tuyo sabe lo que es mejor para ti!

La joven siempre se irritaba cuando él decía esa afirmación, sin darle un buen argumento. Una justificación plausible. Haciéndola perder el control una vez más.

— Emily se casó con un duque que se decía que estaba maldito, tú te casaste con un sirviente, e incluso yo me puse de tu lado y ¿ahora estás en contra de mi amor? ¿Por qué? ¿Solo porque no tengo derecho a ser feliz? ¿ Celos entre hermanos ? ¿Qué es entonces? — gritó Eugenie .

Richard, ante esa escena, su hermana llorando y gritando fuera de control, se pasó la mano por la cabeza con impaciencia, sin saber qué más hacer y soltó de golpe toda la verdad que una vez juró guardar.

— Porque sois hermanos, él es nuestro hermano. ¿Lo entiendes ahora? — Gritó mirándola.

Por un momento, un silencio sepulcral siguió a esa revelación. Eugenie se quedó sin palabras, solo pudo abrir mucho los ojos ante Richard y luego lanzarse hacia su hermano, a pesar de que él estaba detrás del escritorio, con los puños cerrados golpeándole el pecho.

— Es mentira, es mentira, estás tratando de impedir mi felicidad, ¡te odio Richard! — La joven, visiblemente molesta, gritó entre lágrimas.

Richard, que permaneció rígido, se entristeció al ver la desesperación y el estado de su hermana. Él tomó ambas manos de ella, teniendo cuidado de no lastimarla , salió de detrás del escritorio y trató de sujetarla abrazándola con fuerza.

— ¡Cálmate, Eugenie! Razón, ¿por qué querría impedir tu felicidad? ¿Por qué estaría en contra de su matrimonio con el capitán Robert Cliff? ¿Si es del mismo nivel social que nosotros y no tiene nada que desacredite su conducta? — Habló Richard mientras intentaba mantenerla en su abrazo, pero la joven se resistía.

Eugenie poco a poco dejó de luchar y aceptó el fuerte abrazo de su hermano. Tenía que admitir que todo lo que decía su hermano tenía lógica. Colocó su cabeza roja sobre su fuerte hombro y siguió llorando, pero pasivamente.

— No es posible… ¿cómo lo supiste? — preguntó suavemente con la cabeza escondida en el hombro de su hermano.

— Nuestro padre me lo reveló en su lecho de muerte y pidió secreto debido a la reputación de la baronesa. Hoy es una mujer demente, pero ¿su reputación de anciana baronesa viuda, delante de sus hijos y de la sociedad? Juré guardar el secreto y lo habría seguido si él no hubiera regresado con el fin de la guerra en las colonias y no se hubieran cruzado en el camino. — Le acarició la cabeza y habló con voz amorosa.

— Richard... lo amo... ¿y ahora qué?

— Tendrás que olvidarlo, hermanita... no puedes... es nuestro hermano, medio hermano, pero es un hermano. Sería un sacrilegio ...

— Lo sé… y realmente me da vergüenza, pero no sé cómo voy a sacarlo de mi corazón…

Richard respiró hondo y repitió la pregunta más difícil, que tanto le había revuelto el estómago.

— Ahora dime la verdad, hermanita: ¿fuiste desflorada por él?

— ¡No, Richard! Llegaste a tiempo, ¡mentí para hacerte aceptar nuestro matrimonio!

— ¡Gracias a Dios! — El conde respiró hondo y se sintió aliviado. Sentí como si me hubieran quitado una tonelada de peso de encima.

— Dios mío, deseaba, besé a mi hermano...

—Olvídalo, cariño. Eres joven, hermosa, un gran partido. Estoy seguro de que será la sensación de la próxima temporada social. Le escribiré a Emily y le haré saber que efectivamente irás a Londres tan pronto como llegue la primavera, ¿o quieres ir ahora? ¿Incluso cuando se acerca el invierno?

La joven se separó del abrazo de su hermano, se secó las lágrimas y lo miró con ojos tristes.

— No quiero que le escribas a Emily, quiero que le escribas una carta, pero no a Emily.

— ¿No? ¿Y para quién sería?

— Una carta a la madre superiora del antiguo convento de Emily . No quiero ir a ninguna temporada, quiero ir al convento.

—¿Estás loca, Eugenie? ¿Por qué desperdiciar así toda una vida? No naciste con vocación para la vida religiosa y no estás obligada a hacerlo, como lo fue Emily. — dijo Richard perplejo.

— Y lo que quiero es si me amas tanto como dices que me amas. Haz lo que te pido, escribe una carta a la madre superiora autorizándola a recibirme en el convento. Quiero irme lo antes posible. Ahora me voy a mi habitación, quiero estar sola.

Eugenie salió de la oficina hacia su habitación. Dejando atrás a Richard, parado en medio de la oficina, sin saber qué hacer.

Capítulo 17

Eugenie llegó a su habitación, cerró la puerta, se arrojó sobre la cama y rompió a llorar sin cesar. Con la cabeza apoyada en el antebrazo y el rostro escondido en la almohada, sollozaba sin parar.

— ¡Hermano, hermanos! ¿Cómo puede suceder esto? ¡No puede ser!

Eugenie sollozó mientras murmuraba palabras de arrepentimiento. Estaba sintiendo un torbellino de emociones, lamentando su mala suerte, sintiéndose como la peor pecadora y aún sintiéndose enamorada de Robert . A pesar de saber que ya no podrían estar juntos y que tendrían que olvidarlo.

Robert , Robert ... prohibido para mí, prohibido el uno para el otro... ¡Me haré monja! Me liberaré del pecado cometido y detrás de los muros del convento olvidaré nuestro amor...

La joven lloró y maldijo hasta quedarse dormida en las primeras horas de la mañana. Un sueño inquieto, lleno de pesadillas. Lo que hizo que a pesar de los acontecimientos de la noche tumultuosa, el cansancio y la tristeza, a las ocho de la mañana ya estaba levantado y listo para bajar a desayunar. Para su aseo matutino eligió un vestido negro, un vestido de luto. Antes de bajar , se sentó en su escritorio, sacó lápiz y papel del cajón y comenzó a escribir una breve carta a Robert . Quizás no tenía derecho a decir el verdadero motivo sin el permiso de su hermano, ya que implicaba un secreto grave. Sin embargo, sí tenía derecho a despedirse.

Estimado Robert ,

Con gran dolor escribo esta carta y por eso intentaré ser breve. Quiero que sepas que no dejé de amarte, pero que este amor es imposible y prohibido. También os pido que no odiéis a mi hermano, pues él siempre ha acertado en sus decisiones respecto a nosotros. Así que renuncio a nuestro amor y me voy por mi propia voluntad al convento rural de Piedade en la Escocia rural. Hago esto con la esperanza de que lo que siento por ti no muera, sino que se convierta en amor fraternal.

Ser feliz

Señora Eugenie Crampton

Eugenie se secó algunas lágrimas que insistían en caer y manchar el papel mientras escribía. Apretó el papel contra su pecho, luego lo dobló y lo metió en un sobre pequeño. En el momento adecuado, la carta llegaría a Robert . Luego de eso, se miró al espejo y contempló su figura blanca, cabello rojo recogido en un moño, vestido negro, una apariencia muy demacrada y triste. Muy diferente a la Eugenie de hasta hace poco. Bajó a desayunar. Podía pedirle a una de las

criadas que le llevara café a su habitación, incluso podía pasarse sin tomar café, ya que apenas tenía hambre. Sin embargo, quería enfrentarse a su familia y acabar con esto de una vez.

Cuando la joven, vestida de negro y con uno de sus vestidos de luto , llegó al comedor, encontró a Richard y Madeleine ya en la mesa desayunando. Su presencia sorprendió a todos, más aún cuando iba vestido de negro. Esperaban que no bajara a desayunar esa mañana; Madeleine ya estaba pensando en pedirle a una criada que le enviara una bandeja a su habitación. Pero, para sorpresa de todos, ella estaba allí, con el aspecto demacrado, el rostro triste, vestida del negro del luto. La propia cuñada, que a esas alturas ya había sido informada de todo por su marido, no pudo evitar pensar para sí misma al ver a la joven vestida de esa manera.

Dios mío... ¿has perdido la cabeza?

—Eugenie, cariño, ¿ya te levantaste? Pensé que hoy preferirías tomar el café en tu habitación. Iba a pedirle a una criada que lo llevara ahora mismo...

— Gracias cuñada, pero preferí bajar y enfrentar la realidad de frente. — Eugenie habló con la cabeza en alto, mientras sacaba una silla y se sentaba a la mesa.

Richard, masticando un pastelito y sosteniendo una taza de té, se limitó a mirarla y no pudo decir nada. Madeleine fue quien tocó el motivo del asombro, tratando de romper la pesada atmósfera de manera delicada.

— Pero… ¿por qué estás vestido así? Con un vestido negro de luto ...

— Porque así me siento y así me vestiré, hasta que me vaya definitivamente al convento.

— ¡Por Dios, Eugenie! ¿Aún tienes esa loca idea en tu cabeza? — Richard colocó la taza sobre el platillo y habló emocionado.

— No es una idea descabellada, es mi decisión, teniendo en cuenta los hechos. ¡Si no causa deshonra a nadie, les pido que lo respeten!

— No hay razón para actuar de esa manera. El escándalo de tu fuga fue silenciado, tienes una gran dote, eres una mujer noble, podrás participar en la próxima temporada social . — Dijo Richard, tratando de tener paciencia.

— Mi corazón está de luto. No deseo ir a ninguna temporada social. Le pido que escriba inmediatamente la carta que le pedí anoche recomendándome madre superiora. ¡De lo contrario huiré allí!

El conde conocía bien a su hermana pequeña, sabía lo terca y astuta que era. Quizás esa idea de encerrarse en un convento fue solo una fase, tras el shock de la revelación cambió de opinión. Pero por ahora era mejor hacer lo que ella pedía. Más aún teniendo en cuenta los hechos, había logrado silenciar un escándalo y no arruinar su reputación , tal vez no sería capaz de silenciar otro.

— Está bien, lo haré. ¿Cuándo quieres irte?

— ¡Lo más rápido posible!

— Un viaje así es largo, el convento está a dos días en carruaje, no se prepara en cualquier momento. Creo que también se necesitan un par de días para organizarse. Te llevará el cochero de confianza de la familia, irás sin acompañante para que otras personas no lo sepan y no podrás parar en una posada a dormir, sólo para cambiar de caballo.

— Entonces, lo que sea. En dos días quiero irme de aquí.

Madeleine escuchó en silencio la conversación de sus hermanos con el corazón apesadumbrado, sin querer interferir. Incluso quiso pedirle que esperara a que naciera su hijo, pero pensó que era mejor no utilizar ese argumento. Aquella casa no sería la misma sin la presencia de Eugenie. Una cosa era saber que estaba fuera para participar en una temporada en Londres, pero otra saber que estaba encerrada tras los muros de un convento. Una joven sin la más mínima vocación religiosa, que nació para participar en la sociedad, ser madre, esposa. Sin embargo, esperaba que después de pasar un breve período en el convento se arrepintiera y pidiera regresar.

— Y quiero que sepas, hermano mío, que le escribí una breve carta a Robert informándole de mi partida y la haré entregar.

— No por casualidad le dijiste, y menos en una carta, toda la verdad , ¿verdad? Es algo muy íntimo, tiene que ver con la reputación de su madre , quien siempre ha sido una mujer intachable en la sociedad.

— No, fui breve, pero te informé que iba al convento y que nuestro amor no era posible. No muchos detalles. Aunque tengo derecho a decirte las verdaderas razones... pero sé que eso no depende de mí...

Richard exhaló un suspiro de alivio. No creía conveniente que el secreto que su padre le reveló y le hizo jurar en su lecho de muerte, fuera publicitado así. Más aún por carta y con la baronesa, con problemas mentales y avanzada edad, aún viva. Eso no debía difundirse, estaba el honor de su hermana, pero también estaba el honor de una señora anciana y enferma, su reputación frente a sus hijos. Ni siquiera me gustaba pensar qué publicarían los periódicos de chismes si una carta como esa cayera en las manos equivocadas.

Eugenie partió dos días después hacia el convento y su carta sería entregada al capitán Robert como ella deseaba. Richard prefirió esperar para entregar solo dos días después de su partida y estar seguro de que ya había llegado a su destino. Madeleine estaba muy triste y evitó verlo partir, aunque Richard la consoló diciéndole que no se había acostumbrado a su nueva vida y que pronto le pediría regresar. En cuanto a Richard, fue muy difícil acompañarla hasta el carruaje estacionado frente a la puerta principal de la mansión. Durante unos minutos recordó el mismo suceso del pasado, el mismo cochero, el mismo carruaje, con la diferencia de que era una joven asustada siendo metida a la fuerza en su interior y un joven que sería el futuro conde de

Shurtland tomando un juramento, desafiando la autoridad del padre.

Emily, ¡cuantas vidas tenga, las dedicaré todas a traerte de regreso a tu familia! Un día seré el nuevo conde de Shutherland y les doy mi palabra.

Capítulo 18

— Hija, en el pasado recibí a tu hermana aquí en este convento. Había estado llorando y en contra de su voluntad. Ahora le doy la bienvenida a que venga por voluntad propia, pero que triste. ¿Qué te pasó, querida?

La madre superiora, sentada en su escritorio de la oficina, se ajustó las gafas y preguntó, mirándola con ojos miopes, apenas leyó la carta de Richard. Eugenie estaba frente a ella, al otro lado del escritorio, apenas podía hacer nada más que cubrirse la cara con ambas manos y hablar entre lágrimas.

— Yo… me enamoré de mi medio hermano sin saberlo. Cometí este horrible pecado y ahora necesito irme para olvidarlo y orar por alivio...

Los ojos miopes de la Madre se abrieron como platos, ya era mayor de lo que era cinco años atrás cuando recibió a Emily, lentamente se levantó de su silla, rodeó su mesa de trabajo y se dirigió hacia la joven abrazándola fuertemente. Ella no sólo era religiosa, sino también muy humana. Eugenie permaneció en silencio, apoyó la cabeza en su hombro y lloró durante unos minutos.

— Veo que no tienes vocación para la vida religiosa, hija. Considera este tiempo en el convento como un período de descanso y no te castigues demasiado. No lo sabías y estás dispuesto a enmendar todo lo que hiciste con oraciones y luchando para alejarlo de tu corazón, ¿verdad?

— Sí, madre.

— Le pediré a una de las hermanas que nos muestre el alojamiento de los recién llegados, el convento y nuestra rutina. Sé que tu hermano estará feliz de darte la bienvenida tan pronto como estés listo.

— ¡Gracias madre! En cierto modo, sí, mi hermano se sentiría aliviado de recibirme de nuevo,

pero vine para quedarme...

— Lo entiendo, hija. Pero el tiempo te dirá cuando te calmes más.

El convento de la Piedade era un edificio secular, muy antiguo, de estilo gótico. Con altos muros de piedra oscura y torres puntiagudas. Una monja le mostró el alojamiento donde se alojaban las nuevas novicias, le entregó el hábito blanco de novicia y le contó la rutina del lugar. Tenían horarios estrictos , ningún contacto con hombres, salvo cochero o jardinero y familiares cercanos que venían de visita. Las instalaciones del lugar, la rutina no sorprendieron en absoluto a Eugenie , si fuera en el pasado seguramente lo haría, pero ante todo lo sucedido, a ella todo le era indiferente. Sólo quería aislarse del mundo, olvidarse de Robert , rezar como penitencia para aliviar la carga.

— ¡Lo siento, mi señor, no puede invadir así la residencia del conde! Sería un caso policial. Además de haber sirvientes armados para la seguridad de la mansión. — El mayordomo intentó contener al hombre que ya estaba en medio de la sala principal donde Richard estaba leyendo el periódico. Era media mañana.

—Apártate de mi camino. Soy el capitán Robert Cliff Voldstok , oficial del ejército de Su Majestad, héroe de guerra. Exijo ver al Conde Campton . — Dijo Robert con voz exaltada , mientras intentaba quitar de su camino al mayordomo.

Richard, cerró el periódico y lo arrojó en el asiento junto a él en el sofá. Ya lo esperaba, pero aún así sería difícil lidiar con ello. Enfrentar así a tu medio hermano, sin saber qué decir, sin parecer ofensivo y más a la luz de todo lo sucedido. Se levantó del sofá y con un gesto de la mano hizo que el mayordomo se detuviera.

— Sinvergüenza. Obligó a su hermana a ir a un convento para mantenerla alejada de mí. No puedo creer que ella haya escrito esa carta por su propia voluntad.

— Si crees así es porque no sabes mucho sobre mi personalidad y mi relación con mis hermanas desde que me convertí en cabeza de familia.

Richard se levantó y dijo, mirándolo. Mientras su mente intentaba ver algún rasgo que lo hiciera ver como su hermano. Porque aunque no lo dudaba, todavía no podía amarlo como a un hermano.

— No creo nada de lo que dices y vine aquí para retarte a duelo. Mañana al amanecer, eligen los padrinos y las armas. — dijo Robert quitándose el guante y tirándolo a la cara de Richard.

Richard simplemente la agarró y la arrojó al suelo de la sala. Luego miró a Robert con firmeza y habló como iguales.

— ¡No acepto tu desafío!

— ¡Bueno, dicen que el Conde de Shurltand es un debilucho!

— No soy débil, sólo soy sensato. ¡Nunca me batiría en duelo contigo!

— ¿Y por qué no? ¿Tienes miedo de mi preparación militar?

— No, porque creo que no usaría estrategias injustas para aprovechar eso.

—Entonces acepta el duelo conmigo. Si gano, buscaré a Eugenie del convento y me casaré con ella.

— ¡No puedo batirme en duelo contigo y tú nunca podrás casarte con Eugenie!

— ¿Por qué no? ¿Dame una buena razón? ¿Estaba prometida a alguien más?

— Porque no puedo batirme en duelo con mi medio hermano, ni tú puedes casarte con tu media hermana.

Un silencio ensordecedor se apoderó del ambiente. Richard se estaba absteniendo de decir más de lo que debía o de revelar cosas de manera demasiado grosera. Pero no hubo escapatoria cuando su casa fue invadida y lo retaron a duelo. También necesitaba preservar su honor como caballero y noble.

Robert sintió que el mundo daba vueltas, no podía creer lo que estaba escuchando, temía que cuando juntara los hechos se diera cuenta de que ese era realmente el verdadero argumento de tanta inflexibilidad del conde frente al tribunal de su hermana por un tiempo. buen partido.

— ¿Qué estás diciendo hombre?

— ¡ Eso es exactamente lo que escuchaste! Mi padre me lo reveló en su lecho de muerte y pidió secreto por el honor de su madre y porque pensaba que yo necesitaba saberlo. Me hizo jurar que nunca lo revelaría, como lo hice durante años, pero no esperaba que el destino los uniera a ti y a Eugenie...

— Dios mío… — Robert , sintió que su mundo se descomponía, puso ambas manos en su cabeza y se sentó en el sofá. Richard se acercó a él y, todavía de pie, habló.

— ¿Ahora debes entender por qué actué en contra de tu participación? Y Eugenie se enteró esa noche de que volvimos a casa después de su fuga, y no consideró oportuno decírselo, ni siquiera por carta. Por eso decidió por su propia voluntad y en contra de mi voluntad ir al convento. Si no lo crees, podrías intentar preguntarle a tu madre amablemente, explicándole la situación.

— Mi madre lleva unos años alejada de la sociedad por problemas mentales. Es poco probable que todo lo que ella diga pueda tomarse en consideración para cuestionar algo tan grave. Dios mío... Eugenie... tantos planes...

Richard se sintió conmovido por la situación y la desesperación que vio en el rostro atormentado de Robert y por estar allí frente a su hermano. Su único hermano varón, que podría haber sido su amigo y compañero de juegos, cuánto extrañará jugar con un niño y no solo con sus hermanas...

— Yo… entiendo tu dolor y decepción. No puedo cambiar el pasado, pero podemos escribir un nuevo futuro dentro de cierta prudencia . Siempre serás bienvenido en esta casa con toda discreción, siendo tratado como un amigo cuando en realidad sé que tenemos la misma sangre.

— Gracias...

— Ahora levántate y dame un abrazo.

Robert se levantó lentamente y aceptó el abrazo de Richard, que se convirtió en un abrazo fuerte y emotivo para ambos. Donde Robert incluso dejó caer algunas lágrimas sobre su hombro, confundido por la situación y desesperado por el amor que sentía por Eugenie. Ahora tu hermana...

Capítulo 19

Había pasado una semana desde que Eugenie se había ido al convento y, a pesar de que Richard intentaba ocultarlo, nada era igual sin su presencia en la casa. Madeleine estaba visiblemente triste después de perderse las animadas conversaciones grupales en la sala de música después de la cena. Extrañé aún más las confidencias intercambiadas entre los dos a la hora del té de las cinco. En cuanto a Richard, extrañaba muchas cosas, desde los recuerdos de la infancia de Eugenie cuando era niña, hasta Eugenie cuando era una niña que parecía traer más vida a la casa.

Eran alrededor de las cuatro de la tarde cuando sonó el timbre y el mayordomo fue a atender. Luego regresó con una tarjeta de presentación.

— Disculpe, mi señor. Tienes visitas.

El mayordomo le entregó la bandeja de plata a Richard, que estaba sentado en el salón, leyendo el periódico que no tuvo tiempo de leer durante el desayuno. Richard tomó la tarjeta y se convirtió en un chico con pocos amigos.

—Es el primo Edgar. Ha pasado mucho tiempo desde que nos visitó , desde que vio que no tenía ninguna posibilidad con Eugenie. ¿Qué te trae por aquí? ¡Puedes pedirnos que entremos!

El mayordomo se fue y poco después apareció en la habitación con el primo Edgar. Un joven de unos veinticuatro años , rubio , alto, delgado y de mirada soberbia. Sus modales enfermaban a Richard y a sus hermanas; sólo lo toleraban por consideración al parentesco. Era el sobrino de su difunta madre. De hecho, la noticia más reciente sobre él fue un comentario en el club de caballeros de que había perdido una cantidad considerable de dinero jugando hace unos dos meses.

— Buenos días prima, vine tan pronto como me enteré. — El niño le entregó su sombrero y su bastón al criado, anticipándose a Richard con una expresión falsamente servicial.

— Bienvenido a mi casa, primo Edgard. Veo que parece traer beneficios, pero ¿para qué? ¿Qué escuchaste?

— Eugenie, sé que la obligaron a ingresar en el convento. Qué triste destino para tus hermanas y mis primas. Otro que se dirige hacia ese lugar...

Richard se sorprendió por un momento al ver cómo se difundían los chismes y se preguntó cómo se enteraría. Más aún de forma distorsionada. Le indicó a su prima que se sentara en el sofá frente a él, continuando la visita y trató de ocultarlo, de mantener la calma. No le gustaban los rumores de que había colocado a su hermana a la fuerza en ningún lugar, no le gustaba que compararan su comportamiento con el de su difunto padre.

— Siéntate, prima. En breve se servirá té. Sólo pido disculpas por la ausencia de mi esposa, ya que no se encuentra bien debido a su embarazo. — dijo Richard volviendo a sentarse. — Agradezco tu visita y preocupación, prima. Sin embargo, Eugenie no fue internada por la fuerza en el convento para mí. Decidió que quería conocer mejor la vida religiosa y decidió pasar un tiempo allí. Es tanto que ella vendrá a casa cuando quiera, solo avísame y pasaré a recogerla.

Edgard sacó una pequeña caja de su bolsillo, sacó un cigarro y lo encendió. Richard no creía que fuera hora de fumar un cigarro, su primo tenía esos modales irritantes que no coincidían con los suyos.

— ¿Volver a casa? ¿Pero de la nada? ¿Sin reparación? ¿Nada? — Preguntó el hombre de rostro delgado y pálido y ojos azules saltones con una mirada deliberada de asombro.

— Sí, ¿cuál es el problema? Es mi hermana soltera y esta es su casa.

En ese momento, Edgard miró hacia arriba, dio una calada a su cigarro, llenando el aire con pequeñas nubes de humo gris. Luego miró a Richard con una mirada malvada.

— Prima... Sé de buena tinta que la prima Eugenie está arruinada... su fuga con el capitán Robert Cliff fue abortada y luego no recibió una propuesta de matrimonio. No sé por qué, si incluso la ley lo exigiría, pero...

Richard palideció al escuchar eso, el secreto de la fuga se había filtrado y ese pequeño estaba ahí disfrazado de buen tipo ofreciendo sus servicios, pero en el fondo debía tener un motivo oculto. Después de todo, él siempre estuvo interesado en Eugenie, su dote o ambas... Intentó controlarse, quería minimizar el escándalo , su deseo era volar al cuello de Edgard, quien con su delgado físico, sería destruido por él. . atlético. Sin embargo, tuvo que controlarse con gran dificultad .

— Querido primo Edgard, no sé de dónde sacaste esa tontería.

— Prima... tener los sirvientes adecuados como fuente de información todavía vale su peso en oro...

— En cualquier caso, mi hermana está en el convento por voluntad propia y no está arruinada. Nada de eso pasó y ella tiene una buena dote, apuesto a que recibirá varias propuestas en cuanto quiera participar en su primera temporada social. — habló con firmeza.

— Los rumores sobre primos también corren desde Edimburgo hasta Londres. De todos modos, sabes que siempre he estado muy interesado en Eugenie y estoy aquí para proponerle matrimonio y reparar su reputación.

— No hay reputación que reparar. Es sólo algún rumor infundado o lo confundieron con alguna otra señora vista en un carruaje en plena noche. El rumor más reciente que escuché fue que el primo perdió una cantidad considerable de dinero en una mesa de juego. Imagino que debes encontrar una manera de reemplazarlo.

— ¡Oh! ¡un pequeño detalle!

— Supongo que sí y ahora si me disculpan, será mejor que finalicemos la visita, ya que mi esposa, la Condesa, no se encuentra bien y quisiera ver en persona si se encuentra mejor.

— ¡Ah, por supuesto! *La Condesa.*

El hombre llevaba el tono al referirse a Madeleine, lo que Richard tuvo una ligera impresión de burla al saber que ella era una ex sirvienta . Sentí ganas de echarlo de puntillas de la mansión. Pero pensó que lo mejor era evitar más escándalos.

Cuando su primo se fue, Richard no subió inmediatamente a su habitación para ver a su esposa. En realidad le gustaba hacerlo en persona, pero también era una excusa para deshacerse del chico. Estaba caminando en círculos en medio de la habitación. Alguien había filtrado el secreto de la fuga y como no sabía quién había sido exactamente, no quería castigar a ninguno de los sirvientes, despedirlo sería injusto. El caso es que si Eugenie quisiera abandonar el convento y volver a la vida social , como él tanto deseaba, quizá incluso surgiera un pequeño rumor que pudiera arruinar su reputación.

¿Pero qué hacer? No puedo obligar a mi hermana a casarse con este pequeño insufrible, ni tampoco Ni siquiera puedo dejar que se case con la persona involucrada en el rumor, ya que son hermanos... Oh Dios... mantengo este rumor e ilumino mis decisiones...

Capítulo 20

Unos días después...

Era temprano en la mañana, pero Eugenie ya se había levantado hacía mucho tiempo. La rutina en el convento empezaba desde temprano, había reglas y horarios para todo. Así que eran alrededor de las nueve de la mañana cuando ella estaba en el jardín cuidando un lecho de rosas que adoptó para ella. Le recordaba a sus violetas en la mansión Crampton y, además , de una manera que ella consideraba dolorosa y vergonzosa, le recordaba la primera vez que Robert habló con ella a solas. Una cita furtiva que planeó antes de hacer la propuesta oficial y todo porque le preocupaba si ella lo aceptaría con su cicatriz de batalla en un lado de la cara.

¡Dios mío, Robert ! Si en ese momento pensé que la cicatriz era algo tan insignificante, su preocupación ni siquiera se comparaba con lo que se avecinaba. ¿Qué tendríamos que afrontar y alejarnos de...?

La joven con su hábito blanco de novicia, arrodillada en el suelo junto al parterre, con las manos sucias de tierra, pensaba en todo aquello con melancolía. Sus ojos azules ya no tenían lágrimas para llorar, lo único que hacía ahora era reflejar la tristeza de su alma. De repente, sintió una sombra detrás de él y una voz femenina, era una de las monjas supervisoras.

— ¡Tiene visita, señorita!

— ¿Visita? — Por un momento ella estuvo feliz y al mismo tiempo asustada. Después de todo, ¿quién sería?

— Sí, no se permiten visitas masculinas. Pero la madre hizo una excepción porque era un familiar cercano.

Esas palabras de alguna manera hicieron que la taquicardia que se había apoderado del corazón de la joven disminuyera. No era Robert , pero era mejor así, si no podían disfrutar de ese amor, era mejor no verse. Si fuera Richard, estaría feliz de verlo. Sólo esperaba que él no insistiera en

llevarla, no se sentía lista para irse y no sabía si alguna vez lo haría. Eugenie se quitó el polvo de las manos, se levantó y habló.

— Gracias. ¿Dónde puedo recibirte?

— Te espera en el vestíbulo principal del convento.

El salón principal parecía una especie de recepción, una especie de vestíbulo de entrada. Había grandes bancos a los lados y un espacio central libre, la luz del sol entraba por los vitrales y las novicias pasaban en grupos por el centro de la sala.

La decepción de Eugenie fue enorme al ver a su primo Edgard, sentado en uno de los bancos a lo lejos, quien al verla acercarse se puso de pie lleno de ridículos y afectados salamis.

— Prima Eugenie, qué alegría verte . He venido a visitaros y ofreceros mis servicios.

— ¿Visita? ¿Préstamos? ¿Richard sabe que estás aquí? — Preguntó, sin poder ocultar su decepción porque el familiar no era Richard y es más, era él.

— Sí, sí. Fui a visitar al primo Richard antes de venir aquí y ofrecerle mi más sentido pésame como cabeza de familia y a usted como dama indignada.

A Eugenie le resultó difícil que Richard hubiera aceptado esa visita, pero dados los hechos extraños a los que se refería, pensó que lo mejor sería darle crédito. Parecía que cosas relacionadas con ella sucedían fuera del convento.

— Por favor prima, siéntate. ¿Indignado? No entiendo. De qué estás hablando ?

La joven se sentó en el largo banco de madera y él se sentó a su lado. Sabía que el escándalo de su fuga parecía haber sido silenciado. Pero entonces ¿cómo lo supo? ¿Y cuánto sabías? Ciertamente Richard no fue quien le dijo nada.

—Sí, prima. Sé de buena tinta que el capitán Robert Cliff Voldstok la sedujo para que huyera con él y luego no le propuso matrimonio, dejándola arruinada y por eso decidió retirarse al convento. — El primo interesado mostró una falsa solidaridad.

—Qué absurdo. ¿Quién dijo eso? Estoy aquí por voluntad propia, quiero conocer mejor la vida religiosa, sentí esta necesidad en mi corazón, antes de comprometerme con el matrimonio.

— Prima... Los sirvientes tienen oídos agudos, las paredes y la recepción de las posadas también... — Habló con una mirada maliciosa.

Eugenie bajó la cabeza y tragó, no sabía qué decir, pero era un hecho que seguiría con la cabeza en alto y lo negaría. En cualquier caso, no quería salir de ese convento para casarme con ningún hombre, ya que no podía ser Robert . Así que no le importaba que estuviera arruinada en la sociedad de Edimburgo y que ya no recibiera buenas propuestas de matrimonio. Como mucho,

tipos inteligentes que vigilan tu dote o viudos nobles que te doblan la edad y tienen un montón de hijos.

Presuntuoso, repugnante. ¡No admitiré nada! Al menos él no sabe la parte de que somos hermanos. Eso haría el escándalo más grande y más humillante...

Eugenie decidió enfrentarlo de frente, arregló su postura, levantó la cabeza y lo miró a los ojos. Sin embargo, sus defensas colapsaron cuando lo escuchó.

— Quiero que sepas prima que siempre puedes contar conmigo, recorrí toda esta distancia para ofrecerte no solo mis servicios sino mi propuesta de matrimonio. — Él tomó sus manos entre las suyas.

— Prima, agradezco tu propuesta de matrimonio. Sin embargo, no veo ninguna razón para aceptarlo como si fuera un salvavidas. No me veo arruinado, ni siquiera sé de dónde viene esta historia y de hecho tengo la intención de dedicarme más a la vida religiosa, al menos por mucho tiempo. — Dijo e intentó sacar sus manos de las de ellos.

El primo Edgard hizo entonces su último movimiento. Terminó de ejecutar el plan que lo hizo viajar dos días hacia aquel convento rural en medio de la nada. Por eso era tan reacio a ese tipo de cosas y dado a los lujos.

— Entiendo que te estás preservando y no quieres admitirlo. Sepa que usted fue víctima de ese sinvergüenza. Porque no le propuso matrimonio y simplemente se casó con otra persona.

Eugenie se quedó sin aliento al oír eso, como si el mundo se hubiera derrumbado a su alrededor. Parecía que no había entendido bien, no podía creer lo que había oído. Menos mal que estaba sentado, de lo contrario podría haberme desmayado.

— ¿Cómo? ¿Qué dijiste? — preguntó asombrada.

— Lo que escuchaste. No quisiera ser portador de esta triste noticia, el Capitán Robert se casó hace más de una semana. Con una noble inglesa.

— No… no es posible… no, tan rápido…

Eugenie no pudo mantener por mucho tiempo una postura fuerte e inquebrantable. Ella cayó al suelo y con ello vino un llanto desesperado. Eugenie se cubrió la cara con ambas manos y se puso a llorar con profundos sollozos. Su prima, aprovechando la situación y su fragilidad, todavía sentada a su lado, la abrazó y le hizo apoyar la cabeza en su hombro.

— Ya está, prima, llora. Ventilar siempre es bueno. Sepa que mi propuesta de matrimonio sigue en pie, regresará a Edimburgo con la frente en alto como mi señora, cuando lo desee.

— Gracias, prima. Sin embargo, ahora quiero ser monja aún más...

— Tonterías, prima, tú no naciste para la vida religiosa. Reflexiona con calma, cuando pase este periodo de emoción fuerte lo verás todo claro y acabarás viendo que lo mejor es aceptarlo. Te acepto con una mancha en tu reputación, ¿qué hombre haría eso con tanta facilidad? — Como un zorro inteligente habló, mientras ella lloraba en su hombro.

Tiempo después, vino una monja a decir que la visita había terminado y que todo ese contacto físico entre una prima y una novicia no era apropiado. Eugenie se despidió de su prima confusa, parecía en shock, entumecida. De repente esa prima a la que no soportaba vino a darle una noticia, ofreciéndole un hombro para llorar. Por supuesto que él quería aprovechar la situación, ella estaba dispuesta a no aceptar su propuesta de matrimonio ni la de ningún otro hombre. Sin embargo, algo la molestaba tanto como su matrimonio, Robert estaba siendo visto como un villano que no le proponía matrimonio, cuando en realidad no podían casarse. Otro hecho la molestaba aún más, la verdad era que todavía lo amaba, a pesar de que luchaba por olvidarlo y sufría con la noticia de su matrimonio con otra persona, sentía dolor y celos, a pesar de que sabía que eran hermanos. . Todos esos sentimientos dentro de ella la dejaron con la conciencia culpable, sintiéndose sucia y pecadora.

Eugenie no quería almorzar, pasó el resto del día triste, llorando en su cama, sin ganas de comer y mucho menos participar en actividades religiosas. La madre ya había sido informada de lo que le estaba pasando tras la visita de su prima, pero la anciana sabía que el caso de la joven era una situación delicada. Pensó que lo mejor sería dejarla sola con sus pensamientos y orar por ella, tal vez más tarde haría una visita a su dormitorio.

Eran las diez de la noche, todo el convento estaba en silencio, las velas que iluminaban los pasillos principales ya habían sido apagadas, quedando solo unas pocas para que no quedara completamente oscuro. La anciana madre se iba camino a su sala, había sido un día con varias tareas, ni siquiera había tenido tiempo de hablar con Eugenie. Sin embargo, al pasar por un anexo de la capilla, escuchó un ruido extraño proveniente del interior, era como el sonido de un látigo. Un látigo pareció resonar en el aire y rasgar la tela, acompañado de sollozos. La madre se acercó lentamente, abrió la puerta y quedó impactada por lo que vio.

Arrodillada en el centro de la habitación, casi a oscuras, iluminada sólo por una débil vela, Eugenie, con la espalda casi desnuda, se autoflagelaba golpeándose la espalda con un látigo. Para entonces , parte de la tela del hábito de la monja ya se había desgastado y dejaba al descubierto parte de su espalda blanca, que ya empezaba a mostrar los primeros moretones provocados por el látigo.

—Por Dios, señor nuestro. No, basta. — Fue el grito de la madre al ver la escena.

Eugenie se asustó al ser sorprendida, pero simplemente detuvo el látigo, giró el cuello hacia atrás, mirándola con apariencia demacrada y ojos llenos de lágrimas. La madre se acercó , se arrodilló junto a ella y la abrazó fuertemente.

— ¡Hija mía! ¿Porqué es eso? Esto no es lo que Jesús quiere de nosotros...

— ¡Soy un pecador, madre!

— Todos lo somos, hija...

— Robert se casó y aunque sé que somos hermanos, lo estoy sufriendo...

— Lo siento hija, pero no es así como debes afrontar esto. Di tus oraciones, pero castigarte porque te sientes sucio no es la solución. Nadie tuvo la culpa, tú no lo sabías, él no lo sabía.

La madre la abrazó aún más fuerte y cantó una canción como si la estuviera meciendo en sus brazos.

Capítulo 21

Unas semanas más tarde...

La mañana después de la revelación de Richard, Robert llegó a casa devastado. Tan pronto como entró, se le acercó una de sus cuñadas que también vivía en la mansión.

— Robert , llegaste justo a tiempo. Se sirve el almuerzo.

— Lo siento, Georgiana, pero no quiero almorzar.

—¿Pasó algo? Tienes una expresión extraña en tu cara...

— Nada. Mi cosa personal. Voy a la biblioteca, le pido a la criada que me traiga una botella de whisky.

Eso se convertiría en algo común a partir de ahora. Robert empezó a beber alcohol con frecuencia, encerrándose en la biblioteca para estar solo y bebiendo mientras lloraba por sus penas. Empezó a salir todas las noches y a frecuentar tabernas en compañía de mujeres dudosas, todo para ver si en sus brazos podía olvidar a su amada Eugenie. Su familia ya estaba preocupada por este nuevo Robert , cuyo comportamiento era diferente al anterior.

Dos semanas después, después del almuerzo, Robert se encerró en la biblioteca como siempre había hecho y pidió una botella de whisky. La habitación no era grande, parecía más bien una especie de oficina utilizada por los miembros de la familia. Alguna vez fue el estudio del difunto

barón Voldstock . Constaba de una habitación de tamaño mediano , un escritorio con una silla, unas estanterías que cubrían las paredes circundantes. La mansión no era tan grande como la de los Crampton , pero era lo suficientemente grande y cómoda para su madre y sus hermanos que vivían allí. Robert acercó la silla y se sentó, luego apoyó los codos en el escritorio, se llevó las manos a la barbilla y miró fijamente la puerta principal. Fue entonces cuando escuchó unos golpes.

—Puedes entrar.

— Disculpe, señor, su botella de whisky , tal como lo solicitó.

—Gracias, Sam. Puedes dejarlo aquí sobre la mesa.

El mayordomo, a pesar de actuar cortésmente y tratar de ser discreto, sabía que algo andaba mal. Tu señor bebe durante el día, más aún cambiando la bebida por el almuerzo. Sin embargo, salió con la misma discreción con la que entró. Robert se sirvió una buena dosis de la bebida, luego miró fijamente la habitación, en su mente solo podía ver la figura de Eugenie y sus hermosos ojos azules. Su mente era un torbellino de sensaciones, el sentimiento de culpa por no aceptarla como hermana, el extraño sentimiento de ya no ser hijo del mismo padre que sus otros hermanos y la decepción con su madre. Incluso pensó en intentar hablar con su madre a solas, pero después del tercer sorbo de whisky que desistió, ella ya no hablaba entre ellos, eso solo provocaría una situación embarazosa.

¡Maldición! ¿Cómo sucedió esto? ¿Cómo puede ser tan cruel el destino con nosotros Eugenie...?

Ese fue su último pensamiento, antes de que, en un estallido de furia, se levantara de su silla y dejara caer el pesado escritorio frente a él. El ruido se apoderó del ambiente. Ese escritorio había estado en la casa desde que era niño, después de la muerte de su padre casi nadie lo usaba. Allí había cajones que llevaban años cerrados con llave y nadie se molestó en intentar abrirlos. Sin embargo, su estallido de furia provocó que el cajón inferior del escritorio se rompiera y se abriera. Cuando Robert vio lo que había hecho, se avergonzó de sí mismo. A pesar de ser un soldado, nunca fue un hombre violento, más aún fuera de los campos de batalla, se agachó para intentar poner en su lugar el desorden que hacían, pero para su sorpresa, se le cayó un libro viejo con la tapa roja y polvorienta. del cajón atascado. Cuando lo recogió sin prestarle atención , vio que era un diario y estaba cerrado con un pequeño candado oxidado.

¿Un diario? ¿De quién sería? ¿Mi padre? Algo raro entre los hombres...

En él hablaban la intuición militar, el sentido de la estrategia y la investigación. Sabía que era muy feo abrir el diario de otra persona, pero considerando los hechos, sentí que necesitaba hacerlo. Al fin y al cabo, le ocultaron un secreto que, cuando salió a la luz en su vida adulta, acabó perjudicándole. A Robert no le resultó difícil coger la punta de su navaja y abrir la cerradura en el primer intento. Al hojear la primera página, su sorpresa fue aún mayor al darse cuenta de que el diario pertenecía a su madre, la anciana baronesa. Ciertamente lo había guardado allí, escondido y con la pérdida de lucidez lo había olvidado y permaneció allí durante años.

Dios mío... el diario de mi madre...

Robert , incluso con la conciencia culpable por esto. Al leer el diario de otra persona, comenzó a leer con el corazón apesadumbrado, pues tenía incluso miedo de encontrar allí verdades aún peores, o tal vez no... Cuando leyó algunas páginas se dio cuenta de lo frío y poco amoroso que era su padre. había sido y lo romántica que era la baronesa y necesitaba todo lo que él, como marido, no le daba. Esto la convirtió en presa fácil para ser seducida por el conde de Shurltand , quien no era más que un falso moralista y seductor infiel. Leer eso en cierto modo le hizo bien, porque a pesar del dolor de ya no poder tener a su ser querido, comprendió y perdonó a su madre. Sin embargo, algo hizo que su corazón latiera con fuerza, su pulso palpitara y sus ojos se llenaran de lágrimas de emoción.

Estoy perdidamente enamorada del Conde Sebastian Crampton , sé que es un pecado, estoy casada, fui débil y terminé cediendo a sus insinuaciones. Sin embargo Sebastián era falso y mentiroso, después de dejarme perdidamente enamorada de él, quiere abandonarme. A pesar de las falsas promesas, yo era sólo una diversión para él. Estoy desesperada, hasta el punto de mentirle diciéndole que mi hijo menor, Robert , es hijo suyo y no de mi marido. Pero es mentira. Todos mis hijos son de mi marido, estoy segura. ¡Oh Jesús! ¡Perdóname por esta pasión inmoral mía, perdóname por esta mentira!

Robert cerró el diario y lo abrazó contra su pecho, con los ojos llenos de lágrimas de emoción. Ahora ya no había obstáculos para Eugenie y para él. Inmediatamente pensó en correr con el diario y mostrárselo al hermano de Eugenie. Pero se detuvo y trató de pensar con claridad.

Espera, Robert . Este es el diario de tu madre y la única prueba que tienes para demostrar que no eres el hermano de tu ser querido. Primero iré a buscar a Eugenie y se la mostraré directamente...

Robert intentó poner el viejo escritorio en su lugar sin pedir ayuda a los sirvientes. A pesar del ruido que ya se hizo con la caída, no quería llamar aún más la atención de los sirvientes o hermanos. Guardó el diario escondido en el bolsillo de su abrigo y salió corriendo de la casa hacia el establo donde estaban los caballos. Esa tarde dejaría todo organizado para viajar al convento donde se alojaba Eugenie. Me iría tan pronto como amaneciera.

Robert estaba seguro de que el diario de su madre registraba toda la verdad, Eugenie y él no eran hermanos, todo era una mentira, un intento desesperado de una mujer apasionada que intentaba atrapar a su amante. Él y Eugenie ya no tenían por qué temer nada y, si ella aceptaba, regresarían de aquel convento como marido y mujer. Al tener este pensamiento recordó que aunque los caballos eran más rápidos, era más conveniente tomar el carruaje familiar, pues sería más apropiado y cómodo para el viaje en el que llevaría consigo a una dama.

Tan pronto como salió el sol en Edimburgo, Robert y el carruaje familiar partieron hacia el convento de Piedade.

Capítulo 22

El carruaje se detuvo frente al convento, Robert se apeó ansioso y ordenó al cochero que esperara afuera. Después de todo, era un convento y no existía la práctica de recibir visitantes masculinos, especialmente sin estar relacionados con alguna de las novicias internas. Miró ese viejo edificio de paredes altas y tristes y se preguntó hasta qué punto ese lugar no le convenía a su hermosa, feliz y voluntariosa Eugenie. El inicio del invierno, que trajo consigo vientos fríos y cielos grises, entristeció aún más el lugar. Se acercó a la enorme puerta de madera oscura y tocó un timbre a un lado. Una monja de mediana edad acudió a responder a la llamada, asomando únicamente su rostro por una pequeña abertura en la puerta.

— Soy el capitán Robert Cliff Voldstok , oficial del ejército de Su Majestad y deseo ser recibido por la madre superiora. — Habló con seriedad y en tono respetuoso.

La monja miró a aquel apuesto joven, vestido con ropa de oficial, que llevaba a propósito.

— Lo siento, capitán. Pero esto es un convento y somos monjas, no podemos recibir a cualquier hombre así. En el mejor de los casos, un familiar que vino de visita y con el permiso del tutor de la niña.

La monja habló cortésmente y él inmediatamente pensó en la autorización que no tenía, necesitaba insistir en ver a la madre y apelar a que fuera una mujer de buen corazón.

— Lo entiendo hermana, pero mi asunto es muy urgente e importante. Soy un hombre de carácter y respetado con medallas de guerra. Le pido que al menos avise a la madre, dígale que es la nueva novicia, Lady Crampton .

La monja lo miró con expresión sospechosa, le hizo un gesto para que esperara y su rostro desapareció por la abertura de la puerta. Robert Se quedó de pie, ansioso, tratando de mantener la postura erguida de un soldado, pero con el corazón acelerado.

— Por favor sígueme, la madre te dará la bienvenida.

— Gracias, hermana. ¡Estoy muy agradecido!

Robert entró en el convento, que en realidad era una pequeña propiedad rural protegida por altos muros. Desde allí, las monjas oraban y cuidaban la tierra, cultivando árboles frutales, cultivos y también rosas en un hermoso jardín alrededor del convento. Esto contrastaba con la construcción de estilo gótico, que databa de siglos atrás. Acompañando a la monja, caminó hacia el interior del propio edificio, recorriendo los largos pasillos que conducían al despacho de la madre, se cruzó con un grupo de novicias e incluso miró discretamente si entre ellas se encontraba su amada. Sin embargo, no fue así.

— Bienvenido al convento de Piedade, Capitán Cliff. ¿Cómo puedo ser de ayuda? — La madre estaba sentada en su escritorio de la oficina, mirándolo por debajo de sus gafas, con una mirada sabia. Ya sabía quién era.

Robert , en el lado opuesto de la mesa, parado frente a ella, estaba nervioso. Temía no poder ver a Eugenie y mucho menos rescatarla sin el permiso de su hermano.

— Quiero visitar a una joven que está aquí en el convento. Lady Eugenie Crampton , no sé cuál era su nombre de novicia.

La madre permaneció en silencio por unos instantes mientras lo observaba, pensando en cómo aquel hombre tuvo la osadía de venir a un convento de monjas, sobre todo cuando estaba casado. El nombre y su experiencia ya le habían permitido identificar que aquel era el hombre por el que tanto lloraba la joven Eugenie.

— Sé quién es usted, Capitán Cliff y de qué se trata esto . Me sorprende mucho que tenga la audacia de venir aquí y tratar de visitar a una joven sin el consentimiento de su tutor, especialmente siendo un hombre casado. — Habló la madre y por debajo de sus gafas lo miró con ojos inquisitivos.

— ¿Casado? Lo siento, madre, pero no sé por qué te refieres a mí de esa manera. Confieso que en la euforia de ver a Eugenie y resolver un malentendido, terminé por no pedir permiso a su hermano. — Robert quedó asombrado ante tal acusación.

— Bueno, la noticia que llegó a Eugenie, a través de la visita de un familiar, fue que te habías casado. Por eso me encuentro en una situación doblemente incómoda al permitir esta visita.

La madre, sentada en su escritorio de la oficina, lo miró fijamente y se cruzó de brazos, dando a entender que no pensaba autorizarlo y que la conversación había terminado. Robert se quedó allí, pasándose las manos por el pelo en un gesto de impaciencia y desesperación.

— ¡Madre! ¡Por favor escúchame! Creo que Eugenie debe haberte contado toda nuestra historia. Ahora vengo aquí a aclarar que no somos hermanos y mucho menos que estoy casado. Soy un

oficial del rey, tengo mi palabra de honor, no vendría aquí a mentir tan profundamente en la casa del señor.

La madre lo miró indecisa y por unos instantes permaneció en silencio, pensativa. Se ajustó las gafas a la cara. Robert intentaba mantener una postura casi militar , pero ya quería mover las piernas con impaciencia. Tuvo que evitar decir malas palabras delante de una monja cuando descubrió que alguien había inventado esa mentira acerca de que se casaría. Tocó una campana plateada que estaba sobre la mesa. Unos momentos después apareció una monja , no era tan joven como una novicia, pero tampoco tan mayor como la madre.

— Hermana, lleva al Capitán Cliff donde está Eugenie, la nueva novicia. — La monja encontró extraña esa petición y mentalmente se preguntó si este recién llegado estaría recibiendo demasiadas visitas masculinas para ser un novicio.

—Sí, señora. Quería acompañarme, capitán. — habló la monja con los ojos bajos y sumisos.

Robert y la monja salieron del convento hacia el jardín trasero y caminaron por un camino de piedra bordeado de árboles. Los vientos fríos y cortantes ya habían comenzado y las copas de los árboles ya empezaban a congelarse. Fue con el corazón acelerado por la emoción, cuando a lo lejos vio a una joven, vestida con un hábito de novicia. Acababa de levantarse de un lecho de rosas y con la cabeza gacha organizaba sus herramientas de jardinería en una canasta que llevaba en su brazo derecho.

El cielo estaba gris, sin el alentador sol de la mañana, pero la joven aún sentía la sombra de alguien mucho más alto acercándose a ella. Cuando Eugenie levantó rápidamente la cabeza, casi no podía creer lo que veía, dejó caer la canasta sin darse cuenta, dejando la boca abierta y el corazón acelerado. Dentro de su vientre sentía como si hubiera mil mariposas volando sin parar.

Capítulo 23

— Eugenie... mi bella Eugenie... — dijo emocionado, parándose allí frente a ella.

— Robert … no puede ser… ¿qué haces aquí?

— ¡Vine a buscarte, mi amor!

Robert se acercó a ella y trató de tomarla en sus brazos, por un minuto se olvidó de respetar su hábito de novicio y el lugar.

— ¡No, no podemos! Somos hermanos… — La joven repelió su abrazo.

— No, no somos hermanos y traigo aquí pruebas de que digo la verdad. — Robert, en tono suplicante y emotivo, sacó del bolsillo de su abrigo un pequeño libro encuadernado en rojo .

Eugenie lo miró confundida, eso era lo que más deseaba escuchar en la vida. ¿Cómo podía decir eso con tanta certeza? Ya que su padre estaba muerto y su madre ya no tenía la cordura suficiente para confirmar nada.

— ¿Qué es eso? — Los ojos azules de la joven la miraron con curiosidad.

— Es el diario de mi madre. Lo encontré olvidado en un viejo cajón que estaba cerrado con llave. Aquí ella confiesa claramente que le mintió a su padre porque estaba enamorada. Yo y todos nuestros hermanos somos hijos legítimos.

— Ay dios mío...

— Quiero que sepas , querida, que me duele mucho tener expuesta así la privacidad y la moral de mi madre. Pero es necesario para que esto se haga, les pido a los Crampton que mantengan la confidencialidad sobre el contenido de este diario, para que esta historia pueda aclararse y podamos vivir nuestro amor. Te lo mostraré a ti y a tu hermano.

Eugenie, sacó el diario , sin siquiera poder encontrar el apartado donde había una confesión, buscó esa página con lágrimas en los ojos. Cuando lo leyó, miró a Robert con emoción, él estaba allí parado esperando que terminara la lectura. Apenas tuvo tiempo de decir algo cuando sintió los fuertes brazos de su capitán tirarla hacia él y envolverla en un abrazo. Ella lo abrazó fervientemente, luego, cuando él intentó besarla, le vino a la mente otro supuesto obstáculo .

— Robert , pero ya estás casado...

— Nunca he estado ni estoy casado. No sé quién te dijo tan infame mentira, de la que sólo me enteré cuando la madre superiora me interrogó al llegar aquí.

La moneda cayó para Eugenie, era lógico que el primo Edgard mintiera, siempre estuvo interesado en ella y su dote. Entonces, creó una mentira, aprovechándose de los hechos y logrando que ella aceptara una propuesta de matrimonio.

— Creo en ti, mi amor. Sé que no me mentirías sobre un asunto tan grave y un primo sin escrúpulos vino aquí para traerme esta noticia y proponerme matrimonio. Según él, delante de todo Edimburgo estaba arruinado, se había filtrado el rumor de nuestra fuga.

ya no importa , porque hoy vine a rescatarte de aquí y casarme contigo!

— ¿ Richard sabe sobre el diario y por qué viniste aquí?

— No. Confieso que estaba tan eufórico que sólo pensé en decírselo y venir a rescatarla para casarnos. Tenía miedo de que tu hermano creara otro obstáculo. Sin embargo, si no somos hermanos, ya no hay ningún obstáculo ni sacrilegio grave.

Robert volvió a tomarla en sus brazos y besó esos labios rojos y dulces. Por un momento olvidaron que estaban en los jardines de un convento y que ella iba vestida de novicia. Él la apartó suavemente, se arrodilló solemnemente, tomó una de sus manos y la besó.

—Lady Eugenie Crampton , mi único amor verdadero, ¿te casarás conmigo y serás mío para siempre?

— Sí, Robert , acepto. — Respondió la joven , con el rostro lleno de lágrimas de emoción.

Robert se levantó, la tomó en sus brazos y la besó apasionadamente. Sus labios varoniles se apoderaron de los delicados labios de la joven, mientras sus brazos la mantenían pegada a su cuerpo. Eugenie abrió alegremente los labios para recibir su suave lengua, explorando cada centímetro del interior de su boca. La sensación era tan buena que, junto con el corazón acelerado, tuvo que contener pequeños gemidos que insistía en escapar. El fuego de la pasión les hizo olvidar que los fríos vientos invernales ya se estaban apoderando del jardín. En unos días sería sólo nieve y hielo. Finalmente, se alejaron y miraron torpemente a su alrededor al recordar que estaban en un convento.

— Eugenie, te llevo conmigo. Ya no quiero correr el riesgo de volver a separarme de ti. — dijo Robert, tomando sus dos manos y mirándola a los ojos. — A la vuelta nos casamos en la primera capilla.

— Yo tampoco quiero correr más ese riesgo, así que acepto ir. Pero... ¿quién aceptará que nos casemos sin el permiso de alguien responsable de mí?

— Tienes razón... el hecho de que regresaras conmigo a Edimburgo solo hará que sea obligatorio que me case contigo para reparar tu reputación. Tan pronto como lleguemos a Edimburgo y tu

hermano lea el diario de mi madre, lo exigirá.

— Sí, mi amor. De cualquier manera, nos casaremos. Necesitamos decirle a la madre que viniste a buscarme y que quiero irme contigo. Ella conoce toda nuestra historia y por qué elegí venir a vivir aquí.

La pareja de enamorados partió felizmente de la mano hacia el despacho de la madre. Ya no había ningún obstáculo para ellos, no eran hermanos, Robert había venido a buscarla para casarse, Eugenie estaba allí por voluntad propia. Entonces, ¿qué podría detenerla? En cuestión de minutos los dos estaban uno al lado del otro frente a la madre superiora.

—No, hija mía. Lo siento, pero no puedo permitir eso. Sólo puedes salir de aquí con el permiso de tu hermano.

— ¿Perdón, madre? ¡No creo entenderlo! Vine de buena gana porque no pude vivir mi gran amor y ahora vuelvo de buena gana, junto con él.

— Lamentablemente, las cosas no funcionan así. No puedo permitir que una joven novicia, aunque ya no desee ser novicia, salga de aquí sin el permiso de su tutor y más aún sola con un hombre. Incluso si este viaje es de regreso a casa y este hombre tiene intenciones serias.

— Madre, tenemos planes de casarnos en el primer pueblo donde encontremos un sacerdote, por lo que será imposible no obtener el permiso para un matrimonio civil tan pronto como lleguemos a Edimburgo.

— Hijitos míos, yo no nací dentro de este convento... Sé cómo funciona el mundo exterior. ¿Qué sacerdote se casará contigo sin el permiso del tutor de Eugenie ? Más aún siendo una mujer noble, teniendo un hermano conde y un apellido muy conocido en Escocia…

La joven miró a la madre con expresión triste, sosteniendo el brazo de Robert con expresión de desesperación.

— ¡ Robert ! ¿Qué haremos? Tendrás que regresar sola a Edimburgo y pedirle a mi hermano que me recoja o que te dé una carta de permiso para salir del convento. Algo que no hará para intentar preservar mi reputación. Además, tengo miedo de que algo salga mal y nos separemos de nuevo.

La madre miró por unos minutos a aquella joven pareja tan enamorada, allí frente a ella y ansiosa por resolver una situación, por temor a ser separadas nuevamente contra su voluntad. Escenas del pasado, de hace muchos años, vinieron a la cabeza de la madre, su corazón lleno de emoción, su cabeza llena de recuerdos y las lágrimas no caían porque se habían secado durante años... La mujer del hábito negro, cabeza Se tapó, se ajustó las gafas y habló con una voz amable , pero que revelaba cierta emoción.

— Hijos míos, es muy lógico que no siempre haya sido la madre superiora. Primero fui monja y un día me convertí en madre, pero nunca estuvo en mis planes. Eugenie, me recuerdas mucho a

mí cuando era más joven. Yo también llegué aquí por voluntad propia y muy triste, pero a diferencia de ti, mi amado nunca podrá volver por mí. Bueno, estaba muerto... la guerra lo mató.

Escuchar una confesión tan íntima e inesperada de la madre, hizo que la joven olvidara por unos instantes su propia historia y se volviera a admirar a la madre.

— Madre… lo siento. Nunca imaginé eso...

— Sí hija… de hecho nadie jamás se lo imaginó desde aquí en este convento, porque nunca me sentí cómoda hablando. Recién ahora veo tu historia. Como sé lo difícil que es vivir una historia de amor, haré algo no tan bien. Llamaré hoy al cura del pueblo y, sin el permiso de tu hermano, le pediré que celebre el matrimonio.

Eugenie apenas podía creer lo que escuchaba, aplaudió, saltó de alegría, abrazó a Robert a su lado y cuando casi se estaban besando, escuchó a la madre rascarse la garganta advirtiendo que no podían, esto era un convento.

— ¡Ay madre! ¡Muchas gracias por ser tan amable conmigo!

— Muchas gracias madre, no sé cómo agradecerte. — Robert le agradeció feliz y respetuosamente.

— Entonces, eso es todo, es casi mediodía . A más tardar al final de la tarde llegará el párroco al convento y celebraremos una boda rápida en la capilla local. Enviaré un sirviente a recogerte , el pueblo está a dos horas de distancia.

Capítulo 24

Eran las cinco de la tarde cuando Eugenie, vestida con un sencillo vestido blanco, ya que no llevaba nada lujoso al convento, entró en la nave de la capilla del convento de Piedade, del brazo de Robert . La joven pelirroja, a pesar de su sencillez, era una novia elegante. Sus ojos azules brillaban de felicidad, sobre su cabeza, coronando su cabello rojo recogido en una larga trenza con una corona de diminutas flores que aún habían sobrevivido al inicio del invierno. Robert con postura militar, vestido con su uniforme militar, casaca roja, botones dorados, pantalón negro. Tuvo la idea de venir al convento llevando lo mismo, debajo del abrigo, sobre todo para protegerse del frío. Su uniforme inspiraba respeto y era algo de lo que estaba muy orgulloso .

La ceremonia, que duró unos cuarenta minutos, contó con pocos espectadores, alguna que otra novicia que se encontraba en la capilla rezando. La madre pensó que lo mejor era no armar escándalo, al fin y al cabo nunca se había celebrado una boda en el convento y no quería que la acusaran de complacer o favorecer a una mujer noble.

—Entonces os declaro marido y mujer. Puedes besar a la novia. — Habló el anciano sacerdote de ojos miopes, dando por finalizada la ceremonia.

Allí, ante la mirada del sacerdote, de la madre y de algunas monjas, Eugenie y Robert compartieron un beso tímido en comparación con los otros que ya se habían dado. Más tarde, tomarían la carretera y se detendrían en la primera posada donde finalmente estarían solos en su tan esperada noche de bodas. Después de la boda, Eugenie y Robert se acercaron a la madre mientras aún estaban en la capilla. La joven le dio un emotivo abrazo.

— Vale, ahora son marido y mujer. Lo que diez hombre unido no separa. Por lo tanto, ahora puedes emprender solo tu viaje a Edimburgo e informar a tu hermano de la boda.

— Gracias por todo, madre. Nunca imaginé que algún día conocería a la madre del antiguo convento de mi hermana Emily y que fuera alguien tan amable y humano.

—Gracias hija. Será mejor que te vayas ahora si quieres llegar a una posada antes de que oscurezca. Los caminos en invierno son difíciles y peligrosos.

mano de Robert y ahora era la mujer más feliz del mundo. Su equipaje ya había sido colocado en el carruaje traído por su amado y ahora esposo. Tan pronto como Eugenie se sentó en el asiento del carruaje, Robert se sentó a su lado y el cochero tomó las riendas y se marcharon. La joven aún miraba el convento hasta que desapareció de su vista, nunca imaginó que algún día terminaría allí y cuando llegó nunca podría haber imaginado que algún día saldría tan feliz. Robert la miró y le acarició el rostro, vio que las lágrimas estaban a punto de caer.

— ¿Estás llorando, mi amor?

— Es que cuando llegué aquí, nunca imaginé que algún día volvería a salir tan feliz.

Robert tomó sus manos, le acarició los nudillos, la llevó a sus labios y la besó. Luego de eso se acercó lentamente a su rostro y la besó apasionadamente. Para él, la convertiría en su esposa y pondría fin al matrimonio en ese momento y ahora. Pero necesitaba privacidad y Eugenie merecía una noche de bodas como es debido, tan pronto como encontraran una habitación disponible en una posada respetable.

El carruaje condujo alrededor de dos horas, ya era de noche, los caminos estaban oscuros, el experimentado cochero tuvo cuidado con el hielo que lo hacía resbaladizo, finalmente encontraron una posada digna al costado del camino. Ese fue el lugar elegido por Robert , que tenía suficiente experiencia para reconocer un lugar adecuado. Algo que no podía dejarse en manos de Eugenie.

— Ya llegamos, cariño. Por fin una posada decente digna de ti. Mi señora Cliff Voldstok . — Robert miró por la ventanilla del carruaje y luego habló con Eugenie.

Aunque durante todo el trayecto se mostró muy cariñoso con la joven que se encontraba dentro del carruaje. Besos en las manos, caricias, besos en la boca, acariciando su largo cabello recogido en la trenza, Eugenie se puso nerviosa al escuchar eso porque sabía que ahora llegaría la noche de bodas.

El cochero colocó el escalón del carruaje y abrió la puerta. Robert bajó y luego le tendió la mano para ayudar a bajar a Eugenie. La joven dio un rápido vistazo a la fachada del lugar. Era una casa grande de dos pisos , estilo cabaña , con paredes de piedra clara. Algo estupendo para protegerse del frío en esa época del año. Le tomó la mano y el cochero se dirigió al lugar designado para su descanso y para descansar los caballos.

— Buenas noches, señor. Soy el Capitán Robert Cliff, necesito una habitación para mi esposa y para mí. También necesito que alojes a mi cochero en un alojamiento adecuado para él.

le vino a la mente el día de su fuga , donde se detuvieron en una posada similar a aquella , sólo que más cerca de Edimburgo. Ahora que era esposa, ya no necesitaba temer a nada, ni ante los ojos de la sociedad ni ante su conciencia. Un hombre robusto, vestido con un abrigo oscuro y mal cortado, los miró con cierto aire de curiosidad. Después de todo, no todos los días veía a un hombre con uniforme militar de gala y a una mujer joven con un vestido blanco que parecía un vestido de novia. Imagínense si todavía hubiera llevado la corona de flores en la cabeza, prefería dejarla dentro del carruaje.

—Son cinco chelines, pago por adelantado.

Robert metió la mano en el bolsillo de su abrigo rojo y le entregó las monedas al hombre que las revisó y se las metió en el bolsillo.

— Te mostraré la habitación, ¿preferirías comer primero? Servimos sopa , pan y cerveza o vino.

Sólo cuando el posadero anunció la cena, la joven se dio cuenta de que tenía hambre y miró a Robert , quien entendió el mensaje.

— Sí, te pido que primero nos sirvas la comida, luego nos muestres nuestra habitación y necesito una criada que ayude a mi esposa a cambiarse.

En ese momento Eugenie se interrumpió:

— No hace falta Robert , en el convento incluso aprendí a vestirme sin la ayuda de una criada personal.

Robert asintió y el hombre se alejó para buscar los platos de sopa. Su aspecto de hombre experimentado con las mujeres, al fin y al cabo un oficial no siempre está peleando en misiones, dejó en claro que a pesar de su apariencia elegante, cintura esbelta, senos turgentes, la joven no llevaba un corsé muy ajustado y que él mismo sí lo haría. ayúdala a quitártelo con mayor placer. De hecho, no podía esperar para hacer precisamente eso.

Cuando el hombre colocó los platos de sopa caliente y comenzaron a comer, la miró comiendo elegantemente la sopa, en ese plato sencillo al que ella no estaba acostumbrada. Después de todo, era una posada de carretera decente.

—¿Qué pasa, querida? Me estás dando vergüenza.

— Estoy admirando tu belleza , eres tan hermosa. Y pensando que quería poder regalarle una cena refinada en nuestra primera noche como pareja y también una habitación de lujo para nuestra noche de bodas…

Al escuchar esa palabra la joven se sonrojó tanto que sus mejillas se pusieron rojas, por un momento su hambre le había hecho olvidar la ansiedad por su noche de bodas. Él se dio cuenta y tomó una de sus manos, llevándola a sus labios y susurró:

— Será nuestra primera noche, sé lo que temes y seré el más delicado de los hombres...

Capítulo 25

Robert y Eugenie subieron de la mano la escalera de madera que conducía al segundo piso, donde se encontraba la habitación indicada por el posadero. Robert tomó con fuerza la mano de su esposa , sentía que su mano sudaba fría, señal de que estaba nervioso por su noche de bodas. La vieja escalera hacía algún ruido al pisar algún tablón de madera, pero el corazón de Eugenie latía con tanta fuerza que parecía ahogar el ruido en sus oídos. Cuando Robert metió la llave en la cerradura y la giró para abrir la puerta, sorprendió a Eugenie rodeando su cuerpo con sus manos y levantándola.

—Robert , ¿ qué estás haciendo? — Ella soltó una risa nerviosa mientras la levantaban en sus brazos y apoyando su cabeza en su pecho, sintió los fuertes músculos debajo de su uniforme militar.

— Entrar con mi esposa en brazos como manda la tradición y como ella se merece. — Dijo mientras entraba a la habitación, luego la besó en la boca, un beso lleno de ternura y la colocó delicadamente sobre la cama.

— ¡Por fin, sola, querida!

Fue hacia la puerta y volvió a girar la llave, cerrándola. Mientras tanto, Eugenie observaba desde la cama cómo su marido caminaba hacia atrás, cuánto lo amaba y lo guapo y viril que era. La habitación era sencilla, más acogedora, con ventanas de cristal selladas contra el frío, pesadas cortinas cerradas y en un rincón un cubo de metal adecuado lleno de carbón, que hacía las veces de chimenea y hacía que la habitación fuera cálida y agradable. La cama doble estaba en un rincón de la habitación con sábanas gruesas y almohadas limpias de colores claros. Ese sería el nido de amor de la pareja en esa primera noche de matrimonio.

Robert se sentó lentamente en el borde de la cama, contempló la belleza de Eugenie, todavía vestida con su vestido de novia, se inclinó sobre la mesilla de noche junto a él y apagó la vela. Dejando así la habitación oscura y acogedora. Ideal para preservar el pudor de una dama en su primera vez...

Se quitó lentamente el uniforme , vistiendo solo la ropa interior, se acostó en la cama junto a Eugenie y la giró suavemente hacia él. Dejándola de lado en la cama y frente a él.

— Mi amor… No creo que haga falta explicarte todo desde el principio, pero sigo creyendo que sientes un poco de miedo, ¿no?

La miró a los ojos mientras sus dedos delineaban el rostro redondeado de la joven, que en ese momento ardía en una mezcla de vergüenza y emoción. A pesar de la oscuridad, resaltaba el

brillo de los ojos azules de la joven .

— Sí...

— Como te prometí, seré el más delicado de los hombres y no te preocupes, cualquier malestar que haya allí será rápido y dará paso a sensaciones maravillosas... ¿Me crees? — La besó en la frente y sus manos se dirigieron hacia su espalda, desabrochándole el vestido.

— Nunca he hecho eso, en la práctica es diferente a escuchar conversaciones de sirvientas... — Dijo avergonzada, con un deje de voz.

— Lo sé, mi amor… yo tampoco lo hice nunca…

— ¿Nunca... nunca lo hiciste? — preguntó asombrada.

— Pequeño tonto, quiero decirte que nunca me he casado y tampoco he desflorado a una doncella. Entonces...

— Entiendo y creo.

— Entonces, ahora también cree que esta será la noche más hermosa de todas y abandónate, entrégate a mí y déjame cuidar de ti…

— Sí, mi amor, me entrego a ti...

— Y te recibo y me entrego a ti. Juntos en la cima del amor, nos fusionaremos en un solo cuerpo...

Robert acercó aún más su rostro y la besó apasionadamente. Al principio la lengua entró y comenzó a explorar suavemente la boca de Eugenie. Le encantaba la sensación de esa lengua cálida y suave , explorando su boca de una manera tan íntima. Sin embargo, el beso se volvió más sensual, ardiente, la dulzura dio paso a una mayor urgencia en los movimientos de los labios y la lengua, la respiración de ambos se volvió entrecortada, las manos de la joven instintivamente alborotaron el cabello de su amante durante el beso. A cambio, las hábiles manos de su amante desabotonaron la hilera de pequeños botones en la parte posterior de su vestido. En unos momentos, el vestido quedó libre para pasarlo delicadamente sobre sus hombros hasta llegar a sus pies.

oscuridad casi total de la habitación, los ojos de Robert , que en ese momento ya se habían adaptado a la oscuridad, se alegraron de ver a Eugenie ahora sólo en ropa interior: corsé y camisola debajo. La giró suavemente, haciéndola recostarse boca arriba en la cama y frente a ella, la besó en la boca, pero una vez. Luego descendió con los labios, pasando la lengua por la curva de su suave cuello, hasta llegar a sus grandes y redondos pechos, aún protegidos por la camiseta.

— Hermoso… — Eso fue lo que dijo, mientras masajeaba ambos pezones con sus pulgares,

hasta que se hincharon hasta el punto de casi perforar la fina tela.

— Robert … Robert … — Eugenie se retorció, clavándole las uñas en la espalda. Por inexperto que fuera, el instinto natural era más fuerte y la naturaleza más sabia.

Cuando se dio cuenta de que Eugenie estaba ya llegando a la etapa en que el deseo reemplazaba poco a poco al pudor y preparaba el cuerpo para el amor. Se desató las cintas de su corsé, luego tiró de los tirantes de su camisola, dejándola desnuda cuando vino al mundo. Sus ojos brillaron de deseo y su miembro se endureció tanto que empezó a palpitar, al ver el hermoso cuerpo de su amada, bien formado, de formas redondeadas, allí debajo del suyo sobre la cama.

— Hermosa y ahora toda mía… — le susurró al oído y la besó nuevamente. Luego su boca descendió sobre sus redondos pechos, chupándolos con delicadeza y pasión.

— Oh Robert ... Siento una urgencia, una necesidad, pero no sé exactamente qué... — La joven habló sin aliento.

— Pero lo sé, querida , y ahora cubriré tus necesidades.

Aún besando su cuello y sus pechos, bajó la mano y separó suavemente los muslos regordetes de la joven, encontrando el delicado vello y la hendidura húmeda entre sus piernas. El toque de sus dedos mientras acariciaban los bultos internos la hizo jadear aún más . Entonces fue cuando sintió que había llegado el momento: ¡Eugenie estaba lista para el amor, lista para convertirse en mujer! Tu esposa...

—Escucha amor mío, relaja todo tu cuerpo y seré lo más gentil posible. Si sientes alguna molestia será mínima y pasará en un segundo… — Habló en tu oído.

Robert se posicionó sobre la joven, entre sus muslos y guiando su duro miembro con su mano, entró en esa suave y cálida cueva. Eugenie tensó un poco su cuerpo al sentir esa carne espesa y cilíndrica entrando en ella, pero su pequeño grito fue sofocado por un beso inmediato de su amante. Después de eso fue cuestión de segundos acostumbrarse a todo lo que había dentro, algo que se introdujo con delicadeza.

— ¿Estás cómodo? —Robert Todavía dentro de ella, le preguntó suavemente al oído.

— Sí, mucho… — Respondió ella e instintivamente levantó las piernas y las cruzó sobre la espalda de su amante.

— Ahora, déjame mostrarte cómo llegar a las estrellas...

— Te dejaría mostrarme cómo llegar a todo el cielo, mi amor.

Robert empezó a hacer movimientos rítmicos de un lado a otro, al principio muy suaves y poco a poco intensificándose. Hasta que ambos estuvieron sudorosos y en un ritmo desenfrenado, donde la cama tembló y sus cuerpos saltaron al ritmo del colchón de muelles.

Hasta que Eugenie se quedó sin aliento, más agitada, cruzó aún más los brazos alrededor del cuello de su amante y las piernas detrás de ella. No pudo contenerse y habló en un tono más alto.

— ¡Mi... mi amor! Siento que voy a explotar... ¿qué está pasando?

— Nada, mi amor. Son las estrellas, finalmente las alcanzaste .

Él habló, mirándola a los ojos, empujando su miembro erecto más profundamente dentro de ella y besándola apasionadamente en la boca. Luego siguió adelante y en unos segundos más el clímax también se apoderó de su cuerpo, y después de algunos espasmos derramó todo su líquido dentro de Eugenie, quien sintió ese delicioso y caliente chorro bañando sus entrañas.

Cuando volvieron en sí, estaban abrazados y bañados en sudor, a pesar del frío invernal. Robert , todavía con delicadeza, le acarició el pelo, besó su frente, su nariz afilada y le preguntó al oído.

—¿Fui grosero contigo?

—No, Robert . Fuiste un perfecto caballero...

— Es muy bueno y gratificante escuchar eso... Ahora descansa...

Robert acunó a Eugenie en brazos y, acurrucada en la cama, se quedaron dormidos, exhaustos, felices y satisfechos.

Epílogo:

Dos días después...

— Eso es exactamente lo que escuchaste Richard: Estamos casados. Nos casamos en el convento, la madre llamó a un sacerdote amigo que accedió a casarnos. — dijo Eugenie con descaro.

Richard, apenas podía creer lo que vio frente a él: Robert y Eugenie, de pie, tomados de la mano, para hacerle un anuncio.

— Dios mío. ¿Qué tipo de sacrilegio has cometido? Seguramente el sacerdote y la madre no lo sabían... — Richard, con los ojos muy abiertos , habló con una mirada de asombro.

— Lo siento señor Conde, pero no fue ningún tipo de sacrilegio, yo no podría hacerlo y su hermana tampoco. Por casualidad encontré la prueba de que no éramos hermanos, fui al convento para mostrársela a Eugenie y terminamos casándonos con el apoyo de la madre.

Richard se levantó de su silla, estiró los brazos, apoyó ambas manos en su escritorio de caoba oscura y se enfrentó al Capitán Robert .

— ¿Y cómo probaste algo tan delicado y grave?

— Con el diario de mi madre, por ayuda divina lo encontré en un viejo cajón atascado. — Robert sacó el diario encuadernado en rojo del bolsillo de su abrigo y se lo tendió a Richard, con la página ya marcada.

Cuando Richard leyó aquella hoja marcada, donde estaba escrita la confesión de la vieja baronesa, donde decía que por razones de pasión abrumadora había mentido a su padre, pero que todos los hijos del barón eran legítimos, sintió como si le hubieran quitado una tonelada de su dinero. atrás. Eso era algo en lo que podía confiar, no tenía sentido que esa mujer yaciera en un viejo y polvoriento diario, escrito en la época de la novela y cuando la baronesa estaba lúcida.

— Lo que puedo hacer ahora , hermanita, es desearte felicidades y mucha felicidad. Sepa que todo lo que hice fue por su bien y muchas veces algunas de mis acciones me duelen mucho. — Richard se acercó a Eugenie y la abrazó con fuerza, luego la besó en la frente.

Luego de abrazar a su hermana, se volvió hacia su nuevo cuñado que estaba parado junto a ella y le tendió la mano en señal de amistad. Lo cual fue rápidamente correspondido.

— Bienvenido a la familia Crampton , Capitán Robert Cliff Voldstok . Te pido que cuides bien

uno de mis tesoros.

— Me cuidaré, señor conde y perdón si fui tan atrevido. Pero no quería correr el riesgo de perder a su hermana nuevamente y sabía que al no ser hermanos, no tendríamos más obstáculos para nuestro matrimonio. Incluso era mi obligación moral reparar la reputación de Eugenie, que quedó arruinada debido a la filtración sobre nuestra fuga.

En ese momento, Eugenie le dio a su marido una pequeña palmada en el hombro, obligándolo a mirarla.

— ¡Oh! Entonces, ¿te casaste conmigo por obligación y no por amor? ¡Eso no es lo que me dijiste en la cama!

—¡Eugenie! — la regañó Richard , escandalizado . — ¡Así no se comporta una señora casada, ni una Señora !

La joven golpeó con el pie, se cruzó de brazos y pareció antipática. Este rostro se desmoronó en segundos, cuando Robert rápidamente la tomó en sus brazos, allí mismo, en presencia de su hermano , y la besó apasionadamente.

— ¡Te amo, pequeño tonto! ¡Y nunca más lo olvides!

— Yo también te amo Robert y quiero ser tuyo para siempre.

La pareja se besó nuevamente, hasta que fueron interrumpidos por un rasguño deliberado en la garganta del Conde Richard al notar que la intensidad de los besos aumentaba.

Y así vivieron felices para siempre...

Carta del autor:

Queridos lectores,

Karen Heifer era mi seudónimo. Soy un autor brasileño, de Rio Grande do Norte, al que le encanta vivir en Natal, la Ciudad del Sol. Soy licenciada en Pedagogía y Ciencias Contables, pero actualmente escribir novelas es mi principal actividad. Mi escritura está influenciada por viejas revistas Sabrinas de los años ochenta y algunas novelas de época. Empecé a escribir cuando tenía diez años, confieso que leí muchas revistas de Sabrinas , Julias , Biancas a esa edad. Sin embargo, no fue hasta los dieciséis años que logré escribir mi primera novela a mano en un cuaderno y la conservé. Entonces, fue sólo años después con la evolución de la tecnología y la llegada de Amazon que fue posible publicarlo. Él es el elegido del magnate, de la serie Matrimonio arreglado (anteriormente El multimillonario y el huérfano).

Espero que hayas disfrutado de la serie Cramptons , hay otros libros de la serie publicados aquí en Amazon . Si no te ha gustado te pido disculpas, porque sigo siendo un autor en constante evolución, intentando mejorar día a día.

Conoce un poco más de la autora a través de su Instagram: @autorakarinabezerra.

Cordialmente

Karina Bezerra

Descubra otros libros de la serie Cramptons:

El duque y el novicio (El Cramptons 01):

" ¡Malditas sean todas las generaciones de los duques de Cantrell y sus duquesas durante cien años! ¡Que los duques nunca disfruten del amor verdadero y que las duquesas siempre se vayan después de darle un heredero!"

Inglaterra, 1812, periodo de Regencia:

Una maldición de hace cien años que azota a los duques de Cantrell ...

Un duque, joven, apuesto, rico, con fama de malhumorado y antisocial tras la muerte de la joven duquesa;

Una novicia bella y refinada, sin vocación a la vida religiosa, pero que evita hablar de cómo acabó en el convento;

Un baile de máscaras que abre la temporada en Londres, donde Frederick Oliver , duque de Cantrell de Blackmore , baila y se enamora de una hermosa joven que desaparece poco después del baile;

La rueda del carruaje que transportaba a la madre superiora y sus novicias desde Londres al convento rural se estropea y se ven obligadas a buscar refugio en un castillo cercano;

Entonces, dos caminos diferentes se encontrarán a través de una trampa del destino...

Una nueva condesa (La Cramptons 02):

Edimburgo, Escocia, 1815:

Richard Crampton , conde de Shurtland , joven, rico, guapo, no pensaba en casarse pronto. A pesar de saber que algún día necesitaría un heredero del título. Sin embargo, no contaba con un acuerdo de caballeros que había hecho con un amigo, durante una noche de fiesta en una taberna, cuando aún era un adolescente...

Así, pasaron los años y cuando Richard regresó uno En una noche lluviosa, cansado del viaje, el mayordomo lo esperaba con cara de quien ha visto un fantasma:

"Disculpe, señor, tiene visita..."

"¿Visitas? Estoy cansado, solo ¿Quién vendría a visitar a alguien en una noche como ésta?

"Una joven que se hace llamar su prometida..."

"¿Estás loca? ¡No tengo ninguna prometida!"

"Disculpe, mi señor, pero ¿ha estado haciendo falsas promesas a alguna doncella?"

Richard Crampton apenas podía creer lo que escuchó y entró en la mansión. Entonces, se sorprendió al encontrar en su sala de estar a una hermosa joven rubia, vestida toda de blanco, tan hermosa que parecía más una aparición

celestial, más aún toda de blanco. A su lado, un gran cofre de madera descansaba sobre la alfombra.

Lady Madeleine Taylor, al borde de la muerte por el accidente con el carruaje que la llevaba hacia su prometido, sugirió a su doncella personal y amiga que cambiara de lugar con ella, ya que su prometido nunca había visto un cuadro suyo, el los nombres eran los mismos y ella era refinada como una dama; Su doncella inicialmente pensó que era una locura que no podía aceptar. Sin embargo, ante la insistencia de la joven, además de la posibilidad de pasar de sirvienta a condesa, decidió correr el riesgo. Cuando vio al conde Richard Crampton quedó encantada por su belleza y virilidad. Sin embargo, ella no contaba con las trampas del destino y las intrigas que podrían surgir de todo esto…

Un acuerdo nupcial (el Cramptons 04):

Londres, Inglaterra, 1815:

"¿ Nuestra habitación? ¿Solo una habitación? Vaya... ¡recién ahora me di cuenta de que tendremos que compartir habitación! Por Dios... debería haber añadido esta tercera condición a nuestro acuerdo: Dormitorios separados durante la luna de miel..." (Lady Beatrice Crampton);

"Parece un ángel… ¡no hombre, no pienses así! Sería una blasfemia imaginar un ángel con un trasero tan hermoso y atrevido..." (Lord Anthony Scott)

Lady Beatrice Crampton cumplió dieciocho años , llegando a la edad de debutar y participar en su primera temporada social en Londres. Su hermano, el conde Richard Crampton , la envió a Londres al cuidado de su hermana mayor, la duquesa Emily Crampton , y le advirtió que vigilara a su hermana, no fuera a meterse en problemas y ver su reputación empañada durante mucho tiempo. su primera temporada social. señora breatrice Crampton es una preciosa joven de dieciocho años, guapa, de buena familia y que tiene muchas posibilidades de conseguir un buen pretendiente esta temporada. Sin embargo, la joven no quiere casarse tan pronto, sus planes son tener un trabajo primero, ella ni siquiera quiso participar en la temporada y solo estuvo allí ante la insistencia. de tu hermano.

Caballero Anthony Scott es un conocido libertino, joven, guapo, rico y noble, una buena pareja que nadie ha conseguido atraer hasta el momento. Porque el matrimonio no estaba en sus planes. Sin embargo, todo eso cambia cuando compromete la reputación de la cuñada de su amigo el duque de Cantrell , nada menos que Lady Beatrice. ¿Entonces? ¿Cómo terminará esta historia?